

DETRÁS de la perfidia

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

DETRÁS de la *perfidia*

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2024.
Detrás de la perfidia.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Código de registro N. 2407168684253 – 2409179490687 – 2410229882659.

Diseño de portada: Kramer H. ©AdobePhotoStock.
Diseño interior: Lotus Ediciones. ©AdobePhotoStock. ©Freepik.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

"No ser amado es una simple desventura.
La verdadera desgracia es no amar."
Albert Camus.

ÍNDICE

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO
SIGUE LEYENDO: EL LEGADO DE LAS DUNAS

SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
SIGUE LEYENDO: AL FILO DE LA MEDIANOCHE
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

Aurora.

Años atrás.

La bofetada la dejó aturdida y su cuerpo cayó sobre el suelo de parqué. El instinto fue defenderse, pero estaba en desventaja. Scott la superaba por varios centímetros de estatura, además de ser corpulento. Aurora se limpió el hilillo de sangre del labio e intentó hacerse un ovillo para protegerse. Lo siguiente no fue un golpe, sino que los dedos masculinos se enredaron entre sus cabellos y la arrastraron, como si fuese una muñeca de trapo, sobre el piso. Ella sintió los ojos llenos de lágrimas por el dolor.

Aurora había empezado a cuidar lo que decía ante él, y también en qué ocasiones dejaba que su habitual carácter desenfadado saliera a flote. Esto último era cada vez menos recurrente. Sentía que, en algún punto, empezaba a perderse a sí misma. Después de cada ocasión, en que Scott se mostraba alterado y rompía objetos alrededor, él regresaba a pedirle perdón. Los episodios violentos jamás ocurrían frente a otras personas. Por eso, si ella se atrevía a comentar sobre el lado cruel de Scott, lo más probable es que quedara como mentirosa. En varias ocasiones, él le propuso que se fuesen a vivir juntos, pero, por alguna u otra razón, Aurora siempre se negaba.

Scott no estaba conforme con esa respuesta e insistía. Él era muy absorbente y ella, en cambio, solía disfrutar del tiempo consigo misma. Aurora no creía que vivir juntos le permitiera tener la libertad de hacer lo que se le diese la gana, como aún era posible ahora, sino que, por el contrario, sentiría que él querría controlarla. Scott decía que las insistentes llamadas, mensajes o súbitas visitas, cuando ella no respondía con rapidez, era para “cuidarla” porque “se preocupaba de su bienestar”. Esas líneas grises de los conceptos y acciones estaban jugando con su cabeza en modo pernicioso.

Por otra parte, tomaba mucho tiempo hasta que un nuevo incidente violento se desencadenara entre ambos. En el lapso de aparente tranquilidad Aurora creía que todo se mantendría de esa manera constantemente. Aparte, él procuraba tener detalles bonitos y recordarle las razones por las que seguir siendo novios era la mejor decisión.

Hasta que el ciclo de agresión y recriminaciones, sin sentido, se repetía.

Él jamás la había golpeado como estaba haciéndolo esta noche. En otras ocasiones, la sujetaba de los brazos con dureza y la sacudía varias veces o le apretaba el cuello, hasta que ella casi perdía el conocimiento. Cuando él notaba el efecto de sus acciones, la soltaba y se mesaba los cabellos con una expresión desesperada y nerviosa.

Pero Scott, hoy, había llegado demasiado lejos. O quizá, el simple hecho de haberla lastimado tan solo una vez debió ser suficiente para que ella reaccionara y se alejara. Aurora no era capaz de comprender en qué momento perdió el control para cedérselo, aunque le costaba admitirlo, a él. Estaba confusa, asustada y aturdida.

Desde su postura, defensiva e indefensa a la par, Autora trató de liberarse.

Él le dio otra bofetada, sin soltarle el cabello, y ella le clavó las uñas en los brazos. Se debatieron entre sí, pero Scott contaba, además, con la ventaja de estar de pie. Estaban en la mansión de los Barclays en Cotswolds y habían viajado en un mismo coche. La exclusiva zona era apartada del mundanal ruido. Londres, en donde ambos vivían, estaba a unas dos horas de distancia. La idea de este fin de semana fue celebrar los dos años juntos y también estudiar para los exámenes finales del cuarto año de veterinaria. Les quedaba uno para graduarse. Scott no eran tan dedicado y solía requerir ayuda de Aurora para algunas asignaturas. Ella sentía que estaba llevando un peso académico adicional, que no le correspondía, y que su novio no hacía esfuerzos suficientes. Sí, Scott era disléxico, pero no impedido mental para hacerse cargo de sí mismo. Por esa razón le mencionó que sería mejor que él contratara un tutor.

La respuesta ante esa sugerencia, diez meses atrás, fue destrozarle la portátil y lanzarla a la basura. Consternada por ese primer exabrupto, algo que jamás había visto en Scott durante los años que tenían de conocerse, ella cortó la relación. No fue fácil ignorarlo, porque no solo eran amigos y compañeros de estudio, en casi todas las clases universitarias, sino que el círculo social que frecuentaban era muy similar.

Durante varios días, él le pidió perdón y le compró otra portátil, además de un nuevo móvil, para intentar reparar el daño. Le llevó ramos de rosas rojas y cajas de sus *cupcakes* favoritos a diario. El dinero no deslumbraba a Aurora ni tampoco la conmovía porque, a pesar de haber nacido en una familia acomodada, ella era sencilla y discreta. Así que consideró que Scott estaba siendo sincero y aceptó volver con él.

—Lamento mucho mi comportamiento —le había dicho, cabizbajo—. Tú, has sido mi amiga desde siempre y no quiero perderte. Por favor, Rory, no me dejes.

—Podemos ser amigos, pero no creo que estar juntos sea saludable…

—Por favor —había expresado tomándola de las manos—, no digas eso.

—¿Qué quieres que haga cuando te comportas como un energúmeno? —había preguntado a bocajarro—. No eres ya mi mejor amigo, aquel que me protegía cuando jugábamos en el parque para que no me diera de bruces o el que me defendía si otros niños se metían conmigo en la escuela. A veces, Scott, habría preferido que jamás se mezclaran los roles entre los dos. Creo que esto es todo para noso…

Él no la había dejado terminar. Agarrándola de la nuca, la besó. No lo hizo con fuerza ni dureza, sino con dulzura; quería que se diera cuenta de que estaba a salvo. Que no volvería a lastimarla. Ella se había dejado guiar por los aspectos positivos.

—Rory, prometo que nunca más volverá a ocurrir algo así —afirmó.

Ella tan solo lo había mirado un largo rato y luego asintió con lentitud.

No obstante, ese fue el inicio de un sinnúmero de exabruptos que parecían cada vez más frecuentes. Cuando Aurora se negaba a hacer algo que él le pedía, llegaban las ofensas verbales o los agarres físicos que dejaban huellas. En cada una de esas ocasiones, ella terminaba la relación y optaba por refugiarse entre sus amigos e ir de fiesta para olvidar esos episodios. Su mejor amiga, Kitty, le insistía en bloquearlo de su círculo social, dejarlo de una buena vez, e inclusive cambiarse de universidad.

—¡Es un idiota y abusivo, Rory! ¿Cómo es posible que permitas que te trate de este modo? Denúncialo —le había dicho Kitty—. Si no me hubiera dado cuenta del moratón que llevas en el cuello, ¿me habrías contado lo que está ocurriendo?

—No lo sé… —había susurrado Aurora, mientras bebían una copa de vino.

Ambas tenían la costumbre de quedar, luego de que empezaron la universidad, al menos una vez por semana en The Ledbury, un precioso lugar en Notting Hill.

—Hay muchas cosas que esperan a por nosotras para disfrutarlas. Tú, además, tienes pretendientes que sabrán tratarte mejor de lo que este tonto, pero no les das una oportunidad. No te entiendo. ¿Por qué siempre regresas con Scott? Es absurdo.

Aurora había soltado una exhalación y bebió un poco de vino tinto.

—Porque lo quiero, hemos vivido un montón de experiencias juntos y es mi mejor amigo, desde que tengo uso de razón, Kitty —había replicado mirando a los ojos azules que conectaban, inquisitivos, con los suyos que eran del color de la miel.

—¿Mejor amigo? —había preguntado la rubia, riéndose con incredulidad—. Scott siente envidia de ti. Siempre lo he notado y te lo digo. Parecería ser que busca demostrar que es mejor que tú. Además, salvo que estés peleada con él, apenas te veo.

—Su dislexia lo frustra —había tratado de argumentar—. No es envidia. Él es muy inteligente. Al ver que otras personas logran resultados más rápido se agobia.

Kitty había elevado los brazos en señal de rendición.

—Nadie ha tratado de decir que es estúpido, al menos no intelectualmente, porque en el departamento de relaciones sentimentales y respeto es tan limpio como una cloaca. Tú, lo justificas y él no lo merece. Denúncialo, Rory, hazlo. ¿Acaso crees que mis estudios de psicología son inútiles? Scott no va a cambiar, sino que irá a peor —había expresado con preocupación, pero también enfado por cómo su mejor amiga era reacia a entender que lo que ocurría con Scott era deplorable—. Eso no es amor.

Aurora no había considerado denunciar a su novio, porque eso implicaría llamar la atención de la prensa, innecesariamente. Su padre tenía una carrera política en ascenso e impoluta. No quería mancharla con una denuncia que crearía un caos. Además, los Barclays eran también una familia prominente. Las personas de su círculo social no solían exponerse de ese modo, sino resolver los asuntos con discreción. Esto lo sabía muy bien Kitty, pues habían crecido bajo los mismos estándares de vida.

—Sé que él me quiere… —había susurrado, pero sus palabras le sonaron huecas—. Denunciarlo, bien sabes que sería ridículo. Sé que podemos resolverlo.

—Necesito que traigas de regreso a la Rory sensata y que no acepta mierdas de nadie. Porque, en verdad, la echo de menos. No quiero que te pase nada malo…

—Nada va a ocurrirme —había replicado—. Además, tienes razón, Kitty, nos vemos poco y he sido egoísta al respecto. Prometo que eso va a cambiar y trataré de dejar un espacio para divertirnos —había sonreído con sinceridad, cambiando

el tema.

Kitty la había mirado con inquietud, pero solo hizo un asentimiento.

—Solo quiero que estés a salvo. Tú sabes que mi hermano mayor trabaja en Scotland Yard. Él puede conseguirte una orden de alejamiento sin levantar murmuraciones, y con rapidez —había dicho agarrándole la mano con cariño—. Brennan te considera en el mismo nivel que yo: una hermana. Por favor, llámalo.

—De acuerdo, lo contactaré —había dicho Aurora, pero nunca lo hizo.

Esa conversación sucedió seis meses atrás.

Scott, por supuesto, no había cambiado. De hecho, siempre encontraba los argumentos idóneos para convencerla de que estaba enamorado, que controlaría los exabruptos que solía tener ante ella y que estar juntos era lo más sensato. Quizá porque la conocía muy bien, y sabía cuáles eran sus debilidades, él encontraba la manera de manipular las reacciones de Aurora. La hacía pensar que estaba exagerando o siendo histérica y que no lo valoraba lo suficiente. Por eso, en el afán de mantener la relación en calma, Aurora accedió a la petición que le hizo Scott la semana anterior.

Ella aceptó pedirle a uno de sus amigos, hábil con los ordenadores, que robara el examen final de *Cirugía de tejidos blandos en animales pequeños* del servidor de la universidad. Había que estudiar veinte casos, pero solo uno estaría en la prueba. Scott le dijo a Aurora que prefería utilizar el tiempo para follar, en lugar de perderlo con hipótesis de estudios de las que solo una sería útil. Además, argumentó que el título veterinario para él era protocolario. Aurora se había cabreado, pero él solo se rio.

La intención de ella era tener su propia práctica médica. No quería que sus decisiones profesionales estuvieran condicionadas por criterios de otros. Aparte de estudiar, Aurora colaboraba en un refugio de animales ocasionalmente y también en las oficinas satélites de *Sheldrick Wildlife Trust,* en Londres. La organización se dedicaba a la rehabilitación y rescate de elefantes huérfanos. Había un programa especial para visitar varias semanas la central de la empresa en Nairobi, pero antes era necesario ser veterinario. Este era uno de los sueños de Aurora: ayudar a elefantes en África.

Ella necesitaba tener acceso a su fortuna personal para realizar algunos planes, pero no podría hacerlo hasta cumplir veinticinco años. O, según lo que estipulaba el testamento de su abuelo, si se casaba antes. Pero ahora, con veintidós años, lo que menos deseaba era el matrimonio. Su prioridad era cumplir sus anhelos profesionales. No quería perder su libertad, aunque,

considerando las circunstancias actuales que vivía con Scott, ya no sabía si era libre o si era esclava de su irreverente optimismo.

Pero sus sueños, en estos instantes al menos, eran lo de menos.

El dolor que sentía Aurora en el cuerpo era atroz. La supervivencia era la prioridad única. Lo que necesitaba era que Scott se calmara y la dejara de zarandear.

Él tenía las mejillas enrojecidas y respiraba con dificultad. A ella no le gustaba la mirada que le dedicaba. Parecía otra persona. No lo reconocía. El chico que siempre le había tendido la mano, compartido sueños mutuos y anécdotas, ya no estaba. «¿En qué instante, el Scott del que estaba enamorada se había desdibujado tanto?», se preguntó. Su naturaleza no le permitía el pesimismo o la derrota. Eso, probablemente, le había hecho una mala jugada en esta relación. A pesar de todos los intentos, ella sabía que ahora sería difícil continuar juntos. Necesitaba marcharse con desespero.

Quería regresar a Londres y resguardarse, hasta sentir que todo estaba bien. El equipo de limpieza y servicio se había marchado una hora atrás. Estaban a solas.

—¡Acabas de arruinar todo! —le gritó Scott, mientras agarraba el móvil y le enseñaba el email en el que le notificaban que había reprobado los módulos teóricos. Además de que tendría que repetirlos el siguiente año académico—. Me dejaste a mi suerte, Rory, y ese tutor de mierda no ha sabido ayudarme de verdad. ¡Estos son los resultados de tu jodido egoísmo! Por tu culpa ahora me atrasaré en la carrera. Mis padres —dijo zarandeando los cabellos castaños con fuerza. Ella gritó—, van a decepcionarse de mí —le pateó las costillas—. ¿Cómo mierda crees que se verá en mi reputación el haber reprobado unos putos módulos, en lugar de mantener la excelencia que siempre ha precedido al apellido Barclays? ¿Eh? ¡Dueños de las mejores clínicas veterinarias del país y mecenas de la universidad! —exclamó fuera de sí.

Aurora elevó ambas manos, mientras se sostenía el costado. Le era difícil respirar. La patada fue tan fuerte que, estaba segura, tuvo que haber roto una costilla. La necesidad de llamar para pedir ayuda era urgente, pero no tenía el teléfono cerca.

—Por favor, no me lastimes más… Lo siento… No fue mi intención enfadarte… —dijo ella con la voz entrecortada, aunque no sabía por qué estaba pidiendo disculpas. Solo quería que él se calmara y dejara de atacarla. Él la instó a pararse. No lo hizo con gentileza. El movimiento consiguió que ella gritara.

Él la miró, mientras el pecho le subía y bajaba aceleradamente.

—Solo tenías que hacer un simple favor, Rory: ayudarme a estudiar. Pero preferiste dejarme estos meses a mi suerte. ¿Acaso fue para creerte mejor? —dijo él, despectivo—. Porque, déjame decirte: no lo eres en absoluto. Siempre intentas sobresalir, llamar la atención y ser la mujer ejemplar para las actividades políticas de tu padre. ¿Sabe el gran Vicealcalde de Transporte de la ciudad que su hija ha estado posando para la cámara de una web de lencería? —preguntó sonriendo malicioso.

Aurora sollozó. Le dolía que él supiera sus debilidades y anhelos, y que los usara para amedrentarla. Sí, ella había aceptado posar para unas fotografías de una marca danesa de gran prestigio, *Smuk*. No se trataba de algo vulgar como él estaba tratando de retratarlo. Su rostro no era visible ni identificable, a menos que la conocieran de toda la vida y notaran la pequeña peca justo sobre el labio superior.

Su padre consideraba que la carrera veterinaria no impulsaba el apellido Sterling. Por eso, aunque nunca le pidió que estudiara algo diferente y apoyaba su decisión, tampoco hacía donaciones para las causas que ella necesitaba. Esa fue la motivación para que Aurora aceptara la propuesta económica de *Smuk* y se dejara fotografiar. La empresa estaba en contra de la crueldad animal. Lo cual era magnífico. Las fotos no eran recurrentes y ella había descubierto que le divertía el proceso.

Además, se sentía hermosa bajo el lente y al ver los resultados finales.

Ella había aumentado un par de kilos, porque la comida se convirtió en un refugio cuando estaba ansiosa. Él empezó a utilizar también el tópico del peso para criticarla e inclusive hacerla pensar que solo él podría desearla con sus curvas pronunciadas. Aurora empezó a usar ropas más holgadas y también colores opacos.

—Scott, sabes bien que no me lucro para cubrir mis caprichos, porque no lo necesito, sino para causas nobles… —replicó con la voz entrecortada. Le agarró con fuerza la muñeca para intentar que él dejara de halarle el cabello—. Hice… Hice lo que me pediste: conseguir el examen de *Cirugía de tejidos blandos en animales pequeños* —susurró tratando de mantener el resuello—. Al final, yo no tengo la culpa de que tú…

Él volvió a patearla, luego la agarró en volandas y la lanzó sobre el colchón.

—¡El doctor Morris lo cambió, pedazo de idiota! Te dije que tenías que ser precavida y decirle a tu amigo que se cerciorara, hasta el último momento —exclamó—. He perdido toda la jodida mañana y tarde, contigo, analizando algo

que no servirá de nada. Ahora tendré que estudiar todo de nuevo. Aparte me llega esta notificación de que tendré que repetir algunas asignaturas, ¿estás contenta ahora? ¿Te sientes mejor contigo misma de que yo fracase, pero tú sales airosa? —preguntó.

Ella hizo una negación suave. Le dolía el cuero cabelludo por el maltrato.

—Mi amigo, David, me envió la nueva prueba y es la que acabo de darte. Solo tomará unas horas revisarlo… Saldrás bien en el examen del martes —dijo tratando de apaciguarlo. No quería que perdiera el control. Pensó en Kitty y en lo que le había dicho en aquella conversación: Scott solo iría a peor. Pero no la quiso escuchar y ahora, lastimosamente, parecía demasiado tarde—. Te ayudaré de nuevo, ¿vale?

Aurora habló con David sintiéndose éticamente mal, pero consciente de que pedirle que robara el examen del servidor garantizaría que su relación con Scott estaría en calma. Que él estaría feliz. No era su culpa que el doctor hubiera decidido cambiar el caso del examen o que Scott tuviera que estudiar nuevamente. «¿Acaso no contaba para nada que su amigo hubiera revisado y encontrado la prueba actualizada? Dios».

—No quiero tu compasión —zanjó él—. Siempre optimista, con una sonrisa, la primera de clase y a la que todos los hombres quieren follar —dijo con fastidio.

—Scott, no me interesan los demás, te lo he dicho —farfulló llorando.

—Entonces me lo vas a demostrar, ¿verdad? —preguntó retóricamente.

Aurora lo miró con terror, mientras él se quitaba los zapatos y el cinturón. Scott poseía músculos definidos debido a su práctica regular de Rugby, así como el entrenamiento en el gimnasio. Tenía la misma edad que Aurora. Ella no quería creer las intenciones que leía en la mirada del chico en el que siempre confió. No obstante, él se había convertido en su tormento y, ahora comprendía, su mayor equivocación. Aurora intentó salir de la cama, Scott se lo impidió. Esta vez, la aplastó con su cuerpo.

Ella sentía el corazón palpitándole con rapidez. Gritó que la soltara.

—Por favor, no. Scott, no hagas esto, por favor —suplicó. Pero el resto de sus palabras se las tragó un beso castigador, que no tenía pasión, sino envidia, celos, resentimiento, un toque de locura y una alta dosis de un descontrol peligroso.

Él le arrancó la blusa y bajó la cabeza para morderle con dureza un pezón sobre la tela del sujetador. Aurora no iba a convertirse en una víctima de otra

circunstancia de violencia que, aunque no era mejor o peor que un golpe, sí la devastaría para siempre de una manera que no creía que podría recuperarse. Decidió luchar con todas sus fuerzas. Scott la manoseó como si estuviera tratando a una furcia: sin emoción, cruda y cruelmente. Aurora optó por ejecutar otra táctica, porque la fuerza de la lucha mutua solo estaba generando que él, al parecer, se excitara más y se volviese más salvaje en sus actos. Este era un comportamiento atípico e infundía terror en ella.

Por unos segundos dejó de luchar contra él. Scott la insultó y terminó de arrancarle el sujetador. Le subió la falda con la intención de arrancarle las bragas.

—Te gusta cuando soy rudo, ¿lo recuerdas? Pues vas a demostrar que solo tienes ojos para mí, que solo yo te importo y no vas a abandonarme, Rory.

Ella temblaba y se sentía expuesta, mas no físicamente. Todo lo bueno que sentía en la vida parecía estar devolviéndose en forma de abrojos contra sí misma. No sabía en qué punto todo se torció. Había leído algunas historias sobre esta clase de situaciones, pero, hasta hoy, jamás quiso aceptar que estaba viviendo una de ellas.

—Entiendo… —dijo entre lágrimas, esperando la oportunidad para moverse con rapidez. Sabía que contaba con un tiempo cortísimo, antes de lo inevitable.

Solo bastó un descuido de Scott, leve, y ella le dio una fuerte patada en los testículos. Ante la sorpresa, él aulló de dolor y se trató de proteger por instinto. Aurora aprovechó ese instante para agarrar el cenicero que estaba en la mesilla de noche. Un vicio de Scott era el cigarrillo o la marihuana. Pero no los había consumido hoy.

Con toda la fuerza de la que era capaz lo golpeó en la sien, en el punto exacto en el que se encontraba el hueso temporal. No le importaban las consecuencias, que podía incluir una hemorragia interna, porque esto era defensa propia. Así que salió de la cama, mientras él gritaba de dolor y se sostenía la cabeza. Ella agarró sus pocas pertenencias e hizo la maleta con una rapidez que jamás había puesto en práctica.

—¡Joder…! —aulló Scott agarrándose la cabeza—. Rory… Rory… ¡Maldita seas! Ven aquí o llama un médico… Por favor, Rory, lo siento. Nena… Dios.

—Adiós… —susurró ella, llorando y con la ropa desarreglada. No gastó segundos buscando una blusa, sino que tomó un abrigo. Aurora había impedido una marca más dolorosa que la que ya llevaba a cuestas, pero eso no iba a borrar cuán traicionada y violentada se sentía. Estaba temblorosa. Salió a toda prisa de

la mansión.

Agarró las llaves del coche. Una vez dentro condujo varias cuadras, como si necesitara asegurarse de que Scott, aunque era imposible en el estado en el que lo dejó, no la seguía. Ella decidió que se cambiaría de universidad, homologaría las asignaturas y terminaría la carrera en otra institución. Aceptaría, finalmente, los guardaespaldas que siempre insistía su padre que tuviera alrededor. Al menos, durante un tiempo.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos llamó a la persona a quien debió pedir ayuda tiempo atrás. Brennan siempre fue protector con Kitty y ella, quizá porque les llevaba cuatro años de diferencia en edad. Al escuchar la voz masculina del otro lado de la línea, segura y amable, Aurora rompió en llanto. Él la escuchó balbucear las explicaciones, entre sollozos y consternación combinados. Brennan la calmó con paciencia y le pidió que dejara el coche en donde estaba y que él arreglaría con sus colegas que lo regresaran a Londres. Después, le pidió que se registrara en un hotel, pero que antes era preciso hacer una denuncia contra Scott para que no volviese a acercarse a ella. Le recordó que era importante dejar un precedente ante el hecho.

—Brennan, no puedo hacerle eso… —sollozó—. Ni siquiera sé si está bien…

—Lo más probable es que ese golpe lo haya dejado mal herido, pero no muerto, como debería estar por lo que acaba de hacerte —replicó el hombre en tono gentil. No quería agobiarla, aunque tampoco iba a mostrarse indulgente con Scott Barclays. Si en lugar de Rory hubiera sido Kitty, él no habría actuado de manera diferente—. Voy a enviar una ambulancia a la casa de Barclays. Dame la dirección.

Ella se la dictó con rapidez, aliviada de que Scott recibiera ayuda. Debería odiarlo, pero sus emociones estaban demasiado confusas. Su corazón, golpeado.

—Brennan, estoy a dos horas de Londres… —murmuró.

—Mañana temprano iré a Cotswolds —dijo—. Avísame el nombre del hotel en el que vas a registrarte, así le pediré a mis colegas de la zona que no dejen entrar a Scott. Esto, en el caso de que empiece a buscarte en los alrededores. Aunque no creo que se atreva. Rory, en ninguna circunstancia lo contactes. ¿Lo puedes prometer?

Aurora estaba aturdida, angustiada y también, aunque le enfadaba sentir esta última sensación, preocupada. Un impulso necio la instaba a querer regresar a la casa para cerciorarse de que Scott estuviera bien. Inclusive disculparse por haberlo golpeado. «¿Acaso no soy idiota?», se preguntó, mientras contemplaba

las marcas de los dedos alrededor de su cuello, en el espejo retrovisor. Su piel era blanca y cualquier presión fuerte la marcaba. Lo que hizo él fue lastimarla. Necesitaba ir a un doctor. Su labio inferior estaba hinchado y también empezaba a notarse los golpes en la cara.

—Sí… No sé qué va a pasar de ahora en adelante… Tengo miedo —susurró.

—Me encargaré de tu protección y la parte policial. Cuando vayas a la estación de esa área, un equipo médico va a estar esperándote. Tú, solo procura intentar serenarte —comentó. Aunque su familia era multimillonaria, Brennan disfrutaba de esos millones mejorando los recursos de Scotland Yard. La profesión que ejercía le gustaba más que ser CEO—. Te enviaré un abogado para que pueda asesorarte. Conozco a un par que viven en esa área y son amigos de mi familia. ¿Conforme?

Ella sollozó y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano libre.

—No sé cómo agradecerte…—dijo apretando el teléfono y cerrando los ojos.

—Eres parte de la familia. Te conozco de toda la vida. No me agradezcas.

—Kitty…

—Mi hermana tendrá que respetar si quieres o no hablarle de este episodio. Pero ella te quiere mucho, Rory. Intenta darle un espacio cuando estés lista.

Aurora soltó una leve exhalación. Aunque él no podía verla, asintió.

—Brennan, ¿habrá que ir a juicio si hago una denuncia por intento de violación contra Scott y por maltrato? —preguntó en un hilillo de voz. Si hubiera estado en un sitio ruidoso, en lugar del interior del BMW, él no la habría escuchado—. Mi familia…

—Entiendo las repercusiones —replicó él—. Primero, tienes que estar a salvo.

—Me las puedo apañar —susurró.

—Todo estará bien, Rory —dijo en tono de voz firme.

—Eso espero… —murmuró, dudosa, y cerró la llamada.

CAPÍTULO 1

Las gotas de la furiosa tormenta golpeaban contra los ventanales de la mansión de estilo eduardiano. Dominic era ajeno a todo ello, porque su atención se mantenía en su consistente agarre alrededor de los cabellos ondulados de Elin. La escort estaba de rodillas chupándole el miembro erecto con ávido entusiasmo. Ella trataba de que el reflejo en la garganta, al tomarlo profundamente, no le impidiese respirar. Como consecuencia del esfuerzo algunas lágrimas se escapaban de sus ojos. La rubia tenía las muñecas atadas detrás de la espalda y mantenía el equilibrio con su propio peso.

—¿Vas a follarme? —preguntó apartando un poco la boca del miembro. Un cliente con el rostro y atractivo físico de Dominic no era común. Ella sabía que su contrato era para proveer placer, mas no recibirlo, pero no podía dejar pasar la oportunidad—. Me gustaría mucho sentirte abriéndote paso en mi sexo con rudeza.

La respuesta de Dominic fue agarrarle con más fuerza el cabello.

—Solo tienes un trabajo y no consiste en hacer preguntas —zanjó la voz profunda y masculina—. Puedes guardar tus peticiones cuando contrates un gigoló.

—Omph… —murmuró cuando él le retorció un pezón con dureza.

No fue un gesto de deseo, sino autoritario. Ella asintió y regresó a la faena.

Dominic podía tener a la mujer que deseara en su cama. Las ofertas sexuales, sutiles y otras no tanto, nunca faltaban. Pero la llamada a la agencia de escorts tenía que ver con mantener el control y ejercerlo. Él no dejaba nada a la suerte o al estúpido concepto de “destino”. Con una prostituta, cuya presencia era la excepción y no la regla, no tenía que perder el tiempo en conversaciones o contemplar sutilezas. Las normas las establecía él, en un contrato claro y marcado siempre por el desapego.

Necesitaba dominar inclusive el intercambio más básico y volátil como lo era el sexo. Dejarse llevar por el abandono de las emociones era inaceptable, porque en las pocas ocasiones en que se obligó a soltar el control, el caos invadió su existencia. Las consecuencias, así como los recuerdos al respecto, aún lo acechaban en su conciencia. Así que prefería no crear vínculos con el sexo opuesto. Las mujeres con las que ligaba en algún viaje de negocios eran idóneas:

no conectaba más allá del nivel físico, no volvía a verlas y tampoco se preocupaba por detalles de sus existencias.

Él había visto los resultados de su propia estupidez cuando la única mujer que logró capturar su atención, durante más tiempo que ninguna otra, optó por marcharse. Esto ocurrió tres años atrás. Vespery era un capítulo del que Dominic prefería desentenderse. No cometía el mismo error dos veces. Lección aprendida. Por eso había retomado sus hábitos regulares, aquellos que mantenían su rutina inalterable. Solo buscaba cuerpos cálidos de una noche y que se plegaran a sus demandas físicas.

El control era indispensable, no solo en su vida privada, sino en los negocios.

En un mundo de tiburones corporativos, aquel en el que él se movía con depredadora fluidez y malicia, las debilidades eran el equivalente a dejar un rastro de sangre para ser atacado. Él era meticuloso en la preparación de sus negocios y elegía personalmente, bajo estrictos parámetros, a sus colaboradores de más alto rango. Estos últimos seguían sus órdenes a rajatabla y lidiaban con las minucias de lo cotidiano. Dominic prefería enfocarse en lo importante. Además de ser el CEO de Langford Creations, la empresa familiar de textiles y cosméticos con mejor valoración del Reino Unido, España y Francia, contaba con un lucrativo portafolio personal de bienes raíces. Negociaba la compra de viejas mansiones victorianas para reformarlas. Las vendía a instituciones que quisieran preservarlas o si no las convertía en hoteles.

El estado de destrucción, en el que sus agentes solían encontrar estas propiedades, fascinaba a Dominic, porque detrás de cada estructura existía una historia sombría. Tal como la suya. Pero, a diferencia de esas edificaciones, para él no había una manera de reformar su interior, menos de borrar las púas invisibles que se mantenían clavadas en su conciencia. Él estaba buscando la pieza del rompecabezas de su pasado, no solo porque era preciso para suturar las heridas de estelas invisibles que permanecían abiertas, sino para arruinar a los responsables. No iba a detenerse.

Años atrás, su familia no tuvo el alcance para iniciar las pesquisas necesarias, porque la empresa entró en una profunda crisis. Los problemas legales no cesaron de llegar, la influencia de su apellido decreció y la reputación quedó en escombros. Les cerraron las puertas y obstaculizaron cualquier proceso personal que tuvieran en curso. El director de finanzas de aquella época había creado compañías fantasmas y usó como tapadera para sus gestiones a Langford Creations. Los desfalcos a proveedores y clientes fueron brutales. Dominic

apenas era un niño. Cuando su padre logró recuperar el brillo de la empresa, algo que tomó un par de años, ya había pasado demasiado tiempo y la data para esclarecer la tragedia familiar no estaba disponible.

El paso del tiempo les había jugado en contra.

Ahora contaba tan solo con una tenue sospecha, amparada en la fotografía de un reportaje periodístico, y utilizaría ese pequeño indicio para tirar de la punta que podría desentrañar una madeja de respuestas. Por ese motivo asistiría, esta noche, a la fiesta de recaudación de fondos para la campaña política de Bruce Sterling a la alcaldía de Londres. Lo anterior no le agradaba en absoluto, porque Dominic nunca había tenido respeto por la clase política. Pero, desde que leyó el artículo en The Guardian sobre Sterling, supo que sería la ocasión idónea para tener una aproximación. Así que empleó parte del tiempo trazando un plan y buscando pruebas que le dieran ventaja.

Dominic no era un hombre sociable y su presencia solía provocar temor y respeto, en lugar de confort y sonrisas fáciles. Esto, le importaba una mierda. Él no dudaba al momento de tomar decisiones drásticas o demoler a su competencia. El título de empresario “cruel”, “sin compasión” o “desalmado”, le parecía un halago. Si resultaba conveniente, para sus alianzas como CEO, podía ser un gran mediador.

En esta ocasión, lo que estaba iniciando era una cacería sigilosa.

Quería corroborar si aquello que consideraba una pista, sobre su pasado, tenía más aristas de las que aparentaba. Una fotografía podría lucir inocente ante los ojos de cualquier lector, pero no para uno que identificaba elementos que resonaban con su vida personal de una manera incómoda. Como él. Por eso, el asistir al jodido evento serviría para hacer una primera aproximación. Luego jugaría la partida con el haz que tenía bajo la manga. Pero, antes de salir de su casa, Dominic precisaba calibrar sus impulsos. Así que la parte más importante era reafirmar su alta capacidad de autocontrol.

Lo anterior explicaba las ataduras que mantenían inmovilizadas las muñecas y tobillos de Elin, mientras ella continuaba de rodillas recorriéndole el miembro con goloso entusiasmo. Las limitaciones incrementaban la sensación de dominio en Dominic y lograban crear un punto alto de necesidad sexual en sus acompañantes. Él no practicaba sadomasoquismo. La parte que de verdad le importaba, al utilizar la restricción, consistía en decidir cómo y cuándo se corría su amante. Elin no era más que un punto de desahogo y un ejercicio calculado para reafirmar el dominio de sí, ante una situación próxima de inminente tensión.

No le pagaba para que disfrutara.

Otros métodos de desfogue no estaban disponibles. Su gimnasio privado estaba en remodelación y su club de equitación quedaba a dos horas de distancia, así que la vía más obvia para aliviarse era el sexo. Él era un hombre de sangre caliente y esta se agitaba con un buen culo, unas tetas generosas y una boca que supiera cómo rodearlo completo. Esta vez no buscaba el clímax, sino comprobar su autodominio.

A las mujeres que se llevaba a la cama no les importaba si él no las miraba a los ojos al follarlas o si, en muchas ocasiones, las tomaba desde atrás para hacer de cuenta que no existían. El atractivo físico, la virilidad y el aura de poder que exudaba Dominic, mezclado con indiferente arrogancia, era suficiente al parecer para ellas.

—Agarra mi pene con ambas manos firmemente —ordenó después de quitarle la cuerda de cuero de las muñecas—. Si pierdes el equilibrio, no voy a ayudarte.

Ella tragó saliva y también las gotas de líquido preseminal. No podría contarles a sus compañeras de la agencia sobre el semental que estaba ante sí o perdería el empleo por romper la cláusula de confidencialidad. Los millonarios que la contrataban regularmente tenían fetiches, pero con ellos fingía estar excitada. Con Dominic, no.

—¿Así…? —murmuró, luego de obedecer, y mirándolo con deseo inequívoco.

Él se impulsó más profundo en esa garganta para callarla. Cuando estuvo a punto de correrse, sin darle opción a Elin de reaccionar, Dominic simplemente se apartó. Desconcertada, ella estuvo a punto de darse de bruces, pero logró apoyarse con las palmas de las manos. Quedó en cuatro y lo miró por sobre el hombro, confusa. Creía que estaba haciendo bien su trabajo, pues era la mejor escort de *Black Desires.*

—Desata tus tobillos. —Ella lo hizo—. Ya sabes cómo salir de aquí —dijo él sin molestarse en dar explicaciones, porque jamás las ofrecía a nadie. Con expresión indiferente, subiéndose los pantalones y dejando la camisa sin abotonar, Dominic abrió la puerta de la sala—. La propina por tus servicios ya se transfirió. Eso es todo.

La mujer lo miró agitada. Él, en cambio, parecía haber terminado una charla impersonal, en lugar de una sesión intensa de sexo oral con una scort sensual y guapa.

—Pero… —farfulló, atónita, mientras se incorporaba de la alfombra.

Dominic no miró atrás, porque no tenía motivos para hacerlo.

Subió a su habitación y se dio una ducha rápida. Estaba conforme por no haber sucumbido a las ganas de eyacular en la boca de la mujer. Pero no se privó de aliviar su dolorido miembro, con su propia mano, bajo el agua caliente de la ducha. Esta era su recompensa. La sensación no era la misma que penetrar un coño mojado. Pero en este momento eso era irrelevante, porque tuvo claro el propósito de este encuentro.

Contaba dos meses desde que folló por última vez. Su agenda estaba copada de reuniones y su mente tenía enfoque en hacer alianzas en los mercados textiles de Italia. Dominic viajaba con frecuencia para atender reuniones fuera o dentro de Inglaterra o aceptar premios para Langford Creations. En los intervalos que tenía libres, que no eran tantos, buscaba la oportunidad para desahogarse sexualmente. Sin embargo, cuando follaba lo hacía bajo sus reglas: un lugar que él eligiera, jamás en su cama; no amanecía con sus amantes y no iba a sus casas. No creaba vínculos.

Dominic aprendió que no estaba diseñado para acercamientos demasiado personales o para ahondar en ese pantanoso mundo de las emociones. La única ocasión en la que intentó salir de su zona de confort todo se torció. Así que optó por relacionarse en una forma que no creara lazos cercanos. Además, su coeficiente intelectual era de 143 en la escala de Stanford-Binet, muy superior a la media. Una mujer hermosa calentaba su cama, pero no servía para picar su curiosidad. Al no existir ese equilibrio entre mente y cuerpo, Dominic encontraba mucho más fácil evitar conectar con ellas. Se convertían en estímulos lascivos con fecha de caducidad.

Él prefería marcar una diferencia entre sus asuntos privados y los corporativos.

Lo anterior incluía rechazar las opiniones de su padre sobre la necesidad de que tuviera descendencia, por el bien de la continuidad de la empresa. De hecho, Dominic encontraba aborrecible la última conversación que tuvieron. No porque fuese la primera vez que hubiera escuchado ese discurso, sino porque la amenaza que dejó Owen no era solo un capricho. De hecho, estaba sustentada en el estatuto de la empresa, lo cual convertía la exigencia de su padre en un asunto serio y justificado.

Según la cláusula de sucesión hereditaria del reglamento de la compañía, la continuación del liderazgo era generacional: pasaba de un primogénito a otro. Esto lo hizo Owen Langford con Dominic, cuatro años atrás, cuando se retiró

como CEO.

—Te dedicas a aniquilar a la competencia, lo cual es fantástico, pero no hay ninguna mujer que lleve tu anillo. Esta es una empresa valorada en mil doscientos millones de libras esterlinas y tiene seis mil empleados, así que se necesita que el CEO forme una familia a la cual cedérsela —le había dicho Owen en un tono solemne a su hijo en esa reunión al final de la tarde—. Mis dos hermanas no pueden entregar la presidencia de esta compañía a sus hijos, a menos que yo decida removerte del cargo y escribir un documento que le ceda a uno de tus cuatro primos la posición.

Dominic lo había observado, sin emoción, enarcando una ceja. Procuró que los cuatro bolígrafos Montblanc sobre su escritorio mantuvieran la misma distancia entre sí, así como también que la posición de su silla estuviera bien alineada. El orden era extremadamente importante para que él pudiera mantener su espacio a gusto.

—Entiendo la cláusula de sucesión, padre —había respondido con indiferencia—, pero tengo treinta y cuatro años, no setenta. Reproducirme es un asunto que resolveré cuando crea oportuno, porque, ¿qué clase de empresa dejaré en herencia si me dedico, en mis años más productivos, a idioteces como procrear?

Owen había dado un puñetazo sobre el escritorio de Dominic, pero este, como era habitual, tan solo observó la reacción sin inmutarse y reacomodó los bolígrafos.

—¡Está legalmente estipulado que la sucesión es necesaria! —había dicho el hombre de ojos celestes—. Tus primos han tomado caminos diferentes en la profesión. Pero Clayton está dando grandes resultados en esta compañía como vicepresidente financiero. Me manifestó que está interesado en asumir una posición de más responsabilidad. Además, ya tiene dos hijos y un tercero en camino.

Dominic había sonreído de medio lado.

—He visto los dos pequeños demonios que tiene, padre, y eso no implica que yo tenga interés en sumarme a esa clase de sin sentido. El hecho de que Clayton quiera ascender en la empresa no implica que lo merezca —había replicado Dominic.

Él había trabajado arduamente para asumir el cargo que le correspondía. Su primo, Clayton, era campeón para decir naderías y desplegar su verborrea en eventos empresariales, a diferencia de Dominic que prefería ser breve y eficiente

en su gestión.

—Que tu capacidad de resolución sea ágil, así como tu eficiencia para asumir cambios, no implica que los importantes resultados que ofrece Clayton sean menores.

—¿Qué es lo que quieres decirme con todo esto, padre?

—Quiero un nieto. Un heredero para esta compañía familiar.

A pesar de su retiro como CEO de la empresa familiar, Owen continuaba siendo integrante de la junta directiva. Su voto mantenía un gran peso en las decisiones. El asunto de la descendencia era un tema importante para el anciano.

—No —había zanjado en tono serio—. Los abogados pueden encargarse de manejar el asunto del estatuto, así como la junta directiva. Puedo liderar esta empresa y cuando esté listo prepararé a un sucesor adecuado. Clayton, te aseguro, no lo es.

Owen, con su cuerpo robusto y barba blanca, lo había mirado furioso.

—Esta no es una negociación, Dominic, como las que habitúas llevar a cabo —había expresado—. La compañía necesita continuidad, por ende, un CEO que afiance esa percepción importante con el ejemplo: una familia e hijos. En lugar de eso, tú, alejas a los periodistas y los haces quedar mal cuando te hacen preguntas. Tu expresión en las fotografías es de arrogancia no de cercanía, joder —había dicho con exasperación—. Te retratan como un ogro y eso perjudica la marca Langford.

—Si los periodistas están mal preparados es un problema de sus editores, no mío —había replicado reacomodando los elementos en su escritorio que, con los exabruptos de Owen o puñetazos sobre el vidrio, se movían—. Si no fuera por mi gestión, los integrantes de la junta directiva de esta empresa estarían consumiendo sus modestas fortunas, en lugar de incrementarlas. Algo que, gracias a mí, ahora hacen. ¿Qué importancia tiene cómo conduzco la vida social, si los números son elocuentes?

El anciano se había pasado la mano sobre el rostro.

—Dominic, no puedes continuar yendo a los eventos que auspiciamos con mujeres incapaces de mostrar calidez o sonreír. ¡Vendemos artículos de lujo para mujeres cálidas, independientes y profesionales! Tus acompañantes no las representan. Lo que haces socialmente no tiene coherencia con los valores de marca.

La oficina tenía vidrios que podían polarizarse para dar privacidad. Pero en

esta conversación no había sido necesario. Aunque sus voces eran fuertes, el inmenso despacho estaba ubicado en un largo pasillo alejado de otros. El acceso era restringido.

—He traído a esta compañía un incremento mensual del 1%, lo que se traduce en doce veces ese número al final del año. Tú, cuando eras CEO, lograbas la mitad. He conseguido expandir la línea de distribución cosmética en un mercado tan competitivo como Francia, además de llegar a los países escandinavos para realizar alianzas exitosas con la otra parte del negocio: las telas de alta gama —había comentado—. Nuestra reputación es la mejor en la industria, así como nuestros aliados. Sin embargo, se fijan si tengo o no una mujer del brazo que represente los estándares estúpidos y aspiracionales sin sentido. Los números son los que valen.

Owen se había incorporado de la silla y apuntado a Dominic con el dedo.

—Tu madre está preocupada por ti. Ella considera que tu tendencia individualista te aislará, con el tiempo, más que ahora. En especial cuando no estemos vivos. No quiere que te quedes solo —había expresado. Su esposa, Lavina, era muy distinta a los dos: encantadora, sonriente y creativa. Ella había sido la razón de que Owen hubiese abierto una línea de diseño de modas. Solo se realizaba una exclusiva colección al año y el acceso era para boutiques muy selectas—. Esta exigencia que te hago, que continúes la tradición familiar, no hubiera ocurrido si tu hermano…

—Padre —había interrumpido, pero su tono fue menos ácido e imperceptiblemente tintado de culpabilidad—, no vamos a mencionar a Jenk en este asunto. La vida es lo que tenemos ahora, aunque puedo asegurarte de que encontraré las respuestas a lo ocurrido. Por otra parte, el proyecto Lyon requiere mi atención. Los hijos son un accesorio molesto. Así que tengo mi agenda bastante ocupada.

Owen había soltado una exhalación.

—Aunque no fuimos los mejores padres, jamás te consideramos ni a ti ni a tu hermano como un accesorio —había replicado—. Sobre el proyecto Lyon: estás en la mira de los defensores de animales, Dominic, desde que decidiste mandarlos a la mierda, porque te cuestionaron que esta empresa se reuniera con los representantes de varias granjas señaladas por la crueldad con las ovejas. ¡Usa la empatía, joder!

—Es innecesaria para los negocios. No tengo que justificarme ante ningún grupo defensor de animales. El proyecto Lyon es el más ambicioso que se ha

planteado Langford Creations y no puedo dejar de hablar con potenciales proveedores, los contrate o no, porque unos idiotas deciden crear un caos sobre presunciones falsas —había dicho. Esos colectivos ridículos acusaban sin pruebas.

Owen sabía que los permisos para abrir una nueva fábrica en Enfield, al norte de Londres, estaban detenidos por las modificaciones a ley del sector textil. Su hijo quería realizar una expansión, parte del proyecto Lyon, pero las trabas eran continuas.

—La necesidad de que haya un heredero para la próxima generación de esta familia es real —había replicado Owen—. Si antes de la próxima junta semestral del directorio no hay noticias de una mujer que esté a la espera de tu primer hijo, entonces el punto principal de la agenda será dividir la empresa en dos grupos. Dos CEO. La parte cosmética será tu completa responsabilidad. La fábrica de textiles tendrá un consejero delegado externo o entrenaremos a tu primo, Clayton, que es el más interesado en ascender y ha hecho méritos —había dicho Owen, consciente de que esta posibilidad era casi ofensiva para Dominic—. ¿He sido claro en mi decisión?

Dominic se había incorporado de la silla y observado en silencio a su padre. Estaba muy cabreado, aunque su rostro seguía impasible. Esta era su maldita herencia.

—Estarías arruinando tu propia empresa, perdiendo tiempo y dinero, si la divides y la cedes a otra persona que, a diferencia de mí, no conoce al dedillo los entresijos de Langford Creations. Todo por un absurdo e innecesario motivo.

—No fue esa mi pregunta —había zanjado Owen, estoico.

—Tu mensaje ha sido claro —había respondido ante lo que juzgaba como un sin sentido. Aquella noche, al salir de la oficina, había pasado tres horas en el gimnasio.

Esa conversación caló profundo, negativamente, en Dominic.

Él comprendía la situación de tener hijos como una transacción de negocios, pero bajo sus estipulaciones. La circunstancia la asumía como un asunto profesional. El objetivo era cumplir el jodido estatuto y afianzar su posición de CEO. Punto. Cederle la parte textil a otra persona, preparada o no, le parecía ridículo. Además de que esta sección del negocio resultaba más estimulante que los productos cosméticos.

Dominic eligió tres candidatas para el puesto de madre de sus hijos. Ya había conversado con dos de ellas. Las descartó. Le quedaba una y la vería dentro de

unos días. Se trataba de Clarice, una reconocida cirujana con la que se había acostado alguna vez. Que no le gustara repetir, no implicaba que elegiría a alguien con quien no hubiera tenido química o que tuviera intención de follar una lista de mujeres para encontrarla. Además, el contrato que tenía en mente no contemplaba pasar tiempo con ellas.

Pero esta noche, su mente estaba enfocada en la mansión del sector de Barnes, en donde se llevaría a cabo la fiesta. Él tenía dos opciones: si certificaba que Sterling podría aportar datos a las lagunas de su pasado, entonces sería menos agresivo y evitaría utilizar los documentos que tenía en su contra, hasta que fuese necesario. Si la fotografía era tan solo una cruel coincidencia, Dominic emplearía esos archivos que había recabado contra Sterling y lo obligaría, inmediatamente, a cesar las modificaciones que estaba haciendo desde el Parlamento a la ley de transparencia y sostenibilidad textil. Lo anterior estaba perjudicando a la industria. A él. Si se aprobaban más cambios subirían muchísimo los costos empresariales al exigirse nuevas certificaciones de sostenibilidad y la restructura de la cadena de suministros.

El sonido del móvil lo sacó de sus pensamientos.

Dominic deslizó el dedo sobre la pantalla digital y dejó el altavoz.

—Creía que a estas horas de la noche estarías viajando con Brenda —dijo a modo de saludo, en referencia a la esposa de Cédric—. ¿Cancelaron el aniversario?

La risa de su mejor amigo resonó desde el otro lado del aparato.

—En la vida de casado, los aniversarios y fechas, en general, son un punto no negociable. Además, necesito este tiempo fuera de Londres con ella —dijo riéndose —. Me costó mucho trabajo que aceptara que mis intenciones eran serias, así que echarlo a perder por algo que puedo apuntar en el calendario sería estúpido.

—Ahora entiendes mi renuencia a casarme —replicó con acidez.

—Considerando que es bajo coacción —se rio—, no lo dudo. La vida podría sorprenderte, Dom, y la cirujana que me mencionaste es el amor de tu vida —dijo llamándolo con el apodo que usaban en el selecto círculo íntimo de ambos. Casi todos eran compañeros de Eton. Entre los dos amigos, Cédric Gallore era el más espontáneo—. ¿Crees que ella acepte la propuesta? —preguntó, mientras bebía whiskey. Él era su propio jefe, tenía una empresa de tecnología digital, y se encargaba de desarrollar videojuegos de experiencias multijugador en línea. Estilo *Call of Duty*.

—Considerando que son varios millones de libras y un divorcio lucrativo, sí —replicó ajustándose el Patek Philippe de oro blanco en la muñeca. Su padre no había estipulado un tiempo de duración del matrimonio, así que utilizaría esa falta de precisión para maniobrar a su conveniencia—. ¿Confirmaste la información que te pedí? —preguntó, mientras agarraba la corbata y se hacía rápidamente el nudo.

A diferencia de Dominic, Cédric y su esposa sí disfrutaban de la vida social. Lo hacían siempre que su hija pequeña pudiera quedarse en casa de los abuelos.

—Claro —dijo mirando la ciudad desde su penthouse en Kensington—, ese es el motivo de mi llamada. Aurora Sterling asistirá a la fiesta. Me lo comentó Samuel.

—¿Quién mierda es ese? —preguntó ajustándose los gemelos.

Él había visto algunas fotografías de la mujer, pero estas parecían ser de años atrás. Luego leyó que ella parecía preferir más la veterinaria que vincularse a eventos políticos. Quizá, pensó Dominic, esa era la razón de las fotos antiguas en la prensa. Pero al verla, la mujer no le causó ningún impacto. Pocas lograban ese efecto en él

—El organizador de los eventos políticos de Bruce. Su hijo es fan de los videojuegos que hace mi empresa, así que nos hemos visto varias ocasiones en diferentes conferencias de tecnología —dijo Cédric—. La única hija de Sterling está saliendo con el propietario de un famoso establo en el que se entrenan y crían caballos purasangres, además, ofrecen clases de hípica. El lugar tiene buena reputación y se llama Diamond Race. El apoyo financiero de la familia McLean a la campaña es muy lucrativo —replicó ceñudo—. ¿Por qué te interesa la presencia de ella en esa fiesta?

Dominic empezó a bajar las escaleras. Le hizo una seña a su ama de llaves, Kery, para que llamara al chofer. Al instante llegó Wyatt tras el volante del Porsche. Después utilizó el auricular para mantener la privacidad de su conversación.

—Nadie conoce mejor a un padre que un hijo, en especial si tienen una relación tan estrecha, según lo que menciona la prensa —replicó al entrar en el coche—. Hablar con ella me dará la posibilidad de tener otra perspectiva de Sterling.

—¿Eso es todo…? —preguntó, porque su amigo no hacía nada a medias.

—Primero calibraré el ambiente, luego tomaré una decisión adecuada sobre mis opciones —dijo indiferente—. Mi asunto es con Bruce. La chica sería un

daño colateral, porque, sin importar lo que pueda encontrar, arruinaré a ese imbécil.

No existía ningún paso que él diese sin antes tener una estrategia. Todo estaba armado como el sistema interior de un reloj suizo. Si en el camino tenía que tolerar algún inconveniente, lo resolvería. No iba a detenerse, hasta obtener respuestas a tantos años de auto recriminaciones y sombras. Cuando encontrara a los responsables, él haría no solo que se sintieran fragmentados, sino pulverizados e incapaces de encontrar solaz para la ruina que llevaría a cabo. Los círculos de poder tenían un Talón de Aquiles; uno que solía estar en los sitios menos pensados. Como un tesoro que parecía estar oculto al entorno, pero, en realidad, era visible para quienes sabían apartar las distracciones y lanzar la ganzúa en el momento preciso. Como Dominic.

CAPÍTULO 2

Aurora disfrutaba su trabajo como veterinaria en el consultorio de Cute Paws, un refugio de animales financiado por aportes privados y por la autogestión, a través de actividades diversas en la comunidad. El salario no era tan elevado, pero tampoco podía exigir demasiado considerando que se había graduado dos años atrás. Aquellos tiempos, al cambiarse de universidad, asimilar la ruptura con Scott y sus implicaciones, fueron complicados y dolorosos. El proceso de terapia fue intenso, pero la ayudó a recuperar a la Aurora de siempre: alegre, sociable y espontánea. Los únicos rezagos que aún permanecían, pero en los que continuaba trabajando, eran sobre su cuerpo.

Todavía le costaba mirar su reflejo y aceptarlo por completo, sin juzgarse, en especial cuando las recriminaciones de Scott se entrometían en sus recuerdos. "*Las chicas de nuestra edad no tienen esos rollitos*". "*Quizá deberías retomar el gimnasio, nena*". "*No me quejo, pero prefería tus pechos menos grandes. Como antes, Rory*". "*Creo que ese vestido te marca demasiado esta nueva figura que has adquirido. Pero no es una queja, eh. Eres guapa*". La comida continuaba siendo, aunque ahora en menor medida, un modo de confort. Por ese motivo, a pesar de que iba al gimnasio, mantenía un sube y baja sutil en su peso. Su físico era más curvilíneo. Su mejor amiga solía decirle que otras mujeres pagaban a un cirujano plástico para tener la clase de curvas que ella ahora lucía. Kitty la animaba a que dejara de esconderse en ropas informes. Fue así como Aurora se deshizo de sus prendas monocromáticas y las cambió por unas más coloridas, cómodas y ajustadas.

La suya no fue una ruptura romántica común, sino un caso de abuso y maltrato. Scott había sido sentenciado a cinco años de cárcel por intento de violación. Las familias de ambos, Sterling y Barclays, utilizaron los recursos e influencias para que el caso no viera la luz del día. Por eso, la ley se aplicó en una Corte a puerta cerrada y no hubo titulares al respecto en los medios de comunicación. Ese era el poder del dinero, pero, sí, se hizo justicia. Aurora no pudo ocultarles a sus padres los motivos de que hubiera regresado a casa, ese fin de semana desde Cotswolds, con el labio partido y el rostro golpeado. Su papá era muy protector y la apoyó, junto a su madre, durante el juicio. Ambos habían sido, además de Kitty, un pilar de soporte vital.

Ocho meses después de que Scott entrara en prisión, un juez le dio la libertad

condicional por buen comportamiento. Los abogados de Aurora obtuvieron una orden de alejamiento que él había cumplido. Aunque, en una o dos ocasiones, le escribió un email para decirle que sentía mucho cómo la amistad de ambos se había torcido. Ella no lo reportó a sus abogados, porque no hubo más contacto de Scott y Aurora decidió cambiar su email y su número de móvil. Procuraba no frecuentar los amigos que tenían en común, en especial aquellos que nunca fueron tan cercanos. Su psicóloga la motivó a que cambiara de círculo social haciendo actividades diferentes. Fue así como entró a clases para aprender a montar a caballo y también cuidarlos.

Aurora sabía que esos animales eran una fuente maravillosa de amor, además ayudaban a contrarrestar la ansiedad o algunas otras condiciones emocionales. Lo que menos hubiera esperado, cinco meses atrás cuando empezó las clases, era conocer a Tobías. En un inicio creyó que era otro más de los instructores, porque fue quien le dio clases en un par de ocasiones. Hasta que una tarde, uno de los caballos pareció sufrir un súbito dolor y de inmediato ella se acercó para ayudar. Cuando Aurora había preguntado si alguien iba a llamar al dueño, para notificarle lo que estaba ocurriendo con la yegua, fue que Tobías le informó que él era el propietario de Diamond Race.

—No sabía que los dueños se involucraban tanto en un negocio, hasta el punto de dar clases de equitación a novatos —había dicho con humor en aquella ocasión.

El hombre había esbozado una sonrisa amplia. No era musculoso, sino que estaba en forma. Aurora lo había considerado sereno, en lugar de intimidante.

—El día en el que viniste por primera ocasión, yo estaba de paso para atender una reunión urgente, pero la instructora de turno tuvo un contratiempo. Así que decidí quedarme un rato. Cuando vi que eras una de las alumnas —había sonreído con inocente picardía—, pues no pude evitar querer saber quién eras y hablar contigo.

—¿Así que las otras cuatro clases viniste solo para ser mi instructor? —había preguntado. Aunque ella era mucho más cautelosa al momento de permitirle a un hombre acercarse, lo cierto es que conocer a Tobías había sido inesperado y agradable.

Él se había reído y hecho un asentimiento. Al hacerlo sus cabellos rubios se agitaron un poco. No solía estar tanto tiempo en el campo como le habría gustado, porque tenía que atender los negocios que se llevaban desde las oficinas del rancho.

—Sí. Una mujer tan guapa como tú es imposible de pasar desapercibida. No quería perder la oportunidad de conocerte, pero entiendo si prefieres mantener la distancia. Lo cierto, Aurora, es que quiero que disfrutes tu estancia y aprecies tu vínculo con los caballos. Pero también quisiera invitarte a cenar —había dicho en tono amable y confiado. Diamond Race quedaba en Newmarket, condado de Suffolk, a noventa minutos en coche desde el centro de la capital inglesa—. ¿Qué dices?

Aurora lo había mirado con sorpresa. Ella viajaba una vez a la semana para las clases de equitación. Lo solía hacer los viernes, porque salía más temprano del trabajo.

—Salí de una relación complicada y no sé si sea una buena compañía…

Él la había mirado sin borrar la sonrisa del rostro.

¿Qué te parece entonces si comprobamos tu teoría? —había preguntado.

Ella no había evitado la risa que se escapó de su garganta. Luego recordó lo que Kitty insistió tanto que entendiera: *“No todos son como Scott. Date una oportunidad”*.

Desde aquella conversación, no solo había tenido una primera cita divertida con Tobías McLean, sino varias. Ambos vivían en ciudades distintas, aunque cercanas, lo cual le permitía a Aurora sentir que mantenía su espacio. Aparte, él tenía muchos negocios que lo hacían pasar tiempo en Londres, así que aprovechaban para verse. Ella seguía yendo a las clases de equitación, pero con menos frecuencia porque los horarios en Cute Paws habían cambiado y ya no podía salir tan temprano los viernes.

Con él no existían emociones confusas, tampoco presiones, ni se sentía juzgada. Él tenía veintinueve años, cinco más que ella, y esa diferencia aportaba un factor que Aurora consideraba importante: un poco más de madurez. Por otra parte, en ninguna de sus relaciones, inclusive la que tuvo antes de Scott, había encontrado aquello que muchas mujeres mencionaban que podía existir con un hombre: la chispa que consumía y hacía arder con un simple toque. Pero imaginaba que todas sentían de manera diferente. Ella prefería la calma que Tobías aportaba a su vida, pues no existían riesgos ni sobresaltos violentos. Él era el opuesto a Scott: plácido y calmado.

Lo máximo que había hecho con su novio era besarse largamente. Ella le explicó que vivió eventos de violencia en su relación anterior y por eso prefería ser cauta. Él le comentó que sus padres se habían divorciado por un asunto similar, diez años atrás, y que esperaría a que ella se sintiera lista para hablar al

respecto. Tampoco la forzaba para tener sexo. Eso no implicaba que no intentara cautivarla sutilmente.

Aurora cedía ante los avances de Tobías, hasta donde se sentía a gusto. Sin embargo, quería romper con las cadenas que le impedían tener intimidad. Siempre había sido muy sensual, curiosa inclusive y generosa con su cuerpo. Pero Scott empañó de dolor ese aspecto de su vida. Ella quería recuperar esa parte de sí y revivir la sensación de libertad de su piel con la de otro. Quería intentarlo con Tobías.

Así que su intención era aplacar sus propias dudas y seducirlo esta noche.

Quería ser la que tomara la iniciativa por primera vez, porque sentía que si no se arriesgaba sería imposible que lograra descubrir la chispa que buscaba. Necesitaba saber si existía con Tobías, pero creía que su negativa a soltar los temores nublaban su capacidad de darse cuenta de la química con él. En ocasiones pensaba que su radar para darse cuenta de estas sutilezas tenía avería. Estaba algo inquieta por su decisión, porque sería un gran paso, pero también tenía un plan y esperaba que funcionara.

Por esta razón, ella lo invitó al evento en casa de sus padres. Sería un inicio.

***Aurora**: Hay algo especial que quiero compartir contigo.*

***Tobías:** Vaya, me intrigas, Rory.*

***Aurora**: *Emoticón carita feliz*. Cuando me veas quiero que me beses. Sin hacer preguntas y cuando te pida que te detengas, necesito que lo hagas. ¿Vale?*

***Tobías**: *Emoticón de diablito*. ¿Qué le ha pasado a la Rory cauta?*

***Aurora**: Esta noche está de vacaciones.*

***Tobías:** Oh, quiero conocer entonces a Rory arriesgada. *Emoticón guiño*.*

***Aurora**: Ja, ja, ja. Bien. Al llegar, en lugar de aceptar que el coordinador de eventos te guíe hacia el patio, toma la derecha y ve a la cuarta puerta. Espérame.*

***Tobías:** Suena prometedor, bonita.*

***Aurora:** Te veo al rato. Recuerda: sin preguntas. Solo bésame.*

***Tobías:** ¿Y si quiero algo más que besarte esta noche, bonita?*

Aurora se quedó mirando el móvil unos instantes. Una ligera duda la asaltó, pero inmediatamente la dejó de lado. Esbozando una sonrisa envió su réplica.

***Aurora**: Me gustaría que lo hicieras. *Emoticón sonrisa de lado, coqueta*.*

***Tobías**: *Emoticón de fuego*. *Emoticón de fuego*.*

Cuando ella llegó a la fiesta, la casa de sus padres ya estaba a tope de invitados. Las mujeres parecían estar en una pasarela, porque sus vestidos eran divinos. Los hombres, en cambio, lucían muy elegantes con sus esmóquines y los cabellos bien peinados. Aurora ya no vivía allí, pero solía visitar a sus padres regularmente. Se llevaban bien con ellos, aunque con Bruce tenía bastantes discusiones, porque él solía creer que solo las personas vinculadas a las empresas y con lazos políticos eran los que de verdad triunfaban. Sus discusiones eran largas y también complejas. La que solía mediar entre ambos era siempre Jocelyn, la madre de Aurora. La mujer era dulce y delicada, pero también poseía una personalidad fuerte y la usaba a conveniencia.

Después de saludar a varios conocidos y también a otros nuevos rostros, que su padre le iba presentando, Aurora recibió un mensaje de Tobías. Le comunicó que estaba retrasado por un imprevisto en Diamond Race, pero le aseguró que ya estaba camino a Londres y llegaría en máximo treinta minutos. Ella se guardó el móvil y decidió jugar el rol para el que estaba en esta fiesta de recaudación de fondos: la hija amable y profesional joven que apoyaba las aspiraciones políticas de su padre.

Cuando era pequeña, en todas las reuniones a las que asistía, obligada, las personas actuaban muy amables con ella. No comprendía el porqué. Al alcanzar la adolescencia lo supo: solo querían congraciarse con Bruce. Decidió que no quería seguir yendo a actividades o reuniones o galas sociales. Ella solo deseaba compartir con sus padres, no con otras personas. Con el paso del tiempo, la presión de Bruce para ir a sesiones de fotos, pequeñas ferias con tintes sociales, galas en grandes ciudades y las expectativas de cómo tenía que comportarse, la agotaron. Antes de empezar la universidad cortó todo lazo con ese mundo, a pesar de las protestas de su padre. Luego ocurrió el asunto de Scott, y la urgente necesidad de recuperarse a sí misma. En conjunto, todo esto la instó no solo a seguir evadiendo galas y fiestas sociales, sino también a rentar un estudio para vivir sola. Esta fue su mejor decisión.

Esa noche, su presencia era para apoyar esta candidatura. Sabía que se trataba de la aspiración más grande de su padre, después de haber entrado en el Parlamento. Ella quería estar lo más lejos posible de las cámaras, pero podía hacer una concesión por esta ocasión. Utilizó sus habilidades para el maquillaje para realzar sus rasgos y ojos del tono de la miel oscura. Se dejó el cabello lacio

y suelto. Eligió un vestido largo de Chanel asimétrico, con un solo hombro, en gama de tonos azules. La falda tenía una abertura alta en el lado derecho, adornada con cuentas de Swarovski, que le permitía moverse con soltura. Esto era perfecto para lo que tenía en mente con Tobías. Si quería un cambio drástico necesitaba tomar decisiones diferentes.

—Rory —dijo Bruce, ataviado con un costoso esmoquin de Gucci—, me alegro tanto de que hayas decidido acompañarme. Esta será una de muchas veladas importantes que llevaré a cabo en mi camino hacia la alcaldía. ¿Qué hace falta para que aceptes ser una presencia constante? La gente se siente a gusto a tu alrededor.

Aurora se rio con suavidad, mientras bailaba *Isn´t she lovely* de Stevie Wonder tocada por la banda de música. Su padre la hizo girar en la pista rodeados de otras personas que, juntos, podrían sumar el equivalente al Producto Interno Bruto de alguna potencia mundial. Los fotógrafos se deleitaban con esa dinámica de padre-hija. El director de campaña de Bruce estaba pletórico, porque este era un puntazo en la imagen pública de hombre de familia, comprometido y cálido para este candidato.

—Nada, papá, tu ámbito laboral me abruma, así que prefiero seguir en el mío. Este es un tema que hemos discutido muchas veces. La respuesta es no —replicó.

—Creo que podrías hacer más por la comunidad, como veterinaria, pero en las brigadas sociales que nuestro partido político desarrolla para la ciudad —dijo él.

—Las brigadas ocasionales de vacunación o esterilización que hace el gobierno no cumplen mi propósito. Yo amo trabajar con animales, en persona y constantemente, para ayudarlos. No quiero ser parte de la propaganda política —dijo. No le gustaba que él hiciera de menos su profesión—. Estoy bien así. Pero, si tanto te interesa la parte ecológica para tu campaña, financia proyectos para Cute Paws, así como también a los otros dos refugios en los que soy voluntaria, papá. ¿Qué tal?

Bruce soltó una risa condescendiente. Alrededor habrían pensado que padre e hija estaban compartiendo una broma. Los invitados que bailaban cerca, les sonreían.

—Que mi única hija esté trabajando en ese refugio para muertos de hambre me parece inaudito —dijo meneando la cabeza—. Te he ofrecido pagar todas tus cuentas, caprichos, un coche de alta gama e incluso comprarte un piso en

Chelsea, a cambio de que trabajes conmigo o para el gobierno, en el área de cuidado de animales, pero prefieres un salario paupérrimo. Si quieres tener mejores recursos, entonces trabaja en un sitio que dé realce al apellido Sterling, Rory. Deja que otros se encarguen de ir corriendo por las oficinas y organizando eventos insulsos para recabar fondos.

Ella lo miró con expresión ofendida. Quiso apartarse, pero en estos instantes eran el centro de atención. No le apetecía hacer una escena. Así que siguió bailando.

—Estás siendo insultante, papá —replicó en un tono de voz dolido—. Que yo prefiera llevar mi vida profesional alejada de esta gente —dijo mirando alrededor con fastidio—, ha sido mi elección. No es ni buena ni mala. Me hace feliz mi trabajo.

—La felicidad tiene un precio y, desde mi punto de vista, no puedes pagarlo. Eso solo implica que tu elección ha sido equivocada. Ya tienes el título y has jugado a ayudar animales indefensos dos o tres años —replicó—. Es momento de que elijas un camino más serio y con prometedoras posibilidades de crecimiento y nexos.

—Papá, no voy a cambiar de profesión. Mi proyecto más grande es crear una clínica en Londres con todos los recursos y que, una vez que sea rentable, pueda financiar a los refugios de animales de mi elección. ¿Qué parte de esta iniciativa no te parece prometedora? —preguntó en un tono desafiante—. Tu argumento es ridículo.

Bruce solía preferir la imagen pública y el prestigio social, en lugar de aceptar que ella no quería formar parte de ese mundo. El rechazo de Aurora iba más allá de no gustarle el entorno público. Tiempo atrás, había escuchado sin querer una conversación de Bruce con un hombre cuya voz no reconoció. Se hablaba de pagar a los puertos para que entrara mercadería y un cargamento que calificaron como “especial” que contentaría a varios políticos locales. Eso la decepcionó, pero jamás confrontó a su padre. En ese tiempo tenía catorce años. Tan solo ignoró el asunto.

—No comprendes todo lo que está en juego, Rory —dijo firme y contrariado. La presión que llevaba sobre sus hombros iba más allá de tan solo ganar la alcaldía.

—Si no quieres dar soporte a mis causas ni ayudarme, entonces tampoco las critiques. Hoy vine para apoyarte, pero haces que me arrepienta al escucharte menospreciar lo que hago —dijo—. Además, puedes darme dinero en préstamo.

Cuando tenga mi fideicomiso te lo devolveré. Un millón de libras que pueden servirme para financiar gran parte del proyecto que tengo y para ir a Nairobi.

Bruce soltó una carcajada e hizo una negación. Aurora apretó los labios.

—Te fuiste a África tres semanas para ese asunto de los elefantes. Creía que ya se te había pasado la fiebre de ir a Nairobi —replicó dando otra vuelta con ella.

—Me gané esa plaza, porque fui la mejor postulante de la organización *Sheldrick Wildlife Trust.* Lo que hago no es una fiebre, sino mi profesión. Quiero volver, porque fue una experiencia maravillosa y anhelo contribuir con lo que están haciendo para salvar animales en peligro —expresó Rory con un nudo en la garganta.

La canción estaba llegando al final.

—¿Acaso crees que esta fiesta es para hablar de naderías? La campaña política requiere fondos, así que es ridículo que me hagas una petición de dinero —comentó.

—No comprendo para qué pides financiamiento si tienes tantas propiedades, yates, un avión privado, y un tren de vida que pocos pueden afrontar —murmuró.

—Porque las donaciones nos dan legitimidad a los candidatos, ayudan a maximizar recursos, nos vuelven más competitivos, y así no descalabramos nuestras fortunas personales en el proceso —replicó a punto de perder la paciencia.

—Simplemente no te da la gana ayudarme. No estoy pidiéndote un regalo, sino que hagas un anticipo o colabores para una causa que me apasiona y es noble.

—Esta carrera hacia la alcaldía ha drenado mucho mis finanzas, Rory. Así que tienes dos opciones —dijo mirándola con severidad—. Esperas a cumplir veinticinco años o bien eliges casarte con Tobías McLean para obtener acceso a tu fideicomiso. Esto último inclusive sería una beneficiosa situación, porque el patriarca, Allan McLean, es muy apreciado en nuestro partido político. Queda a tu entera elección.

Ella lo miró con incredulidad. Su padre se mostraba protector, pero al mismo tiempo parecía como si no le importaran de verdad sus opiniones o sueños.

—Dios, ¿casarme? —dijo ella justo antes de la última nota musical—. No estoy interesada. Tobías y yo apenas tenemos unos meses saliendo. Tu

comentario está fuera de toda coherencia, papá. Mi proyecto de la clínica tomará tiempo y por eso cada año que pasa lo retrasa. No te he pedido que me hagas un regalo financiero, sino que me anticipes algo que, por ley, me tendrá que llegar dentro de un año —se apartó de su padre cuando los asistentes aplaudieron a la banda de música—. Todo se reduce para ti a la política, los negocios y sus ridículas conexiones. Será mejor que me vaya.

Ella hizo amago de apartarse, pero la voz de su padre la detuvo.

—Hace falta una fotografía familiar, Aurora —dijo en un tono autoritario.

—Tal vez, lo que hace falta es un poco de empatía, papá.

—Solo quiero lo mejor para ti y veo más allá de tus horizontes —replicó.

Aurora meneó la cabeza y soltó una exhalación. Después se apartó sin responder a la exigencia de Bruce. Estaba tan enfadada que no creía que podría permanecer más tiempo en esa mansión. Ella no era una marioneta ni una mujer caprichosa. La esposa de un parlamentario, después de escuchar la experiencia de Aurora en los refugios de animales, le prometió que hablaría con su esposo para que revisara la ley contra el maltrato animal. Aurora lo agradeció de corazón y consideró que, tan solo por ese breve intercambio, la visita a esta fiesta había merecido la pena.

Entre una charla y otra, ella recibió un mensaje de Tobías mencionándole que ya estaba esperándola en la sala que le había indicado. Sintió el ligero nerviosismo de la expectativa. La casa sí era muy grande e inclusive tenía una bodega de vinos. Aunque su novio sí conocía a Bruce y Jocelyn, por actividades sociales pasadas y esporádicas, esta era la primera ocasión en la que él visitaba la casa. Antes de que Aurora pudiera ir al pasillo de la planta baja y buscar a Tobías, su madre se acercó a ella con rapidez.

—Cariño —dijo Jocelyn—, ¿por qué te marchas con tanta prisa? —preguntó con suavidad. La mujer tenía los cabellos dorados, una expresión serena y una figura bien conservada—. Espero que Bruce no haya salido con una de sus tonterías.

Aurora soltó una exhalación y se relajó. Su madre tenía ese efecto en ella.

—La misma pelea de siempre, mamá: que me dedique a otra cosa. Que no puede facilitarme el financiamiento de la clínica ni mi viaje a Nairobi —murmuró.

—Oh, cariño, tu padre ha tenido unos meses muy complejos. Solo te queda un año para cumplir veinticinco, ¿por qué no tratas de ser un poco paciente? —

preguntó con suavidad—. O quizá podrías considerar hablar con tu tío Ruckus.

Su madre siempre intentaba mediar. De hecho, fue quien la impulsó a elegir la carrera que resonara con su corazón. Su tío, Ruckus Callihan, hermano de Jocelyn, siempre la había consentido. La relación entre ambos era cercana. Aurora lamentaba que estuviera tan absorbido por sus negocios con los barcos de carga. Lo extrañaba.

—No, él no me cobraría por ese dinero, y yo no quiero sentir que mi mayor proyecto ha sido regalado o que se lo debo a alguien —replicó—. La prisa que llevo es porque el terreno que encontré para construir la clínica es perfecto, en ubicación y tamaño. Pero en un año no estará disponible, mamá —comentó frustrada.

—Sé que hallarás la manera de resolverlo, tesoro —dijo sonriéndole—. ¿Qué te parece si te relajas un poco, tomas un poco de aire, y luego regresas a la fiesta?

—Estás abogando por mi padre para que vaya a hacerme la foto familiar…

Jocelyn hizo un asentimiento. Ella era experta en finanzas y poseía una maestría en comunicación, así que era una integrante clave del equipo de su esposo.

—Tú, eres mi prioridad, cariño. Pero lo que hace tu padre nos afecta, para bien o para mal, como la familia que somos. ¿Podrías hacer esta concesión, Rory?

Aurora soltó una exhalación. No le quedaba paciencia para tolerar ese asunto.

—No, mamá, creo que ha sido suficiente por hoy. Tobías me está esperando y hablaré un rato con él antes de irme. Pero no me apetece que se acerque a papá.

—¿Estás feliz con él? —preguntó abrazándola—. Me preocupa ese aspecto.

Aurora se quedó en silencio un instante, porque no sabía cómo responder a esa pregunta con precisión. No se sentía triste, eso seguro, ¿feliz? Quizá en calma. Esa era la respuesta más cercana. «¿Acaso no era este último el estado óptimo?».

—Me trata bien —replicó. Al describir de esa manera a la persona que era su pareja sintió que algo no iba bien. Le pareció una respuesta simple que podría describir cómo se sentía con cualquier persona amable. Pero no le dio demasiada importancia—. Le gusta lo que hago y cuando estoy con él me siento a salvo.

—¿Eso es suficiente para ti? —preguntó su madre.

—No lo sé —dijo con sinceridad—, pero hoy voy a saberlo.

—Te quiero, hija. Gracias por haber hecho el esfuerzo de venir —replicó la mujer apartándose. Se dirigió al patio para mezclarse con los doscientos invitados.

Una vez a solas, en el pasillo que estaba despejado y con ruidos apenas audibles, Aurora empezó a sentir el corazón acelerado por lo que planeaba hacer. Avanzó por la alfombra que ahogaba el sonido de sus sandalias altas. Se detuvo fuera del estudio de su padre. Él lo utilizaba bastante, aunque la mayor parte del tiempo pasaba entre la oficina de La City y la del Parlamento. Ella había elegido este sitio, porque no tenía ventanales y la oscuridad sería su aliada. Se guiaría por sus sentidos.

Lo que tenía planeado con Tobías sería un preámbulo para testear las aguas y dejar a su novio con una sensación de anticipación. Sabía que, si esperaba para llegar a su estudio, lo más probable es que se acobardaría y terminaría como cada ocasión en que se veía en Londres con Tobías: besos, caricias y despedida. Si daba este paso tendría una certeza: si encontraba o no la chispa que necesitaba. Se trataba de sentirse cómoda y el aspecto sexual era importante. Quería salir de su zona de confort.

Se acomodó el vestido y recordó en dónde estaba el cierre para abrirlo.

Nadie iba a interrumpirlos. Tomó una profunda respiración y giró la perilla. Una vez dentro cerró la puerta con rapidez. El corazón le iba a mil por minuto. Se quedó en completo silencio. El aire en el interior estaba cargado de una palpable tensión, densa, como si fuese una tormenta a punto de desatarse. Ella nunca había sentido esto y estaba segura de que tenía que ver con la excitación de lo que estaba a punto de ocurrir. Sabía que Tobías estaba aquí, porque había visto su silueta detrás del escritorio cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Podía casi escuchar su respiración. Esperó varios minutos a que él dijera algo o la saludara inclusive. Nada.

Luego recordó que ella era la que debía dar instrucciones y meneó la cabeza, aunque no pudiera verla, y esbozó una sonrisa. El sonido del cierre de su vestido deslizándose hacia abajo inundó la estancia. Se preguntaba qué estaría sintiendo él. Aurora dejó que el vestido cayera a sus pies. Llevaba una lencería de seda negra que la había hecho sentir con más confianza por la forma en que la cubría. Pero era consciente de que Tobías no podría verla, hasta que estuviera a solas en su estudio.

—Gracias por haber venido a la reunión de mi padre desde Newmarket —dijo algo nerviosa. Con el zapato hizo el vestido a un lado y se quedó en ropa interior

—. Aprecio que hayas sido paciente estos cinco meses conmigo. Pero me siento lista para intentar ir más allá de solo unos besos, Tobías. Quiero que me acaricies, hasta que pueda sentir que no soporto más y necesite correrme. Después, me gustaría que pasáramos la noche juntos —expresó tragando saliva —. ¿Qué te parece la idea…?

Durante un instante no escuchó respuesta. Solo la respiración de ambos. Pero a los pocos segundos, la silla detrás del escritorio sonó al moverse. La figura masculina se incorporó y avanzó hacia ella. Lo hizo con rapidez y no le dio tiempo a hacer comentarios adicionales. A continuación, las manos firmes la sujetaron de los hombros y quedó con el cuerpo dándole la espalda a Tobías. Aurora estaba excitada.

—¿No vas a besarme…? —preguntó—. Oh —susurró cuando sintió un mordisco en la oreja—, puedo dejarte que tomes el mando por ahora.

—Mmm —replicó su acompañante en un tono bajo y gutural.

A continuación, Aurora perdió el sujetador y las bragas. Fueron movimientos rápidos, sensuales y eficientes. Después sintió que le amasaba los pechos y le pellizcaba los pezones con fuerza. La dureza masculina presionaba contra sus nalgas. Él no se había desvestido, pero a ella eso no le importaba. Le gustaba que pensara en complacerla primero. Sus pechos eran muy sensibles y la manera en que él acariciaba sus tetas la hacían gemir sin remedio; su sexo estaba mojado, palpitante. Ahora comprendía que la chispa sí era real, aquel fuego que empezaba con una chispa, pero pronto se convertía en llamarada. Solo había hecho falta este pequeño gran paso.

—Por favor… —susurró en un jadeo cuando empezó a juguetear con sus labios íntimos, sin penetrarlos—. Tócame más… Más rápido… Oh, sí…

Cuando sintió una fuerte nalgada ella se quedó de piedra. Jadeante y asustada. No creía que pudiera ocurrir algo como esto y que, en lugar de salir corriendo, su cerebro estuviera pensando en cómo pedirle que repitiera ese gesto en su otra nalga. Las caricias continuaron y también sintió varios mordiscos en el cuello. Ella gemía con abandono y movía las caderas hacia atrás, pero él no hacía amagos de seguir las instrucciones. Mas bien parecía tener su propio guion de cómo iba a tocarla. Le gustó.

La mano que estaba entre sus pliegues la dio un azote sobre la vulva. Aurora soltó un gemido, pero no podía mover las manos para tocarlo, porque él se las sujetó de inmediato de las muñecas, con una mano, contra la puerta. Estaba a su merced. Las caricias se incrementaron y el dolor que sentía ante la necesidad de

correrse aumentaban. Sus paredes íntimas palpitaban para que la estimulación aumentara.

—Por favor, sígueme tocando… Déjame tocarte también, Tobías…

Apenas terminó de pronunciar el nombre todo se detuvo.

Él se apartó por completo. Ella iba a protestar, pero el switch de la luz la cegó.

—¿Qué…? —preguntó parpadeando para habituarse a la claridad.

—Muy interesante conocer que posees la tendencia a obedecer cuando la promesa es el placer, Aurora Sterling —dijo la voz ronca, masculina y viril de un hombre que ella no había visto jamás—. Mi nombre no es Tobías —expresó en un tono cruel y también despectivo—. ¿Sabías que no era la persona que estabas esperando o lo sospechaste y preferiste dejarte llevar? La falta de control es peligrosa.

Ella abrió y cerró la boca, porque no sabía cómo responder con certeza. Por un instante, sí creyó que era Tobías. Pero bastó aspirar este aroma masculino, tan diferente, para empezar a dudar. No podría saber sobre el toque de sus manos en su cuerpo desnudo, porque su novio jamás la había tocado de esta manera. No sabía qué decir o cómo conciliarse con la idiotez de utilizar más sus instintos que su cerebro.

Quizá, si hubiera estado menos pendiente del deseo habría notado que no era Tobías, sino este hombre guapo de un modo que debería estar prohibido. Imponente. Sus ojos eran dos esmeraldas oscuras que, combinadas con la barba sin afeitar de cuatro días, le daban un aspecto dominante y poderoso. Estaba habituada a esta clase de hombres por el tipo de vínculos bajo los que nació, pero podría decir, sin temor a equivocarse, que este espécimen estaba cortado por otra clase de cincel del Olimpo.

Él la observó de la cabeza a los pies como si estuviese apreciando una obra de arte exquisita y única. Posó su atención en los pechos y después en el monte de Venus. Ella contuvo la respiración, porque fue como si la hubiera tocado con la mirada. Estaba experimentado lo que había buscado, pero no con el hombre que era su novio.

Se sintió abochornada de inmediato y con un terrible cargo de conciencia.

—Yo… —susurró consternada, confundida y muy excitada. Al recordar que estaba desnuda, con los pezones erectos, la piel de los pechos de seguro sonrojada por la forma en que este hombre la había tocado y por completo vulnerable, ella agarró el vestido del piso con rapidez para cubrirse—.

¿Quién…? ¿Cómo…?

—No vas a correrte hoy, Aurora, porque mi nombre no es Tobías —replicó acercándose, hasta que ella estuvo de espaldas contra la pared—. Si nos volviésemos a ver, puedes tener la absoluta seguridad de que recordarás mi nombre, porque va a ser el que grites cuando llegues al clímax bajo mis órdenes. Esta noche —dijo bajando la cabeza hasta que sus ojos se encontraron a la altura de los de ella—, cuando el pálpito de tu sexo te impida dormir y necesites alivio, lo harás pensando en mis dedos.

Por instinto, ella elevó la mano para abofetearlo, pero él fue más rápido.

—¿Cómo te atreves? —preguntó entre dientes. El agarre le quemaba la piel. No entendía cómo él no parecía afectado en absoluto. Si no hubiera sentido la dura erección contra sus nalgas desnudas, instantes atrás, habría dudado que era humano.

—Intenté ser magnánimo esta noche —dijo soltándola y apartándose.

—¿Qué haces en esta área de la casa de mi padre? —preguntó entre dientes.

—No respondo preguntas a quienes no tienen importancia para mí, Aurora —dijo esbozando una sonrisa pérfida. Ella se sintió ridículamente dolida por un comentario estúpido de un arrogante desconocido—. No me catalogan como un caballero, pero puedo hacer una excepción si considero que ya nos conocemos de algún modo —comentó, llevándose los dedos que había introducido en el sexo femenino a la boca—. El sabor de la inocencia y la corrupción entrelazados.

Ella lo miró boquiabierta y su cuerpo pareció sacudirse.

El contacto de sus miradas era desafiante, ardiente y tumultuoso.

—Fuera de aquí… —dijo agitada.

Él la había visto desnuda y la había tocado, pero Aurora no se sintió sucia, amenazada o carente de atractivo. Al contrario. La mirada lasciva parecía haberla despojado de una capa invisible de dudas. Lo que acababa de ocurrir con alguien que no conocía provocó que su respiración se volviera errática, que su piel vibrara y que se sintiera carnalmente deseada. Esto no había sucedido con la persona que ella planeó: Tobías. Aurora se sentía fatal. No tenía idea de cómo iba a mirarlo a los ojos.

—Dominic Langford —expresó él con voz profunda—. Pero, a diferencia de otros imbéciles, no estoy a tus órdenes, Aurora. Probablemente, tú, estés a las mías.

Sin más, dejándola atónita, él abrió la puerta y salió de la estancia.

Ella, con movimientos erráticos, empezó a vestirse. No entendía qué hacía este hombre en la oficina privada de su padre, pero no creía que fuese nada prometedor. Necesitaba olvidarse de este episodio, a pesar de que su sexo estaba sensible y sin alivio. Cuando creyó que estaba lista para enfrentar la realidad abrió la puerta.

Al salir al pasillo vio que Tobías se acercaba con una gran sonrisa.

—Hola, bonita —dijo acercándose y dándole un beso en los labios—. Me confundí de estancia —rio, ajeno al shock que acababa de vivir Aurora—, y estuve veinte minutos esperándote en la biblioteca. Qué tontería. ¿He llegado tarde? —preguntó al verla frunciendo el ceño—. Lamento si arruiné la sorpresa que tenías…

Aurora meneó la cabeza y le echó los brazos al cuello para besarlo. Él se sintió sorprendido, pero pronto sucumbió a los labios femeninos con una sonrisa. Ella esperó que su cuerpo respondiera, que su piel vibrara y su sexo clamara por ser tocado.

Nada de eso ocurrió y se sintió un fraude. Él no se merecía una persona que se dejaba tocar por un extraño, menos que hubiera disfrutado ese encuentro. Se apartó con suavidad y lágrimas sin derramar mirándolo. Él la observó frunciendo el ceño.

—¿Huelo a caballo todavía? —preguntó bromeando y acariciándole la mejilla.

—Lo siento, Tobías —susurró bajando la mirada.

Él frunció el ceño y le elevó el mentón con los dedos.

—Bonita, no entiendo qué ha pasado contigo, pero podemos hablar…

—La verdad es que me siento fatal… —dijo ella en un susurro quedo.

—¿Por qué? —preguntó preocupado.

—Has sido paciente y dulce conmigo, pero, así como tú te confundiste de habitación, yo me confundí de persona… Ocurrió algo inesperado y nunca fue mi intención —señaló con la mano la puerta de la que acababa de salir—. Dejé que otra persona me tocara, Tobías, pensé que ese hombre eras tú. Hasta que me di cuenta de mi error… —susurró, avergonzada—. Lo siento… Lo siento tanto —sollozó.

Él bajó las manos a los costados apretando los puños.

—¿Qué hiciste, Aurora? —preguntó en tono serio, apartándose. Consternado.

Ella no podía lastimarlo contándole lo que acababa de ocurrir. Bien podría quedarse callada y fingir que todo seguía como antes, pero también estaría mintiéndose a sí misma. Nunca volvería a ver a ese tal Dominic de los infiernos, aunque difícilmente olvidaría lo que se sentía al encontrar la chispa que encendía los sentidos de un modo visceral; tampoco lo que era estar desnuda y sentir la caricia ardiente de una mirada. La jodida llama no era un mito. La acababa de experimentar.

—Mi intención era seducirte —se rio con la voz rota—, y llevar nuestra relación a otro nivel… Quería… Quería intentarlo de verdad —dijo—. Lo siento tanto, Tobías, lo que pasó fue algo que no puedo explicar. No me acosté con ese hombre, sino tan solo… —dijo sin terminar la frase, avergonzada—. No tuve un…

Aurora tomó una profunda inhalación y luego exhaló con suavidad.

—¿Te desnudaste para él…? —preguntó incrédulo, pasándose la mano sobre el rostro al notar que el vestido de Aurora estaba ligeramente fuera de su sitio—. ¿Me estás diciendo que te tocó y no llegaste al clímax? Por favor, explícame —exigió.

Aurora se abrazó a sí misma e hizo un asentimiento.

—Lo hice pensando que eras tú, el que estaba detrás del escritorio y que ibas a seguir mis peticiones empezando por un beso. Pero no hubo beso, sino tan solo…

Tobías le agarró el rostro entre las manos y ella contuvo la respiración.

—Esperé por ti —dijo entre dientes—. Te di todo el tiempo que necesitabas, pero resulta que un extraño fue capaz de tocar aquello que he querido tanto y que me ha sido negado. ¿Cómo rayos crees que me siento en este momento, Aurora?

Ella dejó que las lágrimas rodaran por las mejillas. Él no las secó y se apartó.

—Tan traicionado, como yo me siento una completa idiota… —murmuró—. Tobías, eres todo lo que una mujer pudiera desear, pero creo que, después de lo que pasó, no es posible que continúe contigo. No es justo y yo me sentiría muy mal.

Tobías apoyó ambas manos contra la pared y bajó la cabeza. Soltó una maldición. Estaba cabreado, pero no podía desquitarse con ella. Sabía que Aurora no hería a otros a propósito, menos había en ella deslealtad. Él necesitaba espacio.

Se giró para mirarla de nuevo.

—Tienes razón, Aurora, no puedo seguir contigo —expresó con dureza y también decepción—. Estoy cabreado y, aunque haya sido un error, no lo acepto.

—En verdad, nunca quise… —se le cortó la voz a Aurora.

—Deja que termine de hablar, por favor —interrumpió Tobías.

Ella hizo un leve asentimiento y no intentó acercarse para tocarlo o volver a disculparse. Lo que dijo él a continuación la hizo sentir fatal, porque ratificaba la excelente clase de hombre que acababa de perder por una situación impensada.

—De acuerdo… —susurró—. Solo no quisiera perder tu amistad, yo…

—No me importa cuándo o bajo qué circunstancias ocurrió ese incidente. Te creo cuando me dices que fue fortuito, así como que esto ha acabado entre los dos —interrumpió con expresión derrotada. Agitó las llaves del Mercedes—. No sé si, en algún futuro distante, pueda considerar ser amigos. Por ahora, no. Adiós, Aurora.

Ella lo vio alejarse y se limpió las lágrimas. Era cierto que no lo quería ni estaba enamorada, pero había tenido la voluntad de tratar que la relación avanzara. «Vaya fiasco», pensó, mientras bajaba con lentitud las escaleras. Tobías era un caballero en toda regla. La clase de hombre que las mujeres buscaban para formar una familia. Pero, al parecer, a Aurora la excitaba el fuego de un desconocido que ciertamente le había hecho saber que no era un caballero. Con ese pensamiento y la conciencia afligida, porque esta había sido una noche demasiado rocambolesca, salió de la casa.

No quiso ir al patio de nuevo, menos despedirse. Así que le pidió a Michael, el chofer de toda la vida que había trabajado con su familia, que la llevara a casa. En el viaje silencioso, Aurora intentó hacer las paces con su conciencia. Esperaba que los siguientes días fuesen mejores. Echaría de menos a Tobías, pero cortar la relación era lo más sano. Cuando se acostó a dormir su cuerpo continuaba bullendo de energía.

Al cerrar los ojos, las sensaciones de insatisfacción la asaltaron. Quiso ignorarlas, pero no fue posible. Su sexo estaba ansioso y sus pechos pugnaban por ser tocados de nuevo. Aurora deslizó una mano bajo la blusa del pijama y la otra bajo el elástico de las bragas. Se pellizcó los pezones, mientras se masturbaba, insistente.

Su respiración se aceleró. Al tocarse, para llegar al clímax, lo hizo recordando los dedos firmes, expertos y pecaminosos de cierto hombre llamado Dominic.

CAPÍTULO 3

Su reunión con Bruce estaba prevista en la biblioteca de la mansión, después de que se hubiera dado el discurso de la noche. Pero Dominic aprovechó la soledad reinante del segundo piso para desviarse e ir primero a la oficina privada. Una vez dentro, tal como su mejor amigo le había explicado que hiciera, activó un rastreador digital. En pocos minutos, Cédric obtuvo fácil acceso al sistema y, antes de que su vuelo privado hacia Portugal partiera de Londres, le envió todos los datos financieros de Bruce.

Un hombre en apuros económicos era más maleable que uno con recursos abundantes. El político estaba en serios problemas. Dominic no tenía conexión con mafias, como otros millonarios que usaban el bajo mundo para sus intereses, así que se valía de otros recursos como el cerebro informático de su mejor amigo. Era una lástima que las habilidades de Cédric no fuesen las de un hacker profesional, pero el alcance que tenía le permitió recabar datos importantes. Por ahora era suficiente. Fue así como encontró los rastros de corrupción de Bruce. Si sumaba los datos financieros de esta noche, que señalaban la precaria situación del hombre, Dominic tenía ventaja.

Apenas terminó su cometido, el magnate apagó la luz del escritorio.

El siguiente punto del plan era dirigirse al patio y mezclarse entre la gente, hasta que volviera a subir, pero esta vez acompañado de Bruce para tener la reunión prevista. Su intención se vio interrumpida cuando la puerta del despacho se abrió de repente. La luz del pasillo, desde su posición cerca del escritorio, le permitió ver con claridad por varios segundos de quién se trataba. Las fotografías que había en internet no hacían justicia a la mujer que entró con rapidez en la estancia. Cuando Dominic dedujo que Aurora pretendía seducir al que sea que ella hubiera citado en este lugar, él, porque podía hacerlo, maniobró la situación a su antojo. La vulnerabilidad que escuchó en el tono de voz femenino, disfrazado de falsa valentía, le dio curiosidad.

En el momento en que ella pidió que la besara, él quiso reírse por la urgencia con que lo dijo. Dominic optó por terminar de desnudarla y tomar lo que le estaba ofreciendo. Lo que sus manos palparon fue suficiente para comprender que esta era la clase de mujer que se desperdiciaría en una pasarela. Los ojos de los espectadores no estarían en la ropa, sino en ella. Aurora tenía carne en los

sitios idóneos, a diferencia de aquellas con las que él follaba y hacían dieta extrema para lucir un vestido de diseñador. Las curvas de Aurora eran para disfrutar, devorar, marcar y follar; para dominar y hacerlas arder al antojo de sus manos. Mas no se dejó llevar por la insistente lujuria y controló con rapidez cualquier impulso por penetrarla con su miembro.

Pero sí hundió los dedos en la carne tersa de labios henchidos. Acarició la humedad de la tierna hendidura, mientras su pene se sacudía contra la opresión del pantalón y el bóxer. Sus bajos instintos le pedían que, a diferencia de la prostituta con la que estuvo horas atrás, en esta ocasión no restringiera la posibilidad de aliviarse.

Él ignoró la compulsión y jugó con Aurora para medir hasta dónde le permitiría avanzar. Cuando iba a empezar a acariciar más fuerte los pliegues, ella tuvo la ocurrencia de pronunciar el nombre de quien, Dominic suponía, era la persona que ella había estado esperando. Eso bastó para que se apartara. Ninguna mujer iba a ignorar la identidad de quién era el que estaba dominándola y haciéndola gemir: él. No importaba si en este caso no tuvo la intención de provocarle un orgasmo, menos si la mujer era una escort o el ligue de una noche, en alguna exclusiva fiesta o evento.

Al encender la luz, previo a abandonar la oficina, las ganas de morderle las tetas y embestirla contra la pared cruzaron su mente. Pero se contuvo, porque tenía otros asuntos más importantes por atender que tocar un coño mojado. Desnuda y en persona, la perspectiva fue muy distinta a la que tuvo él cuando vio las fotos de ella durante su investigación. La situación consiguió cabrearlo, porque este encuentro trastocó el curso de su itinerario original. Aparte, él planeó conocerla de otro modo.

Su objetivo había sido saludar a Bruce y cruzar un par de palabras con la hija, para así hacerse una idea de su carácter. La finalidad era entender hasta qué nivel, la mujer estaría involucrada o sabría de los asuntos que llevaba a cabo el padre. Pero, en lugar de la elocuencia de las palabras en una charla, Dominic comprobó la versatilidad del idioma íntimo en que se expresó el cuerpo y los gemidos de Aurora. Lo anterior no era suficiente ni servía para bosquejar un perfil de ella, aunque lo haría pronto.

Antes de que Aurora se cubriera con el vestido, él admiró los pechos generosos con forma de gotas de agua, areolas rosado oscuro, pezones en punta, abdomen suave, caderas anchas y muslos compactos de seda firme. Ella podría ser la versión contemporánea de la Venus de Boticelli. Dominic siempre

consideró al arte como un aspecto algo complejo de entender y problemático de conservar a largo plazo. Por eso prefería los algoritmos, números, estadísticas y estrategias: todo era exacto y directo.

Dominic dejó atrás a la mujer, sin importarle la expresión sonrojada de ella.

Una vez que bajó al área de la fiesta, saludó a quienes al reconocerlo se acercaron. El asunto de hacer vida social le parecía una jodida tortura, pero necesaria, aunque nada bienvenida, en su rol de CEO. Él notó que Aurora no estaba en las inmediaciones. Dominic se preguntó si ya habría encontrado al hombre al que estuvo esperando en la oficina para seducir. «En este momento, lo más probable es que estén follando arriba», concluyó. No logró evitar recordar que Cédric le comentó que Aurora estaba saliendo con el dueño de Diamond Race. El pensamiento le causó un regusto ácido que no supo explicar. Se amonestó mentalmente y se enfocó en ejecutar su plan. Se sumergió en una charla con un ingeniero aerodinámico y la esposa de este. «Al menos hay algo interesante para hablar en este circo», pensó con hastío.

Agarró un vaso de whiskey para relajar más sus sentidos. Se aseguró de que hubiera exactamente dos cubos de hielo y no más de tres dedos de líquido puro. Cuando estuvo satisfecho lo bebió, saboreándolo, y contando en cuántos tragos se iba acabando el contenido. Luego dirigió su atención a un empresario farmacéutico, Boris Lowes. Este empezó a explicar y a jactarse de lo lucrativo que fue el negocio durante la pandemia y cómo, amparados por el temor, los ingenuos decidían vacunarse sin esperar a tener más pruebas. Cabreado, Dominic le preguntó si acaso no se sentían responsables por los efectos secundarios que ahora muchos de quienes se vacunaron, varias veces, sufrían. El hombre argumentó que los gobiernos les dieron inmunidad y que solo cumplieron con la consigna: vacunar y vacunar, ante el miedo.

Asqueado por la falta de ética de las farmacéuticas, Dominic se apartó para ir a cenar algo ligero. El discurso de Bruce fue lo que se podía esperar de un político: promesas vacías, rimbombantes y repetidas de una generación a otra, pero con palabras diferentes. Los asistentes, ovejas que seguían lo que el dueño del rebaño instruía, aplaudieron con entusiasmo. Dominic mantuvo su vaso de whiskey y se dedicó a analizar el entorno, en especial con quiénes interactuaban los rostros de figuras políticas, periodistas prominentes y también socialités. Observar siempre generaba más data útil que podía aplicarse a sus estrategias de negociación, aunque no fuese un político. El conocer cómo funcionaban las redes humanas era importante.

—Dominic Langford, qué gusto verte en persona en un evento tan importante para mí. Gracias por venir y dar tu voto de confianza a mi campaña —dijo Bruce acercándose, sonriente, luego de terminar el discurso. Le estrechó la mano—. He visto la expansión de tu corporación. Un éxito. Mi hija, Aurora, es fan de la línea cosmética de tu empresa. Creo que se ha marchado, porque mañana tiene trabajo temprano —comentó—. Estoy seguro de que le habría gustado conocerte y hablar sobre tus políticas de producción que evitan la crueldad animal, en la línea de LanCosmetic.

Dominic sonrió de medio lado, pero el hombre no podría saber la razón. No solo había conocido a Aurora, sino que había probado el sabor de su humedad.

—Bruce, ¿qué tal? —saludó en tono indiferente—. La transparencia es una forma eficiente de llevar los negocios —dijo en tono relajado—. ¿No lo crees así?

—Por supuesto —sonrió con serenidad—. Entiendo que tu familia siempre ha mantenido una línea neutral en la política, así que tu presencia deja claro que sabes en qué partido estará el verdadero cambio para Londres —acotó con zalamería.

—La neutralidad es un recurso, mas no una declaración inamovible —dijo Dominic. Le daba fastidio la gente ilusa que siempre creía las falacias y promesas de la clase política, pues era la razón de que hubiera tanta lacra gobernando el mundo.

—Estoy de acuerdo con ese punto de vista —replicó Bruce—. Me comentaste que querías hablar conmigo sobre detalles financieros de mi campaña, asumo que hay algún punto de interés en particular que quieres analizar por tu donación —explicó, consciente de que todos los que hacían aportes buscaban un beneficio y lo cobraban si el candidato, al que apoyaban, ganaba la carrera. Esto no era nuevo, sino la política.

Los invitados seguían acercándose al bufé para elegir lo que querían de cenar. Otros, charlaban animadamente en diversos puntos del patio e inclusive en la gran sala interior más cercana. Bruce y Dominic tenían un margen de privacidad breve.

—Sí, hay un par de detalles y estoy seguro de que serán de mutuo interés —expresó en tono sombrío y críptico. El hijo de puta estaba destruyendo al sector textil, a pequeña y gran escala, y Dominic no iba a permitir que eso continuara. Que Bruce amara la carrera política, más que a nada, resultaba idóneo para desestabilizarlo.

Durante el camino hacia la biblioteca, Bruce no dejó de parlotear de todos los avances y cambios que el Partido Conservador estaba implementando en la ciudad. Después, le preguntó a Dominic sobre sus opiniones de la guerra y la manera en que los diferentes gobiernos estaban manejando los temas de dictaturas e invasiones.

Una vez que entraron en la biblioteca se acomodaron uno frente al otro, en los sillones de terciopelo azul, junto a una amplia estantería. La mansión de Sterling era soberbia, pero Dominic sabía de dónde habían salido los fondos para poder costear estos lujos. Iba a cambiar las tornas para su beneficio y a exigir cambios inmediatos.

—No suelo apartarme de las reuniones de recaudación, porque siempre hay personas que quieren acercarse y saludar —sonrió Bruce—, pero, considerando que eres un Langford, estoy haciendo una excepción. ¿De qué quieres hablar? —preguntó.

Las familias importantes solían hacer donaciones que superaban siempre las doscientas mil libras esterlinas. Él sabía que no dar tiempo exclusivo a Dominic sería un grave error. Además, la promesa de un incremento de la donación inicial era muy tentadora para una campaña que, como la suya, consumía mucho dinero a diario.

Dominic esbozó una sonrisa arrogante e hizo un breve asentimiento. Él todavía no aprobaba que se hiciera efectiva la transferencia a la cuenta de la campaña.

—Donar para un propósito político es una bagatela para mí —dijo consciente del modo en el que la avaricia brilló en la mirada de Bruce. Dominic sabía que tenía su atención—. Pero últimamente hay algo que me ha cabreado bastante —comentó.

—Oh, ¿de qué se trata? Estoy seguro de que podemos arreglarlo. Si hay algo en lo que creas que puedo ayudarte, puedes decírmelo. Sé que con mis conexiones podré hallar la manera de darte una solución —dijo en un tono de voz solícito.

El empresario esbozó una sonrisa despectiva y se acomodó contra el respaldo. Miró a Bruce de manera condescendiente. A pesar de vestir con elegancia, derrochar carisma ante la opinión pública y ser considerado un hombre de familia ejemplar, Dominic podía percibir desesperación en él. Lo mejor era que conocía bien el motivo.

—Los últimos trece meses, mi equipo de abogados, así como los de control de

calidad en Langford Creations en sus divisiones: LangCosmetics y LangTex, han trabajado inesperadas horas extras por ciertas reformas que, tú, has impulsado en la ley de transparencia y sostenibilidad textil. Estás cabreando al gremio. Aportamos un inmenso capital al país y generamos miles de plazas de trabajo —dijo a bocajarro.

Bruce esbozó una de sus sonrisas estudiadas que casi parecían naturales.

—Hay que crear un sistema de competencia justo, Dominic, creo que lo sabes muy bien —dijo con superioridad—. Se trata de mejorar la eficiencia de nuestra industria. Las modificaciones van a exigir certificaciones de calidad, así como también ampliarán la brecha del mercado para que los pequeños emprendedores tengan oportunidades justas. Nosotros somos de familias privilegiadas, pero siempre hay que tener en mente el mayor porcentaje de mis electores, es decir, la clase media y baja.

Dominic sonrió de medio lado. Un brazo estaba sobre el del sillón y la otra mano la tenía apoyada sobre la pierna. Estaba abarcando el dominio del entorno.

—Si crees que tengo por vocación aceptar todas las mierdas que salen del sistema político, entonces tienes un gran problema para medir tu tablero electoral —dijo en tono afilado—. La competencia hindú, china y bangladesí está aniquilando al capital británico; creando altos costes. ¿Te parece competitivo, Bruce? —preguntó.

—Todo cambio tiene un precio a pagar —dijo—, pero considerando los años que lleva Langford Creations en el mercado, lo podrán resolver acoplándose. La idea es dar espacio también para que los consumidores tengan más opciones —acotó.

—¿A costa de quebrar la industria local? —preguntó enarcando una ceja. Bruce fue a responder, pero Dominic ya había tenido suficiente, así que agregó —: Tu apasionado discurso y esfuerzo en promover los cambios, a esa ley de transparencia, me llevó a investigar un poco. Has escondido la causa de tu verdadera lucha.

—No sé a qué te refieres —replicó sonriente, sin pillar lo que se avecinaba.

—Te voy a mostrar algo que va a interesarte. Abre el mensaje que acabo de enviarte —comentó. Al instante, el teléfono de Bruce sonó—. Lee el contenido.

El hombre frunció el ceño y abrió la bandeja de entrada.

Se puso pálido a medida que iba leyendo.

—¿Cómo…? ¿De dónde sacaste esto? —preguntó elevando la mirada.

—Lo que de verdad deberías cuestionar es qué ocurriría, si estos datos llegaran a manos de tu acérrimo competidor en esta carrera hacia la alcaldía. ¿Qué diría Roger Dudley, si se entera de que estás recibiendo sobornos de magnates extranjeros para impulsar y crear leyes que, al final, dejan al Reino Unido en desventaja comercial? Tu fortuna es una cortina de humo. El dinero, con el que intentas mantenerte a flote, proviene de la traición que cometes contra la Corona —comentó Dominic—. Lo más importante, Bruce, ¿qué diría tu hija o tu esposa si supieran que estás en la quiebra? ¿Qué dirían si supieran que llevas dos años sobreviviendo gracias a estos sobornos?

El anfitrión se pasó las manos entre los cabellos y se puso de pie, consternado.

—¡Deja a mi hija fuera de todo esto! Ella tiene una vida tranquila y trabaja fuera del ámbito político. No necesita estrés ni preocupación —dijo en tono defensivo y protector—. Jocelyn tampoco tiene nada que ver, joder. Dime qué diantres es lo que quieres, Dominic, para no hacer públicos estos registros —agregó. Su rostro estaba enrojecido de furia. No le gustaba sentirse acorralado—. No sé cómo conseguiste los documentos, pero no quiero que involucres a Aurora. ¿Ha quedado claro?

El CEO se echó a reír sin ganas por el tono que mezclaba prepotencia y preocupación. Al hombre le importaba su familia y eso era una debilidad explotable.

—Estás en gran desventaja y no te conviene tratar de imponer criterios o bravuconadas. Cuidado. El trato que te ofrezco es sencillo y de beneficio muto —dijo Dominic con simpleza y frialdad, levantándose—. Vas a deshacer las trabas que generaste en el sector textil: baja los aranceles, aumenta los subsidios y flexibiliza las exigencias medioambientales —exhortó—. A cambio de los resultados que generes, que deben ser tangibles, haré una generosa donación a tu campaña por la alcaldía.

Bruce apretó los puños. Si Langford arruinaba su reputación perdería las elecciones y tendría que declararse en bancarrota. No habría modo de recuperar sus conexiones, porque ya no tendría credibilidad. Su prestigioso apellido se vería afectado y también su carrera política; una carrera que le tomó veinte años construir.

—Eres un malnacido, Langford, y pensar que tu abuelo y tu padre siempre rechazaron ser parte de la política. Te habría ido muy bien con lo hijo de perra que eres —dijo con veneno y dejando de lado su habitual comportamiento ecuánime.

Dominic mantuvo una expresión distante.

—No me rebajaría a una posición en la que se requieren emociones constantes e innecesarias —replicó—. Los políticos toman decisiones abruptas que no se basan en la lógica. Tú, eres un claro ejemplo de ello. Cumple tu parte, Bruce, y te daré una generosa donación, pero, por supuesto, exigiré una auditoría de cómo la estás usando —agregó—. Mi dinero no es para financiar tu vida, sino una campaña política.

Bruce detestaba ser aleccionado. Pero sabía que estaba en desventaja.

—¿Qué más quieres a cambio de no publicar la información sobre esta situación, Langford? —preguntó entre dientes. Su única herramienta disponible por ahora era plegarse a los términos. Se llamaba supervivencia política. No tenía salida.

Dominic iba a responder, pero su mirada se clavó en una de las fotografías de la gran repisa. Se trataba de una imagen similar a la que se publicó en The Guardian. Pero el enfoque de la foto que él observaba en estos momentos era más amplio: Bruce no estaba solo, sino acompañado por su mujer, Jocelyn, y en brazos de ella había una niña pequeña. Aurora, probablemente. En un costado, cerca de las escalinatas de la casa del fondo, había un juguete como si hubiera sido dejado al azar. Un Game Boy Advance. Otra persona lo habría ignorado, pero Dominic notó las marcas de cinta azul con verde. ¿Cómo se dio cuenta de algo así? Porque él mismo las había hecho.

Sterling sí era la clave para conocer lo que sucedió con su pasado. El juego acababa de cambiar en pocos instantes. Eso no le agradaba, porque prefería tener las estructuras bajo control. Pero él poseía la capacidad de adaptarse. Así que eso hizo.

El inicio del hilo de la madeja ya era algo concreto, en lugar de una pista hipotética. Ahora solo le quedaba desenredarla. Dominic ya había utilizado la frontalidad y el chantaje-negociación para los intereses de Langford Creations. Ahora quedaba agregar a la ecuación la parte más sutil: averiguar los datos de su pasado.

—Da la casualidad, Bruce, que en mi empresa poseen afinidad por los lazos familiares —comentó con una sonrisa desdeñosa—. Entiendo que llevas una doble vida. —Bruce abrió de par en par los ojos, tomado por sorpresa—. Tienes una hija de quince años que vive con su madre en Bath. Vaya personaje que has resultado ser.

—Langford… —dijo pasándose los dedos entre los cabellos canosos.

—Hay algo más que vas a hacer para que no sean divulgadas tus transacciones fraudulentas —zanjó Dominic—. Para saber de qué se trata, primero te informo que he decidido que me casaré con Aurora, tu hija mayor. La que has reconocido públicamente y tiene tu apellido —dijo con burla—. Necesito herederos para mi imperio textil y ella, ¿qué es lo que Aurora necesita? —preguntó en tono despectivo.

—¿Qué dices? ¡Estás demente! Ella jamás aceptará algo así —dio un puñetazo contra una mesita auxiliar de vidrio y esta se hizo añico. Bruce empezó a sangrar.

Dominic no se interesó en ayudarlo. Solo lo miró con aburrimiento.

—Tal vez, le interese saber que el fideicomiso de un millón de libras fue utilizado por su fiduciario, es decir, tú —dijo con una sonrisa, porque esa había sido una de las últimas informaciones que le envió Cédric—. Le queda menos de la mitad.

—Pensaba reponérselo —zanjó Bruce sujetándose la mano contra la chaqueta.

—Entre pensar y ejecutar hay una larga distancia —expresó—. Dime, Bruce, ¿qué es lo que más anhela Aurora Sterling? —preguntó ladeando la cabeza.

—Una jodida clínica veterinaria —dijo con una mueca y usando el pañuelo para limpiarse la sangre de las leves heridas causadas por los vidrios rotos.

—Entonces, lo que harás es decirle que vaya a mi oficina, porque tengo una propuesta de negocios para ella —dijo con una sonrisa maquinadora—. Procura que acepte, en especial, sé sincero al decirle que el dinero de su fideicomiso te lo gastaste.

Dejando a Bruce iracundo, frustrado y físicamente herido, Dominic se marchó.

CAPÍTULO 4

El turno de la noche fue agotador en Cute Paws. Aurora no lograba comprender la falta de cuidado que tenían muchos dueños al alimentar a sus mascotas. Darles trozos de carne, sin verificar que estuvieran sin huesos o que los pedazos no fuesen demasiado grandes, era irresponsable. Ese fue el motivo de que hubiese realizado dos intervenciones quirúrgicas, a un gato siamés y a un lobo siberiano, a causa de bloqueos intestinales. Aurora sentía que a su profesión le daban menos crédito del que merecía.

Después de lavarse las manos fue hasta la máquina de café de la salita de descanso. Soltó una exhalación, agotada, y bebió un par de sorbos calientes. Podía escuchar los ruiditos de los animales que estaban internados, por operación u otra condición especial, en el refugio. Unas horas atrás, Trisha Cyrus, la directora de Cute Paws, había convocado a una reunión urgente. Las noticias no fueron alentadoras.

Debido a la falta de recursos económicos, las facturas de algunos proveedores no habían sido pagadas. Lo anterior implicaba déficit de medicamentos básicos. Esto se traducía en la disminución de la capacidad de alcance para ayudar a más animales. El refugio había priorizado siempre el área médica al de adopciones, que era más pequeña en espacio, así que los insumos que se requerían estaban orientados a las zonas críticas: salud y limpieza. Por este motivo, la situación era bastante complicada.

—Hemos llegado a un punto preocupante, aunque espero que dure poco tiempo —había dicho Trisha mirando a las doce personas a su cargo—. No podremos recibir más animales, hasta que se solucione el flujo de dinero. El mayor problema son nuestros residentes con enfermedades complejas, porque no tendremos cómo asistirlos, continuar dándoles buena atención y calidad de vida. Estamos en aprietos. Quería comentarlo con ustedes y pedirles sugerencias —había concluido, apenada.

Aurora había sentido un nudo en la garganta. La implicación del comentario era clara: los animales que representaban un alto costo tendrían que ser sacrificados. El refugio tenía la política de no usar la eutanasia, pero hacer que un animalito se consuma y agonice sin medicación sería todavía más cruel que ponerlo a dormir. A ella se le habían salido las lágrimas ante la perspectiva,

porque le parecía tan injusto.

En ese grupo afectado estaría Orejitas. Se trataba de un Cavalier King Charles Spaniel color caramelo. El pequeño granuja había llegado al refugio, después de que hubiera sido atacado por otro perro callejero y casi se desangrara. Debido a ese incidente le tuvieron que amputar la mitad de una de las orejas. De ahí su nombre. Él sufría de una deficiencia cardíaca y su tratamiento costaba seiscientas libras al mes.

—Podemos continuar solicitando ayuda a otros refugios del circuito o a las veterinarias más grandes, como donación, inclusive hacer una feria de comida —había comentado Evan, otro de los veterinarios. En la oficina le gastaban bromas diciéndole que debería hacer *casting* para ser el doble de Henry Cavill—. También podríamos sortear consultas gratuitas para una de las mascotas, cuyos dueños asistan a la feria.

—Eso suena estupendo —había comentado Trisha con una sonrisa, pero no se reflejaba en sus ojos. Ella estaba verdaderamente preocupada, porque todos tenían el corazón puesto en este refugio. Resultaba imposible no sentir afecto por todos los animales que recibían—. Lo haremos así, Evan. ¿Alguna propuesta adicional?

—Yo puedo donar mi salario para los gastos que se requieran este mes —había dicho Aurora. Otra residente con complicaciones era Ginger, una gata con diabetes, y tenía un año sin ser adoptada por esa condición—. Además, creo que puedo conseguir que incluyan Cute Paws entre los beneficiados durante la Gala Thames —había ofrecido con rapidez. Se trataba del baile organizado anualmente en Banketing House, una bella construcción y que era lo único que quedaba del Palacio Whitehall.

—¡La Gala Thames! —había exclamado Roxane, la recepcionista, con ilusión —. Sería magnífico y de gran ayuda que pudieras conseguir algo así.

—Suena genial, Rory —había dicho Evan haciéndole un guiño—. Si tienes esa clase de contactos para incluir a Cute Paws, nos aliviaría muchísimo la labor.

Aurora nunca les había comentado la clase de personas influyentes a las que conocía, pero no frecuentaba, desde que era una niña. Ella quería que la continuaran tratando como una más del grupo. Menos mal, así había ocurrido y eso la hacía feliz.

Por otra parte, no era novedad que Evan se sentía atraído por ella. De hecho, cuando supo que estaba de novia con Tobías, le había dicho, mitad en broma y mitad sincero, que si las cosas no funcionaban le diera la oportunidad de salir

juntos. Pero ella le había contestado con amabilidad que prefería seguir siendo solo amigos.

—Rory —había interrumpido Trisha acercándose y poniendo una mano en el hombro de la veterinaria—, desde que entraste a trabajar con nosotros has donado siempre gran parte de tu salario. Además, al igual que Evan y Hannah, haces horas extras sin pedir remuneración. Quisiera negarme a aceptar tu ayuda, pero no puedo.

—Me alegro de que aceptes mi oferta —había contestado Aurora sonriendo.

La reunión se había extendido veinte minutos extras.

Finalmente, decidieron hacer la feria de comida, la rifa de una cena para dos personas en un restaurante de moda, organizar un mercadillo de suplementos y accesorios de animales, otros se sumaron a donar un porcentaje salarial para ese mes. Sin duda, había sido un día complicado al extremo. No obstante, Aurora consideraba tolerables estas situaciones porque amaba su profesión. Los animales eran fieles, amorosos y llenos de gestos dulces que era imposible no hacer esfuerzos para lograr ayudarlos. Ella no podía adoptar ninguno, porque su arrendatario lo tenía prohibido. Si la situación fuese diferente, se habría llevado a Orejitas a casa. Él tenía cinco meses en el refugio. La gente no lo adoptaba, por los costos altos de su condición médica.

Lo único que Aurora podía hacer era dar lo mejor de sí y ayudar en la medida que era posible. Después del viaje a África, en el que donó sus ahorros a la causa de los elefantes, ella siguió colaborando con otras organizaciones. No podía abarcar todas, así que tuvo que elegir las que eran más afines a sus valores y formas de trabajo.

Tampoco era Juana de Arco. Si bien no contaba con lujos, a los que estuvo acostumbrada desde su nacimiento, ella había aprendido a sacar el máximo provecho de sus recursos. Al salario de Cute Paws, ella sumaba algunas consultas privadas que realizaba. Con este ingreso adicional costeaba el resto de sus necesidades o caprichos.

A lo que ella no tenía acceso era a la fortuna que le correspondía: su fideicomiso. Por esa razón, estaba limitada en cuanto a las ayudas económicas que podía ofrecer a las organizaciones o causas que le apasionaban. Tampoco era posible ejecutar sus planes de empezar a construir su clínica privada. Se sentía frustrada. Ella no consideraba que hacer un préstamo bancario fuese la solución, menos cuando ya tenía una herencia. La enfadaba que su padre se hubiera negado a darle un anticipo.

Aurora era consciente de que su sugerencia sobre la Gala Thames fue impulsiva. Pero la hizo ante la preocupación de lo que podría ocurrirles a los animales rescatados, si no existía una solución urgente. Que Cute Paws entrara en la lista de beneficiarios era complicado. Primero, porque se necesitaba una conexión importante que aceptara la petición que ella tenía en mente. Segundo, porque la única posibilidad de acceder a la junta de organizadores era si tenía una invitación y esta era exclusiva. Solo convocaban a participar a personas de prestigio: artistas famosos, filántropos y también políticos de gran alcance y trayectoria reconocida. Como Bruce Sterling.

Su padre llevaba tres días llamándola y Aurora, el mismo tiempo, ignorándolo.

Después de la conversación en la fiesta, a ella no le apetecía escuchar lo que tuviera que decirle. Detestaba cuando Bruce se volvía condescendiente e intentaba anular sus opiniones, porque no se alineaban a lo que consideraba "exitoso". Su padre era un hombre de matices complicados y también de mucho secretismo. Ella no tenía interés en ahondar al respecto y prefería enfocarse en construir su propia vida. Pero sí le chocaban los comentarios hirientes, tal como los que él le expresó en el evento.

Esa velada fue un desastre: no solo se marchó enfadada y rompió con su novio, sino que se desnudó y gimió en brazos de un extraño. Lo más cuestionable era que no había logrado borrar el recuerdo de la mirada verde e intensa, ni la forma en que ese hombre consiguió que ignorara el entorno para enfocarse en sus sentidos. Tampoco olvidó cómo él pareció no haber sido afectado en absoluto por ella. Solo conocía su nombre, así que Aurora perdió la batalla contra la curiosidad y lo *googleó*.

Dominic Luke Langford. Soltero. 34 años. No solo conocido por ser el heredero de la mayor compañía textil y cosmética del Reino Unido, sino también por la forma en que anulaba a su competencia. La reputación que le daba la prensa no era buena, en especial cuando se trataba de eventos sociales. En las fotos, él parecía estar concediéndoles a los fotógrafos el privilegio de existir para capturar su imagen. Lucía como un Dios del Olimpo resignado a tolerar y cohabitar entre simples mortales.

Junto a él, sus usuales compañías, eran mujeres magníficas con un cuerpo que Aurora no poseía: esbelto, cintura muy delgada, largas piernas tonificadas y pechos modestos que no necesitaban de un sujetador para contenerlos en el vestido. No pudo evitar preguntarse, considerando la clase de acompañantes que

él prefería tener a su lado, si la frialdad con la que le habló tuvo que ver con que ella fuese voluptuosa, es decir, para nada su tipo de mujer. Pero le daba igual. Se alegraba de no volver a verlo.

Los toquecitos suaves en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Rory —dijo Evan asomando la cabeza con su habitual buen humor—, después de este día complicado hemos decidido ir a tomar algo a Lucky Beer, en la zona de Chapham. La estación nos queda cerca y hoy tienen concierto en vivo.

Aurora esbozó una sonrisa. Él era un gran veterinario y un buen amigo. Que ella no tuviera intenciones románticas con Evan no implicaba que iba a aislarse.

—Suena estupendo —dijo y su móvil empezó a sonar de nuevo.

—¿Me dejas saber, después de tu llamada? —preguntó el pelinegro—. Vamos a ir Lanna, Mark, Louisa, Debra y Aaron. A Hannah le toca la guardia de esta noche.

Aurora bajó la mirada, miró la pantalla del teléfono y frunció el ceño.

—Sí… —murmuró de manera ausente.

Escuchó que la puerta se cerraba.

La idea de enviar nuevamente la llamada de su padre al buzón de voz era tentadora. Pero recordó lo que ella había ofrecido en la reunión con Trisha. Consideró que quizá podría escuchar lo que sea que tuviera que decirle Bruce y negociar con él. Lo más probable es que quisiera disculparse, pero también que tuviera la urgencia de que ella asistiera a algún otro evento o que accediera a fotografiarse para un reportaje.

Su padre no hacía nada a medias, ni tampoco por altruismo. Inclusive si tenía la culpa, él siempre hallaba la manera de girar las tornas en su favor. En esta ocasión, ella podría aprovechar para exigirle que le consiguiera la invitación a la gala. Inclusive, que la contactara con la persona que coordinaba el evento. No tendría que explicarle sus razones a Bruce. Ella le ofrecería, a cambio, asistir a otra de las actividades en la agenda de la campaña. Si el precio para salvar la vida de los animales del refugio era tolerar otra ocasión de sonrisas y halagos falsos de desconocidos, lo pagaría gustosa.

—Hola, papá —dijo apretándose el puente de la nariz.

—Rory, finalmente respondes —replicó en tono tenso—. Puedo comprender que seas una mujer independiente, pero no que ignores a tu padre. Si no fuera porque tu madre me ha dicho que ha hablado contigo, entonces habría enviado a buscarte.

Ella soltó una exhalación. Lo que decía Bruce no era mentira. Después del incidente en Cotswolds, él se había mostrado preocupado por su seguridad. Le asignó guardaespaldas, hasta que se dictó sentencia contra Scott, de hecho, mantuvo las escoltas varios meses. Quizá, reconocía, pudo haberle respondido un mensaje diciéndole que no quería hablar. Sin embargo, no era ella quien tenía que disculparse.

—Te comportaste de manera horrible, así que no me apetecía hablarte. Si tú puedes ignorar mis sueños o pasar de ellos, como si fuesen una mota de polvo en tus zapatos, entonces yo también tengo el derecho a no querer hablarte cuando me has ofendido —contestó perdiendo la paciencia—. Si llamas para reclamar, entonces…

—Lo siento, no es para eso que te he buscado —interrumpió con rapidez—. Hay un asunto importante que necesito tratar contigo. No se trata de mi campaña, sino de un tema que concierne a tu futuro y también al prestigio de nuestro apellido.

Estaba en el despacho de su casa yendo de un lado a otro como un animal enjaulado. Sabía que Langford no era un hombre paciente. ¿Cuánto era mucho o justo tiempo de espera para él? Bruce no lo sabía y era la razón de que estuviera angustiado.

Que no le hubiera dado un tiempo específico, para ejecutar la consigna exigida, era una táctica que incrementaba el temor ante una amenaza. Funcionaba. Lo anterior se debía a que el CEO podría publicar las pruebas cuando quisiera, en el caso de que Bruce no cumpliera sus demandas. De ser así, lo más probable sería que Langford buscara otro político que cambiara la ley textil, así como otra candidata a esposa. El que perdería sería Sterling: su carrera, sus secretos y el prestigio de su familia.

—¿Mi futuro? —preguntó ella frunciendo el ceño—. No tiene sentido lo que estás diciéndome, papá. Si estás tratando de que me crea, como otras incontables ocasiones, que si no asisto a una de tus actividades sociales tu imagen se verá afectada, por favor, no lo hagas. He llevado una vida alejada de las cámaras, así que…

—Este tema tiene que ver con tu fideicomiso —zanjó a regañadientes—. Esta es una negociación sobre la que has insistido. Así que vamos a tener esa conversación.

Ella se quedó un instante en silencio. No comprendía que él quisiera hablar de un asunto que, por lo general, siempre evitaba, pues acarreaba desacuerdos

mutuos.

—Supongo que esta no es una disculpa, ¿o sí? —murmuró Aurora, mientras se incorporaba de la silla y abría el casillero en el que tenía sus pertenencias.

—Esta es una llamada breve, Rory. Estoy tratando de ser conciliador. Así que no mantengo diálogos importantes con mi familia, a través de un teléfono, al menos si puedo evitarlo —replicó, luego silenció el canal de noticias que estaba viendo.

—Entonces, papá —dijo sintiendo un hálito de esperanza vibrando en ella. Abrió la bolsa y sacó las llaves del coche—, ¿lo que quieres es que negociemos las condiciones de ese préstamo que tanto te he pedido? —preguntó con ilusión —. Si es así, acepto esta conversación sobre mi fideicomiso como una disculpa en toda regla.

Hubo un instante de silencio en el otro lado de la línea.

—No voy a hablar al respecto por esta vía, Rory —dijo Bruce al cabo de pocos segundos—. Ven a casa, por favor, así podremos entendernos mejor. ¿Ya has cenado? —preguntó, evadiendo a propósito aclarar el error de las conclusiones de su hija.

—No —miró el reloj. Las ocho de la noche—. Acabo de terminar mi turno en el refugio, papá. Mis compañeros me han dicho para ir a un bar. Creo que mañana será un mejor día, luego de dormir bien, para ir a tu casa y poder hablar —comentó.

—Hoy es la única oportunidad de hablar de tu fideicomiso —dijo. Pero su respuesta estaba más enfocada en que él necesitaba resolver el asunto con Langford.

Aurora empezó a caminar hacia la salida, pero antes puso el teléfono en silencio y le comentó a Evan que iría a cenar a casa de su padre. El veterinario tan solo le dedicó una encantadora sonrisa y le deseó que tuviera una buena noche. Después, ella activó de nuevo el audio del móvil, mientras llegaba al estacionamiento.

—Está bien, papá. Primero me iré a dar una ducha y a cambiarme —replicó, porque conocía el tono determinante de Bruce. Si no accedía, perdería la oportunidad de hablar de algo tan importante. Su padre estaba dándole una rama de olivo. Ella iba a tomarla—. Espero que encontremos un punto medio sobre la cantidad del préstamo que me darás —dijo encendiendo el motor del coche—. Te veo en un rato. ¿Vale?

—Bien. Le diré al chef que prepare la cena, Rory. Te espero —dijo Bruce sin sacar a su hija del mal entendido. Su intención había sido que fuera a casa. Punto.



Aurora estaba tratando de asimilar las palabras que salieron de la boca de su padre. Pero, quizá, debido al estrés del día, sus neuronas no cooperaban. Lo que acababa de decir Bruce, le parecía un guion extraído de un libro de intriga mal escrito. Aurora se frotó las sienes y trató de no alterarse demasiado. «¿Cómo le había hecho esto a su propia hija?». Ahora, comprendía el porqué de tanta negativa a prestarle el dinero que necesitaba para empezar su proyecto con la clínica. Comprendía el porqué de la insistencia de que le quedaba todavía un año para poder acceder a la herencia. Su padre necesitaba esos doce meses para intentar reponer el dinero que había hurtado.

Los argumentos de que las estipulaciones del fideicomiso eran inamovibles también fueron una mentira. Bruce manipuló el testamento de su abuelo para usar arbitrariamente lo que le correspondía a ella. Le había malversado su fortuna. No importaba si eran mil o seiscientas mil libras, este último era el lamentable caso. El hecho era que su propio padre le había robado gran parte de su herencia. Por ende, sus sueños. Ella no tenía posibilidad de obtener esa cantidad de otra fuente. Menos, si Bruce acababa de decirle que la situación económica de ellos ya no era de bonanza.

—¿Cómo es posible que me hayas traicionado así, papá? —preguntó Aurora limpiándose las lágrimas. Estaba temblando de rabia y decepción. Sentía que todo colapsaba a su alrededor—. Sé que eres un hombre ambicioso, pero ¿robarme?

Bruce apretó los dientes y se acercó hasta Aurora. Su hija nunca entendería que en la política las apariencias eran tan importantes como las conexiones. Existían situaciones que requerían estrategias un poco al margen de la ley. Pero su intención siempre fue devolver el dinero. Lo habría hecho si Langford no se hubiera metido.

Él le había arruinado, con su amenaza, el contrato que iba a firmar con un empresario hindú. A cambio de que él aprobara una moción en el Parlamento, para bajar impuestos a un grupo específico de productos textiles, iba a recibir mucho dinero. Lo anterior sería imposible, porque él estaba bajo la amenaza de

Langford.

—No te he robado, sino que hice un préstamo arbitrario.

Aurora soltó una carcajada incrédula y se puso de pie para apartarse. Se quedó cerca del piano de cola y movió las yemas de los dedos sobre la tapa blanca.

—Papá, no me hables de forma condescendiente ni uses la burda semántica —dijo con rabia—. Si te has quedado con seiscientas mil libras, entonces quiero que me entregues de inmediato las cuatrocientas mil restantes. Así como manipulaste la ley para forjar las cláusulas que dejó mi abuelo, así también hazlo para darme el dinero.

Bruce hizo una leve negación. La miró con severidad.

Jocelyn también se había quedado boquiabierta por la revelación de su esposo. Más que consternada, la mujer estaba furiosa y avergonzada, pero mantuvo silencio.

—Primero, quiero que escuches lo que no he terminado de decirte, Rory —dijo, porque lo que venía a continuación era la parte más complicada—. Usé ese dinero, porque creía que podría devolvértelo con rapidez en menos de un año. Eso no será posible, sino que me tomará más tiempo del previsto. Mis inversiones han dejado de ser rentables. Todos nuestros bienes están hipotecados, así que dependo de las donaciones de la campaña. Por eso es tan importante que gane la alcaldía.

Aurora abrió y cerró la boca con incredulidad.

—¿Dependes de la alcaldía para qué? ¿Para robar más fondos? —preguntó con sarcasmo y haciendo una negación con la cabeza. Vio a su madre dar un respingo por la acusación de que Bruce era un político corrupto. Pero Aurora no iba a detenerse —. Siempre he sabido que tu profesión es un asco, aunque jamás imaginé que yo podría ser una de las víctimas salpicadas del lodo de decisiones egoístas. Las tuyas.

—No voy a tolerar tu insulto, Rory —expresó Bruce con dureza.

—No es como si estuviera mintiendo, ¿o sí? —preguntó con desafío. Soltó una exhalación y se apartó del piano. Se sentía tan llena de rabia que necesitaba desahogarse, pero no encontraba en su cabeza una vía para conseguirlo—. En toda esta conversación no has tenido la decencia de pedirme disculpas, papá. Por este fiasco y lo ocurrido en la fiesta. No solo has arruinado mis planes, sino que truncaste la ayuda para animales que necesitan alimento, cobijo, medicación y cuidados especiales. La extensión de tu traición es amplísima —dijo con

resentimiento.

Bruce se pasó la mano sobre el rostro.

—Lamento la forma en que ha ocurrido todo, hija —replicó con un suspiro —. Sobre las cuatrocientas mil libras que quedan. —Aurora se cruzó de brazos —. Hay algo importante que debes saber. De la decisión que tomes dependerá todo.

Ella se limpió el último rastro de lágrimas. Se sentía apaleada y defraudada.

—¿Ahora vas a poner presión sobre mí? ¡Eres increíble, papá! —rezongó—. Yo… No puedo con esto, no puedo. He trabajado incansablemente en mi proyecto, en mi sueño y he esperado, ¡pero tú tienes la desfachatez de destruir todo! —exclamó—. Eres un egoísta y siempre te ha importado solo tu maldita carrera política. ¿Qué me queda? ¡Dime, qué carajos me queda para lograr cimentar mis sueños, cuando te has robado más del cincuenta por ciento de mi fideicomiso! —gritó.

Bruce miró a su hija con determinación. Estaba con el rostro rojo de furia. Jamás había golpeado a Aurora, ni cuando hacía travesuras. No empezaría ahora. Pero su estado de ánimo estaba contrariado. Pensaba en los acuerdos echados a perder.

—El mayor financista de mi campaña de ahora en adelante será un empresario con mucho dinero —dijo Bruce con fastidio—. Pero ha estipulado algunas condiciones. Una de las más importantes es que quiere reunirse contigo de inmediato.

Aurora se pasó los dedos entre los cabellos. Luego miró a su madre de nuevo, pero la mujer, en lugar de argumentar algo a su favor, solo se encogió de hombros.

—No comprendo qué tiene eso que ver conmigo, papá —dijo exasperada—. Te he dicho que no me interesa la política. ¿Qué puede querer un contacto empresarial con una veterinaria? —preguntó frotándose las sienes. Le dolía la cabeza por llorar y el enfado—. Ya no puedo seguir esta conversación. He tenido un día horrible en el trabajo, los recursos que me corresponden me los ha robado mi propio padre, mi madre es impávida como una estatua de mármol, ¿y yo tengo que reunirme con algún fulano? —preguntó soltando una carcajada sin alegría—. ¡Simplemente, no!

Bruce se sentó en el sillón unipersonal de color gris. Meneó la cabeza.

—Si quieres recuperar el acceso al dinero que te dejó tu abuelo, al menos lo

que queda de él, entonces tienes que ir a esa reunión —comentó, al recordar el brevísimo correo que recibió con instrucciones claras. No fue una dirección corporativa, pero tampoco hizo falta para que Bruce supiera quién era el remitente. Por eso, de inmediato, llamó a su abogado para que gestionara la última exigencia de Langford—. La condición para continuar en la carrera política, recibiendo ese financiamiento que te comenté, fue dejar de ser el fiduciario de tu fideicomiso.

—Pero ¡¿qué dices, papá?! —exclamó elevando las manos y dejándolas caer, exasperada—. ¿Le regalaste mi dinero a otra persona? ¡Esto es demasiado! Es tú responsabilidad, tuya, devolverme mi fortuna. ¿Qué lógica tiene que la víctima de un robo sea la que deba cubrir los pecados del ladrón? Podría buscarme un abogado.

Bruce se incorporó del asiento y la señaló con el dedo.

—¡No vas a hacer tal cosa, Rory! —gritó—. Lo que harás será escuchar.

—He escuchado tantas idioteces, en menos de una hora, que no sé si mi cerebro sea capaz de procesar más —replicó mirándolo con desafío—. Estoy harta.

Bruce sabía que no podían continuar a gritos. Así que intentó bajar el tono.

—Rory, el dinero es tuyo, pero el fiduciario es otro —aclaró en tono firme—. Después de sacar las seiscientas mil libras, las cláusulas originales fueron aplicadas de nuevo y ahora se mantienen. Solo cambié el nombre del responsable que te entregará el dinero, cuando cumplas con una las dos exigencias que ya conoces —concluyó.

El pecho de Aurora subía y bajaba con rapidez. Si hubiera sido una mujer de impulsos homicidas, en este instante ya estaría camino a la delegación de policía.

—Deshazte de alguna propiedad, la casa de verano o el avión privado. ¡Haz algo! —exigió Aurora—. Saca fondos vendiendo antigüedades o lo que sea de valor. Resuelve el tema y dame mi millón de libras esterlinas, papá —dijo furiosa.

Él soltó una carcajada sin humor.

—Está todo hipotecado, ¿qué parte no comprendiste? No tienes salida, Aurora. Si quieres ese dinero vas a tener que plegarte a las condiciones que existen.

Ella se quedó en silencio. Estaba acorralada, eso era verdad. Su padre no tenía dinero. Si todo estaba hipotecado, él no gestionaría préstamos, pues no le darían

los fondos. Él tampoco podía agarrar el dinero de las donaciones de campaña, porque se quedaría sin posibilidad de seguir en la contienda electoral. No le devolvería su dinero.

Aurora no podía quedarse de brazos cruzados. Lo hacía pensando en ella.

No dejaría que se perdieran cuatrocientas mil libras. ¿Cómo iba a financiar su clínica? ¿Cómo iba a continuar ayudando a sus animalitos? Jamás había pensado que sería posible odiar a una persona, menos a un padre, pero eso era lo que sentía ahora.

—Lo que he comprendido, papá, es cuánto fango has echado en mi camino —replicó—, y que no voy a perdonarte la traición que has cometido contra mí.

—Puedes argumentar conmigo toda la noche o yo contigo, pero solo hay una solución posible. No está en mis manos —replicó Bruce encogiéndose de hombros.

—Si no fueras mi padre, el proceder sería diferente y hallaría la forma de enviarte a prisión por estafa —dijo en un tono puntilloso. Estaba acorralada. No estaba pensando en la reputación de ningún maldito apellido, sino en su futuro. Tendría que replantear todo lo que haría. Restructurar la parte del presupuesto de su proyecto, los tiempos y objetivos. «Dios, qué pesadilla es todo este enredo». —. Quiero acabar con este asunto, pero no lo hago por ti. En ningún instante te atrevas a pensarlo. Dime, ¿quién es ese empresario del que hablaste y qué rayos quiere?

Bruce se acercó al carrito de bar de madera. Agarró un vaso y sirvió whiskey.

—El empresario se llama Dominic Langford y dependerá de él asegurarse de que cumplas las condiciones para darte el dinero restante —explicó bebiendo.

—Domi… —dijo sin terminar de pronunciarlo—. Esto no puede ser.

—Te espera en su oficina lo antes posible. Solo tienes que anunciarte. Te recomiendo que lo hagas mañana, porque él no es un hombre paciente y, a medida que más tiempo pase, los acreedores nos caerán encima. Hay mucho en juego —instruyó Bruce, sin comprender que la consternación de su hija no tenía que ver solo con el fideicomiso y quién lo administraba ahora—. Tendrás que negociar, Rory.

Aurora nunca había necesitado tanto emborracharse como esta noche.

—¿Negociar mi derecho hereditario con un extraño? —preguntó—. Es decir, tú cometes los errores, pero soy yo la que tiene que recoger los despojos —se rio sin alegría—. A todo esto, papá, ¿qué tiene Langford en contra tuya? Porque, tú,

no eres una persona que acepte las exigencias de nadie. ¿Lo haces solo por el dinero?

Bruce apretó los labios. Que su hija lo cuestionara, no le gustaba. Pero si quería que Aurora no fuese tozuda e hiciera lo que le pedía, entonces tendría que serenarse.

—Lo que existe en mis acuerdos profesionales no es de tu incumbencia —expresó en un tono severo—. Te he dado las directrices para que puedas recibir ese dinero, Aurora. A la par, sí, estarás ayudando a tu familia. ¿Acaso no es lo que estamos llamados a hacer los unos con los otros? —preguntó con zalamería política.

Aurora no tenía más cabeza para racionalizar, pelear o seguir en esta casa.

Tomó una larga respiración y pensó en Cute Paws. Intentó en vano calmarse.

—Vas a hacer algo a cambio, papá —dijo pensando en la razón de que hubiera venido, bajo confusas palabras de Bruce, esta noche—. Quiero un pase para la Gala Thames. Quiero que me pongas en contacto con la persona que designa los beneficiarios de los fondos a recaudarse. No, no me interrumpas. Estás dejando una carga pesada para salvar los bienes de esta familia. Unos bienes que yo no utilizo y nunca he querido. Estás dejando una carga pesada con osadía, porque no soy yo quien debería sobrellevar las consecuencias de tus malos manejos económicos. —Miró a su madre—: Tu silencio es cómplice. No es posible que ignoraras todo esto, mamá.

—Aunque no lo asimiles, Rory, sí tengo una vida que no implica conocer todos los movimientos que hace tu padre. Yo también tengo actividades personales —dijo Jocelyn—. Entiendo tu enfado, pues la situación es indescriptible. Sin embargo, si la solución es ir a esa reunión, entonces, te pido, por favor, que vayas lo antes posible.

Aurora apretó los labios. «Su madre siempre la conciliadora. Pfff».

—Papá, no has respondido sobre la Gala Thames —espetó Aurora.

El hombre terminó su bebida en dos largos tragos. Dejó el vaso a un lado.

—Cuenta con lo que has pedido. Pero, tú nunca has querido ir a esa clase…

—¿Qué es lo que quiere negociar Dominic Langford conmigo? —interrumpió. No quería ahondar en sus motivaciones. Ya había dado suficientes vueltas al tema.

Bruce tomó una profunda inhalación. Eso provocó alarma en Rory, porque era el gesto habitual que tenía él cuando iba a darle una noticia que iba a disgustarla.

—Un contrato de matrimonio.

CAPÍTULO 5

Dominic revisó los contratos de las nuevas maquinarias de planchado y corte que estaba a punto de adquirir LangTex. Se estaba llevando a cabo una intensa renovación de la planta para incrementar el ritmo de producción. Él tenía todo coordinado para que no existiera ningún inconveniente en el proceso. La competencia local era fuerte y la ferocidad con la que se destrozaban era el equivalente a una pelea de tigres en la selva. Solo uno lograba ganar a la vez, por lo general era él. El resto de los contendientes seguía en pie de lucha para el siguiente *round*, pero con menos armas. Esta era la estrategia sistemática de Dominic: rodear al competidor, encontrar sus puntos débiles, atormentarlos con acciones inesperadas y luego asestar el golpe.

En los últimos días, él estuvo de viaje en Copenhague. Al ser el epicentro de la moda escandinava, Dominic quiso visitar algunos contactos y analizar el mercado para incursionar con su compañía. La gira de reuniones que realizó fue muy fructífera, pero no ocurrió lo mismo con la posibilidad de entretenerse con alguna mujer danesa. Fueron setenta y dos horas ajetreadas. Cuando llegaba al hotel se duchaba y dormía. Pero al masturbar su erección mañanera, lo hacía pensando en el recuerdo de la carne de cierta mujer entre sus manos. Tan solo por ese motivo, Dominic reprimía el clímax. Ese era su modo de recordarse y reafirmar que Aurora sería un medio para un fin.

Él no solamente estaba en posesión de todas las pruebas para acabar con Bruce, que lo haría en su momento, sino que también tenía el control del futuro de su hija. Ser el fiduciario de la herencia de la mujer, le pareció una estupenda idea para presionarlo. Ahora contaba con todas las herramientas para lograr sus objetivos a su propio ritmo. Dominic sabía que Bruce consideraba esta situación como un chantaje para beneficios empresariales, no solo el asunto de la reforma de la ley, sino el matrimonio. Lo más probable era que el político creyera que, una vez que Dominic consiguiera lo que estaba buscando, lo dejaría en paz. Pero eso no iba a suceder.

Una vez que el CEO atara los cabos sueltos, sin importar la magnitud de las implicaciones de los resultados que encontrara, él iba a destruir a Sterling, hasta que no quedara nada de su existencia. Si la superficie de ese hombre era de hedionda corrupción, lo que había en el fondo sería peor. El Reino Unido estaba mejor sin un parlamentario que era una lacra más del sistema. Esto no era por su

país, porque el asunto del patriotismo le parecía una bendita mierda, sino por su historia familiar. Porque necesitaba un cierre y no podría tenerlo sin respuestas. No temía escarbar para acceder a la información que faltaba, pero era consciente de que podría ser turbia.

—Señor Langford, lamento interrumpirlo, pero me pidió que le informara cuando llegara su reunión de las once de la mañana —dijo la asistente personal de Dominic—. La señorita Sterling está en el pasillo de espera. ¿La hago pasar?

Él elevó la mirada del contrato que acababa de aprobar. Su mente no estaba disponible para lidiar con nadie en estos instantes. Necesitaba atender una llamada importante desde Washington DC. Bruce se había tardado cuatro días en lograr que su hija cumpliera lo estipulado: ir a verlo lo antes posible. Daba lo mismo que Dominic hubiera estado de viaje. La obligación de Aurora era ir a las oficinas de Langford Creations y esperar a ser atendida. Él, como CEO, no iba a detener sus importantes puntos en la agenda para atender a una persona que no sabía acatar órdenes exactas.

El teléfono vibró sobre el vidrio del escritorio.

Dominic agarró el móvil y revisó la fotografía que le envió Cédric. Se trataba del regalo que quería Candace, su ahijada, por el cumpleaños. La niña cumplía seis años y había pedido todos los accesorios para hacer *slime*. Dominic se los compraría. Así que le envió un “Ok”, a Cédric, y luego guardó el móvil. Miró a su asistente.

—Encárgate de conseguir una estación de *slime*. Quiero que tenga todos los implementos necesarios y que los materiales sean muy diferentes a los que suele comprar la gente. Algo único. Cuando tengas las opciones, me envías las imágenes al móvil para yo elegir una —ordenó. La mujer tomó nota en el iPad —. La entrega debe hacerse para este fin de semana. A las siete de la mañana del sábado —dijo, porque esa era la hora en que su ahijada desayunaba—. Debe llevar un pompón rosa y globos verdes de cumpleaños con el nombre *Candace*. No quiero tardanzas. ¿Quedó claro?

La mujer, acostumbrada a recibir una instrucción tras otra a lo largo de su jornada, asintió. No importaba qué tan específicas o estrictas fueran las directrices de su jefe, ella siempre las cumplía. Al final del año recibía una generosa bonificación.

—Por supuesto. Me encargaré de que así sea, ¿a qué dirección? —preguntó.

—Cédric —dijo con simpleza, porque Selma conocía ya sus referencias.

—La niña recibirá su obsequio a tiempo —aseguró la mujer. Ella sabía que su

jefe tenía la reputación de ser mujeriego, porque la prensa social era incansable. Lo curioso, a diferencia de lo que hubiera esperado, era que él jamás le había pedido que enviara regalos o flores a ninguna mujer—. ¿Desea agregar un mensaje o tarjeta?

Dominic ladeó la cabeza y enarcó una ceja. Él confiaba en la excelencia profesional y la prudencia de su asistente. El día en que se enteró de que el hermano de Selma estaba siendo acusado de homicidio, la amenazó con despedirla si no se tomaba vacaciones inmediatas. Les asignó a sus abogados para que representaran al hermano. Tommy Jones quedó libre de cargos, porque era inocente. Ahora trabajaba en la cafetería de la empresa. Eso había ocurrido dos años atrás. Desde entonces, la mujer creía que Dominic tenía un halo de ángel mezclado con cuernos del Infierno.

—Selma, ¿tiene acaso tu hijo de siete años afinidad por leer tarjetas de regalo? —preguntó girando el bolígrafo entre los dedos y mirándola con aburrimiento.

La mujer de cabellos rubios soltó una risa suave e hizo una negación.

Llevaba cuatro años trabajando para Dominic. Su puesto era bien remunerado y compensaba la gran responsabilidad que tenía. Aunque su jefe podría parecer un ogro para otros, Selma sabía que él había creado un sistema de clínicas móviles que daban asistencia gratuita a las personas sin hogar. Conocía los entresijos del proyecto, porque era la directora encargada y cuyo nombre constaba en los registros públicos. Su jefe le pagaba un salario adicional por esa responsabilidad. Dominic había dicho que prefería el anonimato. Ella no entendía por qué permitía que hablaran pestes de él, cuando bien podía dar a conocer Doctor Móvil y cambiar radicalmente esas ideas.

Prefería no cuestionarlo, pues no le correspondía juzgar.

—No, pero mi esposa insiste en hacérselas y leerlas juntos cuando él está de cumpleaños —dijo. Selma seguía en el cargo, aparte de su alta capacidad de gestión, porque no tenía interés sexual en su jefe. No hacía insinuaciones. Ella estaba felizmente casada con la que fue su novia desde la secundaria y tenían un hijo, Billy.

—Entonces, está todo claro —replicó Dominic con poca paciencia.

—Sí, señor Langford, ¿algo más que requiera? —preguntó con seriedad.

—Dile al gerente de compras y al de producción que empiecen las diligencias para la adquisición de la maquinaria. Quiero los reportes en cuarenta y ocho horas. Registra con el equipo legal los procedimientos y que se encarguen de

agilizar todo —ordenó con rapidez. Reorganizó los cuatro bolígrafos en la posición correcta sobre su escritorio—. Asegúrate de que mi padre se conecte a la llamada de Estados Unidos.

—Por supuesto, todo estará listo a tiempo —replicó—. No me ha comentado sobre la señorita Sterling —agregó Selma, mirándolo—. ¿La hago pasar?

En lugar de responder, él se incorporó de la silla.

Se ajustó la chaqueta del traje Brioni color negro y agarró el móvil.

—Cuando tenga tiempo, la atenderé. Ahora hay otras cosas importantes que debo resolver —miró el reloj—. Confirma con el encargado de IT que esté todo listo para la videoconferencia en la sala de reuniones principal. No acepto interrupciones salvo que se trate de algo de vida o muerte. Aunque, si existiera tal cosa, considera llamar a cualquier otra persona primero. Dile a mi chofer que esté aquí a la una de la tarde, porque tengo un almuerzo en el Hotel Ritz. También infórmale a Bryson, mi corredor de bienes raíces, que iré a Richmond a conocer la casa victoriana de la que me habló. Llama también a la restauradora y al consultor externo —dijo con rapidez.

Selma hizo un asentimiento y escribió todo en la tableta digital.

Dominic salió de la oficina y tomó el ascensor privado para ir al piso en el que estaba la sala de reuniones. Lo esperaban dos abogados, el director de logística, la directora de inventario, el gerente de finanzas y el analista de mercados. Una vez que se abrió la aplicación encriptada para conferencias confidenciales, AceMatic, en la pantalla gigante, y Owen se conectó al grupo, empezó el largo debate de negociación.

Se buscaba entablar una asociación con la empresa Varik Textiles para abaratar costos de materia prima y ahorrar tiempo en asuntos logísticos de importación. Una vez que concluyó todo, dos horas después, Dominic no regresó a su despacho, sino que bajó en el elevador privado, hasta el parqueo. Subió al Mercedes Maybach Vision y cuando el chofer arrancó, así también lo hizo su agenda de pendientes. Las siguientes horas estuvieron llenas de reuniones en diferentes puntos de la ciudad. Cuando Selma le envió un mensaje comentándole que Aurora seguía en la oficina y que parecía angustiada, él no detuvo su recorrido. Había demasiadas cosas que dependían de sus decisiones empresariales, así que preocuparse por la hija de Sterling no era prioridad.

Él asumía que la falta de dinero, a alguien habituada a lujos y despilfarros, podía causar esa clase de desesperación. Pero no era su problema, pues no fue quien decidió demorarse para negociar el futuro económico para salvar el

apellido familiar.

Su último destino de la jornada fue la propiedad a la venta en Richmond. La casa era señorial, imponente y extravagante, pero su estado exterior era deplorable.

El corredor de bienes raíces saludó a Dominic con una sonrisa.

—Señor Langford —dijo el hombre de abundante cabello rojizo—. La señorita Müller y el señor Nicholson ya están dentro. Aprovechamos para llegar un poco antes de la hora y ganar tiempo valorando la propiedad con más detalle.

—Como debe ser, gracias, Bryce —replicó el CEO, entrando a la mansión.

Berth Nicholson era el consultor en desarrollo hotelero que trabajaba con Dominic desde hacía varios años. Francine Müller era experta en restauración.

—Hey, qué bueno verte, Dominic —dijo con familiaridad la rubia. Parecía salida de una pasarela. Ella era la clase de mujer que él follaría—. ¿Qué tal ha ido todo? —preguntó acercándose. Le dio un abrazo breve—. Ha pasado un largo tiempo, desde el último proyecto en el que trabajamos. Me hizo ilusión venir a Richmond.

Él enarcó una ceja. No eran amigos, pero ella parecía creer que sí.

—Hola, Francine —replicó en tono ausente—. Procuro ocupar mis días enfocándome en los objetivos que cumplo, en lugar de hacer vida social. —Ella abrió y cerró la boca, luego asintió y marcó distancia—. ¿Qué opinas de la casa y su potencial de reforma? —preguntó él. Ella era una de las mejores restauradoras arquitectónicas. Si Francine flirteaba o no, siempre que hiciera su trabajo, a Dominic le daba igual.

La mujer cambió la expresión amistosa por una más seria.

—Va a ser bastante laborioso. La infraestructura presenta grandes daños y habrá que buscar materiales parecidos a los originales para preservar la idea del arquitecto que la diseñó. La propiedad es compleja —dijo, mientras todos recorrían los alrededores e intercambiaban perspectivas—. Si la compras, sería el proyecto más demandante en el que yo trabajaría, pero sé que la casa quedaría bellísima —agregó.

Salieron al patio que estaba lleno de hojas, hierbas altas, malezas, suciedad y basura dispersa. Luego subieron al segundo piso. Había un total de ocho habitaciones. La cocina lucía maltrecha, los anaqueles desvencijados y las ratas parecían pulular detrás de las paredes. Las salas olían a humedad. Las alfombras estaban raídas.

—Se pueden lograr interesantes cambios —dijo Dominic mirando a los tres profesionales cuando volvieron a la planta baja. Se dirigió al consultor—: ¿Berth?

—Tienes una propiedad ganadora, Dominic. Sugiero una clase de inversión diferente, sin dejar de lado el concepto de lujo: una residencia para adultos mayores. Las personas de clase alta son algo reacias a aceptar las que ofrece el Gobierno. Así que sería muy rentable que lo consideraras, en lugar de un hotel —comentó.

—Haz el análisis de mercado, Berth, y envíame un informe lo antes posible. —Luego miró a Francine—: ¿Qué tan viable es mantener la estructura original?

—Habría que hallar la manera de proteger los detalles vulnerables de la infraestructura para conservarla, sin importar el tipo de negocios para el que se use.

—De acuerdo, quiero que hagas todo diligentemente —zanjó. Luego miró a su corredor de bienes raíces—: Bryce, voy a comprar la propiedad. Haz los trámites.

—Muy bien —replicó el hombre con un asentimiento.

—En general, quiero los reportes de resultados de las gestiones de todos dentro de una semana. —Los dos hombres asintieron y empezaron a caminar hacia la salida. Luego Dominic se dirigió a Francine—: Hay otro tema que quiero hablar contigo. —Ella lo miró con interés—. En mi oficina están los permisos de construcción y planos de un penthouse. Los últimos inquilinos lo desocuparon hace cuatro meses. Necesito reformarlo y luego entregárselo a Bryce para que gestione la venta. ¿Puedes hacerte cargo? —preguntó, porque quería deshacerse de ese sitio.

—Por supuesto —replicó ella con una sonrisa, miró el reloj—. Son casi las seis de la tarde, pero, si tienes tiempo, puedo ir ahora a tu oficina. Así podemos revisar juntos los planos y me explicas tu visión. Con eso en mente ya podría trabajar en un presupuesto claro, contactar a la decoradora de interiores y hacerte una propuesta de los tiempos de entrega —explicó—. Tendría listos los datos el lunes. En el caso de esta mansión, al tratarse de una restauración, voy a necesitar al menos un mes.

—Tienes dos semanas para darme la información sobre la casa. Una, para el penthouse. ¿Está claro? —preguntó—. Si no puedes hacerlo, buscaré a otra persona.

Francine sabía que él era el mejor cliente de Hanson & Müller, su compañía.

Perder la cantidad de dinero que generaba un trabajo como este sería un suicidio empresarial. Le delegaría a uno de sus colegas los pendientes que ella tuviera en la oficina, y así se dedicaría a tiempo completo a resolver las demandas de Dominic.

—Sí, claro que puedo hacerlo —sonrió—. Te seguiré en mi coche a tu oficina.

—Puedes usar Google Maps —replicó subiendo el vidrio de la ventana. No perdió de vista que la mujer se alejó contoneando las caderas con sutil invitación.



Después de la reunión tan desmoralizante con su padre, Aurora cambió de opinión sobre Lucky Beer con sus compañeros de trabajo. Así que le envió un mensaje a Evan para decirle que estaría dentro un rato en el pub. Luego fue a su estudio y usó un poco de hielo para refrescar su rostro. Después se maquilló y eligió el vestido más atrevido de su clóset: uno rojo que se pegaba a sus curvas y tenía la espalda descubierta.

Solo quiso perderse de la realidad. Disfrutar. Olvidar el amargo trago.

Su optimismo no había logrado apagarse, el bastardo era muy necio, y le gritó que podía elegir doblegarse o bien sacudir el cuerpo y empezar un nuevo día con más propósito. Así que cuando llegó a Lucky Beer se dejó llevar por la música, las risas de sus compañeros, los flirteos de un hombre muy atractivo, y bailó hasta que le dolieron los pies y fue insoportable seguir el ritmo. No supo cuánto tiempo pasó, ni cuántos tequilas tomó o lo que sea que se bebió, pero disfrutó al máximo. Inclusive, antes de seguir bebiendo, llamó a Kitty. Le contó que estaba pasándolo bomba y que se uniera.

Al cabo de un rato, su mejor amiga llegó a Lucky Beer.

—¿Estás loca? —le había preguntado Kitty a Aurora—. Rory, prácticamente se te salen los pechos en ese vestido y es un milagro que no se te vean las nalgas.

Aurora se había reído, echando la cabeza hacia atrás, bailando.

—Estoy cansada de avergonzarme de mis curvas, Kitty —había dicho gritando por sobre el volumen de la música—. ¡Estoy cansada de que crean que soy una idiota!

Luego, para consternación de Aurora, se le habían salido las lágrimas.

—Venga, bonita, venga. No pasa nada —había dicho Kitty abrazándola—. No

tienes que avergonzarte de nada, Rory. Eres una mujer inteligente y sexy. Pero sabes que exponerte de este modo no es la solución. Aunque estés con tus compañeros de Cute Paws. Por cierto, Evan es muy guapo, deberías hacerle caso —había sonreído.

Aurora se había acomodado el vestido y luego hizo una negación con la cabeza. Pero el gesto fue demasiado brusco. Estuvo a punto de darse de bruces si Kitty no la hubiera sostenido del brazo, mientras ambas se movían al ritmo de *Lose Control*, una canción de Becky Hill con Medusa. El título se ajustaba muy bien a lo que vivía.

—No, él no me gusta de esa manera, lo prefiero de amigo —había dicho.

En medio de la pista, en un pub a tope, nadie les había prestado atención. Los amigos de Cute Paws de Aurora pensaban que estaba muy feliz y no habían notado nada extraño en su comportamiento. De hecho, esa noche había sido la primera vez que iban de fiesta juntos y asumieron que era el estilo de Aurora divertirse así. Bailaron entre todos, bebieron, rieron, y luego cada cual iba entreteniéndose como prefería.

—Está bien, todo a su tiempo —había replicado—. Pero ahora, aclárame, ¿cuál es la verdadera razón de que hayas optado por embriagarte? Tú, no eres de las personas que utiliza ese recurso para calmar un mal día. Así que cuéntame, Rory.

Aurora había tomado una bocanada de aire y empezó a decirle todo.

—¡Me robó mi dinero! —había dicho al oído de su mejor amiga, luego de contarle el incidente horrendo en casa de sus papás—. ¡Ahora tengo que hablar con un idiota que tiene en sus manos mi futuro en todos los aspectos! Me siento miserable.

—Dios, qué fichita que ha sido tu padre, joder —había replicado Kitty—. Pero ahora estás demasiado borracha para pensar a derechas. Quizá el tal Dominic…

—¡Él fue la causa de mi ruptura con Tobías! —se había lamentado.

Kitty había posado ambas manos en los hombros de Rory para que se calmara.

—Lo que pasó fue solo un catalizador a una decisión que, tarde o temprano, ibas a tomar. Tú no estabas enamorada de él —había dicho la mujer con franqueza —. Tobías te ayudó a dejar de lado el temor de estar con alguien. Así que, tan solo por eso y porque se portó como un caballero contigo, siempre me

caerá bien.

—Lo eché a perder… —se había lamentado—. Lo intenté, en verdad, pero no comprendo por qué esa maldita chispa nunca ocurrió… En cambio, con Dominic…

—Rory, deja tu pobre cabeza tranquila. ¿Quieres seguir bailando? —había sonreído Kitty. Aurora hizo una leve negación—. Mi hermano tiene guardia hoy. Le diré que venga a por nosotras y así nos llevará a casa. Creo que es lo mejor. ¿Vale?

—No —había rezongado, con la intención de ir a la barra de nuevo—. No llames a Brennan. Con la ayuda que me dio hace dos años ha sido suficiente. Prefiero que me continúe viendo como la Aurora resiliente, en lugar de una borracha.

—Él sabe que eres resiliente y valiente. Una noche de copas no cambia eso de ti, sin importar quién te mire. Ahora, no más alcohol. Mañana tienes que trabajar y vas a lamentarlo —había dicho Kitty riéndose—. Vamos a casa, señorita libertad.

Aurora había soltado una carcajada que luego se convirtió en un sollozo.

—¿Qué voy a hacer con toda esta mierda que me ha caído encima? —le había preguntado. Porque obvió decirle el tema del matrimonio. Solo le habló del dinero.

—Seguir siendo la misma mujer optimista de siempre —había replicado Kitty.

—Mi optimismo necesitaba una borrachera para espabilar…

—Mañana, querida amiga, tu optimismo regresará con toda la fuerza, y un dolor de cabeza —había replicado sonriendo. Ella estaba sobria e iba conducir.

—Carajo… —había susurrado Aurora.

Ella no supo en qué momento se despidió de sus compañeros, ni tampoco cómo subió las escaleras hasta su estudio. Lo único que sabía era que, después de haber vomitado y haberse duchado, su mejor amiga la ayudó a ponerse el pijama. El rostro de Kitty, siempre amable y comprensivo, fue lo último que vio antes de dormir.

Al despertarse, cuando sonó la alarma de la seis de la mañana, lo hizo con un gruñido de arrepentimiento por haber bebido tanto alcohol. Salió de la cama a regañadientes, mientras sentía la cabeza estallándole de dolor. No le gustaba tomar píldoras, pero halló otro remedio para calmar el martilleo constante. Cuando se vistió, lo hizo con un pantalón elegante de Dolce & Gabbana azul

marino y una blusa de seda color melocotón. Lucía profesional, elegante y seria. Como una mujer de negocios, porque, al fin y al cabo, iba a tratar asuntos transaccionales. A Aurora le gustaban las sorpresas bonitas y divertidas, pero no esta clase de noticias en las que su libertad estaría comprometida. Estaba tratando de mantener una actitud positiva.

No le temía a Dominic, porque ella no era igual a quienes podrían verlo como un referente de éxito u opulencia. Aurora había crecido en un entorno similar, así que no le llamaba la atención ni cuánto dinero poseía ni cuántas propiedades acumulaba. Ella confiaba en que dos adultos podían ser maduros y llegar a un punto medio.

Quería pensar que este sería el caso con Dominic. Ella tenía muchas preguntas, pero ninguna iba a obtener respuestas, sino tan solo hipótesis disparatadas. Por eso, y por todas las implicaciones, necesitaba ir a Langford Creations. Aunque su padre, tan arrogante como siempre, le había dicho que se presentara sin más, porque iban a atenderla sí o sí, Aurora llamó al teléfono que estaba en la web y pidió una cita.

—Buenos días, oficina de Dominic Langford, ¿en qué puedo ayudarla?

—Mmm, buenos días, soy Aurora Sterling. Me gustaría hablar con Domi… con el señor Langford. Entiendo que está esperando mi visita —comentó.

—Por supuesto —dijo la mujer en tono amable—. Mi nombre es Selma Jonas. Soy la asistente personal del señor Langford. El único espacio disponible para hablar con él es a las once de la mañana. Durante diez minutos. ¿Le parece bien?

Aurora no tenía voz ni voto, porque no sabía con exactitud qué era lo que estaba sobre el tablero de juego. Su fideicomiso, sí. Un contrato de matrimonio, sí. Pero ignoraba las condiciones implicadas. Esto último era lo que más la preocupaba.

—Sí, me parece excelente, gracias, Selma —replicó, consciente de que su padre, en esta tontería al menos, no le había mentido. Dominic sí estaba esperándola.

—Perfecto. Está registrada su vista —dijo la mujer cerrando la comunicación.

Aurora no creía que pudiera discutir todo lo que estaba de por medio, pero las personas que estaban necesitadas no podían ser exigentes. Ella llamó a Trisha para informarle que tardaría un poco en llegar al refugio, porque se le presentó un asunto personal impostergable. La directora le agradeció que llamara y le deseó suerte. Aurora no podía perder horas ni faltar a Cute Paws, menos con la conversación del día anterior sobre la situación del refugio. Lo que más se

necesitaban eran refuerzos.

Cuando llegó al edificio de Langford Creations, Aurora recibió la credencial de visitante y subió al piso once. No podía mentirse y pretender que la perspectiva de volver a ver a Dominic no la inquietaba, pero intentaría controlar sus teorías e hipótesis. También podía bloquear la sensación de rechazo que experimentó cuando él se marchó súbitamente aquella noche. No sabía qué esperar de ese hombre. Todo este escenario le parecía dantesco. Tomó una profunda respiración cuando se abrieron las puertas del elevador. El piso once era prístino, minimalista y también cálido.

Se acercó al escritorio que estaba cerca. El único en el largo pasillo.

—Buenos días, soy Aurora Sterling —dijo ella, a la mujer de ojos grises.

—Bienvenida, qué gusto conocerla —replicó Selma, mientras rodeaba el escritorio y tomaba el iPad—. En este instante voy a hablar con el señor Langford. Le anunciaré que usted ha llegado y que está esperándolo. Tome asiento, por favor.

—Gracias —murmuró, mientras se dirigía a una de las sillas azul oscuro.

Pasaron cinco minutos.

Pasaron quince minutos.

Pasaron veinte minutos.

Selma no regresaba. Aurora optó por fijarse en los vitrales que la rodeaban. Le permitían ver la ciudad bañada en su usual toque gris. Ella amaba Londres, porque contenía todos los matices del negro, pero cuando brillaba el sol se volvía soberbia. No podía ver la oficina de Dominic desde su ubicación, pero sabía que estaba al final del pasillo, porque esa fue la dirección que utilizó la asistente personal instantes atrás.

Aurora cruzó y descruzó las piernas. Hizo ejercicios de respiración.

Selma no regresaba. El reloj marcaba las once y media. En lugar de contemplar los alrededores, Aurora optó por levantarse y caminar hacia la biblioteca que estaba a pocos pasos. Recorrió las estanterías y leyó las inscripciones de los reconocimientos empresariales de LangTex y LangCosmetics. Después miró una fotografía de Dominic en una noche de gala recibiendo un premio en una ceremonia. No sonreía abiertamente, pero su expresión era de orgullo. «La hora inglesa, existía por un motivo: la puntualidad», pensó Aurora, al ver el reloj. Las once y cincuenta de la mañana. Enfadada por la descortesía, ella regresó al asiento. Agarró el móvil.

***Evan**: Hola, Rory. Sé que estás en un asunto personal, pero quería informarte que Orejitas tuvo una complicación. Estuvo tosiendo en la madrugada y esta mañana ha vomitado un par de veces. Le hemos hecho unas pruebas. Al parecer tiene una bacteria y estamos identificando cuál.*

Aurora se llevó la mano al pecho. Y tecleó con dedos temblorosos.

***Aurora:** ¿Qué? ¿Cómo? Siempre desinfectamos el área donde él está.*

***Evan:** Sí, pero sabes que las bacterias atacan en sitios con muchos animales. Solo quería decírtelo, porque sé que Orejitas es tu consentido. Lo vamos a sacar adelante. Estoy administrándole antitusivos, para la tos, y buscando el antibiótico correcto *emoticón músculo fuerte*.*

Aurora sintió que empezaba a sudar frío. Quería largarse de estas oficinas.

***Aurora:** Su condición del corazón es delicada, ¿puedes verificar que sea compatible el antibiótico? Lo siento, no quiero sugerir que no sabes lo que haces. Gracias por avisarme *emoticón lágrima*. Intentaré regresar lo antes posible. No dejes de darme actualizaciones de su estado.*

***Evan:** Claro, y no te disculpes. Sé que habrías querido atenderlo. Como no estás quise que sepas que está todo bien y él mejorará. Así, cuando vengas y en la recepción Roxane te notifique de este particular, tú no vas a quedarte en shock. Lo estamos cuidando y él ya sabe que estás en camino.*

***Aurora:** Dile que vamos a conseguirle un buen hogar y que llegaré pronto.*

***Evan:** Seguro que sí. Está siendo bien atendido *emoticón estrellita**

***Aurora:** Estaré al pendiente de cualquier actualización *emoticón ojitos llovidos**

***Evan:** *emoticón perrito* *emoticón corazón amarillo**

—Señorita Sterling —dijo Selma acercándose—. Me ausenté más de lo previsto, porque tuve que resolver temas urgentes. Lamento que haya esperado tanto.

Aurora elevó el rostro y guardó el móvil. Estaba consternada. No quería que nada le pasara a Orejitas. Así que iba a confiar en la capacidad médica de Evan. Aunque eso no impedía que quisiera pedirle a Selma postergar la fecha de la reunión. Sin embargo, no podía hacerlo, porque ese fideicomiso era para los animalitos.

—Entiendo que haya imprevistos —comentó en tono conciliador. Se puso de

pie y se alisó las arrugas invisibles del pantalón—. ¿Él me va a recibir ahora?

La mujer le dedicó una expresión de disculpa. Aurora se preocupó.

—Lo siento mucho, pero el señor Langford acaba de entrar a una conferencia internacional y no va a ser posible que se desocupe pronto —explicó la asistente.

Selma sintió simpatía por Aurora, pues, a diferencia de otras mujeres que solían venir a hablar con Dominic, esta no era pretenciosa ni altiva. La asistente no tenía idea de qué tema iba a discutir Aurora con su jefe, pero si él había instruido que le diera una cita cuando la mujer contactara a la oficina, entonces sería importante. Por eso, la mujer no comprendía que él la dejara esperando, pero no podía hacer nada.

—Selma, usted me comentó que él solo me daría diez minutos —expresó empezando a inquietarse—. Me esperan en mi trabajo. Soy veterinaria en un refugio de animales y estos dependen de que los ayude. Estamos en una situación complicada y no puedo ausentarme demasiado tiempo. ¿Puede insistir, por favor? —preguntó.

La rubia se sintió mal al no poder ayudarla. Estaba fuera de su alcance.

—Cuando él entra en conferencias internacionales es prácticamente un crimen interrumpirlo —dijo—. ¿Le puedo buscar otra cita mañana o en la semana?

Aurora hizo una negación suave, decepcionada.

—Es importante que hable con él, Selma —replicó tomando una inhalación.

—Le avisaré apenas concluya. ¿Le parece bien? —ofreció con amabilidad—. De verdad, me gustaría poder abogar por usted, pero él está en la sala de conferencias.

—Imagino que no tardará más de una hora adicional. Usted, ¿qué cree?

—Nunca me atrevo a decir tiempos. Pueden ser cuarenta minutos o más o menos. Son asuntos complejos los que están tratándose. ¿Seguro no quiere beber nada? —preguntó con una expresión de disculpas—. Hay una cafetería en el piso tres.

—No, estoy bien así, gracias. —murmuró—. Esperaré, Selma.

—Estaré en el escritorio por si algo se le ofrece, señorita Sterling.

Aurora volvió a sentarse.

El silencio era roto solo por el tecleo de Selma o cuando sonaba el teléfono. No la sorprendería que este piso fuese solo del CEO. O, quizá, sí había otras oficinas, pero estaban estratégicamente distantes en este espacio. El reloj marcó las doce y media. «¿Por qué carajos Dominic no la atendía?», se preguntó. Le

envió un mensaje a Evan y este le comentó que Orejitas se encontraba estable. Pero Aurora no se sintió del todo convencida, porque él se había tardado en responder. Eso no ocurría nunca. Sin embargo, en estos momentos no era dueña de su tiempo y no podía marcharse.

Cuando dieron las dos de la tarde, Selma se acercó y le ofreció que bajara a comer a la cafetería. Le comentó que Dominic había salido a un almuerzo ejecutivo y que él no le informó sobre una hora de retorno. Eso, en lugar de calmar a Aurora, acicateó su estado de ánimo. La buena disposición que la caracterizaba empezó a transformarse en enfado. Un enfado cuya intensidad iba en aumento. Ella no podía quedarse lánguida, esperando a que ese idiota se dignara a atenderla. Así que aceptó ir a la cafetería y pidió algo ligero. Después regresó al piso once y se sentó de nuevo.

Evan: *Le acabamos de poner oxígeno, Rory. Tuvo una ligera complicación por lo de su válvula mitral y la bacteria le alteró el sistema respiratorio. La bacteria es Bordetella bronchiseptica. Está respondiendo bien al medicamento. Lo mantendré en observación. Es joven. Saldrá bien.*

Aurora sintió los ojos llenársele de lágrimas.

Aurora: *Oh, Evan. Me siento fatal. Esta mañana era mi turno de estar ahí.*

Evan: *Lo sé, pero todo está controlado. Cuando vengas, Orejitas se alegrará mucho.*

Aurora: **Emoticón lagrimones* Iré lo antes posible.*

Se levantó y fue hasta el escritorio. La expresión de Selma era de disculpa, nuevamente, dándole a entender que no sabía la hora en que llegaría su jefe.

—Por favor, ¿podría decirle que estoy esperando? Son las cuatro de la tarde —dijo sin disimular el tono de angustia—. Tengo un paciente que necesito ver.

Selma hizo un asentimiento y escribió un mensaje en el móvil. Esperó un par de minutos. Por la expresión que tuvo cuando elevó el rostro, Aurora entendió que no obtendría una respuesta positiva. Dejó caer los hombros e hizo una mueca.

—Me ha comentado que sigue ocupado. No es un hombre de muchas palabras —comentó. No podía decirle a Aurora que Dominic pretendía que ella lo siguiera esperando, hasta que a él se le diera la gana de regresar—. Por lo general —dijo en defensa de su jefe, aunque no se la merecía—, él es muy rápido para negociar. Creo que es una de sus habilidades —sonrió—. De verdad,

le puedo buscar una cita mañana a primera hora, así no tiene que continuar esperando. Me apena esta tardanza.

Aurora apretó los labios. No podía irse. «Ese hombre va a atenderme hoy».

—Me contraría más a mí, Selma —replicó—. Hay temas urgentes que tengo que resolver y esperan por mí. Sin embargo, su jefe es un mal educado y un desconsiderado. Simplemente, le pudo decir que no tenía intención de verme.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo la mujer.

—¿Me puede decir cuál es la oficina de Dominic? Así, cuando regrese, no tendrá oportunidad de pasar por este pasillo —señaló el sitio en el que se encontraba—, e ignorar mi presencia. No tendrá más remedio que escucharme.

Selma la miró con duda. Esto se salía del protocolo.

—Él utiliza un elevador privado. Por eso no lo vio salir —dijo con suavidad.

—Con más razón, ¿por favor, podría permitirme esperar en su oficina? —preguntó. Ahora sabía en dónde estaba, pues solo tendría que seguir el camino que la había visto recorrer a Selma horas atrás—. Así tendrá que atenderme sí o sí, hoy.

—Lo siento, no puedo —murmuró apenada—. Me crearía problemas.

Aurora no dijo nada más y regresó al asiento. En lugar de ocupar su tiempo quejándose, lo hizo buscando toda la información relacionada a los organizadores de la Gala Thames. Su padre le había enviado, horas atrás, la copia del correo electrónico en el que Amanda Rochester, la coordinadora del evento, aceptaba recibirla para dialogar. También aceptó incluirla en la lista de asistentes e iba a enviarle la invitación oficial en los próximos días. «Una buena noticia es una buena noticia», pensó Aurora.

Abrió la aplicación de notas del teléfono y empezó a escribir los puntos importantes que hablaría de la mujer. Cómo le expondría la importancia de agregar Cute Paws, Bella Bell y Grunchy Love, las tres organizaciones que eran queridas para Aurora, entre los beneficiados de una parte de los fondos que se recaudaran esa noche.

Después volvió a consultar con Evan sobre Orejitas. Él le dijo que se quedaría en observación, pero que ya estaba sin oxígeno y estable. Además, le informó que Hannah tenía nuevamente el turno de la noche y que estaba al corriente de las instrucciones sobre el perrito. Al leer este último mensaje, Aurora se dio cuenta de que eran casi la siete de la noche. Que hubiera ocupado su mente, en algo productivo, no implicaba que estuviese menos enfadada. Estaba agotada.

¡Ocho horas de espera!

Cuando elevó la mirada, Selma no estaba alrededor.

Decidió aprovechar la ausencia de la mujer para tomar la situación en sus manos. No iba a quedarse esperando más tiempo. Cuando Selma regresara al escritorio de seguro pensaría que ella se había marchado. Aurora agarró sus pertenencias, después caminó con determinación sobre la alfombra, hasta que llegó al final del pasillo. La única oficina del área tenía la puerta abierta y el interior estaba a oscuras. Apenas ella puso un pie dentro, las luces se encendieron. La estancia era muy ordenada y en el aire quedaban notas suspendidas del perfume que, ahora al percibirlo, recordaba bien. El aroma leve y masculino la rodeó provocándole un inesperado cosquilleo. Ella lo atribuyó al enfado, pues cualquier otra posibilidad no sería admitida.

La oficina tenía un gran escritorio que mezclaba vidrio con madera, un estilo y diseño sofisticado. Costoso. En la superficie había cuatro bolígrafos ubicados a una distancia similar entre sí. También había post-it en dos tonos. Ninguno de los blocks de notas estaba más adelante que otro. Parecían ordenados por grosor y color. Los libros de diferentes temas, asociados a negocios, estaban organizados por orden de colores en la bella estantería de color negro. El entorno era sobrio, para los asuntos propios de una oficina, pero consideró que necesitaba una vibra alegre: colores.

Aurora no encontró fotografías personales de Dominic. El hombre la intrigaba, pero, en estos instantes estaba cabreada. No iba a demostrárselo cuando lo viera, aunque sí dejaría claro que esta clase de comportamientos no serían tolerados.

Decidió que iba a esperarlo. ¿Qué otra opción quedaba?

Ella justificaría la guardia en Cute Paws o iría, aunque fuese a medianoche, a ver cómo seguía Orejitas. La última actualización fue de Hannah. Su compañera le comentó que él estaba con buen pronóstico. Eso alivió mucho a Aurora, aunque igual quería monitorearlo personalmente. Se sentó en el cómodo sofá negro de la oficina.

Soltó una exhalación. Le dolía el cuerpo y también sentía un gran peso en su mente, porque esta no dejaba de elucubrar posibilidades o teorías. También le dolían los pies, pues para su trabajo regular ella solo requería zapatos tenis, en lugar de tacones, como los que llevaba puestos desde la mañana. Además, ya tenía un poco de hambre. Quería acostarse en su cama y pensar que todo lo ocurrido era una pesadilla. Quería pensar que, cuando se despertara, solo iba a

reírse, porque fue un mal sueño.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Su intención no fue quedarse dormida, pero eso fue precisamente lo que, al parecer, había sucedido. Al parpadear, un par de gemas verdes muy intensas la estaban observando desde el sillón que estaba frente al de ella. Aurora se acomodó al instante.

—Diría que es un gusto conocerte, pero hemos pasado la etapa de las formalidades, según noto y también según recuerdo —dijo en tono sarcástico.

CAPÍTULO 6

Aurora se irguió en el asiento. No lo había escuchado entrar, pero no creía haberse dormido demasiado tiempo. Lo comprobó con el reloj de muñeca: diez minutos pasadas las siete de la noche. Él estaba de pie con las manos en los bolsillos y el maldito traje que llevaba parecía no haber pasado ni un solo instante fuera de la tintorería. Dominic Langford lucía impecable y exquisitamente masculino. Ella iba a responder el comentario estúpido que él acababa de hacerle, pero con el rabillo del ojo notó que no estaban solos en la oficina. Una mujer muy atractiva, vestida con estilo, sonreía con curiosidad y estaba mirándolos desde el umbral de la puerta.

Aurora se puso de pie, porque no podía continuar en esa posición y expresarse sin sentir que estaba en desventaja táctica. Dominic, en lugar de apartarse para darle espacio, permaneció inamovible. La distancia que los separaba se tornó escasa. Pero ninguno cedió el paso. Ella elevó el mentón con determinación. Procuró anular todas las sensaciones que podrían hacer que perdiera el control, aunque no era tan fácil.

—Buenas noches, Dominic —dijo Aurora con seriedad y un toque irónico. No miró más a la mujer. El asunto no era con ella—. He esperado ocho horas para ser atendida. *Ocho* —repitió con énfasis—. La reunión que aceptaste tener conmigo, a través de Selma, estuvo prevista durante diez minutos, a las once de la mañana.

Él enarcó una ceja. Recordaba el tacto de la carne de esta mujer. Pero, al verla bajo la luz y completamente vestida, la impresión fue impactante de un modo distinto. Le concedía que tenía agallas, porque otra persona jamás habría osado hablarle a él de ese modo. No obstante, se obligó a mantener una expresión indiferente. Sonrió.

—Quizá podría contratarte para que asistas a Selma, porque, al parecer se te da muy bien este tema de los horarios y demás. Pero, esa espera que mencionas, ¿te otorga derecho a invadir la propiedad privada? —dijo sarcástico e imperturbable.

—Desde el instante en el que me faltaste el respeto, al dejarme plantada, me diste el derecho a tomar decisiones distintas —replicó—. Tu asistente fue muy gentil y trató de cubrir de la mejor manera posible que eres un grosero. Mi

tiempo es valioso y hay vidas que dependen de mi asistencia —dijo pensando Cute Paws—. Sin embargo, también tengo asuntos por resolver contigo, pero has preferido ignorarme.

Él la miró a los ojos y ella no apartó la mirada.

—Aurora —replicó él pronunciando el nombre en un tono profundo y sedoso. Burlón—. No tengo preferencias, ni por ti ni por tus asuntos. Francine y yo tenemos previsto un asunto laboral, pero tu presencia está retrasándolo —comentó.

Ella quiso tener la fuerza de Hulk para lanzarle el sillón por la cabeza.

—Ah, qué mala suerte tienes —replicó con una calma que no sentía. Estaba cansada, fastidiada y con hambre. Pero, aparte de todo eso, estaba muy, pero muy cabreada. Miró a la tal Francine—: Hola, estoy aquí desde las once de la mañana, ¿es posible que me dejes hablar primero? —preguntó Aurora, sonriendo, muy consciente de lo cerca que seguía de Dominic y esa inesperada corriente que parecía tirar de ella.

La rubia frunció el ceño, porque la otra mujer estaba confundida. Antes de subir, el CEO cambió de opinión sobre la reunión y le dijo que prefería que se llevara los planos a casa. Él argumentó que eso sería más eficiente que quedarse media hora en la oficina, antes de que pudieran definir las posibilidades del penthouse, mientras Francine tenía que familiarizarse con los archivos. A ella le pareció una buena idea.

—Creo que hay un malentendido —dijo Francine mirando primero a Aurora y después a Dominic. Él tenía una expresión ilegible—. Solo he venido a…

—Ven conmigo —zanjó él mirando a la restauradora. Ella sabía quién era el que generaba el mayor rubro de ingresos en su empresa, así que se apartó del umbral y lo siguió hasta el escritorio. Dominic abrió el cajón superior y le entregó los planos —. Mañana a las tres de la tarde quiero resultados. La consigna es que sea más amplio y luminoso. Necesito que agregues la posibilidad de una zona de sauna interior. Si existen más detalles que creas que se pueden incorporar, lo discutiremos —dijo.

La mujer tomó los papeles e hizo un asentimiento.

—Claro, hasta mañana —sonrió Francine abandonando la estancia.

Aurora se quedó de pie, abochornada por el desaire, y con unas irascibles ganas de echarse a llorar. No porque esto la conmoviera o le importara, sino porque había soportado demasiado en tan poco tiempo. Había escuchado el

breve y rápido intercambio, notando cómo Dominic pretendía que ella no existía en absoluto. Aurora uso esos minutos para monitorear con Hannah el estado de Orejitas. El perrito se encontraba estable. «Al menos es una buena noticia», se dijo con una larga inhalación.

Cuando quedaron a solas, Aurora miró a Dominic cruzada de brazos.

—¿Vas a disculparte por lo que acabas de hacer o tus modales de asno te lo impiden? —preguntó. Él se reclinó hacia atrás y envió a imprimir un documento. Luego se incorporó y se acercó dándole los papeles—. ¿Eres mudo y majadero?

Él sonrió de medio lado y le agarró el mentón entre los dedos. Ella contuvo la respiración, porque ese toque, tal como aquella noche, volvió a quemar su piel. Aurora apoyó la mano en la de Dominic y se la apartó con firmeza. Él ladeó la cabeza y observó los labios llenos, rosados, que parecían pedir a gritos que los mordisquearan.

—Queremos muchas cosas en la vida y eso no significa que tengamos el derecho a obtenerlas, ¿no te parece? —preguntó agitando los papeles con la mano libre, después le soltó el mentón, y dejó las hojas sobre una mesa de vidrio —. Léelos.

—No soy un animal amaestrado, insufrible arrogante, así que vas a escuchar lo que voy a decir. Te guste o no —replicó controlando el tono de voz—. No solo ha sido una grosería dejarme esperando, como si solo tu tiempo fuera importante. ¡Novedad del día: no lo es! —exclamó con sarcasmo—. Luego, a pesar de saber que yo estaba esperando aquí, porque estoy segura de que Selma tuvo que informártelo, trajiste a otra persona para reunirte con ella. En mis narices y sin la mínima consideración.

Él soltó una carcajada sin humor. El sonido pareció agitar las partículas de energía del ambiente y ella sintió que se le erizaba la piel. Su respiración se agitó.

—Que escuche, no implica que me interese —dijo con indiferencia—. Mi agenda de trabajo será siempre una prioridad. Además, si no me equivoco, la razón por la que estás aquí tiene que ver con la carrera política de tu padre. Entiendo, según mi conversación con él, que no solo está en la quiebra, sino que robó tu dinero.

El recuerdo de la traición de Bruce fue como echar alcohol en una herida abierta. Lo que ocurriera con la campaña política de él, a ella no le importaba.

—La única razón de mi presencia es porque así se lo exigiste a mi padre. Aun así, yo no recibo órdenes de nadie y jamás hubiera accedido a venir si mi

fideicomiso no hubiese sido desmantelado y trasladado a manos de un extraño: tú —replicó airada, mirándolo—. Si hubiera dependido de mí, me habría sentido feliz de no volver a verte.

Dominic acortó más la distancia. Le pareció interesante ver cómo las emociones cruzaban el rostro de la mujer: enfado, interés, frustración, desafío, hartazgo y fastidio. Ella era un abanico abierto que permitía ver con claridad lo que le pasaba por la mente. No existía nada fingido. Ese detalle, en su mundo de constantes maquinaciones, resultaba una novedad. Dominic no evitó preguntarse si en el sexo, la efusividad de Aurora sería igual. Pero en este momento había otros asuntos a tratar.

—Las oportunidades de negocios suelen surgir en los momentos más inesperados. Hay que aprovecharlas —comentó—. Por cierto, me parece una excelente novedad que esta vez, al entrar en una oficina, no hayas decidido desnudarte.

Aurora no se pudo contener y los reflejos de Dominic no fueron tan rápidos en esta ocasión. Ella elevó el brazo y le cruzó la cara de una bofetada que resonó en el silencio de la noche. Él no se llevó la mano a la mejilla. Claro que no. Su reacción instintiva fue diferente. Giró a Aurora rápidamente y la apoyó contra la estantería.

Ella soltó el aire al sentir el cuerpo masculino por completo pegado a su espalda. Algo muy concreto, duro y firme, presionaba contra su anatomía. Las manos de Dominic estaban sobre las suyas, sosteniéndolas firmes sobre el borde la estantería. Ella se preguntaba si él podría escuchar el sonido de su corazón tamborileando.

El aroma de la costosa colonia entremezclada con ese toque único de Dominic, la envolvió. Él bajó la cabeza y le mordió el lóbulo de la oreja. Aurora apretó con fuerza los labios para no emitir ningún sonido. Estaba rodeada de una sólida pared de músculos. Sabía que había agitado a una pantera salvaje y ahora ella era su presa.

—Aurora —le dijo al oído—, ¿sabes que toda acción tiene un castigo como consecuencia? —preguntó aspirando el perfume sutil de rosas con manzanas.

Dominic no podía aplacar la fuerza de su erección, dura y necesitada de explorar el coño que de seguro estaría húmedo, pero se obligó a permanecer quieto. Cuando ella se movió ligeramente para tratar de acomodarse, creando fricción contra su miembro, él sujetó con más fuerza las manos femeninas. Como si, al hacerlo, pudiera detener la pulsación de su pene en el injusto

confinamiento de la ropa.

—No… No estoy a favor de la violencia —dijo ella. Quería arrancarle los ojos por imbécil y por lanzarla a un espiral de emociones a la vez que le costaba asimilar, así como enumerar—. Soy una persona pacífica y no me interesan los castigos…

Aurora de repente sintió un sudor frío que le recorrió el cuerpo. El ramalazo de pánico inesperado la hizo temblar. Ella creyó que esta horrible sensación ya era un asunto del pasado. Sintió que empezaba a quedarse sin oxígeno. Aunque su cabeza supiera que Dominic no iba a lastimarla físicamente, su cuerpo acababa de entrar en piloto automático; modo crisis. Un *flashback* llevó a su memoria física y emocional a la ocasión en la que Scott la había agarrado de los brazos, violentamente, insultándola y gritándole. La había golpeado para luego apoyarla contra un espejo. No dejó que se apartara, sino que empezó a aporrearle la cabeza, hasta que el vidrio se hizo añicos. Fue un milagro que ella no hubiera sufrido graves daños en su cuerpo ni cicatrices.

—¿Pero sí a favor de infringir actos violentos? —preguntó Dominic en tono acerado e ignorando lo que estaba viviendo Aurora—. Habitúate a escuchar la verdad.

—Existe… —tragó saliva—. Existe una diferencia entre decir la verdad —se pasó la lengua sobre los labios, el corazón le iba a mil y no era excitación, sino su intento de aplacar el ataque de pánico—, y ser… Y ser un majadero impertinente…

—¿Es eso lo que soy? —preguntó. La mujer parecía no tener inclinación a callar lo que pensaba. Dominic le separó las piernas con la rodilla—. Responde.

Ella empezó a temblar. Los ataques de pánico no le habían ocurrido en más de un año. El alto nivel de estrés de las últimas horas, sumado a este gesto súbito de Dominic, probablemente detonaron los traumas de su inconsciente de este modo. Intentó obligarse a entender que no estaba con Scott y que esta era una realidad diferente. Sin embargo, su cuerpo continuaba reacio a entender, así como su sistema nervioso. Necesitaba sentarse o iba a desmayarse. «Dios, ¿por qué hoy?», pensó.

—Por favor… —dijo en un hilillo de voz—. Hablaremos otro día, ¿vale? —susurró. Odiaba sentirse vulnerable. Su cerebro estaba en modo cortocircuito entre pensamientos lógicos y otros irracionales—. Dominic, no me lastimes…

Eso bastó para que él se apartara por completo. La giró para mirarla. Se quedó confuso al ver la expresión de terror en Aurora, así como también las lágrimas a

punto de derramarse. Dominic se pasó los dedos entre los cabellos y frunció el ceño.

—Jamás utilizaría mi fuerza para maltratar a una mujer —dijo meneando la cabeza, al verla temblar ligeramente y notar que algo estaba fuera de sintonía. Alguien había puesto las manos sobre esta mujer y no para darle placer—. ¿Fue Bruce el causante? —preguntó sin necesidad de hacer demasiadas preguntas. No hacían falta.

Aurora lo miró con ojos llovidos e hizo una negación.

—Prefiero dejar esto de lado… —dijo apartándose.

Ella empezó a tomar bocanadas de aire, consciente de que Dominic la observaba. Se acercó a la esquina en la que estaba la mesa de bar y se sirvió dos dedos de whiskey, sin preguntar o pedir permiso. El líquido le quemó la garganta. Tosió un par de veces. No debería beber, después de la cruda de esta mañana, pero su psicóloga le había dicho que solo una sensación fuerte aplacaba y distraía la mente. Y era cierto.

Dominic le quitó el vaso sin mediar palabra y lo dejó, en alineación perfecta, junto al otro vaso. Después, como si Aurora no tuviera más que el peso de una pluma, la tomó de la cintura y la sentó en el sofá con rapidez. Fue un gesto impropio de su forma de actuar habitual, pero esta situación estaba fuera de los parámetros regulares. No perdió detalle de las reacciones de la mujer que, en ese momento, no lo miraba.

—Dame una respuesta, Aurora —expresó en tono neutral—. ¿Fue Bruce?

Durante varios segundos no hubo palabras entre ambos. Él dejó que la mujer se calmara. La vio hacer ejercicios de respiración y poco a poco tranquilizarse.

—No, no fue mi padre —dijo ella al cabo de un momento, mirándose las manos. No iba a dejar que este episodio súbito definiera la razón de esta visita.

—La puerta está abierta si quieres irte, Aurora. Hablaremos otro día —concedió, porque no estaba despojado de su humanidad. Solo no le gustaba el drama. Pero, resultaba lógico que este episodio no era tal cosa—. Vete a descansar.

Ella elevó la mirada y vio la marca de sus dedos en la mejilla. Se sonrojó.

—Ya estoy mejor. Fue un episodio… Fue algo inesperado —dijo extendiendo la mano y tocándole el sitio en el que estaba ligeramente rojizo. Los ojos de Dominic relampaguearon volviéndose fríos de repente, porque él evitaba esta clase de contacto de cualquier mujer. Al darse cuenta, Aurora bajó la mano de

inmediato y meneó la cabeza—. No fue mi intención golpearte. Hemos empezado con mal pie, Dominic.

Él quería saber quién había lastimado a Aurora, pero era mejor no involucrarse. Si ella quería pasar la página, Dominic no iba a hacer más preguntas. A menos que la situación fuese reciente y se convirtiera en un problema. Si bien la idea de casarse era tan apetecible como cercenarse un dedo, la mujer que llevara su anillo, durante el tiempo que durara el acuerdo, tendría su protección y la de su apellido.

—¿Te causé daño? —preguntó frunciendo el ceño. Para comprobarlo le tomó las muñecas, mirándolas, para saber si habría sido su agarre muy fuerte—. Si fue así no tengo justificación para lo que he provocado. Lastimarte no está en mis planes.

Ella elevó la mirada y el impacto de esa colisión fue innegable. Apartó las manos e hizo una negación. Dominic ladeó la cabeza esperando una explicación que no fuese un gesto, sino palabras. Había situaciones que ameritaban ser verbalizadas.

—No, no lo hiciste —dijo Aurora—. Fue una acumulación de factores. La situación es parte de mi pasado y el responsable recibió su merecido. No voy a marcharme de aquí, hasta que hayamos hablado de mi fideicomiso y ese contrato.

Dominic prefería este terreno que el anterior. Asintió brevemente. Ninguno de los dos había pedido disculpas por las acciones. Ni él por la espera innecesaria a la que la sometió, ni ella por la bofetada con la que calló la insolencia. Estaban iguales. Aurora no consideraba disculparse el haberle dicho que no tuvo intención de golpearlo. Así que, en términos estrictos, no hubo disculpas apropiadas y directas.

—El contrato por el que estás aquí no solo es de mutuo beneficio, sino confidencial. No podrás discutirlo con terceros —dijo en tono serio, el que solía utilizar para los negocios—. Si tienes pareja, entonces hallarás el modo de cortar…

—¿Crees que después de lo ocurrido en el estudio de mi padre contigo, yo habría tenido la conciencia de seguir con mi novio? —interrumpió con resentimiento.

—No te conozco para hacer juicios de valor sobre tu moral o falta de ella, Aurora —dijo ocultando muy bien la inexplicable satisfacción de la noticia—. Aclarados estos detalles, por favor, lee los documentos —señaló los papeles que

estaban sobre la mesa—. Hay aspectos no negociables, el resto, los hablaremos.

—¿Por qué le pediste a mi padre ser el fiduciario de mi dinero? —preguntó.

—Un asunto de control —replicó Dominic con simpleza—. Piezas de ajedrez.

Ella meneó la cabeza. Prefería su vida sencilla en la clínica veterinaria.

—Sospecho que no eres la clase de hombre que cumple sus promesas —replicó ella agarrando los papeles. «El contrato matrimonial». Aurora hizo una mueca.

—Si no quieres que haga juicios de valor anticipados sobre ti, entonces lo mejor será que seas recíproca al respecto —dijo Dominic apoyando el brazo sobre el respaldo del sofá—. Entre más rápido leas el archivo, más rápido zanjaremos el tema.

—Supongo… —murmuró y empezó a leer la primera de las cinco páginas.

La cercanía de Dominic era una distracción. El silencio de la estancia hacía todo más potente: su aroma, su fuerza y la manera invisible en que la energía masculina ocupaba el espacio completo. A medida que pasaba de una cláusula a otra, a ratos elevaba el rostro para mirarlo con incredulidad, pero él permanecía impasible. Cuando llegó a la última línea dejó con suavidad los papeles, sobre la mesilla, a un costado.

Ella había soñado con casarse, pero no a esta edad y, ciertamente, no en circunstancias como las que estaba viviendo. Tampoco se consideraba una mujer romántica al extremo de ser cursi, pero disfrutaba de los gestos bonitos y los detalles. Sabía que podía negarse a todo lo que acababa de leer, pero la balanza terminaría de descompensarse para ella. Aurora siempre tuvo la ilusión de que, cuando eligiera a un hombre para casarse, habría sido por convicción de un proyecto de vida juntos. Su matrimonio habría sido cálido, íntimo y lleno de algo que jamás tendría ahora: amor.

—Parece que hubiera leído un ensayo clínico de cómo formar una familia o las instrucciones de un juego —dijo mirando a Dominic—. No soy una marioneta.

—No he dicho que lo seas, pero si te consideras de ese modo, no voy a contradecirte —replicó con despreocupación. Aurora puso los ojos en blanco—. Este es un acuerdo de beneficios empresariales. Mi interés es afianzar mi posición como CEO de la compañía y para eso mis abogados redactaron ese acuerdo. ¿Preguntas?

Ella soltó una carcajada que no se detuvo e incluso se le salieron las lágrimas.

Al cabo de un rato, las limpió, pero mantuvo una sonrisa en el rostro. Lo más probable era que ya estuviera lista para ingresar a un manicomio. Se incorporó del asiento. Lentamente, Dominic hizo lo mismo. Se miraron, como si estuvieran midiéndose sobre qué podría estar cruzando por la cabeza del otro. Aurora se cruzó de brazos.

—Voy a decirte todo lo que pienso de esas cláusulas, Dominic —espetó.

—Al parecer, tu fascinación por dar opiniones va en aumento.

—Así como tu capacidad de observación de lo obvio —dijo encogiéndose de hombros. Él contuvo una sonrisa—. Las cláusulas de mi fideicomiso asumo que ya las conoces. Me quedan cuatrocientas mil libras esterlinas en este caso, después del desfalco que provocó mi padre al robarme. Quiero que se me entregue ese dinero, pero como un préstamo. —Él la miró con arrogancia, como si supiera algo que ella ignoraba. Aurora no le prestó atención—. Te lo devolveré, por supuesto, el próximo año al cumplir veinticinco. Te firmaré un pagaré o lo que haga falta —comentó considerando que esta era una estupenda salida a la situación—. ¿Qué te parece? —preguntó sonriendo—. Le puedes proponer tener hijos y casarse a otra mujer.

Dominic soltó una carcajada densa, profunda y sexy.

Ella frunció el ceño y borró la sonrisa. También se apagó su esperanza.

—La respuesta es simple: no. Este no es un contrato diseñado para ofenderte, Aurora, porque no contemplo sentimientos en los asuntos empresariales. Este acuerdo, al igual que tantos que redacto, forma parte de ese grupo —replicó con franqueza—. Otra mujer no funcionaría en mi plan, aunque en un inicio llegué a considerar entrevistar a varias personas para este acuerdo. —Ella abrió los ojos de par en par, pero luego meneó la cabeza—. Tú, eres la hija de un hombre con acceso a un círculo social que abrirá otras puertas para mis intereses —dijo sin especificar el más importante que era su pasado y saber qué rayos sabría Sterling —. Fuiste criada en un entorno en el que aprendiste a lidiar con el público. Trabajas con animales, así que posees sensibilidad, y eso generará simpatía en los hijos de puta que boicotean, sin sentido ni verdad, mis gestiones. ¿He sido claro en mi punto? —preguntó.

Ella marcó distancia y empezó a caminar de un lado a otro. La idea de agarrar nuevamente ese decantador de whiskey le pareció genial, pero terminó desistiendo. Cuando su mente pareció calmarse un poco, se detuvo de nuevo frente a él.

—Dominic, no soy una máquina reproductora. Ese contrato es ridículo —dijo

meneando la cabeza—. El asunto de los eventos me causa repulsión, aunque pueda fingir lo opuesto. ¿Cómo puedes negociar tu vida y la de otra persona tan cínicamente?

—La línea hereditaria de los Langford funciona dejando en herencia esta gran empresa de un primogénito a otro —dijo enfadado, al recordar la conversación con Owen—. Quiero un hijo o hija que asegure la continuidad de esa delimitación que consta en el estatuto de Langford Creations. Así evitaré que mi padre divida la compañía en dos grupos y contrate un CEO adicional. Ese es el motivo principal de mi propuesta. La segunda razón, te la acabé de mencionar. No me gusta repetirme —dijo. Que Aurora fuese hermosa garantizaba una buena genética de su descendencia.

Ella se apretó el puente de la nariz y farfulló un improperio. El silencio era ruidoso al ser los únicos que quedaban en el piso. Londres estaba lluviosa. Aurora caminó hasta la ventana, pero solo veía el reflejo de la estancia en el vidrio y unas cuantas luces de la ciudad, entre la lluvia. Regresó con lentitud y se plantó frente a él.

—No soy un robot, como al parecer lo eres tú. Tengo sentimientos y recibir dinero por tener un hijo es tan insensible como burdo —dijo con voz entrecortada.

—No es asunto emocional, Aurora. Lo hago por Langford Creations y mi legado —replicó él con simpleza—. No estoy interesado en formar vínculos con la madre de mis hijos. Salvo por ciertas actividades sociales, cada cual continuará haciendo su vida normalmente —dijo como si recitara el equivalente de PI—. Todo acabaría en dos años, así que es preferible que las reglas estén claras desde el inicio.

Aurora no entendía a este hombre tan ridículo y contradictorio envuelto en un paquete enviado al mundo por Adonis y que, según leyó, poseía un coeficiente intelectual superior a la media. Se preguntaba si era a la media del grupo de idiotas.

—Ya que mencionas que cada cual hará su vida, y no tienes interés en generar vínculos con la madre de tu hijo, entonces quiero que ese bebé se conciba a través de inseminación artificial —dijo con las manos en las caderas y elevando el mentón—. Si tú no quieres tener nada que ver con mi existencia, yo tampoco quiero tu cercanía.

Dominic soltó una carcajada. La posibilidad de tocar a una mujer más de una ocasión, más allá de la intención de desahogo o control de su parte, no le

agradaba. Lo que Aurora proponía debió parecerle una estupenda idea. Pero que fuese ella quien lo hubiese expuesto fue como recibir un poco de su propia medicina. Por supuesto, no le agradó en absoluto. Algo en él se rebeló, ante la posibilidad de no poder tocarla o que ella lo rechazara abiertamente. Le daría una lección. La haría gritar y rogar para alcanzar un clímax que solo él iba a darle. Porque esa boca solo gemiría su nombre.

—¿No quieres mi cercanía? —preguntó con arrogante soberbia—. Te podría desnudar en este momento y penetrar tu carne, Aurora. Cuando termine contigo estarías tan dolorida que, cada vez que camines, recordarías quién ensanchó las paredes de tu sexo, mientras gritabas en placer —dijo mirándola de arriba abajo —. ¿Sabes qué sería lo más interesante de comprobar? —preguntó retóricamente.

Aurora sentía como si él hubiera hecho esas palabras realidad.

—Supongo que vas a ilustrarme ante tan erudito comentario, ¿verdad? —dijo, muy satisfecha de que su voz no hubiera temblado y de que no hubiese sucumbido a las ganas de apretar los muslos. «Esto es lo que hace la falta de sexo», pensó irritada.

—Comprobaré que eres una mentirosa y que mi cercanía te excita más de lo que quisieras admitir. Que no solo me dejarías tocarte, sino que estarías tan mojada y resbaladiza que pedirías entre jadeos que me deslice en ti —expresó con suficiencia.

Ella esperaba que el sujetador impidiera que él notara sus pezones erectos.

—Qué arrogante y absurdo eres, Dominic. Inseminación artificial o nada.

—Mi hijo no será un experimento manipulado en un laboratorio cuando hay dos personas perfectamente saludables para concebirlo —replicó él mirándola—. Parte del contrato, como acabas de leer, implica que ambos nos realicemos pruebas para reafirmar que estamos sanos y no perjudicamos al otro de ninguna manera.

—¿Un contrato? Ese es un ensayo clínico —farfulló—. En todo caso, no tengo interés en acostarme contigo. Sería el equivalente a tocar un cactus. No, gracias.

Él sonrió de medio lado.

—Entonces debe gustarte el sexo de alto riesgo, porque la única vez que froté tus pliegues gemiste entre mis brazos —dijo Dominic. Ella apretó los puños a los costados—. Un detalle importante que debes saber sobre mí, Aurora —comentó

en tono sedoso y notó cómo ella se sonrojaba—, es que me tomo muy en serio los retos. Acabas de lanzar uno muy interesante y, por supuesto, lo acepto —concluyó y miró el reloj de pared. Los voluntarios de Doctor Móvil lo habían invitado a una comida comunitaria. Él tenía poco tiempo para regresar a casa, ducharse y cambiarse.

—No fue un reto y no es de tu incumbencia cómo me guste llevar mi vida íntima o personal —siseó—. Además, ¿a qué te refieres con que cada uno puede llevar una vida como si nada hubiera ocurrido, después de casarse? —preguntó —. Porque si implica que podría tener amantes, para ignorar tu presencia, no me parece nada…

Dominic acortó la distancia y le sujetó el rostro con una mano. Suave y firme.

—Implica que vas a llevar una vida monógama, antes y después de que concibas. El día en el que se seque la tinta del divorcio, lo que hagas me dará igual —replicó—. Pero, mientras lleves mi apellido, el único que va a follarte soy yo.

Ella tembló ligeramente. Esta vez no había *flashback*. No existía miedo.

—Esa parte del contrato no está estipulado por ninguna parte —replicó con determinación—. Si acaso estuviera escrito, Dominic, ¿sería en doble vía?

Él detestaba la posición en la que Owen lo había dejado con ese jodido asunto de la descendencia. Jamás había negociado algo como eso con nadie. Su respuesta inmediata hubiera sido decirle que no, que él follaría con quien quisiera. Pero, a medida que hablaba con esta mujer, notaba el desafío detrás de su aparente rostro angelical en cuerpo de diablesa. Podía tener autocontrol. Con ella y cualquiera.

—Lo sería y me encargaré de que mis abogados lo agreguen —replicó él.

Aurora dio un paso atrás y Dominic dejó caer la mano con despreocupación.

—No he decidido si quiero aceptar todo esto —dijo ella—. Recibir dinero por tener un hijo me parece horrible, tal como te lo comenté hace un rato… Me sienta fatal la frialdad con la que me dices todo esto —expresó con franqueza—. No soy un vientre de alquiler, ni una cualquiera que está rogando por una oportunidad de estar al lado de nadie. Soy una mujer a quien le han robado parte de su herencia. Una herencia que estaba pensada para cumplir objetivos específicos, Dominic. ¿Entiendes?

Él soltó una exhalación. No era una negociación fácil, porque no existía una manera de dosificar lo que, ciertamente, ella estaba explicando como una

realidad. Su intención no era ofenderla, menos humillarla, pero, había hecho eso precisamente.

Por lo general, Dominic sabía manejar cualquier clase de trato por cientos de millones de libras. Esta circunstancia salía de su zona de confort y por eso lo irritaba. Aquí estaba tratando de manejar aspectos que eran volátiles: incontrolables. Así que se activaban sus mecanismos automáticos de defensa y olvidaba que esta mujer no estaba atacándolo, sino tratando de entender la encrucijada que él le planteaba.

—Usa el pragmatismo, Aurora —expresó solemne y pensando en hechos concretos—. En la historia de nuestro país, principalmente, han existido matrimonios arreglados por cientos de años: una posición económica a cambio de tener hijos y formar una familia. Las famosas herencias de los grandes marqueses, duques y demás idioteces. ¿En qué parte está la ofensa en la propuesta que acabas de leer? ¿La franqueza? No soy un hombre que diga palabras bonitas ni endulce mentiras.

Ella apartó la mirada y lo maldijo por tener razón.

—Un hijo no es un negocio, aunque ese tonto contrato señale que la custodia sería compartida en partes iguales al momento del divorcio. No es justo…

—La vida jamás lo es ni lo será —replicó pensando en lo que había vivido su familia cuando él tenía trece años—. Pero mi hijo tampoco estará desamparado y tendrá el apoyo incondicional de los Langford. ¿Es suficiente para ti? —preguntó.

—No, Dominic, no lo es, porque un hijo necesita amor —dijo con una expresión exasperada. «¿Cómo no podía comprender algo tan básico este hombre?».

—El tema de las emociones no está contemplado en mí —replicó con franqueza, sorprendiéndola—. Protegeré a mi hijo con todos mis recursos. Sin duda.

—El dinero es un vehículo para alcanzar metas, pero no es la fuerza que llena el alma del ser humano —dijo con pesar ante tan cínica forma de ver la vida. «¿Qué diablos había pasado en la vida de este hombre para pensar de esta manera?».

—El dinero, las metas cumplidas y el éxito es lo único tangible, controlable y medible —replicó—. En cuanto a ti, Aurora, nunca voy a enamorarme de ti. Nunca voy a amarte. Lo que habría sería una relación contractual con un fin: yo afianzo mi liderazgo en Langford Creations, tengo un heredero, amplío mi

influencia y gano el favor de la prensa contigo. En tu caso: obtienes los fondos para tu clínica y una pensión de por vida para hacer lo que quieras, además de un divorcio sin dramas.

Ella tragó saliva. A veces, las amigas con las que hablaba se quejaban de la hipocresía de los hombres que solo querían meterse entre sus bragas. Pero, ahora que tenía la crudeza de la verdad, se preguntaba si, a veces, no era preferible una mentira. Qué contradicción y qué irónica resultaba la vida. La realidad siempre era brutal.

Aurora notó sinceridad en sus palabras. Pero era una sinceridad que le pareció triste de percibir en otro ser humano. Aunque ni siquiera debería importarle. Sintió curiosidad por saber cuáles eran los fantasmas que habitaban esos ojos verdes.

—Puedo presentarte a algunas mujeres guapas, elegantes y preparadas académicamente que fueron criadas también en un entorno social como el mío. Estoy segura de que aceptarían tu acuerdo —dijo en un último intento de no ceder y agarrarse a lo que quedaba de su libertad—. Solo necesito mi fideicomiso, Dominic…

Él la miró con una sonrisa de medio lado. Aquella que, sin que lo supiera, no solo enfadaba a Aurora, sino que le provocaba a ella un indeseado cosquilleo en la piel. Dominic había hecho, durante estos veinte minutos, lo mismo que solía aplicar en la mesa de diálogo: saber los puntos débiles de la contraparte, jugar con su mente y luego asestar el golpe final. Esta parte era la que seguía en su guion regular.

—Vas a rechazar dos millones de libras esterlinas, distribuidos en pagos mensuales a lo largo de veinticuatro meses, por aceptar ser la madre del heredero de este imperio empresarial. —Ella abrió y cerró la boca—. Sumado a dos millones más, íntegramente dados en una sola transferencia el día en que firmes el divorcio, ¿a cambio de cuarenta mil libras esterlinas de tu fideicomiso? —dijo enarcando una ceja al ver la expresión de horror y asombro en Aurora—. No suena a un trato que, si yo estuviera en tu situación económica y familiar, seguiría cuestionando y rechazando.

Aurora sintió la sangre írsele a los pies. Apoyó la mano en el brazo del sofá.

—¿Qué estás diciendo…? Mi fideicomiso es de cuatrocientas mil actualmente… Mi cerebro está trabajando horas extras que tú no mereces. Explícate.

—Aurora, tu padre te mintió una vez más —expresó meneando la cabeza—.

En ese fideicomiso hay menos del cincuenta por ciento, pero no son cuatrocientas mil libras. Lo que queda de tu herencia son tan solo cuarenta mil. El trato que te estoy ofreciendo es mucho mejor que recoger las sobras que dejó la rata de Bruce para ti.

Ella lo quedó mirando atónita y tan solo se dejó caer en el sofá.

Escondió el rostro entre las manos, pero no lloró. Hoy no quedaban lágrimas.

—Ni siquiera debería sorprenderme lo que ha hecho mi padre… —dijo soltando una exhalación al reafirmar que, en verdad, estaba en una encrucijada. Podía largarse y esperar un año por cuarenta mil míseras libras. O podía aceptar este acuerdo con este hombre recubierto de acero—. ¿Qué tal si tú te enamoras de mí, Dominic?

Él soltó una carcajada. Aurora se quedó cautivada por esa risa, porque era la única sincera, sin matices de burla, sarcasmo o ironía, que escuchaba en él.

—No soy un hombre de apuestas, pero dejaría mi portafolio de bienes raíces en la mesa de Póker, si tu pregunta fuese un reto —replicó de súbito buen humor.

Aurora no iba a ahondar en un punto que no tenía razón de ser explorado. Pero le causaba incredulidad el nivel de arrogancia de este hombre. Soltó un suspiro.

—Dominic —dijo ella—, somos dos personas con problemas importantes, cuya solución está en el otro. —Él asintió, porque era la versión simplificada de todo—. Me comentaste que podía hacer modificaciones o sugerencias. ¿Verdad?

—Sí —replicó con simpleza.

—Las cuarenta mil libras, apenas firme el contrato de matrimonio, quiero que las deposites en mi cuenta —dijo, porque eso serviría muchísimo para sus refugios.

—¿Eso implica que aceptas o que vas a seguir dando vueltas al asunto?

Ella hizo una mueca.

—Acepto este ridículo asunto —replicó—. No voy a esconderme de la sociedad, aunque sea un acuerdo de dos años. ¿Alguien sabe las condiciones…? —preguntó, porque le parecería humillante que otros se enterasen de este acuerdo.

—Mi mejor amigo, Cédric, mis abogados y yo —dijo Dominic—. El embarazo debe ocurrir antes de los próximos cinco meses. —Ella enarcó una ceja—. Esa es la fecha de la siguiente junta empresarial con mi padre —comentó en tono eficiente.

Ella soltó una risa sincera e incrédula.

—Dominic, para eso tendrías que acercarte a mí y no quiero sentirme obligada —dijo con seriedad—. Eres la última persona con la que me apetecería tener sexo. Quiero que en ese contrato quede claro que me pagas por casarme contigo, pero no…

—¿Obligada? —preguntó interrumpiendo con un toque de humor—. Ya veo que sigues lanzando retos. —Ella puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos. Su suerte estaba echada—. Solo para aclarar, la otra idiotez que estabas a punto de decir: no te estoy pagando para follar contigo. Así que no uses ese argumento. Conozco bien a las mujeres de esa clase y no estoy tratándote como una. ¿Entendido?

—Prostitutas…, ¿te acuestas con prostitutas? Ahora entiendo esto de los exámenes médicos para ver que somos "saludables" —bufó con desprecio.

—Aurora, basta —zanjó con dureza—. Los términos son claros. Eso es todo.

Ella se incorporó, se acomodó el cabello y soltó una exhalación. La idea de Dominic con una prostituta la irritaba, pero no tenía explicación al respecto. No lo conocía, así que tampoco podía confiar en ese compromiso de la monogamia. Pero, si tan importante era para él seguir siendo el CEO de la empresa, no cometería una idiotez que pudiera ponerlos a ambos en riesgo. Ese razonamiento la tranquilizó.

Aurora se incorporó y le extendió la mano delicada hacia Dominic.

—No sé si este es un acuerdo para salvar mis sueños o para crear mis pesadillas —dijo con resignación—. Te he dicho que acepto casarme contigo y no voy a retractarme. Asumo que la gente creerá que este es un lazo por amor. ¿O qué?

Él envolvió los dedos de Aurora entre los suyos y estrechó su mano.

—Lo que asuma la gente me importa una mierda, Aurora. Nos casaremos en un mes. Tenemos un trato, señorita Sterling —dijo soltándole la mano.

—Tenemos un trato —murmuró sellando su suerte.



Aurora no tenía nada más que decir, así que le dio la espalda y caminó hacia la puerta. Estas habían sido las horas más complicadas en mucho tiempo. Pero no tendría que preocuparse, porque sus pacientes estarían mejor. Ella podría

empezar a trazar, desde cero, sus planes de la clínica y su anhelado regreso a Nairobi. No sabía qué haría con Dominic y lo complejo que pintaba el panorama para los dos. No eran amigos, ni allegados, ni amantes. El hombre agitaba sus emociones de tal manera que la dejaba en jaque consigo misma, pero también le causaba una gran intriga sobre lo que se ocultaba detrás de la perfidia que destilaba. Como veterinaria, Aurora siempre investigaba y lanzaba teorías de los síntomas de sus pacientes para dar con un diagnóstico. Si pudiera comparar a Dominic con un animal sería un lobo salvaje.

Pero, en este caso, ella solo había conocido ciertos rasgos. No era fácil mirar bajo una armadura de acero. Para sanar a un lobo salvaje e indómito, que no era su intención porque no salvaba almas oscuras, tendría que encontrar qué clase de herida llevaba a cuestas y quién la habría infringido. Sin embargo, en este viaje de rumbo atribulado, ella prefería ser cauta, pero jamás volver a perderse como lo hizo con Scott.

Sin importar el dinero o las condiciones bajo las que concibiera un hijo con Dominic, ella no iba a permitir que ese bebé fuese un peón en el tablero. Lo llenaría de amor y protección. Aquellos aspectos que el dinero no podía comprar. Tampoco iba a consentir que Dominic se lo arrebatara o lo contaminara con su cinismo. Aurora se sentía atraída por él, lo negaría ante ese hombre, aunque no ante sí misma. Pero él también despertaba sus inseguridades físicas, en especial, después de haber visto las fotografías de la clase de mujeres con las que Dominic solía salir. «¿Las buscaría en las cuatro semanas antes de casarse? ¿Una despedida de la vida de soltero, hasta que se cumplieran los dos años? ¿Buscaría prostitutas para satisfacerse en secreto?».

La idea de compartirlo con otra mujer o mujeres, por más ridículo que fuese el pensamiento, no le gustaba. Así como tampoco le interesaba seguir pensando pendejadas que no la ayudaban en nada a tratar de aceptar su realidad. Bajó en el elevador y se dirigió hasta el sitio en el que había aparcado. La tripa le rugió de hambre.

Aurora condujo hasta un restaurante chino que solía frecuentar. Cenó rápidamente y pidió varias órdenes para llevar al refugio. Sabía que Hannah, y los otros empleados que se quedaban en la noche, lo apreciarían. La perspectiva de ver a sus pacientes y conocer cómo habían evolucionado, la hizo sentir que todo esfuerzo merecía la pena. El futuro para consolidar sus sueños volvía a estar cerca. Solo esperaba que los intereses del precio a pagar, no la destruyeran. Pero, al menos, podía destacar un punto en común con Dominic: ninguno iba a

enamorarse del otro.

CAPÍTULO 7

Dominic.

13 años.

Después de besar a Lorelei, días atrás, Dominic continuaba exultante. Fue un contacto rápido el de sus bocas e inclusive ella dejó que sus lenguas se toparan. Él se aseguró de haber cerrado los ojos, porque había escuchado a sus amigos que esa era la manera de besar a una chica. Él sentía curiosidad por volver a hacerlo y también por tocarle los pechos. Después de ver pornografía, a escondidas con sus amigos de Eton, quería saber cómo sería acariciar esa parte de la anatomía femenina. Esa posibilidad le provocaba una anticipación que no podía explicar con palabras. Algunas noches se masturbaba, en la cama o también en la ducha, imaginándolo. Después de su primer encuentro, ocurrido en un lugar apartado de Covent Garden, él y Lorelei habían acordado que mantendrían el secreto de lo sucedido entre los dos. Ella le confesó que era la primera vez que besaba a alguien, y él fue sincero al decirle que le pasó igual.

Ella le gustaba desde que la conoció en la fiesta de cumpleaños número trece de su amigo Brock. Todos vivían alrededor de la misma zona: St. John´s Wood. Eran un grupo grande de amigos. De hecho, esta tarde Lorelei estaría en el partido de fútbol que se llevaría a cabo en el parque en el que regularmente jugaban sus amigos. Este era el período de vacaciones del internado de Dominic, así que él aprovechaba para sacar la máxima ventaja y disfrutar con su grupo del barrio. Algunos de ellos también eran sus compañeros de clases en Eton, así que era genial continuar viéndose.

Dominic regresó a la casa, después de sus clases de piano, listo para cambiarse de ropa e ir a la cancha de fútbol que quedaba a varias cuadras de distancia a pie. Al entrar a la mansión de sus padres, lo recibió Svetlana, el ama de llaves. Él ni siquiera se molestaba en esperar a ver a su madre o a su padre, porque ambos estaban siempre viajando, en alguna actividad social o en la empresa. Según las noticias de las últimas semanas, Langford Creations estaba en aprietos. Al parecer era un escándalo financiero de gran proporción que Dominic no entendía y menos le interesaba.

La mayor parte del tiempo tanto él como su hermano menor por dos años, Jenk, solían estar bajo la supervisión de una tutora, el ama de llaves o alguna

persona adulta en casa. Ambos se habían habituado a ver poco a sus padres. Sí, ellos iban a los cierres de año escolar o reuniones, pero el tiempo que compartían como familia era breve. Lavina y Owen daban prioridad a los negocios y a las amistades que también eran millonarios. Así que Dominic prefería estar con sus compañeros y pasarla bien.

No le importaba lo que hicieran sus padres, porque él y su hermano recibían los juguetes más novedosos, la mejor ropa y zapatos, posters autografiados de sus artistas preferidos e instrumentos musicales que les apetecía aprender a tocar. Owen había ordenado remodelar, recientemente, la piscina. Aparte envió a hacer una ampliación en la casa para construir una sala de cine. La vida de Dominic y también la de Jenk era la que cualquier niño o adolescente británico hubiera querido en los 90´s, incluyendo que sus actores preferidos estuvieran en sus fiestas de cumpleaños.

—¡Hola, Dom! —exclamó Jenk asomando la cabeza por la puerta de la habitación de su hermano mayor. De cabellos rubios y ojos grises, el menor de la familia no solo era el que tenía la vena artística, sino que también era introvertido. Solo si Dominic estaba alrededor, Jenk se sentía más cómodo socializando—. Me dijiste que, si lograba robarme una de las botellas de whiskey de papá, me dejarías ser suplente en el siguiente partido de fútbol —dijo sonriendo—. Eso es hoy. ¿Verdad?

Él todavía tenía que cumplir los trece años para ir a Eton, el internado al que todos los Langford iban tradicionalmente. Jenk aprovechaba que su hermano estaba de vacaciones en casa para pasar tiempo juntos. Dominic era popular y divertido entre los amigos, así que cuando Jenk andaba con él, automáticamente, lo incluían en los grupos. Eso le gustaba, porque se sentía cómodo y aceptado por gente más grande.

—No te veo vestido, ¿acaso crees que voy a llegar tarde por ti? —preguntó. Detestaba que Jenk siempre estuviera dándole la lata y siguiéndolo. Se acercó y le quitó la botella de whiskey de las manos. Después la guardó en la mochila que pretendía llevar al partido de fútbol—. ¡Date prisa, Jenk, o te quedas en la casa!

El chico no se movió, sino que entró en la habitación.

—Es que te quería pedir un favor primero —dijo con una sonrisa.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, ajustándose las agujetas de las zapatillas deportivas—. Por cierto, deja de agarrar mis figuritas de colección de las Tortugas Ninja y los Transformers. Mis padres te han dado dinero para que

compres los tuyos.

Jenk hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Pero es que tienes unas especiales que me gustan, ¿seguro no quieres cambiarme el de Donatello en posición de combate por una de Splinter meditando?

Dominic se pasó los dedos entre los cabellos, desordenándolos más, exasperado. Tenía prisa, porque Lorelei iría con las amigas al juego. Él quería lucirse ante la muchacha. De hecho, le prometió que, si anotaba un gol, se lo dedicaría.

—No, Jenk, deja de fastidiar —replicó comprobando que su impermeable estaba en la mochila, por si llovía. Lo anterior era una alta probabilidad en la capital inglesa—. ¿Qué favor es el que quieres? —preguntó mirando a la figura delgaducha.

—Mi Game Boy se quedó sin baterías, ¿me puedes prestar el tuyo? Te prometo que no voy a gastarlas todas. Así, mientras espero en la banca a que me toque el turno de jugar, intentaré pasar algunos mundos de Zelda —dijo mirándolo expectante—. Sé que el trato fue que sacara la botella de whiskey de colección de la licorera, para que me dejes ser suplente, pero, porfa, préstame un rato tu Game Boy, Dom.

Dominic le dio un empujón suave para que se quitara del medio. Fue hasta el cajón en el que guardaba sus artículos electrónicos nuevos, incluyendo los cartuchos de juego que estaban de moda y versiones especiales del Super Nintendo, y lo abrió.

—¿Prometes que no vas a seguir molestando y que no vas a intentar meterte en las conversaciones en las que no te llaman? —preguntó ceñudo, mirándolo.

Jenk esbozó una sonrisa amplia e hizo varios efusivos asentimientos.

—¡Sí, Dom! Cuidaré tu Game Boy como si fuera mío, y prometo no volver a tomarlo sin tu permiso —dijo. Se llevó la mano al corazón para reafirmar su palabra.

Dominic hizo una mueca. Rebuscó sobre su escritorio, con vista hacia la piscina de la mansión, y agarró dos cintas adhesivas: una era azul y la otra, verde. Luego pegó, a cada lado del aparato rectangular, una cinta de un color diferente.

Se lo entregó a Jenk. Este agarró el juguete con entusiasmo.

—Gracias, Dom, eres el mejor hermano —exclamó agitando el aparato.

—Esas cintas son para diferenciar mi Game Boy del tuyo. No quiero que sigas usando mis cosas sin mi permiso o no volveré a llevarte a otro juego de fútbol —dijo.

—Sí, sí, entendido. Iré a cambiarme de ropa —comentó y salió corriendo.

Los dos hermanos fueron caminando, cada uno con sus pensamientos y mirando alrededor, hacia el parque en el que solían reunirse de forma regular. Featherhall Park estaba en los límites de la zona residencial de clase alta en la que ellos vivían, así que era bastante seguro. Cuando llegaron, al cabo de veinte minutos, Dominic vio a lo lejos a Lorelei. Esta no se percató de su presencia, porque estaba sentada, sobre una manta en el césped, conversando con algunos amigos. Dominic le dio un codazo a Jenk para que le prestara atención. Este lo miró con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó el chico de cabellos rubios.

—Recuerda no meterte en donde no te llaman —dijo el mayor de los Langford —. Cuida ese Game Boy o si no voy a confiscarte tu colección de comics.

Jenk hizo un asentimiento. Él amaba sus revistas, porque le permitían sumergirse en un montón de ideas y mundos que imaginaba a medida que leía.

—Me iré a sentar con el resto. Seguro me van a llamar a jugar, ¿verdad, Dom?

Dominic puso los ojos en blanco. No tenía paciencia para estas boberías.

—Eres como un grano en el culo, Jenk —replicó sin más y lo dejó atrás, mientras caminaba a paso rápido para reunirse con sus amigos. Estos lo saludaron con entusiasmo, conversaron naderías, organizaron los equipos y empezaron a jugar.

El grupo reunido superaba los treinta chicos, entre los que jugaban y los espectadores. Algunos eran conocidos o amigos de los que estaban en la cancha. Otros eran paseantes que estaban en los alrededores y decidían quedarse a mirar el encuentro de estos adolescentes. Las bebidas alcohólicas estaban prohibidas para menores de edad, en cualquier lugar del Reino Unido. Pero ¿cuándo había sido obediente un chico al llegar a la adolescencia? Dominic, no. Por eso, le entregó la botella de whiskey que tenía en la mochila a Cédric, su mejor amigo. Este la vertió en un dispensador mediano de bebidas, que estaba sobre una de las mesas del parque. Luego agregó té helado con hielo. Lo mezcló con rapidez y sacó vasos plásticos.

La idea era celebrar entre todos, al finalizar la jornada, y después

continuarían lo que restaba del viernes en la casa de Hank, el arquero. Se llevarían con ellos lo que quedara en el dispensador de bebidas. Aunque todos trataban de mostrarse más fieros o rebeldes que otros o demostrar que nada les importaba, lo cierto es que emborracharse no era parte del plan. Alguien podría empezar a cometer idioteces que haría que algún vecino, o testigo metomentodo, llamara a la policía. La mayor parte de los chicos tenía padres en posiciones de poder social. Ser detenidos, llevados a una delegación y recibir cargos por contravenir la ley, implicaría perder privilegios. Ellos disfrutaban de hacer lo que se les daba la gana, pero habían aprendido que era siempre mejor que ocurriera en privado. Dominic y Cédric seguían a rajatabla esta norma.

Los gritos de ánimo desde el césped, en el que estaban los suplentes y también las chicas, no se hicieron esperar. Jenk miraba con entusiasmo y a la par jugaba con el Game Boy. Le quedaba solo un obstáculo más para pasar el siguiente nivel. Cuando él se concentraba en algo, el mundo parecía perder sentido y se enfocaba en lo que tenía entre manos. Al partido le quedaban quince minutos y aún no lo llamaban. Él dejó el Game Boy en la mochila negra que llevaba. También estaba encargado de cuidar las pertenencias de su hermano. Al cabo de un rato escuchó que gritaron su nombre. Él elevó la cabeza y vio a Dominic haciéndole gestos para que se acercara.

El que fungía de árbitro hizo que Jenk entrara al juego, mientras otro salía.

El equipo de Dominic iba perdiendo 2 a 1.

—Jenk —dijo su hermano trotando junto a él en la cancha de césped—, tienes que correr hacia el lateral derecho que va a dejar vacío la defensa contraria. Ese es el punto débil. Cuando Cédric esté por el fondo de esa área —la señaló con sutileza para que los demás no lo notaran—, te dará un pase largo. Tienes que estar alerta. Después, cruzas el balón al segundo palo en el que yo estaré esperando tu pase. Así guiaré la pelota para rematar y meter el gol. Nos queda poco tiempo, ¿entendiste?

—Todo comprendido —dijo sonriendo—. Gracias por dejarme jugar.

Dominic se secó el sudor de la frente. Él procuraba cumplir sus promesas.

—No hagas que me arrepienta —farfulló, frustrado, porque no le gustaba perder. Menos frente a la chica a la que quería besar nuevamente—. ¡Corre, Jenk!

—¡Vamos a ganar, Dom! —gritó emocionado, moviéndose con agilidad.

Los vítores de los adolescentes creaban un efusivo ambiente. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer de manera tenue. Los jugadores iban de un

lado a otro. Una falta, insultos y una pelea, que implicó la expulsión de dos chicos, por ende, sus reemplazos inmediatos, fueron parte de estos instantes tensos. Quedaban seis minutos para que todo concluyera. Dominic estaba frustrado, porque las condiciones para que Cédric tomara el balón no se daban. Tres minutos antes del final, su mejor amigo logró robar la pelota blanco con negro. Eufórico, Dominic le hizo un gesto a su hermano para que se ubicara en la posición que le había mencionado minutos atrás.

Jenk elevó el pulgar y empezó a correr.

Cuando tuvo el balón, el menor de los Langford pateó con todas sus fuerzas, pero dirigió mal el pie. En lugar de enviarle la esfera a su hermano, esta llegó directamente a un integrante del equipo contrario. Con rapidez, el otro chico aprovechó para patear un fuera de esquina. Quedaba un minuto. Jenk agarró el balón con la mano mirando a su hermano para lanzárselo, pero no llegó con la fuerza suficiente y el arquero del equipo contrario salió de su sitio y lo atrapó con un ágil movimiento.

La lluvia se volvió más fuerte. La gente alrededor empezó a dispersarse.

Dominic estaba cabreado y ofuscado, en especial cuando vio que Lorelei meneaba la cabeza al ver que su equipo había perdido. Los adolescentes salieron de la cancha para agarrar sus pertenencias. Pero Dominic sentía mucha rabia contra su hermano, porque había perdido dos oportunidades de dar el pase correcto. Así que, cuando lo vio agarrar la mochila, se acercó hecho un bólido y le dio un empujón. Jenk, tomado por sorpresa, cayó de culo sobre el césped. Alrededor todos se echaron a reír.

—Dom, ¿qué te pasa? —preguntó Jenk incorporándose. Estaba lleno de lodo. Sentir las miradas de la gente, lo hizo sentir incómodo—. Solo fue un juego.

Eso agitó el mal humor del chico de ojos verdes.

—¡Eres un idiota, Jenk! —le gritó—. Te expliqué lo que tenías que hacer. Has jodido todo el puto día para venir a jugar, ¿y qué haces cuando te doy la oportunidad? ¡La echas a perder! —exclamó agarrando su mochila y llevándosela al hombro.

Él nunca se guardaba lo que pensaba o sentía. Siempre era entusiasta y apasionado en todo. Cuando se trataba de ganar no tenía control e iba a por todas. Que Lorelei lo hubiera visto perder, después de él haberle prometido un gol, le sentó terrible. Si a eso se sumaba que, en este instante, ella estaba sonriéndole al capitán del equipo contrario, el ganador, el estado de ánimo de Dominic se volvió irascible. El chivo expiatorio era su hermano menor. Sintió

que le dio la oportunidad en vano.

La lluvia arreció y el cielo dejó escuchar los rugidos de la tormenta.

—¿Por qué? ¡Yo hice mi mayor esfuerzo! Estaba lloviendo, resbaloso, y no tuve la culpa —replicó el chico. Se puso de pie y le dio un empujón a Dominic.

Siendo más grande y fuerte, el mayor de los Langford apenas tambaleó. Pero no se quedó de brazos cruzados y devolvió el gesto con fuerza. Jenk cayó de nuevo. Las personas de alrededor ya no les prestaban atención, porque estaban más ocupados procurando ir hacia algún sitio para resguardarse de la lluvia. No era tan fácil considerando que estaban en un ambiente muy abierto y la casa más cercana era la del arquero. Aun así, quedaba a cinco cuadras caminando. Un trueno resonó en el cielo.

—Me tienes harto, Jenk —replicó Dominic usando el impermeable. Su hermano no se había llevado uno, así que estaba empapado de pies a cabeza—. Siempre estás fastidiándome la vida y hoy no he podido ganar, porque fuiste inepto.

Las lágrimas de Jenk se confundieron con las gotas de lluvia, mientras se levantaba del césped y agarraba su mochila. Se la puso a la espalda. Meneó la cabeza.

—No ganaste porque, como dice mamá, no siempre se gana —replicó el niño. Él era el consentido de Lavina y eso no era ninguna novedad. Pero sí irritaba a Dominic, pues sentía que, ese poco tiempo que su madre solía darles, había sido usurpado por Jenk—. No me voy a ir a la casa solo —murmuró cuando su hermano le dio la espalda con la intención de unirse a sus amigos que salían del parque.

Dominic se giró para mirarlo y lo apuntó con el dedo.

—Si eres lo suficientemente grande, como siempre dices, vete solo. Espero que no hayas echado a perder el Game Boy, porque te prometo que destruiré tus horrendos comics de Marvel —dijo gritando bajo la lluvia para hacerse escuchar.

Jenk corrió tras su hermano, ajeno al hecho de que este tenía la mira en la chica de cabellos rojizos y rostro pecoso. Tiró del brazo de Dominic para que lo escuchara.

—¡No quiero irme solo! —replicó—. Prometo que no voy a molestarte.

—Me iré con mis amigos a la casa de Hank, tú no eres parte de ese grupo —dijo Dominic zafándose de la mano de su hermano—. Ya me arruinaste el final

del partido, así que no pretendo que me arruines también la reunión con mis amigos. Además, no encajas en ese grupo. Busca tu propia gente. Ahí tienes mi puto Game Boy, úsalo y diviértete. Déjame en paz. Ya conoces el camino a la casa —concluyó.

Jenk le gritó a Dominic que esperara, tratando de seguir el paso, cuando este empezó a correr bajo la lluvia para alcanzar a sus amigos, entre ellos Lorelei. Pero Dominic, elevó la mano y le enseñó el dedo del medio sin voltear a ver. No se detuvo.

—¡Dooom, quiero ir contigo! —exclamó corriendo. Sus pasos eran menos ágiles, porque la lluvia y el viento le impedían alcanzar a su hermano—. ¡Espera!

—¡Piérdete y vete a casa! —replicó por sobre el hombro dejándolo atrás.

La voz de Jenk se perdió entre el agua y la resignación de volver solo a casa.



Una vez que Dominic y los demás entraron en la residencia de Hank Tatcher, las risas y la música empezaron a marcar el tono de la velada. Los padres del anfitrión estaban en las Islas Canarias vacacionando por una semana, así que tenían el espacio, así como el servicio doméstico de los Tatcher, a disposición. Todos recibieron toallas grandes para secarse. El chef empezó a preparar hamburguesas, porque, por razones obvias, no podían ir al centro a comerlas como fue planeado. Dominic se dedicó a disfrutar.

Cuando Lorelei se le acercó, en un instante en el que los demás bailaban en la sala y otros en el jardín, bajo una carpa que había sido instalada para que no se volvieran a mojar, Dominic se emocionó. La sangre empezó a vibrarle con rapidez. Sin decir demasiado, los dos se escabulleron a una de las habitaciones. Cuando abrieron la puerta notaron que era el sitio en el que se guardaban adornos sin utilizar.

—Quiero que me beses otra vez —dijo ella sonrojada.

—Esperé todo el día para esto —murmuró Dominic tratando de pensar en la mejor manera de aproximarse, pero no había otra que sucumbir. Así que, con sus inexpertos labios y sus curiosas manos, empezó a besuquear y toquetear a Lorelei.

La muchacha lo permitió, igual de curiosa, e hizo lo propio con él. Las hormonas de los adolescentes estaban disparadas, así como la adrenalina. Los

besos entre ambos eran despreocupados, los dientes chocaban, y existía nerviosismo que los hacía reír tontamente en ciertos instantes. Dominic se quedó boquiabierto cuando tuvo los senos desnudos de Lorelei ante él. No sabía bien qué hacer, así que impulsivamente se acercó y le mordió un pezón muy duro. Pero en lugar de hacer los soniditos de agrado, como los de la actriz en la película porno, Lorelei le apartó la cara con fuerza. La expresión de ella era de disgusto e hizo también una mueca de dolor.

—¡Eso fue horrible! —exclamó la chica reacomodándose la ropa. Vio el miembro de Dominic, erecto, y lo señaló—. Si yo te mordiera ahí, ¿te dolería?

Él respiraba con dificultad. Quería que ella lo siguiera tocando.

—¿Qué…? —miró hacia su miembro. No estaban desnudos, sino que sus ropas eran un desastre que los dejaba semi expuestos ante el otro—. No, nadie me ha mordido. Claro que me va a doler si lo hicieras —replicó como si fuera tonta.

—Pues eso me has hecho a mí —se abotonó la blusa—. Pensé que me gustaría.

—Espera —dijo cuando ella se disponía a salir, sujetándole la muñeca. Lorelei lo miró con el ceño fruncido y los labios inflamados por los besos húmedos e inexpertos compartidos—. Tú… Mmm, ¿vas a decirles a tus amigas que yo no sé…?

—¿Estás loco? No le voy a decir jamás a nadie y tampoco dejaré que ningún otro chico me vuelva a tocar así —se señaló el pecho, sonrojada y meneando la cabeza.

—No fue mi intención… —dijo Dominic pasándose los dedos entre los cabellos. Se sentía idiota—. ¿Me disculpas, Lorelei? Quisiera verte otra vez y…

—No sé… Ya no quiero hacer esto otra vez…

—No importa, al menos… —tragó saliva—. Podemos ir al cine sin besarnos.

Ella se encogió de hombros. La situación era incómoda.

Ambos no dijeron nada más y salieron de la estancia. Luego se mezclaron entre los amigos. Nadie les hizo caso, porque había algunos que estaban un poco entonados con el alcohol. Empezaron a bailar como idiotas y a reírse de anécdotas que recordaban las tonterías que hacían en Eton. Sin embargo, a pesar de todo, Dominic se sentía avergonzado por la manera en que ocurrieron las cosas con Lorelei.

Él siempre obtenía sobresalientes en sus calificaciones, pero este tema era un

asunto que no se estudiaba. Dominic había seguido los consejos, aunque al parecer no sirvieron, que leía o escuchaba. Obviamente, no iba a contarles a sus amigos el bochorno que acababa de pasar y cómo lo hizo todo mal. Al menos, le quedaba la tranquilidad de que Lorelei no iría a contarles a otras personas sobre lo sucedido.

Casi a las diez de la noche, cuando la lluvia había amainado, el chofer de los Tatcher, que tenía la consigna de llevar a los asistentes de la fiesta a sus casas, dejó a Dominic en el número 199 de Avenue Road. Cansado y también ligeramente humillado, él estaba presto a subir las escaleras para ducharse e irse a dormir. No quería saber del mundo. Pero apenas puso un pie en la casa, su padre lo llamó desde el salón principal. Dominic no era desobediente, al menos no por completo, así que cambió de rumbo. Entró en la estancia que estaba bien iluminada por costosas lámparas de cristal. La decoración era moderna, algo recargada, pero de buen gusto.

—¿Dónde carajos estabas? —preguntó Owen—. Estamos a punto de entrar en un juicio penal contra uno de nuestros colaboradores más cercanos y que nos ha traicionado. Nuestro nivel de trabajo es anormalmente brutal. Los proveedores, clientes y la opinión pública, están en nuestra contra. Pero, además, llegamos a la casa con la novedad de que te fuiste a las cuatro de la tarde. Tu hora de llegada fue establecida a las ocho y media de la noche. ¡No a las jodidas diez! —exclamó furioso.

Dominic se quedó estupefacto, porque su padre jamás le hablaba así. Lavina, en cambio, estaba con las piernas recogidas sobre el sillón haciendo sketches de los diseños de vestidos que serían su próxima colección exclusiva de ropa. A pesar de esa postura informal, su madre lucía como si estuviera posando para la revista Vogue.

Él no entendía las implicaciones de los asuntos de la empresa. Sabía que algún día tomaría las riendas de Langford Creations, pero ahora solo tenía trece años, así que, ¿por qué le importaría el discurso disparatado de Owen? Además, no sentía que su padre tuviera el derecho a reclamarle, menos cuando siempre estaba ausente.

—En la casa de Hank con mis amigos. Fuimos todos, después del partido de fútbol… —replicó con resentimiento—. Además, llevas mucho tiempo prefiriendo ir a tus eventos nocturnos o viajes con mamá, ¿por qué te preocupas ahora de lo que yo haga? Los que cuidan de nosotros son los empleados de esta casa, no ustedes.

Ni bien terminó la frase, Owen se acercó y le dio una bofetada con el dorso de la mano. Lavina soltó un grito y dejó de lado los sketches. La mujer apartó a Owen de Dominic y abrazó a su hijo, mientras le limpiaba el hilillo de sangre del labio. El patriarca de los Langford soltó una maldición y se mesó los cabellos. Hizo una negación. No era habitual que él levantara la mano contra sus hijos, aunque, de vez en cuando, solía corregirlos utilizando un cinturón con el que les daba en el trasero.

—Mierda, lamento haberte golpeado, hijo —dijo Owen bajando el tono de voz y acercándose a Dominic—. Han sido días… —meneó la cabeza—. Joder.

—No hemos estado presente en muchas ocasiones, eso es verdad —dijo Lavina con suavidad. Ella era siempre la mediadora—. Pero no significa que no nos importen. Estamos trabajando para que Langford Creations sea la herencia que tú y tu hermano merecen. Las fiestas, eventos y demás, sí que son importantes, así que no podemos ignorar ese aspecto social que ayuda al área empresarial. ¿Comprendes?

Dominic no entendía de esos asuntos, así que asintió por inercia. Tampoco iba a volver a reclamar nada a sus padres. No quería otra bofetada de Owen.

—Sí… —farfulló apartándose de los brazos de Lavina. Ella lo dejó estar.

—Dom —expresó Lavina con dulzura—, ¿dónde está Jenk? —preguntó mirando el umbral de la entrada de la sala, a ver si su hijo menor asomaba la cabeza. Jenk era más sensible, así que, si había escuchado a Owen gritarle a Dominic, lo más probable es que se hubiera escabullido. El niño solía huir de las confrontaciones.

—Ha sido un largo día —intervino Owen—. ¡Jenk, ven aquí, no estás en problemas! —gritó el millonario consciente de que su hijo estaría evitando acercarse.

—Debe estar en su habitación, supongo. Él vino a casa antes que yo —dijo Dominic, confuso—. El chofer de los Tatcher fue el que me trajo —explicó.

Lavina hizo una negación con la cabeza.

—No, Dom —replicó la mujer en tono nervioso sujetando a su hijo de los hombros—. Cuando llegamos, Svetlana nos dijo que ustedes habían salido juntos, pero que aún no volvían. Eso fue a las ocho de la noche, al regresar de la oficina.

Lavina y Owen se miraron con preocupación.

El corazón de Dominic empezó a acelerársele. Sintió que sudaba frío. Se

apartó de sus padres y subió corriendo las escaleras gritando el nombre de su hermano.

Abrió las puertas de todas las habitaciones y baños, la biblioteca y alacena. Recorrió la propiedad sin atender los llamados de su padre o su madre para que regresara. Pensó en el sitio favorito de su hermano: la casa del árbol en el patio. Subió las escalerillas de madera, pero el espacio estaba oscuro y vacío. Jenk no salía solo a la ciudad, así que no podría pensar en ninguna parte a la que podría haberse ido luego del partido. Dominic regresó con los ojos llovidos y un nudo en la garganta a la sala.

Sus padres tenían una expresión muy diferente esta vez. No era enfado ni indiferencia, sino una desesperación que Dominic sentía que era reflejo de la suya. Pero su padre no permaneció estático, sino que, después de recorrer también la propiedad seguido de su mujer, agarró el teléfono y marcó al jefe de la policía local.

Las siguientes horas fueron un infierno. No se podía reportar a una persona como perdida, hasta que pasaran al menos veinticuatro horas sin saber de su paradero. En este caso habían pasado, desde el partido de fútbol, muchas menos horas. Sin embargo, con la influencia del apellido Langford lograron que se emitiera un reporte de desaparición. Lavina estaba inconsolable, mientras Owen la abrazaba, impotente.

Dominic se sentía culpable. Se quedó sentado en el sofá, en silencio, mientras llegaban las autoridades y empezaban a entrevistar a todo el personal de servicio que había estado de turno. Después llamaron a los que no tenían turno para hablar con ellos. Se realizaron las diligencias de manera rápida, pero Dominic sentía que todo a su alrededor pasaba con vertiginosa rapidez, mientras él seguía en cámara lenta.

La oficial de policía, Justine Murray, que lo había entrevistado instantes atrás para conocer su testimonio sobre lo ocurrido, regresó junto a él de nuevo. Como si necesitara cerciorarse, después de la versión de todos los empleados y los padres, de la que él había dado. Dominic sentía estar en piloto automático. Miró a la oficial.

—¿Me repite la pregunta…? —pidió él, mientras su madre le sostenía la mano, y con la otra se secaba las lágrimas. Owen parecía estar al borde del colapso.

—Por supuesto —dijo la oficial negra y de expresión gentil. Sabía lo que era tratar con adolescentes que atravesaban una situación de miedo e incertidumbre

—. Quiero que me digas si, mientras estabas en el parque, notaste que hubiera alguna persona o personas que te hubiesen parecido sospechosas —pidió con suavidad.

Dominic tragó saliva. Que su hermano no estuviera alrededor era su culpa. Pero no quería que sus padres lo odiaran. No podía decirles lo que habló con Jenk o la manera en la que le dijo que se perdiera. Eso era lo que, exactamente, ocurrió. Sentía una profunda sensación de desesperación. Quería esconderse y desaparecer. Pero también quería salir corriendo a buscar a su hermano por las calles. Pedirles a todos sus amigos que se unieran a la búsqueda, pero estos habían visto cómo lo trató y creerían que él era culpable. Así que esa tampoco la consideraba una opción viable.

Aunque se sintiera como un cobarde, no podía revelarles esa última conversación; no podía decirles la verdad, porque se arriesgaría a que sus propios padres lo odiasen. Pero no sería más de lo que él ya se odiaba ahora. Si los oficiales no daban con el paradero de Jenk, Dominic no sabría que sería de su familia. ¿Cómo miraría a sus padres si el culpable de este enredo terrible era él? Todo había ocurrido, porque él perdió el control al dejarse llevar por las emociones y haberse expresado sin medir sus palabras. Sucumbió al caos de los impulsos e iba a pagar las consecuencias para siempre si no hallaban a Jenk a salvo. Dominic apretó los labios para no llorar.

Lavina le dio un beso en la frente y lo animó a que hablara.

—Estuvimos jugando fútbol. Estaba mi grupo de amigos —dijo y su voz tembló—, y también había desconocidos que andaban alrededor del parque, oficial. Pero no me fijé en ellos, porque estaba más preocupado por ganar el partido…. —tragó saliva—. Después, cuando todo acabó, la lluvia era muy fuerte y también el viento. Todo el mundo empezó a correr para tratar de buscar un sitio cerrado.

—Entiendo, ¿en qué momento perdiste de vista a tu hermano?

Él bajó la mirada y se le salieron las lágrimas. Su madre, que no se había apartado de su lado en ningún momento, a pesar de estar desconsolada, lo abrazó. Owen estaba hablando por teléfono, en un tono tenso con sus contactos, mientras otros oficiales de policía buscaban pistas en los exteriores de la zona en que vivían.

—Cuando le dije que regresara a casa sin mí, porque yo iba a estar con mis amigos y no eran de su edad —dijo, mintiendo flagrantemente. No podía decirle las palabras hirientes que le expresó a Jenk, ni cómo él le pidió que no lo dejara

regresar solo a casa. Dominic empezó a sollozar y enterró el rostro en el cuello de Lavina. Esta era la primera vez que actuaba de esta manera. Cuando se calmó volvió a mirar a la oficial—. Pensé… —hipó—, yo pensé que él estaría aquí… Jamás me imaginé… ¿Usted cree que va a regresar? ¿Usted cree que solamente está extraviado…?

La oficial meditó unos breves segundos esas palabras y miró a Lavina.

—Señora, ¿su hijo menor conocía bien la zona y el camino a casa?

—Sí —replicó la mujer con un asentimiento breve—. Mis niños han sido siempre privilegiados con su memoria. Así que tienen una ubicación espacial perfecta.

—Entonces, descartamos que se haya confundido de calle y barrio —murmuró la oficial tomando nota. Luego miró a Owen—: Señor Langford, ¿tiene usted enemigos que pudiera considerar como una amenaza o que hayan amenazado a su familia? —preguntó. Porque estaba al corriente del caso de Langford Creations.

—Incontables, oficial Murray —dijo apretando los dientes—. Soy un hombre con mucho dinero y, en estos momentos, como quizá ha visto en las noticias, el hijo de puta que usó mi compañía para desfalcar a clientes y proveedores provocó la furia de ellos. Hasta que un tribunal no lo declare culpable, mi reputación y empresa están en entredicho. Así que no tengo uno específico —exhaló—. Podría ser cualquiera.

—¿Han llamado a pedir un rescate…? —preguntó la mujer.

—No —replicó Owen—. Ninguna llamada o contacto de rescate.

—Por favor —dijo Lavina en un tono quebrado—, encuentre a mi hijo.

—Haremos todas las pesquisas e investigaciones —dijo Justine con seriedad —. Una vez que entreguemos este reporte en la oficina, les asignarán un detective que se encargará de realizar pesquisas más específicas con un equipo especializado.

—Usted…, ¿usted cree que lo secuestraron para pedirnos un rescate? —preguntó Lavina, frotando los dedos de Dominic con los suyos para confortarlo.

—No puedo darle esa clase de respuestas, señora, sería irresponsable de mi parte —replicó con franqueza. Veía casos como estos que se resolvían en unas cuantas horas, porque el niño perdido, en realidad estaba en un parque con amigos o era un acto de rebeldía o alguna otra cosa. Sin embargo, según lo que acababa de escuchar esto no era un acto de desafío del niño Langford—. Le

puedo asegurar que haremos lo que esté en nuestras manos para lograr encontrar a su hijo. ¿De acuerdo?

—¿Cuándo tendremos noticias? —preguntó Owen preocupado.

—Apenas tengamos datos concretos se los comunicaremos.

—Quiero que lo encuentren lo antes posible, oficial Murray —dijo Owen.

Él ya había llamado a todos sus contactos, pero pocos le respondieron el móvil. En su grupo social la reputación era indispensable y la suya, así como la de su empresa y familia, había sido ensuciada injustamente. Todo por la maldita mierda de los desfalcos orquestados por su director de finanzas. Pero, al menos, logró que declararan a Jenk como persona perdida. Esa era la razón de que estuvieran los oficiales buscando a su hijo menor, en lugar de esperar a la mañana siguiente. Estaba ganando tiempo. Aún era todo muy reciente, así que las posibilidades de hallarlo eran más optimistas. Él iba a ampararse en esa certeza para no perder las esperanzas.

—Estamos empezando el proceso, señor Langford, y haremos nuestro mejor esfuerzo para encontrar al niño —replicó la oficial Murray. Les hizo una seña a sus compañeros. Estos, en respuesta, hicieron una negación—. Mis colegas, que acaban de recorrer la zona, no han encontrado rastros de su hijo. Así que ampliaremos el círculo de búsqueda. Como le indiqué, un investigador les será asignado, pero, para eso, tengo que ir a la estación a dejar constancia de los testimonios e información que hemos recabado. Así podremos avanzar con celeridad, ¿de acuerdo? —preguntó.

La única razón de que estuviera dando explicaciones, que por lo general no brindaba al público regular, era porque este hombre era alguien muy importante. Justine sabía que todos los millonarios se recuperaban de los escándalos, así que no quería pecar de tonta y echarse un enemigo, cuando podía lograr un aliado.

—Gracias, oficial Murray—dijo Owen asintiendo.

—Gracias por haber venido tan pronto —intervino Lavina con sinceridad.

—Dom —dijo Owen—, ¿hay algo más que quieras decirle a la oficial?

El chico de ojos verdes elevó la mirada, que había permanecido clavada en las palmas de sus manos, hizo una leve negación. Sentía el peso de todo ese incidente sobre sus hombros. Se machacaba mentalmente una y otra vez. «Quizá debería decirles que soy el culpable de que Jenk no esté en casa», pensó apretando los labios.

—Le he dicho… —tomó una respiración larga—. Le he dicho todo.

—Bien —dijo Owen—. Quiero que sepas que no te culpamos, hijo. —Dominic elevó la mirada—. ¿Puedes comprender eso? Esta es una desgracia, ciertamente, pero no tienes la culpa de que tu hermano no esté ahora con nosotros.

—Pero lo encontraremos, eso sí que haremos, Dom —dijo Lavina—. Estoy convencida de que mañana lo traerán sano y salvo. Si alguien lo tiene… —tragó saliva—. Si alguien lo tiene, entonces pagaremos lo que haga falta para que lo liberen.

—Sí… —susurró el chico en un hilillo de voz.

«Solo son unas horas que lleva Jenk fuera de la casa», pensó Dominic. Decidió mantener viva la expectativa de que los oficiales lo encontrarían. «De seguro, Jenk tendrá alguna explicación tonta para lo ocurrido. Todo volverá a ser igual que siempre: él, cabreado con su hermano menor, y este usando cosas que no le pertenecían. Pero estarían juntos. Eso sería lo importante». Dominic no contaba con sus padres como presencia constante, pero el que siempre estaba a su lado, peleando o no, era Jenk.



Oficialmente, Jenk Devlin Langford estaba desaparecido. Cinco días después de la primera alerta, el niño no había sido encontrado. El juicio contra Broderick Von Tier, el director financiero, dio inicio. Los medios de comunicación se cebaron contra la familia Langford. Owen, como CEO, fue acusado también de fraude. Así que tenía que demostrar su inocencia y que sus abogados dejaran claro que el único culpable era el hijo de perra de Von Tier. Lavina había perdido sus ganas de diseñar, aunque intentaba de verdad mantener la fortaleza. Los proveedores y clientes que se sentían traicionados por los Langford cancelaron los contratos como efecto dominó.

El flujo de caja se cortó. Hubo disminución de personal en la planta principal y a nivel administrativo. Uno de los afectados por el desfalco, cuya hija era proveedora de Langford Creations, era un alto rango de Scotland Yard. Él era el quien, desalmadamente, estaba poniendo trabas en la investigación para encontrar a Jenk. Owen estaba atado de manos, pues no podía hacer acusaciones al no tener hechos concretos. Lo que sabía era por rumores que personas leales a él, le informaban.

Dominic era la sombra del chico que fue doce semanas atrás. Él había regresado al internado, Eton, y volcaba su atención en las clases. Procuraba ensayar a mantener el control de sus emociones. Cédric, que conocía lo que había vivido o al menos las partes que él quiso contarle, era un gran amigo y no se atrevía a juzgarlo. El impulso desmedido, la volatilidad y la falta de autocontrol habían creado una tragedia en la vida de Dominic. Él había perdido a su hermano. Esa era una culpa que tendría atravesada siempre en su alma. Se prometió a sí mismo jamás dejarse guiar por las emociones de nuevo, porque había aprendido, con dolor, que estas solo traían grandes desgracias.

Decidió que era mejor ser estoico y dominar los instintos, así como los impulsos, en lugar de amar o crear lazos emocionales con otras personas. Así, no correría el riesgo de crear otra tragedia.

CAPÍTULO 8

Aurora se despertó a las cinco de la mañana y bebió un café bien cargado, además de un tazón de frutos rojos. Después fue hasta el gimnasio en el que se había inscrito días atrás y se puso los guantes. Apenas el instructor le dio la pauta, ella empezó a aporrear el saco de boxeo como si fuese el culpable de sus recientes desastres. Seguía el ritmo de la voz masculina que le iba indicando los tiempos y las pausas. Una y otra, y otra vez, sin detenerse. Sus pies se movían al compás de los impactos de sus puños.

Aunque prefería salir a correr alrededor de la zona en la que vivía, la necesidad de descargar su frustración, enfado y decepción fue demasiado fuerte como para hacer un ejercicio regular de cardio. Después de contarle a Kitty lo que estaba sucediendo en su vida, su amiga no solo se mostró horrorizada, sino que le sugirió que intentaran hallar una salida. Pero Aurora le explicó que no podía hacer nada, porque Dominic tenía en sus manos el futuro político de su padre y también la posibilidad de recuperar su fideicomiso. Aparte, antes de verse con Kitty, ya había firmado el acuerdo especial de confidencialidad, con los abogados del millonario, así que los pormenores que podía divulgar sobre ese acuerdo eran escuetos. Lo que Aurora sí pudo asegurarle a Kitty fue que no estaba en peligro y que su matrimonio sería de beneficio mutuo.

En el caso de su padre y su madre, considerando que la circunstancia era atípica y estaba enfadada con ambos, tan solo hizo una videollamada con los dos. Les informó que se casaría con Dominic, como estaba previsto, y que no quería que se metiesen en sus asuntos. La sorprendió al enterarse de que, tanto Bruce como Jocelyn, hubieran recibido la visita de los abogados de su futuro esposo y hubiesen firmado también un acuerdo de confidencialidad. Su padre le aseguró que esto sería un asunto transitorio y que lograrían dejar atrás este trago amargo familiar. Aurora lo ignoró.

Ella hubiera preferido que él no tuviera que entregarla en el altar, pero sabía que esa farsa era parte del contrato, en favor de la imagen pública de la empresa de Dominic. La enfadaba haber sido privada de la ilusión de casarse con alguien a quien amara. Pero sabía que, aún si ella hubiese escogido a una persona por voluntad propia, el tiempo de un matrimonio ni el éxito estaban garantizados. Con Dominic, las condiciones eran claras y no había expectativas. Pero el cinismo, en lugar de la espontaneidad, también la enfadaba. Su único consuelo

era que Kitty aceptó ser su Dama de Honor. Ella era también el soporte sincero que siempre estaba a su lado.

A pesar de ser un matrimonio temporal y de negocios, la agencia de relaciones públicas encargada de organizar el evento no sabía al respecto. Así que, en términos de formalidades y sociedad, se estaban llevando a cabo todas las diligencias como si se tratase de una ceremonia regular. La información que se había extendido era que Aurora y Dominic estuvieron viéndose en secreto durante un tiempo, pero no hicieron formal su relación hasta hacía poco. Cuando ella leyó al respecto se sintió horrible, porque pensó en que Tobías vería esas noticias y pensaría que ella estuvo jugando con él o siéndole infiel. Inclusive se publicó en el periódico Times, como ya era una tradición en Londres desde el año 1830, el anuncio formal de la boda.

El Sr. y la Sra. Sterling, de St. John´s Wood, Londres, tienen el placer de anunciar el compromiso de su hija, Aurora Julie Sterling, con Dominic Luke Langford, hijo del Sr. y la Sra. Langford, de Barnes, Londres. La boda se celebrará en mayo en la Catedral de San Pablo.

La lista de invitados era de cuatrocientas cincuenta personas. Lo anterior resultaba muy gracioso, porque, además de sus compañeros de universidad, los del trabajo y unos cuantos adicionales, su lista personal no superaba los treinta asistentes. Todos eran contactos de negocios de los Langford y de su padre. Aurora había conocido, seis noches atrás, a los padres de Dominic. Lavina le pareció una mujer encantadora y Owen todo un caballero. Parecían muy distintos al energúmeno que tenían por hijo. La cena que disfrutaron fue en un restaurante muy concurrido y, por supuesto, la fotografía de ellos, a la salida, apareció en la prensa social británica.

Durante la cena, Dominic se mostró amable con ella y actuó con modales impecables. En ningún instante hizo amago de tocarla o acortar la distancia. Tampoco, cuando la había ido a recoger a la casa, le dedicó una palabra sobre su atuendo o si se veía guapa. Nada. Solo negocios. Durante el trayecto de ida y regreso, ella optó por devolverle el mismo trato: cordial y distante. La cena fue la primera ocasión, desde que tuvieron la negociación en la oficina, en que se veían de nuevo.

—Mi hijo no siempre fue tan hermético —había comentado Lavina mirando a Aurora antes de pedir la cuenta—, pero me alegra que haya guardado este gran y bonito secreto que me hace tan feliz. Sé que es un gran paso para él, en especial

después de Vespery. Aunque nunca supe la razón de su ruptura, me alegro de que…

—Madre —había zanjado Dominic en un tono serio—, deja ese tema atrás. Aurora no está interesada en conocer asuntos que ya no pertenecen al presente.

—Oh, cariño, en un matrimonio los secretos no tienen cabida —había replicado riéndose. Luego había mirado a su esposo—: ¿Acaso no es verdad, Owen?

El hombre, justificando al parecer que Dominic fuese reservado y distante, había creído la misma información que se envió a la prensa: un romance secreto. Además, tampoco cuestionaba nada, porque la idea de tener nietos lo entusiasmaba.

—Justamente, hace casi un mes, le decía a Dominic que quiero ser abuelo —había dicho con un tono gentil y también de orgullo mirando a Aurora—. Si hubiera sabido que él ya estaba saliendo con alguien, entonces no lo habría apresurado para cumplir la cláusula de sucesión de la compañía —había sonreído—. Pero ¿qué tal? La vida funciona de maneras impensadas. Aurora, cuéntame más sobre Cute Paws.

—Por favor, pueden decirme Rory —había replicado sonriendo.

Lavina y Owen habían asentido. Pero Dominic tan solo había continuado llamándola como siempre: Aurora. Ella no le prestó atención, porque ya sabía que era un cubo de hielo. Así que se había dedicado a contarles a los padres de su prometido sobre cómo funcionaba el refugio y sobre su labor como veterinaria. Para nada hablaron de política. Por otra parte, Aurora se había sentido intrigada. «¿Quién era la tal Vespery y por qué Dominic se mostró tan rígido cuando Lavina la mencionó?».

Cuando la velada había terminado, Dominic la guio hasta el coche manteniendo la mano en su espalda baja. El toque la había quemado, a través de la ropa, pero Aurora mantuvo la compostura. Durante el trayecto de regreso, él había permanecido atendiendo llamadas de trabajo de Estados Unidos. Antes de bajarse del coche, cabreada al ser tratada como un bonito adorno, le había quitado el móvil.

Dominic la había mirado enarcando una ceja. No hizo amago de acercarse.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le había preguntado en tono gélido.

—Han pasado tres semanas desde que hablamos sobre este matrimonio. Durante ese tiempo me has enviado fotógrafos, abogados, relacionistas públicos

y un equipo de asesores de imagen para escoger mi guardarropa. Todo, a través de Selma.

Él estaba conduciendo esa noche un Bentley. Parte de su colección de coches.

—¿Cuál es el problema con Selma? —había preguntado con despreocupación.

—Que no soy un punto en la agenda ni un accesorio, Dominic —había replicado apretando el teléfono con fuerza—. Pudiste llamarme personalmente, en lugar de que me contactara Selma, para informarme de la cena de hoy con tus padres. Que, por cierto, no sé cómo han podido creerse que teníamos un romance secreto.

Él había esbozado una sonrisa de medio lado. Sin ahondar en el hecho de que su madre, con tal de verlo comprometerse y asegurarse de que no iba a estar solo, habría creído cualquier excusa el que él le hubiera dado. En el caso de Owen, estaba tan empecinado en tener un nieto que no le importaba qué historia estaba detrás.

—Quizá eres una excelente actriz —había dicho burlón—. ¿Algo más?

Ella había estado a punto de lanzarle el teléfono por la cabeza.

—La próxima ocasión que quieras algo en relación con temas de nuestro acuerdo, no uses intermediarios. Somos, en algún modo, socios en este proceso —había replicado dándole el móvil—. Si después de casados te quieres perder en la selva amazónica o en las dunas del Sahara, no me importará. Pero en este asunto, que es tan desconocido e incómodo tanto para ti como para mí, tenemos que ser un equipo.

Dominic había soltado una carcajada, después salió para rodear el coche y le había abierto la puerta en un gesto de caballerosidad. Ella frunció el ceño ante algo que consideraba impropio en él, pero aceptó la mano que le tendió para ayudarla a salir del Bentley. Aurora había procurado ignorar el temblor ligero que el toque masculino provocó en su piel. Fue como breves descargas eléctricas recorriéndola.

—Trabajo mejor solo, Aurora, pero tendré en consideración tu sugerencia —había dicho, burlón, acompañándola hasta la puerta—. ¿Algún otro comentario?

Ambos habían quedado demasiado cerca del otro, pero Dominic no era la clase de hombre que retrocediera, sino lo opuesto. Aurora había elevado el rostro estudiando las gemas verdes, potentes, y que tenían trazos tenues de tintes sombríos.

—¿Quién es Vespery…? —había preguntado sin poder contenerse.

De inmediato, la expresión socarrona e inclusive gentil de Dominic cambió.

—Es un acuerdo de matrimonio, Aurora, no un confesionario —había dicho mirando el reloj—. Que pases buena noche. Nos veremos en la catedral, pronto.

Ella había evitado la tentación de voltearse y mirar cómo se ajustaba el pantalón al trasero de Dominic. Aurora no era miope y no estaba en riesgo de serlo. Que no lo soportara no implicaba que fuese incapaz de reconocer que era atractivo.

—Idiota —había farfullado cuando se quedó a solas en su estudio.

Esa conversación ocurrió varios días atrás.

Pero esta mañana todo era diferente.

Los estilistas y maquilladores estarían esperándola en su estudio a las nueve. Ella había escogido su vestido de matrimonio con Kitty. Aurora decidió que iba a disfrutar, en lugar de amargarse, todo el proceso como si fuese real. Cuando se había visto en el espejo de la tienda, con su traje blanco de Monique Lhuillier, se le llenaron los ojos de lágrimas. La pieza, confeccionada en encaje con detalles de flores en 3D, una elegante cola larga, escote en forma de corazón que destacaba por su delicadeza y sofisticación, era un sueño. Exactamente el que ella habría elegido si todo fuese real.

Este era el día de su matrimonio, pero Aurora estaba en el gimnasio.

No podía entrar en la catedral, enfrentarse a un montón de personas que jamás había visto ni le interesaban, sin antes quemar el estrés de la forma correcta. Su vida iba a cambiar radicalmente y no existía forma de evitarlo. Tampoco tenía idea de cómo ella y Dominic iban a cruzar el puente que los separaba. Si él no cedía, al menos un poco, Aurora tampoco daría un paso para lograr el propósito que el millonario buscaba con ese matrimonio. Además, ella lidiaba con sus propias inseguridades físicas y no existía un modo de decírselas sin sentirse tonta o inadecuada.

Considerando que el hombre tenía la capacidad de convertirse en el Círculo Polar Ártico, ella no podía imaginar explicarle, a nadie y menos a él, la huella que Scott había dejado en la intimidad. Una nefasta marca que ella trataba sin éxito de borrar, porque llevaba dos años sin haberse acostado con un hombre. Existía una diferencia entre flirtear y, tal vez, dejarse tocar. Pero la vulnerabilidad de la desnudez, sin contar con el incidente cuando creía que Dominic era Tobías, era un aspecto muy distinto.

—¡Rory, es suficiente por hoy! —exclamó el entrenador cuando ella

arremetió contra el saco de box con todas sus fuerzas—. Hey, detente —dijo el hombre fornido y de barba abundante sosteniéndole la muñeca—. Vas a lesionarte. Calma. Para.

Ella dio varios puñetazos más al saco de arena, hasta que no pudo continuar. Se quitó los guantes y apoyó las manos sobre las rodillas. Soltó una larga exhalación.

—Me espera un día complicado, Moriarty —le dijo al entrenador.

El hombre hizo un leve asentimiento. Ser propietario de Silver Punch era uno de los orgullos de su vida. Procuraba que su equipo diera buena asesoría a sus clientes.

—He visto los periódicos y sé quién eres, Rory —sonrió—. Entiendo que las novias quieran estar en perfecta forma, pero no lo lleves al extremo. ¿Cuándo regresas? —Aurora frunció el ceño—. Asumo que irás de Luna de Miel a algún lugar.

Ella no había pensado en eso y tampoco lo había discutido con Dominic.

—Por ahora no lo he definido, a menos que mi futuro esposo me sorprenda —replicó con una sonrisa, mintiendo. Moriarty, cuando supo que era veterinaria, le comentó que sus hijos gemelos de siete años querían adoptar un gato. Ella le habló de Ginger. Para su sorpresa, el hombre le dijo que no tenía problemas en pagar la medicación de la gata y le pidió que lo ayudara para cumplimentar los papeles de adopción. Desde ese día, Aurora tenía a Moriarty Tapper y a sus hijos en gran estima.

—Enhorabuena anticipada, Rory —miró el reloj—, ya es tiempo de mi siguiente clase de kickboxing. Pasa por aquí cuando estés lista para entrenar de nuevo —sonrió—. Por cierto, recuerda que en tu membresía está incluida la rehabilitación física o también masajes para ayudarte a relajar los músculos. Si, en algún momento, tienes contracturas, o dolor, nuestros terapeutas están entrenados para ayudarte.

Ella esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—De acuerdo. Gracias, Moriarty —expresó y salió del gimnasio.

Una vez que llegó a casa y se duchó, Aurora tomó una larga inhalación. Su estudio estaba vacío, porque sus pertenencias habían sido trasladadas a la mansión de Dominic en Hampstead, el día anterior. Ella no había pisado la propiedad en absoluto y, por supuesto, él tampoco hizo el intento de invitarla. Aurora se acercó a la mesita de noche y sacó el anillo de diamantes, el de

compromiso, que Dominic, tan románticamente, le había enviado con su chofer cinco días después de acordar casarse.

Se lo puso en el dedo y movió la mano. La pieza era exquisita y en absoluto extravagante; no tuvo que hacerle ningún ajuste de tamaño. El diamante guardaba una delicadeza que parecía no buscar ser ostentoso, sino sutil. Ella lo usaba al salir a la calle para momentos específicos, por si tenía la mala suerte de que alguien la fotografiara y así no crear especulaciones estúpidas, pero apenas regresaba a la casa lo guardaba en el cajón. No existía ninguna razón para usarlo más del tiempo necesario.

A las nueve en punto llegaron los especialistas para ayudarla a vestirse y a acicalarse. Dos horas más tarde, las puertas de la Catedral de San Pablo la recibieron.



La razón principal por la que Dominic mantuvo distancia y poca comunicación con Aurora tenía que ver con sus negocios. Tuvo que viajar a Venecia y Roma para hablar con proveedores, así como también atendió largas juntas para determinar los detalles de la construcción de la nueva planta. Sabía que las leyes no se cambiaban de un momento a otro. Pero eso no impedía que le cabreara el hecho de que Sterling hubiera jodido todos los procesos, retrasándolos y encareciéndolos, por la corrupta avaricia.

Pero su falta de contacto con Aurora también tuvo que ver con su necesidad de mantener la mente fría y el autodominio. Este último se puso a prueba el día en el que salieron a cenar con sus padres. La velada había sido una idea de la agencia de relaciones públicas. El director, Osmos Thiel, sugirió que era preciso anclar el concepto de familia vinculado a la marca Langford con una imagen que lo reflejara a la perfección: los padres, su heredero y la nueva integrante de la familia. A regañadientes, y pensando en su posición de CEO, Dominic accedió. Pero, ciertamente, fue algo que él hubiera evitado a toda costa en otras circunstancias.

Cuando vio a Aurora salir de la casa con ese jodido vestido corto de seda, que dejaba entrever con elegancia sus atributos físicos, Dominic apretó con más fuerza de lo habitual el volante. No le dirigió más que frases breves para no caer en la equivocación de decirle exactamente lo que hubiera deseado hacer con ella. La tentación al ver una mujer con curvas de verdad y no tocarlas fue una tortura

durante toda la cena, hasta el final. La sensualidad que había emanado de ella era innata, en especial con el cabello suelto cayéndole, casi hasta media espalda, en ligeras ondas. Lo que hacía más provocativa a Aurora era que parecía no ser consciente al respecto.

Dominic había follado muchas mujeres en su vida, hermosas y hábiles en la cama, pero todas estaban ávidas por complacerlo. Aurora, en cambio, parecía no hallar el momento más próximo para salir y no compartir el mismo espacio con él. Se trataba de un reto silencioso y no intencional. Una carnada sutil que despertaba al cazador. Pero, inevitablemente, sus cuerpos iban a fundirse más pronto que tarde.

Él no tenía la intención de permanecer más tiempo del necesario alrededor de Aurora. Una vez que estuviera embarazada, le asignaría todos los cuidados que un grupo de médicos o enfermeras pudiera proporcionarle, y él mantendría la distancia. Dominic sabía que toda tentación tenía un inicio y un final, así como que él no estaba en la capacidad de ofrecer más que lo estipulado en el acuerdo legal: bienestar económico y procrear. Las novedades perdían el brillo, en especial si se trataba de una obligación contractual con una finalidad específica. Aurora era parte de este grupo.

—Creo que estás en problemas —dijo Cédric. Él había aceptado ser el padrino de boda. Dominic, de pie y con un esmoquin elegantísimo cerca del altar, frunció el ceño—. No la he conocido en persona, aunque espero que Brenda y yo lo hagamos hoy, pero te conozco desde siempre, amigo mío. Esta mujer no tiene una belleza regular ni especial como las que sueles buscar. Aurora Sterling es etérea. La parte más interesante de esta clase de mujeres es que, por más que intentes atraparlas, si deciden esfumarse no lograrás retenerlas. Así que juega bien tus cartas y no hagas idioteces.

Dominic lo miró con enfado y estuvo a punto de insultarlo, pero se contuvo, porque estaba cerca el Obispo. Este había oficiado una de las bodas reales. Un Obispo solo presidía un matrimonio en esta catedral, si las familias eran poderosas e influyentes. Porque, claro, sin importar la religión o culto, el dinero era siempre el rey.

—¿Casarte con una jodida escritora te ha convertido en poeta? —preguntó con sarcasmo, en tono bajo, sin mirar a la entrada de la catedral cuando sonó la música inicial. Era una tradición, algo que a él lo cabreaba seguir, no ver a la novia hasta que llegara al altar—. Porque, además, estás olvidando que me caso para tener un hijo. Esta mujer es un medio para un fin, y ese final llegará en

veinticuatro putos meses.

Cédric sí podía ver la entrada, por ende, a la novia que caminaba hacia el altar.

La catedral estaba llena y decorada con delicada frugalidad para no opacar a la novia. En el centro había varias niñas, entre ellas Candace, que ejercían de floristas.

—No, no soy poeta, pero he aprendido a apreciar el uso correcto de las palabras, pedazo de tonto —replicó de buen humor—. En estas semanas, desde el anuncio de tu compromiso, las imágenes que publican de ella yendo a ese sitio de animales que rescata, saliendo del gimnasio e inclusive disfrutando de un café con una amiga, siempre van acompañadas de palabras amables que resaltan su labor social.

—¿No tienes trabajo que hacer, en lugar de mirar cotilleos? —preguntó irritado—. La elegí porque puede darme un hijo y sabe desenvolverse en público al ser la hija de un político prominente. Además del otro asunto que, tú, tan bien conoces. —Cédric asintió—. Así que Aurora tan solo está haciendo lo que pactamos.

Cédric meneó la cabeza, porque su amigo era obtuso. Desde siempre. Aunque esto se agravó desde el incidente de Jenk, pues había sido brutal y caló profundo.

—Espero que encuentres lo que buscas, Dom —dijo el empresario—, pero si existe algo más allá de eso, al menos considera no apartarte para evitarlo. Por cierto, como tu padrino de bodas, tengo que decirte que es momento de que voltees.

—Sé las razones detrás de lo que está ocurriendo hoy, Cédric —zanjó.

Dominic giró para ver a Aurora del brazo de Bruce.

Por un instante, su cerebro se quedó sin funcionar, porque solo era capaz de observar a la mujer vestida de blanco. Llevaba el cabello recogido en un tocado sencillo. Aunque no era el maquillaje que destacaba su rostro simétrico lo que sorprendía, sino un aura, serena y fuerte a la vez, que emanaba de ella y hacía que cualquier otra persona en la catedral quedara opacada. Pero fueron esos ojos del color de la miel oscura, los que impactaron a Dominic de un modo que lo incomodó.

Las personas solían decir que la mirada reflejaba el alma de una persona. Él no era filósofo ni mierda similar, pero, por un instante, tuvo la impresión de que Aurora tenía la capacidad de ver lo que otras miradas perdían. La sensación fue

extraña y también confusa, porque parecía un embrujo magnético. Él optó por recordarse que este día era solo el inicio de un contrato. Con ese pensamiento, su mente se despejó.

—Aurora —dijo en tono firme y le sostuvo la mano—, qué bonito vestido.

Ella abrió y cerró la boca ante el frío comentario. El calor que había sentido, cuando le sujetó los dedos entre los de él, se apagó y se volvió una ventisca invernal. Sin embargo, esbozó una sonrisa, porque este no era un sueño romántico y era su trabajo actuar en público tal como le enseñaron desde pequeña. Estaban las cámaras alrededor. Todos sabían que Dominic nunca les sonreiría, a menos que le diese la gana. Por eso, a partir de esta mañana, Aurora empezaba oficialmente su acuerdo.

—Sí, bonito también tu esmoquin de Cesare Attolini. Interesante que hayas decidido usar algo especial hoy —replicó reconociendo el diseñador y ocultando muy bien su resentimiento. «A este idiota no le costaba nada ser agradable con ella».

Dominic no pudo evitar esbozar media sonrisa. Los fotógrafos aprovecharon.

—No sería propicio desentonar —replicó.

—Ciertamente —masculló Aurora.

Sus conversaciones cesaron, porque dio inicio la ceremonia. La catedral era magnífica y el sonido del coro, así como el órgano principal, provocaban una atmósfera mística. Los invitados no perdían detalle de las frases de Aurora y Dominic dichas con absoluta certeza. Los votos de matrimonio del novio fueron los estandarizados. Pero la novia, tan solo porque no podía permitirse actuar con el pragmatismo frío que Dominic lograba tan bien, había decidido escribir los suyos.

—Yo, Aurora Julie Sterling, prometo que intentaré tolerarte cuando seas gruñón, en lugar de exigirte que duermas en el sofá. Sé que nuestro vínculo ha sido una sorpresa para todos, pero de alguna manera habría sido inevitable conocernos. Más allá de la fidelidad —dijo mirándolo—, creo en la promesa de lealtad. Intentaré ponerle un poco de color a tu mundo de números —sonrió y él no pudo evitar devolverle la sonrisa—, y también quitarte un poco la adicción al trabajo —terminó.

Los invitados se rieron de gusto por lo bajo. El Obispo hizo un asentimiento.

—No era necesario algo así —murmuró Dominic al oído de Aurora, mientras todos pensaban que era alguna palabra cariñosa—. Pero estás haciendo un buen

trabajo. Los periodistas que han sido invitados van a publicar excelentes titulares.

Ella lo miró con una expresión de decepción que cubrió rápidamente.

—Gracias, procuro cumplir mi parte —replicó con suavidad y apretando los labios. Se preguntaba si su futura suegra habría elegido dar a luz sobre la nieve.

Intercambiaron los anillos y se miraron en una colisión dorada con verde. Al hacerlo, la catedral y sus murmullos se aplacaron. Los invitados desaparecieron. El aroma del incienso esparcido se condensó tornándose casi imperceptible; banal.

Esta parte del ritual se volvió muy íntima de repente, cuando en realidad era tan cotidiana. Aurora contempló sus anillos, el de compromiso y el de matrimonio, brillantes bajo las luces tenues de la catedral. Le parecía una locura la magnitud de lo que estaba haciendo en estos instantes. A pesar de que debería percibir todo esto como erróneo, una voz silenciosa y retorcida le gritaba que tan solo era inusual.

Cuando Dominic sintió los dedos delicados de Aurora sobre los suyos, su instinto fue sujetarle la muñeca y apartarla al instante. Porque la súbita sensación de posesión que se apoderó de él, al notar a esta mujer llevando su anillo ante todos los testigos, fue tan potente que temió no poder controlarla. Pero, por supuesto, la contuvo. Ajeno a los pensamientos o conjeturas de la pareja, el Obispo les sonrió.

—Ahora, por el poder que me confiere la iglesia, yo los declaro marido y mujer —expresó mirándolos a ambos y luego al público que aplaudía—. Pueden besarse.

Aurora contuvo la respiración. Dominic se sentía en una encrucijada.

Ella temió, por un momento, que él iba a largarse y dejarla plantada. Pero la sorprendió al tomarla de la cintura y acercarla contra su cuerpo. Aurora susurró su nombre y Dominic se dijo que esta indulgencia era para las cámaras, por el bien de su futuro como CEO y dar legitimidad a este contrato. Esta era la clase de gesto que podía malinterpretarse y crear lazos innecesarios. Por eso, él jamás besaba a una mujer, sino que la follaba y punto. Pero esta mañana sería imperdonable cometer una estupidez que arruinara el plan. Dominic jamás se salía del guion estratégico. Bajó el rostro y capturó la boca de Aurora con la suya. El contacto fue tan breve que ella creyó que lo habría imaginado, sin embargo, duró lo suficiente para sentir que ambos habían sido impregnados con un fuego que se esparcía por sus torrentes sanguíneos.

La mirada potente de Dominic y la manera en que aún la sujetaba de la cintura, le dejaron saber a Aurora que este beso, breve y firme, no solo había sido muy real, sino muy peligroso. Si en la sencillez de este toque eran capaces de encender una hoguera, ella no quería pensar cuando volviese a ocurrir estando a solas y con todo el tiempo disponible para explorarse. Los vítores de la gente despejaron la bruma.

—Aún nos queda la recepción —dijo Dominic sosteniendo la mano de Aurora, mientras salían de la catedral. Se hicieron algunas fotografías y luego subieron a la limusina que los esperaba para ir al hotel The Dorchester. A esta velada solo estaban convocadas doscientas personas—. ¿Elegiste cambiarte de vestido?

—No, me quedaré con él, hasta que vayamos a tu casa —murmuró—. No tiene sentido cambiarme. De todas maneras, es usual que los novios se marchen antes.

—Mi ama de llaves, Kery, se encargará de ayudarte en lo que necesites —dijo —. El personal que trabaja para mí es discreto y siempre está disponible. Ya saben que hoy llegarás a la casa, así que tendrán todo listo para que te sientas cómoda.

Ella hizo un breve asentimiento y lo miró ladeando la cabeza ligeramente.

—No me habitúo tan rápido a espacios nuevos, pero estoy segura de que, cuando me muestres esta noche tu casa, recordaré los detalles en la mañana —comentó con una sonrisa—. Por cierto, espero que mi colección de zapatos no ocupe demasiado espacio en tu clóset o mis vestidos de noche. Prometo ser considerada.

Él permaneció en silencio y antes de llegar al hotel, la miró.

—Aurora, no vamos a dormir en la misma habitación —dijo—. Así que no tienes que preocuparte por ocupar o no un espacio grande o pequeño en la mía.

Ella abrió y cerró la boca ante el comentario.

—¿Entonces, cómo…? —preguntó ella, sonrojándose—. Mejor olvídalo. No tengo ganas de escuchar lo que vas a decir a continuación, Dominic, porque correrías el riesgo de recibir otra bofetada. No quiero reincidir en un acto de violencia.

—Solo intento ser pragmático —replicó con simpleza.

—Pues tendrás que recurrir a una clase sobre conceptos y filosofía —dijo Aurora, mientras caminaban hacia la recepción—, porque tu pragmatismo, en

realidad, se conoce en el mundo de los seres normales como imbecilidad agravada.

CAPÍTULO 9

Dominic se quitó la corbata y la chaqueta. Después hizo lo propio con el resto de la ropa. Cuando apoyó las manos sobre el mármol blanco de la ducha recordó la razón de que estuviera tratando de congelar su cuerpo con agua helada, en lugar de usar el agua caliente. El beso en la iglesia le había provocado ganas de explorar el sabor de Aurora, pero él se limitó a unir sus labios sin profundizar. Ahora, mientras se agarraba el miembro erecto y lo frotaba con ímpetu, se preguntaba si habría sido un error no haber paladeado un poco de ella. Porque, quizá, si lo hubiese hecho, entonces no tendría la jodida inquietud de querer despejar la duda al respecto. Dominic mantuvo una mano apoyada contra la pared de mármol, mientras sus ojos estaban cerrados y sus dedos libres creaban ondas de movimientos, de arriba abajo, apretando y soltando, el grosor de su longitud. Se imaginó a Aurora desnuda en su cama, con los muslos separados exhibiéndose para él, el coño depilado y los labios íntimos mojados.

Pensó en esas tetas espléndidas con pezones erectos, mientras ella jugueteaba con ambos, al tiempo que él se acercaba. Imaginó inclinarse para morderle los contornos de los montículos blancos y antes de que ella pudiera hablar, penetrarla en una embestida. Escuchar los jadeos, los gemidos y un aullido de ligero dolor al ser ensanchada por su pene. Dominic estaba a punto de correrse con toda la escena que conjuraba su mente. Aceleró los movimientos de los dedos. El agua fría no hacía nada para aminorar el calor que sentía su cuerpo. Siguió bombeando su propio miembro.

Al cabo de pocos segundos, al evocar el rostro de Aurora, soltó un gruñido de placer. Su semen se vertió con potencia contra el mármol y se mezcló con el agua. Dominic respiraba agitadamente y cerró el grifo. Las fantasías no eran realidades, así que en ese ámbito era el único en el que se permitía indulgencias. Lo anterior no inhibía el enfado de que no hubiese podido mutar el rostro de Aurora por el de otra mujer, al momento de correrse. Salió de la ducha y se rodeó la cintura con una toalla.

Las gotas de agua caían desde sus cabellos, recorriéndole la piel que cubría músculos trabajados a base de disciplina y ejercicio continuo. Después de secarse con rapidez se puso unos *chinos* color negro y salió descalzo de su habitación. Ya era casi la una de la madrugaba. Había regresado con Aurora del hotel una hora atrás.

Su equipo de trabajo en la casa lo había esperado para recibir a la mujer que él presentó como su esposa. Esto fue lo más inverosímil que salió de su boca, pero también sintió un toque posesivo al expresarlo, a pesar de saber que el contrato era de solo veinticuatro meses. Una vez que Dominic le mostró a Aurora la casa, y los empleados le explicaron a ella qué funciones tenían y cómo podían ayudarla si lo requería, los nuevos esposos se quedaron a solas. El personal tenía libre el resto del fin de semana. Ellos ignoraban que el matrimonio era una farsa y era mejor así.

Ni Dominic ni Aurora hicieron el intento de hablar con el otro. Después de haber bailado juntos, tolerado las fotos tradicionales, imbecilidades como él las denominaría, y charlado con sus invitados, lo que más necesitaban era un espacio alejado del otro. El día había sido largo para ambos. De hecho, después de murmurar un “buenas noches”, ella se había marchado a la habitación que le habían asignado. Se trataba de un espacio elegante, confortable con *walk-in* clóset, con un balcón que daba al patio exterior, una cama moderna con cuatro postes elegantes y un escritorio con toda la tecnología necesaria por si le apetecía trabajar o investigar desde casa.

Dominic necesitaba un hijo y así consolidar su posición como CEO. Pero el factor más importante de todos era saber la verdad de su pasado. Saber por qué, en la foto de la biblioteca de Bruce, con la casa en la que Aurora vivió de pequeña como fondo, aparecía su Game Boy. El mismo que su hermano tuvo el día que desapareció. Un investigador privado le había mencionado, semanas atrás, que la propiedad no fue de los Sterling, sino que estaban rentándola a Nigel McCarran, el que fue mentor de Bruce y quien lo entrenó para que llegara a convertirse en la figura política de ahora.

Pero McCarran estaba muerto, así que acceder a él no sería posible.

Así que Dominic necesitaba ser astuto para indagar. Por eso Aurora era su boleto para acceder a información personal sobre Bruce. Aunque no creara lazos con la belleza de cabellos de seda, la podía considerar su aliada. A menos que la mujer supiera datos sobre la corrupción de Bruce, datos que inclusive podrían darle a Dominic un indicio para rasgar la telaraña que cubría los rastros de Jenk, y estuviera ocultándolos a propósito. A veces, sin importar las canalladas, la lealtad de un hijo era a prueba de balas. De ser el caso, él aplicaría la misma perfidia, que empleaba contra las alimañas que intentaban hacerle jugarretas sucias, en Aurora. En el caso de Bruce, el hijo de perra iba a quedar en escombros, pero cuando Dominic lo decidiera.

Dominic decidió enfocar su mente en los negocios y quemar las neuronas productivamente. No podía distraerse o agotarse yendo al gimnasio de la casa, porque tenía que levantarse temprano y organizar varios asuntos, antes de ir al club de hípica. El campeonato era patrocinado por Langford Creations, así que no podía evadir presentarse. Aunque la sociedad supiera que estaba recién casado y pudiera cuestionar por qué no se había ido de Luna de Miel, ya la agencia de relaciones públicas había dejado entrever que él y su esposa viajarían a Italia próximamente. Por supuesto, ese viaje no tendría que ver con unas putas vacaciones, sino con LangTex y proveedores de telas en Milán. Estos últimos eran importantes para mantener el flujo productivo.

Él agarró una camisa y se la puso sin abotonar.

Resolvería el tema de trabajo con rapidez y luego subiría a descansar.

Dominic tenía que responderle al propietario de una compañía mercante en el puerto de New Jersey. La propuesta económica era estupenda y quería tener ventaja sobre sus demás competidores. Avanzó por el corredor y notó que la puerta de la habitación de Aurora estaba abierta de par en par. No podía evitar pasar por esa zona, pues tendría que ser Spiderman para usar una telaraña y así ir directo a la planta baja.

Cuando estaba a punto de pasar de largo escuchó unos gemidos que lo hicieron detenerse de manera abrupta. Parecían quejidos frustrados. Debido al silencio reinante, el ligero sonido de la cama, como si alguien estuviera agitándose en ella, fue audible. Dominic apretó los puños a los costados al imaginar que, probablemente, Aurora estaría haciendo lo mismo que él minutos atrás. «¿Por qué carajos la mujer no tenía el sentido común de cerrar la jodida puerta?», se preguntó cabreado al escucharla gemir nuevamente. Con la intención de cerrar de un portazo y ahogar esos sonidos, él se acercó y agarró la perilla dorada. En ese instante, ella se levantó de la cama.

—¿Qué haces aquí…? —preguntó Aurora mirándolo sorprendida.

Estaba sonrojada. El cabello lo tenía despeinado. El vestido arrugado. Respiraba de manera agitada y estaba descalza. Tenía una pátina de sudor en la frente.

—Eso es lo que debería estar preguntándote a ti, ¿qué demonios estás haciendo, Aurora? —preguntó observándola—. Al menos usa el sentido común de cerrar la maldita puerta cuando estés masturbándote —dijo él en tono acerado.

Ella abrió y cerró la boca con incredulidad.

—¿Crees que tengo tendencia a hacer algo tan privado con la puerta abierta? —preguntó fastidiada y también abochornada que Dominic hubiera pensado algo así, en especial cuando no era verdad. Él llevaba la camisa abierta y sus abdominales eran visibles. Procuró no fijarse en esos detalles—. ¡No sé de dónde sacas esas ideas!

—No tengo ninguna creencia en particular sobre ti, Aurora. Estaba citando hechos obvios —replicó con la mano aún sobre la perilla y apretándola con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Te dejo para que sigas en tus asuntos. Esta vez cerraré la puerta. Recuerda que mañana es el evento en el club de hípica, así que intenta no extenuarte demasiado con tus actividades autocomplacientes —dijo con tono burlón y luego se movió para cerrar tras de sí —. Buenas noches.

—¡Dominic, espera! —exclamó cuando él estaba a punto de marcharse. Él se giró para mirarla enarcando una ceja y esperó a que hablara—. No me estaba mast… —meneó la cabeza sin terminar la frase—. El ama de llaves no está y he tratado inútilmente de desabrochar los botones de la parte de la espalda del vestido.

Él frunció el ceño al comprender lo que ella había estado tratando de hacer en la cama. Todo cobró sentido. Pero no implicaba que los gemidos, ahora entendía que fueron de frustración, no hubieran causado que su miembro empezara a endurecerse.

—Puedes utilizar unas tijeras —dijo señalando el escritorio que estaba en una esquina—. Así cortas el vestido por la mitad y puedes salir de él. Algo sencillo.

Aurora contó mentalmente hasta cinco, luego esbozó una sonrisa.

—¿Por qué habría de destrozar mi vestido de novia si es tan hermoso? —preguntó meneando la cabeza—. Las cosas lindas deben conservarse. No importa la razón por la que llegan a nuestras manos, Dominic. No voy a usar las tijeras.

—Es solo un vestido como cualquier otro —replicó manteniendo la distancia.

Con un aspecto impecable, la mujer era una belleza que robaba el aliento. Pero con esta imagen descuidada y menos perfecta, sumada a su sucia concepción de que ella estuvo tocándose y dándose placer a sí misma, resultaba devastadora. Esto no era lo que necesitaba en su mente, menos cuando tenía asuntos de negocios esperando.

—Dominic —dijo ella con amabilidad—, sé que solo es un vestido, así como también que la ocasión no tiene el significado real que hubiese adquirido en

otras circunstancias. Sin embargo, es mí vestido y quiero conservarlo. ¿Puedes ayudarme? —preguntó, porque no existía otro modo de lograr quitárselo. Destruir el vestido le parecía un crimen. Aunque no lo conservara, al menos podría venderlo a una tienda de segunda mano y otra mujer, con recursos limitados, lo compraría para su boda.

Ella trataba animales que venían de las calles, heridos, maltratados, traumatizados y necesitados de consuelo. Le encantaban los procesos en los que podía verlos florecer, surgir de entre la calamidad y convertirse en seres ávidos de dar amor, así como de recibirlo. La transformación que lograba era una sensación que le llenaba el corazón a diario. Por supuesto, Aurora no conocía cuáles eran los traumas de Dominic, ni podía compararlo con un animal. Pero se atrevía a decir que algo trascendental tuvo que ocurrirle para instarlo a ser tan cortante y buscar distancia.

Su curiosidad iba a traerle problemas, lo sabía, aun así, no podía evitar querer descifrarlo. ¿De verdad era tan pérfido como lo retrataban en la prensa? ¿De verdad no tenía remordimiento cuando destruía a otros empresarios para ampliar su propia influencia? «Tenía que existir algo detrás de su frialdad», pensó. Por otra parte, intentó fingir que no había notado que él estaba recién duchado y que parecía haber salido de una sesión fotográfica de alguna marca de perfume de lujo. Los pies de un hombre nunca fueron un detalle importante, pero este hombre tenía unos varonilmente sexis.

—Ayudarte, ¿a qué, Aurora? —preguntó apretando los dientes. Lo que necesitaba era largarse y dedicarse a trabajar unos cuantos minutos—. No veo que estés en aprietos. Tampoco han anunciado el fin de los tiempos. No hay extraterrestres a punto de secuestrarte. Te acabo de dar la solución más obvia, así que no hay nada que pueda hacer o me interese hacer por ti —dijo con aspereza.

Ella esbozó una sonrisa y él se sintió más tenso todavía. Otros, ante su tono de voz, ya hubieran optado por apartarse de su alrededor o aceptar que no eran bienvenidos. Esta tozuda mujer hizo algo distinto. No imaginó que ella se acercaría.

—Algo lógico y sencillo, Dominic —replicó con suavidad.

Como si, efectivamente se tratara de un animal irascible, Aurora decidió caminar despacio hacia él. Tal como le enseñaron en África que se hacía con los leones, dejados en abandono por su manada o mal heridos, que eran reacios a permitirle a los veterinarios ayudarlos. Ella no rescataba seres humanos, ni pretendía hacerlo, porque había aprendido que cada persona era responsable de

sus propios demonios. Pero, al tener un matrimonio de dos años con el que lidiaría a partir de hoy, al menos pretendía que fuese civilizado. Amable. Para eso intentaría comprender a esta pantera salvaje que inundaba la estancia con su aura demandante y una belleza viril.

—No veo nada lógico en tu cercanía —dijo como si ella fuese un incordio.

Aurora soltó una exhalación. «Este hombre era insufrible y atractivo a la par, en un modo que debería ser castigado por la ley». Siempre estuvo rodeada de hombres poderosos, influyentes y guapos, pero ninguno podía entrar en la misma categoría de Dominic. Esto era inquietante, porque él era un referente en sí mismo. Iba a tratar de habituarse a sobrellevar sus inseguridades ante alguien con tanta experiencia. Además, no lograrían tener un hijo si él erigía una muralla y ella optaba por mandarlo al demonio. «Qué suerte haberme decidido a inscribirme en clases de boxeo», pensó.

—Solo quiero que liberes los botones, porque estoy incómoda —dijo mirándolo cuando quedaron cerca—. No quiero más de ti. Hazlo, por favor. No pretendo dormir con este vestido, menos destruirlo —pidió y le dio la espalda.

Él permaneció en silencio varios segundos. La petición era inocente; no existía malicia o segundas intenciones en el tono de voz de Aurora ni en su forma de actuar.

No sabía si eso lo irritaba o lo complacía. Las mujeres que conocía trataban de aplicar trucos estúpidos para llamar su atención o hacerse notar. Pero Aurora era su esposa, porque así lo había decidido él, sin importar las putas razones. Y, en realidad, no había nadie que pudiera ayudarla a desabrochar el vestido. En otra circunstancia, Dominic se lo habría arrancado sin importarle que hubiera quedado hecho girones.

«Autodominio», se dijo, mientras ella se sujetaba el cabello con ambas manos y lo elevaba para que, las mechas sueltas, no se entrometieran en su labor. Ella dejó al descubierto el cuello delicado y la piel de seda de los hombros apenas cubiertos por dos tirantes hechos de un material frágil. Dominic empezó a desabrochar el primer botón. Después el segundo. Al hacerlo, sus dedos tocaron la piel. La sintió temblar.

Ambos permanecieron en silencio, mientras él continuaba la tortuosa labor.

La sintió dar un respingo cuando llegó hasta la mitad de la espalda y el vestido se abrió dejando más carne a la vista. Dominic apretó los dientes, porque la tentación de deslizar su lengua de arriba abajo en la columna vertebral, recubierta de una piel de seda al tacto, era muy fuerte. «Debería agarrar la

maldita tijera y rasgar el resto», pensó. Cuando llegó al último botón, el que quedaba justo sobre la espalda baja, se detuvo.

—¿Dominic…? —preguntó en un susurro quedo.

—Shhhh —replicó trazando con la yema del dedo el camino desde la nuca, hasta el final de la columna. Lo hizo con lentitud deliberada, mientras sus dedos se llenaban de satén vivo—. Queda tan solo un botón —dijo con voz profunda.

Ella sentía todas sus terminaciones nerviosas unidas a un interruptor eléctrico que él activaba, no solo con su cercanía, sino con ese toque que descargaba ondas que llegaban hasta su centro. Podía escuchar la respiración de Dominic, porque era tal el silencio, que ambos eran capaces de percibir el más mínimo cambio físico en el otro.

—De acuerdo…—susurró tragando saliva. La tensión en la habitación era parecida a un hilo invisible, tirante, y que estaba próximo a romperse—. Gracias.

Dominic sostuvo el botón color marfil entre los dedos. Se inclinó, aprovechando que ella mantenía las manos elevadas sosteniéndose el cabello, y sucumbió a las ganas de morderle el cuello con suavidad. Ella soltó un jadeo quedo.

Él sintió ese sonido directo en su miembro; la vibración de una caricia. Su cerebro lo obligaba a largarse, pero sus impulsos, tan manipulados por Dominic a lo largo de los años, le exigían que se dejara de mierdas e hiciera algo en este momento.

—Solo uno —dijo él dejando desnuda la espalda. Al hacerlo, la prenda quedó lo suficientemente floja para tener un vistazo del tanga blanco que ella llevaba puesto. Podía ver el contorno superior de las perfectas nalgas y cuyo tacto él ya conocía—. ¿Esta es tu forma de hacer lo más real posible algo que no lo es? —preguntó cerca del lóbulo de la oreja. Le dio un mordisco y ella contuvo la respiración, excitada.

—Me visto para mí… —susurró insegura y en tono defensivo. Sabía que sus curvas eran plenas. Lo más probable era que su trasero se viese más grande de lo usual en esta postura—. Ya puedes marcharte, Dominic. Del resto me encargo yo —dijo.

Él frunció el ceño. El tono de voz que ella estaba empleando era similar al de una disculpa. «¿Por qué estaba haciéndolo?», se preguntó de repente intrigado.

—No soy un lacayo al que puedes decirle cuándo irse, *esposa* —replicó en tono firme—. ¿Quién te hizo avergonzar de tu cuerpo, Aurora? —preguntó

enfadado.

—No sé de dónde sacas esos comentarios —replicó temblorosa cuando sintió las manos acariciándole los costados, hasta que los dedos le tomaron las muñecas, obligándola a bajar los brazos. Al hacerlo, los tirantes, que aún se mantenían sobre los hombros, se deslizaron hacia abajo, prácticamente en cámara lenta, al tiempo que también el vestido caía en un frufrú de seda y tul a los pies de ella—. Dominic…

—No deberías avergonzarte de las curvas que tienes —le dijo al oído y posando una mano sobre las nalgas y acariciándolas—. Son jodidamente tentadoras. Pero ¿sabes cuál es el problema con eso, Aurora? Que sucumbir sería un error.

Ella tragó saliva, consciente del calor que emanaba de Dominic. La forma en que estaba tocándola era casi reverencial, pero cruda al mismo tiempo. Como un pecado cometido a medias y que, más pronto que tarde, podría desatarse con fuerza.

—Porque son muy grandes… —farfulló para ella cerrando los ojos.

Dominic escuchó, por supuesto. Se cabreó al recordar lo ocurrido en su oficina, un mes atrás. No hacía falta ser un erudito en psicología para sacar la conclusión de que el bastardo que la había lastimado, no solo lo hizo físicamente.

—Porque son reales —replicó contra su cuello y aspirando el aroma de ella. Le gustó sentir cómo la piel de Aurora se erizó—. ¿Quién te hizo daño para que dudaras de ti? —preguntó en un tono lleno de furia—. Exijo saber su nombre.

—N… no quiero hablar de eso —dijo temblando cuando sintió las manos de Dominic subir por sus costados, hasta quedarse sobre el broche del sujetador.

—Lo harás en algún momento y me dirás el nombre del hijo de puta —afirmó.

«Tal vez, en un contexto distinto, ella podría sentirse lista para hablarlo, pero no sería esta noche», pensó Aurora. Porque no solo fueron los golpes y las humillaciones vividas, sino lo que perdió a manos de Scott: su seguridad como amante y la capacidad de entregar sin miedo su confianza plena en una relación otra vez.

—No hablaré de mi pasado si antes, tú, no accedes hablar sobre el tuyo —dijo. No era el momento de negociar con él, pero usó la oportunidad que se le presentaba.

Él le sujetó la nuca y se la masajeó. Ella soltó un gemido quedo de gusto.

—¿Quieres que me detenga? —indagó Dominic, en lugar de responderle.

Aurora entendía que este hombre no hacía solicitudes en su mundo. Él tomaba, actuaba y ejecutaba según sus convicciones o intereses. Sin embargo, notaba, en su tono de voz, que sí existía interés genuino en tener su consentimiento. Como sobreviviente de violencia de género, sintió resquebrajarse una de sus murallas. Dominic era enérgico, demandante y controlado, pero no se sentía en peligro físico.

Ella hizo una negación, meneando la cabeza con suavidad.

—Palabras, Aurora —dijo con firmeza—. No quiero arrepentimientos.

—No quiero que te detengas, Dominic —susurró.

Apenas terminó de pronunciar la última palabra, él le desabrochó el sujetador y este cayó al suelo. Ella hizo el intento de cubrirse, instintivamente, a pesar de estar de espaldas a Dominic. Él le agarró las manos antes de que ella lograra su cometido.

—Estás bajo mi dominio, así que vas a obedecer lo que te diga, Aurora —dijo en tono firme—. ¿Te ha quedado claro? No te vas a cubrir. No tienes por qué. Deja que tus tetas caigan libremente —expresó porque, al ser más alto y desde la posición en que estaba, podía ver los exquisitos montículos. Habría sido erótico pedirle que se tocara, pero eso lo pondría al límite. Prefería no crearse encrucijadas innecesarias.

Ella se pasó la lengua sobre los labios. Nerviosa. Inquieta. Ansiosa. No sabía cómo controlar el modo en que su cuerpo se rebelaba, porque quería ser acariciado. Pero sus aprendizajes instintivos de protegerse la instaban a cubrirse de inmediato.

—Dominic… —murmuró—. Lo que pides no es tan sencillo.

Él le mordisqueó el cuello y ella jadeó.

—Si acaso te duele será de la mejor manera —dijo en tono oscuro y sensual. Ella dejó caer las manos con suavidad—. Veamos qué tan mojada estás hoy. Consciente de que soy yo quien va a tocarte, Aurora. ¿Eso te queda claro? —preguntó sin esperar respuesta, mientras le tomaba ambos pechos con las manos desde atrás.

«Oh, Dios… La última vez que había sentido algo así fue con él. Un mes atrás», pensó Aurora, mientras se permitía, poco a poco, embriagarse de Dominic.

—Queda… Sí… Queda claro —jadeó cuando él empezó a juguetear con los pezones, rodándolos entre los dedos, halándolos, primero suave y luego con dureza —. La manera en que me tocas… Hace tanto que… Oh —gimió cuando él haló de nuevo ambos picos duros y los estrujó entre las yemas de los dedos—. Eso se siente…

—¿Cómo se siente, Aurora? —preguntó en tono exigente.

—Doloroso… Magnífico… No lo sé —murmuró perdida en las sensaciones.

—Recuerda quién está tocándote, Aurora Langford —dijo en tono posesivo.

Dominic sintió el peso de las tetas entre sus manos, amasándolas y torturando los picos erectos. Ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro masculino, y también dejando el peso de su cuerpo sobre el de él, mientras permitía que se tomara las libertades que quisiera con sus pechos. Él continuó sus caricias intensas y lascivas.

—Tienes unas tetas muy ricas. Me gustaría probarlas alguna vez —dijo, porque chupárselas esta noche implicaría que él iba a disfrutar. Pero sería una indulgencia que no merecía, porque ya se había permitido llegar hasta este punto con ella. Era momento de contenerse—. ¿Te gustaría que te las chupe duro o suave? ¿Mmm?

Ella abrió y cerró la boca. Nunca nadie le había hablado así.

—Yo…

—Esa no es una respuesta —dijo apretándolo los pezones duro. Ella gimió.

—Duro —susurró con un jadeo.

—Mmm, interesante —replicó. Su mano izquierda se mantuvo acariciándole los pechos, mientras la derecha empezó a recorrer el camino del torso, pasando por el abdomen, hasta llegar al Monte de Venus—. Veamos qué tenemos aquí —le dijo.

Aurora quería girarse y mirarlo. Quería saber si la observaría con el mismo anhelo con el que estaba tocándola o si sería diferente. Las palabras y el roce de Dominic, juntos, la hacían sentir sexy. Proviniendo de un hombre con tanta experiencia como él, le parecía una reafirmación inesperada y un subidón de adrenalina. No quería pensar a futuro, pero, en algún punto tendrían sexo. No pudo evitar preguntarse si sentiría igual si estuvieran frente a frente, en unas condiciones distintas a la de semanas atrás. Todos sus pensamientos se evaporaron súbitamente cuando los dedos de Dominic le apartaron el minúsculo triángulo de seda y le tocó el sexo. Lo escuchó gruñir y también mover la

erección contra sus nalgas. Le abrió los pliegues con los dedos, los frotó, palpándole la suavidad y acariciando los contornos.

—Dominic… —jadeó con abandono. El sexo le palpitaba. Parecía haber recobrado el brío con el que estaba dispuesto a latir ante la anticipación del placer.

Él le recorrió el contorno de la oreja con la lengua. La sintió estremecerse.

—Exactamente, yo soy el único hombre que está tocándote. No hay espacio para que en tu cabeza surja otro —dijo frotándole el clítoris—. ¿Te has estado tocando al pensar en cómo sería si volviera a palparte? —preguntó con suficiencia.

Ella estaba excitada, pero no iba a elevar el ego de Dominic.

—No formas parte de mis fantasías —replicó con determinación, pero esta salió con un gemido ahogado cuando dos dedos se hundieron en ella—. Joder…

Dominic esbozó una media sonrisa que Aurora no podía observar.

—Pero la idea de que te penetre y te llene, hasta lo más profundo te excita, ¿verdad, Aurora? ¿La posibilidad de que me entierre, hasta el punto más sensible de ti, y derrame mi simiente te agita? —preguntó, entrando y saliendo con rapidez usando los dedos. En ningún momento dejó de acariciarle los generosos pechos, alternando uno y otro con la mano izquierda. Ella emitía gemidos y jadeos. Si continuaba contoneando el trasero contra su erección, él corría el riesgo de eyacular—. ¿Mmm? —preguntó regodeándose en su capacidad de deshacer a esta mujer en susurros, gemidos y gritos de gozo, mientras él dominaba sus propios instintos con maestría.

—Mis pensamientos tienen asuntos más importantes en los cuales fijarse —dijo en tono desafiante. Lo sintió sonreír contra su cuello—. ¡Dominic! —exclamó cuando tiró de su pezón y esos dedos dejaron de entrar y salir de ella. A continuación, él empezó a masturbarla sin penetrarla. Usó los fluidos alrededor de sus labios íntimos para lubricarla más, mientras hacía círculos aleatorios y la frotaba de arriba abajo.

Ella abrió y cerró la boca, porque las sensaciones eran demasiado fuertes. Ahora comprendía que existía una diferencia abismal entre ser tocada por un hombre de su misma a edad, a sentir los toques de un hombre que tenía más experiencia. Que sabía lo que quería, lo que podía exigir y carecía de reparos para buscarlo o demandarlo. Aurora no logró entender el súbito enfado, al pensar en todas las mujeres que habrían pasado por las manos de Dominic para que él tuviera esta destreza. Pero desplazó esos pensamientos estúpidos y le permitió a

su entusiasta libido disfrutar.

—Vas a correrte cuando te lo ordene, Aurora, ni antes ni después —dijo.

—No es… No es algo que pueda controlar… —expresó temblorosa. Esto no era lo que había imaginado que ocurriría al pedirle un simple favor—. Esto…

La respuesta de Dominic fue dejar de tocarla y darle una palma en la vulva.

—Lo controlo yo —dijo él con voz firme y gutural—. ¿Lo entiendes?

—Dominic… —gimió. Jamás le habían hecho algo así. Un azote. Un golpe. Pero no estaba diseñado para castigarla con dolor, sino todo lo opuesto—. Oh, Dios.

Él volvió a azotar la vulva dos veces y ella soltó un grito de abandono.

—¡Responde, Aurora! —exigió dándole toquecitos mojados en el sexo, pero sin hundir los dedos en ella de nuevo. Dejó también de tocarle las tetas—. Contesta.

En lugar de sentirse en riesgo, amenazada o contrariada, Aurora concebía a esta experiencia como una totalmente diferente a las vividas previamente: sexy. Estos gestos no estaban destinados a lastimarla; las palabras de Dominic no la humillaban, sino que provocaban un efecto diferente: alentador, sexual, crudo y demandante.

Sintió que estaba disfrutando. Que no se reprimía. Que sus alas volvían a crecer. No podía emprender el vuelo, pero, al menos, la perspectiva del viaje ya no la instaba a desear mantener las alas cortas ante un vasto cielo de posibilidades. Sexo.

—Sí, sí, lo entiendo —dijo y de inmediato soltó un grito de placer cuando los dedos masculinos empezaron a moverse con pericia, hasta que sintió la descarga intensa que era la antesala del orgasmo—. Dominic… Necesito… Oh, sí. Así…

—Tú, solo necesitas lo que estoy dándote, Aurora —dijo autoritario y le sostuvo una teta, apretándola en la medida que podía abarcarla, mientras aumentaba la velocidad del movimiento de sus dedos—. Córrete, ¡ahora! —le gruñó al oído.

El cuerpo de Aurora no le pertenecía, porque solo era capaz de seguir los comandos de la voz masculina que rugía en su oreja con intensidad y lujuria. Sus paredes empezaron a contraerse alrededor de los dedos de Dominic, ella soltó un gemido de abandono. Su cuerpo se volvió laxo, pero tenía el apoyo de la sólida pared de músculos en el que se sostenía. Toda su anatomía pareció dejar de lado meses acumulados de estrés, como si hubiera roto una parte de la cadena que lo

mantuvo cautivo del pasado. Era una pequeña gran victoria, pero también la hacía vulnerable.

—Oh, Dominic… —gimió ella sin importarle su entrega lánguida al placer.

Los colores que veía con los ojos cerrados eran indescifrables. Sentía su vagina aún contrayéndose en los últimos resquicios de un orgasmo inesperado, natural y provocado por un hombre que no debería causarle tantos cortocircuitos. Poco a poco, sintió que regresaba al presente. Las manos de Dominic continuaban acariciándole el cuerpo: el sexo, con suavidad, dándole golpecitos; las tetas, con controlada lascivia.

Cuando la realidad se apropió de Aurora ella abrió los ojos. Dominic apartó los dedos de su cuerpo. Ella intentó girarse entre sus brazos, pero él la detuvo.

—No lo hagas —ordenó manteniendo a duras penas el control.

—¿Por qué no quieres que me gire, Dominic? —preguntó en tono vulnerable.

—Porque te follaría y mañana vas a arrepentirte —replicó—. Acepta la idea de que no tengo sexo como esperarías. Me gusta controlar a la mujer que está conmigo. No causo daño físico, pero se hace lo que yo digo y el alivio solo ocurre cuando yo así lo permito —expresó severo—. Lo que acabo de hacer ha sido una rara excepción, porque vienes de una realidad distinta a las mujeres con las que suelo acostarme. Aprende a seguir órdenes o nunca vas a volver a tener placer conmigo.

Ella lo miró por sobre el hombro. No le gustó el recordatorio de otras o su experiencia al respecto. No le agradaba que la incluyeran en el mismo saco que el resto. Contuvo las ganas de agarrar el vestido y cubrirse. «No te avergüences de ti».

—¿Qué clase de órdenes…? —preguntó, en lugar de referirse a las “otras”, porque no tenía ningún sentido—. No soy obediente y hago lo que se me da la gana. Así que borra esa idea ridícula de tu cabeza, Dominic. Tampoco me hables como si me acabaras de hacer un favor al tocarme como lo hiciste, porque sentí tu erección contra mis nalgas. Si no te has corrido no ha sido por falta de incentivo, ¿o sí?

Él sonrió de medio lado. Le gustaba la vista que tenía: ella con la espalda desnuda, las nalgas firmes en un tanga, la silueta de la cintura marcada y el perfil de Aurora. Ciertamente, este había sido un gran logro para su autocontrol. Se sentía satisfecho de haberlo mantenido, a pesar de la gran tentación que era esta mujer.

Solo existía un modo de follar con ella sin crear una conexión. Se lo mostraría, poco a poco, en la medida en que se sintieran más cómodos juntos. Este preámbulo pintaba muy bien. Dejarla embarazada no sería un asunto clínico, lo comprendía y sabía que podría lidiar con mantener la distancia. Como ahora. Pero no iba a permitir que ella destruyera su coraza de control con gemidos eróticos o su cuerpo de sirena.

Llevaba años de práctica. Aurora era maleable entre sus manos. Como lo sería cualquier otra amante. La diferencia es que ella llevaba su apellido y pronto, a su hijo.

—Acabas de tener un orgasmo cuando te dije que lo hicieras, no antes. Esa es la parte de la obediencia, Aurora —expresó con satisfacción—. Lo volverás a hacer. Te podría desnudar en este momento y penetrar tu carne, hasta que, cuando termine contigo, estés dolorida. Pero cada vez que camines recordarás quién ensanchó las paredes de tu sexo, mientras gritabas en éxtasis —dijo mirándola de arriba abajo—. Lo más interesante será que, antes del clímax, no podrás correrte si yo no lo permito.

Aurora sentía en su cuerpo como si él hubiera hecho esas palabras realidad.

—¿Ahora eres tú quien lanza desafíos? —preguntó ella cubriéndose los pechos con los brazos, pero sin girarse. No podía hacerlo, porque sabía que el triángulo de su tanga estaba tan mojado que dejaría traslucir sus labios vaginales con claridad. Por una noche esto, sin ser planeado, había sido más que suficiente para cerrar un largo día.

—No, Aurora, expongo realidades. Respondiendo a tu absurda pregunta: si no he tenido un orgasmo no ha sido por falta de incentivos —la miró desde las piernas, las nalgas y la espalda—, sino todo lo contrario —dijo con media sonrisa, enigmático. No iba a revelarle a esta mujer lo que podría suceder entre ambos. Sin embargo, cuando llegara el momento, ella tendría la certeza y la reafirmación de que él no iba a causarle daño físico—. Sé que tendrás un sueño reparador. Por cierto, saldremos al club a las once de la mañana —concluyó dejando la estela de su colonia al salir.

Aurora permaneció de pie, saciada, aturdida, pero aún excitada.

Este preámbulo con Dominic acababa de abrir, inesperadamente, la represa que contuvo sus emociones, sensualidad y deseos, durante dos años. Estos se habían descongelado y empezado a fluir con una intensidad que la sobrepasaron. Su curiosa naturaleza la instó a querer explorar más, pero su orgullo y la voz de la razón le impidieron hacer algo al respecto. Acababa de comprender que

Dominic tenía la capacidad de enloquecerla de placer, tan solo con sus dedos y sus palabras. Lo cual implicaba algo peligroso cuando fuese toda la fuerza de su cuerpo, la recia pasión y su voz demandante juntas dedicadas a ella, en la cama o en el sitio que fuese. Si no era cautelosa y abría las puertas equivocadas, Aurora podría estar ante un desastre mayor del que no habría retorno. Ella tenía sueños por cumplir y era mejor recordar que podía disfrutar del matrimonio, honrar su acuerdo, pero jamás involucrar su corazón.



Dominic tuvo que leer dos putas veces el mismo correo, porque en sus dedos permanecía impregnado el aroma del sexo de Aurora. En su tacto aún sentía el peso magnífico de las tetas, el tacto del coño suave y su memoria recordaba la cadencia de sus jadeos y el grito del orgasmo. «Iba a ser una larga madrugada si no se daba prisa».

Todo lo que salía de sus planes, lo enfadaba. Sin embargo, la justificación de sus acciones al haber tocado a Aurora y llevarla al orgasmo, consistía en que la mujer era su esposa por una razón y todo lo que hiciera por ese objetivo era válido. Él no estaba seguro de creerse su propio argumento, pero le sirvió para trabajar rápidamente, antes de regresar a su habitación. Su mente al fin estaba al mando de las riendas. Cuando pasó por la puerta de Aurora, para ir hacia la máster suite, vio la luz apagada. Soltó una exhalación queda de alivio, pues no estaba seguro de que se hubiera reprimido de no abrir la puerta para hacer lo que anhelaba: follarla y hundirse en ella.

«Vaya mierda», pensó cerrando los ojos antes de quedarse dormido.

CAPÍTULO 10

No quería dejar ir a Cute Paws, pero Trisha insistió en que se tomara unas merecidas vacaciones para disfrutar de su matrimonio. Aurora no pudo contradecirla, porque hubiera resultado inverosímil que una recién casada rehusara estar con su esposo. El único motivo que aligeró su conciencia, al optar por no ir al refugio unos días, tuvo que ver con el depósito de cuarenta mil libras esterlinas que recibió de su fideicomiso.

Fiel a lo estipulado en el contrato, el dinero se registró en su banco el mismo día en que se casó. Aurora iba a repartir la cantidad entre sus beneficiarios: Cute Paws, Bella Bell y Grunch Love. El monto más grande sería para el primer refugio, porque estaba en condiciones críticas y tenía muchos pagos atrasados pendientes. Pero las carencias en Cute Paws eran complicadas y requerían un flujo económico estable. Los planes de sus colegas, para reunir dinero extra cada mes eran estupendos, mas no serían sostenibles a largo plazo. Además, todos se terminarían desgastando. Por eso, Aurora sabía que era indispensable reunirse con la coordinadora de la Gala Thames.

Pero sus asuntos pendientes eran muchos y no podía resolverlos al unísono. Sabía que era algo que le tomaría tiempo: planificar, coordinar, financiar y ejecutar.

Aurora optó por concentrarse en el presente: el club de hípica Gold Triple Crown. Para la ocasión había elegido un vestido de tono menta que llegaba justo debajo de la rodilla, botines de tacón bajo Gucci para estar cómoda y *chic*, además de aplicarse poco maquillaje. Optó por recogerse el cabello en media coleta. Este era su estilo natural, no le gustaba sobrecargar su atuendo. Sabía que tenía un rol que cumplir: ser la contraparte a la hostilidad, indiferencia y arrogancia de Dominic ante la prensa u otras personas. Aurora dominaba la interacción social como si fuese una segunda parte de su naturaleza, porque tenía años de práctica gracias a su madre.

A su lado, Dominic lucía muy apuesto con pantalones y camisa blanca que se ajustaban a sus músculos. Pero nada de eso se equiparaba al aura de dominio que, aún en un espacio abierto y lleno de gente, resultaba magnética. Él saludaba con distante amabilidad a quienes lo felicitaban por el matrimonio o trataban de hacer conversación. Aurora notaba que la gente, cuando tenían la atención del

millonario, parecía cautivada e intentaban obtener su aprobación con comentarios lisonjeros. Como el principal patrocinador de esta competencia de relevos, para jinetes de experiencia media, Dominic estaba haciendo un gran esfuerzo para no desairar a los que hacían comentarios sin sentido. Este asunto de las charlas coloquiales, lo irritaba.

—Deberías dejar de mirar a la gente como si quisieras acuchillarla —susurró Aurora tirando de la mano de Dominic. Él bajó la mirada y enarcó una ceja—. Puedo hablar con las personas y ejercer el rol que me pediste al casarme contigo, pero también tienes que colaborar un poco. ¿Podrías intentar ser menos tajante u hostil?

Él sonrió de medio lado.

—Decirles la verdad no es hostilidad, ¿acaso no se quejan de la hipocresía?

Aurora no pudo evitar reírse y menear la cabeza. Lo que él decía era cierto. Pero este hombre, imposible, parecía no querer aceptar el concepto de la diplomacia.

—Eres una mezcla de Mr. Darcy en su versión retorcida, con Deadpool en su pleno apogeo, y un toque de La Bestia en todo su esplendor —replicó con humor.

—¿Acaso te crees una princesa? Porque podría solicitar la anulación del matrimonio por un problema mental de delirios, Aurora —dijo lacónicamente.

—Me atrevería a decir que has hecho una broma —ladeó la cabeza para mirar a Dominic, como si estuviera estudiándolo—. Vaya, no se te ha torcido un ojo. Sí, indiscutiblemente has hecho una broma. Quién diría que el matrimonio te sienta bien.

—A juzgar por tus gemidos de la madrugada —dijo él en tono oscuro—, a ti no solo te ha hecho bien, sino que también te ha dejado con un excelente humor. Lo curioso del asunto, Aurora, es que tan solo ha sido una muestra de lo que te espera.

Ella borró la sonrisa de su rostro, sonrojada. Dominic se mantuvo impasible.

—Definitivamente, hoy, eres La Bestia —replicó, mientras lo escuchaba reírse por lo bajo. Aurora agradeció que se acercaran otras personas para interrumpirlos.

Gold Triple Crown era un lugar espectacular, porque tenía naturaleza y caballos. Así que estaba disfrutándolo y se sentía a gusto. El sol era tenue y las ramas de los árboles del entorno se agitaban cada tanto con fuerza. Ella no se

sentía tensa, porque en la mañana, contrario a lo que hubiera esperado, desayunar con Dominic no fue incómodo. De hecho, él optó por tratar temas de la agenda de próximos eventos a los que tenían que ir juntos. Le comentó también los motivos de este torneo de hípica. Además, le mencionó el viaje que harían por trabajo a Italia, y uno impostergable a Estambul esta misma noche. Fue como una comida de negocios.

A ella no le importó, de hecho, lo agradeció en silencio.

Esto no impidió que el cuerpo de Aurora dejara de reaccionar a la cercanía del hombre. De hecho, un par de veces, ella se obligó a apartar la mirada, ante la forma en que se flexionaban sus músculos, cuando él se llevaba la taza de café a la boca o se acomodaba en la silla. Aurora sentía que estaba introduciéndose en un lago de lujuria, en el que había metido una pequeña parte de su cuerpo. Ignoraba qué ocurriría cuando se sumergiera del todo. Las conjeturas de Aurora fueron interrumpidas cuando uno de los hombres de negocios, un popular criador de caballos local, retomó la palabra.

Estaban en un grupo de cinco personas, ella era la única mujer. El empresario se llamaba Sullivan Jackson y era un majadero. Él se había acercado a Dominic, diez minutos atrás, y llevaba tres, hablando sobre la cría de caballos y datos de ese mercado. Además de saludarla, el hombre ignoró de manera sutil su presencia y opinión, al enfocar sus comentarios mirando a los otros tres empresarios. Ni siquiera hizo intentos de incluirla, por educación, en los temas que iban surgiendo. Ella estuvo a punto de mandarlo al diablo, pero se contuvo al recordar el porqué estaba en este lugar y llevando el anillo de Dominic. Además, había periodistas alrededor y personas conocidas e importantes para Langford Creations. Su paciencia empezaba a agotarse con celeridad. Se sorprendió cuando Dominic, en lugar de mantenerse impasible ante la actitud grosera de Sullivan, la instó a dar sus opiniones si surgían temas vinculados a asuntos veterinarios. Ese gesto hizo que Aurora lo considerara menos insufrible.

La manera que ella tuvo de reconocer esa muestra de respeto y consideración fue dedicándole una de sus sonrisas. Aquellas sinceras y que de verdad le apetecían, no las que Aurora ofrecía por educación o compromiso. Descubrir estos pequeños destellos en Dominic, le confirmaban que no había sido criado por lobos salvajes.

—Estamos en un punto del negocio en el que precisamos hacer una diversificación de la genética de nuestros caballos —dijo Sullivan—. Creo que sería una excelente opción comprar unos sementales en Kildare, Irlanda, para

revitalizar la sangre de mis caballos de carreras. ¿Qué opinas, Dominic? —preguntó sonriendo.

El evento era familiar, así que había varios niños alrededor. Sus gritos y risas eran escuchados gracias al viento que llevaba los ecos de un lado a otro. Los adultos, en cambio, champán en mano, aprovechaban para cerrar algún negocio o vanagloriarse de sus últimas adquisiciones o alardear de sus conocimientos hípicos.

—El costo sería elevado por los sementales, el tiempo de espera de la cría, y el proceso en general, pero a largo plazo generará buenos réditos —replicó. Él no estaba involucrado en esa clase de inversiones, aunque aprendía con rapidez cualquier tipo de negocios que se propusiera comprender—. Sería una apuesta alta, aunque rentable.

Dominic mantenía la mano alrededor de la cintura de Aurora. Se trataba de un gesto casual, pero consciente, porque todo plan requería detalles para legitimarlo. Por otra parte, para él no fue tan fácil reprimirse al tenerla a solas esa mañana, en la mesa del desayuno y, en lugar de las tostadas, tocino, mermelada y café, devorarla a ella.

Él la había probado en los dedos, al bajar a su oficina en la madrugada, después de haberla masturbado. Fue imposible no preguntarse cómo sería conocer el sabor puro y directo de la mujer, al paladearla con su boca y explorarla con la lengua. Pero logró salir airoso de la mesa de desayuno, ignorando el aroma sutil de manzanas y rosas de Aurora, después de enfocar la charla en asuntos de la agenda de ambos.

También sirvió de distracción escucharla hablar, con un brillo de ilusión en la mirada, sobre Orejitas, el perro al que le faltaba media oreja; Pippo, un gato tuerto recién llegado; Celebrity, una gata embarazada; Madonna, una perra sin una pierna. La lista de casos que ella le relató, y un par de historias de cómo varios de los animales encontraron hogar, ayudaron a que la libido de Dominic se mantuviera a raya. Así, su cerebro tomó el control e hizo que se enfocara en seguir el hilo de cada historia.

—Creo que Mark podría tener una teoría interesante sobre el asunto de la modificación genética con su compañía de biotecnología, ¿no? —preguntó Sullivan.

—Sí, hemos explorado una tecnología que podría revolucionar la parte genética de los equinos —dijo Mark. Él era bonachón, elegante, y sí le había hecho algunas preguntas a Aurora sobre aspectos de salud de los caballos—.

Sería fabuloso dar con la mezcla perfecta para lograr resistencia, temperamento y velocidad, porque eso rompería con las apuestas arriesgadas en la selección natural de los caballos.

Sullivan hizo un leve asentimiento, mientras bebía de su copa de champán.

—Pero estaríamos ignorando un aspecto importante —intervino Tom Cubrie, inversor en eventos de hípica mundial—. Me refiero a la experiencia del espectador. Por cierto, Dominic, deberías considerar hacer inversiones en estos rubros.

—No me interesa explotar animales para la gratificación de mis bolsillos —replicó con indiferencia, porque esa era la verdad—. Prefiero disfrutar de la posibilidad de cabalgar y usarlos como parte de una sinergia hombre-naturaleza. Me parece más gratificante. ¿Qué tienen que ver los espectadores? —preguntó, aburrido.

El ganador había sido premiado y estas interacciones eran *networking*. El CEO quería abandonar el evento, pero no podía hacerlo sin antes hablar con Clarence Dormer. Este era un especialista en innovación y sostenibilidad en el campo textil; una eminencia. Dominic estaba interesado en contratarlo como uno de sus asesores.

—Esa es una visión muy noble, Dominic —intervino Aurora con aprobación.

—En el negocio buscamos lucro, no nobleza —expresó Sullivan, burlón.

—No solo necesitamos buena genética, sino una excelente narrativa que empiece a atraer a más público y lo enganche a estos eventos —aclaró Tom—. Se necesita más que grandes atletas. Es preciso enfocarse en la experiencia del asistente.

Aurora había procurado cortar el tiempo de interacción, no por Mark o Tom, porque le parecían amables y sus conversaciones eran interesantes, sino por Sullivan. Así que decidió intervenir, porque su paciencia se había agotado. En especial, después del último y estúpido comentario que acababa de hacer como si ella fuese idiota.

—Señores —dijo en tono firme. Todos la miraron. Dominic lo hizo con una media sonrisa, como si ya esperara que Aurora cobrara protagonismo por sí sola de un momento a otro—, hay un factor que, como veterinaria, sugiero que es importante que consideren. El éxito de un negocio como el que ustedes llevan a cabo va mucho más allá de la velocidad o nivel competitivo o genético. Pero lo están olvidando…

—Oh, no sabía, señora Langford, que era usted experta en el negocio —interrumpió Sullivan esperando a que, como estaba habituado, los otros se rieran.

Lo anterior no ocurrió. Mark y Tom notaron la expresión asesina en Dominic, así que optaron por hacer lo correcto y le mostraron el respeto que la mujer merecía.

A Aurora se le hacía extraño que la llamaran por ese nombre. Pero tendría que habituarse pronto. El problema aquí no era el apellido, sino el tono del empresario.

—Soy experta en los seres que hacen posible que usted, señor Sullivan, tenga un negocio próspero que es más importante. Sin la materia prima, por decirlo burdamente, no existe el dinero, aunque cuente con la estructura. ¿Acaso no es lógico? —preguntó en un tono dulce que desdecía la agudeza de su comentario —. Lo que han mencionado suena interesante como algo futurista. Pero, en la vida real, dará igual qué tan avanzada sea la manipulación genética de un caballo si su salud no es óptima. Un ligero error en el proceso de ingeniería biológica, como sugieren, haría que todo se desmorone. La perfección de los animales ya existe: su simple presencia en el mundo. Mejor enfóquense en invertir en priorizar la salud y cuidados, en su estado natural, en lugar de usar la ciencia para jugar a ser dioses. Es ufano y triste —sonrió —. Ahora, me excuso, pero voy a saludar a otras personas. Qué placer, señor Sullivan, haber tenido el honor de hablar con usted. —Miró a los otros—: Buenas tardes.

Dominic notó la cara de asombro de los hombres y tan solo enarcó una ceja. Le gustó notar que Aurora no necesitaba a alguien que luchara sus batallas, porque podía lograrlo por sí sola. Le parecía interesante este descubrimiento sobre ella.

—Tu esposa tiene razón, Dominic —dijo Mark, sincero, mientras Aurora se unía a un grupo de mujeres que ya la conocían—. Siempre es refrescante escuchar una opinión inteligente y honesta. Muchos de mis asesores son despedidos por intentar decir “lo correcto”, en lugar de lo que hace falta para mejorar de verdad: frontalidad.

—Los asuntos de modificación genética son complejos. No todo es blanco o negro, pero siempre es importante escuchar varios puntos de vista —dijo Tom.

El CEO de Langford Creations hizo un breve asentimiento a los dos.

—Sullivan —dijo Dominic antes de que el hombre hablara—, me comentaste que querías comprar los caballos en Kildare, ¿estoy en lo correcto? —preguntó.

El hombre esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento. Prefería hablar con sus

pares, en lugar de escuchar tonterías de una mujer que no tenía idea de estos asuntos.

—Sí, ya he realizado una aproximación con el mejor criador de caballos…

—Fergal Munigel —interrumpió Dominic con frialdad. Sullivan asintió—. Él es un gran amigo de mi familia. Por generaciones. Le faltaste el respeto a mi esposa, Sullivan, al tratar de anular su opinión. No tengo por costumbre caer en la bajeza de enredarme en golpizas. Sin embargo —dijo con perfidia—, puedes tener la seguridad de que, en menos de setenta y dos horas, tus principales inversores van a optar por elegir otro establo en el cual apostar su dinero. Que sigas pasándolo bien —concluyó.

Sullivan Jackson tragó saliva y meneó la cabeza. Sabía lo que una llamada de Langford podría conseguir, en un ángulo positivo o en uno negativo como ahora.

—Dominic, amigo, espera —dijo en tono nervioso. Toda su bravuconería se acababa de esfumar—. Lo siento, ¿de acuerdo? Tan solo que las mujeres no saben…

—Ahórrate el comentario —interrumpió. Después miró a Tom y Mark—: Sus respectivas líneas de negocios son interesantes. Nos veremos en otra ocasión.

Antes de encontrar a Aurora entre la gente, lo detuvieron varias personas para felicitarlo por el anuncio de la nueva colección de ropa de Lavina. Dominic, tan solo porque se trataba de su madre, se quedó a escuchar los halagos que las mujeres tenían sobre el estilo, corte y visión del trabajo de ella. La irritación de él iba en aumento, porque su tiempo social era más de lo que podía tolerar en un día. Además, en la noche tenía que abordar un avión hacia Estambul. Se trataba de una firma adicional para renovar un contrato con uno de sus proveedores más antiguos. No podía enviar, en este caso, a sus abogados. Esta clase de nexos comerciales se cultivaban de otro modo con el paso de los años. Su equipaje y el de Aurora estaban en el avión privado.

Una vez que las mujeres dejaron de parlotear, Dominic se acercó a Clarence Dormer. El hombre acababa de terminar una copa de champán y al verlo esbozó una sonrisa gentil. Se conocían, por supuesto, pero nunca habían hablado de una posibilidad de colaborar profesionalmente. Ahora, considerando los cambios en el mercado, la potencial contratación del experto sería una adición importante para Langford Creations. Así que Dominic decidió hacerle una propuesta económica competitiva y la altura, además de condiciones flexibles. La conversación duro treinta minutos. No solo discutieron sobre números, sino que también rasgaron todas las aristas de lo que estaba sucediendo en la política y la

industria a la que pertenecían.

—Por cierto —dijo el hombre negro de bigote blanco. Tenía sesenta años. Su cerebro y agilidad para aprender nuevas tecnologías era impecable—, vi que te casaste con la hija de Bruce Sterling. —Dominic hizo un asentimiento, pero el súbito tono solemne lo intrigó—. Te conocemos por ser metódico y calculador, mi buen amigo, así que asumo que sabes que Sterling tiene inversiones minoritarias, simbólicas más bien, en Shipment Orion. ¿Te suena de algo la empresa? —preguntó con tiento.

—Es la naviera más importante que conecta India con Inglaterra, y tiene el nivel de cargamentos más lucrativos, ¿por qué haces la acotación? —preguntó —. Yo veté esa compañía, porque no me convencían ni sus precios ni su sistema logístico.

El hombre asintió y se rascó el bigote mirando al joven empresario.

—He escuchado rumores de que, en esos contenedores, se transportan otros rubros, no textiles, que están fuera del margen de la ley, Dominic —replicó—. Los rumores no son nuevos, pero siempre se han mantenido bajo puertas de acero. Toma esto como el consejo de un amigo: procura que tu equipo de relaciones públicas marque bien el mensaje de que lo que hace tu suegro, no tiene vínculo contigo.

El joven CEO se tragó una maldición. Esta información era valiosa.

—Gracias, Clarence —dijo—. Siempre llevamos una política de transparencia en la información sobre nuestra empresa. Nuestros aliados comerciales constan en la página web, pero, ciertamente, no vendría mal un refuerzo sobre lo que sugieres —replicó. Él era arrogante, mas no estúpido, y sabía de quién aceptaba consejos.

Siempre hacía un análisis exhaustivo de las compañías con las que trabajaba. En el caso de las navieras, igual, no solo por las rutas, sino por los tiempos, calidad de los barcos y precios. Shipment Orion nunca le pareció conveniente, pero tampoco imaginó que Sterling fuese uno de los tantos accionistas. Ahora que Clarence mencionaba que la representación que tenía el hombre era casi simbólica, entendía que no se hubiera enterado de que el padre de Aurora formaba parte de esa naviera.

Dominic consideraba interesante la mención de Clarence. Este podría ser un punto para explorar sobre las asociaciones de Bruce. Ningún esfuerzo, vinculado a ese corrupto político, sería en vano si podía empezar a desentrañar la clave para saber lo que habría ocurrido con su hermano. Necesitaba encontrar la

maldita conexión.

—¿Sabes desde cuándo es Bruce accionista de Shipment Orion? —preguntó.

—Mmm, me parece que fue en la época en la que Nigel McCarran todavía estaba vivo —se frotó la barbilla—, quizá desde hace unos veinte años más o menos.

—No me sorprende si McCarran también era un corrupto hijo de puta. Si fue el mentor de Sterling, entonces no es nada extraño que le enseñara las malas mañas. Aprecio que me hicieras el comentario, Clarence. La familia política es complicada.

El hombre esbozó una sonrisa amable e hizo un asentimiento. El tono de la conversación perdió la ligerísima tensión que se había fraguado y volvió a ser relajada.

—Conocí a Aurora tiempo atrás, ahora es más madura, pero no ha perdido su aire encantador —sonrió con amabilidad—. Creo que haber elegido la carrera de veterinaria la alejó de ese contaminado mundo al que pertenece su padre. En todo caso, Dominic, me alegra haberte visto. Te daré mi respuesta, en pocos días, a la oferta laboral que acabas de hacerme. Necesito analizarla en profundidad, ¿de acuerdo?

—Me parece válido, Clarence —dijo estrechando la mano del hombre.

Cuando finalmente se libró de la gente y no vio a la vibrante mujer que llevaba su anillo, salió al campo, porque consideró que lo más probable sería que ella se hubiera ido a buscar a los caballos. No se equivocó, por supuesto. Al verla sonreír a otros, desplegando encanto y sonrisas, como si fuese una fuente inagotable de ello, no le agradó para nada. En especial a otros hombres y le importaba una mierda que tuvieran a sus esposas o novias del brazo. No le interesó que su cerebro le recordase que esa personalidad chispeante hubiese sido una de las principales razones por las que Aurora era la persona idónea, para ayudarlo en eventos sociales como este.

Dominic se cabreó consigo mismo, porque él no actuaba ante mierdas cotidianas. Apretó los dientes, respiró y avanzó hasta ella. Pero se detuvo de repente.

A su izquierda, en la zona donde los hijos de los asistentes de todas las edades podían montar a caballo, había un niño que, quizá, rondaba los ocho años y estaba llorando. El padre le daba de gritos diciéndole que tuviera el valor de subirse en la montura. Aurora estaba dirigiéndose hacia la escena. Dominic, por supuesto, no pudo escuchar lo que ella empezó a hablar con el padre, pero notó

la expresión de él con el ceño fruncido y cómo elevó las manos en un gesto de frustración. Después, hizo una señal a Aurora para darle a entender que, si quería lidiar con el niño, él se lo permitía.

Después se alejó y dejó al chiquillo con Aurora.

El espacio estaba lleno de niños, caballos, monitores y padres de familia. No era un área aislada. Eso no evitó que Dominic considerara irresponsable la actitud de dejar a un hijo en manos de una extraña. Daba igual que fuese una mujer de un apellido respetado o la esposa de un patrocinador. El apuesto CEO avanzó unos pasos, pero decidió quedarse cerca de una arboleda que, gracias a la sombra, lo ayudaba a pasar desapercibido si alguien quería acercarse y saludarlo. Pero también lo hizo, porque consideró que ese niño querría escuchar, sin ser interrumpido, una voz amable.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Aurora con suavidad al niño.

—Matthew —susurró mirando el césped con vergüenza—. No soy llorón.

—Claro que no lo eres, Matthew. Por cierto, encantada de conocerte. Me llamo Aurora, pero mis amigos me dicen Rory. Aunque este compañero —dijo dándole una palmadita al lomo del caballo—, no puede hablar, él sabe que es mi amigo —sonrió —. Cuando era pequeña estos bellos animales me intimidaban. Pero mi profesora de equitación me dijo que ellos disfrutan de los humanos. ¿Por qué les tienes miedo?

El niño elevó la mirada y se secó los rastros de lágrimas con la mano.

—Porque una vez, cuando era más pequeño, me caí y tuvieron que enyesarme la mano —replicó entre sollozos por las palabras duras de su padre—. Mi papá me dijo que era un cobarde… Pero no soy cobarde. Solo les tengo miedo… Es todo.

Aurora esbozó una sonrisa dulce. «Algunos padres no merecían a sus hijos».

—¿Tendrías miedo si te subes conmigo y damos un paseo breve? —preguntó —. Así le demuestras a tu papá que eres valiente. Además, le dejas saber a este hermoso caballo que aprecias su existencia, pero ¿sabes lo mejor de todo?

—No…—replicó hipando.

—Que te demostrarás a ti mismo que el miedo es solo una ilusión que está aquí —le tocó la sien con suavidad—, pero que puedes vencerla. ¿Qué te parece?

Matthew movió el pie sobre el césped con duda. Escuchaba cómo el resto de los niños se reía y corrían alrededor. Otros, subidos en los caballos, lucían

felices. Él también quería estar feliz, en lugar de recibir reprimendas de su padre. Miró a Rory.

—Está bien —dijo sonriendo con timidez.

—¡Choca esos cinco, Matthew! —exclamó Aurora. Con la ayuda de una jinete, que era también monitora, la esposa de Dominic subió al lomo del caballo y luego lo hizo el niño—. Mira nada más, ¡estamos andando en este caballo! —dijo riéndose.

El viento le agitó el cabello a Aurora y la soltura con la que empezó a guiar el caballo fue elegante, suave y fluida. Dominic la había visto desnuda, la escuchó gemir entre sus brazos, pero podría decir que ver este gesto tan humano era igual de brutal.

—¡Sí, me gusta! Ya no tengo miedo —comentó el niño—. Gracias, Rory.

Dominic los observó y comprendió el porqué era tan importante para Aurora esa clínica veterinaria. La mujer había nacido para cuidar y ayudar a otros. Si él continuaba su intención de aplacar el optimismo, la sonrisa y la vivacidad que parecían surgir de ella con naturalidad, lo más probable era que quebraría su espíritu. Quizá, tarde o temprano eso iba a ocurrir, porque el principal objetivo de él consistía en proteger sus intereses y evitar crear conexiones. Entendía que ella era lo opuesto.

Durante el tiempo que duró el paseo, Dominic le habló a su piloto. El avión privado estaba listo para partir a Turquía. Estaba bien de tiempo. Revisó los mercados financieros y respondió varios correos, después llamó al gerente de marketing para que le informara sobre la organización del lanzamiento de la nueva colección de Lavina. Su equipo de relaciones públicas, el encargado de todo lo vinculado a Aurora y él en esta charada, ya tenía listas las fotografías de este torneo de equitación para que se publicaran al siguiente día en la prensa social. Turquía quedaría en perfil bajo, porque era un viaje breve. Cuando miró el reloj ya habían pasado quince minutos.

Aurora regresó en el caballo, con el niño, al centro de la pista y Dominic dio un paso adelante con la intención de ayudarla a bajarse del caballo. Sin embargo, otra persona se le adelantó y no precisamente alguien a quien él hubiese querido ver.

La sonrisa de Matthew fue para Aurora una hermosa recompensa a la incómoda

interacción con Sullivan. Después de abandonar esa conversación, unas amigas, a las que llevaba tiempo sin ver, la abordaron. Fue divertido verlas y conversar con ellas de otras épocas. Una tuvo el desatino de preguntarle por Scott, básicamente porque sus amigos, en general, ignoraban el trasfondo de su relación. Aurora le comentó que llevaban años sin verse. Luego cambió el tema a asuntos más banales y finalmente, al notar que Dominic estaba enfrascado en una conversación con un hombre de bigote blanco y aspecto señorial, optó por acercarse al lugar en el que estaban los caballos.

La naturaleza siempre la dejaba con un buen sabor de boca y una sonrisa.

Cuando acabó su paseo en la pista con Matthew, se detuvo en el centro del área con la intención de pedirle a la jinete que la asistiera. Lo que menos esperó fue que Tobías apareciera a su lado y tuviera la intención de ayudarla. Ella se quedó un instante sin saber qué hacer, pero luego le dedicó una sonrisa. Si alguien tenía la culpa de que se hubieran distanciado no era él. Así que consideraba este acercamiento como una rama de olivo. Primero bajó Matthew, el niño se despidió con entusiasmo y salió corriendo hacia el sitio en el que estaba su padre para contarle, seguramente, su hazaña. Ella esperaba que ese hombre apreciara más al niño y le pidiera disculpas. Pero sabía que no todos los padres eran ejemplares ni reconocían sus errores.

—Tobías —dijo ella, aún montada en el caballo y sosteniendo las riendas con pericia—, ¿qué haces aquí? En todo el evento no te vi por ninguna parte.

—Algunos de estos caballos que están usando los niños son de Diamond Race —replicó mirándola—, y también el grupo de monitoras. Esto y una donación económica fueron mis aportes para el evento. Ya sabes, un poco de marketing.

—Sí —sonrió—, ¿me ayudas a bajar, por favor? —preguntó extendiendo la mano izquierda. Notó el instante en el que Tobías se fijó en su anillo de casada.

—¿Fue Langford el hombre de aquella noche? —preguntó sin tocarla.

Ella perdió la sonrisa un instante y soltó una exhalación.

—Accidentalmente, tal como te conté —murmuró.

En ese instante, Tobías la tomó de los brazos y la bajó. En el movimiento, sus cuerpos quedaron demasiado cercanos, y el hombre se quedó absorto mirándola.

—Quizá hubiera servido de algo que supieras que estaba muy enamorado de ti, Rory. —Aurora no supo qué decir y se quedó en silencio—. Los tabloides decían que tú y él llevaban un tiempo viéndose en secreto, pero sé que, si hubiera sido así, no habrías tenido la expresión devastada al confesarme lo que

hiciste esa noche. Entonces, ¿asumo que se trata de una alianza comercial? —preguntó con una mueca.

Ella soltó una suave exhalación e hizo una negación con la cabeza.

—Son preguntas muy personales y no es la clase de conversación que quiero tener, Tobías —dijo consciente de que estaba atrapada entre el caballo y su ex. Aunque se hallaban en la parte distante al área principal del evento, ella no quería dar pie a comentarios maliciosos—. Ya te pedí disculpas. Aprecio los sentimientos que tuviste por mí, pero no puedo corresponderlos ni puedo ser responsable al respecto. Ahora, por favor, apártate un poco. Podemos ser amigos, si así lo quieres, aunque no quiero volver a hablar del tema si volviésemos a encontrarnos. ¿Vale? —pidió.

Él hizo un leve asentimiento y dio un paso atrás, breve.

—Si me hubieras dado un poco más de tiempo, tal vez, habría conseguido que te enamoraras también de mí —expresó mirándola con una sonrisa triste.

Aurora cerró los ojos, apenada por el pasado, pero era un capítulo cerrado. Viendo ahora a Tobías, ella le daba la razón a Kitty. Dominic fue el catalizador para que se diera cuenta de que la relación con su ex, al final, nunca habría funcionado.

—Yo… —susurró ella.

—Una lástima interrumpir tan importante reunión —intervino la voz fuerte y firme de Dominic. Aurora apartó la atención de Tobías y se encontró con dos potentes ojos verdes. Estos irradiaban un fuego que amenazaba con causar la misma destrucción que un volcán a punto de erupcionar. Pero la expresión del apuesto rostro parecía haber sido tallada en mármol: fría y severa—. McLean, frecuentamos similares circuitos hípicos de manera ocasional y ser civilizado contigo podría convertirse en algo complicado si continúas aquí. Apártate de Aurora. *Ahora* —expresó mordaz.

Tobías elevó ambas manos en un gesto pacífico. En altura ambos eran similares, pero la contextura física de Dominic era mucho más dominante y recio.

—Espero que sepas valorar a la mujer que tienes, Langford —replicó él.

—Ya me encargo yo de lo que es mío. Tú, dedícate a tus propios asuntos.

Sin más, el otro hombre dio una última mirada a Aurora y se alejó de la pista.

Durante segundos que parecieron horas, Dominic contempló a la mujer que estaba a punto de hacerlo perder los estribos. Sus manos estaban sujetándola de

la cintura. Si alguien los observaba eran dos esposos enamorados a punto de besarse. El caballo, un excelente espectador y muy curioso, no se había movido ni un instante.

—Dominic… —dijo con la respiración agitada. Notaba cómo él parecía contenido, pero solo bastaba mirarlo a los ojos para conocer lo enfadado que estaba.

—Llevas mi anillo, mi apellido y firmamos un contrato —interrumpió con frialdad—. La próxima ocasión en que permitas que un hombre ponga un dedo sobre ti de un modo tan familiar, sin ser parte de tu familia, serás la responsable de su ruina económica. ¿Te gustaría llevar eso en tu prístina conciencia, Aurora? —preguntó. Ella, consternada por una amenaza que sabía que él haría realidad, hizo una negación—. Si aún estás enamorada de McLean y quieres follarlo, o reconciliarte, te sugiero que lo pienses detenidamente, porque no acabará bien para ninguno de los dos —expresó.

—Dominic —dijo con suavidad, aunque su corazón latía desbocado—, ¿podrías no hacer acusaciones ofensivas sin darme la oportunidad de defenderme? No provoqué a Tobías. Tampoco estoy enamorada de él, ni lo estuve. Soy leal a mi palabra y firmé un contrato contigo. No vuelvas a hacer amenazas, porque no me sientan bien. En especial, porque no soy proclive a acatar dictámenes de nadie.

Él ajustó su agarre en la cintura y con la otra mano le sujetó el rostro.

—Él sí tiene interés en follar contigo —zanjó con crudeza.

Aurora posó una mano sobre la de Dominic, la que tenía en su mejilla, apartándola con suavidad. No le gustaba sentirse amenazada ni física ni verbalmente.

Ella, en ningún momento pensó que él podría golpearla en público o privado, pero su cuerpo recordaba. La memoria del maltrato podría ser persistente. Dominic pareció darse cuenta y por eso no hizo intentos de volver a tocarla. Apartó las manos por completo, pero su presencia continuaba siendo imponente. Él parecía absorber el entorno, hasta convertirse en el eje alrededor del cual circulaba la energía de otros.

—Si hubiese querido tener sexo con él, lo habría hecho en el tiempo que fuimos pareja, pero ¿qué crees? La noche en la que pudo suceder, apareciste tú.

Dominic se quedó en silencio al procesar la información y comprender.

—¿Cuándo fue la última vez…?

—No te corresponde hacer una pregunta cuando has actuado como un idiota —replicó sonriéndole, porque sabía que siempre habría un curioso alrededor observando la interacción. No quería dar el mensaje equivocado—. Tobías y yo no somos nada. Así que lo que viste fue una conversación, no una propuesta sexual.

—Aurora —dijo en tono firme y esta vez le apoyó la mano en el abdomen suave—, en este cuerpo va a crecer mi hijo. Nadie toca lo que me pertenece, en especial si ha sido legalizado por un acuerdo y un jodido sacerdote, ¿he sido claro?

—No soy una maldita propiedad, además, no juzgues sin saber —replicó entre dientes—. Si quieres mantener el puesto de CEO, en lugar de que tu padre haga una división; utilizar mi ayuda para suavizar tu imagen ante la prensa, en favor de Langford Creations; y si yo quiero mi clínica, además de fundar otros proyectos, en los próximos dos años, será mejor que dejes de lado tu actitud dictatorial o todo se irá al garete.

Dominic esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Sabes, Aurora? —preguntó en un tono peligrosamente sedoso. Ella tembló bajo su mano. No importaba que estuviera vestida—. No conoces lo que es una persona dictatorial en situaciones que de verdad cuentan. Eso cambiará pronto, así podrás juzgar, con conocimiento y experiencia, lo que implican mis dictámenes.

—Quizá no esté motivada en saber al respecto —replicó elevando el mentón —. Porque, tal como va este acuerdo, puede que termines siendo un eunuco.

Dominic se inclinó hasta dejar su boca en la oreja de ella.

—No solo estarás interesada —dijo con arrogancia masculina—, sino que tu sexo estará tan mojado y resbaladizo que no sabrás cómo obtener un alivio que solo yo podré ofrecerte. Eres mía, Aurora, por dos años. Procura recordarlo si quieres que los hombres que se acercan para flirtear contigo o intentan captar tus atenciones mantengan el techo sobre sus cabezas, sus negocios en pie y un buen nivel de vida.

—Eres insufrible, Dominic —farfulló, sonrojada y enfadada.

Él se apartó con elegancia. Como si le hubiera contado un secreto inocente.

—Esa condición no te impedirá gemir mi nombre de nuevo, *esposa*.

CAPÍTULO 11

No pudieron hacer el viaje a Turquía en la noche, como estaba previsto, debido al mal tiempo. Se tuvo que postergar. Eso enfadó a Dominic, porque era muy estricto con los horarios y asuntos agendados previamente. Pero aprovechó la situación para que Selma coordinara reuniones importantes en España, Bélgica y Holanda. Él le había pedido a Aurora que lo acompañara, porque si bien eran esposos por conveniencia, un hijo no iba a engendrarse a distancia. Dominic era consciente de que necesitaban hallar un punto medio. La química sexual estaba presente, pero, como estratega, sabía que, por el bien de su posición de CEO, tenía que ceder en algo. Esto era intentar ser menos hermético con Aurora. En su historial solo había roto esa regla en una ocasión. Pero ahora todo era distinto y también sus motivaciones, desde aquella vez, así que no requería ser implacable en su vida personal. Esta flexibilidad, tan impropia de Dominic, la asumió como un punto de sensatez y coherencia. Tenía claro su objetivo.

Sin embargo, los planes de ambos no pudieron ir en la misma dirección.

Aurora rehusó embarcarse en el avión con él, porque Evan contrajo Covid e iba a estar de baja varios días. Hannah no podría sola con todos los pacientes en Cute Paws y contratar a un veterinario suplente no era lo ideal. Así que Aurora se ofreció a cubrir la plaza un tiempo. Además, la coordinadora de la Gala Thames le dio, al fin, una cita, pero la fecha de la reunión coincidía con los días de ausencia de Dominic.

—Sé que vas a extrañarme mucho —había dicho Aurora, bromeando, al verlo caminar hacia la salida de la casa—. Pero intenta no deprimirte sin mí, en tu viaje.

Él había esbozado una media sonrisa, regresó sobre sus pasos y se acercó a ella. Aurora no retrocedió cuando Dominic quedó a pocos centímetros de distancia.

—Tienes una lección pendiente conmigo, pues no se me ha olvidado la última parte de nuestra conversación en el rancho —había dicho tomándole el mentón con los dedos para elevarle el rostro—. Sería terrible no confirmar cuán dictatorial soy, ¿no lo crees? Aunque no voy a extrañarte, sé que tu sexo me esperará con anhelo.

Aurora se había sonrojado, pero no pudo apartar el rostro.

—Qué palabras tan románticas, Dominic —había replicado, agradecida de que su tono de voz no hubiera temblado—. Justo lo que necesitaba escuchar esta noche.

Ella no había podido controlar la forma en que su torrente sanguíneo pareció recibir un chute de adrenalina, ni el calor entre sus muslos, ni la anticipación. Él había acabado de ducharse y llevaba el cabello peinado con elegancia y la barba recortada con precisión. Pero fue el aroma masculino, el que había agitado sus hormonas. La cercanía de Dominic tenía la capacidad de encender su cuerpo de forma potente.

—Las palabras son creaciones que expiran con rapidez, pero los actos son los que dejan una marca para recordar. Una marca que la mayor parte del tiempo solo requiere experimentarse —había dicho guturalmente, y notando cómo los pezones se habían fruncido contra la tela de algodón de la blusa rosada que Aurora llevaba.

—Se te va a hacer tarde —había farfullado sin apartar la mano, aquella que no sostenía su mentón y que empezaba a subir por su cintura—. ¿Qué haces…?

—Sin palabras esta vez —había dicho Dominic de forma tajante, mientras sus dedos abarcaban un pecho y luego, entre los dedos, apretaba uno de los pezones. Aplicó la misma caricia en el otro seno. Ambas ocasiones, ella gimió y su cuerpo pareció balancearse hacia el calor de las promesas que emanaron, silenciosas, de él.

En un gesto muy ajeno a sus estándares, Dominic se permitió morderle el labio inferior con fuerza, al tiempo que había pellizcado una de las erectas puntas rudamente. No fue un beso, sino, tal como se lo comentó a ella: una marca elocuente. El jadeo, imposible de evitar, había brotado de la garganta de Aurora con abandono.

—No quiero que esto se vuelva complicado —había susurrado, pero no tenía la certeza si era un recordatorio para sí misma o una advertencia para Dominic. La intención de Aurora era mantener clara la línea entre lo real y lo falso en ese acuerdo.

Dominic había acariciado el labio inferior de Aurora con el pulgar. Notaba las pupilas dilatadas y cómo subía y bajaba el tórax agitadamente. Su instinto primario había deseado destrozar las riendas que él sujetaba con fuerza, retrasar el itinerario de vuelo, y llevar a Aurora a la superficie más cercana para follarla. Pero se refrenó.

—Aceptar que estás mojada en este instante, que tu sexo palpita ante la idea

de ser estrechado y que obedecerme, aunque te disgustes contigo misma, sí que te excita, no es nada complicado, Aurora —había replicado, consciente de que su erección presionaba contra la tela del pantalón. Sabía que era el momento de retirarse, porque si no, el control se le iría de las manos—. Nos veremos en unos días.

Ese había sido un intercambio que dejó a Aurora con la piel erizada, el cuerpo vibrante y una gran frustración. Él sabía cómo pulsar sus botones, pero ella no podía dejar de preguntarse si lograría conseguir lo mismo en un hombre que no solo tenía nueve años más, sino que de seguro poseía un variado récord de experiencias sexuales.

Le parecía inevitable cuestionarse si él criticaría también su físico, al estar frente a frente desnudos. Scott lo había hecho, mirándola con decepción y señalando las partes de su cuerpo que le parecían poco agraciadas. En el caso de Dominic, acostarse con él iría más allá de unas caricias eróticas, toques íntimos o un encuentro furtivo en una noche equivocada. Se trataría de un acto consciente, muy presente y vulnerable.

Su exnovio fue adulador al principio: alabó su cuerpo y la llenó de atenciones, hasta que empezó a cambiar. Pero Scott no era ni la mitad de fuerte, viril o experimentado que Dominic. Por eso, sentía dudas. Además, existía un factor importante: Scott la eligió por amor. Aunque ahora ella supiera que no lo fue de verdad. Dominic, lo hizo por negocios. «Si basándose en las emociones del corazón su experiencia fue nefasta, ¿qué podría esperar de una relación que no lo era?». Estas preguntas, que se hacía, la enfadaban consigo misma. Pero parecían ser ineludibles.

Los días en los que su esposo estuvo de viaje, Aurora regresó al gimnasio y aprovechó para empezar a buscar un sitio en el que podría construir su clínica. El terreno que originalmente encontró, antes de su matrimonio, ya no estaba disponible, así que le tocó reunirse con varios agentes de bienes raíces, cuyas comisiones eran muy elevadas. Por eso tendría que analizar el más conveniente. Aún quedaban varios meses, hasta que los pagos a recibir de Dominic fuesen suficientes, para hacer una oferta y reservar un terreno específico listo para construcción o para remodelarse. Ella no iba a perder el ritmo de gestión, ni a ralentizar sus planes. Rehusaba estancarse.

Aurora también aprovechó la ausencia de Dominic para familiarizarse más con la mansión en Hampstead y con los empleados. Logró notar que estos eran discretos y silenciosos, pero también amables. Ella estaba casi todo el día fuera

trabajando y realizando sus actividades, así que solía llegar en las primeras horas de la noche directo a cenar, quizá ver algo en Netflix y descansar. La diferencia en su nueva rutina no solo era el gran espacio que ahora habitaba, sino que lo compartía todo con otra persona.

Unos días antes de que Dominic regresara a Londres, Aurora tuvo una jornada laboral terrible, porque no lograron salvar a un paciente que tuvo una operación complicada. En esa clase de ocasiones, cuando no sacaban adelante a los animales, todo se volvía oscuro para ella. Al llegar a la casa se sintió devastada y más sola que nunca, en medio de una mansión que tenía todas las comodidades, pero carecía de calidez. En un inicio, pensó en llamar a Dominic para hablar, porque sabía que él tendría una respuesta pragmática que la ayudaría a mirar la situación con sensatez. Pero optó por descartar esa opción y elegir la que siempre le había hecho bien: Kitty.

Juntas fueron a cenar al sitio favorito de ramen de Aurora. Su mejor amiga le contó que había terminado con su novio y que tenía interés en explorar la soltería, así como también experimentar con un club swinger. Aurora se rio a carcajadas por la ocurrencia, pero le pidió que, si lo hacía, le contara detalles de cómo era estar en un ambiente tan decadente como aquel. Kitty también le comentó de algunos casos curiosos, sin mencionar nombres, de los pacientes nuevos que tenía en la consulta.

—¡Pero Harland era el hombre perfecto para ti, Kitty! —había expresado Aurora ante la noticia de la ruptura—. No solo te comprendía a la perfección, sino que era el novio con el que te sentías más a gusto y menos contenida al actuar.

—Si no hubiera descubierto que tenía un fetiche con los pies y descargaba pornografía al respecto —había hecho una cara de asco—, seguiríamos juntos. Si bien mi mente es abierta, por mi profesión, hay gustos que no estoy dispuesta a tolerar.

Aurora había soltado una carcajada.

—Qué locura y qué sorpresa tan… ¿curiosa? —había dicho, aun riéndose.

Kitty se había encogido de hombros con una sonrisa, mientras le pedía al camarero que le llevara una orden adicional de *gyozas* al vapor rellenas de cerdo.

—¿Qué tal va todo con Dominic? —le había preguntado, mientras introducía los palillos en el humeante tazón de comida—. Lleva varios días ausente de Londres, y no me has hecho comentarios de tu matrimonio desde el encuentro con Tobías.

—La noche del evento del club de hípica no se acercó para nada —había replicado—, sino que se encerró en el estudio a trabajar. Al día siguiente ya tenía preparada su agenda fuera de Inglaterra, pero, como sabes, no podía ir con él.

—Por un instante creí que él iba a destruir tus huesitos de placer y que hoy me contarías los detalles picantes de ese encuentro —había sonreído Kitty—. Que se hubiera mostrado tan territorial contigo, luego de la presencia de Tobías, habría sido un detonante lógico para que, al llegar a casa, hubiera existido mucha acción.

Aurora se había encogido de hombros, mientras bebía un poco de té. No creía que hubiera sido territorialidad lo de Dominic, sino un recordatorio de su acuerdo. Por un instante, sí, ella pensó que, al llegar a la mansión, la combustión que había ardido entre ambos iba a desatar la llamarada que estuvo contenida. Pero no sucedió.

—Desde un inicio me comentó que crear lazos no era su intención. Él trata nuestro matrimonio como todo en su vida: negocios —había comentado—. Siento que descubro destellos de su personalidad, pero no me deja conocerlo. Es confuso. No existe espontaneidad. Todo en la casa está bien organizado. Como si fuese maniático de tener el control, a través del orden. Siento que le falta reír y divertirse.

Kitty había fruncido el ceño, mientras agradecía al camarero que le llevó las *gyozas*. Luego se llevó dos a la boca y Aurora hizo lo propio. Estuvo todo delicioso.

—Le tiene miedo al compromiso, pero se casó contigo —había fruncido el ceño—. Esa es una contradicción a la que no le encuentro sentido, Rory. ¿Qué es lo que no estás contándome? —había preguntado mirando fijamente a su mejor amiga.

—Nuestro matrimonio no es por amor, eso lo sabes, porque si no, yo tendría estrellitas en mis ojos —había sonreído con tristeza—. Pero acordamos que podríamos tener una buena relación, somos de mundos parecidos y podemos ayudarnos en lo que el otro necesita. Compañeros. Ambos queremos progresar en nuestras carreras, ser padres, y no crear expectativas que nos lastimen después…

Kitty la había mirado inquisitivamente. Sabía que existía algo más de por medio, pero no podía forzar a Aurora a hacer confesiones. Como su mejor amiga, ella había decidido conformarse con saber que Rory no estaba en peligro o en riesgo.

—Entonces, aceptaste su propuesta porque está buenísimo, pertenece a tu misma clase social, puedes tener mejores condiciones económicas para cumplir tus metas y no crees que vas a sufrir, ¿correcto? —Aurora había abierto y cerrado la boca, luego asintió. Kitty no había terminado—: Aparte de todo eso que he mencionado, ¿te casaste con Dominic, porque también te pareció una opción segura, en lugar de experimentar la posibilidad de salir con otro hombre por temor a que sea un Scott?

Aurora la había quedado mirando un largo instante. Jamás pensó en ese ángulo.

—Podría decir que sí —había expresado en un tono vago y renuente. Cuando Kitty hacía preguntas era como un perrito buscando un hueso: hurgaba y hurgaba.

—No existen garantías, Rory. Cuando hablé en tu boda con Dominic, me pareció educado, pero también inaccesible. Tú, eres todo lo opuesto. Son la noche y el día juntos. Sí, puede sonar romántico como complemento, pero, si a ti no te permite aproximarte y conocerlo en profundidad terminarás lastimada —había comentado en tono preocupado—. Tú eres una mujer espontánea, risueña y abierta. Das siempre lo mejor de ti, ¿qué pasará el día en el que quieras más, pero él no pueda dártelo?

—Me casé con un hombre que me dejó claras sus condiciones, y yo tengo claras las mías —había respondido, aunque sin mucha convicción en su tono de voz. Lo que su mejor amiga acababa de decirle abría otras perspectivas sobre las que nunca había pensado al firmar el contrato. Por supuesto, no había tenido salida, pero lo que planteó Kitty fue importante—. Solo quiero estar bien y por ahora es así. Dominic no es un hombre que empleará la violencia conmigo. Sabe lo que quiere y me lo dice de frente. Puede que sus palabras lleguen a ser crudas. Ya viví una relación llena de palabras bonitas, pero tan falsas, que encuentro este matrimonio más sensato.

Kitty había hecho una mueca y luego una negación. Terminó de comer. Sabía que era importante para su amiga dejar una huella y un rastro de contribución al mundo, en lugar de tener una vida vacía y sin trascendencia. Ella imaginaba que, de algún modo, en el matrimonio habría cláusulas que ayudarían a los propósitos de Rory.

—No sé —había murmurado cruzándose de brazos y mirando a Aurora—. A veces, creemos que lo más seguro es aquello que pensamos que no va a lastimarnos, porque no existen expectativas. Pero somos humanos, Rory,

siempre habrá ilusiones, mínimas. El gran problema es si estás en pareja y las reglas del juego cambian para uno, pero el otro no está dispuesto a ceder ante ellas. ¿Qué pasaría si fuese tu caso?

—El amor me ha traído muchas complicaciones —había susurrado, pero su corazón se aceleró, porque Kitty siempre daba en la diana con sus comentarios. Ella no quería mirar demasiado al futuro, pues ya en el presente había mucho por asimilar.

—No, eso no es verdad —había replicado con la certeza de una persona que estaba por obtener su maestría en psicología—. Esa es una frase dramática que intenta justificar el miedo a enfrentarte al riesgo de abrir de nuevo tu corazón. Tuviste una nefasta experiencia, pero no puedes marcar tu vida basada en una cicatriz, Rory.

Aurora había elevado la mirada y dejado los palillos del ramen a un costado.

—Dominic no es de los que se enamoran —había expresado—. Y yo tampoco.

Kitty se había echado a reír y se tomó un tiempo bebiendo té caliente.

—Ese hombre solo piensa en su empresa. Pero todos tenemos un punto de quiebre. Él está escapando de algo, y tú también. En tu caso es miedo a ser lastimada —había dicho con cariño—. Te hace falta saber qué existe detrás del cinismo de tu esposo. Pero a mí, tu mejor amiga, no me vas a decir una tontería como que no eres de las que se enamoran. Te conozco muy bien y el amor es uno de los pilares de los que siempre hemos hablado como lo que anhelamos en una relación. No sé qué rayos es lo que te impulsa a dar excusas, pero puedes tener la certeza de que aquí estoy para ti. Me da igual el trasfondo de tu matrimonio. Solo quiero que seas feliz, Rory.

—Por eso te quiero tanto —había susurrado—. Gracias, Kitty.

Esa conversación, Aurora la repitió una y otra vez en su cabeza cuando llegó a casa. Las palabras de la rubia sacudieron su parte reflexiva, porque su amiga tuvo razón. Para lograr vencer la montaña rusa de hielo y fuego que Dominic manejaba tan bien, Aurora necesitaba conocer qué o quién habría detonado esa fama de pérfido e inclemente en los negocios, pero también en su vida personal. Sería una tarea compleja, porque el hombre era un guerrero espartano: frío, fuerte e inamovible.

Pero también lo haría por ella. No deseaba ser un ítem empresarial inanimado. No dejaría de lado su forma de ser para convertirse en una consumada actriz de sociedad y en casa. Daban igual los límites que Dominic quisiera marcar, pues

Aurora no sería una estatua de mármol que enterraría su personalidad y ganas de vivir a mil.

Aparte, quería que, cuando tuvieran un bebé, este no creciera bajo la impresión de que sus padres eran compañeros de negocios. Ella deseaba que, aún divorciados, ese niño o niña notara que existía una genuina camaradería entre sus progenitores; que se llevaban bien y podían estar en un mismo ambiente sin indiferencia, cinismo o arrogancia, menos lanzándose pullas. Su bebé no iba a ser un peón en medio de un fuego cruzado. Aurora sabía que estar casados no garantizaba el bienestar emocional de un niño, pero sí lo hacía la conciencia y la determinación de los padres de actuar de forma madura y sin egoísmos. Estaba determinada a tener éxito en ese objetivo.

Si bien ser madre siempre fue un proyecto a largo plazo, su única certeza con Dominic era que concebir no iba a ser un intercambio mecánico o clínico. Todo lo contrario. Lo sabía, porque ya había experimentado la pasión de su toque y el ardor de su cercanía. El bebé de ambos sería creado, quizá no con amor, pero sí con intención, atracción, interés y el tipo de deseo que consumía cada poro de la piel. No tenían tanto tiempo a favor, pues la junta de accionistas de la que Dominic le habló, en la que ella debería estar ya a la espera de su primer hijo, no estaba lejos. Así que propiciar una atmósfera, en la que se sintieran cómodos, era un trabajo de ambos.

A pesar de que Dominic estaba de viaje, no la ignoró como ella hubiera creído.

Asumía que él habría comprendido que no lograrían un acercamiento si daban dos pasos hacia el otro, pero retrocedían tres. Dominic le escribía en la noche, refiriéndose a estipulaciones sobre la agenda social mutua cuando él volviera a Inglaterra, pero también le hacía comentarios sobre la ciudad en la que estaba. No era muy extenso, porque sería impropio de su personalidad, aunque sí mencionaba cuál era la temática de negocio del día o si encontraba alguna curiosidad que llamaba su atención. Lo anterior no era la norma, pero Aurora agradecía el esfuerzo. En esas noches, acostada en la cama y en el silencio de su habitación, ella se mostraba cercana y hacía conversación. De hecho, le había enviado fotos de los animales del refugio.

Ella compartía aspectos de su día, porque era su forma de tender un puente entre los dos. Se alegraba de que Dominic hubiera aceptado el gesto implícito. Ninguno estaba en la posición de hacer exigencias al otro, más allá de lo pactado, pero Aurora reconocía que él no estaba siendo arrogante o tajante. Fue

por eso motivo que una de esas noches, cuando tuvo una gran noticia en el trabajo, se atrevió a llamarlo.

Le tomó veinte minutos tomar esa decisión, porque debatió consigo misma un sinnúmero de opciones sobre lo que podría pensar él. Por ejemplo, que creyese que estaba desesperada por escucharlo; o que pretendía forzar un vínculo que él rehusaba; o que, después de la despedida que tuvieron, ella querría repetirla y ampliarla. Al final, no dejó que su mente le hiciera malas jugarretas, tomó una respiración y marcó.

—Aurora —respondió la voz sensual y profunda—. ¿Todo bien?

Ese sonido fue como una caricia para ella. Estaba en esos días del mes en los que sus hormonas se aceleraban y su sexo buscaba la manera de hallar alivio. Su vibrador era un gran compañero, pero palidecía al recordar los dedos de Dominic.

—Mmm, bien, sí —murmuró tapándose los ojos con el brazo, aunque nadie pudiera verla—. Sé que los últimos cuatro días hemos hablado por mensajes, pero creía que llamarte era apropiado para contarte algo importante que ha pasado hoy.

Desde Madrid, bebiendo un vaso de whiskey, con la ciudad a sus pies, Dominic esbozó una sonrisa de medio lado. La voz de Aurora era suave, sexy y muy femenina. Si estuviera en ese instante frente a él, no se habría reprimido y la hubiera hecho suya.

Estos días habían sido horribles en cuanto a horarios y tiempos de diálogos. No estaba negociando asuntos de proveedores precisamente, sino de logística tecnológica. Con el tema de la inteligencia artificial, los cambios en la industria llegaban como si fueran imparables cascadas, y abrir mercados en otros países resultaba imperioso. No podría hacerlo si no contaba con una buena plataforma.

—Suena prometedor —replicó dejando el vaso a un lado. El hotel en el que estaba, Mandarin Oriental Ritz, tenía la vista al parque El Retiro y al Palacio Real.

—¿Recuerdas que te hablé de Madonna? —preguntó emocionada.

—Todos conocen a…

—La gata que solo tiene una pierna —interrumpió Aurora riéndose.

—¿Qué hay con ella? —indagó remangándose la camisa. Se preguntó cómo estaría vestida Aurora y si la ropa marcaría sus curvas generosas—. ¿Perdió la otra?

—Dios, no entiendo tu tendencia a hacer esos comentarios ácidos —se quejó. Él soltó una risa por lo bajo—. Encontramos un veterinario especializado en realizar prótesis para animales y, cuando conoció el caso de Madonna, se ofreció a ayudarla. ¿Acaso no es magnífico? Así la podrán adoptar con más rapidez. Hoy fue un gran día.

—¿Felicitaciones? —preguntó él frunciendo el ceño.

Las charlas breves no eran su fuerte, pero reconocía que empezaba a gustarle escuchar la voz de Aurora. El tono era suave y lograba apaciguar su estrés de la jornada. No entendía cómo, después de la trastada que le hizo Bruce, la mujer continuaba actuando como si ella llevara los rayos de sol brillando a su alrededor.

—Puedes contarme si conociste algún lugar especial de Madrid —sugirió.

—No hago turismo, porque tengo asuntos importantes que cuentan de verdad.

—¿Qué tal si intentas ser menos amargado y disfrutas unas horas libres? —preguntó ella poniendo los ojos en blanco—. Es la capital de un país hermoso.

—Sí, pero prefiero el mío —dijo en tono lacónico—. Por cierto, mi madre hará la presentación de su línea de ropa dentro de unas semanas Me ha comentado que te enviará un vestido especial y quiere saber si podrías modelarlo en la pasarela.

Aurora se quedó en silencio varios segundos. Exponerse públicamente, en un ambiente en el que el físico era tan importante no la atraía para nada. Le daba pánico.

—¿Yo, en una pasarela? —se rio con suavidad—. No, gracias, mis curvas no…

—Tus curvas han sido una distracción desde que las toqué, Aurora —dijo en tono serio y con un toque de renuencia—. Le hubiera dicho a mi madre, tajantemente, que ningún hombre iba a ver expuesto, vestido de gala o no, lo que me pertenece. Pero recuerdo que eres tozuda y que posees tendencia a hacer lo que se te da la gana.

Ella soltó una risa suave. Apreció que no fuese tiránico ni hiciera una exigencia.

—Gracias por preguntar, pero prefiero no hacerlo —murmuró, consciente de que se había sonrojado, por las palabras de Dominic. Podía sentirlas en la piel.

—¿Algún motivo para rechazar la invitación de mi madre? —preguntó abriendo el ordenador, porque tenía que revisar datos para su reunión del día

siguiente—. La colección Lavina Langford se produce solo una vez al año. Llevarla es un privilegio. Así que me gustaría saber la razón que le daré a ella sobre tu negativa.

Aurora sentía que el teléfono era menos amenazante para expresarse que hacerlo en persona. Si hubiera tenido a Dominic en videollamada o frente a frente, no creía que hubiese podido verbalizar su verdad. No completa, pero sí una pista.

—Saber que criticarán mi físico es lo más parecido a una pesadilla para mí —comentó en un susurro—. He pasado momentos difíciles para intentar aceptarme. Además, las mujeres que están en pasarela tienen un cuerpo esbelto y grácil.

—Son escaparates que no se distinguen entre sí. Últimamente, yo prefiero a cierta mujer, cuyo sexo se moja con mis palabras y se contrae entre mis dedos al tocarlo —dijo con crudeza—. Da la casualidad de que me he casado con ella. —Aurora soltó una exhalación temblorosa—. Estás húmeda en este momento, ¿verdad?

—Dominic… —susurró sin negarlo. Sin pensarlo deslizó la mano bajo el short del pijama y luego lo introdujo entre sus pliegues. Sí, claro que estaba mojada.

Él soltó un gruñido leve como si hubiera sabido lo que Aurora hacía.

—El sexo telefónico no me interesa, así que tenemos algunos pendientes que resolver —replicó, consciente de que provocarla tan solo había conseguido que su maldita erección se agitara—. Si la genuina razón de que no quieras modelar es un pánico escénico, me parece una debilidad absurda. Además, esto te privará de llevar un traje exclusivo por el que las mujeres pagan miles de libras —expresó en tono firme y determinado—. Pero si el motivo tiene que ver con el hijo de puta que puso sus manos para lastimarte, te obligaré a subir a esa jodida pasarela. ¿Qué decides?

—No puedes obligarme —replicó cerrando los ojos.

Se sentía en un conflicto. Primero, porque sabía lo hermosa que era la colección anual de Lavina. Segundo, porque, aunque no era tan grande en curvas, la costura no encajaría en su cuerpo. Tercero, porque también tenía ganas irrefrenables de demostrarse que estar ante las miradas de otros no lastimaría su autopercepción.

—La debilidad de las emociones innecesarias son la ruina del éxito. Así que, al dejarte llevar por ellas, estarías perdiendo la oportunidad de una experiencia

única y exclusiva —dijo con indiferencia—. Pero si prefieres la cobardía, estás en tu derecho.

—Dominic… —dijo tragando saliva—. No es cobardía, así que no asumas adjetivos para calificar un episodio de la vida de otra persona que no conoces.

—Si estás tan segura de que no eres cobarde, Aurora, demuéstralo y lleva ese vestido confeccionado por mi madre, para ti, en la pasarela —replicó Dominic.

—¿Lo hizo para mí? —preguntó en un susurro—. Qué gran honor, pero…

—Le diré que has decidido no asistir y lo podrá ajustar para otra persona —zanjó con simpleza—. Que descanses, Aurora, hablaremos otro día. Voy a dormir.

—Dominic —llamó con rapidez—, no soy una modelo…

—No, Aurora, eres la jodida Maja Desnuda de Francisco de Goya —dijo en un tono que denotaba frustración y también erotismo, porque pensaba en cómo sería esta mujer cuando la tuviera a su merced—. Cuando regrese vas a reconocerlo. Te incitaré a entenderlo, varias veces, hasta que tus gritos de placer y las marcas que deje en tu piel lo acepten de una maldita vez. Después, me darás el nombre del hijo de perra que se atrevió a maltratarte. ¿He sido lo suficientemente explícito para ti?

Aurora cerró los ojos y apartó los dedos de su sexo mojado.

—El pasado debe quedar en el pasado y tu pregunta fue retórica —susurró.

—Cuando el pasado es un fantasma que te persigue, entonces se convierte en el presente. La manera de destruirlo es enfrentándolo o buscando las respuestas.

—¿Lo dices por algún evento personal…? —preguntó frunciendo el ceño.

—Buenas noches, Aurora —dijo sin más y cerró la llamada.



Dos días después, Dominic estaba en Holanda, en un viaje previsto entre Ámstedam, La Haya y Rotterdam. En las noches, las conversaciones de ambos fueron más breves, porque él tenía invitaciones a cenar con sus contactos. No le faltaron ofertas de fantásticas prostitutas para divertirse y servicios de tríos u orgías en clubes swinger. Pero Dominic no follaba bajo las reglas de otros, menos en sitios en los que tenía que compartir el control o estar en un entorno de caos o desorden. Eso no funcionaba para él. Además, tampoco había sentido la necesidad de poner a prueba su autodominio con una escort. Le parecía

suficiente el ensayo al que estaba sometido para no sucumbir, como un adolescente sin capacidad de contención o mesura, con la mujer que llevaba su anillo y estaba a miles de kilómetros de distancia en Londres.

Por otra parte, debía admitir que le hacían gracia las historias que ella le contaba sobre los animales del refugio, porque la mujer los retrataba como si fuesen amigos, humanos. Él comprendía la sensibilidad de Aurora para hacerse cargo de otros. Ese era un indicativo favorable, para él, al saber que un hijo con ella siempre tendría calidez y confort alrededor. Eso le parecía importante, porque él se consideraba un hombre peligroso cuando dejaba que sus emociones guiaran el mando de las circunstancias. Ya era suficiente con haber roto su familia y perdido a su hermano.

Mientras Dominic trabajaba en Holanda, Aurora aprovechaba para concretar las reuniones que tenía pendientes: los corredores de bienes raíces, el director de la fundación con sede en África con la que se moría por colaborar de nuevo, la feria de venta de productos para mascotas que organizó Cute Paws una tarde, y la tan esperada cita con Amanda Rochester en La City, el centro neurálgico comercial de Londres.

La mujer se mostró amable y cordial, no porque fuese la hija de Bruce Sterling, sino porque era la flamante esposa del hombre que había sido el *soltero de oro* de la ciudad durante varios años. Eso incomodó a Aurora, pero no lo hizo notar. No quería ser “la hija de” o “la esposa de”, sino que la tomaran en consideración por ser su propia persona. Pero comprendía que la sociedad era una mierda que funcionaba del revés y era preciso adaptarse. Cuando tomaba conciencia de la realidad, ella elegía utilizar un enfoque optimista, porque de lo contrario sería una mujer amargada y no iba a permitirse semejante autosabotaje. Durante la reunión con la coordinadora de la Gala Thames, Aurora escuchó los halagos continuos que tenía la mujer para Dominic.

No comprendió los motivos, porque en la prensa y otros sectores machacaban a su esposo por la actitud soberbia y la expresión de pocos amigos que solía mostrar en público. Aparte de que fuese desalmado en los negocios. Impulsada por la curiosidad, pero sin dar a entender que no tenía la más remota idea del porqué de esos halagos, Aurora le preguntó a Amanda la razón detrás de tan espontánea admiración. La mujer la observó como si fuese una extraterrestre por preguntar algo tan obvio.

—Aprecio tus palabras hacia Dominic, pero ¿ha hecho algo en especial o específico para haber logrado que lo tengas en tan alta estima? —preguntó, sutil.

—Aurora, resulta muy claro el motivo de mi admiración, además de que me siento privilegiada de ser una de las poquísimas socialités que saben su secreto —comentó, amable, bebiendo de la taza de té con bordes de oro. Las oficinas eran preciosas, porque estaban ubicadas en una propiedad con vistas al río Támesis.

—Por supuesto, Dominic es muy discreto —dijo, pero no tenía idea de qué rayos estaba diciendo la mujer. Necesitaba fingir que conocía todo sobre su esposo.

—La verdad —sonrió la socialité—, me enteré por casualidad.

Amanda no era bonita de un modo convencional. Sus rasgos eran poco simétricos, aunque, en conjunto, lograban darle un toque de simpatía. Eso sí, su estilo de vestir era impecable, a la moda y el maquillaje no dejaba paso a imperfecciones.

—¿Sí? Cuéntame al respecto —pidió Aurora con intriga.

—Soy voluntaria para apoyar en brigadas de asistencia médica en las zonas más pobres de Londres —dijo con orgullo por su labor—. Una noche, uno de nuestros vigilantes, así los llamamos, no pudo cubrir su turno de ayuda. Así que me ofrecí para reemplazarlo. Vaya sorpresa la mía cuando me encontré a Dominic Langford, en persona, entregando kits de primeros auxilios —expresó elevando ambas cejas.

—Personalmente —murmuró Aurora para sí misma.

—Te lo cuento a ti, porque eres su esposa y sabes muy bien al respecto, pero él me exigió que no comentara que lo había encontrado en esa labor —expresó —. Creo que eso cambió por completo la imagen, tan horrenda, que pintan los medios y los demás empresarios de Dominic. Así que somos ahora, digamos, cómplices.

—¿Te explicó el porqué de su secretismo? —preguntó cada vez más intrigada. No le importaba que la mujer dijera que eran cómplices. Aurora solo quería saber.

Amanda soltó una risa suave y relajada. Le gustaba la esposa de Dominic, pues le parecía una persona cercana. Que hubiera ido a verla para abogar por los animales era un gran gesto y por eso tomó la decisión de darle la apertura que buscaba. Lamentablemente, ella no podía ingresar a la lista a los tres refugios, sino solo a uno. Estaba rompiendo las reglas, los beneficiados de la gala se elegían siete meses antes del evento, pero consideraba que los animales rescatados merecían un espacio.

—Me comentó que no quería que la prensa creyera que él estaba tratando de hacer relaciones públicas a costa de las necesidades de otros —explicó Amanda.

—¿Entregando kits de primeros auxilios a personas de bajos recursos en la noche? —preguntó, mientras agarraba la taza de té y daba un pequeño sorbo.

—Qué modesta eres, Aurora, en verdad el secreto está a salvo conmigo. No hace falta que finjas que desconoces la profundidad de la gran labor de Dominic —dijo como si fuesen confidentes. Aurora tan solo le dedicó una sonrisa amable —. No es por regalar medicinas básicas, sino porque es el fundador de Doctor Móvil. Como sabes, tiene unidades con un equipo médico completo que se trasladan a diferentes puntos de la ciudad, en varios horarios, para dar asistencia a las personas. Dominic me contó que no suele ir todas las noches, porque su agenda laboral es muy demandante, pero que, cuando es posible, intenta involucrarse en las brigadas.

Aurora agarró la taza de té con firmeza para que no le temblara la mano. Esta mujer tumbó por completo su teoría de que Dominic era solo un egocéntrico, dictador y arrogante sin sentimientos. El relato desbancaba todas sus conjeturas.

—Me alegro de que tengas en alta estima a mi esposo, Amanda, y que también guardes el secreto —respondió pretendiendo no estar en shock. «¿Quién era en verdad Dominic Langford y por qué no dejaba que el mundo conociera esa parte tan humana?», se preguntó—. Por ahora me tengo que marchar. Gracias por tu ayuda.

—Oh, encantada —replicó alegre—. Cute Paws estará en la lista de beneficiados de la gala. Por favor, espero que Dominic nos honre con su presencia.

«Nos honre con su presencia», repitió Aurora mentalmente de forma irónica.

—Se lo comentaré, por supuesto. Gracias por tu ayuda —se despidió.



Después de las revelaciones de Amanda, Aurora había tratado de conciliar las dos imágenes que existían de su esposo: la de desalmado y la de compasivo, que existían en la sociedad. Sin embargo, ninguna parecía asemejarse a lo que realmente habitaba detrás de ese hombre con un envoltorio de Adonis, la mente de un genio y el toque de Eros. Se preguntaba si, alguna vez, él le permitiría ver los matices al completo para lograr tener una imagen certera de las aristas que ella empezaba a pillar aleatoriamente.

Aurora no podía culparlo por su hermetismo, pero la ingenua confesión de Amanda cambiaba por completo cómo percibía a ese hombre que la dejó sin salida y que utilizó el matrimonio como una estrategia de negocios. Detrás de toda acción filantrópica existía una motivación que podía ir más allá del altruismo. Por ejemplo, expiar culpas; exorcizar demonios personales; intentar compensar un error; pagar a la vida por un milagro, y un montón de aspectos que variaban, según cada ser humano. Se preguntaba cuál de todas esas, u otras, eran las razones detrás de Doctor Móvil.

Cuando llegó la noche, después de su reunión con Amanda, la larga jornada con sus pacientes y la visita de un terreno para su clínica, que tuvo que descartarlo, se quedó acostada en la cama con los ojos cerrados. Lo que menos quería era moverse. Por un instante deseó que Dominic estuviera alrededor y pudieran hablar con sinceridad. Aunque estaban haciendo progresos con sus conversaciones, ella prefería dejar que todo siguiera el curso natural. Pero todo este panorama nuevo que acababa de llegar en su horizonte acrecentaba su curiosidad por él. Por otra parte, aún tenía que tomar la decisión sobre aceptar o no modelar el vestido diseñado por Lavina.

No quería desairar el gesto tan considerado y especial, así como tampoco quería quedarse atrapada en el miedo. Claro, existía una diferencia abismal entre subirse a una pasarela y mostrar sus curvas, con el mismo vestido, en lugar de hacerlo en una fiesta cualquiera. El desfile de modas desafiaba todas las estructuras de Aurora. Su psicóloga le había dicho que era bueno romper los aprendizajes, los miedos y lo conocido de vez en cuando. Bajo esa premisa, Aurora decidió que aceptaría modelar. Estar bajo el lente de un fotógrafo no le era ajeno y había sido una estupenda manera de elevar su autoestima. Quizá, en esta ocasión, el subidón sería mucho más potente.

Además, hubo un factor especial que se sumó a esa decisión, y fue la llamada que recibió de Lavina. Esta la invitó al evento y le contó pormenores al respecto, además le dijo que sería muy grato que su nuera luciera una de sus creaciones. Aurora accedió y le dio sus medidas para que el vestido, ya confeccionado, se ajustara mejor. Al despedirse, la señora le agradeció y le comentó que se alegraba de que su hijo se hubiera dado esta oportunidad de ser feliz. Aurora tan solo atinó a darle las gracias. Se sintió apenada de que Lavina creyera que su matrimonio era por amor y a largo plazo, pero tampoco tenía sentido arruinar la ilusión que tenía la mujer al respecto.

Aún le quedaban cuatro días más a Dominic para regresar.

Todas las noches anteriores, salvo una o dos, fue él quien la contactó primero. Así que Aurora, con toda la nueva información que sabía gracias a Amanda, decidió tomar nuevamente la iniciativa. Utilizó el recurso que, al menos para ella, solía siempre sacar una sonrisa en otros. Le envió una fotografía de Cute Paws tomada en la tarde.

El mensaje de respuesta llegó a la media hora y la despertó, porque estaba a punto de quedarse dormida. Aurora no tenía manía con la rapidez de las respuestas a los mensajes, menos cuando sabía que Dominic estaba ocupado y ella también. Intentaba ser más bien relajada, además su matrimonio no era convencional. No quería cruzar la línea que mantenía a salvo sus emociones y las de Dominic. Emociones que él intentaba resguardar en las sombras con su frialdad. Pero, al menos, ella sentía que ya no estaban en ese punto hostil del día en que pactaron casarse.

«Un progreso era un progreso», pensó, mientras empezaba a leer.

Dominic: Mmm, al fin conozco al famoso Orejitas del que me hablaste tanto el otro día. Un cirujano plástico reconstructivo podría ayudarlo a recuperar la mitad de la otra oreja, ¿no?

Ella se había reído, porque era tan estúpido y propio de Dominic. La fotografía era una *selfie* con el perro, mientras, alrededor, sus compañeros elevaban los pulgares.

Aurora: *Es un perrito y no le hace falta. Él tiene una alta autoestima. Lo hemos llegado a querer con su belleza natural y Orejitas lo sabe bien *Emoticón sonrisa con la boca abierta*.*

Dominic: *Si Cuasimodo es tu mejor versión de autoestima, me parece bien.*

Aurora: *Ja, ja, ja. Vaya, ir a Holanda te sienta bien, ¡haces bromas!*

Dominic: *Acabo de aterrizar en Ámsterdam. Por cierto, a mi regreso he quedado con Cédric y Brenda a cenar. ¿Tienes guardia en Cute Paws o estarás de voluntaria en otro sitio?*

Aurora: *No, ya he doblado turnos todos estos días, ¿es algún evento con fotógrafos?*

Dominic: *Solo mi mejor amigo siendo un dolor en mi existencia. Es algo informal.*

Aurora: *De acuerdo. ¿A qué hora?*

Dominic: *20h00 hs.*

Aurora: *Por cierto, decidí que modelaré el vestido de Lavina. De hecho, esta tarde me ha hecho la petición y enviado la foto del precioso vestido *Emoticón carita sonrojada*. Le dije que sí.*

Dominic: *Antes de subirte a esa pasarela lo modelarás para mí.*

Aurora se quedó mirando el teléfono. «La osadía de este hombre».

Aurora: *Dame una buena razón para considerar algo tan innecesario *carita de risa*.*

Dominic*: Entre más sensual te sientas, más interesante será dominar tus sentidos.*

Aunque él no podía verla, ella tragó saliva.

Aurora: *¿Solo piensas en el sexo? *Emoticón carita ojos en blanco*.*

Dominic: *Soy sexualmente muy saludable, Aurora, y pretendo tener un hijo antes de la próxima junta de accionistas. Salvo que creas en la Virgen María y un milagroso embarazo que podría ocurrirte, entonces mi idea de tener sexo está bastante presente. ¿He cubierto tus dudas?*

Aurora decidió optar por un tema más fácil de sobrellevar. Por ahora.

Aurora: *He ido a Ámsterdam muchas veces, ¿cómo luce hoy? *Emoticón ciudad*.*

Dominic: *Lo sabré en unas horas cuando vaya a la fiesta de Charlotte Buick.*

Ella sí había hablado con la modelo británica en un par de ocasiones, porque cuando se tenía mucho dinero, las personas que se frecuentaban solían ser famosas o de la realeza. La mujer no le cayó tan mal, pero tampoco se habían hecho amigas.

Aurora: *Creía que detestabas la vida social *Emoticón de sonrisa avergonzada**

Ella no recibió una respuesta a ese mensaje. Pero no le importó y se quedó dormida. Sin embargo, a la mañana siguiente, al leer las noticias entendió la razón de la falta de un mensaje de regreso de Dominic. En la sección de sociedad

estaba la fotografía de su sonriente esposo, algo inusual en él, saliendo de una fiesta, mientras sostenía a una pelirroja de la cintura. La mujer no podía verse con nitidez desde el ángulo del teleobjetivo, pero la figura esbelta y delicada, sí. Según la publicación eran las tres de la madrugada cuando salieron del pub y se fueron juntos en el mismo coche con rumbo desconocido. La modelo había sido identificada como Charlotte Buick.

Cuando Aurora revisó el móvil tenía varias llamadas perdidas. Cinco de Osmos Thiel, el director de Pitch, la agencia de relaciones públicas encargada de esta farsa de matrimonio. Dos de Kitty. Una de su padre. Una de su madre. Ninguna de Dominic.

Al ver la lista de remitentes, ella soltó una carcajada.

No le sorprendió que su esposo no la llamara. Probablemente estaría todavía disfrutando del cuerpo esbelto, el cabello rojizo y los gemidos de la famosa modelo.

En el caso de sus padres, los dos llevaban días tratando de convencerla de que asistiera, con Dominic, a un baile de gala que habían organizado en el hotel Four Seasons London. Se trataba de temas políticos. Sin embargo, Aurora ya había rechazado la invitación, en varias ocasiones, pero sus padres parecían no entender.

En el caso de Osmos, ella imaginaba que querría hacer algún control de daños, después de las imágenes de Dominic con la pelirroja en Ámsterdam. Pero ella no iba a hacer ninguna clase de declaración o colaboración para ayudar en nada. En el caso de Kitty, sus llamadas eran para lograr que la acompañara a Edimburgo. Su amiga tenía en la mira visitar un precioso SPA, ubicado en el corazón de las Highland.

Esa fue la única llamada que Aurora devolvió.

—Lo siento, pero he pactado un viaje a Turquía con Dominic.

—¡Venga, solo son dos días, Rory! —exclamó Kitty—. El sitio es de ensueño. Tu esposo no va a regresar, hasta dentro de cuatro días más, ¡mereces este viaje!

Aurora soltó una risa leve.

—No puedo, en esos días viene Shrek para ir a cenar con sus amigos. —Kitty soltó una carcajada—. En un principio, yo lo había considerado La Bestia, pero creo que el príncipe Adam era mucho más inteligente que Dominic. El ogro verde, en cambio, no por su humor, por supuesto, se ajusta mejor a mi esposo. No por ser tierno, sino porque, aunque es determinado, no tiene dos dedos de

frente —dijo.

Kitty no pudo evitar reírse de nuevo ante la ocurrencia.

—¿Lo dices por las fotografías de hoy? Charlotte está viviendo en Ámsterdam, porque es la imagen del nuevo perfume para mujer que ha lanzado Dior —dijo—. Rory, llevas tanto tiempo lejos del circuito social que no te has enterado de que…

—Kitty —interrumpió. Después de ver las imágenes y leer los pies de foto, Rory decidió dejar de leer—. La verdad es que no estoy interesada en profundizar en mirar noticias o titulares al respecto. Me bastaron las fotos —dijo —. Me alegro de que sigas tan pendiente de lo ocurre con las socialités de nuestro país, pero ese enredo no me corresponde resolverlo a mí, sino a Osmos Thiel. Para eso le pagan. En cuanto a ti, querida amiga, vete a Edimburgo con tu nuevo amante. Disfruta esa escapada.

Aunque Kitty era una mujer que prefería las relaciones formales, su mente era muy flexible para experimentar nuevas propuestas. A los pocos días de la cena con Rory, en el restaurante de ramen, había conocido a un hombre que la cautivó. En lugar de marcarse barreras, Kitty decidió aceptar una salida y quedó encantada.

—Apenas empezamos a conocernos. Sería muy apresurado —replicó.

—Oh, te prometo que iré la próxima vez al SPA. Lo dejamos pendiente —dijo Aurora—. Evan se reincorpora mañana, menos mal, así yo también retomo mis vacaciones como recién casada —dijo con un toque burlón—. Apenas regrese Shrek nos iremos a Estambul, pero no sé cuántos días vamos a quedarnos por allá. Pero, al menos, ya he resuelto algunas situaciones que tenía pendientes aquí en Londres.

—Allá hay unos sitios maravillosos y exclusivos de masajes, ¿qué tal si sacas cita en uno? —preguntó, mientras pensaba qué otra amiga podría acompañarla a Escocia—. Has tenido unos días bastante locos y te vendría bien consentirte.

—Sí, voy a investigar al respecto. En cuanto a ti, ¡disfruta Edimburgo!

—Cuenta con ello —dijo alegre—. Por cierto, Rory, un detalle a considerar.

—¿Cuál…? —preguntó frunciendo el ceño.

—No juzgues sin antes escuchar a la contraparte, ¿podrías prometer que intentarás hacer eso, en lugar de enfadarte al verlo? —preguntó Kitty con suavidad.

Aurora soltó una exhalación.

—No voy a enfadarme con Dominic —dijo con fingida indiferencia—, pero tampoco es la clase de hombre que dé explicaciones. Y yo no pienso pedírselas.

Kitty se rio por lo bajo.

—Mira que eres obstinada —dijo la otra mujer—. No hace falta que te dé explicaciones o que tú las pidas. De hecho, yo te puedo decir con rapidez que…

—¡Ve a hacer las maletas, Kitty! —interrumpió de buen humor, porque su amiga no necesitaba calmarla—. Yo iré a mi clase de box. Por cierto, ¿recuerdas la decoración que te conté que haría en este sitio de lujo y estrictos tonos serios? Pues ya he empezado a ponerle un poco de color. Este es un proyecto muy entretenido.

Kitty soltó una carcajada del otro lado.

—Ese hombre no sabe en qué se ha metido —replicó—. Pero si sientes que la casa merece ser más vibrante y alegre para sentirte a gusto, entonces procede.

—Ciertamente eso haré —dijo Aurora con una sonrisa.

Cuando acabó la llamada, la página de noticias continuaba abierta, así que la cerró de inmediato. No debería importarle y menos dolerle. Pero, carajo, el nudo que tenía en la garganta implicaba que sí la afectó verlo con otra mujer. No porque estuviera enamorada de él, sino por la promesa que Dominic le hizo de que la monogamia sería en doble vía. Pero, también, porque creyó que todos estos días habían empezado a crear un entorno más cercano y amigable entre los dos. Vaya error.

Lo que sintió fue una mezcla extraña de enfado, frustración y arrepentimiento por haberle creído. Pero no había nada que ella pudiera hacer, ni lejos ni cerca. El contrato seguía en pie y no iba a pedirle explicaciones. Si Dominic tuvo sexo con otras durante este viaje, le exigiría que se hiciera exámenes médicos. Después le plantearía su decisión de concebir por inseminación artificial, tal como ella quiso en un inicio. No sería de esas mujeres tontas que, ciegamente, se acostaban con su pareja tan solo porque les prometían que estarían seguras. Menos con una infidelidad comprobada.

La presencia de Kery interrumpió sus pensamientos.

—Señora Langford, los pintores que contrató ya están aquí.

—Ah, me parece estupendo —replicó al recordar su intención de pintar la casa de un tono menos lúgubre. Iba a emplear un tono beis muy leve, en lugar del prístino blanco, porque no estaba viviendo en un maldito hospital—. ¿El decorador?

—Sí, todos los empleados están esperando sus indicaciones —contestó.

—Excelente, gracias, Kery —replicó con una sonrisa.

Aurora se enfocó en lo que era importante: vivir en una casa más acogedora.

Primero habló con Reginald, el decorador, y recorrieron la casa para decidir qué clase de cuadros podrían incorporarse, así como los adornos que darían una vibra más acogedora, en lugar de los fríos objetos que estaban dispersos a modo de decoración. Luego, se dirigió al jardinero principal de la casa, Ottelo, y le presentó a los cinco integrantes de la empresa Clean Grass, que iban a ayudarlo a sembrar flores específicas para darle un aspecto más vistoso al patio. El césped era bonito, claro, pero demasiado aburrido, cuando la amplitud del área precisaba de otras plantas.

Las tumbonas de la piscina no seguirían siendo blancas, sino azul oscuro. Luego le pidió al chef que le hiciera una lista de todos los implementos de cocina que utilizaba regularmente. El hombre, frunciendo el ceño ante la petición, no tuvo reparos en dársela. Al cabo de unas horas, todo el juego antiguo de utensilios del chef, blanco con negro, había sido reemplazado por uno que combinaba rojos, blancos y amarillos en gamas diferentes. La cocina pasó de ser monocromática a una más alegre.

Les pidió a los empleados que donaran a la cocina de un albergue todos los trastes que acababan de ser dados de baja por ella. Eso incluyó todas las vajillas y tazas blancas. Después, hizo un pedido de nuevos platos y demás utensilios de porcelana, que llegarían al día siguiente, pertenecientes a la marca de Portugal, Vista Alegre. Aurora la eligió porque todo el trabajo se realizaba artesanalmente y se trataba de decoraciones a mano con mosaicos. Es decir: vida y color. Las habitaciones no iba a tocarlas, aún, sino que empezaría por las áreas que notaba más deprimentes.

Alrededor de las seis de la tarde, cuando estaba satisfecha con su labor, y sentía que había dejado escapar gran parte de su enfado, fue a preparar su bolsa del gimnasio.

No le apetecía ser sociable, menos tener tiempo libre para pensar. Así que la mejor manera de conseguirlo era extenuarse, hasta que no pudiera hacer otra cosa que acostarse en la cama, cerrar los ojos, y olvidarse del mundo durante varias horas.

—Señora, disculpe, sé que esta es ahora su casa, pero ¿ha comentado estos cambios con el señor Dominic? —preguntó Kery, viendo cómo el decorador y su equipo habían desmantelado el salón de la planta baja y estaban reajustando el

mobiliario. En el exterior, los encargados de jardinería empezaban a apagar las maquinarias utilizada esa jornada. En pocas horas, la cocina estaba transformada y pintada en otro tono. Al día siguiente llegarían la nueva vajilla—. No quiero ser impertinente, pero el señor es muy específico en el orden, los horarios y la disposición de las cosas en la mansión. ¿Está segura de que quiere realizar cambios tan drásticos?

Aurora soltó una risa suave e hizo un asentimiento. Iba a seguir con su proyecto, hasta tener los resultados que buscaba: vitalidad, marcar su espacio y también infundir un poco de color en los alrededores. Le gustaba la opulencia, ¿a quién no?, pero tenía aversión a los sitios aburridos. Por eso, inclusive en su trabajo, procuraba mantener un entorno alegre y, menos mal, sus compañeros eran iguales.

—No te preocupes, Kery, él está muy ocupado en otros asuntos como para que yo llame a hacerle consultas que no requieren su aprobación —replicó de buen humor—. Estas personas que he contratado son profesionales y saben muy bien todo lo que tienen que hacer. En pocos días, la casa lucirá tan acogedora que no querrás marcharte cuando llegue el final de tu turno. Así de bella quedará —agregó con una sonrisa sincera—. Le he enviado la cuenta a Selma, ella se encargará de gestionar todos los pagos, así que, tú, solo debes relajarte —miró el reloj—. Voy a mi clase de box.

—De acuerdo, señora Langford —murmuró la mujer, poco convencida.

Los siguientes dos días, Aurora no volvió a contactar a Dominic, menos a responder sus mensajes. Lo dejaba en “visto”, porque no le apetecía mantener conversaciones con él. Sabía que no iba a explicarse, pues el hombre no formaba parte de los seres humanos racionales que, cuando era preciso, daban argumentos de sus comportamientos. Así que ella no esperaba nada de él al respecto. «Ya hablaría cuando él regresara de su viaje de placer y negocios», pensó con sarcasmo. Quedaban veinticuatro horas para que el avión privado de Dominic topara suelo británico. Así que ella procuraba emplear el tiempo que tenía a solas para hacer ejercicios, trabajar, reconectar con amigos que llevaba mucho tiempo sin ver y tomar sesiones de Reiki.

Después de la clase de box del día, que fue brutal, ella subió a ducharse.

Eran casi las seis de la tarde cuando bajó para recorrer los cambios que habían

realizado los especialistas que contrató para remodelar algunas partes de la casa. Se sintió complacida. Comprobó, una vez más, que el dinero no solo lograba grandes maravillas en ayudas a los necesitados, sino también en eficiencia y rapidez.

En su habitación decidió cambiar las puertas blancas del *walk-in* clóset por unas de tono marfil con pinceladas en detalles naranja. Iba a hacer lo mismo en la master suite. Si le gustaba o no a Dominic, le importaba muy poco, porque, además, el pedido ya había sido realizado y no iba a cancelarlo. Inclusive le pidió a la mucama que quitara las sábanas de seda negra de la cama de su esposo y pusiera unas azul oscuro; forros blancos y filos azules para las almohadas. Betsy, la mucama, la había mirado horrorizada, pero tan solo acató la petición con cierta cautela. Aurora no recordaba haberse divertido tanto, en poco tiempo, y haber sido tan eficiente con su agenda.

Al caer la noche, realmente exhausta, ella abrió las persianas automáticas de la máster suite. Aunque era amplia y elegante, al igual que su dueño, necesitaban luz. Daba igual si era de la luna o del próximo planeta al final de la Vía Láctea. Cuando estaba a punto de marcharse a dormir, el móvil sonó. Ella vio el mensaje de Shrek.

Dominic: *El orden de la casa y los objetos que tengo son inalterables, Aurora. Selma me acaba de enviar todos los recibos, por miles de libras esterlinas, por servicios de jardinería, asesoría en decoración y un set nuevo de vajillas. ¿Qué rayos es lo que has hecho en la mansión?*

Aurora esbozó una sonrisa y se acostó en la cama de él, arrugando así las sábanas que habían sido recién cambiadas. «En la vida nada era perfecto», pensó. De repente se sentía desafiante y satisfecha con todas las alteraciones de alrededor. Pero más que “alteraciones”, ella prefería llamarlas: mejoras. Porque, sin duda, lo eran.

La mujer tenía un código y este era que jamás emplearía el dinero de Dominic para sí misma, como caprichos de belleza o ropa, porque no quería nada que, legal y justamente, no le correspondiera. Le bastaría con la gran cantidad de dinero que pronto empezaría a recibir por su contrato matrimonial. Lo que había hecho ella en la casa, enviándole todas las facturas a Selma, servía para mejorar el patrimonio de Dominic, no el suyo. Este gasto no contaba como personal, aunque la motivación lo fuera. Él sí era generoso. De hecho, había instruido que ella tuviera acceso a adquirir lo que necesitara. Aurora no creía que eso

implicara redecorar la casa sin preguntarle la opinión primero. «Pero ¿acaso en la vida no hacía falta más espontaneidad?».

Ella decidió que, en esta ocasión, sí iba a responder el teléfono.

Aurora: *Oh, simplemente sintiéndome a gusto y dándole un toque de vida a esta mansión. Cuando regreses encontrarás un ambiente más acogedor. Estoy segura de que vas a agradecerlo.*

Dominic: *Tu espacio es la habitación que te asigné para hacer en ella lo que se te dé la gana. En el resto de la casa, si querías hacer cambios, debiste consultarme. Cruzaste un límite.*

Aurora: *¿Lo hice? *Emoticón de bostezo*. Demándame. Voy a dormir.*

Dominic: *Haré algo mejor, Aurora.*

Aurora: *No me gustan las amenazas, así que no las hagas. *Emoticón ceja enarcada*.*

Dominic: *No es una amenaza, sino una promesa.*

Aurora no replicó, apagó el móvil y se levantó con la intención de ir a dormir a su suite. No le importaban las promesas estúpidas de ese mentiroso. Sin embargo, algo la detuvo. Si bien la mucama cambió las sábanas, Aurora no había explorado el resto de la máster suite. Su conciencia, la que gritaba que debería largarse y respetar la privacidad, se calló cuando Aurora decidió que estar casada con Dominic le daba derecho a explorar lo que quisiera. El baño estaba en iguales condiciones que el resto de la estancia: impoluto y ordenado. Ella abrió el *walk-in* clóset. Las camisas estaban organizadas por colores, así como los pantalones, las corbatas y los zapatos. Pulcro.

Ella tiró de una pequeña cajonera blanca con suavidad. Encontró una colección de relojes y gemelos. Los esmoquin tenían una sección especial, así como los perfumes. Ahora entendía la razón de que él le hubiera escrito enfadado. No era por el cambio en la casa, sino porque, en verdad, Dominic tenía manía con el orden. Y ella acababa de desbaratar, arbitrariamente, la estructura que él había implementado.

Aurora notó también una caja vieja de zapatos. Esto llamó su atención, porque contrastaba con todo el orden y prolijidad del entorno. Con lentitud y cuidado, ella se sentó en la alfombra para abrir la tapa de la caja. Frunció el ceño y observó el contenido. Se trataba de varias fotografías de la familia Langford. La única diferencia, en comparación a aquellas que había visto siempre, era que en

todas aparecía un integrante adicional. No creyó que se tratara de un amigo de la infancia de Dominic, porque los rasgos faciales, la pose y parecido con Lavina y Owen, eran elocuentes.

Ella observó la expresión sonriente de un Dominic pequeño, quizá alrededor de diez años, rodeando el cuerpo flacucho del otro niño con los brazos. Sonreían para la cámara y, por un instante, Aurora creyó ver al verdadero Dominic. Aquel que no existía más en este presente, pero que, evidentemente, fue desenfadado alguna vez. No pudo evitar preguntarse quién era ese niño. ¿Un primo lejano? ¿Un hermano?

Detrás de las imágenes, que no eran tantas, estaba el nombre. Jenk Langford.

Se quedó atónita. En ninguna de las reuniones, menciones, menos en la boda, estuvo alguien con ese nombre. Ninguno de los primos de Dominic se llamaba de esa manera, tampoco los abuelos maternos o paternos ni los hijos de los primos que fueron a la catedral. «Si Jenk era un Langford, ¿habría fallecido?», pensó con tristeza.

Se concentró en mirar la imagen, aunque sentía que los ojos empezaban a cerrársele. Le dolía el cuerpo, su mente estaba extenuada y apenas tenía fuerzas para levantarse. Sin embargo, algo la impulsaba a quedarse. «Curiosidad extrema», reflexionó, mientras acomodaba las fotos en una hilera para tratar de que su mente despertara. Decidió que la mejor forma de concentrarse sería cerrando los ojos, porque así lograría la calma y encontraría el ángulo para abordar el tema con Dominic.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo con mis pertenencias?

Aurora abrió de par en par los ojos, muy despierta esta vez, ante la expresión asesina de Dominic. Ella lo observó atónita, porque se suponía que él no tenía que estar en Londres. En la posición en la que estaba, sentada en la alfombra, se movió de manera instintiva hacia atrás, hasta que su espalda chocó con una de las cajoneras.

CAPÍTULO 12

Dominic no solía ir a fiestas si el motivo detrás no lo beneficiaba en algún modo. Rara vez se tomaba tiempo libre con el afán de entretenerse o beber un trago con amigos. De hecho, no habría aceptado la invitación de Charlotte, que era una vieja conocida de sus años de universidad, si ella no le hubiera comentado que el director comercial de Dior en Holanda estaría en el bar. El hombre tenía la fama de ser esquivo y solo vincularse con un círculo social muy cerrado. Por eso, la oportunidad de plantearle la idea de hacer alguna colaboración con Langford Creations no pudo dejarla pasar.

Él permaneció en la fiesta un par de horas. El whiskey era excelente y también la conversación que sostuvo con un grupo de extranjeros que tenían experiencia en las criptomonedas. Aunque este era un rubro que a él le parecía demasiado volátil, Dominic jamás perdía la posibilidad de escuchar o aprender sobre algo diferente. No bebió demasiado, porque prefería siempre tener los cinco sentidos alertas. Alrededor de las tres de la madrugada, un poco pasada de copas y tan bromista como siempre, Charlotte le preguntó si podría llevarla a casa. Él la miró con el ceño fruncido y dudó al respecto, porque su amiga vivía en el lado opuesto al área en la que estaba su hotel. Dominic prefería ser eficiente con el tiempo y este viaje le tomaría, al menos, cuarenta minutos. A la mañana siguiente, le esperaba un largo día de trabajo y quería dormir.

—Dom —le había dicho sonriendo—, espero que no creas que estoy haciéndote una propuesta sexual. Entiendo que estés un poco oxidado en cotilleos de tus amigos, así que te recuerdo que me encantan las mujeres. Tanto o más que a ti.

Dominic había soltado una carcajada.

Fue en ese instante, en el que los *flashes* de las cámaras de los paparazzi casi lo cegaron. Cabreado, porque no le gustaban esta clase de intromisiones ni estupideces, no tuvo más remedio que agarrar a Charlotte de la cintura e instarla a ir rápidamente al coche. Una vez que la dejó en casa, él regresó al hotel por otra ruta, aún fastidiado por lo ocurrido. Dominic dejó el móvil en silencio, así que al amanecer se encontró con el registro de una inusual cantidad de llamadas de números desconocidos, y también de Osmos. Cuando contactó a su relacionista público, él le explicó lo que estaba ocurriendo a causa de esa fiesta.

Las especulaciones sacaron de quicio al CEO.

—Charlotte es lesbiana, por la gran puta, ¿cómo pueden inventarse que se ha "convertido" en bisexual, porque salimos juntos de esa puñetera fiesta? Como si elegir la preferencia sexual fuese un asunto de conversión religiosa o alguna mierda similar —había dicho Dominic en tono acerado—. ¿Ella ha dado declaraciones al respecto?

—No. Sus publicistas están a cargo. Me contacté con ellos para analizar la situación. Me comentaron que en unas horas más publicarán fotografías, tomadas para aplacar esta ridiculez, de Charlotte abrazada con la vocalista del grupo de rock con la que está saliendo —había replicado—. De nuestro lado, Dominic, la consigna es no hacer comentarios. El equipo de tu amiga se encargará del resto de Europa.

—Bien. ¿Qué hay con la prensa británica? —había preguntado el CEO.

—Hicimos de cuenta que nada ocurrió, le quitamos peso, y optamos por elaborar un comunicado para remarcar el acuerdo multimillonario que firmaste con la empresa española de tecnología —había dicho—. Lo de Charlotte está controlado.

—Como debe ser, ¿algo más, Osmos? —había replicado con simpleza.

—No tengo idea de qué tanto sabe tu esposa del mundo del espectáculo o cuál de las tergiversaciones de tu salida con Charlotte, y que se publicaron, leyó. He intentado llamarla, pero no me responde. Creo que ir a visitarla sería cruzar la línea.

—Crees bien —había expresado—. Solo envíale un correo mencionándole que ya has resuelto el tema y explícale la estrategia que has aplicado. Adiós, Osmos.

Después de la conversación, al anochecer, Dominic le escribió a Aurora.

Durante los días fuera del Reino Unido, en los que se habían comunicado en las noches, él se encontró sonriendo ante los comentarios, a veces ridículos, que tenía ella sobre algunos temas. Procuraba mantener la distancia, pero ser más cordial. Consideraba que la mujer era directa y aguda en su sentido del humor. Las personas que habían crecido en un entorno privilegiado solían ser cínicas, como él. Le sorprendía que ella, aún al tener a Bruce como padre, fuese de naturaleza compasiva.

Dominic dejó el móvil a un lado y continuó con sus asuntos. A la noche siguiente, ella tampoco contestó a su mensaje de saludo. Un total de dos días. La

falta de respuesta fue suficiente para que él sacara la conclusión de que la mujer no había revisado el correo de Osmos. Lo anterior implicaba que Aurora, probablemente, sí habría leído y creído lo que se publicó en la prensa sobre él y Charlotte. Dominic no tenía tiempo para tonterías aclaratorias, ni tampoco era responsable de que ella hubiera elegido el silencio al creer que él había roto el pacto verbal de ser monógamos.

Él no detuvo sus asuntos en el exterior, pero sí logró agilizarlos y sacar excelentes resultados. Esto le permitió regresar a Inglaterra antes de lo previsto.

Cuando estaba aterrizando en la pista privada de Gatwick, le llegaron al correo los recibos de todas las contrataciones recientes que había hecho Aurora en la casa. Su esposa había alterado el orden y matices, sin consultarle. Su mansión estaba estructurada para reflejar la calma que él necesitaba al regresar del convulso mundo exterior. Por eso, abandonar un caos para entrar a otro era totalmente inconcebible.

La anterior fue la razón de que la hubiera llamado. La osada mujer respondió, luego de días de silencio, con un desafío a lo que había orquestado en su ausencia. Al cerrar la comunicación, Dominic estaba solo a cuarenta minutos de distancia de la casa. Su intención al llegar fue exigirle a Aurora que devolviera todo a su estado original. Lo que menos hubiese esperado era encontrar abierto su *walk-in* clóset y que las luces le mostraran claramente la imagen de ella dentro. No solo estaba en pijamas, aparentemente meditando y en postura relajada, sino que había abierto la caja en la que él guardaba un capítulo durísimo de su vida. Una caja que llevaba largos años sin abrir, a propósito, cuyo contenido ahora estaba ordenado en la alfombra. Expuesto.

—¿Qué demonios crees que haces con mis pertenencias? —preguntó apretando los puños a los costados. Su autocontrol estaba a punto de escapársele. Esta vez no creía que hubiera nada para detenerlo, porque la furia que lo invadía era descomunal—. Te he hecho una jodida pregunta, Aurora, ¡responde! —exigió.

La expresión de asombro y temor, también vergüenza, cruzaron por el rostro femenino. Ella se movió hacia atrás, usando las manos y piernas para moverse, hasta que la espalda quedó contra un cajón. No podía ir a ninguna parte. Estaba atrapada.

—Dom… Dominic, me acabaste de llamar… Yo creía que estabas todavía fuera de Inglaterra… Eso no significa que mi curiosidad tenga justificación —dijo con un nudo en la garganta—. Lo siento tantísimo. Sé que pasé un límite al

abrir esta caja, pero no pensé por un minuto que fuese de… —meneó la cabeza asustada y también sintiéndose fatal por haber husmeado—. De tu familia… Jenk…

Los ojos verdes eran el brillo embravecido de Poseidón, el dios de los mares. Las aguas representaban las emociones profundas, agitadas y brutales, que podían llegar a ser tan crueles como las que se disfrazaban de aparente calma. Esta vez, Poseidón tenía la forma de un hombre, cuya mirada cocía una tormenta inminente.

Dominic dio un paso hacia adelante. Sus nudillos estaban casi blancos.

El aire en ese espacio de repente pesaba como una bola gigante de acero.

—¡No tienes derecho a decir un nombre que no te correspondía conocer! —bramó en un exabrupto que contenía cólera, al verla exponiendo la razón del autocontrol que ejercía y que acababa de perder en este instante—. Quiero que salgas en este momento de aquí, porque no me responsabilizo de mis palabras ni actos.

Aurora sentía el corazón bombeándole como si fuese a tener un paro cardíaco. Su respiración empezó a volverse dificultosa. Sus manos le sudaban. Sentía un frío gélido en la columna vertebral y que se acrecentó cuando vio que él avanzaba otro paso hacia ella. La expresión de él era la de un hombre consumido por la tortura, la furia y la desesperación. Aurora no lograba encajar esas emociones en Dominic, pues en esos momentos sus propias sensaciones físicas estaban tomando el control.

—Y… yo… —empezó a tartamudear—. So… solo llamó mi… Mi atención…

—¿Estás sorda? Vete de aquí, Aurora. ¡Ponte de pie! —exigió.

Ella no lograba coordinar sus acciones con lo que escuchaba. Así que, con lágrimas rodando por sus mejillas, empezó a organizar nerviosamente las fotos. Lo siguiente que sintió fueron las manos de Dominic agarrándola de la cintura, poniéndola sobre su hombro como si no pesara nada, y saliendo con ella de esa área.

—Dominic… Dominic, esp… espe… espera —balbuceó agitadamente.

Él necesitaba respirar en soledad. Esta mujer era parte de la ecuación que podría ayudarlo a resolver el tema de su hermano, pero no estaba listo, ni siquiera sabía si alguna vez pensó estarlo, para hablar de él. Su pesquisa pretendía ser discreta, sin involucrar a Aurora de manera directa, sino hacer todo

con sigilo. Sin embargo, ella había abierto una puerta que no le correspondía y lo acababa de descontrolar todo.

—¿Tan desesperada estás por tener mi cercanía? ¿Por saber de mí? —preguntó burlón y cruel. En un gesto rápido la lanzó sobre el colchón y la miró con altivez.

Aurora sentía que se le cerraba la garganta. Sus manos temblaban.

—No… Dominic, tú no eres así…. Siento mi error… Por favor… … —dijo en un hilillo de voz casi inaudible en el absoluto silencio—. Él hizo lo mismo… —sollozó—. Actuó de la misma manera que tú, ahora, cuando intentó violarme…

Él se quedó en shock. La miró sin verla, pues en este instante no tenía la capacidad de registrar lo que le ocurriese a otra persona. Sus propias emociones eran convulsas y los recuerdos en la mente le daban vueltas como un juego de la casa de los espejos, en una feria de mala muerte. La culpa, la frustración, la impotencia, el dolor, todo era un torbellino que se detonó, porque ella puso en evidencia su pasado. Dejó abierta la compuerta, sin ser invitada, a una situación que él llevaba muy presente, porque era una de las motivaciones detrás de este matrimonio, pero ante la que había optado por usar una indiferencia controlada. Hasta este instante, él no supo la magnitud del cúmulo de emociones que, durante años, había contenido y forzado a guardar. Pero estas hijas de puta acababan de empezar a salir de los ataúdes en las que decidió sepultarlas para así poder regular, resolver y dominar su mundo.

Por otra parte, lo que estaba diciendo Aurora no tenía sentido para el magnate.

Le tomó un rato registrar del todo esas palabras, porque él acababa de ser empujado a un abismo por su propio caos. Dominic permanecía de pie, lejos de Aurora, en la mitad de la habitación con la mandíbula apretada y la mirada iracunda.

Ella estaba en la cama con el cabello suelto, una expresión aterrorizada e incapaz de poder moverse, aunque deseaba hacerlo con todas sus fuerzas e irse.

Él necesitaba calmarse para entenderla. Apretó los ojos, como si ello lo ayudase a recuperar su centro, pero solo era un intento inútil. Años de práctica de autocontrol se habían acabado y a cambio surgió una marejada de golpes en el plexo solar que no podía explicárselos. Porque eran demasiadas emociones juntas. Él intentó aquietar su mente, tiró de toda su determinación de acero, mientras escuchaba los sollozos quedos de Aurora. Pero él era incapaz por ahora de acercarse de nuevo o tocarla.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza. Abrió y cerró los puños. Varias veces.

Dominic tenía un nudo en la garganta, porque esto había sido como si una supernova le hubiera explotado en la cara con un acto que parecía tan sencillo, pero, a la vez, tan brutal para él. Relajó los brazos. Al cabo de un instante, abrió los ojos y su mirada ya no era de descontrol intimidante, su respiración logró volverse estable y su enfado empezó a retroceder, pero también notó que había pasado un largo rato.

Su visión volvió a enfocar alrededor con claridad. Exhaló y miró al colchón.

Dominic se pasó los dedos entre los cabellos y agarró una silla que solía utilizar para leer cuando no podía dormir. La acercó a la cama. Aurora tenía la mirada baja. Estaban en un punto de inflexión. Si bien él carecía de un nivel de inteligencia emocional superior, sí tenía neuronas que lo instaban a entender que, si en este momento no existía una confrontación real, sin hostilidad, los dos iban a perder. Dominic no abandonaría su ambición como CEO, así como sabía que, aunque en estos momentos parecía frágil, Aurora tenía la determinación de construir la clínica.

—Jamás te tomaría contra tu voluntad —dijo Dominic en tono firme y consternado ante la confesión, a medias y tan brutal, que había hecho—. ¿Te he dado motivos para creer que podría hacerlo hoy? —preguntó—. En una ocasión me comentaste que cuando quisiera hacerte preguntas, yo debería estar dispuesto también a responderlas, Aurora. Pero hoy has hecho mucho más que preguntar, ¿no crees?

«Sí, he invadido tu privacidad», pensó ella con una leve exhalación. Aunque la forma en que lo hizo hubiera parecido inocente o caprichosa, la consecuencia era este huracán de emociones que ambos acababan de vivir frente al otro. Se frotó las sienes.

—No, no me has dado motivos —replicó, porque era importante aclararlo y que él lo supiera—. Hice una asociación de hechos y recuerdos que detonaron, hasta el punto de expresarte algo que no sé con certeza, si algún día te habría confesado. Sí, recuerdo que una vez te dije que solo te daría información sobre mí, si tú me hablas algo sobre ti —murmuró, sin mirarlo. Tomó fuerzas y agregó —: Hace dos años, viví una relación de abuso físico y emocional. Fue un período bastante complicado.

Dominic apretó la mandíbula y se mantuvo en silencio un rato. Él sabía que alguien puso las manos sobre ella para lastimarla, en el pasado, por el intercambio que tuvieron tiempo atrás en su oficina. Ella le había asegurado que

se hizo justicia, pero jamás le dio ningún detalle ni ahondó al respecto. Él entendía que esta admisión de Aurora, tan fuerte y directa, era el preámbulo de algo muy personal y delicado.

—¿Él actuaba con exabruptos violentos? —preguntó enfadado por lo que ella habría tenido que vivir. Ambos habían detonado episodios complejos del otro sin proponérselo. «Vaya noche de mierda», pensó apretándose el puente de la nariz.

—Al principio, no —dijo mirándose el sitio el que brillaba el anillo de Dominic y empezó a girarlo con los dedos—. Él era mi mejor amigo desde que éramos pequeños. Nuestras familias se conocían. Sentí que fue natural ser novios. Al inicio, todo era perfecto, nos divertíamos e inclusive éramos compañeros de la misma carrera. Poco a poco, él empezó a cambiar. Nada de lo que yo hacía le parecía bien. Me culpaba de no ayudarlo en clases, porque es disléxico. Aunque lo ayudaba, nunca era suficiente para él. Hasta que llegó el primer golpe —dijo con entereza. Ella sentía la mirada de Dominic y también la fuerza que emanaba de él, pero no era amenazante.

—Hijo de puta —farfulló cabreado.

Aurora tragó saliva e hizo un asentimiento que agitó sus cabellos.

—El problema de las mujeres que hemos vivido violencia es que entramos en un ciclo tóxico y somos incapaces de romperlo, porque siempre terminamos creyendo al agresor —expresó. Explicarle esto a alguien, ajena a su psicóloga o Kitty, le parecía liberador—. En mi caso, él prometía, después de cada golpe, jamás volver a actuar de ese modo. Se comportaba divinamente durante un tiempo, hasta que me golpeaba o me insultaba de nuevo. Se repetía y se repetía. Me hacía sentir como que yo era exagerada, que todo lo inventaba y que no le daba una verdadera oportunidad a la relación. Tenía miedo de aceptar lo que estaba pasándome —soltó una exhalación suave—. Porque no podía concebir que hubiera caído en una situación como aquella.

Dominic nunca se habría creído capaz de matar a alguien, porque consideraba que, sin importar cualquier infierno, la vida era invaluable. Pero, en estos instantes, al escuchar la valentía en el tono de Aurora, aunque, a la vez, la vulnerabilidad, quiso moler a golpes al malnacido hijo de perra que la sometió a ese episodio de brutalidad.

—Ninguna víctima es culpable —dijo con certeza—. Espero que lo recuerdes.

Ella sonrió levemente e hizo un asentimiento. Tomó fuerza y se giró hacia él para enfrentar su mirada. La expresión de Dominic la dejó perpleja: admiración.

—Lo sé, ahora lo sé —comentó notando los ángulos del rostro atractivo. La

tormenta aún bailaba en los ojos masculinos. La conversación no había acabado.

—El haber salido de esa relación te vuelve resiliente y valiente, Aurora.

—Me tomó dos años, sin embargo, destruir ese vínculo —expresó ella aceptando las palabras de Dominic—. Tuve ansiedad y me consolé en la comida. Él se burlaba de mi cuerpo o me humillaba con palabras pasivo-agresivas. Fue brutal.

Dominic apretó los labios al entender por qué ella no quiso, en un inicio, desfilar en el evento de Lavina. Si él hubiese sabido esta información, jamás la habría desafiado a hacerlo. Pero que Aurora hubiera tomado la decisión de subirse a la pasarela, ratificaba su percepción de que ella tenía agallas y una encomiable fortaleza.

—Solo un hombre con complejo de inferioridad se atrevería a difamar con sus palabras e insultos a una mujer que destila sensualidad y es tan inteligente como tú.

Ella se sonrojó por el comentario, porque él no usaba las palabras en vano.

—Gracias —susurró. Dominic asintió brevemente—. Pero él fue más allá de minimizarme o culparme de sus errores. Una noche llegó al punto más bajo de todos —dijo, porque esta era la parte crítica—. Me acusó de una sus idioteces, me gritó, y me lanzó a la cama, después de haberme golpeado, como si fuese una simple muñeca de trapo. —Dominic apretó los puños. Ahora comprendía la razón detrás del miedo en los ojos de Aurora cuando él la dejó abruptamente sobre la cama. Pero en su caso, la intención jamás fue lastimarla, ni tocarla inclusive, sino distanciarse—. Subió… —dijo ella interrumpiéndose un instante. Se abrazó las rodillas al pecho y miró a Dominic—: Subió a la cama e intentó violarme. No atendía razones, a pesar de que yo me disculpaba por lo que sea que creía que yo había cometido. No funcionó. Así que —tomó una inhalación —, durante un instante me quedé quieta. Hasta que él creyó que yo habría cedido por completo y agarré un cenicero y le partí la cabeza. Luego agarré mis pertenencias, llamé al hermano de mi mejor amiga, Kitty, que es policía y a partir de esa noche no miré atrás de nuevo. Hubo un juicio, a puertas cerradas del que la prensa, por la influencia de nuestras familias, jamás se enteró. Mi ex fue a prisión. Salió por “buen comportamiento”, pero mantiene una orden de alejamiento.

Dominic se quedó en silencio mirando a la mujer que tenía enfrente.

Digerir toda la historia era complicado, pero no lo suficiente para evitar que él se incorporara. Su siguiente gesto surgió de manera natural en un hombre que

era una barrera de titanio: la tomó en brazos y la acomodó de lado sobre su regazo, sentándose juntos, manteniendo una cercanía que jamás ofrecía. Pero no era un bastardo y lo que recorría sus venas tampoco era hielo. Ella apoyó la cabeza en el hueco del hombro de Dominic, aspirando su aroma y sintiéndose, súbitamente, a salvo y confortada.

—No necesito saber el nombre de ese hijo de puta, porque prefiero mantener mi historial delictivo sin la huella de un homicidio y varios años de cárcel —dijo con seriedad—. Pero si alguna vez vuelve a cruzarse en tu camino e intenta posar su atención sobre ti, no te pediré, sino que te exigiré su identidad. ¿Entendido?

Aurora esbozó una sonrisa leve e hizo un asentimiento.

—Entendido —susurró agradecida.

—Por cierto, lamento haber causado ese recuerdo en ti —dijo Dominic.

—No tenías cómo saberlo —murmuró apartándose para mirarlo. Los lagos de jade ocultos en esos ojos no lucían tan atormentados, pero tampoco en calma—. No suelo ser intrusiva, pero sentí curiosidad por hallar alguna pieza de ti que me permitiera entenderte. Detesto vivir en un sitio que me es ajeno y no tener, al menos, un poco de cercanía con la persona con la que me casé. Estoy habituada a llevarme bien con mis amigos, reírme y a un entorno colorido —expresó sinceramente—. Lo que hice no fue mi mejor momento y me siento apenada al respecto, Dominic.

—Acepto tus disculpas —replicó él. Su enfado había cedido, un poco, aunque las estúpidas emociones necesitaban encontrar un nuevo punto de equilibrio.

—Bien… —dijo bajando la mirada, consciente de la posición tan cercana en la que se hallaban. Aurora podía sentir el cosquilleo en su piel, así como la fuerza de quien la sostenía de la cintura—. ¿Te divertiste en tu viaje? —preguntó en un susurro.

Él soltó una carcajada. Le tomó el mentón entre los dedos.

—Vas a tener que definir a qué clase de diversión te estás refiriendo.

Aurora tragó saliva y le miró la boca, pero luego apartó su atención a un sitio que parecía más seguro: la pared. Ella no era muy buena escondiendo sus emociones.

—Mmm, quizá montar a caballo en las afueras de Madrid, sé que hay muchas áreas especializadas —dijo como si le diera igual—. Un tour privado al museo Rijksmuseum, en Holanda. Las posibilidades son infinitas. Fue una pregunta

simple.

—Pudiste saberlo si hubieras respondido a mis mensajes —replicó Dominic —. Pero optaste por dejar de contestarlos, porque viste las fotografías. ¿Me equivoco?

Aurora lo miró a los ojos y esa intensidad la quemó.

—No me debes explicaciones, pero creía que teníamos un trato —dijo en tono que denotaba una mezcla de vulnerabilidad con resignación—. Sin embargo, vi que…

—Viste a mi amiga, que es abiertamente lesbiana, diciendo una idiotez que me hizo reír —replicó acariciándole el labio inferior con el pulgar—. No te debo explicaciones, como dices, pero cuando hago un trato siempre procuro cumplirlo.

—Oh… Bien —murmuró. Por algún motivo, le creía—. ¿Dominic?

—Dime —replicó incorporándose con ella en brazos—. Por cierto, dos detalles importantes. Mañana viajaremos a Estambul al mediodía, luego iremos a Milán, así que te aconsejo que organices tus asuntos laborales para ese itinerario. La cena con mi mejor amigo y su esposa se suspendió, porque su hija tiene gripe. —Ella tenía pendiente retomar las vacaciones que suspendió durante los días en que Evan estuvo enfermo. Asintió—. Lo siguiente es que dejes de jugar a ser la decoradora de esta mansión. —Aurora solo enarcó una ceja—. Si quieres un cambio, consúltalo conmigo, pero la organización es importante para mí. ¿Me he explicado bien?

Ella asintió y le rodeó la nuca con un brazo para mantener el equilibrio.

—Te falta divertirte y sonreír un poco más, Dominic —dijo, mientras salían de la habitación—. Mmm, ¿no peso mucho? —preguntó—. Puedo caminar a mi suite.

Llegaron a la otra habitación y entraron.

—No harás tal cosa —dijo con simpleza dejándola al pie de la cama.

Ella elevó la mirada. Dominic necesitaba reajustar el torbellino en él. No podría hacerlo con Aurora cerca, pero tampoco quería dejar de lado el confort que había sentido al tenerla sobre sus piernas. Le tomó el rostro entre las manos, la sintió contener la respiración, no iba a besarla; esta no era la noche. Lo que sí hizo fue mordisquear los labios llenos y sensuales con suavidad. Le gustó escuchar el ronroneo que escapó de la garganta de Aurora. Él llevaba mucho tiempo sin besar a una mujer.

—Dominic… —dijo sujetándole con suavidad las manos que él tenía sobre sus mejillas. Lo hizo como si intentara retenerlo para instarlo a que siguiera el curso de los mordiscos y la besara de verdad. Pero los ojos verdes y la expresión de Dominic eran una mezcla confusa, para ella al menos, entre lujuria, contención y también tormento. Bajaron las manos. Ninguno se alejó del otro—. Si te hago una pregunta, ahora, aunque sea personal, ¿la responderás sin darme la espalda e irte? —indagó.

Él soltó una exhalación.

—Sí, Aurora —replicó con simpleza.

—¿El contenido de esa caja es la razón por la que no quieres crear vínculos emocionales con otras personas? —preguntó empezando a extender la mano, pero la dejó caer al notar que Dominic perdía parte de la calidez reciente. Esperó, paciente.

Él apretó los labios. Si bien Aurora había abierto esa caja de incontables fotografías y recuerdos de su familia, ella ignoraba la verdad que detonó su enfado. Dominic no era magnánimo, pero sabía medir el impacto de una confesión y la valentía para contar una verdad tal como lo había hecho Aurora instantes atrás.

—Lo es —dijo con renuencia—. Jenk era mi hermano menor por dos años. Desapareció cuando tenía once, después de un partido de fútbol. Todo fue mi culpa, porque dejé que mis emociones me guiaran. Desde entonces las controlo, hasta hoy. Como acabas de darte cuenta —expresó con cinismo—, nada bueno surge cuando pierdo el autodominio, Aurora. Si esas son todas las preguntas que tienes, entonces…

Ella hizo una negación. Sabía que él no iba a hablar más esta noche. Kitty le había dicho, en algún momento, que los hombres entraban en una “cueva” mental, hasta que procesaban sus ideas y luego decidían cuándo verbalizarlas. «Hombres».

—Me sentí aliviada por haber hablado contigo sobre lo que me ocurrió, aunque no fue fácil sacarlo a la luz de nuevo —dijo con sinceridad. Esta vez tomó la mano de Dominic entre las suyas. Él miró las manos de ambos, luego volvió a posar su atención en el rostro de ángel—. Siento mucho lo que pasó con tu hermano. Pero, si era dos años menor a ti, entonces un adolescente de trece años no tiene la culpa.

Él meneó la cabeza y se apartó con determinación. Ella soltó un suspiro.

—No conoces los hechos y no voy a discutirlos ahora, Aurora —replicó.

Cuando Dominic estaba cerca de la puerta, ella lo llamó en un susurro.

—Está bien —murmuró—. Ha pasado tanto tiempo desde entonces… ¿Eso significa que tampoco has tenido una relación, más allá de la lujuria, con una mujer?

—Solo hubo una.

—¿Vespery…? —preguntó recordando el nombre que había dicho Lavina.

—Sí. Que descanses, Aurora —dijo cerrando la puerta tras de sí.

Ella cayó sobre la cama con una exhalación, agotada.

Su cuerpo ya no resistía más, después del largo día y una noche emocional tan brutal. ¿Cómo Dominic, después de más de dos décadas, seguía culpándose por la desaparición de su hermano, Jenk? ¿Qué había ocurrido para que él se sintiera de ese modo? A ella no le parecía justo que un niño hubiera llevado semejante carga sobre los hombros, menos que, al llegar a los treinta y cuatro años, continuara machacándose. Aurora sabía que había logrado atravesar la tormenta, pero aún quedaban unas cuantas por librar. Ahora que comprendía un poco mejor a Dominic, lo que menos dejaría de hacer sería intentar de poner diversión y color a su entorno.

Sabía que la historia de Jenk no era tan simple, pero también que Dominic solo se la contaría cuando quisiera. O más bien, si le interesaba compartir esa parte de él con quien, desde un inicio, aseguró que no quería crear vínculos: ella. Sin embargo, Dominic no había caído en la cuenta de que eso era exactamente lo que acababan de hacer. Con una sonrisa, ella fue a cepillarse los dientes. Después se acurrucó entre las sábanas, ahuecó la almohada, soltó un suspiro quedo y cerró los ojos. «Vaya día».

Aurora hubiera tenido un sueño más reparador si su última reflexión, antes de quedarse dormida, no hubiese sido pensar en cuál era la historia de Dominic con la mujer que había logrado que él se diera, por primera vez, una oportunidad para amar.

CAPÍTULO 13

Dominic fue a montar a caballo muy temprano en la mañana, en lugar de usar su gimnasio. El viaje en coche, hasta el club de hípica, lo hizo con música de MUSE. Le parecía una ironía que la primera canción fuese *Time is running out* y que hacía referencia a la falta de control y estar en un tiempo límite. Básicamente resumía su noche anterior. Durante la siguiente hora, la velocidad y su conexión física con la naturaleza, a través del Purasangre color negro, fueron sus compañeros. De regreso a casa, Dominic pensó en la conversación que tuvo con Clarence, quien había aceptado ser uno de sus asesores, con respecto a las acciones que tenía Bruce en Shipment Orion.

El resultado de las primeras pesquisas del tema, las obtuvo dos días atrás.

Cédric, después de investigar dentro de lo que sus habilidades le permitían, le había enviado un extracto que condensaba los registros de las rutas más frecuentes de la naviera y los ingresos anuales, así como las pérdidas. Su mejor amigo le había dicho que al ser una empresa de varias décadas de existencia, previo el *boom* tecnológico, mucha de esa información no constaba en el sistema. Dominic había encontrado un patrón marcado en esas estadísticas de registros que llamaron su atención. Cada año se realizaban viajes, en las mismas fechas, pero en horarios muy diferentes a los regulares. Además, la carga siempre tenía el mismo estatus: perdida o devuelta al punto de origen. Las rutas eran las usuales, es decir, entre Chittagong, en Bangladesh; Mumbai, en India, y los de Inglaterra: Southampton y Felixstowe. Esto había provocado que Dominic le pidiera a Cédric que buscara a un hacker que lo ayudara.

—Algo no está bien aquí —había dicho el magnate—. ¿Puedes buscar a alguno de tus amigos, un experto, para que hackee los servidores en profundidad? Porque, además, las operaciones de esos viajes se detuvieron hace seis años. Ahí acaban los registros que te acabo de mencionar. No sé si fue un error o se omitieron a propósito.

—Sí, puedo hacerlo —había replicado Cédric en tono quedo—. Pero, Dom, ya tienes munición para hundir a Bruce, ¿qué más te dan las pérdidas de una naviera?

—Que no es usual que, en las mismas fechas, siempre, la carga se perdiera o se devolviera a su punto de origen —había expresado, mientras su mente

trabajaba —. Como son datos ínfimos, en comparación con los cientos de millones en ingresos y periodicidad de rutas regulares, pasan desapercibidos. Inclusive, al ser solo cinco viajes, es fácil no prestarle atención y considerarlos dentro de la “normalidad” de las operaciones. Pero no se fijan en la consistencia de los datos: fechas y frecuencia.

—Tú y tu cerebro, Dom, pero quizá es solo que son las épocas complicadas o tal vez un robo a nivel interno. En eso, Bruce, no tendría nada que ver —había dicho Cédric desde el otro lado de la línea—. ¿Acaso sospechas que es cargamento de droga? Porque si es así, como amigo, te sugiero que dejes este asunto de lado. No saldrá nada bueno. Además, tienes que enfocarte en Jenk y tu posición de CEO. Abrir otra brecha, en especial si se tratase de un tema de sustancias, podría agitar un avispero letal.

Dominic había notado el tono de preocupación y duda en su mejor amigo, pero él siempre seguía su instinto. Además, no creía que lo que sucedía en los negocios fuese una coincidencia, menos con el análisis estadístico que acababa de hacer. Él presentía que existía algo más profundo en este asunto, así que necesitaría más datos.

—Prefiero no especular, sino tener certezas, y eso solo va a ocurrir cuando encuentres un hacker que pueda darme la información completa —había respondido—. Si Bruce, además es traficante de drogas, pues debe ser uno muy malo para solo hacer cinco rutas anuales en esa clase de tratos. Pero, si lo confirmo, eso implicaría echar la última pala de tierra en el ataúd de su carrera política, Cédric.

Su amigo había soltado una exhalación.

—De acuerdo, Dom —había dicho con resignación—. Hallaré una solución. Por ahora tengo un proyecto brutal por entregar a un cliente, pero te puedo asegurar que estaré buscando entre mis contactos a un hacker con perfil impecable. ¿Vale?

—Gracias, Cédric. No podría esperar menos de ti, amigo. Hablamos pronto.

Dominic podía ser paciente para situaciones que lo ameritaban.

La anterior era una de ellas. Un hacker no solo podría darle información de las transacciones en profundidad, sino también nombres que no aparecerían a simple vista. Por ahora, él tenía que enfocar su atención en el viaje a Turquía. Su plan inicial había sido firmar el contrato y al día siguiente partir hacia Italia. Pero el presidente de la empresa Tekstilhan, Kerem Arman, lo invitó a la fiesta de cumpleaños del hijo mayor. En unos años, sería este último el encargado de

todas las decisiones, así que Dominic tendría que dialogar con él para seguir trabajando como socios comerciales.

Dominic hubiera rechazado la invitación, pero, en la cultura turca, invitar a un extranjero a compartir un evento familiar era una alta demostración de confianza y estima. Además, los Arman eran eficientes, cumplidos y leales. Unos excelentes socios a los que él no iba a desairar. Así que le agradeció a Kerem y le confirmó que asistiría.

Esperaba que estos fuesen los últimos viajes fuera de Inglaterra durante unos meses. Aunque era ventajoso dar a conocer su narrativa como empresario, asistiendo a reuniones en persona, en lugar de utilizar representantes, Dominic tenía asuntos que requerían seguimiento estando presente en su país. Necesitaría elegir un delegado.

Cuando pasó por el área de lectura, una sala recubierta de vidrio y que daba al patio, soltó una maldición al ver a los empleados de la empresa de jardinería que Aurora había contratado. Ottelo, su jardinero de varios años, actuaba con más energía de la habitual, mientras ayudaba a modificar lo que, hasta hace pocos días, fue una alfombra verde simple y elegante. «Además, ¿qué rayos hacía un puto columpio de madera anclado a la rama gruesa de uno de los árboles?», pensó mirando más hacia la derecha. Dominic tuvo la intención de exigir que tumbaran esa idiotez, pero tenía otras prioridades. La firma de renovación con Kerem era a las cinco de la tarde, hora de Turquía, así que sería necesario salir a tiempo de Londres. No tenía sentido ir a la oficina matriz, cuando podía ahorrar tiempo y trabajar desde el despacho en casa.

Después de regresar del club de hípica, Dominic había desayunado en la cafetería de The Connaught Hotel. Pero ahora, después de ver tanto la pantalla del ordenador y escuchar algunas idioteces de sus gerentes, le hizo falta un café. La llamó a Kery y le pidió que el chef le preparara un cappuccino. Al cabo de cinco minutos, su ama de llaves entró y dejó la taza sobre el escritorio con cautela. Él solo murmuró “gracias”, pero no le prestó atención, porque estaba concentrado en la videollamada.

Sin embargo, cuando iba a dar el primer sorbo al café, este ya estaba frío. Además, estaba servido en una taza diferente de las que él tenía en casa. Pero ese no era el problema, pues no tenía apego a las cosas. Se trataba de algo diferente y vinculado a la familia real. La vajilla había sido un obsequio que su madre le entregó a él, porque la hermana del Rey Carlos, cuando era príncipe, en agradecimiento por una colección que Lavina diseñó solo para ella, le dio un

juego de vajilla digno de un banquete real. Entre esos objetos también constaba una línea especial de desayuno.

Miró el nuevo diseño, moviendo la taza en la mano, con cuidado de no regar el líquido. Dominic quería saber de inmediato en dónde diablos estaban todas las piezas. Sabía quién era la responsable de este atropello de colores. Primero llamó a Kery para pedirle que, la próxima vez, le llevara el café en las tazas usuales de la casa.

—Lo siento, señor Langford, no será posible —dijo en tono de disculpa.

—¿Algún motivo en especial? —preguntó sarcástico, apretando la mandíbula.

—Todo el menaje de mesa fue cambiado esta mañana cuando llegó la vajilla, de la empresa portuguesa, que compró la señora —replicó Kery con suavidad—. Los utensilios del chef también fueron cambiados por unos nuevos. Él está muy contento —dijo tratando de sonar optimista, ante la situación—. La cocina luce estupenda.

Dominic no había tenido tiempo de revisar la casa y constatar qué otros cambios, además del jardín, habría hecho Aurora. Controló su temperamento.

—No soy el psiquiatra del chef para interesarme por sus estados anímicos, Kery. Quiero que te deshagas de toda esta idiotez de mosaicos de colores. ¿Acaso estoy viviendo en algún hotel con temática de circo? —preguntó sin esperar respuesta.

—Me temo que eso tampoco sería posible, porque nos quedaríamos sin vajilla durante uno o dos días, señor Langford —expresó al notar el enfado en Dominic.

—¿Dónde está Aurora? —indagó.

—Oh, estaba hace unos minutos probando el columpio, ¿verdad que está bonito? —preguntó con una sonrisa—. Creo que ha sido un toque muy original.

—Kery, eres una de mis pocas empleadas a las que tengo en una alta estima. Me gustaría que eso continuara siendo así —dijo. La mujer perdió la sonrisa al notar que él estaba muy serio—. Esta casa es tan mía como de Aurora, eso lo tienes claro, ¿verdad? —La mujer asintió—. Lo que no le pertenece a mi esposa es la decisión unilateral de hacer cambios drásticos alrededor. Así que, la próxima vez, cuando la escuches o notes sus intentos de jugar a la decoradora me vas a llamar. ¿Entendido?

—Sí, totalmente, señor Langford. Si me permite opinar, los cambios ligeros alrededor quedarán muy bien al finalizarse. Las flores que están plantando en el patio darán una sensación más hogareña, cuando usted salga o use la piscina —

expresó.

Dominic soltó una exhalación y se apretó el puente de la nariz.

—Me voy varios días y esta no es mi casa —farfulló—. Si Aurora te está pagando para decir todas las barbaridades a su favor, te puedo subir el salario.

Kery esbozó una sonrisa y las arruguitas se marcaron en sus ojos.

—La señora se porta amable con todos e inclusive curó al gato de mi nieta cuando le conté que tenía vómitos. Fue con el chofer a buscarlo y lo ayudó —dijo con emoción en la voz al recordarlo. Agregó—: ¿Le traigo otro café, señor Langford?

—No, déjalo estar —replicó apretando los dientes—. Gracias.

El ama de llaves se marchó con celeridad.



Dominic se levantó de la silla con la intención de ir a buscar a Aurora y saber en dónde demonios estaba la vajilla que la Princesa Ana le había regalado a su madre. Pero no tuvo que ir muy lejos, porque, apenas abrió la puerta su esposa se dio de bruces contra él. En un acto reflejo, las manos de Aurora se apoyaron sobre sus pectorales para no caerse y él la sostuvo de la cintura. La mujer y su maldito aroma de manzanas y rosas invadieron su espacio personal. Notó que tenía el cabello ligeramente alborotado y las mejillas sonrojadas. Llevaba un vestido corto de algodón, en tono violeta, que le brindaba una apariencia inocente. Pero esas curvas decían lo contrario, pues eran un peligro inminente para su cordura. Él enarcó una ceja.

—Buenos días, Dominic —dijo riéndose por la situación—. No sabes lo divertido que está el columpio. Venía a invitarte para que te subieras en él y dejaras un rato los temas laborales. Nos queda un rato antes de ir a Turquía, ¿qué dices? —preguntó. Aurora consideró que la mejor forma de romper el hielo, después de la noche anterior, era hacerlo de un modo diferente, como el que estaba proponiéndole.

Ella no tenía tendencia al drama y prefería pintar de azul un panorama gris. Como ahora. Sin embargo, no contó con la posibilidad de chocar con él, menos que sus sentidos se desbocaran por su cercanía. No porque eso jamás le hubiera ocurrido, sino porque pensó que estarían en un jardín, al aire libre, y podrían tener una charla más relajada. Pero las manos de Dominic en su cintura y verlo tan guapo, con el traje Kiton, listo para los negocios en Estambul, no eran armas

ante las que tuviera defensa.

El hombre era arrogante e inaccesible, cuando se le daba la gana. Pero ella también entendía que existía más de él y que Dominic no dejaba que el mundo supiera. Como el caso de Doctor Móvil. Con cada descubrimiento, ella sentía más curiosidad.

—Justamente iba a buscarte, porque ha surgido un detalle interesante hace un momento —dijo él apartándose para instarla a entrar. Aurora lo miró con el ceño fruncido—. Por cierto, no tengo seis años, así que los columpios no me interesan.

—Mmm, la diversión no tiene por qué restringirse según la edad. En fin, ¿qué clase de detalle interesante encontraste, Dominic? —preguntó y él cerró la puerta.

Aurora notaba una gran diferencia, entre los días en que estuvo sola y ahora que él estaba alrededor. Porque el aire parecía cargado de una energía distinta: primaria, dominante y la hacía, curiosamente, sentir protegida. También existía ese intenso rasgo sexual que parecía casi palpable, entre los dos, como en este momento.

—Hace un rato pedí un café —dijo señalando la taza que estaba en una esquina, intacta—. Pero noté que parecía bastante colorida. Algo inusual. ¿No? —preguntó—. Además, dio la casualidad de que el café se enfrió y no pude tomarlo. Pero, esta última parte, es más bien anecdótica. Porque he tenido bastante trabajo.

Ella entendió la razón de la seriedad de Dominic y su ironía.

—Creí que anoche cubrimos ese aspecto —sonrió—. Me comentaste que habías leído los recibos y que no volviese a cambiar nada sin preguntarte. Pues…

—¿Dónde está la vajilla al completo? Fue un obsequió de la Princesa Ana a mi madre —preguntó. El vestido de Aurora era de tirantes finos. Dominic extendió la mano y jugueteó con una de las tiras color violeta. Después, la deslizó a un costado dejando el hombro desnudo. Ella lo miró con los labios entreabiertos—. ¿Mmm?

Aurora sintió cómo sus terminaciones nerviosas vibraron. No quería apartarse, pero no tenía la seguridad de qué era lo que estaba procurando hacer Dominic. Si acaso él la dejaría expectante, como la noche anterior en la que obvió hacer algo más que mordisquearle la boca, o si iría un poco más lejos. Esperaba que esto último.

—No sabía que tenían tan importante procedencia —susurró humedeciéndose los labios. La mirada verde era hipnótica y densa—. Pero creo que las personas tienen derecho a disfrutar de las cosas bonitas a las que otros, con más privilegios, suelen tener acceso… Un poco de equidad —dijo y Dominic dejó el otro hombro desnudo.

El vestido, cuyo material era ligero se quedó suspendido sobre los pechos femeninos. Si ella hacía un movimiento, el más ligero, la prenda caería a sus pies.

Se miraron a los ojos y el gancho energético que los sacudió fue inexplicable.

—Todas las personas… ¿A quiénes te refieres con exactitud? —preguntó él. La boca de Aurora estaba ligeramente entreabierta, los ojos lucían brillantes de expectativa; en ellos no había miedo ni tampoco temor, sino curiosidad—. Cuéntame.

El ego de Dominic, lo instó a tener la convicción de que podía introducirse en las aguas de la lascivia, disfrutar del baño de gozo; jugar con la tentación y subyugarla. También lo impulsó a creer que evitaría perder el control si tomaba esta decisión de forma consciente, en lugar de zambullirse al placer de manera instintiva. Aparte, le reafirmó que tenía la capacidad de seguir en su excelente racha de no crear vínculos. Además, lo convenció de que lograría liberar la compulsión que Aurora había agitado en él y que obtendría dos beneficios a la par: placer y un hijo en el tiempo preciso.

Todo lo anterior era el justificativo por el que ahora estaba tocándola.

Su intención inicial fue buscarla, pedirle explicaciones y salir hacia al aeropuerto lo antes posible. Pero, al tenerla tan cerca, la ebullición contenida durante tantas semanas amenazaba con causar un desbordamiento. Por eso necesitaba anticiparse y tomar el control. «La decisión que acabo de tomar es estratégica», pensó.

—Las que van a un comedor de beneficencia local, porque están sin hogar —susurró. Procuraba respirar con calma, pero la vibra potente de Dominic no ayudaba. Ella quería recorrerle la boca con los dedos y conocer su sabor—. No solo para adultos, sino también van niños. ¿Acaso no crees que a la directora del lugar le hará ilusión si la llamo y le cuento la procedencia de la nueva vajilla? —preguntó mirándolo.

—Un comedor de beneficencia —repitió Dominic—. Qué interesante ocurrencia, Aurora. Donaste piezas invaluables a cambio de una vajilla de colores.

Ella no tenía excusas, porque, aún sin conocer el origen de esos objetos, estos no eran suyos para disponer. «Solo quise poner un poco de alegría a la casa», pensó, apenada. Sabía que a él no le importaba el dinero, sino la arbitrariedad cometida.

—Quise que la experiencia de comer en esta casa fuese más dinámica… —confesó—. Los juegos de platería que compré son también preciosos, Dominic.

Él le recorrió con el dorso de la mano el escote superior. El toque, para ella, se sintió igual a recibir chispas de electricidad. Él apretó la mandíbula, ante el esfuerzo de no arrancarle el vestido de una buena vez. Repitió la caricia varias veces, intercalando su mirada sobre la piel de los pechos y los expresivos ojos del tono de la miel. Estos parecían haber sido puesto al fuego y refulgían evidente intensidad.

—Ah, qué generosa —replicó—. Una vajilla que de seguro costará varios millones de libras esterlinas, a futuro, ahora forma parte de una experiencia social.

—Eso es —dijo ella en un tono que sonaba optimista—. ¿Tengo que pedirle a la directora que lo devuelva todo? —preguntó en un susurro cuando él se detuvo.

Dominic quiso morderle la boca y castigarla por despertar un león que había permanecido adormecido: sus emociones. Ella estaba agitada y él podía ver reflejado su propio deseo en los ojos de Aurora. Esta mujer lo sacaba de su zona de confort.

—Unos jodidos platos me dan igual —dijo—. Si bien esta casa es tan tuya, como mía, mientras estemos casados, los cambios no se hacen sin mi conocimiento. En especial, si tienes la intención de desvalijar los rincones y aplicar tu filosofía colorida —agregó. La piel femenina se erizó cuando él le sujetó el mentón, entre los dedos, para elevarle el rostro. El vestido rodó un par de centímetros con ese movimiento, y el borde de seda del sujetador fue visible dejando más piel cremosa a la vista. Dominic soltó un gruñido—. Aurora, ¿quieres que me aparte o no…?

Ella entendía lo que estaba preguntándole en realidad. No se trataba de saber si lo deseaba, ambos sentían lo mismo, la pregunta de él era sobre su consentimiento.

—No, no quiero que te apartes —susurró tirando de su vestido, hasta que este, como si fuese una provocación, tardó varios segundos en caer hasta la alfombra.

Dominic se pasó los dedos entre los cabellos. Estaba tan excitado que si ella le tocaba el miembro se correría. «Mierda, jamás le había ocurrido algo así». Su

esposa tenía un sujetador de seda negro a juego con las bragas. La mujer era un sueño húmedo hecho realidad. Todas las curvas anunciaban que la sensualidad tenía nombre: Aurora.

—Maldición, no soy un hombre de hacer cumplidos, pero sería un imbécil si no dijera que eres jodidamente magnífica —comentó acercándose y quitándole con manos expertas el sujetador. Los pechos grandes quedaron ante él, coronados por dos perfectos pezones erectos. Le arrancó las bragas. Ella soltó un jadeo al quedar por completo desnuda, mas no intentó apartarse—. Tentadora y valiente, una mezcla interesante —dijo con fuego de su mirada, antes de cubrirle un pecho con la boca.

—Oh, Dominic —gimió cuando él succionó con firmeza y usó la lengua para juguetear con el duró botón. Sentirse expuesta ante este hombre había sido su mayor miedo, pero la forma en que él la miró, con ardor y vibrante deseo, lo anuló por fin.

La boca húmeda lamía, mordisqueaba y chupaba con avidez los pechos, sus contornos, e intercalaba las caricias con las manos. Los dedos de Aurora se enterraron en los cabellos oscuros, con fuerza, mientras ella gemía de gozo y le pedía en silencio que no se apartara. Una violenta sacudida de placer recorrió la delicada columna vertebral. Dominic parecía estar sediento de su cuerpo y lo demostraba con ímpetu.

A ella le gustó experimentar la intensidad con la que él parecía estar ávido y sediento de su cuerpo. Sin dejar de succionar, una de las manos de Dominic se deslizó hasta sus nalgas, le apretó la carne con codicia y después se movió hacia su sexo.

—¿Has estado pensando en cómo sería que te ensanchara y penetrara, Aurora? —preguntó mirándola con lujuria, al tiempo que le mordía con dureza el pezón. Ella gritó y gimió—. Me gustan tus respuestas sonoras, pero prefiero las palabras —dijo.

Ella mantenía el agarre sobre los cabellos de Dominic. No pudo evitar, en lugar de apretarlos con fuerza, acariciárselos. Quiso negarse a responder y le movió la cabeza hacia sus pechos, porque nunca nadie se había dedicado a ellos con ansias.

—No… —dijo y él volvió a morderla más fuerte—. Sí, ¿okey? Sí… Esto se siente tan bien… Oh —jadeó él introdujo dos dedos en el sexo. Las caricias en sus pechos, el recorrido de la mano libre de Dominic por su cuerpo, agarrando su carne con una necesidad que parecía traspasar la piel, mientras la masturbaba,

era una locura.

Dominic no había tratado a una amante como lo hacía con Aurora: interesado en prepararla para él. Con sus parejas, ambos sabían lo pactado e iban a por ello. Pero entendía el pasado de su esposa y las condiciones de este encuentro eran distintas.

—Estás tan mojada y estrecha —soltó en un gruñido, luego, súbitamente apartó los dedos y también se alejó de ella. Aurora lo miró, jadeante, sin entender.

—¿Por qué te alejas…? —preguntó e intentó cubrirse.

—No te atrevas a cubrir tu cuerpo de mí, Aurora, ¡nunca! —rugió Dominic.

Aurora dejó caer los brazos lentamente, conteniendo la respiración. El hombre la observaba como si estuviera orgulloso del estado en el que ella se encontraba.

—Pero…

—Quería ver tus tetas marcadas por mi boca y mis dientes. Además, paladearte —interrumpió lamiéndose los dedos. Ella abrió y cerró la boca; le pareció decadente y sensual, al mismo tiempo, que él continuara vestido—. Pruébate a ti misma —dijo acercándose y mojándole los labios con un dedo. El sabor de Aurora era de irresistible dulzura con picante y destellos profundos que lo dejaban con ganas de explorarla.

Ella, con un brillo desafiante y tímido a la vez, cerró su boca alrededor del dedo. Se probó a sí misma y la saliva de Dominic. Con su lengua jugueteó y succionó como si estuviera replicando lo que haría si tuviera el miembro viril en su boca. El movimiento de su cuerpo agitó los pechos y también sus cabellos. Él apartó el dedo.

—¿No te gustó? —preguntó fingiendo inocencia.

Dominic soltó una carcajada ronca. Estaba poniéndose a prueba a sí mismo.

—Camina hasta el escritorio y apoya tus manos en él —ordenó dándole un azote leve sobre uno de los pechos. La mujer era una mezcla de pecado e inocencia.

—Pero yo también quiero verte —susurró con una sonrisa lasciva.

Ella intentó acercarse, pero Dominic hizo una negación firme. Como si Afrodita y Artemisa, juntas, intentaran atraparlo. Necesitaba controlar la situación.

—Haz lo que te ordeno o no obtendrás placer. Obedece —exigió en un tono que no daba pie a réplicas. No iba a confesar que, si ella lo tocaba, iba a correrse

dentro de los pantalones como un idiota sin experiencia—. Bien. Muy bien —dijo cuando ella apoyó las manos sobre la superficie—. Joder, tienes unas nalgas perfectas.

—Me siento expuesta, Dominic —confesó con sinceridad mirándolo por sobre el hombro—. Has visto todo de mí, pero no me has dejado verte…

—No, no lo he visto todo de ti —dijo acercándose y mordiéndole el lóbulo de la oreja. Se quitó la chaqueta y la dejó a un costado del escritorio. Después se quitó los pantalones y el bóxer, hasta que su prominente y furiosa erección quedó libre.

—Eso es falso —murmuró con voz temblorosa cuando él le rodeó la cintura para acariciarle el clítoris frotándoselo con insistencia. Ella soltó un gemido. Sintió la dureza caliente contra su piel desnuda. Las manos de él la recorrían toda. La respiración suave y tibia le creaban un cosquilleo excitante en el cuello —. Dominic…

Él le mordisqueó el cuello. Aurora mantenía las palmas apoyadas, sosteniéndose. En esta postura, Dominic tenía acceso perfecto a la plenitud de sus pechos. El hombre los amasó y jugueteó con ambos, incrementado así la excitación.

—Esta parte, Aurora, es el misterio que me interesa conocer —dijo dándole golpecitos sobre el Monte de Venus. Después le pellizcó con la otra mano uno de los pezones—. Por cierto, tus tetas tienen un sabor magnífico. Tanto o igual que tu coño.

Ella no estaba habituada a que le hablaran con crudeza, pero reconocía que la manera, el tono y los gestos de Dominic la ponían a mil. Su toque era a la par de tosco, reverencial; a la par de osado, cauto; pero su mirada era incendiaria, siempre. Pero lo más interesante de todo este torbellino era que la hacía sentir sexy y deseada. Única.

—Ahora que lo sabes, entonces déjame probarte a ti… —dijo con osadía. Ayudaba mucho estar de espaldas, porque podía ocultar el sonrojo al decirlo.

Un rugido bajo vibró en el pecho de Dominic. La tentación de tenerla de rodillas, desnuda y dándole placer era grande. Pero eso implicaría ceder por completo a todos sus deseos. Necesitaba marcarse un límite y reafirmar que seguía en control.

—No —zanjó presionando la erección entre las nalgas y apretando ambos pezones entre los dedos. Ella echó la cabeza hacia atrás—. A menos que quieras que me detenga —dijo soltando los picos duros y apartándose un instante. Ella

meneó el trasero y soltó una queja que lo hizo sonreír. La mujer era deliciosamente receptiva.

—Dominic, te necesito dentro de mí… —expresó en tono anhelante. Lo que experimentaba era euforia. El tono mandón que él empleaba en el sexo, le gustaba.

—Sigue mis instrucciones —dijo en un gruñido, dándole una nalgada, mientras la instaba, presionando en la espalda baja, a que se inclinara sobre el escritorio—. Gira el rostro hacia tu derecha. Separa las piernas. Así. Un poco más. Bien. Ahora sí, Aurora, he visto todo de ti. Tu sexo depilado, rosado, inflamado y mojado con tus fluidos —expresó, al tiempo que se agarraba el miembro y empezaba a frotarlo de arriba abajo entre la delicada hendidura que prometía y ofrecía placer—. Desde esta posición tengo un ángulo perfecto —le dio otro azote y siguió tentándola un rato.

—Me mantienes en vilo a propósito… Tómame, Dominic —murmuró.

Su intención era moverse del escritorio y mirarlo con fastidio, pero no lo logró. Cuando lo intentó, recibió una sucesión de nalgadas; en cada una jadeaba y movía las caderas para pedirle silenciosamente que entrara en ella. Lejos de quejarse por el dolor, sentía el sexo más sensible y palpitante. Sus niveles de excitación no eran comparables. Después, la mano de Dominic presionó sobre su espalda baja inmovilizándola.

—He dicho que haces lo que yo te diga —dijo él en tono gutural. Ver la huella de sus manos en la piel de Aurora, le parecía primal y crudo—. ¿O quieres quedarte, en esta posición, sin alivio? —preguntó acariciándole las nalgas con suavidad.

Ella soltó un gemido frustrado y dio una palmada firme sobre la madera.

—Quiero correrme, maldición —dijo enfadada.

Él sonrió de medio lado al notar cómo ella perdía el control. Le gustó que Aurora se dejara ir y que pudiera, después de su pasado, disfrutar sin inhibiciones.

—Vas a tener un orgasmo, pero será cuando yo te lo permita —zanjó Dominic, maniobrando para agarrar el cinturón del suelo—. No voy a lastimarte. Acomódate de tal forma que puedas estar cómoda y extiende los brazos hacia atrás.

—¿Por qué haría eso? —preguntó, mirando por sobre el hombro, en un tono curioso. Ella no creía que él fuese a lastimarla, pero le gustó escuchar la

reafirmación.

—Porque es la forma en que llegarás al orgasmo —replicó crudamente.

Ella tiene la respiración errática. Su corazón galopante. Los sentidos alertas. Consciente de que Dominic no iba a lastimarla, poco a poco, hizo lo que él le pidió.

—Bien, muy bien —dijo él, mientras le inmovilizaba las muñecas—. ¿Duele?

—No —replicó probando la presión en la piel—. No, no duele, pero…

—¿Puedes moverte? —interrumpió acariciándole las nalgas.

Su pene tenía la prueba de la excitación en forma de humedad en el glande, pero también era una mezcla la de Aurora. Ella lucía como un festín a punto de saciar un hambre carnal que Dominic trataba de dominar a toda costa. «Bocado a bocado», pensó. Porque era la única manera en que quería consumir a Aurora: sin excesos.

Ella intentó zafarse o soltarse, mas no lo consiguió.

—No… —dijo con la mejilla apoyada en el escritorio mirando hacia un lado —. Salvo que estés adolorida, lo único que vas a hacer es seguir el ritmo.

—Sí… Bien… —gimió en tono desesperado. Sentía la combinación del aire del entorno y el calor de Dominic plenamente excitantes. Sus pechos estaban sensibles por las concienzudas caricias recibidas. Pero no era suficiente. Quería más de él.

—Tan resbaladiza —farfulló él, acomodando su erección. Entró de una sola embestida, hasta lo más profundo en Aurora. Soltó un gruñido de satisfacción, porque el sexo de ella se amoldaba como un guante alrededor de su miembro. Pero él no se movió al escucharla contener la respiración, porque la sentía muy estrecha, y no era un animal para lastimarla. Así que esperó a que se acomodara a su tamaño.

—Oh… —soltó un jadeo. No podía explicar todo lo que su cuerpo experimentaba en esos instantes al estar restringido, pero también libre de sentir.

—¿Estás bien, Aurora? —preguntó en tono ronco rodeándole la cintura y frotándole el sexo, desde atrás, con los dedos. Acarició el clítoris con suavidad.

—Sí, quiero más… —susurró y él soltó una carcajada áspera. Complacida.

Ambos gimieron al unísono cuando Dominic empezó a ondular las caderas con fuerza, entrando y saliendo del interior femenino. A la par de sus acometidas, él le separaba las nalgas, hundiendo sus dedos en la carne firme, con ambas manos, deleitándose al ver cómo su miembro se deslizaba, mojado, en la

estrechez. La visión era erótica y excitante. Los gemidos mutuos resonaban en la estancia, a la par del choque húmedo de sus cuerpos. Él llevaba mucho tiempo sin vivir de verdad cada sensación del sexo. Porque siempre lo usaba como forma de autocontrol y alivio rápido. Esta era la primera ocasión, en varios años, que se daba el tiempo de disfrutar.

—Maldita seas por tentarme —bramó Dominic entre dientes, mientras Aurora se movía al son que él iba marcando con vigor. Él le dio un azote y ella gimió.

—Estoy tan cerca, Dom… —dijo cerrando los ojos y sintiendo cómo sus pechos, con la fricción de las embestidas sobre el escritorio, creaban dolor y placer en sus pezones. Todo su cuerpo era un manojo de sensaciones atómicas—. Es demasiado… —jadeó—. Siento… Oh, Dios, voy a correrme… Sí, más rápido…

—Joder —replicó él, cuando las paredes de Aurora empezaron a contraerse a su alrededor. De inmediato, al sentir que se le escapaba el control salió de ella.

—¡No, no te detengas! —exclamó Aurora—. He hecho todo lo que…

Dominic apretó la mandíbula. Una pátina de sudor cubría su frente.

—Silencio, Aurora —zanjó entrando de nuevo en ella con dureza.

Por un segundo, ambos contuvieron la respiración. Pero Dominic, consciente de que no había vuelta atrás, que no sería suficiente y terminaría en un error colosal si se largaba, retomó el ritmo con intensidad. Aurora gemía de gusto, pidiéndole la velocidad que necesitaba su cuerpo, y diciéndole las sensaciones que creaba en ella.

La mujer le parecía ser expresiva en el sexo y él no tenía problema, al contrario, menos cuando la vista era espectacular y el coño delicioso recibía sus acometidas con gusto. Dominic mantenía la cadencia que le parecía conveniente para tener a Aurora a su merced, no lo contrario. Él buscaba enloquecerla, desequilibrarla, hasta que no pudiera sostenerse. Se inclinó hacia adelante, le rodeó la cintura y empezó a acariciarle el clítoris, a la par que sus penetraciones se volvían más fieras, determinadas, insistentes y profundas. Le gustaba cómo la hendidura resbaladiza lo envolvía.

—Dom… Por favor —pidió sin más explicaciones. La restricción del movimiento de sus manos, la instaba a ampliar las sensaciones del resto de su cuerpo.

—Córrete, *ahora* —le dijo al oído y le mordió el lóbulo de la oreja.

Dominic sintió una tormenta interna, imposible de ser contenida o dominada

por más voluntad que tuviese, en el instante en el que su cuerpo se tensó al llegar al clímax. El autocontrol se transformó en un fuego de deseo potente. La urgencia primitiva de recorrer esta ola, de principio a fin, lo arrasó por completo. Sintió cómo los espasmos de Aurora extraían cada gota de su simiente. Él dejó escapar un gruñido, profundamente anclado en el sexo henchido a su alrededor, mientras se corría.

Aurora nunca había tenido sexo sin protección y sentir cada parte de Dominic, fusionándose con ella, fue delicioso. Cuando el miembro empezó a vibrar contra sus paredes íntimas, mientras él se vertía en su interior, le gustó sentir el gemido masculino, rasposo y gutural, contra en su oído. El sonido, las caricias, sentirse plenamente llena y la sensación de euforia agitaron su cuerpo, hasta que el orgasmo barrió con su coherencia. Al cabo de largos segundos, ella sintió cómo Dominic, poco a poco, se apartaba. Sintió la pérdida de su contacto y a continuación sus muñecas quedaron libres. Ella intentó levantarse, pero él dijo que esperara unos segundos.

Luego escuchó la puerta del baño de la oficina y el grifo de agua abrirse. Lo escuchó caminar de regreso y aplicar una toalla húmeda sobre su sexo. Le limpió los fluidos mutuos con una suavidad que la sorprendió para alguien tan rudo. Este fue un gesto tan íntimo como lo que acababan de hacer. Ella se giró y él la ayudó a sentarse. Dominic le frotó los brazos para avivar la circulación y le revisó las muñecas. La piel estaba algo rojiza. Pero como ella no trató de liberarse, entonces no quedarían marcas.

Ella tomó el rostro de Dominic entre las manos. Parecía atormentado, en lugar de complacido. Aurora sabía que ambos habían disfrutado, así que era otra cosa.

—¿Dominic? —preguntó en un susurro por la intensidad de esos ojos.

—No me gusta perder el control —dijo apretando los dientes.

—¿Es esa la razón de que ataras mis muñecas? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —zanjó apartándose de esas manos y la mirada vulnerable.

—Me pareció una experiencia diferente —expresó Aurora sonrojándose—. No me has lastimado. —Él asintió brevemente—. ¿Qué pasa si pierdes el control? —preguntó con suavidad. Aunque debería estar buscando su ropa, en lugar de sentirse tan cómoda en su estado de desnudez ante Dominic, permaneció donde estaba.

—Nada bueno —replicó mirándola. Quería besarla, desesperadamente, pero después de una gran indulgencia era preciso restringirse—. ¿Te duele el trasero?

Ella soltó una carcajada e hizo una negación. Notó que Dominic se había acomodado la ropa. La única prueba de que habían tenido sexo era probablemente el cabello, desordenado por sus dedos, y el hecho de que él seguía sin llevar la chaqueta.

—No, estoy bien —comentó—. Me gustó lo que hiciste conmigo.

—Sí, lo escuché con claridad —replicó con arrogancia y ella le dio un puñetazo suave contra el hombro—. Nos quedan veinte minutos para ir al hangar.

Aurora no podía marcharse oliendo a sexo a Turquía. Le daba igual si Dominic tenía un avión de lujo con un cuarto de baño. Hizo amago de bajarse, más consciente de su desnudez, pero él la sujetó de la cintura se inclinó para besarle los pechos.

—No llegues tarde —dijo mordiéndole un pezón, antes de salir.

Ella tenía varias emociones encontradas: se sentía eufórica, saciada y sexy. Empezó a recoger su ropa y se vistió con celeridad. Su vagina estaba sensible. Nunca pensó que el sexo podría llegar a sentirse tan colosal y erótico. Dominic sabía cómo dominar, complacer y también mantener una sutil distancia. Lo que menos esperó fueron los gestos de cuidado que tuvo con ella, en lugar de terminar y dejarla de lado. Una vez más, los matices de Dominic solo la hacían sentir mayor curiosidad. Pero lo que más llamó la atención fue que, aunque tuvo oportunidades, él nunca la besó.

Se preguntó si ese aspecto era considerado por Dominic como la creación de un vínculo y por eso lo evitó. Aurora no hizo la reflexión desde el resentimiento, porque no existía motivo, sino desde la realización. «Además, ¿por qué le dijo que nada bueno ocurría si perdía el control? ¿Evitar un beso era parte de ello también?».

Mentiría al decir que no le habría gustado besarlo, el hombre tenía una boca sensual, pero no iba a propiciarlo. Si Dominic decidía salir del agujero de su necesidad de control y explicarle o demostrarle que también deseaba besarla, entonces ella sería recíproca en ese gesto íntimo. Pero si él optaba por mantener la distancia de esa manera, Aurora podía aprender a disfrutar del sexo sin necesidad de besar a su pareja. ¿Una forma cínica de mirar la situación? Claro que no. Se trataba de ser estratégica.

Si quería llegar a conocer mejor a Dominic, entonces solo tenía que pretender que seguía sus reglas cuando, en realidad, él estaría siguiendo las suyas.

Con una sonrisa, Aurora bajó las escaleras para iniciar su viaje a Turquía.

CAPÍTULO 14

Durante el vuelo, Dominic estuvo trabajando en la portátil y Aurora aprovechó para leer en el Kindle. Ella había sentido que la tensión entre los dos, a pesar de haber tenido sexo horas atrás, no había disminuido. Todo lo opuesto. Cuando tuvo que ir al baño, Aurora se tropezó sin querer y Dominic, en un acto reflejo rápido, la sostuvo del brazo. El toque detonó las chispas entre ambos y el tiempo pareció detenerse. La atracción sexual se mezcló con el aire que respiraban. Pero ninguno actuó en consecuencia, como si temieran que, una vez que empezaran, no se bajarían del jet.

En ese momento, Dominic, hizo acopio de su usual autodominio y enmascaró el deseo con indiferencia para poder terminar de analizar los números de la pantalla. Aurora, aunque sintió la humedad entre sus pliegues, al recordar cómo él la había acariciado, hizo un gran esfuerzo para no leer varias veces la misma página del *ebook*.

Cuando llegaron al hotel Çırağan Palace Kempinski, y se registraron en recepción, subieron a la suite en un silencio que ninguno quiso romper. Cuando el botones abrió la puerta para ellos, después de dejar las maletas en el interior y recibir la propina respectiva, Aurora entró y esbozó una sonrisa al ver la maravillosa estancia. Estaba rodeada de lujo del Imperio Otomano con detalles contemporáneos. Los arcos majestuosos, mármoles exquisitos con patrones y colores refinados, las lámparas de cristal y los elementos de la decoración, en conjunto, la hicieron sentir como si acabara de retroceder a un portal hacia el siglo XIX, aunque con las comodidades del actual.

Pero la sonrisa se desvaneció al notar un pequeño detalle: solo había una cama. Ella sabía que Selma se encargaba de coordinar todos los itinerarios, pero también que ignoraba la naturaleza de este matrimonio. Así que habría sido ridículo que la mujer hubiera pedido dos habitaciones separadas, en especial si eran recién casados.

—Solo hay una cama. Así que es necesario que lleguemos a un acuerdo —dijo ella, anticipándose a cualquier comentario que arruinara lo compartido en la casa.

—Tengo una excelente capacidad de observación, pero gracias por señalarlo —replicó Dominic, mientras se ajustaba la corbata gris con movimientos ágiles.

La única razón por la que no estaban en la Sultan Suite, que tenía dos habitaciones y era la más cara del hotel, era porque estaba ocupada por un embajador sudafricano. En la ciudad había un foro mundial, Dominic no sabía de qué mierda climática, y los hoteles estaban a tope. Selma había reservado con anticipación, así que no podía culparla por falta de eficiencia. Por otra parte, dormir en la cama con una mujer, antes o después de follar, no era algo que hubiera hecho desde Vespery.

Pero su ex nunca representó una amenaza a su concentración como sí lo hacía Aurora. Fue por eso, así como su rechazo a crear conexiones emocionales, que había optado por darle una suite separada en Londres. No quería confusión en las razones de su matrimonio. No obstante, la solución a la habitación del hotel era sencilla.

—De nada —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, aunque soy una persona flexible, mi calidad de sueño es importante y no te cederé la cama. Como tú estás muy interesado en mantener la distancia busca la solución. ¿Qué se te ocurre?

Él se guardó una sonrisa por el comentario.

Dominic avanzó, hasta que Aurora tuvo la espalda contra uno de los cuatro postes de la cama sin dosel. Quedaron cerca del otro y la temperatura del aire subió.

—Se me ocurren algunas cosas —replicó en tono burlón al verla sonrojarse. Después deslizó la mano debajo de la falda del vestido y la subió, notando cómo la respiración de Aurora se volvía más rápida. Sus dedos llegaron al vértice íntimo, pero no presionó ni removió las bragas—. No soy clarividente, aunque tengo la seguridad de que si te toco sabré que tienes una idea en común conmigo, ¿me equivoco?

Él tiró del imperceptible elástico de la prenda golpeando la vulva al soltarlo. Repitió la acción varias veces, muy suavemente, mientras notaba cómo iba aumentando en los ojos de Aurora el deseo por ser acariciada de forma más íntima.

—No sé de qué hablas —dijo y contuvo la respiración cuando sintió el dedo de Dominic separándole los labios suaves. Él la observaba con intensidad—. Oh…

—¿Ahora ya lo sabes? —preguntó y empezó a frotar el clítoris. Le encantaba la forma genuina en que ella reaccionaba a sus caricias—. Usa tus palabras, Aurora.

Ella apoyó la mano en el hombro de Dominic para mantener el equilibrio.

—No, no lo sé… —jadeó cerrando los ojos, cuando él introdujo dos dedos a la vez, porque no quería que se detuviera—. Oh, Dios, sí… Es decir, no, no lo sé.

Él soltó una risa ronca y se inclinó para morderle el cuello. Le gustó ver cómo ella echaba la cabeza hacia atrás, gimiendo con los labios entreabiertos. Dominic no la llevó al clímax en ese instante con sus dedos, sino que se detuvo y la instó a acostarse en la cama. Con movimientos rápidos se quitó el pantalón y dejó que su erección quedara libre. La sensación resultaba más intensa al penetrar a Aurora literalmente piel con piel, pues esta era la primera mujer con la que él no utilizaba preservativo.

Aurora observó el miembro masculino con interés sexual, tan abierto y crudo como el que Dominic le dedicaba a ella, porque no solo era grande, sino que tenía marcados los ligeros surcos, y la punta roma brillaba con el líquido preseminal. Quiso levantarse de la cama para inclinarse y tomarlo con su boca, pero él pareció leer sus intenciones y acortó la distancia. Él le sujetó ambas muñecas sobre la cabeza, contra el colchón, con una mano, e hizo una negación. No necesitaban decirse nada en esos instantes. Dominic acomodó la erección en la entrada femenina, pero no se introdujo en ella, hasta que Aurora gimió pidiéndolo. Con una embestida profunda se adentró en el canal mojado. Ella arqueó la espalda, mientras Dominic se movía con pasión.

Aurora no podía tocarlo como deseaba. Cuando intentó soltarse del agarre de Dominic, él tan solo enarcó una ceja y detuvo el vaivén de sus acometidas. Frustrada, soltó un jadeó impaciente y dejó de intentar zafarse. Dominic la recompensó con una sonrisa de medio lado, así como un duro empellón que la hizo gemir. Ella solo tenía puesto el sujetador y quería quitárselo, pero también deseaba que su esposo se quedara sin ropa. Aunque le gustaba la forma en que la devoraba con la mirada, Aurora sentía la necesidad, no solo de observarlo y conocer su cuerpo, sino de poder acariciarlo.

—Esta es la última vez que me tomas sin desnudarte —dijo ella, frustrada.

Él soltó una risa ronca y se inclinó, hasta hundir el rostro en el cuello de Aurora. El aroma de manzanas y rosas era más fuerte en esa parte, porque, al parecer, era el champú que utilizaba. Lamió el sitio justo debajo de la oreja y ella giró el rostro y le mordió el lóbulo de la oreja. Dominic soltó un gruñido, ante el gesto inesperado, y apartó la cabeza para mirarla de nuevo. Ella tenía una expresión de lujuria pura y los labios lo tentaban a querer besarlos. Pero no lo hizo, sino que, a cambio, canalizó todo su deseo en los movimientos

acompasados de cada una de sus acometidas. Sus cuerpos danzaron la música más antigua del placer, con ímpetu y ondulaciones rápidas. La fricción de sus cuerpos húmedos resonaba en un suave eco.

—¿Quién lleva el mando, Aurora? —preguntó mirándola.

—Los dos, cada uno a su manera, pero… Ahhh —sollozó cuando él le pellizcó un pezón sobre la tela del sujetador—. Mientras me complazcas puedo negociar…

Dominic se inclinó y le mordió el duro botón, mirándola y saliendo de ella. De inmediato, Aurora calló su protesta. Él sonrió con arrogancia masculina y volvió a deslizarse en ella, ensanchándola. La sensación de abrirse paso, mientras las paredes húmedas se iban amoldando alrededor de su grosor resultaba altamente excitante.

—Eres descarada, nadie me desafía, Aurora —gruñó mordiendo el otro pico.

Ella arqueó la espalda y trató de soltarse. «Maldito hombre imposible».

—Siempre hay una primera vez… Oh, Dios, voy a correrme… —susurró con abandono—. Dominic, solo un poco más… Así… —dijo agitando las caderas.

Él tenía una pátina de sudor en la frente, se movía con una elegante sensualidad y también con ímpetu primitivo. A ella le gustaba sentir que Dominic no la trataba como si fuese frágil, sino que la instaba a plegarse a sus caricias, pero también a disfrutarlas en cada movimiento. Aurora empezó a sentir sus paredes contrayéndose.

—No, hasta que yo te lo permita o te dejaré sin el clímax —dijo entre dientes y apretando el agarre sobre las muñecas. A duras penas le quedaban quince minutos para salir a tiempo a su reunión. Pero, una vez más, él tenía todo muy calculado.

—¿Qué…? —empezó a preguntar Aurora, pero sus palabras fueron ahogadas cuando él salió de su interior y la giró rápidamente sobre la cama—. ¿Por qué…? —preguntó ante el súbito cambio de postura. Su cuerpo y su deseo estaban al límite.

Aurora apoyó ambas manos sobre el colchón, su rostro de lado en la superficie cómoda, sintiendo cómo la mano de Dominic la instaba a elevar las caderas.

—Me gusta ver cómo mi pene entra y sale de tu coño, mojándose con tus fluidos y los míos —replicó en una frase que no era falsa, pero tampoco la completa verdad. Mirarla a los ojos, mientras ella llegaba al orgasmo, sería

demasiado potente.

Si él no hubiera creído que acostarse con Aurora sería igual que hacerlo con cualquier otra mujer, habría rechazado la convicción de su ego de que no existiría diferencia. Él podía dominar esta vorágine de placer, mas no era suicida para perderse en la mirada de Aurora, a la par de que el éxtasis barriera sus sentidos y los de ella.

—La próxima vez… yo también quiero... ver lo mismo... —murmuró en un jadeo entrecortado cuando él se deslizó de nuevo en ella sujetándole las caderas.

Aurora agarró con fuerza el edredón y ahogó su grito de placer cuando el cosquilleo en su cuerpo, esa alerta previa a la inminente tormenta sexual, empezó a aumentar de intensidad. Estar en cuatro apoyos era una postura cómoda para su cuerpo y también altamente erótica. Existía un factor muy excitante al concentrar los sentidos en la manera en que era dominada, en lugar de estar al mando. Sin embargo, ella también quería experimentar este indescriptible gozo cuando lo cabalgara: moviéndose sobre él, contoneando las caderas, hasta enloquecerse mutuamente. Sabía que Dominic estaba habituado a liderar, pero ella también lo hacía en su propio mundo: buscaba lo que necesitaba y lo conseguía. La sutileza también era un arte.

Dominic centró su cuerpo y sus sentidos en el éxtasis que estaba experimentando con esta mujer. Se movió, aumentando la velocidad de sus acometidas, a medida que su cuerpo marcaba cuál era el ritmo adecuado *in crescendo*. Los sonidos guturales de Aurora, sumadas a las palabras que describían cuánto le gustaba cómo él se anclaba en ella, fueron los detonantes para que llegara al orgasmo.

Ella sintió la simiente de Dominic y las paredes de su cuerpo recibiendo los ligerísimos, casi imperceptibles, golpecitos del miembro viril agitándose en éxtasis. Aurora se dejó caer en la cama con un suspiro complacido. Lentamente, él salió de su interior y, para sorpresa de ella, en lugar de apartarse por completo hizo algo diferente.

—La huella de mis manos se ve muy bien en tu piel —murmuró con satisfacción primitiva, mientras le acariciaba las nalgas. Le tocó la apertura privada y presionó el dedo sin entrar—. ¿Te han penetrado aquí? —preguntó masajeándola.

Aurora tragó saliva. Jamás había practicado sexo anal. No tenía idea de lo que podría sentirse, pero si implicaba que este hombre le diera placer, podría considerarlo.

—No…

—¿Te gustaría? —le preguntó al oído. La sintió temblar.

—Quizá más adelante —susurró y percibió la sonrisa contra su oreja.

—Lo tendré en cuenta, Aurora —dijo en tono gutural.

Luego, él le dio un azote suave, antes de alejarse del todo.

Ella se quedó en la cama tratando de recuperar el resuello. Escuchó que Dominic entraba en la ducha. Aurora se levantó y no pudo evitar sonreír al ver que su sujetador estaba mal puesto. Empezó a vestirse sin prisas, porque tendría el resto de la tarde para ella. En esos instantes, experimentaba una mezcla de gozo y alivio; sensualidad expuesta y una deliciosa satisfacción. Al cabo de ocho minutos, vestido solo con una toalla anudada a la cintura, Dominic salió del baño. Ella reprimió el impulso de acercarse para probarlo con su boca. Les quedaba poco tiempo esta tarde.

Aurora sentía como si hubiese salido de un extraño letargo, autoimpuesto y con muchos autosabotajes de por medio, en el que el sexo, aunque lo deseaba, también le causaba temor. Cuando hubo oportunidades, ella las rechazó con alguna excusa; no importó que, en su momento, fuesen interesantes o no. Pero este hombre, que ahora parecía leer su cuerpo mejor que ella misma, había logrado ahuyentar esos fantasmas, sin saberlo. Que estos encuentros con Dominic hubieran sido breves y potentes, la fascinaron. Sin embargo, también quería conocer la pasión con él en los instantes lentos. No sabía cuánto tiempo tendrían hasta que eso ocurriera, porque, una vez que ella estuviera embarazada asumía que él no volvería a tocarla. La perspectiva le parecía amarga. Pero optó por desplazar esa posibilidad de su mente.

Estaba en el presente y decidió que el optimismo seguiría en primer lugar.

—¿A qué hora es tu reunión? —preguntó ella con suavidad.

—Veinticinco minutos —dijo de espaldas, mientras abría el clóset. Con tiempo de antelación, Selma había pedido al hotel que tuvieran varios trajes listos en la suite para cuando él llegara. En un hospedaje de cinco estrellas este servicio era necesario.

Dominic sacó ropa limpia para cambiarse y dejó caer la toalla, como si fuese algo que hiciera todos los días frente a ella, dándole un vistazo fabuloso de un trasero firme y bien trabajado a base de ejercicios. La espalda masculina tenía todos los músculos marcados y se movían a medida que lo hacía su dueño. En menos de doce minutos, el hombre se había duchado, peinado, perfumado y

alistado con precisión.

Ella pensó en que habría necesitado al menos una hora para tener listo maquillaje, ropa, cabello, accesorios, perfume y zapatos. Los hombres, en el sentido de la estética, tenían una gran ventaja. No necesitaban muchas prendas ni arreglo.

—¿Todo lo cronometras? —preguntó, mientras pensaba en que las marcas de ropa interior masculina estaban perdiendo mucho dinero al no conocer a Dominic.

—Si quieres saberlo por tus orgasmos, la respuesta es no —dijo enarcando una ceja—. Te agradezco por pensar que tengo esa habilidad —comentó con seriedad.

Ella soltó una carcajada y se cruzó de brazos.

—Qué ridículo eres, Dominic —expresó meneando la cabeza.

—Nos han invitado a cenar con el CEO de la empresa con la que renovaré el contrato y otros colaboradores —dijo mirándola. Le habría gustado tener más tiempo y extraer más orgasmos de Aurora, porque sus sonidos, al correrse, eran una sinfonía que aquietaba su lado animal. Pero despertaba otro, uno más bien territorial, y que él no necesitaba amplificar, sino autorregular en su sistema—. El restaurante está en la zona Beyoğlu. El equivalente de Mayfair. Pasaré por ti a las nueve de la noche.

Aurora hizo un asentimiento. Sabía que esta clase de actividades privadas, así como también los eventos sociales con más exposición, formaban parte de su pacto.

—Muy bien —sonrió—. ¿Cuál es el código de etiqueta? —preguntó.

—Lo que a ti te haga sentir bien —replicó con simpleza.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Porque la respuesta era inusual.

—Pero…

Él le agarró el dedo en el que tenía el anillo de matrimonio y lo elevó para que ella lo viese mejor. Agitó la mano y la pieza de joyería brilló con la luz de la tarde.

—Eres una Langford ahora, Aurora —replicó y presionó con el pulgar el aro de oro blanco con diamantes contra la piel de ella—. Esto implica que vas a actuar en consecuencia: vistes lo que te apetece. Tengo una madre que es diseñadora de modas, además, poseo una empresa textil y me relaciono en un entorno del que, en realidad, solo me interesa expandir mis capacidades

corporativas. Con ese antecedente, Aurora, tengo la autoridad suficiente para asegurarte que lo que sea que elijas estará bien.

—¿Es ese un cumplido, Dominic Langford…? —preguntó en un susurro conteniendo las lágrimas con éxito. Él estaba siendo sincero, pero Aurora sabía que había recordado lo que ella le mencionó de su ex y cómo se burlaba de su apariencia.

—No sé por qué la gente sigue confundiendo la verdad con un halago —replicó en un murmullo, dándole la espalda, y abandonando la suite sin más.

Aurora se frotó las sienes. Este hombre la había dejado, inusualmente, sin palabras. Pero si quería sobrevivir a los próximos meses con su corazón intacto, lo mejor era tratar de restarle importancia a las cosas que sucedían entre los dos. O pretenderlo. Finalmente, optó por llenar su mente de recuerdos de una nueva ciudad, en lugar de pensamientos recurrentes de lo que estaba sucediendo en su vida y la forma en que había cambiado en menos de dos meses. La mejor forma era haciendo algo que la divertía: explorar áreas de las ciudades que visitaba o que tenía alrededor.

Cuando estaba en Londres iba a Covent Garden, al Mercado de Camden, a una obra de teatro o de copas con Kitty a la zona del Soho o Shoreditch. Pero en Estambul, su primera vez en esta gran ciudad, no tenía idea de sitios que representaran algo similar a lo que solía apostarle como parte de su entretenimiento. Entusiasmada ante la posibilidad de desconectarse de lo cotidiano, con el cuerpo aun bullendo de sensualidad, decidió mezclarse entre la gente de la ciudad. Disfrutar de este privilegio.

Su primera parada la llevó a la Mezquita Azul. La recorrió junto a un guía que le dio información sobre la interesante historia detrás del Imperio Otomano, así como de esta ciudad que una vez se llamó Constantinopla. Después, ella recorrió el Palacio de Topkapise, y al salir pasó a por un refrigerio en un café tradicional. Al llegar el ocaso, decidió embarcarse en una travesía de una hora en un yate por el Bósforo, un estrecho que conectaba el Mar Negro con el Mar de Mármara, y una de las vías fluviales más importantes del mundo. Se hizo una *selfie* y se la envió a su mejor amiga.

Aurora no había asimilado lo bien que le hacía un rato a solas, hasta que se subió en este yate privado. El viento fresco, lejos del bullicio de la tierra firme, le ofreció la posibilidad de despejar la mente y recordarle el porqué estaba de viaje lejos de Inglaterra. Aprovechó para abrir el correo y revisar los enlaces que la corredora de bienes raíces que contrató, Lindsay, le envió con los terrenos

disponibles. Aurora había decidido que no iba a construir la clínica desde cero, sino que reformaría una estructura para adecuarla a lo que deseaba. No solo sería más rápido, sino eficiente.

Después de enviarle la selección de tres sitios, ella guardó el móvil. Soltó un suspiro relajado y apoyó los brazos sobre la barandilla del elegante yate de dos pisos.

—Te he visto que estás sola en este tour —dijo una voz agradable y masculina junto a ella—. ¿Te gustaría que te hiciera una fotografía con el fondo de la ciudad?

Aurora apartó la vista del horizonte para mirar al desconocido.

Decían que los hombres turcos tenían un encanto misterioso. Aurora notó que no era un mito. Alto, moreno y con barba recortada a la perfección, él era intrigante. Pero ella no experimentó interés, cosquilleos o ganas de hacerlo perder el control, tal como sí le sucedía con cierta persona que la hizo gemir y jadear de placer horas atrás.

—Mmm, gracias —replicó, mientras el yate se movía con suavidad sobre el agua. Le entregó el móvil y esbozó una sonrisa. El hombre hizo varias tomas.

—Asumo que no eres de Turquía —dijo con un marcado acento local devolviéndole el teléfono. Aurora lo guardó en la bolsa—. ¿Te gusta mi país?

—Acabo de llegar, pero puedo decir que la impresión inicial es maravillosa.

Él le dedicó una sonrisa y un asentimiento.

—Soy Burak Şahin —extendió la mano—, y espero que el servicio que estás recibiendo en este yate esté basado en tus estándares. No solemos realizar tours con frecuencia, porque prefiero tener la embarcación para mí, pero me alegro haber hecho una excepción hoy. ¿Me podrías decir tu nombre? —preguntó en tono encantador.

Ella, por simple educación, estrechó la mano firme del hombre.

—Aurora… —replicó con amabilidad, aunque cauta. No se sentía en peligro, porque Dominic le había asignado un guardaespaldas que, en estos momentos, estaba vigilando con discreción lo que ocurría. Si notase una amenaza, él ya habría actuado.

—¿Te tomarías una copa conmigo, Aurora? —preguntó en tono seductor. Pero no hacía falta que hablara en ese modo, porque todo en él exudaba sensualidad.

—Si no estuviera casada, quizá —dijo sonriéndole y le mostró el anillo.

—Un hombre suertudo, sin duda —replicó haciéndole un guiño—. Llegaremos a la marina dentro de diez minutos. Que sigas disfrutando las vistas.

Aurora asintió, pero no le prestó más atención, porque recibió una alerta en el móvil. Su padre estaba a la cabeza de encuesta de intención de voto para la alcaldía de Londres. El mensaje era de Jocelyn. La mujer le pedía que fuera a cenar con ellos y que tan solo les harían un par de fotografías. Que necesitaban un frente unido para impulsar el éxito que, hasta ahora, Bruce estaba logrando en su campaña política. Aurora no quería saber nada de su padre y no entendía cómo su madre podía actuar de forma tan desleal, después de que él le hubiera robado la herencia a su propia hija.

«¿Habría algún momento en el que su padre fuese responsable de las acciones que cometía?», se preguntó sin tener respuesta, mientras se dirigía al hotel para alistarse. Sabía que la política era un ámbito podrido, pero él, milagrosamente, siempre tuvo la facilidad de evadir escándalos públicos. Quizá, porque el tío Nigel McCarran, como ella llamaba al que fue el mentor de Bruce y amigo de la familia durante años, le enseñó todos los trucos para hacer lo que se le diera la gana, pero, aun así, que la carga de los errores recayera en otros. Nigel siempre se portó bien con ella y fue quien le dio la idea de escribir un diario en el que describiera sus sueños profesionales.

En esa época, Aurora tenía alrededor de quince años y la sugerencia le pareció genial. Cuando se lo comentó a su tío, él le envió a la casa varios diarios con diseños personalizados con las iniciales de ella. Durante un tiempo, los cuadernos fueron un escape para contar lo que le causaba ilusión, pero también para desahogarse de lo que ocurría en su entorno cotidiano, sus enfados y frustraciones juveniles. La escritura de esos diarios se detuvo, cuando él falleció, seis años atrás. Ella sabía que, si alguien hubiera podido evitar que su padre se hubiera endeudado tanto, hasta el punto de estafarla y comprometer al completo el patrimonio familiar, habría sido el tío Nigel.

Pero él ya no estaba, así que Aurora suponía que la mejor manera de evitar contaminarse en la red de idioteces de Bruce era manteniéndose alejada. Ella le envió un mensaje a Jocelyn pidiéndole que dejara de hablar de política o asuntos vinculados al respecto, si quería que ella volviese a responder sus llamadas o mensajes. Después, sin permitir que la situación arruinara los buenos recuerdos que estaba creando en Turquía, Aurora sonrió y contempló los últimos rayos de luz en las calles de Estambul.

Dominic sintió escalofríos y un dolor terrible en el abdomen. Pero ignoró las molestias y se dio la vuelta en la cama para intentar conciliar el sueño de nuevo. Después de regresar de la cena con Aurora, cuatro horas atrás, ya habían instalado en la suite, la cama supletoria que él pidió al hotel. No era el colchón más cómodo, pero serían solo un par de noches y, además, también evitaba la tentación que implicaría tener cerca el cuerpo de Aurora. Por supuesto, la certeza de que estaban a pocos pasos de distancia y que, probablemente, ella lo aceptaría si la incitaba a despertar la lascivia, no era menos perniciosa. Él prefería controlar el impulso, y esta situación era idónea.

Por otra parte, durante la salida a comer al centro gastronómico de Estambul, Aurora había cautivado con su sentido del humor y naturalidad a Kerem, el CEO de Tekstilhan, y a la esposa de este, así como a los otros altos ejecutivos de la empresa. A Dominic, Aurora lo había impresionado con lo que mostró conocer sobre el negocio textil. No solo fue coherente y acertada en sus apreciaciones, sino puntillosa.

—No sabía que estuvieras al corriente de estos temas —le había dicho él, al oído y para que los demás no escucharan—. A menos que seas una espía industrial.

Aurora se había reído con suavidad, mirándolo, y por un momento él quedó atrapado en la brillante sonrisa. Pero Dominic, acostumbrado a esconder las verdaderas impresiones que le provocaba la gente, a menos que estas fueran desdén, fastidio, hastío u hostilidad, tan solo había enarcado una ceja, esperando la respuesta.

—Me querías a tu lado, entre otras cosas —había dicho haciéndole un guiño —, porque empatizo con más facilidad en grupos sociales. Pero, Dominic, ¿cómo crees que puedo lograrlo si ignoro la clase de negocio que tienes? Por eso, he estado leyendo sobre lo que haces y tus alianzas. Esta en Turquía es la más antigua, así que investigué sobre Kerem, su familia y su legado —había replicado en un tono alegre.

—El primer depósito del dinero acordado te lo hará mi contador en dos días. Estás haciendo un excelente trabajo —había dicho Dominic en tono serio y bajo, sorprendido de que ella hubiera tenido esta clase de consideración. Se dio cuenta de que había sido el comentario equivocado, porque ella perdió la sonrisa—. ¿Todo bien?

—Por supuesto, gracias por cumplir con mi pago, Dominic —había replicado girando el rostro para escuchar a Aylin, la esposa de Kerem, y retomando la sonrisa para los demás. Pero él había notado que perdió el brillo natural de hacía un rato.

—Aurora, estaba siendo amable —había murmurado.

—Quizá hacía falta el recordatorio, no pasa nada —había replicado, solo para él, antes de volver la atención a la animada charla que estaban teniendo los demás.

Dominic se desentendió del asunto durante el resto de la velada, que se extendió dos horas, pero no olvidó el malentendido. Él no tenía práctica descifrando el cerebro de una mujer, menos en convivir con una, pero su IQ le impedía actuar como un retardado mental, así que decidió exponer la confusión en el coche. Fue breve al decirle a Aurora, en su habitual tono serio, que el pago fue un comentario hecho sin el afán de recordarle nada ni ofenderla, pero que le agradecía el detalle de haber investigado la empresa aliada y el esfuerzo de tolerar una noche con extraños.

La respuesta de Aurora fue mirarlo como si le hubieran salido dos cabezas de repente y después, en un gesto inesperado, le acarició la mejilla y le sonrió. Fueron interrumpidos por el chofer, que les abrió la puerta del auto, cuando llegaron al hotel. Al entrar en la suite, al ver la cama supletoria, ella dejó escapar una risa suave y le comentó que él podía tener las almohadas que quisiera, pero no la cama principal. Después, Aurora entró al baño para alistarse, mientras Dominic revisaba el correo pendiente y enviaba órdenes a varios gerentes. Cuando ella salió, vestida con un pijama de short y blusa, Dominic apartó la mirada, porque no iba a sucumbir a las ganas de morderle los pezones que se fruncieron contra la tela o a follarla de nuevo.

Cuando apagaron las luces, el silencio y el oxígeno se volvieron dos entidades vivas. La primera, derrotaba inclusive a los pensamientos coherentes para volcarlos en lascivos. La segunda, en lugar de proveer en expansiva generosidad, al elemento indispensable para vivir, pareció restringir el filtro. El más mínimo movimiento podía escucharse, en especial la fricción con las sábanas. En el caso de Dominic, al conocer lo que el pijama de su esposa escondía, se imaginó el cuerpo femenino desnudo, con la piel erizada rozando la tela, mientras él la poseía. En el caso de Aurora, ella imaginaba cómo sería si él la tomara en el silencio y la oscuridad de la intimidad, y también la abrazara al dormir. Ambos, sin saber lo que pensaba el otro, creían que sus opciones eran una terrible idea si

querían mantener la línea del acuerdo bien clara.

Dominic miró el reloj del móvil. Las dos de la madrugada.

No podía dormir, pero no tenía que ver con sus ideas pecaminosas con relación a Aurora, sino con el dolor que no lo abandonaba, a pesar de que él pretendía que no existía. Maldijo. Se removió varias veces más en la cama y dio un puñetazo ahuecando la almohada. De repente, sintió náuseas y no tuvo más que correr al baño. Al cabo de un rato, después de que hubiera vaciado todo su estómago, bajó la válvula. Se cepilló los dientes y se echó agua en el rostro. Permaneció en silencio un rato.

—¿Dominic? —preguntó Aurora detrás de la puerta—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —zanjó, mientras otra arcada le revolvió el cuerpo y tuvo que devolver más contenido. Soltó una maldición e hizo de nuevo los pasos de limpieza.

En lugar de que todo se detuviera, él repitió el proceso dos ocasiones más. Inclusive enjuagó la boca seis veces con enjuague bucal, por el aroma mentolado, para detener las arcadas. No funcionó. Dominic jamás se enfermaba de nada y consideraba esta idiotez una debilidad de su jodido sistema inmune. Estaba cabreado, porque, además, el puto abdomen no paraba de doler como si estuvieran rasgándolo. Empezó a sudar frío. Dominic se incorporó y dejó correr el agua del grifo, al tiempo que se echaba el líquido en el rostro cada que creía que empezaba a ver puntitos negros.

—No puedo escucharte y no entrar, lo siento —susurró Aurora al abrir la puerta sin permiso. «Menos mal, él no echó seguro», pensó preocupada. La cara de Dominic estaba pálida y el tozudo hombre parecía estar peleándose consigo mismo, en el afán de negar que era preferible recostarse—. Oh, por Dios —expresó ella posándole la mano en la frente—. Tienes temperatura. ¿Cómo puedes decirme que no te pasa nada? Eres cabezota. Llamaré a un médico para que venga a revisarte.

—No pasa nada. Alguna mierda que comí me hizo mal, joder —bramó, mientras se apartaba de ella. No tuvo mucha suerte, porque casi pierde el equilibrio ante la necesidad de regresar a devolver otra vez—. ¡Vete de aquí, por Dios, Aurora!

Ella se frotó las sienes, porque él no iba a admitir que necesitaba ayuda. «Probablemente, Dominic tenía una intoxicación alimenticia». Lo único que él comió, pero ella no, fue un pato rostizado con salsa de granada. Ella decidió que no le haría caso al necio que estaba sentado cerca del servicio higiénico y

sudando frío. Lo miró.

—¿Crees que tienes superpoderes y que a base de voluntad vas a mejorar?

—Aurora, puedo controlarlo, no llames a nadie —expresó con hostilidad—. Quiero que te vayas a dormir y me dejes en paz. Es una tontería pasajera —farfulló.

Ella optó por no escucharlo y fue hasta la mesa de noche para llamar a la recepción. Aurora se sintió frustrada porque, si bien conocía qué medicamentos podrían ayudarlo, su licencia era veterinaria y, aunque fuese para medicina regular, las licencias médicas, salvo ciertos procesos, no eran válidas internacionalmente. Menos mal, la recepcionista fue rápida y le aseguró que en cinco minutos subiría un doctor.

Cuando se dio la vuelta, Dominic estaba caminando hacia la cama supletoria. Ella se acercó y lo empujó ligeramente para que perdiera el equilibrio y cayera en la principal. Él se incorporó apoyándose en los codos y la miró con una ceja enarcada. Aurora no le dio explicaciones, sino que agarró la bolsa en la que tenía un termómetro. Después, lo agitó y limpió con alcohol, luego se lo introdujo a Dominic en la boca.

—Vas a hacer silencio y esperar a que marque la temperatura —dijo, después extendió la mano y la posó sobre la frente. Él se dejó caer sobre la almohada—. Mmm —murmuró al cabo de un instante—. Tienes treinta y siete ocho, Dominic.

—¿Jugar a la enfermera sexy es tu fantasía? —preguntó insolente.

—Mi fantasía es que, en este momento, te calles —dijo ajustándose la salida de cama, pero no alcanzó a decir nada más, porque llamaron a la puerta. Fue a abrir y, durante un instante, intercambió un par de palabras con el doctor, antes de que entrara. No solo le mencionó que su esposo era necio, sino que necesitaba descansar.

El doctor Hassen se presentó con Dominic y también lo hizo la enfermera.

El hombre le tomó la presión, la temperatura de nuevo, y luego le hizo varias preguntas al paciente sobre sus síntomas. Le informó que la intoxicación alimenticia que presentaba, considerando los datos que el magnate proporcionó, era por la carne.

—Pero si es el pato un ave tan sana… —murmuró Aurora.

—Algunos restaurantes no controlan bien la conservación de la carne tras la cocción —comentó el médico—. No suele ocurrir con frecuencia, pero la

bacteria causa molestias como las que me acaba de describir su esposo, señora Langford.

Ella hizo un asentimiento breve y esperaba que otros no hubieran enfermado.

—Voy a demandar a esos hijos de puta —dijo Dominic en tono gélido y hostil. Durante la revisión médica, él tuvo arcadas y fue al baño—. Se irán a la quiebra.

Al cabo de un rato, el empresario regresó, maldiciendo, y se recostó de nuevo. No tuvo nada que devolver, sino que fue tan solo la sensación vacía de su estómago.

—No se lo tome en cuenta, doctor, mi esposo cree que tiene un control del mundo al estilo Dr. Strange, en tiempo y espacio. Definitivamente necesita esos tres días de descanso que le ha sugerido —intervino Aurora en tono amable y mirando de reojo a Dominic—. Entonces, los pasos son: aplicarle el suero ahora por vía intravenosa, mantenerlo hidratado también por vía oral, luego que tome el ibuprofeno para el dolor y para que baje la fiebre, dieta blanda y disminuir el estrés. ¿Correcto?

—No hace falta bajar el ritmo. Mañana es la fiesta del hijo de Kerem y luego tenemos que partir a Milán, Aurora —interrumpió Dominic—. No necesito esta tontería dramática y absurda. Estoy bien y con unos vasos de agua será suficiente.

—Dominic… —murmuró ella meneando la cabeza—. Solo descansa.

—Señor Langford —dijo el doctor con amabilidad. El hombre estaba habituado a tratar con magnates irascibles y que creían poseer un sistema inmune a prueba de todo—. El tiempo de reposo es de setenta y dos horas, pero estoy seguro de que la fiebre, las arcadas, el dolor de cabeza y abdomen, pasarán en menos tiempo. Sin embargo, como ha devuelto más de cinco veces, en un lapso de cuarenta minutos, su cuerpo, por la musculatura y altura, requieren tiempo para hidratarse. ¿De acuerdo?

—Gracias por su explicación tan lógica, doctor —intervino Aurora.

—Tiene un punto coherente, supongo —replicó Dominic con frialdad, mientras extendía el brazo para que la enfermera le insertara la vía—. Haga su trabajo.

—Enfermera Sullivan, muchas gracias por aplicarle el suero —intervino Aurora—. Qué bueno que es usted, y no yo, la que hace esta tarea. En la clínica veterinaria en la que trabajo, los pacientes irritables reciben una alta dosis de

Valium.

Dominic la miró con una ceja enarcada.

—Me bastará con dormir unas horas. No soy uno de tus pacientes, joder.

Ella soltó una carcajada baja. Él mantuvo la expresión indiferente.

—Lo que tú digas —replicó haciéndole un guiño. Después miró al doctor que se guardaba una sonrisa—: Me encargaré de que siga las instrucciones —dijo Aurora.

—Muy bien. El suero se acabará en cinco horas —expresó el especialista y le acercó un vaso de agua a Dominic—. Tome tragos largos despacio. Eso es todo.

Los escalofríos no habían pasado por completo, así que Dominic esperaba que el jodido ibuprofeno hiciera efecto rápido. Su traslado a Milán era importante, porque tenía que elegir un proveedor de lana merina tratada y otro proveedor de seda. Pero también quería visitar a un fabricante de materia prima para maquillajes ecológicos.

Dominic escuchaba el murmullo de la voz de Aurora y el doctor, además de una risa de la enfermera, mientras él sentía que los párpados empezaban a cerrársele. Quería decirle a Aurora que no volviera a llamar a un médico sin su consentimiento, porque era perder el tiempo y eso no era lo que necesitaba. Quiso mantener los ojos abiertos. Pero no pudo lograr que sus pensamientos se convirtieran en acciones.

Parpadeó tratando de estar alerta. Cuando lo hizo el cuarto estaba a oscuras.

—¿Aurora…? —preguntó frunciendo el ceño. Ya no tenía escalofríos.

Él no entendía un carajo cómo pasó de parpadear, a que todo quedara de repente en silencio y sin iluminación. Sintió el lado derecho del colchón hundirse.

—Aquí estoy —dijo tocándole la frente con alivio—. Han pasado dos horas y ya te ha bajado la fiebre, pero es un proceso. Puse la alarma para cuando tengas la siguiente dosis del ibuprofeno. ¿Te duele la vía, Dominic? —preguntó con suavidad.

—No. No suelo quedarme dormido tan rápido —replicó. El aroma de Aurora invadió sus fosas nasales y él lo aspiró con una inhalación más profunda de la usual.

—Le pedí al doctor que te aplicara un ligero relajante para que pudieras descansar —dijo apoyando la mano en el pectoral masculino—. Estás en mi cama, así que tengo derecho a quedarme alrededor, pero si vas a enfadarte,

entonces…

Dominic le sujetó el rostro con la mano que no tenía la vía y ella se calló. Los ojos de ambos estaban adaptados a la oscuridad, aunque, a través de las persianas de la ventana, se filtraba tenuemente la luz del exterior. Él estaba acostumbrado a ser autosuficiente y no a que le tendieran la mano. A duras penas le daba una jaqueca.

—Pudiste consultarme sobre el relajante —dijo con firmeza, pero sus ojos querían cerrarse de nuevo—. Joder, Aurora, no intentes aprovecharte de mi estado. —Ella soltó una carcajada, porque eran raras las veces que él bromeaba —. No estoy enfadado. Hace muchos años que no me enfermaba. Así que recibir ayuda es…

—Complicado para ti, lo entiendo —completó. Rodeados de la penumbra, tan cerca y cómodos, este era un momento inusual, pero también relajado para ambos.

—Exacto, pero voy a enviar a mis abogados a ese restaurante. Por más elegante y jodido estatus que tenga, la irresponsabilidad en un negocio de comida con la forma de manipular alimentos es inadmisible —dijo acariciándole el labio inferior con el pulgar. No podía verla, pero sí escuchar cómo ligeramente cambiaba la respiración en ella—. En cuanto a la cama, Aurora, si no fuese por tu empujón no estaría aquí.

—Quizá seguirías en el baño —dijo ella riéndose y apartó la mano de Dominic con suavidad—. Voy a prender la luz y así podrás pasar a la otra cama si es lo que prefieres. De todas maneras, te quedan solo tres horas de suero, luego podrás sacártelo tú mismo, pero sé cuidadoso —comentó. Para ella era fácil cuidar de otros, pues su profesión estaba dedicada a ello. Concebía a Dominic como un jaguar ligeramente rasguñado y Aurora sabía cómo manejar especímenes indómitos—. Dame un…

—No —zanjó tomándola de la muñeca e impidiéndole que se apartara.

—¿No a qué, Dominic? —preguntó en tono bajo.

—Me voy a quedar aquí en la cama —dijo en tono sereno sin soltarla. Amparado por las sombras, en la que sus expresiones no eran legibles y en circunstancias en las que solo buscaba dormir, agregó—: Y tú también, Aurora.

—¿Estás seguro? Porque no voy a tener sexo contigo en esas condiciones.

Él soltó una carcajada profunda que le acarició la piel a Aurora.

—Con o sin una vía en el brazo podría follarte —replicó frotándole el sitio de

la muñeca en la que le latía el pulso—. Pero con ese relajante que me pusieron en el suero me quedaría dormido. Para penetrar tu cuerpo requiero todos mis sentidos alerta y mi estamina a tope. Así que estoy seguro de que prefiero que te quedes aquí.

—¿Solo porque no podrías tener sexo, aunque lo intentaras? —preguntó con una sonrisa en el tono de voz. Dominic tiró de ella y Aurora quedó sobre él—. Dom.

—Aceptaría el reto si no estuviera a punto de quedarme dormido.

Ella soltó una risa y se atrevió a inclinarse para besarle la mejilla.

—De acuerdo, Dominic —le susurró al oído—. Me quedaré.

—Gracias por ayud… —farfulló a duras penas, porque Morfeo llegó a por él.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, el primer impulso de Dominic había sido levantarse con su usual ímpetu. Pero la mano sobre sus pectorales y la cabeza apoyada en su hombro le recordaron que no iba a ser posible. El rostro de Aurora lucía pacífico. Él no sabía en qué momento uno de los dos se había movido para llegar a esa posición, pero cualquiera de las respuestas no lo complacía en absoluto. Preocupado, como si una serpiente cascabel amenazara con clavarle los colmillos, Dominic, con cuidado, retiró el brazo con el que sostenía el cuerpo de Aurora contra el suyo. «Menos mal, ella tenía un sueño profundo», había pensado el millonario, aliviado al respecto, apartándose.

Durante el resto del día no se contactó con Aurora, pues estuvo ocupado atendiendo una invitación privada en el club Cercle d'Orient. Se trató de una subasta de artículos de arte, entre ellos telas antiquísimas, por varios millones de liras turcas. Él no pujó lo suficiente, porque no le interesó ganar ningún artículo de colección histórica, sino que se enfocó en ampliar su *networking* con mujeres y hombres de la clase alta de Estambul. Dominic tenía sus actividades cronometradas, ciertamente, y se alegraba de que el maldito incidente de la noche anterior no hubiera sido grave. Aunque, sin importar las consecuencias, él no habría cancelado su itinerario laboral. Sus abogados ya estaban al corriente de lo ocurrido y en contacto con el restaurante.

Dominic tenía en mente las horas de tomar los ibuprofenos, porque era un hombre autosuficiente, mas no tonto. Por otra parte, permanecer acostado en la cama, al menos si no estaba procurando concebir un hijo con Aurora y complacerse en el calor de ese coño apretado, no tenía ningún beneficio. ¿Tres días de descanso? Ni mierda. Así que no modificó sus reuniones. Él no solía enfermarse, pero lo que más lo había irritado fue perder el control de su cuerpo por esa jodida intoxicación alimenticia. Además, ver al doctor y a la enfermera invadiendo su entorno, diciéndole lo que tenía que tomar o si debía reposar, lo fastidiaron. El único motivo por el que accedió a esa charada fue para eliminar las arcadas y bajar la fiebre por completo.

Él reconocía que, sin Aurora, la situación se habría extendido un par de días más, hasta que hubiera aceptado que la fuerza de voluntad no detenía los síntomas físicos. Su esposa había actuado de un modo desinteresado y espontáneo. Ella bien pudo llamar al doctor, pedirle a la enfermera que se

quedara para administrar la medicación y el suero, y desentenderse de todo, pero había optado por ofrecerse a hacerlo. Si bien estaba habituada a cuidar de otros por su profesión, Aurora no tenía ninguna obligación con él más allá de lo pactado. Esta clase de franqueza le parecía peligrosa de ofrecer tan abiertamente, como ella lo hacía, porque se corría el riesgo de que otros se aprovecharan. Dominic por eso prefería una aproximación calculada.

Estos aspectos que iba conociendo de Aurora, lo sacaban de los estereotipos marcados que tenía con relación a las personas. En el caso particular de las mujeres, él las elegía basándose en que hubiese un entendimiento sexual. No obstante, su elección de casarse con Aurora fue diferente, por los matices implicados, pero su interés jamás fue conocer otros aspectos de su personalidad, buenos o malos. Lo anterior ahora daba igual, porque, lo quisiera Dominic o no, ella estaba mostrándole poco a poco las dimensiones de su carácter con acciones sinceras y no premeditadas.

La atención del magnate regresó al salón principal de la mansión de la familia Arman, en la que estaba celebrándose el cumpleaños del heredero de Kerem, Saul.

La casa parecía un palacio. Sendas lámparas colgantes contemporáneas ofrecían luz tenue y se sumaban a las velas distribuidas de forma estratégica. Esto creaba una atmósfera íntima y sofisticada. Había flores blancas y azules en jarrones de cristal, altos y bajos. Las cortinas eran de seda en tonos neutrales. El salón era precioso y evocaba una mezcla de la nostalgia opulenta de tiempos antiguos con la sofisticación de lo refinado y exclusivo de esta época. El DJ era uno de los más famosos de Europa.

—¡Qué divertida que está la fiesta! —sonrió Aurora. Lo único que notó, y la fastidió, fue ver cómo las mujeres disimulaban, sin éxito, el interés por Dominic —. Oh, por cierto, ¿estás seguro de que tu madre no se enfadará porque sacaste uno de los vestidos de la colección y que no ha sido exhibida? —preguntó mirándolo.

El traje largo de ella era de seda en tono amarillo-dorado y el cinturón de color turquesa con cristales Swarovski. El corte dejaba al descubierto su espalda, pero cubría y realzaba sus pechos y caderas. Parecía discreto y atrevido a la par; elegante y descarado. El atelier había ido esa tarde al hotel para hacerle unos últimos ajustes. Cuando Dominic la vio y soltó una maldición por lo bajo, ella tan solo se había reído.

—Se enfadaría si no lo estuvieras usando, pero se enfurecería más si te lo

arrancara esta noche y lo devolviese destrozado a Londres —replicó quemándola con la mirada—. Así que podemos agradecer a mi excepcional autocontrol, y el estar en un sitio público, que algo como eso no suceda. Todavía —dijo en tono muy serio.

Ella se sonrojó y esbozó una sonrisa, porque él lograba que su sangre se acelerara, pero también mantenía a su cerebro haciendo horas extras. Sus pobres neuronas luchaban para que la libido no nublara la razón. Aurora no creía que estuvieran haciendo un trabajo impecable, aunque, al menos, sí le permitían razonar.

En la mañana, se había despertado cómodamente rodeada del calor de Dominic. No le importó saber cómo llegaron a esa postura tan íntima. Cuando él se había levantado, ella sí estuvo despierta, pero fingió lo contrario. Ninguno estaba listo para tener esa clase de conversación y Aurora sabía lo mordaz que podría ser Dominic si se sentía amenazado de alguna forma. Ella consideró que no valía la pena crear atolladeros cuando el puente que empezaba a fortalecerse entre ambos progresaba.

—No sé si estás lanzando una amenaza —dijo sonriendo, mientras giraba con él en la pista de baile—, pero te recuerdo que fuiste imprudente al irte, sin tener el alta médica. Así que estás bastante débil como para intentar algo que requiere… —ladeó la cabeza, como si estuviera tratando de recordar algo—, ah, sí, requiere estamina. Todavía estás, por unas horas, en cuidado médico, y no creo que puedas esforzarte.

Dominic la pegó más a su cuerpo y deslizó la mano, justo sobre el sitio en el que terminaba la abertura en V del vestido, en la espalda baja. Estaban rodeados de doscientas personas, amparados por las luces y la semipenumbra; el gesto era discreto.

Al verlo tan serio, ella no pudo evitar reírse, pero pronto el humor inocente fue reemplazado por un jadeo contenido cuando él inclinó la cabeza. Ella se calló.

—¿Estás segura de que quieres probar esa teoría, Aurora? —preguntó con la boca cerca de la oreja de ella—. Si este es un desafío, tendrás que afrontar las consecuencias. Eso incluye que sientas tan henchido y mojado tu coño, desesperada por llegar a esa cúspide en la que gimes mi nombre, pero lo único que recibirás a cambio serán azotes. Unos azotes que te van a calentar el sexo, pero no lo suficiente para que explotes y te contraigas alrededor de mi erección —dijo con arrogancia.

Aurora tragó saliva. Las palabras la excitaron y podía imaginárselas. Sentirlas.

—Sí, es un desafío —dijo mirándole la boca. Los ojos de Dominic relampaguearon, y ella podía sentir la erección contra su cuerpo a medida que se movían con la música—. Pero ¿sabes lo que me interesa hacer y tú no lo permites?

Para él no era agradable estar tan erecto en una fiesta de alta sociedad, ni en ningún otro lado, aunque con esta mujer parecía inevitable. Lo único que contribuía a dominar sus instintos era estar rodeado de muchos extraños en ese gran salón.

—Supongo que vas a iluminar mi conocimiento —dijo con altivez.

Ella soltó una carcajada. Sus dedos estaban entrelazados detrás de la nuca de Dominic, mientras él la sostenía de la cintura, pero, a ratos, rozaba la piel desnuda de su espalda. El gesto era provocativo. Aurora amaba bailar, porque la divertía y relajaba. Él era de los pocos compañeros de baile que sabía guiar el paso y moverse con ritmo.

—Así es, pero tienes ventaja en la altura, así que, por favor, acércate —replicó instándolo a que bajara la cabeza para así poder hablarle al oído. Él accedió—. Ayer me diste un interesante vistazo de tu trasero, muy interesante. —Dominic soltó una carcajada ronca contra el cuello de Aurora—. Lo que más me excita es la posibilidad de tomarte con mi boca, recorrer cada surco y vena de tu pulsante erección, para después escuchar tu gemido de placer. Quiero succionar, hasta la última gota de ti…

Dominic deseó buscar el sitio más discreto para que la mujer hiciera exactamente lo que acababa de mencionar. Pero eso implicaría crear un escenario en el que no tendría el control, así que tan solo la tomó del rostro y la miró fijamente.

—¿Aurora? —preguntó junto a ellos una voz masculina, interrumpiéndolos.

Ella se giró y miró con sorpresa al hombre que le sonreía.

Dominic dejó caer la mano, pero sostuvo a Aurora de la cintura.

—Oh, hola. No esperaba verte aquí —expresó ella, amable, y extendió la mano. Ignoraba qué podría el dueño del yate privado del tour, en esta fiesta, pero daba igual—. ¿Qué tal? —preguntó. Se sintió incómoda, porque la tensión en Dominic era palpable. Él afianzó sus dedos de modo más posesivo en su cintura. O eso era lo que ella interpretaba. Con su esposo, a veces, era complicado acertar.

—Langford, no sabía que estabas casado —dijo Burak Şahin sonriendo—. Qué pequeño es Estambul. Justo ayer conocí a tu encantadora esposa en mi yate.

—Encantadora, sin duda, Şahin —expresó Dominic con una máscara de frialdad. No era adepto a las charlas breves, en especial con su principal competidor en esta zona. Le dio igual la mirada de reproche de Aurora por su actitud hostil—. Los números no te han favorecido, según los reportes de la industria, ¿vas a cerrar tu empresa para dedicarte al burdo negocio del turismo? —preguntó con altivo desdén.

Burak soltó una carcajada.

—Nah, el yate es una forma más rápida de ligar con mujeres guapas —dijo de buen humor—. Aunque, ya que lo sugieres, el turismo también es un gran negocio.

—La simpleza y el poco esfuerzo deben ser atractivos para ti —dijo Dominic en tono despectivo—. Por si no lo notaste acabas de interrumpir un baile, Şahin.

—Oh, qué curiosa coincidencia que ustedes se conozcan. Por cierto, Burak, fue un bonito paseo el de ayer. De hecho, al bajarme escuché buenos comentarios de los otros turistas de la ruta —intervino Aurora con amabilidad. La música ya no era tan movida, sino más suave. La gente alrededor más bien, como ellos, conversaba—. Nos quedaremos solo hasta mañana en Estambul, pero he disfrutado mucho de este tiempo. Cuéntame, además del yate, ¿qué otras actividades realizas con exactitud?

Burak la miró con una sonrisa. Dominic quiso borrársela de un puñetazo.

—Tengo una empresa de exportación de textiles al Reino Unido, mi marca es Buhin. —Ella abrió la boca en una O al reconocerla, porque era la tienda que vendía ropa hecha con algodón turco. No había esa calidad en Inglaterra, pues ese tipo de algodón solo se obtenía en la región del Egeo—. ¿La conoces, Aurora? —preguntó.

—Claro que sí, mis pijamas siempre los compro en esa tienda, no sabía que era tuya —dijo con una sonrisa—. Pero, claro, desde que me casé solo uso LangTex.

Burak se llevó una mano al corazón como si lo hubiera herido.

—Espero que lo reconsideres en un futuro —le hizo un guiño. Después miró a su rival de muchos años. Aunque no eran amigos, el respeto y también la hostilidad existían por temas de negocios, no personales. Le dijo—: Suerte en todo, Langford.

—Gracias —replicó Dominic indiferente y sin devolver los buenos deseos.

Aurora se giró hacia él, después de que Burak se alejara, y elevó el rostro.

—Eso fue muy grosero de tu parte —dijo cruzándose de brazos.

—Para esto estás tú, Aurora, tan llena de sonrisas y optimismo —replicó con sarcasmo, mientras la sujetaba del brazo con suavidad para instarla a caminar.

Los anfitriones habían convocado a los asistentes al salón del bufete, porque iban a hacer un brindis por el homenajeado. Así que los invitados empezaron a abandonar las áreas exteriores, en especial el jardín con vistas a la ciudad, así como la pista de baile. La mansión era amplia y había varias formas de llegar al mismo sitio.

Él estaba tratando de buscar la forma de no enredarse en el grupo de gente y que parecía una horda de ovejas, una tras otra, yendo al mismo lugar. Le preguntó a una de las empleadas de la casa y esta le indicó que había un pasillo, que no estaba abierto al público, pero que haría una excepción, porque necesitaban descongestionar el paso. Le dio indicaciones para que, junto a Aurora, llegaran sin toparse con otros.

El millonario inglés nunca fue adepto a bailar por diversión. De hecho, cuando asistía a fiestas, galas o estupideces similares, lo hacía bajo un concepto específico: tomar cada paso como un mapa de trabajo. Pero en esta fiesta, con el contrato ya firmado, se encontraba en una circunstancia peculiar. Cuando Aurora se había acercado para decirle que quería bailar, lo hizo con una de esas sonrisas genuinas que siempre arruinaban las ganas de Dominic de rechazarla. Así que decidió acompañarla. El anterior fue el único motivo por el que optó bailar, en lugar de analizar el entorno y buscar alguna forma de sacar provecho hablando con algún personaje prominente.

—¿Estás enfadado conmigo porque dije que me compraba los pijamas en la tienda Buhin? —preguntó ella de repente. El antagonismo que emanaba de Dominic no le gustaba, así que quería una explicación—. Me di cuenta rápidamente de mi desliz y dejé claro que ahora solo uso ropa de las marcas asociadas a las fábricas LangTex.

El pasillo por el que estaban caminando tenía cuadros hermosos colgados en las paredes. La iluminación era más cálida y no existía tanto ruido. Se podían escuchar murmullos ahogados que provenían del salón, sí, pero en esta área no había nadie.

—Noté tu excelente desenvolvimiento, Aurora —replicó él con simpleza. No estaba enfadado con ella, sino consigo mismo. No debería importarle que les

regalara sonrisas a otros hombres, así que estaba tratando de ser racional—. Puntos extras.

Ella le dio un empujón suave con el hombro.

Dominic detuvo su andar para mirarla. Aurora se cruzó de brazos.

—Creo que Burak fue un perfecto caballero cuando me pidió mi número de teléfono en el yate y yo le comenté que estaba casada. No estuve flirteando con él si acaso es lo que piensas —comentó, porque ella sí se habría sentido incómoda si una mujer se aproximaba, como lo hizo el turco, para comentar que, casualmente, había conocido a Dominic el día anterior, mostrándose amistosa—. Solo le dije mi nombre de pila. Así que no tuvo manera de poder preguntarme sobre el apellido Langford.

—Bien —replicó.

—¿Estás celoso…? —preguntó frunciendo el ceño.

—Para que eso ocurriera tendría que existir algo más que lujuria —zanjó.

Aurora tan solo se rio con suavidad. Una respuesta que Dominic no esperaba.

—Entonces, si flirteo, me rio o estoy divirtiéndome con otro hombre, siempre que no exista sexo o besos, eso está perfecto porque te da igual, ¿verdad? —preguntó.

Dominic abrió una puerta cercana, tomó a Aurora de la mano y entró con ella. No podía controlar un ambiente con gente alrededor, pero sí uno en el que existía un pasillo solitario. Por la hendija baja de la puerta llegaba una tenue luz al interior, pero no suficiente. Sin más, él apoyó a Aurora contra lo que parecía ser una gran repisa.

A juzgar por los aromas exóticos y también suaves a especias irreconocibles esta era una alacena. Dominic no sabía en dónde estaba el interruptor de luz, pero eso tampoco tenía trascendencia. Subió las manos bajo el vestido de Aurora y le arrancó el tanga, luego guardó la prenda en el bolsillo de la chaqueta. Ella soltó un jadeo breve.

—Se llama territorialidad, no celos, Aurora, no te confundas. Lo que está en mi espacio: poder, propiedad y esto —le acarició el sexo húmedo—, no lo comparto.

—Semántica —susurró bajándole el cierre del pantalón, hasta dejar libre el miembro. Lo agarró con ambas manos—. Oh, Dominic, deja que te dé placer con…

—No —zanjó él, mientras le sacaba el vestido con cuidado por la cabeza—.

Rodéame la cintura con las piernas —ordenó sujetándole las nalgas para elevarla y apoyarla contra la estructura que parecía ser metal. Ella obedeció. Le rodeó también el cuello con los brazos para mantener el equilibrio—. No agites aguas peligrosas.

—¿Es peligroso querer hacerte sexo oral…? —preguntó fingiendo inocencia.

El sonido de sus voces y la respiración agitada se fundía como una sinfonía envolvente. Sus sentidos estaban más despiertos. La oscuridad era su cómplice.

—Basta, Aurora —exhortó, mientras se adentraba en ella con un gruñido—. Demonios, mujer, estás tan estrecha… —salió y se hundió de nuevo—. Joder…

—Oh, Dom —sollozó llamándolo por ese diminutivo, cuando lo sintió anclándose en su sexo. Él se movió con vigor y rapidez. No le dio tiempo a recuperar el aliento. Parecía un hombre poseído por el deseo—. Sí, sí… No te detengas… —jadeó. Su vagina estaba empapada y se escuchaba el eco del choque de sus cuerpos.

Era una suerte que ninguno de los elementos de alrededor estuvieran cayéndose, en especial si consideraban la fuerza con la que él embestía. El rostro de Dominic estaba apoyado en el cuello de Aurora. Ella se aferraba a los hombros de él.

—No voy a detenerme —gruñó—. Esta es la segunda vez que no puedo lamerte las tetas… Carajo… —dijo y le apretó más las nalgas; las separó y dejó uno de sus dedos en el orificio oculto. Jugueteó alrededor; no lo penetro. Esta noche, no.

—Dom… —gimió, porque la necesidad de estar piel con piel era casi tan dolorosa como la que tenía de correrse—. Sí… Este ritmo es perfecto… Más...

—Recuerda —afianzó su embestida—, quién te está provocando este placer —salió y entró de nuevo—. ¿He refrescado tu memoria? —preguntó, jadeando.

—Sí… —respondió. Al no poder verse, las sensaciones parecían magnificadas. Ella deseaba agarrar el rostro de Dominic y besarlo. Pero si lo hacía, sin verse, entonces él no reconocería lo ocurrido y mantendría su idiota creencia de que, al menos ahora, continuaban sin tener ningún vínculo—. Mi memoria está perfecta. Sí.

—Dilo en voz alta, Aurora —ordenó deteniéndose a pesar de la urgencia.

Ella se quejó, frustrada y agitada, tiró del cabello de Dominic. Él gruñó.

—No, no te detengas —clamó—. Tú, tú eres el que me da placer, Dom.

Él la folló duro, profundo y sin contemplaciones. Parecía estar incinerando los

últimos resquicios que ella pudiera tener con otro hombre, todas las memorias, todas las sensaciones; todo lo estaba reduciendo a lo que solo él estaba provocando en estos momentos. Aurora sentía que Dominic aplicaba un recordatorio carnal de a quién pertenecía ella, como si estuviera marcándola y asegurándose de que no se le olvidara.

Ambos se perdieron en las sensaciones salvajes, urgentes y que instaban a sus cuerpos a buscar más del otro. Aurora sabía que ser silenciosa no era su mejor cualidad en el sexo, así que reprimir sus gemidos era excitante y exasperante a la par. A ella, le gustaba escuchar los gruñidos guturales de Dominic, la forma en que le agarraba la carne de las nalgas, así como el modo en que la hacía sentir tan deliciosamente llena.

—Aurora —dijo el nombre como una plegaria y también como una maldición.

—Oh —jadeó ella apoyando la cabeza contra la repisa que tenía detrás. Sintió cómo se tensaba el miembro en su interior y esparcía la simiente en lo más hondo de su cuerpo. El gemido bajo y ronco de Dominic le acarició la piel y ella se corrió.

—Mierda… —farfulló él, bajándola con suavidad y dejándola en el suelo.

A tientas, Dominic buscó el maldito interruptor de luz. Cuando lo hizo, los ojos de ambos tardaron unos segundos en adaptarse a la claridad. Él vio la expresión saciada de Aurora, el sujetador de seda blanca que exponía los pechos de picos erectos, y quiso arrancárselo para volver a follarla y disfrutar de esas cumbres magníficas. Este era el encuentro más rápido y fogoso que había tenido con una mujer. Ella sonrió.

—Dom —dijo—, me arruinaste las bragas. ¿Cómo voy a salir así?

—Ven aquí —expresó. Le gustaba que ella usara el diminutivo de su nombre, mas no iba a comentárselo—. Separa las piernas un poco. Bien —dijo sacando del bolsillo el pañuelo. La limpió con cuidado. Dobló y guardó la prenda sucia —. Listo.

—Gracias —murmuró, mientras agarraba el vestido y se lo ponía con cuidado. Menos mal, él tuvo la precaución de quitárselo o habría sido terrible salir de ese modo—. Mmm, ¿qué harás con ese pañuelo? —preguntó arreglándose el cabello.

—Lo dejaré en la basura al salir de la mansión. Tu tanga es un souvenir.

Ella se rio con suavidad. Agradecía que el vestido tuviese un doblado interior,

así no existía la posibilidad de que, bajo las luces, pudiera notarse que no tenía bragas.

—¿Tienes un fetiche con la ropa interior? —preguntó, mientras él la observaba, como si estuviera tratando de confirmar que todo estaba en su lugar.

—Desde esta noche, al parecer sí —dijo con simpleza y abrió la puerta—. Por cierto, Aurora, no he olvidado tu insolencia de hace un rato. La próxima vez, tu trasero va a estar tan enrojecido y tu sexo tan falto de un orgasmo que solo me bastará tocarte, no cuando tú lo quieras, sino cuando yo lo decida, para que llegues al clímax.

Ella abrió y cerró la boca.

Dominic no le dio tiempo a replicar, le puso la mano en la espalda baja y la guio hacia el pasillo. Después caminaron con rapidez hacia el salón del brindis.

Durante el resto de la velada, los dos charlaron con otros invitados. Además, hubo una sesión de fotos organizada por la esposa de Kerem. Estas aparecerían de seguro en la prensa social del país. Lo anterior servía a los propósitos que el relacionista público de los Langford, Osmos, quería afianzar con relación a la imagen sobre su matrimonio. Cuando el reloj marcó la una de la madrugada, la paciencia social de Dominic había excedido sus límites usuales. Pero Aurora, en cambio, la pasó genial conversando con unas mujeres maravillosas que se dedicaban a buscar financiamiento para microempresarias, sobrevivientes de violencia doméstica y abuso, en Estambul.

Ella, por supuesto, no les habló de su historia, pero se alegraba de que en el mundo las mujeres se dedicaran a elevar a otras, en lugar de hundirlas con cotilleos y malas artes. Finalmente, Aurora y Dominic se despidieron de los Arman. Durante el viaje en el coche, hasta el hotel, ella mantuvo la vista en las calles que iban pasando a medida que avanzaban. Le dolían un poco los pies y solo quería acostarse un rato.

Pero descansar fue el último ítem de su lista, en especial cuando Dominic la desnudó y la dejó sobre la cama para cumplir la amenaza que había hecho en la fiesta. No iba a azotarle las nalgas, esta vez al menos, aunque la torturaría de forma distinta.

Él se corrió con una potencia que solo sentía entre los pliegues de ella. En el momento en el que Aurora estuvo a punto de llegar al clímax, Dominic se detuvo abruptamente con una expresión de suficiencia. Ella protestó y le dijo que era un arrogante, egoísta y pomposo tonto. El CEO tan solo esbozó una sonrisa y le recordó que ella, si quería un orgasmo, debía pensar que sus

amenazas no eran en vano y que más le valía obedecer sus directrices. Aurora tuvo la intención de tocarse a sí misma.

Sin embargo, antes de que lo lograra, Dominic la dejó bocabajo y le inmovilizó con rapidez las manos, en la espalda, con la corbata. Tan solo se aseguró de que estuviera floja y no la lastimara. Después, la giró para mirarla con lascivia. Aurora nunca había estado en esa postura, pero la restricción no fue severa y tampoco le cortó la circulación. Estuvo cómoda y excitada, porque en esa posición sus pechos parecieron estar siendo entregados en una ofrenda. Pudo sentir cómo sus fluidos la lubricaron aún más. Sus pensamientos desaparecieron cuando él la torturó durante largos minutos. Dominic jugueteó y le chupó los pechos; le mordisqueó los pezones y ella no pudo hacer nada para tocarlo, porque estaba inmovilizada. Él la llevaba al borde del clímax y luego se apartaba. Le daba golpes consistentes y suaves en la vulva.

—Dom, por favor, necesito correrme —le había dicho cuando ese subir y bajar de intensidad la tuvo muy agitada, frustrada y excitada. Todo al mismo tiempo.

Al cabo de un rato, él se había compadecido de la desesperada expresión y los gemidos de anhelo de Aurora por correrse. Le separó los muslos y sonrió complacido.

—Rosada y brillante —había murmurado posicionándose en su entrada.

—No puedo más, ¿lo entiendes? ¡Necesito correrme, Dominic!

—Tan solo si entiendes que si vas a desafiarme debes asumir las consecuencias.

—Lo entiendo —había gemido cuando él entró en ella—, desátame. ¡Dom! —había gritado cuando solo bastaron dos embestidas para que llegara a un delicioso clímax. Su vagina se contrajo alrededor del grueso miembro y ella dejó escapar un par de lágrimas inesperadas. El dolor no había sido nada físico, sino más bien una sensación de lacerante desesperación de estar tan lista, excitada y con los labios íntimos palpitantes, que solo había bastado pocos estímulos más para que explotara.

Solo entonces, cuando su sexo aún continuaba latiendo, él la había soltado.

Ella había exhalado largamente, agotada, y se quedó laxa en el colchón.

—¿Te duelen las muñecas? —había preguntado, mirándola y saliendo de ella.

Aurora se había reído, porque Dominic le parecía complejo y simple a la vez. Él era indiferente y distante, pero también se ocupaba de que estuviera cómoda y

segura. Esta clase de gestos la conmovían, aunque prefería no hacer comentarios. Aurora había optado por limpiarse sola y agarró Kleenex de la mesita de noche.

—No… —había susurrado sonriendo, mientras se levantaba e iba al baño. Después de su rutina de limpieza había regresado para dormir. La luz estaba apagada, pero la inconfundible figura masculina seguía en el colchón—. Mmm, ¿Dominic?

—¿Sí? —había preguntado.

—Te he dicho que la cama no es negociable, yo duermo en ella —había expresado rodeando el colchón y acostándose en el lado que le correspondía.

—Estoy consciente de ese detalle —había dicho con simpleza.

—¿No querías evitar crear lazos conmigo? —había preguntado mirando hacia la izquierda, a la sombra de Dominic, y sintiendo una confortable placidez a su lado.

—Estás hablando en pasado, pero la intención permanece —había contestado él. Aunque en realidad no sabía qué carajos estaba haciendo, quedándose otra noche, en la que no estaba enfermo ni adormecido por un relajante muscular, junto a Aurora.

—Oh, ya veo —había dicho ella con una sonrisa que él no podía ver.

—Buenas noches, Aurora. Mañana saldremos a Milán.

—De acuerdo. Buenas noches, Dom —había susurrado cerrando los ojos.

CAPÍTULO 16

Italia era un país que Dominic disfrutaba y también el que le permitió escapar de sus demonios durante un verano, el año en el que cumplió la mayoría de edad. Sus días en esos tiempos eran una mezcla de resignación, recriminación y rigidez; siempre buscaba ser perfecto, controlado y metódico para no sucumbir a los impulsos de su carácter con otras personas. Pero solo era un adolescente con las hormonas disparadas, dudas existenciales y un mapa no definido de qué podría hacer en la vida.

Además de ser el heredero de una empresa, que apenas estaba en proceso de recuperación, también sentía que era el culpable de la desaparición de Jenk. Esto último pesaba en su conciencia como una loza de cemento. Así que, aquel verano, se dejó llevar por un instante de rebeldía, hartazgo y una necesidad urgente de apagar la voz interior que solo lo recriminaba. Por primera vez, en La Toscana, él se embriagó.

Fue una experiencia en la que sus amigos, las chicas guapas y el buen clima, le permitieron ver un panorama menos ácido u hostil. Fue el verano en el que perdió la virginidad y también en el que se dio cuenta de que, después de una racha de borracheras, la idea de despertarse con una cruda no era parte de la diversión. También aprendió de sí mismo que los efectos del alcohol, en lugar de abocarlo a ser peleón, conflictivo o abusón, le provocaron una sensación de euforia y felicidad. Se había reído como nunca desde la desaparición de su hermano. Durante esos momentos no hubo culpa, sino solo ganas de disfrutar y evadir de la realidad. Libertad.

Pero no repitió la hazaña, porque, cuando regresó a la cotidianidad de Inglaterra, sintió que no merecía reírse si su hermano ya no podía hacerlo tampoco. Entonces, Dominic volvió a su habitual modo distante, hermético y calculador. Se quedó con la experiencia, las sonrisas y un tiempo en el que saboreó la expansión sin las cadenas de sus propios pensamientos. No había experimentado algo así otra vez.

El sonido de una bandada de alondras lo instó a enfocarse en los viñedos.

Estaba hospedándose en una finca hermosa convertida en un hotel de lujo. El propietario se había contactado con la oficina y Selma le informó a Dominic que se trataba de un productor de vinos que tenía una propuesta de negocios.

Fabrizzio Sartto le ofrecía a Dominic la licencia exclusiva de distribución de los vinos Sartto en todo el Reino Unido con un margen de ganancias competitivo. El CEO estaba considerando esta nueva opción en su línea personal de negocios, pues era interesante.

Tomó un trago del vino Malbec que tenía en la copa. Lo saboreó a gusto.

El sol empezaba a caer y tintar de tonos naranjas el cielo de Maremma, la zona de La Toscana en la que finalizaba su viaje fuera de Inglaterra. Los primeros cuatro días, después de Estambul, estuvo en Milán e hizo una primera aproximación con los proveedores de telas en los que él estaba interesado. No firmó ningún contrato, porque fueron reuniones preliminares, aunque veía un buen panorama. Esas noches, al regresar de las visitas en las fábricas en las afueras de Milán, Dominic salía a cenar con Aurora. La mujer era una fuente de sonrisas y anécdotas. Pero también tenía instantes de seriedad en los que dejaba saber su opinión y decisiones con firmeza.

A medida que pasaba más tiempo con ella, Dominic hallaba que su cercanía suavizaba la rigidez con la que él intentaba llevar su vida. La espontaneidad de Aurora causaba un choque en sus sentidos, porque la mujer no tenía malicia o intenciones veladas para actuar con el desenfado que la caracterizaba. Aurora era simplemente auténtica. Si a ello le sumaba la belleza y la química sexual mutua, él no tenía muchas opciones para tratar de apartarla sin una razón de peso. Además, aunque no fuese empresaria, Aurora tenía una mente ágil y despierta para entender temas diversos.

Dominic nunca tuvo problemas en alejar a una mujer de su lado, porque no les daba cabida en su vida personal. Pero Aurora era ahora parte de ella. Él temía haber calculado erróneamente el alcance de este matrimonio, pues no esperó una mujer que rompiera los moldes de las anteriores súbitamente. No sabía qué demonios hacer o como zanjar esta brecha que ella empezaba a acortar. Él jamás tenía pensamientos que lo desconcentraran. Pero, más de una vez, en lugar de enfocarse en las temáticas de trabajo, él se halló imaginando su cuerpo hundido en el de Aurora. O en la risa con la que solía acompañar los descaros o los relatos que salían de esa boca.

Durante una de las noches en Milán, ella le habló de su experiencia en África. Le contó cómo fue lidiar con los elefantes, la belleza salvaje de esa tierra, sobre los compañeros que tuvo durante su estadía de varias semanas y cómo añoraba volver.

—¿No es peligroso Nairobi? —le había preguntado. Le gustó cómo ella había

disfrutado de la comida, en lugar de contenerse de pedir pasta, *gelato* o disfrutar del pan casero del restaurante, como solían hacer otras—. Me parece una zona crítica.

Ella había esbozado una sonrisa, apoyándose contra el respaldo de la silla.

—Al ser la capital de Kenia, en lugar de una ciudad un poco más alejada de la afluencia de turistas, es un poco más segura —había replicado—. Pero yo estaba quedándome en las instalaciones del Sheldrick Wildlife Trust, en los alrededores del Parque Nacional de Nairobi. A todos los voluntarios, antes de ir, nos vacunaron contra la fiebre amarilla y la malaria. Además, nos dieron garantías de seguridad, medicina, transporte y alimentación. Siempre me sentí a salvo. Fue maravilloso.

—No me entusiasma la idea de un entorno salvaje —había replicado él—. La civilización con la que tengo que lidiar todos los días me parece reto suficiente.

Aurora había soltado una carcajada.

—No hace falta controlar todo, Dominic —había dicho ella—. La vida nos lanza a veces naranjas podridas, pero luego de una mala cosecha siempre habrá una mejor. ¿Alguna vez has hecho algo arriesgado y divertido durante tus viajes?

Dominic había fruncido el ceño, mientras pagaba la cuenta del restaurante.

—No viajo para divertirme, Aurora, sino para trabajar —había replicado él en tono serio. Le dio una generosa propina al camarero y luego había salido del local.

—Vaya, creo que te hace falta relajarte un poco.

—Follar contigo me relaja —había replicado Dominic con insolencia.

Ella se había reído y extendido la mano para acariciarle la mejilla.

—Es lo más romántico que me han dicho —había comentado en un tono teatral, mirándolo, y con la risa aun bailándole en los labios. Él había esbozado una media sonrisa—. He venido a esta ciudad varias veces y siempre la disfruto. Con la tragedia que acabas de relatarme, es decir, que no paseas en tus viajes y te dedicas a aburrirte encerrado en reuniones, no quiero suponer nada. Así que dime, ¿nunca has caminado alrededor de la fuente en la Piazza Castello, frente al Castillo Sforzesco?

—No tiene ningún sentido —había replicado. Él sintió la pérdida del contacto de la mano de Aurora cuando la apartó. La piel de la mujer era cálida como toda ella. No había hecho intentos de tocarla. Procuraba no hacerlo en público, porque solía equipararse a echar un cerillo en la pólvora—. Una corporación

entera depende de que yo tenga la mente siempre enfocada y tome las decisiones más acertadas.

Ambos habían subido al coche con el chofer que Dominic contrató en Milán.

—*Signore, potrebbe portarci, per favore, alla fontana di Piazza Castello?* —había dicho Aurora al conductor amablemente, pidiéndole que los llevara a esa fuente de agua.

—¿Me vas a decir que también aprendiste italiano por si existía alguna fiesta o reunión con algunos de mis contactos aquí? —había preguntado enarcando una ceja—. Considerando que te tomas muy en serio el papel de encantadora socialité…

Ella le había dado un empujoncito con la mano haciendo una negación.

—Aprendí italiano y alemán en la universidad. No seas egocéntrico que nadie aprende un idioma para impresionarte, Dominic —había dicho haciéndole un guiño.

Al llegar a la plaza, ella lo había instado a bajar del auto.

—Aurora, ¿qué carajos haces? —había preguntado él al verla quitándose los zapatos. Era pasada la medianoche, había viento, y la zona estaba desierta e iluminada.

—Me divierto y tú también —había replicado agarrándolo de la mano e instándolo a que la acompañara al borde de la fuente—. Si no quieres arruinar tus zapatos vas a tener que sacártelos. Venga, Dominic, no seas aguafiestas. Solo un rato. Vamos a caminar en el agua y quizá podamos saber cuántas monedas hay dentro.

—No. Está prohibido —había expresado mirándola.

—Precisamente —había contestado con humor.

Después, ella sumergió los pies en el agua y le había dedicado a él una sonrisa radiante. Aurora empezó a caminar salpicando agua a Dominic, pero en un instante su pie pareció resbalar. Por ese simple hecho, el CEO de Langford Creations, ataviado con ropas que costaban más de dos mil libras esterlinas, había entrado a la fuente.

—Carajo, Aurora, ¿es que acaso tienes quince años para hacer idioteces? —había preguntado cuando ambos perdieron el equilibrio y cayeron de culo, mojándose.

Ella se había echado a reír al verlo enfadado, con los pantalones, zapatos y una parte de la camisa empapada por el resbalón. Él la había sostenido de la

cintura.

—No hay edad para salir de la rutina, Dom, aunque la policía podría venir en cualquier momento y eso sería tensar los límites, ¿qué crees tú? —había preguntado.

Dominic no había podido evitar devolverle la sonrisa, mientras se incorporaba del fondo de la jodida fuente. Que no era honda, claro, pero sí había arruinado su ropa; aunque habría sido peor ver a Aurora caerse, por temeraria, y que se lastimara.

—Tengo buenos abogados, pero se vería fatal en la prensa —había replicado riéndose y moviendo la cabeza con incredulidad por lo que acababa de suceder. Él jamás incurría en una acción impulsiva, y eso incluía entrar en una fuente de agua.

—Te ves guapo cuando sonríes. Deberías hacerlo más seguido —había susurrado, peinándole los cabellos hacia atrás con los dedos—. Disfruta más la vida.

Durante varios segundos se habían quedado absortos en la mirada del otro. Dominic le había sujetado la nuca, ella abrió los labios muy ligeramente y sus cuerpos se balancearon un poco más hacia el otro. El claxon de un coche a lo lejos había roto el instante y los sacó a ambos de la pequeña burbuja. Dominic había carraspeado.

—Hago lo que se necesita hacer, Aurora —había replicado. Al verla con el vestido prácticamente adherido a esas curvas, la respuesta de su cuerpo había sido una erección inevitable—. Ahora tendremos que limpiarnos la porquería de esta agua.

—¿Pero vas a negar que fue divertido? —había preguntado alegre.

Ella había seguido los pasos de Dominic para salir del agua. Pero, cuando le faltaba poner el otro pie en el exterior de la fuente, él tan solo la había agarrado en volandas y llevado, tal como hizo en Londres, en brazos. Esta vez, hasta el automóvil.

—Lo calificaría de ridículo más bien, Aurora —le había dicho, acomodándole una mecha de cabello húmedo detrás de la oreja—. Apartado de mis estándares.

Aurora le había delineado la ceja con la yema del dedo, sonriendo. Ella notó que las risas de Dominic, a diferencia del toque de amargo sarcasmo con el que las revestía antes, últimamente parecían más ligeras. Esa realización le había encantado.

—Para una persona que tiene una década más que yo, lo cierto es que hacer el ridículo puede ser considerada como una excelente forma de diversión —había dicho.

Ante el comentario, la risa de Dominic había vibrado ligera en el coche.

—Supongo —había expresado mirándola—. ¿Es importante la diferencia de edad? —había preguntado frunciendo el ceño. Ciertamente una década no era poco.

—No. Me gusta aprender de quienes saben más que yo, en otras áreas de la vida —había replicado con picardía y una inequívoca insinuación sexual—. Como tú.

—Eso implica que quieres una lección esta noche, ¿mmm? —había preguntado en un tono ronco. No veía la hora de que el chofer aparcara en el hotel.

—Sí —le había susurrado al oído—, y me gustaría más de una lección.

Esa noche, Dominic había pensado que desperdiciar agua sería absurdo. Así que se ducharon juntos. Él, por supuesto, le demostró la clase de diversión que prefería. Había sido, como siempre entre los dos, una sesión apasionada. Aurora dejó su rebeldía para dejarse seducir, guiar y atrapar, en las redes del delicioso éxtasis.

Dominic no había pedido una cama supletoria en los hoteles de Italia. Descubrió que las noches junto a Aurora, en su cama, le brindaban placer, sí, pero también una inusual sensación de calma. Lo anterior, para alguien tan habituado a distanciarse, resultaba complicado de explicárselo al no existir una lógica detrás. Por otra parte, Aurora no volvió a mencionar el comentario que él había hecho sobre no crear vínculos con ella; y él, tampoco. El acuerdo tácito de silencio se extendió a no sacar a colación que Aurora amaneciera con la mano sobre el pectoral de él, y a no mencionar que Dominic siempre la sostenía con el brazo para pegarla a su cuerpo.

El teléfono empezó a vibrar y la atención del magnate volvió al viñedo.

Él dejó la copa de Malbec en la mesa, junto al plato de olivas y quesos. Aurora no se encontraba alrededor, porque estaba recibiendo un masaje en el SPA del hotel. Dominic se aseguró de que la persona que aplicaba el tratamiento no fuese un hombre. ¿La razón? No tenía interés en buscar esa respuesta. Él atendió la llamada.

—Buenas tardes, señor Langford —dijo una voz desconocida.

—¿Quién es? —preguntó Dominic incorporándose de la silla de madera. Las notas frescas, frutales y terrosas del viñedo corrieron con el viento, abrazándolo.

—Mi nombre es ZeroGhost —dijo. Los hackers siempre se identificaban con un apodo, no el nombre real—. Hay una información que me asignaron buscar. Le anticipo que la línea de la que estoy llamándolo no es rastreable, así como tampoco podrá acceder al enlace que acabo de enviarle a su correo, si no me hace el pago del cincuenta por ciento restante de mis honorarios. La primera parte, la pagó Cédric.

—Comprendo —dijo Dominic—. ¿Cómo funciona este intercambio?

—Le diré por esta vía los datos que encontré. Usted, puede hacer las preguntas que considere oportunas. Si tengo que hacer una búsqueda adicional durante esta conversación, le agregaré un incremento al valor de mis servicios —explicó con calma—. Al concluir la conversación, usted me hace al pago, y yo activo el enlace para que pueda acceder a todos los detalles de mi pesquisa y los revise cuando desee.

—Sin problema, ¿qué datos sobresalen de todo lo que investigaste?

—Shipment Orion empezó operaciones hace sesenta años. Cédric me pidió investigar los últimos veinticinco. Hay información que no pasó al formato digital.

—Estoy al corriente de ese detalle —expresó Dominic.

—De acuerdo —dijo el hombre—. Busqué conexiones con bases de datos antiguas, que estaban mal protegidas, para lograr extraer la mayor cantidad de información de la compañía. Inclusive recuperé documentos, que habían sido borrados, en unos servidores aparentemente dados de baja. Hay vacíos informativos inevitables —explicó a modo de introducción—. En todo caso, realicé una correlación y armé estadísticas, constan en su correo, sobre la cantidad de viajes por puertos, beneficiarios, fechas y tipo de mercadería. Cédric me exigió que averiguara sobre aquellos que se realizaban cinco veces al año y se reportaban como perdidos o devueltos. Por esta razón me enfoqué en ser meticuloso y armé un informe adicional al respecto —dijo—. La mercadería, en realidad, nunca se perdió, señor Langford.

—¿Cómo es eso? —preguntó Dominic frunciendo el ceño—. Revisé los datos que inicialmente llegaron a mis manos y los contenedores constaban como perdidos.

—Lo que ocurrió fue que se desvió hacia otros puertos alternativos. Los cinco viajes siempre partían de dos puertos específicos en Inglaterra: Southampton y

Felixtowe. Siendo este último el más común y cercano a Londres —replicó—. En las hojas de rutas de esos traslados de mercadería existió un mapa de tránsito regular: Inglaterra, Canal de Suez, en Egipto, y el destino final India o Bangladesh —dijo.

—Estoy al corriente de esas rutas mercantes —comentó. Él conocía perfectamente cómo se manejaban estos movimientos, porque como CEO necesitaba estar al corriente de los procesos, al detalle, en sus ramas de negocios. Si bien LangTex era diferente a LangCosmetics, en cuanto a rutas, la logística era similar—. Prosigue.

—Entonces sabrá que la parada lógica para reabastecimiento o parada técnica sería el Canal de Suez o en caso extremo, el de Salalah, en Omán; pero no Port Victoria, en las Islas Seychelles. Los contenedores nunca llegaban al destino, sino que se quedaban en ese puerto. Una vez que los barcos alcanzaban la ruta final marcada en los registros oficiales de la empresa, a veces era el puerto de Chittagong en Bangladesh, o Channai en India, se establecía que la mercadería se perdía o no llegaba.

Dominic se pasó los dedos entre los cabellos y soltó una exhalación.

—Por eso las declaraban perdidas, no porque no hubieran llegado, sino porque las desembarcaron en puertos que nunca fueron registrados oficialmente —murmuró el CEO, mientras su cabeza empezaba a condensar y analizar lo que escuchaba.

—Exactamente, señor Langford. Esos viajes en específico, con esa parada secreta en Port Victoria, acabaron hace seis años. Lo corroboré varias veces —dijo.

—Las Islas Seychelles… —dijo el magnate—. No tiene ningún sentido que un barco de carga con destino a Asia haga una parada técnica o de reabastecimiento en un puerto como Port Victoria. El desvío es muy amplio, además hay una pérdida innecesaria de combustible y tiempo. No existe lógica de por medio. ¿Qué me puedes decir de la participación de Bruce Sterling en la empresa? —preguntó con intriga.

—Él es socio de la naviera desde hace veintiocho años. Su porcentaje de acciones es del cuatro por ciento. Algo bastante simbólico en comparación con los otros accionistas. Bruce Sterling firmó, cada año, algunos de los cinco envíos de los que se reportaban perdidos. Pero aquí me marca que estaban asegurados por la empresa Broodwick Insurance, contratada por él. Al ser el beneficiario directo, Sterling pagaba así el costo de las pérdidas. La fuente de ese dinero

siempre quedó justificada, por lo que no hubo sospechas —explicó—. Pero, por supuesto, visto desde fuera y en profundidad, como lo que he hecho yo, sí que llama la atención.

—Cubrió bien esos rastros al tener una fuente de dinero legal y coherente —comentó Dominic meneando la cabeza—. Entonces, Shipment Orion nunca perdió.

—Exactamente, esos envíos jamás representaron una molestia financiera para la naviera. Además de que es muy próspera, en general —replicó el hacker, mientras tecleaba en el ordenador y veía data—. Quizá se trata de un tema personal del hombre.

—Si ese idiota no firmaba todos los envíos, ¿quién hacía el resto?

—Una mujer —dijo el hacker haciendo una pausa, leyendo—. Jocelyn Sterling.

Dominic se quedó en silencio brevemente.

—Pero ¿tiene la mujer acciones en Shipment Orion? —preguntó confuso.

—No. Ella posee firma autorizada en la empresa, gracias a un poder notarial que Bruce le otorgó en el mismo tiempo en que él se hizo socio, años atrás —replicó el otro hombre—. En realidad, el poder lo extiende a otras áreas financieras en términos personales. La única parte en la que ella tiene veto es la campaña política.

Dominic escuchaba estoicamente todo lo que el hacker le comentaba. Sterling había fastidiado sus negocios y los de la industria textil, en general, haciéndolos perder millones de libras esterlinas con sus malditas políticas que beneficiaba a empresas extranjeras. Por ese motivo, Dominic iba a reunir toda la munición posible para que no pudiera escapar del peso de la ley. No necesitaba involucrarse personalmente.

—Entiendo. Acabas de mencionar que sospechas que se trata de algo personal, una conclusión que comparto, ¿cuál es tu teoría, según lo que has estado investigando? —preguntó Dominic. Si bien el hacker no tenía criterio empresarial, sí contaba con dos aspectos importantes: información privilegiada e inteligencia lógica para deducir.

—En estos viajes al tener una periodicidad tan ínfima, en comparación con la carga regular de transporte anual de la naviera y los millones de libras involucrados, él decidió pagar por las pérdidas para evitar cuestionamientos. Todo, gracias a la aseguradora. En el informe de la empresa consta la falta de la

carga, mas no un déficit económico —expresó revisando la pantalla llena de datos frente a él—. Así que al dar como perdidos los contenedores y pagar, Sterling no atrajo la atención de la auditoría de la empresa, menos provocó que sus socios se interesaran. Esta clase de negocios, usted debe saber, en el que un socio utiliza su empresa para temas personales…

—Sí, suele ocurrir, pero aquí hay una pieza que no encaja —interrumpió—. ¿Qué clase de mercadería se declaraba y cuántos contenedores solían usarse en las rutas avaladas por Sterling? —preguntó Dominic, mientras el cielo se oscurecía.

—Dos contenedores con materiales para la construcción: madera, acero, mármol. Además, grandes lotes de muebles para proyectos residenciales de lujo. No siempre era la misma mercadería —expresó—. Usted podrá constatar el peso, en toneladas, que se marcó en el registro de salida y la empresa en el informe enviado.

—Bien. Sé que Cédric no habría contratado a un mediocre —expresó con franqueza—. ¿Qué cantidad pagaba Sterling por cada contenedor que se perdía?

—Cien mil libras esterlinas —replicó el hacker en tono eficiente.

—¿Qué evento importante ocurrió hace seis años en temas políticos en Inglaterra? —preguntó regresando a la silla y agarrando la copa. Le pidió al camarero que se acercara y la llenara. Una vez a solas de nuevo, bebió—. Algo debe resonar.

Hubo una pausa, mientras ZeroGhost trabajaba en el ordenador con rapidez.

—Estaban las negociaciones del Brexit, dimitió Boris Johnson como ministro de Relaciones Exteriores, la crisis Windrush, el deceso de Nigel McCarran, las pro…

—Espera —interrumpió Dominic—. ¿Tiene Nigel algo que ver con la naviera? —preguntó, mientras trataba de crear un mapa en su cabeza como aquellos que solían hacer los detectives, en casos de homicidios, para tratar de encajar esta información.

—Nada —dijo el hombre, después de unos segundos—. No hay vínculos.

—McCarran fue el mentor de Sterling. Muere hace seis años y, en el mismo período, cesan por completo los viajes de la naviera con la mercadería dada por perdida cinco veces al año —murmuró el millonario, aunque más para sí mismo.

—Con mi experiencia puedo decirle que esto parece más complejo de lo que se vislumbra en la superficie, señor Langford, pero me limité a seguir la

indicación que me dio Cédric sobre la clase de información que usted buscaba —dijo el hacker.

—¿Los rastros que has encontrado, superficialmente, te darían un indicio de tráfico de drogas? —preguntó Dominic, porque tenía un mal presagio en todo esto.

—Mmm, una red de corrupción a gran escala, eso seguro, pero no me atrevería a marcar la naturaleza del negocio detrás. Drogas es lo más probable, aunque prefiero tener datos para darle una apreciación certera, señor Langford —replicó el hacker.

A Dominic le gustó la franqueza y forma directa de hablar del hombre. Prefería mil veces que le dijesen que no tenían una evidencia, en lugar de que se inventaran idioteces tan solo con el afán de impresionar o ganarse unos miles de libras extras.

—De acuerdo. ¿Puedes ahondar más en lo que había en Port Victoria y la razón de que haya sido el puerto de desvío? —preguntó soltando una exhalación.

—Claro. Me tomará un tiempo por la complejidad de llegar a los datos de comunicación en el puerto de las Islas Seychelles. En especial si datan de hace tantos años. Las más actualizadas, digamos quince años atrás, serán más rápidas —expresó.

—Apenas tengas los datos contáctame, ¿cuál es tu precio? —preguntó Dominic. El hombre le dijo el monto—. Tendrás el dinero completo el día de tu informe. Envíame el destino de pago por esta llamada y activa el enlace de mi correo.

—Por supuesto. —Hubo una pausa, mientras Dominic apartaba el teléfono de la oreja y deslizaba el dedo sobre la pantalla para enviar el pago—. Gracias. He recibido el dinero. Ha sido un gusto hacer negocios con usted. Lo contactaré pronto.

Dominic cerró la llamada y echó la cabeza hacia atrás.

Que el hacker le hubiera dicho que Nigel no tenía vínculos con la naviera, le parecía muy extraño. ¿Por qué se detuvieron las operaciones de Sterling cuando el otro político murió? Las coincidencias, una vez más, en los negocios no eran un factor que Dominic considerara válido. Eso lo llevó, inevitablemente, a pensar en la jodida fotografía, que vio en la oficina de Bruce, con el Game Boy en las escaleras de la casa de McCarran. Un mentor y un aprendiz tenían lazos de lealtad y agradecimiento. ¿Habría ido Jenk a prestar un teléfono a esa casa para que el chofer fuera a por él debido a la lluvia? ¿Habría conocido a Bruce? ¿O tan

solo Jenk se habría quedado en la entrada de esa casa guareciéndose de la lluvia y se dejó el Game Boy en las prisas?

No existían todavía las respuestas para esas interrogantes.

Necesitaba información. Dominic se pasó la mano por el rostro.

Se sentía agobiado de repente, porque no tenía el control sobre lo que pudiera encontrar ZeroGhost en la nueva pesquisa. Pero no existía una manera de que pudiera adelantar el proceso, pues el campo de trabajo de un hacker no era el suyo. Por otra parte, un aspecto que él no pudo dejar de lado fue pensar en Aurora. En un inicio, pensó que le daría igual si la mujer sufría o vivía en la perenne vergüenza cuando supiera el alcance de la corrupción de su padre. Sin embargo, ahora que la conocía mejor, en todo aspecto, no creía que mereciera lo que se avecinaba. Porque él estaba seguro de que el hacker hallaría datos reveladores en la nueva investigación.

Aunque, sin importar lo anterior, su decisión de acabar con la carrera política de Bruce había sido tomada tiempo atrás. El idiota creía que no existiría represalia por los desmadres que causó al sector textil y que, con solo bajar los aranceles, aumentar los subsidios y flexibilizar las exigencias medioambientales, estaría todo bien. Bruce dependía de la donación económica que Dominic estaba haciendo para sobrevivir políticamente. Pero esa fuente de dinero iba a acabarse, así como su carrera. Solo era cuestión de tiempo. El magnate no perdonaba la intromisión en sus negocios.

¿Cómo reaccionaría Aurora cuando todo lo que concebía como su historia familiar se viese rodeada de mierda? Dominic no tenía la más remota idea, pero tampoco iba a detenerse. Menos si lo que el hacker rastreaba, en los próximos días o semanas, resultaba más comprometedor que sobornos políticos y traición. Dominic tenía una brújula muy clara sobre la ética profesional. Él no incurría en la bajeza de estafar a otros, porque lo consideraba burdo. Lo que Dominic hacía era más inteligente y emocionante: trazar un mapa, analizar las debilidades e ir destruyendo sistemáticamente a aquellos que querían perjudicarlo o bien eran una competencia que estorbaba sus planes. Lo calificaban de cruel, pero él se consideraba determinado.

Dominic no haría especulaciones, así que esperaría al contacto del hacker.

Por ahora, él prefería enfocarse en todo el imperio que tenía bajo su mando y en la importancia de afianzar su estatus de CEO. Paradójicamente, la hija del hombre que había fastidiado sus negocios era la que brindaba a sus días una energía diferente, genuina y refrescante. Aurora estaba, sin saberlo, en la mitad

de un fuego cruzado. Lo peor no era solo que había sido víctima de las malas artes de Bruce, sino que, probablemente, volvería experimentar una debacle familiar a gran escala.

CAPÍTULO 17

Una anfitriona le dio la bienvenida a la sala de degustación, cuando él entró al espacio de vidrio y madera, y Dominic notó que los otros asistentes, que apenas eran seis, ya estaban sentados alrededor de la mesa. Uno de los detalles que le gustaba de este hotel era que cada huésped tenía su propio bungaló y el servicio era tan discreto que daba la impresión de que no había nadie alrededor. La privacidad era algo que él apreciaba.

La cata de vinos era una invitación para conocer, más en profundidad, lo que ofrecía la bodega Sartto. Esta sería la última actividad previa la partida al día siguiente a Inglaterra. Dominic se acomodó en uno de los asientos alrededor de la barra. Sobre la madera, en el puesto contiguo al suyo, estaba el nombre de Aurora, pero ella no estaba por ninguna parte. El *sommelier* ya estaba preparando el proceso de degustación.

De repente, la risa melodiosa y ligera, a la que Dominic se había habituado a escuchar, llegó desde la entrada. Aurora estaba diciéndole algo a la anfitriona y luego empezó a avanzar hacia él. Dominic no perdió de vista el andar de su esposa, el vaivén de las caderas a medida que ella caminaba y la forma leve en que el cabello se movía. Se había habituado a su aroma, suavidad e irreverencias. Pero también quería mantener la mente en serenidad. Esto con Aurora no siempre tenía el éxito esperado.

Finalmente, la belleza de ojos color miel llegó a su lado.

—Hola, lamento la demora —murmuró ella sentándose junto a Dominic.

—Creía que ibas a darte solo un masaje —dijo mirándola apreciativamente.

Ella lucía apetecible. Llevaba el cabello con estilo en capas ligeras que realzaban el volumen y la extensión. Se había aplicado unos reflejos en tono caramelo. No llevaba maquillaje. La blusa blanca se pegaba un poco a los pechos, marcando los generosos montículos. La falda roja y corta destacaba las piernas largas y torneadas. Pero era la expresión relajada del rostro y la sonrisa los que capturaban la atención.

—Esa era la idea inicial, pero me apeteció también hacer algo diferente con mi cabello, así que agregué una sesión con la estilista. Me hice unos retoques —sonrió relajada. Carlotta había sido una masajista perfecta y logró deshacer los nudos de tensión de sus hombros y espalda—. Me siento renovada. Uno nunca

sabe la falta que hace tener un instante a solas para consentirse —comentó—. ¿Qué tal fue tu tarde?

—Bastante complicada, pero nada fuera de mis asuntos regulares —replicó con simpleza—. Por cierto, a ti no te hacen falta retoques ni esas mierdas, Aurora.

—¿Es ese un halago? —preguntó bromeando, porque podía sentir la energía sexual tan vívida entre ellos. Dominic la devoraba con la mirada. Pero, aparte de ese hecho, también notaba que algo no estaba del todo bien con él—. Si es así, gracias.

—La verdad y un halago no suelen ser sinónimos, pero en tu caso es la excepción —dijo agarrando la primera copa que les entregó el *sommelier* a todos.

Aurora esbozó una sonrisa con la intención de replicar, pero el proceso de explicación del Merlot que tenía en la copa la interrumpió. Durante la siguiente hora decantaron cinco tipos de vino de la cosecha Sartto. Empezaron con un Sangiovese Joven, que era fresco y vibrante sin mucha crianza en barrica; siguieron con un Chianti Riserva, que era más envejecido y madurado en barricas de roble; continuaron con un Rosato Toscano, un vino rosado con aroma delicado de fresas y flores; le siguió un Super Tuscan Experimental, una mezcla de Sangiovese y Cabernet Sauvignon; y finalizaron el recorrido del paladar con un Vin Santo Sartto. Este era la estrella de la casa, y se trataba de un vino de postre, con notas de almendra, miel y frutas secas.

Al terminar el proceso, intercalado con maridajes deliciosos, se sirvió una cena más completa y el vino que los asistentes elegían para acompañarla era libre. Aurora conversó animadamente con los otros huéspedes y trataba de incluir a Dominic, aunque este tan solo intercambiaba las palabras que eran necesarias. Algo muy propio de él. El tiempo pasó muy rápido, entre copas y comida, hasta que Aurora sintió que estaba un poco achispada. En el punto ideal para estar desinhibid, pero en sus cinco sentidos. Al cabo de un rato, antes de la medianoche, ella consideró que era tiempo de irse. No sabía qué le pasaba a Dominic, pero su expresión se había vuelto más fría desde la primera copa. Parecía muy concentrado en algo que no era el presente.

Aurora no hizo ningún comentario al respecto y enfocó su conversación en las trivialidades propias de esta clase de pequeñas veladas. Después de despedirse de los otros huéspedes y abandonar la sala de degustación, ella y Dominic caminaron en silencio hasta el bungaló. Una vez que quedaron a solas, Aurora,

un poco envalentonada por el vino y también por la confianza que había recuperado en la intimidad, decidió hacer algo atrevido. Ella quería cambiar la primera impresión que tuvieron juntos en la casa de sus padres, largas semanas atrás, y girar la narrativa para convertirla en un recuerdo diferente. Esta vez sería con la certeza de la identidad del hombre que provocaba el deseo y que tenía la capacidad de aumentarlo y saciarlo.

Cuando abrieron la puerta, Aurora vio que Dominic se sentaba al borde de la cama para responder un mensaje que acababa de recibir. Ella tan solo se detuvo a varios pasos lejos de él, sin decir ninguna palabra, y empezó a quitarse los zapatos con lentitud. Después se sacó la blusa por la cabeza con suavidad y la lanzó sobre la cama. Eso instó a Dominic a apartar el teléfono y elevar la mirada. Ella le dedicó una sonrisa pícara, mientras deslizaba la falda hacia abajo y la empujaba a un lado con el pie. Se quedó en bragas y sujetador. Notaba ahora sí que tenía la plena atención de él.

—¿Un striptease, Aurora? —le preguntó Dominic en tono ronco al verla sonreír. Él prefería estar a solas, en especial con la conversación tan densa que había tenido con el hacker. Sin embargo, cuando ella estaba alrededor todo se volvía más ligero. Salvo por la pulsante tensión sexual que siempre los rodeaba, por supuesto.

—Solo sígueme el juego —se rio ella—. Creo que va a gustarte y así conseguiré que se borre esa expresión distante que has adoptado de repente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió absorbiendo las curvas femeninas—. Asumo que comprendes que no voy a quedarme quieto, ¿verdad? —preguntó con la intención de levantarse. Súbitamente, sus problemas, entraron en la lista menos interesante del día.

—Lo tengo asumido —replicó acercándose con una sonrisa sexy, llevándose las manos a la espalda para desabrochar el sujetador—. Así como también sé que, si te pido que no me toques, no lo harás. Porque puedes respetar mi voluntad, ¿verdad?

—Aunque sé que esta es una de tus irreverencias, sí que puedo respetar tu voluntad de que no te toque, hasta que me lo permitas —dijo con seriedad—. Eso no implica que vaya a dejarte jugar demasiado tiempo a lo que sea que tengas en mente.

Ella soltó una carcajada e hizo un asentimiento. Apreciaba que, a pesar de ser un hombre dominante, él estuviera dándole lo que ella necesitaba: tomar una

iniciativa que la antigua Aurora jamás habría elegido. Junto a Dominic, ella se sentía segura.

—Jugaremos, hasta que sienta que ha sido suficiente —sonrió Aurora.

—Ya veremos, Aurora —dijo él en tono profundo y una media sonrisa.

Dominic apretó los puños a los costados. Le costaba rehusarse, pero ella tenía razón. Aunque pudiera tomarla y reducirla a gemidos de lujuria, si Aurora no quería que la tocara y así se lo exigía, Dominic acataría la petición. Aún si, como en este caso, implicaba una tortura ante la imposibilidad de acariciar las curvas tentadoras.

—Solo cédeme un poquito de crédito —dijo ella haciéndole un guiño.

Ella reconocía que le gustaba verlo sonreír y que su risa, tan sexy y ahora libre de las notas amargas de los primeros días en que se conocieron, le daba un vistazo del verdadero Dominic. Sentía que él, paulatinamente, le compartía un poco de lo que era su verdadera esencia. Pero este hombre era más que un empaque magnífico y un cuerpo que la volvía loca cuando se fundía con el suyo. Dominic estimulaba su propia inteligencia con razonamientos lógicos y la facilidad que tenía de armar argumentos con rápida coherencia. Los hombres guapos atraían y los grandes amantes, cautivaban, pero si además tenían un cerebro como el de Dominic, resultaban devastadores.

Aurora quería que Dominic se divierta y por eso estaba tomando medidas al respecto. De hecho, le provocaba un cosquilleo especial cuando veía a Dominic reaccionar a sus ideas o gestos espontáneos, como la fuente en Milán, y sonreír cuando pretendía ser hostil. Quería que su esposo soltara la culpa que lo atormentaba. Mas no podría ayudarlo o comprenderlo si él no compartía los detalles de ese pasado. Nada de esto tenía que ver con el tiempo o condiciones del matrimonio. A ella empezaba a importarle de verdad la persona que estaba detrás de un cargo de CEO empresarial.

—Mi paciencia tiene un límite, no la tientes más allá de lo razonable —expresó mirando con lascivia la piel expuesta. La mujer debería traer un cartel de peligro.

Dominic jamás pensó que pudiera sentirse tan loco de deseo por alguien. A pesar de ello, no olvidaba el hecho de que romper por completo el dique de contención implicaría un gran riesgo. Pero, al ver la expresión de genuina seducción en ella y ese cuerpo curvilíneo, su parte más complaciente lo instaba a dejarse llevar.

—Ah, qué impaciente eres —comentó ella y dejó que los tirantes del

sujetador se deslizaran por sus hombros—. Hace un tiempo, me desnudé en una habitación a oscuras pensando en que encontraría a una persona —soltó el broche del sujetador, sin dejarlo caer, y sostuvo la prenda sobre los pechos para mantenerlos cubiertos—, pero no tenía idea que el placer, tal como lo conocía, iba a cambiar por completo.

—Aurora, ven aquí, carajo —dijo con voz gutural.

Ella hizo una negación con la cabeza. Llevaba bragas de seda beis y sabía que estaban mojadas. No en vano la mirada de Dominic, fija en su sexo, parecía acariciarla.

—Entonces, tú, cambiaste la percepción de mí misma y me llevaste a sentir la pasión de una manera que necesitaba —continuó con su reflexión en voz sugerente —. Así que hoy, Dominic, me desnudo para ti y por mí. Porque quiero el gozo que puedes darme, pero también saber que lo provoco en ti. Sé que estamos juntos por un propósito contractual, sin embargo, la química y la atracción no pueden fingirse.

—Aurora… —dijo entre dientes como si estuviera dolorido y lo estaba, cuando su erección se volvía muy dura cuando esta mujer lo provocaba o estaba a su alrededor. La franqueza en las palabras de ella, sin remilgos ni medias tintas, resultaba tan excitante como ver las curvas a punto de ser completamente expuestas ante él.

—¿Estoy en lo correcto? —preguntó apretándose los pechos con la tela de seda y echando la cabeza hacia atrás ligeramente, antes de volver la mirada hacia él.

—No puedes decir esa clase de cosas, agarrarte las tetas como quisiera hacerlo yo, con o sin ese maldito sujetador, y esperar que no me acerque a ti, joder —rezongó. Porque, además, Aurora estaba diciendo la verdad. La química de una noche no era posible fingirla, pero que esta se extendiera y mantuviera tantos días ya era peligroso.

Ella sonrió con coquetería y dio el siguiente paso en su improvisada rutina.

—Mmm, ¿tú crees? —susurró dejando los pechos al descubierto. El sujetador cayó sobre el suelo. La temperatura era fresca y los pezones se fruncieron más.

—Mierda —farfulló Dominic hambriento de ella—. ¿Estás achispada, Aurora? —preguntó al recordar de dónde venían. Estar sentado, quieto, no era agradable.

—Lo suficiente para estar relajada, sí, aunque no tanto para ignorar lo que

estoy haciendo a conciencia —susurró mirándolo a los ojos y caminando hacia él.

Cuando estuvo a pocos centímetros se inclinó hacia adelante y movió las caderas, al tiempo que bajaba las bragas poco a poco. Después, con toda la confianza que le era posible sentir, se incorporó totalmente desnuda frente a Dominic. Sonrió.

—Voy a contar hasta tres, Aurora —dijo entre dientes—. Si no te acercas…

Ella se rio con suavidad y apoyó ambas manos sobre los hombros masculinos. En esa postura le ofrecía sus tetas, así como la cercanía de su sexo depilado y mojado.

—Chupa mis pechos, Dom —susurró mirándolo—. Duro y suave a la vez…

Él no necesitó que le repitieran la petición. Agarró ambos montículos con glotonería y se llevó uno de ellos a la boca. Ella soltó un jadeo y cerró los ojos, mientras él devoraba esa parte que era tan sensible. Dominic la tocaba con reverencia sexual, aunque también con dureza e intensidad. No existían medias tintas con ese hombre en el gozo, sino solo acciones firmes, contundentes e imposibles de olvidar.

—Unas delicias —dijo él mordiéndole el pezón, mientras deslizaba una mano hasta el centro femenino. Le frotó el clítoris mojado y ella soltó un jadeo—. Mmm.

—Dom, quiero correrme contigo dentro de mí —jadeó perdida en las sensaciones. La boca de él trazaba calor y fuego sobre sus pechos; los dedos le estimulaban el clítoris y los labios en partes iguales. Él sabía cómo enloquecerla.

—Lo sé, Aurora —replicó con suficiencia, mamando los pechos. Ella gimió —. Ahora prefiero tenerte bajo mi cuerpo y comandar tu orgasmo a mi ritmo.

—Eso es presuntuoso. ¡Oh! —exclamó cuando él le mordió duro el pezón.

—Simplemente la verdad, Aurora —dijo sintiendo el pene a punto de explotar.

Dominic la sujetó de la cintura y la acomodó sobre el colchón. No quería que la ropa interrumpiera la posibilidad de sentir la piel de seda contra la suya. Se quitó los zapatos, las medias, la camisa, el pantalón y el bóxer. Lo excitó notar la mirada de apreciación de Aurora al fijarse en el grueso miembro vibrando contra su abdomen. La punta roma brillaba, claro que sí, con el líquido preseminal provocado por ella.

—Ven aquí, Dom —pidió en un susurro mirándolo—. Tómame…

—¿Quién da las órdenes, Aurora? —preguntó enarcando una ceja.

—Yo te hago creer que las das tú, pero es lo contrario —dijo con descaro.

Dominic soltó una carcajada y se agarró el miembro. Se acarició el pene de arriba abajo. Aumentó la fuerza cuando ella, sin ningún pudor, separó los muslos dándole un vistazo de la entrada rosácea, lubricada y lista para recibir sus acometidas.

Él la cubrió con su cuerpo, pero lo hizo besando desde el arco de los delicados pies, subiendo por las pantorrillas, los muslos y deteniéndose en el vértice que aún no había probado. El banquete delicioso, la antesala del postre, se transformaba en una experiencia que tiraba de cada nervio e impulsaba al orgasmo. Él se había restringido de probar el sexo de Aurora, porque sabía que bastaría saborear solo un poco de ella para borrar de un lengüetazo su resolución de no caer en esta indulgencia. Sin embargo, al verla tan deseosa y anhelante, las riendas de su autocontrol se aflojaron ligeramente. Él las sujetaba todavía, pero cada vez con menos rigidez desde Turquía.

—Dios, Aurora —dijo lamiéndola de arriba abajo—, tu sabor es ambrosía.

—Oh, Dom —gimió cuando él le sostuvo la cadera con una mano y extendía la otra para pellizcarle un pezón. La boca de Dominic, caliente y experta, se cernió alrededor del centro líquido y sensible como si fuese un hombre famélico al que acababan de presentarle un manjar, después de mucho tiempo de privaciones—. Sí…

—Acaricia tus tetas, Aurora —exigió y ella obedeció.

Dominic deslizó ambas palmas de las manos bajo las nalgas femeninas y le separó los glúteos. Le elevó un poco las caderas para acomodarla mejor en su boca. Lamió con intensidad el clítoris, jugueteando luego con los pliegues, abriéndolos y chupándolos. Su lengua se introdujo entre la humedad, recorriendo los secretos y devorando la carne; subió y bajo a lo largo de la abertura. Le mordió los costados de la ingle. Absorbió cada pequeña gota y succionaba con fuerza. Con los pulgares creaba círculos en los bajos de la ingle femenina. El resto de los dedos presionaba la carne del trasero. Continuó sus insistentes caricias eróticas, ante los jadeos de Aurora, y al cabo de un instante le introdujo dos dedos. Combinó su lengua con las penetraciones rápidas en el interior. Ella se apretó los pezones, elevó las caderas y gritó su nombre.

Él se bebió el néctar de Aurora y la continuó paladeando y penetrando, más suavemente esta vez, hasta que sintió que las contracciones del sexo se detenían. Poco a poco, al notarla respirar con menos agitación, Dominic continuó su

recorrido. Le lamió la piel del vientre bajo, el centro del abdomen, le mordisqueó las areolas rosáceas; y se detuvo un largo rato a chuparle los picos erectos que coronaban los sensuales montículos blancos. Apoyó ambas manos sobre el colchón para mirarla.

—Hey —susurró ella, aun jadeante y excitada—. Eso fue increíble, Dom… Creo que esta idea de desnudarme para ti ha sido estupenda. Tendré que repetirla.

Él esbozó una sonrisa y alineó su miembro en la entrada femenina.

—Hazlo… Hace muchos años no le hago sexo oral a una mujer —admitió Dominic de repente. Ella no quería escuchar sobre las experiencias pasadas de él y solo hizo un asentimiento breve—. Eres la primera, en años. Qué gozo ha sido sucumbir a devorarte el coño —dijo. Frotó el miembro a lo largo de la abertura, sin penetrarla. Ella elevó las caderas, pero Dominic no se deslizó dentro—. Delicioso.

—¿No te gusta hacer sexo oral…? —preguntó aún jadeante.

—Ninguna mujer merece algo así de mi parte —dijo y embistió sin ahondar en explicaciones que, ni él mismo, quería dar o analizar. Sí, Aurora era diferente a las demás, pero Dominic trataba de mantener la narrativa que era solo sexo—. Tu coño estrecho me aprieta tan bien, Aurora. Si no tuviera autocontrol ya me habría corrido en pocos segundos —dijo embistiendo de nuevo, como si estuviera castigándola por hacerlo sentir toda esta vorágine imparable de lujuria. Pero también, al penetrarla con dureza, la instaba a que se concentrara en sentir, en lugar de hacerle preguntas adicionales. Cuando ella arqueó la espalda con abandono, él afianzó sus acometidas.

—Pierde el control, Dominic —dijo entre gemidos, rodeándole la cadera con las piernas e instándolo, presionando los talones en las nalgas de él, a que se hundiera más—. Solo déjate ir y olvídate de toda lógica… Oh, más fuerte, Dom… Dios… Sí.

—¡Silencio, Aurora! —dijo apretándole el pecho con la mano, fuerte. Después le dio un azote firme en la vulva y ella gritó. Ambos seguían un ritmo frenético.

Continuaron moviéndose con el ímpetu que marcaba la carrera de un deseo crudo y que los guiaba hacia el precipicio. Un abismo al que Aurora y Dominic eran adictos, porque al lanzarse recibían una recompensa en espasmos orgásmicos que cubrían cada terminación nerviosa. Él se inclinó para succionar los pezones y lamerle los alrededores de las areolas. A medida que las

respiraciones se entrecortaban, los sentidos se agudizaban en máxima alerta y sus pulsos erráticos se fusionaban con la velocidad creciente que estaba a punto de impulsarlos a un punto sin retorno. Dominic penetró firmemente el coño apretado. Ella le clavó las uñas en los hombros.

—Mandón… Arrogante… —dijo elevando los brazos y enterrando los dedos entre los cabellos, halándolos con fuerza, aferrada a él. No sabía en dónde empezaba y terminaba el otro—. Oh… Por Dios, La forma en que me llenas… —jadeó.

—Aurora eres… Joder… —dijo en un gruñido mirándola un instante, abandonado a este paraíso que no merecía, pero que, de todas formas, saqueaba con inesperado delirio. Él estaba a punto de correrse. Apartó la mirada de ella y se inclinó para mordisquearle la oreja, mientras un gemido profundo brotaba de su garganta.

Ella lo retuvo en su interior, abrazándolo y manteniéndolo pegado a su cuerpo. Lo sostuvo impidiéndole salir de su cuerpo. Le acarició la espalda con las uñas, mientras sus piernas continuaban enroscadas suavemente a las caderas masculinas.

—¿Por qué tienes rechazo a hacer una conexión conmigo…? —preguntó acariciándole el cabello de la nuca, mientras él procuraba no aplastarla con su peso.

Las respiraciones de ambos eran inconsistentes, pero empezaron a ralentizarse paulatinamente. Durante un rato, Dominic permaneció en silencio ante la pregunta. Sentirla aferrada a él, tan firme, era algo que jamás le había permitido a nadie. Ni siquiera a la mujer que lo había abandonado por razones egoístas. Ahora, al sentir su cuerpo y el de Aurora envueltos en una pátina de sudor, piel con piel, se alegraba.

Le había dicho a Aurora la verdad: ninguna otra había merecido esta clase de placer de su parte. Quedaba implícito en el aire que ella sí marcaba una diferencia. ¿Cómo seguir reprimiendo sus ganas de probarla, después de la forma sensual y entregada en que se había ofrecido a él esta noche? Imposible. Aurora era una guerrera con demasiado optimismo a cuestas y un cuerpo por el que, en tiempos de Espartaco, habrían incendiado más ciudades que solo ciudades enteras por tocar un poco de ella.

Dominic comprendía que Aurora le acababa de demostrar que confiaba en él. Este gesto erótico y espontáneo era un testimonio de que ella había logrado anular las inseguridades de su pasado. Él lo entendía desde esa perspectiva y no

podía hacer otra cosa que respetarla más. La valentía era más erótica que su curvilíneo cuerpo desnudo.

—Dom, ¿por qué? —insistió en tono suave, desconcertada y curiosa.

Él cesó sus reflexiones y enfocó su atención en Aurora.

—Está relacionado con mi pasado y no es contigo en términos personales, Aurora, va mucho más allá de eso —reconoció Dominic apartándose y saliendo de ella, no sin antes darle un beso en cuello—. Hay circunstancias que marcan a fondo.

Ella lo vio agarrar el bóxer y ponérselo; después el pantalón. Aurora se cubrió con la sábana en silencio. Él no intentó, como en otras ocasiones, quitarle la prenda insistiendo en que era una aberración que cubriera sus curvas cuando estaba a su lado. Notó que Dominic estaba más relajado, sí, pero también había regresado a la expresión pensativa y algo distante de hacía un rato. Ella quería saber la razón detrás.

—Pero también hay un momento en que debes quitarles el poder, Dominic —dijo con suavidad—. Porque de lo contrario serás dominado por una sombra, en lugar de seguir tus propios pasos sin importar lo que fuiste o lo que aquello que ya fue…

Él la observó, mientras consideraba qué podría o no compartir con Aurora. O si acaso era el momento de preguntarle qué impresión tenía ella de Nigel McCarran. Dominic no podía quitarse de la cabeza que ese hombre fue más que solo el mentor de Bruce. Los políticos nunca tenían un historial de carrera impoluta, porque en las ollas del poder siempre se cocían tratos multimillonarios que tentaban la ambición.

—El dolor y las cicatrices en cada persona crean un impacto diferente, en especial según las circunstancias involucradas. Hay sombras que se desvanecen por voluntad y otras que no se marchan, hasta que existan respuestas o explicaciones —expresó cruzándose de brazos. Vio que Aurora agarraba un Kléenex y se limpiaba bajo la sábana con delicadeza. Él se acercó, removió la tela, y ella lo dejó hacer sin dejar de mirarlo. Con suavidad, Dominic le separó los muslos y terminó de limpiar la mezcla de sus fluidos. Después lanzó el papel en el cesto de basura de la esquina.

—Dominic no necesitas limpiarme cada vez que…

—Me gusta ver cómo sale de tu coño la mezcla del placer de ambos, pero también me complace frotarte el sexo y limpiarlo, ¿tienes algún problema con eso?

—No —murmuró meneando la cabeza—. Pero será lo que yo quiera permitir.

—Siempre. Ahora, este tema de cuidar de ti está zanjado. ¿No? —preguntó.

—Supongo que sí —replicó. Él hizo un asentimiento apartándose.

—Dom —dijo ella con suavidad agarrándolo de la mano. Él la miró, pero no intentó soltarse—. Espera. ¿Estas sombras tienen un rastro que puedas seguir para despejarlas? ¿Existe alguna manera de que puedas ser libre de ellas…?

Dominic le acarició el interior de la muñeca con el pulgar. Lentamente.

—No soy solo yo, Aurora, mis padres también llevan la misma cruz a cuestas —replicó mirándola y soltándose. Ella no insistió en volver a tocarlo—. La diferencia está en que ellos no son culpables de lo ocurrido. Yo, en cambio, arruiné a mi familia.

Aurora tragó saliva y sintió pesar, porque sabía que se trataba de Jenk. Quería saber lo que habría ocurrido y por qué Dominic seguía permitiendo que un evento hubiera definido el resto de su forma de mirar el mundo. No le parecía justo para él.

—Siento mucho eso —dijo con suavidad—. Pero ¿cuánto tiempo más vas a llevar esa culpa a cuestas? —preguntó—. Sé que no confías en nadie. Sin embargo, tengo firmado un contrato de confidencialidad. Puedes decirme lo que ocurrió para que hubieras convertido tu vida en una metódica sesión existencial, en lugar de vibrar según la emoción de solo estar y las sorpresas que nos trae el destino continuamente.

Él se rio con amargura. Ella, en su burbuja optimista y colorida, creía que todo era simple. Dominic se pasó los dedos entre los cabellos y se dirigió hasta la puerta.

—No quiero enturbiar lo que acababa de suceder contigo hablando de esta clase de eventos, Aurora —expresó con franqueza, mientras se ponía la camisa con rapidez—. Aparte necesito comprobar ciertas teorías y hallar más datos importantes.

—Dom…—susurró al ver la expresión atormentada en él. Hubiera deseado abrazarlo, pero Dominic tenía orgullo y eso incluía no recibir consuelo. Aunque, más que orgullo, Aurora lo consideraba tozuda idiotez. Pero tenía que respetar la voluntad de cada uno—. ¿Me hablarás sobre ese episodio? Así podría entenderte mejor…

—No lo sé, Aurora —replicó con sinceridad y se calzó—. Voy a caminar.

—Quizá puedas considerarme una aliada en medio de esa búsqueda.

Él la observó varios segundos y luego hizo un asentimiento breve.

—Gracias por la oferta, Aurora —dijo con amabilidad.

Una vez que la puerta del bungaló se cerró, ella soltó una exhalación.

Había sido una sesión de sexo maravillosa, por supuesto, pero también agridulce, porque él continuaba evadiendo mirarla al llegar al orgasmo. Que le hubiera hecho sexo oral, diciéndole que era la única en un largo tiempo, la hizo sentir especial. Pero no probar sus besos, la mataba. Podía disfrutar lo que ahora tenían juntos, lo que sea que estuvieran creando y que se salía del guion original, aunque esperaba que él dejara caer del todo su armadura. Esta noche había sido especial en muchas maneras. Sin embargo, también existía en Aurora pesar por los fantasmas de Domnic.

Nadie merecía llevar a cuestas una culpa, en especial la incertidumbre. No podía ser de ayuda si no conocía el panorama completo. Solo le quedaba ser paciente y dejar que, cuando él estuviera listo, si acaso lo estaba algún día, se sincerara con ella. Dominic no era ningún príncipe encantado, pero Aurora encontraba la brutalidad de sus frases directas mucho más atractivas que las palabras zalameras y falsas de otros.



A la mañana siguiente, Aurora contempló la figura de Dominic a su lado. Se desenredó de su cuerpo, que estaba abrazado por él, y fue hasta el cuarto de baño. Regresar a Inglaterra implicaría retomar la rutina. Esperaba que no retrocedieran los avances, mínimo o medianos, que habían creado durante este largo viaje internacional fuera de casa. Les quedaban algunos eventos, cenas y paseos programados por atender. Gran parte de esas actividades estaban organizadas por Osmos Thiel, porque el trabajo del hombre era afianzar la imagen de Dominic como CEO. Que estuviera casado con una socialité, que compartía el prestigio de un apellido reconocido, era un gran plus.

Aurora perdió la sonrisa cuando se dio cuenta de que le acababa de llegar el período. Mentiría al decir, ahora al menos, que tener un hijo con Dominic no le hacía ilusión. Pero también tenía emociones contradictorias, porque embarazarse implicaba que él dejaría de tocarla y que la conexión, que sabía que era real, se perdería. Por otra parte, ignoraba si él se sentiría decepcionado. Le parecía ridículo pensar que estaba fallándole, porque su cuerpo no era una máquina de procreación. Soltó un suspiro. Detestó esta súbita inseguridad y ridículo

pensamiento. Se maquilló y se vistió rápido.

Cuando salió del baño, Dominic estaba en bóxer hablando por teléfono y ladrando órdenes en tono firme. Lucía, para ella, guapo y viril como siempre. La noche anterior, después de que fuese a caminar o a pasear por el viñedo, ella se quedó dormida y no supo la hora a la que regresó. Pero su cuerpo, ya habituado al calor de Dominic, pareció reconocer el momento exacto en el que se acostó a dormir. Si no haber sido así, ella no hubiera amanecido en la postura que era ya familiar y cómoda: rodeada del brazo de Dominic, y ella apoyando la mano en el pectoral masculino.

—Buenos días, Aurora —dijo él cuando cerró la llamada—. ¿Lista para irnos? Yo me daré una ducha rápida y el personal del hotel llevará todo al coche.

—Dom…. —murmuró—. Hay algo que debes saber.

Él frunció el ceño, acercándose. Con un dedo bajo el mentón le elevó el rostro.

—¿Te hizo daño algo de comer como me ocurrió a mí? —preguntó.

Esta clase de gestos eran los que descolocaban a Aurora, porque sabía que Dominic era mucho más de lo que pensó en un inicio. Eso le causaba un cosquilleo de excitación y también inquietud, porque no tenía idea de cómo frenar esta atracción que parecía ir afianzando raíces en ella. Expandiéndose sin retorno. Pero su naturaleza le impedía actuar de un modo cínico, en especial cuando Dominic no actuaba como un cretino. Su impresión inicial de él, comparada con la versión actual, era diferente.

—No, pero sé que esta noticia no va a gustarte —dijo mirándolo.

Él ladeó la cabeza, estudiándola un instante.

—¿Eres una lectora de mentes, Aurora? —preguntó con sarcasmo.

Ella soltó una carcajada e hizo una negación.

—No, pero sé que el modo para que tu padre no divida la compañía es que tengas un heredero —dijo mirándolo—. Dom, hoy me acaba de llegar el período.

Dominic sonrió de medio lado. Después de salir a caminar, al menos durante una hora, ensimismado y perdido entre los aromas del viñedo, su mente se calmó.

Quería hablar con Aurora para saber si conoció cómo era la relación de Nigel con Bruce o si acaso ella, personalmente, podría darle un vistazo del personaje. No sabía cómo plantearle lo de Jenk, porque los detalles eran complicados de revivir para él. Esperaría al momento o las circunstancias precisas para sacar a

colación cada uno de esos temas. Aurora no podía estar en la oscuridad al respecto. Al fin y al cabo, él no solo buscaba tener un hijo, sino que la eligió, específicamente a ella, porque podría ser la fuente de información de referencia sobre la vida y entorno de Bruce.

—¿Es así? —preguntó soltándola.

—Mmm, sí —susurró.

—Eso significa —dijo acariciándole los pechos sobre la blusa—, que tendremos que esforzarnos más en estas faenas tan personales, ¿no te parece?

Ella soltó una carcajada.

—Veremos, Dom…—replicó con suavidad en un tono pícaro.

Él se apartó a regañadientes, porque tenían que ir al aeropuerto.



¿Qué los esperaba en Londres? Un desastre, claro. Apenas el avión aterrizó en la pista de Gatwick, el gerente de operaciones de la planta de LangTex llamó para informar que había un incendio en uno de los almacenes de embalaje y etiquetado. No se reportaban fallecidos, pero sí algunos empleados con quemaduras de primer grado. Todos, gracias al excelente seguro médico de la compañía, estaban recibiendo las atenciones necesarias en un hospital privado. El incendio, al parecer, no había sido tan devastador, aunque sí retrasaría las operaciones en el calendario semanal regular.

—De regreso al caos usual —dijo Dominic al cerrar la llamada—. Procura no crear uno de los tuyos en casa, Aurora —le mordió el labio inferior—. Quiero que te traslades a la máster suite cuando vuelva a casa —expresó. El chofer aparcó en los exteriores de la fábrica, en las afueras de Londres. Los bomberos ya estaban presentes.

Ella lo quedó mirando con una ceja enarcada por el tono autoritario. Aurora podía disfrutar que él fuese mandón en la cama; la excitaba y le gustaba; pero también existía un punto que consideraba importante establecer. Sabía que él no lo hacía desde un punto de menosprecio o por creerse superior a ella, sino porque era su naturaleza.

—Te recuerdo que no recibo órdenes, Dominic —replicó con altivez—. Así que empieza a considerar que en ciertos ámbitos tus dictámenes pueden enfadarme.

Él se inclinó, hasta quedar cerca de esa boca pecaminosa. Mordisquear los labios de Aurora era placentero, aunque no suficiente. Sin embargo, incurrir en la locura de besarla era el último punto de su resistencia que no planeaba dejar escapar.

—¿Es así en este momento? —preguntó con una media sonrisa.

—Solo establezco un punto importante —murmuró absorta en él.

Dominic le haló el labio inferior con firmeza y ella le devolvió el mordisco. Se quedaron mirando breves segundos en los que un trueno de ansia carnal los atravesó.

—Te gusta correrte con mi lengua y con mi pene anclado en ti, ¿verdad?

—No lo he decidido todavía —farfulló mirando por si el chofer los escuchaba. Pero no era posible, porque el compartimento que les daba privacidad estaba activo.

Él le subió la falda y dejó su dedo sobre el sexo cubierto por las bragas.

—Dom…

—¿Qué tal ahora? —preguntó utilizando la otra mano y apretando un pezón sobre la tela de la blusa de seda—. Mira nada más, tus tetas parecen más elocuentes que tu propia boca, Aurora. Estos pezones, tan ricos y duros, seguro pugnan por mi boca para que los chupe y los haga fruncir —dijo y paró las caricias a propósito.

—Hey, ¿por qué te detienes? —gimió en un tono de protesta cuando los dedos de Dominic dejaron de juguetear con sus pechos que, a pesar de estar cubiertos, respondían con vergonzosa facilidad a los toques de este hombre—. Eres detestable.

Él esbozó una sonrisa pretenciosa. No tenía tiempo para quedarse estos segundos adicionales con Aurora, pero tocarla y verla reaccionar era muy estimulante.

—No respondiste con certeza, entonces no puedo acariciarte si careces de ella —dijo en tono sensual y profundo—. Depende de ti lo que ocurra a continuación.

Aurora tragó saliva. Su respiración era agitada.

—Sí, me gusta correrme de cualquier forma que implique tu cuerpo en el mío.

Él soltó una carcajada gutural por el tono de necesidad que escuchó en ella.

—Aurora, qué importante es tener certezas, ¿no te parece? —dijo mirándola, al tiempo que apartaba la tela de las bragas y frotaba el clítoris con tortuosa

suavidad.

—Dominic —expresó abriendo de par en par los ojos—, tengo el período.

Él le dio un golpecito en los labios íntimos. Húmedos por varias razones.

—¿Te incomoda que te toque en estos días? —preguntó mirándola, pero no hundía sus dedos, sino que jugueteaba con los labios, dando toques suaves y certeros.

—Oh, Dominic —susurró con las mejillas sonrojadas. No podía explicar la excitación alocada de su cuerpo—. Jamás me han tocado o he tenido sexo cuando estoy en esos días del mes —dijo extendiendo la mano para agarrar una servilleta.

—¿Eso significa que te disgusta? —preguntó haciendo círculos en el clítoris.

Aurora no tenía una respuesta en concreto al respecto. No era algo que alguna vez se hubiera planteado. Además, que él siguiera tocándola, la desconcentraba.

—No lo sé —susurró—, pero preferiría que por ahora no lo hicieras…

—Si alguna vez tienes una postura en firme al respecto, quiero saberla, Aurora —dijo apartando por completo la mano—. A mí no me molestaría seguirte masturbando o follarte con el período, hasta que te corras y tu sexo palpite saciado.

Ella, sonrojada aún, le limpió el dedo con la servilleta rápidamente. Como si quisiera borrar el hecho de que esta situación tan inusual hubiera tenido lugar.

—No tengo esa clase de experiencias, Dominic, no soy tan versada en…

—Jamás he tenido sexo con una mujer en esas condiciones —interrumpió él, mientras Aurora enrollaba la servilleta sucia en otra y la dejaba a un costado—. Pero la forma en que aprietas mi sexo cuando te corres será placentero de cualquier modo.

Ella tragó saliva y meneó la cabeza, ruborizada e incrédula, por la crudeza.

—Las cosas que dices —comentó—. Estos no son días fértiles, Dom.

—Con más razón, Aurora, podré controlar el tiempo de mejor forma si te trasladas a mi suite —dijo Dominic. A él no le apetecía hacer una auditoría de sus reacciones a esta mujer—. Cuando hayas pasado este período, sí, voy a follarte, hasta que tengas el sexo inflamado y marcado por mí. Hasta que caminar te provoque un dolor placentero y quieras repetirlo; hasta que mi semilla eche raíces en tu cuerpo.

Aurora abrió y cerró la boca. Lo observó unos instantes. Quería conocer el trasfondo de la petición de Dominic y que dio paso a este diálogo rápido y crudo.

—¿Por qué cambiaste de parecer sobre tener habitaciones separadas…? —preguntó ella en un susurro. Al escucharla, el brillo carnal y fiero en la mirada de Dominic se desvaneció para dar paso a una tormenta que parecía reflejar un súbito conflicto consigo mismo—. Desde un inicio fuiste tajante conmigo sobre este tema.

En el exterior acababa de llegar también la policía. Los empleados estaban alrededor, agitados y preocupados, así como los gerentes que trabajaban en esas oficinas. Un caos. La planta de LangTex quedaba en la zona industrial, Park Royal.

—Porque es la manera más eficiente de intentar tener un hijo juntos —replicó sin mirarla a los ojos—. Que estés en otra habitación solo será una pérdida de tiempo.

Aurora, al notar el pánico sutil en la mirada de Dominic, ante la posibilidad de admitir que le gustaba la cercanía de ella, tan solo esbozó una sonrisa. Asintió.

—Ah, entonces es un asunto estratégico, ¿verdad? —preguntó Aurora.

Dominic hizo un asentimiento. Aliviado de no tener que darse un puñetazo a sí mismo por haber planteado esa posibilidad. La verdad era que prefería saber que Aurora estaba en su cama. Follaran o no. Ese, y no el incendio, sí era un problema.

—Ciertamente, me alegro de que esté claro —dijo—. Te veo pronto, Aurora.

CAPÍTULO 18

Debido al incendio, las horas de trabajo de Dominic se volvieron más extensas durante los siguientes días. Los peritos habían determinado que la causa del incidente fue un error humano, pues dos empleados se saltaron los protocolos de seguridad. Ambos fueron despedidos al instante. Por otra parte, los procesos de construcción de la nueva planta textil estaban desarrollándose bajo los parámetros previstos. Aunque se esperaba que el proceso pudiera concluirse en menos de diez meses, los factores climáticos, los suministros de materiales y la estabilidad geológica podrían afectarlo.

Dominic no solo tuvo que resolver los problemas de LangTex, sino también hubo una reunión de urgencia con los gerentes de LangCosmetics. Un lote defectuoso de labiales había causado reacciones alérgicas que varias clientas reportaron y hubo que realizar el retiro de la mercadería afectada. Esto representó una pesadilla logística, así como legal. Los abogados tuvieron que lidiar con las demandas. El departamento de relaciones públicas tuvo que manejar la mala prensa que salpicó a la compañía. Fueron jornadas largas, llenas de reuniones, decisiones, trato con autoridades, peritajes y viajes de Dominic a regiones cercanas a Londres que duraban todo un día.

Al llegar a casa, cada noche, él encontraba dormida a Aurora en su cama. Desde Estambul se había habituado a que estuviera cerca. La primera noche, después del incendio, cuando regresó casi a las tres de la madrugada, Dominic había observado en silencio la figura femenina que reposaba con placidez. Verla en ese espacio, que él jamás compartía con nadie, le pareció natural. Nada le había resultado más confortable esa madrugada que acostarse sosteniendo a Aurora contra su cuerpo. Ella, adormilada, al sentirlo hundiendo el colchón, se acercó por instinto y se acomodó entre sus brazos.

Durante esos días, en los que ambos tenían agendas estrechas, la tensión sexual no había hecho más que aumentar. Pero la situación también creó el ambiente propicio para interactuar más en otros momentos ajenos al placer, como la hora del desayuno. Ellos, en lugar de evitarse como había sido en un inicio, se enzarzaban en conversaciones de temas diferentes. Ella descubrió que a él le gustaba leer todo lo vinculado a la astronomía y la física cuántica. Aunque ya sabía que el hombre era prácticamente un genio, al escucharlo hablar, ella lo observaba con una mezcla de admiración y también atracción desde un punto de

vista intelectual. El humor de su esposo continuaba siendo sarcástico, pero Aurora disfrutaba las idioteces que a veces salían de él. Dominic, en cambio, descubrió que ella había estudiado caligrafía. La mujer solía tener, ocasionalmente, encargos para escribir postales especiales. Cuando él le preguntó por qué no hizo las invitaciones del matrimonio, Aurora le respondió que no había sentido la confianza porque él quiso controlar todo durante ese tiempo.

Pero eran los pequeños gestos con el otro, sencillos y casi imperceptibles, los que empezaban a crear un lazo que se volvía más sólido cada vez. Lo anterior, sumado al contacto sexual, una vez que el cuerpo de Aurora estuvo listo de nuevo para intentar embarazarse, había transformado la relación en algo más que un matrimonio de conveniencia. Dominic sabía que a ella le gustaban las frambuesas y arándanos, así que había ordenado a Kery que en la casa no faltaran. Él era alérgico a los pelos de los perros y gatos, pero Aurora había encontrado una noche en la calle, después de cenar con Cédric y Brenda, un gatito mal herido y decidió curarlo en la casa, antes de enviarlo al refugio. Dominic, en lugar de agarrar al peludo y mandarlo con viento fresco, se tomó un antialérgico, hasta que Aurora se llevó al animal a Cute Paws. Él también sabía que ella solía pasar largas horas de pie o haciendo trabajo físico, atendiendo animales de diferentes pesos y tamaños, y que terminaba el día dolorida.

—Puedes ir los días que lo necesites —había dicho él a modo de explicación, al entregarle una tarjeta de titanio que mezclaba el dorado y el negro—. Úsala.

—The Bulgari Spa —había leído Aurora sonriendo—. ¿Cómo así, Dom?

—Para que dejes de quejarte de tus dolores de espalda. La última ocasión en que lo hiciste y me pediste que te diera un masaje en los hombros opté por follarte. Aunque alivié el dolor de tu sexo, la espalda continuó incomodándote —había dicho en tono serio y con su habitual crudeza—. En ese SPA no confundirán las tareas.

Aurora había soltado una carcajada y luego le rodeó la cintura con los brazos de forma espontánea, elevando la mirada. Dominic, por supuesto, había permanecido serio, aunque su cuerpo hubiera reaccionado de inmediato a la cercanía femenina.

—Esto es muy considerado de tu parte —había murmurado ella, mirándolo.

Dominic había hecho tan solo un breve asentimiento.

—He indicado que tu terapeuta sea siempre una mujer y que debe tener suficiente fuerza para que no tengas la ocurrencia de pedir un terapeuta

masculino —había dicho mirándola con severidad—. Espero que lo hayas entendido bien, Aurora.

Ella había extendido la mano para delinear la boca masculina. Le gustaban los cambios que había empezado a notar en él, así como los detalles y que, tal como con esta tarjeta del SPA, parecía incómodo porque este matrimonio no era igual que antes.

—¿Finalmente vas a admitir que eres celoso? —había preguntado sonriendo.

—Te he dicho que se llama territorialidad. Nadie va a tocar lo que me pertenece, ni terapéuticamente ni de ningún otro modo. Creía que lo había dejado claro tiempo atrás, pero si no ha sido así, entonces vas a llegar tarde a Cute Paws.

Aurora había borrado la sonrisa del rostro mirándolo con sinceridad.

—Los gestos que tienes son muy considerados —había dicho—. Gracias…

Él no había respondido. No se le daba bien hacer esta clase de cosas por otras personas, pero sentía que si alguien merecía que la consintieran era esta mujer. ¿Por qué carajos pensaba de ese modo? Dominic no tenía ni la más puñetera idea. La simple posibilidad de hacer análisis al respecto lo hacía sudar frío, así que prefería ignorarla.

Pero Aurora también tenía gestos con él. Esto no era una rareza, por supuesto, pues formaba parte de su carácter y personalidad. Además, ella había logrado darle el toque cálido y hogareño que buscó desde un inicio a la mansión de Dominic. En cada parte existía un trocito de ella: las tazas que compraba, los snacks que le gustaban, las toallas de colores, las marcas de champú, los rastros de sus novelas policíacas que dejaba por doquier y a medio leer en algún rincón de la mansión, sus refrescos favoritos, las velas aromáticas que encendía en el lobby o algún otro detalle. Ya no sentía que vivía en un hogar que no le pertenecía, sino que ahora también era suyo.

Ella era consciente de que Dominic llegaba agotado de la oficina o a causa de los viajes súbitos en las afueras de Londres, pero, a pesar de eso, él iba al despacho de la casa para anticipar trabajo. Sin preguntar, ella entraba con suavidad y se sentaba con el ordenador frente a él. Mientras Dominic hacía llamadas o revisaba asuntos de la compañía, Aurora buscaba proveedores de suplementos médicos, perfiles de veterinarios, posibilidad de decoraciones, barajaba nombres y vetaba propiedades para su clínica. Antes de subir a la habitación, una vez concluidos esos largos instantes de trabajo en casa, el estudio se convertía en la antesala de una noche de tórridas caricias.

Pero en otros aspectos, los que no tenían nada que ver con el trabajo o con temas que Dominic no consideraba importantes, él aún se resistía a ceder por completo. Se trataba de aquellas actividades que la colorida imaginación de Aurora consideraba como diversión. Ante la falta de un argumento de peso, porque no existía uno que hubiera resultado creíble, Dominic había aceptado la idea de ir a una pista de hielo. Se había tratado de Queens Ice and Bowl, un sitio que abría todo el año. Como detestaba rodearse de extraños, le ordenó a Selma que reservara el lugar solo para él.

Aquella tarde de domingo, Dominic había recordado lo que hacía mucho tiempo permanecía oxidado en sus recuerdos: divertirse y estar en un ambiente en el que no requería autocontrol. El entusiasmo de Aurora le había parecido difícil de aplacar, porque la mujer era tozuda cuando se le metía una idea en la cabeza. La candidez y espontaneidad en ella empezaban a filtrarse en las defensas de Dominic, exponiéndolo a la peligrosa situación de abrir el abanico que él tenía marcado en escala de grises y empezar a considerar la posibilidad de agregar nuevos colores. Lo anterior también significaba dejar la severidad con la que se autoflagelaba por el pasado. Pero todavía quedaban algunos puntos por resolver. Solo cuando eso ocurriera sería libre.

—El hielo solo fluye. Para que puedas disfrutar tienes que dejarte ir —le había dicho Aurora riéndose cuando él estuvo a punto de darse de bruces—. Mantener el equilibrio es importante, pero la rigidez te dejará en el mismo punto de la pista el resto de la tarde. ¿Es eso lo que quieres? —había preguntado—. Venga, intenta relajarte.

Él había observado a la mujer con un ardor que hubiera derretido el hielo de la pista. Pero para actuar en consecuencia, tocarla y sentirla cerca, no podía alcanzarla patinando. Porque él no era un patinador experto, y ella sí tenía más fluidez. Cuando Dominic avanzaba, cabreado, Aurora se alejaba patinando con una sonrisa pícara.

La muy astuta lo había embaucado diciéndole que quería aprender a patinar y que se iría sola, con Kitty y unos amigos, si él optaba por no acompañarla. Como Dominic no tenía la intención de que un jodido amigo pudiera sostenerla, si ella se caía, había optado por contratar a una instructora. No a cualquiera, sino a una medallista olímpica. Al final, Dominic se había dado cuenta de que todo fue una mentira de Aurora para instarlo, una vez más, a salir de su zona de confort. La medallista se había marchado, con una sonrisa, y también con una paga muy generosa.

—Aurora, esta mierda no me gusta en absoluto —había dicho entre dientes. Se había sentido como un estúpido, con esos jodidos patines, al no ser capaz de dominar con precisión sus movimientos—. ¿Por qué demonios querías venir?

Ella se había reído, mientras hacía unas piruetas. Después patinó hacia él.

—Me gustaría que dejes de lado esa constante creencia de que tienes que ser perfecto y controlado —había susurrado extendiendo la mano y posándola sobre la mejilla helada—. ¿Vas a negar que la estás pasando bien y que puedes divertirte?

—Los CEO no tenemos tiempo para divertirnos, Aurora —había dicho, mientras una inevitable sonrisa afloraba en su rostro. Él había notado que, a pesar de que seguía manteniendo su estoicismo ante otros, con Aurora sus sonrisas afloraban cada vez con menos dificultad. Lo anterior no había formado parte de su repertorio de respuestas ante otras personas, salvo por su círculo más personal de allegados.

—¿Es así? —había preguntado tomándolo de ambas manos—. Pues, ¿qué crees? A mí también me gusta controlar otros aspectos, al menos en un modo figurativo, y hoy estoy a cargo de la diversión. —Dominic había soltado un improperio cuando ella lo empezó a llevar por la pista a toda velocidad. Ella patinaba de retro—. He logrado sacarte de los confines de tu cueva laboral, así como también lo hice el otro día en que Cédric, Brenda y Candace fueron a la casa para un *brunch*.

Aurora había notado cómo Dominic, esa vez, disfrutó de la conversación con los Gallore, aunque no había perdido el toque sarcástico de su humor. Sin embargo, fue la interacción de él con Candace la que había conmovido a Aurora, porque tuvo un vistazo y confirmación de que ese hombre, hostil en apariencia, en realidad era un protector innato. Eso le había dado la certeza de que, sin importar lo que ocurriera entre ambos, el bebé que pudieran concebir estaría respaldado por Dominic. Siempre.

—¿Responsable de la diversión? —había preguntado enarcando una ceja y en un tono irónico—. No te encargué semejante tarea, Aurora. Este asunto es ridículo.

—Claro que no. Además, tú no me das órdenes y hoy estás a mi merced —había replicado, mientras, poco a poco, dejó de luchar inútilmente por retomar las riendas de algo que era imposible para alguien que jamás había patinado sobre hielo.

—¿Eso es lo que crees? Porque estás equivocada —había expresado Dominic.

—Ah, Dom, el que siempre quiere tener la razón. Por cierto, me gustaría saber algo, ¿están las cámaras de seguridad apagadas? —había preguntado ella de repente.

—Sí, ¿ocurre algo? —había fruncido el ceño mirando alrededor—. La privacidad es importante y siempre puede haber algún idiota tratando de robar los vídeos de seguridad, en especial si eres la hija de un político que aspira a ser alcalde.

—¿Qué me dices de los guardaespaldas, Dom?

—No entiendo cuál es tu punto —había replicado acercándose.

—¿Te importaría si me vieran desnuda? —había preguntado de repente, en actitud traviesa, mientras empezaba a quitarse el gorrito de frío, los guantes y el abrigo.

—Aurora…

—No respondiste —había dicho sonriendo, al verlo apretando los labios.

Dominic había agarrado el móvil y exigido que las premisas de la pista quedaran vacías en tres minutos o iba a despedir a todos los guardaespaldas.

—¿Estás tratando de matarte de una pulmonía? —había preguntado cuando la vio sacarse la blusa y después el sujetador. Los pechos quedaron libres; los pezones fruncidos por el frío y muy duros. Pero ella no había acabado, pues se acercó a él.

—Claro que no, porque sé que alguien puede calentarme perfectamente. Además, tú dices que te gustan mis pechos y chupar mis pezones, lamerlos… ¿Verdad, Dom? —había preguntado ella, en forma retórica, al tiempo que le deslizaba hacia abajo los pantalones y el bóxer. El miembro erecto quedó expuesto, vibrante y magnífico. La ropa había permanecido atrapada en los patines, pero era lo de menos, pues Aurora se había tomado en serio este plan. Ella lo acarició con ambas manos, mirándolo sensualmente—. Si te mueves, no podré hacer algo que he querido desde hace algunas semanas. La única consigna, Dom, es que me dejes el control un ratito.

Dominic se había sentido excitado, pero también había experimentado una sensación de encrucijada. Sabía lo que ella pretendía hacer y era algo que él jamás le había permitido a ninguna mujer, al menos no sin que esta tuviera las manos atadas.

—Endemoniada Aurora —había farfullado—. Ahora puedo patinar mejor, así que me moveré si me da la jodida gana. Cuando te agarre y estés bajo mi control,

el trasero lo vas a tener tan rojo, por los azotes que voy a darte, que no vas a poder sentarte varios días sin recordar la razón de que tengas las nalgas marcadas por mí.

Aurora había sentido la piel erizársele más, pero no a causa del frío. No.

—Puedes patinar mejor, sí, pero no mantener tu equilibrio lo suficiente —había replicado y posó sus labios cerca de la oreja de él—: Chúpame los pechos, Dom.

—Carajo, tú, no llevas las riendas —había dicho, pero eso no evitó que le agarrara los pezones entre los dedos y los apretara con fuerza. Aurora había gemido.

—Hoy es diferente, no solo porque sé que estás divirtiéndote, sino porque estoy a cargo. Además —había jadeado, bajando la voz—, haré algo especial que no me has permitido, pero ¿qué crees, Dominic Langford? Esta vez me saldré con la mía.

El frío, para ambos, había estado opacado, ligeramente, por la adrenalina.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa? —había preguntado él, mientras sus manos continuaban amasando los pechos y Aurora le mordisqueaba el cuello. Quiso contenerse de acceder a saborear los pezones femeninos, pero su maldita libido había mandado al diablo esas intenciones. Sostuvo a Aurora de la cintura y luego, bajando la cabeza, había devorado los perfectos montículos—. Si tus tetas no fuesen tan deliciosas y grandes, Aurora… —se las había mordido—, sí podría contenerme.

Ella había sonreído, pero tenía otra cosa en mente así que se apartó a regañadientes y con deliberada lentitud. Pero no sin que él se hubiera deleitado lo suficiente con sus senos, hasta casi hacerla explotar con solo estimulárselos con la boca, las manos y los dientes. No habría sido la primera vez que eso hubiera ocurrido.

—Contenerse es aburrido, Dom —había dicho haciéndole un guiño—. Ahora, me gustaría saber si el calor de mi boca, con el frío de esta pista, te excitan —había murmurado ella con sensualidad. Dominic apretó los puños a los costados con fuerza.

—Aurora…—había dicho en tono de advertencia.

—Sí, solo yo. Si tú eres territorial, ¿crees que yo no? —había preguntado.

Él no logró articular ninguna palabra coherente, porque Aurora había envuelto la punta roma de su miembro con la boca, sujetándole el grosor con una mano y

acariciándole los testículos con la otra. Dominic había echado la cabeza hacia atrás con un gemido gutural, bajo, ronco y profundo, mientras sentía cómo ella había lamido los contornos sensibles, marcando cada surco y mordisqueando con suavidad.

Después, lo había succionado fuerte. Él había enredado los dedos entre los cabellos de Aurora, sujetándolos con firmeza, al tiempo que ella lo llevaba hasta lo más profundo de su garganta. El ritmo se había empezado a acelerar y Dominic no podía dejar de mirar cómo su pene entraba y salía de la boca femenina, menos la manera en que las tetas se habían bamboleado al ritmo del movimiento de su dueña.

Dominic había intentado recuperar el control, pero la mujer parecía ser capaz de leerle los pensamientos y tan solo incrementaba la succión, el agarre o la presión de los labios al notar sus intenciones. Después, ella le había soltado la longitud para agarrarle las nalgas, clavándole las uñas con firmeza, y él había dejado escapar un rugido parecido al de un animal salvaje copulando en plena sabana. Pero este entorno había sido frío y el único calor disponible era la boca traviesa y pecaminosa de Aurora.

Tan solo verla, aún con los pantalones puestos, en patines, con las tetas al aire y los pezones erectos, el cabello desarreglado por sus dedos, habían enloquecido a Dominic. Cuando ella lo había apretado con los labios, rodeado con la lengua y succionado con determinación, el detonante que activaba el clímax se había activado. Él había explotado en la boca de Aurora, sosteniéndole con fuerza los cabellos, al tiempo que su mente se había vaciado de todo pensamiento y sentido de control.

Al cabo de unos minutos, cuando él creyó que ya podía poner en orden sus pensamientos, le había elevado el rostro a Aurora con un suave toque en la barbilla. En los ojos de Dominic había destellado un inequívoco brillo de lascivia intensa.

—Traga mi simiente, Aurora —había ordenado con una media sonrisa.

Ella había hecho exactamente eso y luego él la instó a que se incorporara.

—No es tan malo perder el control —había susurrado Aurora, ante la mirada implacable, saciada y también con un atisbo de incredulidad por lo que había hecho.

Dominic había apoyado la frente contra la de ella durante un par de segundos. En la expresión de Aurora había existido una mezcla de complacencia y también vulnerabilidad. Él se había apartado y recogido las prendas de ropa que estaban

sobre el hielo. La había ayudado a vestirse y también él se acomodó el bóxer y el pantalón.

Después, él le había enmarcado el rostro entre las manos suavemente.

—El control lo perdí una vez, Aurora, y me costó la existencia de mi hermano —había replicado—. Nunca permito que una mujer me tome con la boca sin yo tener las riendas, literalmente, y eso implica atarle las manos. El sexo oral es mi mecanismo de control. No siempre es por placer y procuro no correrme en muchas ocasiones.

Ella lo había mirado, mientras asimilaba esa información, atónita. Porque era una de las ocasiones en las que él le daba, voluntariamente, acceso a algo tan privado. En ese momento, Dominic no le había dado tiempo de reaccionar, sino que la tomó de la mano, en un gesto muy natural, y la guio hacia la salida de la pista de hielo.

—Dominic… —había susurrado cuando estuvieron en el interior del coche. Al verlo tan serio, en silencio, y en una actitud distante, agregó—: ¿Estás enfadado?

Él había soltado una exhalación. Porque lo que sentía era confusión, un estado que no le agradaba en absoluto, porque eso implicaba que no tenía todo el control.

—No.

—Yo solo quería…

—¿Darme el mejor sexo oral que he tenido? —había preguntado, agarrándola de la cintura y sentándola a horcajadas sobre él, mientras el chofer conducía.

Aurora lo había cegado con una sonrisa; le apoyó las manos en los hombros.

—Que disfrutaras sin tratar de calcular cada gesto conmigo hoy, me ha gustado, pues era ese mi objetivo desde un inicio. Pero si me confiesas ahora que este ha sido el mejor sexo oral que has tenido —había susurrado sonrojada y también excitada—, me complace saberlo, porque me gustó llevarte al fondo de mi garganta.

Él había soltado un gruñido. Claro que se había puesto duro de nuevo.

—Te voy a follar en este coche, pues no haces más que provocarme —había dicho activando el compartimento de privacidad—. Porque, desde la primera vez que penetré tu cuerpo, Aurora, no has hecho más que desafiar mi capacidad de control.

El viaje a la casa había sido bastante movido y muy interesante.

Esa noche, cuando estaban a oscuras en la cama, ella lo había abrazado.

—Dom… —había susurrado—. Hay algo que quisiera que respondieras.

—¿Sí? —había preguntado, pensativo, porque su plan, delineado a la perfección para mantenerse lejos de Aurora, estaba fallando con mucha frecuencia.

—Quiero saber si te has divertido hoy, en la pista, sin contar la parte del sexo oral —había dicho en tono suave—. Mi intención fue sacarte unas sonrisas y que veas la vida con un toque de optimismo, en lugar de mantener constantemente esas barreras que, muchas veces, son bastante inútiles y no solucionan nada; ni ayudan.

Él había sonreído de medio lado, pero Aurora no podía verlo.

—Sí, al parecer logras devolverme un poco de aquello que perdí.

—¿Eso qué sería en tu caso, Dom…?

—La capacidad de reírme y disfrutar de asuntos sencillos sin creer que voy a arruinar todo en la vida de otra persona —había respondido con franqueza.

—No vas a hacerlo —había murmurado ella—. Déjame la diversión a mí.

Él había soltado una carcajada suave y hundió el rostro entre los cabellos que emanaban la sutil esencia de manzanas con rosas. No volvieron a hablar esa noche.

En medio de los temas laborales, Dominic y Aurora no pudieron ignorar los eventos que Osmos Thiel tenía organizado para ellos, pues era parte de la imagen de un CEO versátil, comprometido y más cercano. Una imagen que el relacionista público estaba encargado de crear con la joven pareja. Asistir a esas actividades, con una agenda profesional pesada, había sido brutal para los dos. Durante las pocas horas libres disponibles, Dominic y Aurora habían salido a cenar en restaurantes de bajo perfil; ido a una exposición de arte histórico; reservado el zoológico de Londres una noche, para que ella lo recorriera a gusto y él, por supuesto, no lidiara con terceros; visitado la fábrica de LangTex y LangCosmetics, Dominic le mostró, personalmente, cómo funcionaban ambas ramas de su corporación familiar. Las anteriores habían sido excepciones, pues la mayoría de esos momentos, libres de asuntos sociales o profesionales, habían permanecido en la mansión y deslizándose en la piel del otro. En la piscina de la casa, bajo el cielo londinense, habían tenido un sexo enloquecedor.

Pero también, en un par de ocasiones, los Langford habían cenado con Cédric y Brenda e inclusive incluyeron a Kitty. Esto último, porque Aurora le había dicho a Dominic que su mejor amiga era una parte importante de su vida y fue la que siempre estuvo apoyándola, en especial después del incidente con su ex. Por otra parte, el club de hípica también fue un espacio que la pareja utilizó para retirarse de la contaminación de la ciudad, el estrés y el trabajo. ¿Si solo cabalgaron? Claro que no.

En esos establos del club de hípica, al amanecer, en ocasiones eran los sábados o domingos, Dominic le había enseñado a Aurora la importancia de que se quedara callada si quería tener un orgasmo. Con los pantalones de montar en los tobillos, las bragas rotas, el culo al aire libre en el vasto campo, y con el viento frío mañanero tocándole la piel, en contraste con el calor del anhelo sexual, ella explotaba de gozo.

La mujer de ojos miel tentaba a Dominic con sus contoneos de cadera y frases provocativas. Él, por supuesto, tampoco era capaz de mantener las manos lejos de Aurora mucho tiempo. Le gustaba controlarla y llevarla al punto exacto en el que ya no era capaz de hacer otra cosa que obedecer, porque la necesidad de correrse se volvía dolorosa. En el club de hípica, él había cedido a la indulgencia, en más de una ocasión, de penetrar el coño al que empezaba a volverse adicto. No solo a su sabor, magnífico y lleno de toques dulzones, sino a sentir cómo iba apretándole el miembro, en diferentes intensidades, mientras él se corría y Aurora también lo acompañaba.

Pero otros aspectos de ese acuerdo, más allá de intentar tener un hijo juntos, también habían sido muy satisfactorios para ella. Por ejemplo, la Gala Thames.

La fiesta fue preciosa, casi mágica, gracias a la decoración sofisticada que se entremezcló con las paredes de la Banqueting House. Que se tratara de una estructura de 1619 le confirió un aspecto que invitó a los asistentes a sentir que estaban en dos líneas de tiempo distintas y que coexistían a la vez. La cantidad que fue donada para Cute Paws fue bastante generosa y permitiría al refugio mantenerse el pie el resto del año sin recortar personal, medicación o negar acceso a nuevos pacientes rescatados. Pero Dominic sorprendió a Aurora, al hacer una donación a los dos refugios que ella le había mencionado que no habían entrado en la lista de beneficiarios de la gala.

—Mi padre jamás me apoyó donando a estas causas —había susurrado con emoción, después de que se hubiera leído la donación de Dominic en voz alta, al igual que se hacía con todos los mecenas de la noche—. Fue muy complicado

para mí…

—Porque tu padre es un imbécil, Aurora —había replicado Dominic, consciente de que quedaba pendiente el informe final del hacker, porque necesitaba unir los puntos tejidos por las primeras pesquisas obtenidas—. No le costaba nada ayudar a unos animales que ningún daño le causaban a su presupuesto, en especial si consideras que robó tu dinero para emplearlo en solventar un nivel de vida ridículo.

Aurora había soltado un suspiro por ese episodio que parecía tan lejano.

—Me siento decepcionada y él continúa insistiendo en que asista a sus actividades, porque en pocas semanas será el cierre oficial de la campaña política.

—Es tu padre, Aurora, ¿quieres estar involucrada? —había preguntado en un tono indiferente, porque Bruce Sterling le parecía una escoria—. Si es así tendrás que hallar una vía con Osmos para el asunto de relaciones públicas. La reputación de un político siempre deja huellas de suciedad y tengo que proteger mis empresas.

Ella había sido consciente de la verdad detrás de las palabras de Dominic.

—Lo sé, Dom, lo último que quiero es salir en fotos con mi padre, me da igual si gana o no la elección —había dicho, mientras Dominic la sostenía de la cintura caminando y socializando con personas en las que él no había tenido interés—. Si no hubiera sido por mi padre, la relación con mi madre tampoco se hubiera deteriorado.

Dominic había fruncido el ceño. Este comentario había llamado su atención.

—¿No se dedica tu madre solamente a asuntos sociales? —había preguntado, al recordar que Jocelyn dio la firma a lo largo de los años en los cargamentos perdidos.

—Siento que conozco cada vez menos a mi propia familia —había dicho Aurora, ajena a la información que Dominic conocía y la razón de la pregunta—. Si mi madre no fue capaz de recriminar las acciones de mi padre, sino que prefirió quedarse callada, entonces sabe más de lo que siempre ha pretendido conocer sobre los negocios y la situación real de la economía de la familia. Si se dedica a algo más que asistir a eventos, organizar tardes de té, pues, la verdad, no tengo idea, Dominic.

—Lo entiendo —había replicado él.

Aurora había soltado una exhalación suave y luego asintió.

—Sí. Además, si no hubiera sido por culpa de mi padre, entonces yo jamás…

—Te hubieras casado conmigo. Lo sé, Aurora —había él completado la frase con simpleza, mirándola con una intensidad que desdecía su aparente indiferencia el respecto—. Siempre estuviste en una situación sin salida y yo solo soy un estratega.

Ella lo había quedado mirando sin saber cómo reaccionar a esa verdad, porque, en todo este tiempo, no había cuestionado de nuevo sus razones para estar con él. Las refutaciones y reflexiones sobre lo que hubiera sido y lo que no, ya no existían.

—Sin importar la situación —había murmurado ella—, ahora es diferente.

—Mis intenciones siguen siendo las mismas —había dicho Dominic.

—Sí, como las mías, pero, tú y yo, hemos cambiado desde que nos conocimos.

Él tan solo había permanecido en silencio otorgándole así la razón.

—Dime la cantidad de dinero que hace falta para que tus refugios dejen de ser un problema económico y puedas dedicarte a pensar solo en tu clínica, Aurora —había expresado cambiando el tema—. Sé que esos animales son importantes para ti. La donación que hice hace unos momentos quizá no sea suficiente. Dame una cifra.

Ella se había girado, sin importar quiénes pudieran verlos, y le rodeó el cuello con los brazos. Él, tomado por sorpresa, había tardado varios segundos en reaccionar.

—Sé que no te gustan las demostraciones físicas de…

—No estoy habituado a ellas, Aurora, pero tú eres mi esposa —había replicado con simpleza. Pero también se dio cuenta de que, si bien cualquier otra pudo ser su esposa, no a cualquiera le hubiera dado esta clase de respuestas—. ¿De acuerdo?

Ella se había apartado para mirarlo con una sonrisa.

—De acuerdo, Dom…

La Gala Thames había tenido lugar días atrás.

Esta noche, sin embargo, Aurora tenía otro asunto entre manos. O más bien en las inmediaciones de su casa; concretamente en la sala principal de la planta baja.

Regresar de una jornada complicada, en la que acababa de perder a un paciente, porque unos malditos lo arrastraron por el pavimento con el coche, fue

brutal. Pero si a lo anterior le sumaba entrar a su casa, un supuesto remanso de calma, para encontrar una situación grotesca, fue imposible no cabrearse. Si a ello le agregaba la expresión de disculpa de Kery, como si supiera que esta escena era una regular en la vida de Dominic, el ánimo de Aurora se terminó de agriar. No iba a quedarse sin enfrentar a la mancha de su prístina sala nueva: una mujer. Esta última era una desconocida que estaba de rodillas, desnuda, con los muslos separados, el sexo depilado, el cabello rojizo elevado en una coleta y el rostro perfectamente maquillado.

—Buenas noches —dijo Aurora. En la veterinaria tenían un baño adecuado para ducharse cuando la situación lo ameritaba, así que esta noche ella había hecho uso de esa posibilidad. Llevaba la ropa sucia en la mochila de trabajo—. Me gustaría saber quién carajos eres y también qué rayos estás haciendo en la sala de mi casa.

La mujer esbozó una sonrisa. No tenía un gramo de grasa fuera del sitio en el que se necesitaba. Los pechos eran pequeños y respingones. La cintura era delgada.

—Buenas noches —replicó la mujer en un tono melódico y sin molestarse en cubrirse. Las rodillas estaban apoyadas sobre dos cojines bajos. Unos cojines que Aurora había escogido con mimo—, mi nombre artístico es Clementine —sonrió—. Soy de *Black Desires*, la mejor agencia de scorts para clientes VIP de Inglaterra.

—Quiero una explicación sobre lo que haces aquí. *Ahora* —exigió Aurora. Sentía la bilis en la garganta y también ganas de llorar—. Luego quiero que te vayas.

—Me enviaron para brindar un servicio a Dominic Langford. La consigna es que me encuentre en esta posición para cuando él llegue a la casa. No puedo desobedecer las órdenes exactas que constan en el contrato de la agencia. Me pagan por hora. Lamento si es usted la esposa, pero no fui quien hizo el contrato —expresó.

Aurora tragó saliva. No sabía cómo procesar esta situación. ¿Por qué había él contratado a una prostituta? ¿Por qué había tomado una decisión de este calibre, tan humillante para ella, al traer a esa mujer a la casa que ambos compartían? ¿Acaso la cercanía y lazos firmes, creados a lo largo de estas semanas juntos, habían sido solo imaginación de ella? La furia empezaba a transformarse en una sensación afilada y profunda que parecía cortar cada célula del cuerpo de Aurora. Ver a esa mujerzuela en su salón, esperando a Dominic para darle placer

y el control de su cuerpo, hizo sentir que su mundo tambaleaba y que el veneno del desprecio surgía corroyéndola.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste? —preguntó Aurora con voz áspera.

—No existe una periodicidad. Solo voy a los sitios cuando hay un contrato acordado entre el cliente y la agencia —replicó la prostituta—. Entiendo que el señor Langford nunca repite, así que esta es mi primera vez ofreciendo mis servicios.

Aurora decidió que no tenía ganas de perder su tiempo.

Le dio la espalda y empezó a alejarse, porque este día había sido una mierda y la presencia de la prostituta era la cereza podrida del hediondo pastel. Se sentía decepcionada profundamente y dolida en un nivel que no era capaz de explicar. «¿Acaso Dominic se sentía amenazado, porque la cercanía entre los dos era innegable? ¿Contratar a una prostituta, consciente de que ella la vería, era la forma de decirle que no le importaba tanto y que recordara que solo era sexo?». No podía dejar que los pensamientos tóxicos la consumieran, así que continuó su andar, muy fastidiada.

Cuando estaba a punto de subir las escaleras se abrió la puerta principal. Ella no se volteó, pero miró a Kery que estaba meneando la cabeza. Aurora no sabía si era de consternación o si acaso era por la mala sincronicidad de la situación y la presencia de esa mujer tendría que haber tenido lugar en otro día u horario. Aurora miró a Kery.

—¿Es esto frecuente? —preguntó en tono contrariado.

—No sé cómo responder a esa interrogante, señora Langford, lo lamento.

—Porque tu lealtad está con Dominic —comentó sin esperar respuesta.

—Lo lamento, señora Langford….

Aurora se rio con suavidad, sin humor, y solo hizo un asentimiento. No sabía cómo iba a lidiar con esta situación. Así que empezó a subir los escalones con pesadez. Al hacerlo escuchó a sus espaldas un intercambio rápido entre Dominic y la mujer que estaba en la sala. No se interesó en enterarse de la charla. No quería que él supiera cuánto la había lastimado con esta canallada, así que se limpió las lágrimas con rabia y entró a la suite. Aurora no era una niña asustada que huía de un problema, pero sí era una mujer con un día de mierda y no tenía ganas de enfrentar más complicaciones. Fue al baño y se tomó un tiempo aplicándose sus tratamientos hidratantes. Después se puso la ropa para dormir. Si alguien tenía que largarse de la suite no era ella.

Se acostó de lado y dando la espalda al sitio en el que solía dormir Dominic. Solo esperaba que su cuerpo no la traicionara y amaneciera, como llevaba semanas haciendo, abrazada a él. Por si fuera poco, su período tenía seis días de retraso. Sabía que debía confirmar sus sospechas con una prueba de embarazo, pero, al menos esta noche, iba a rehusar darle material de ocupación a sus congestionadas neuronas. Ella soltó un sollozo quedo, bajo, y apagó con rapidez la lámpara de la mesa de noche.

A los pocos segundos, la puerta de la suite se abrió y Dominic encendió la luz.

—Aurora —dijo acuclillándose frente a ella. Al ver los rastros de las lágrimas secas, Dominic se sintió terriblemente—. ¿Podemos hablar un momento?

Él se tardó un poco más en subir de lo que hubiera querido, porque no solo echó a la tal Clementine de la casa, sino que llamó a su abogado para que se encargara de demandar a la agencia por un error garrafal. Él jamás había ordenado ninguna maldita prostituta. Tampoco le gustó la mirada de reproche de Kery, mientras él ladraba órdenes por teléfono y mandaba a la mierda a la propietaria de *Black Desires*. La mujer se disculpó profusamente, pero Dominic sabía que el daño ya estaba hecho.

—No. Quiero dormir, por favor, apaga la luz —murmuró ella sin mirarlo.

Dominic apretó los labios. Jamás daba explicaciones, pero si no lo hacía ahora la relación que tenía con Aurora, más allá de que tuvieran o no un hijo, se quebraría. Él no quería formar parte de la lista de personas que la traicionaban. ¿Le importaba esta mujer? Sí, a pesar de sus intentos de considerarla solo un medio para un fin.

No tenía idea de cómo definir la ola arrasadora que experimentaba con respecto a lo que ahora significaba Aurora en su vida. No era capaz de definir o diseccionar todo esto que lo acababa de sacudir de repente. El impacto de esta realización llegaba en un instante complicado y no tenía tiempo para hacer análisis.

—Si no quieres mirarme, ¿podrías escucharme? —preguntó con suavidad.

—No puedo pensar en una excusa, comentario o lista de frases hechas, que digas y que puedan borrar lo que acabo de presenciar —dijo en un tono ofendido —. Si ya pagaste por el servicio de esa mujer, por favor, no pierdas el tiempo conmigo.

—No contraté a esa prostituta —expresó rodeando la cama, se quitó los zapatos, la chaqueta y la corbata, y se acostó. Después tomó a Aurora de la cintura con firmeza y la instó a que estuviera pegada a su cuerpo, frente a frente.

Ella, por supuesto, se debatió entre sus brazos y lo empujó con fuerza—. Mírame. Por favor.

Ella elevó la mirada. Dominic soltó una maldición y le limpió las lágrimas.

—¿Por qué lo hiciste…? —preguntó ella en un susurro roto.

—Aurora, jamás te he sido infiel, pero tampoco te voy a mentir negándote que sí he contratado prostitutas antes de que hubiera estado contigo. Esta vez, la agencia cometió un error y registró que yo hice un pedido para hoy, pero eso jamás ocurrió. Mi abogado está encargándose al respecto —expresó mirándola con sinceridad. Nunca le habían importado las emociones de una mujer, hasta que llegó Aurora.

—Lo siento, pero no puedo creerte —murmuró bajando la mirada.

Él soltó una exhalación. Sabía que ella podría darle esta respuesta. Así que se preparó para darle el único argumento que Aurora aceptaría como válido para creerle.

—Lo comprendo —dijo acomodándole un mechón de cabello detrás de la oreja—. Por eso te voy a contar una historia que preferiría haber postergado. Me jode que haya sido esta situación la que me impulse a hablarte de las razones que, como excepción mas no como regla, me instó a contratar prostitutas de manera esporádica.

—Dame una buena razón para escucharte —expresó mirándolo, pero su tono era de decepción y su mirada, traicionada—. Porque saber que esa mujer conocía tus gustos por tener el control —apretó los labios—, no es agradable, sino humillante. Preferiría que te marcharas, Dominic, pues ahora mismo no eres mi persona favorita.

Él soltó una exhalación de frustración y cabreo por lo ocurrido.

—La prostituta rompió el contrato de confidencialidad. Ella jamás debió divulgar ninguna clase de información, así que mañana esa jodida agencia dejará de tener clientes, sucursales y posibilidad de regresar a los negocios —dijo enfático.

Ella le dio un puñetazo en el pectoral una y otra vez. Él tan solo la dejó.

—No es lo que te pregunté, maldito seas —replicó cabreada.

—Sé que tengo todas las pruebas en mi contra. Pero la razón que quiero darte, sobre lo que ha ocurrido esta noche, está ligado a mi pasado, Aurora —expresó.

Dominic comprendió que ella significaba mucho más para él que la posibilidad de mantener el mando perenne de LangTex y LangCosmetics. El

shock de esta nueva realización, que llegaba en menos de quince segundos abordándolo como una marejada, lo mantuvo en silencio unos instantes. Cerró los ojos por un momento, como si estuviera tratando de asimilar un aluvión de sensaciones que, luego de estar contenido durante tanto tiempo, ahora estaba surgiendo con una voracidad alarmante.

—¿Qué tal si me hubieras encontrado desnuda en esa sala con otro…?

—Lo habría matado, Aurora —replicó con rapidez y certeza. Porque así sería —. Eso no está en tela de duda. Pero, tal como te lo comenté, cuando me confesaste lo que te sucedió con el hijo de puta de tu ex, prefiero no ir a la cárcel.

Ella elevó la mirada y notó el tormento en los ojos de Dominic. Esa no era la expresión de una persona que intentaba mentir, pero Aurora estaba muy cansada. En otras ocasiones, ya había cometido graves errores de juicio. No sabía qué decir o hacer.

—Quizá le haría bien a tu excesivo ego —dijo con ácido sarcasmo.

—Probablemente —concedió Dominic—. Ahora, no sigas derramando más lágrimas, porque no sé cómo contenerlas o consolarte cuando soy la razón de ellas.

—¿Cuál es el motivo al que podría dar unos segundos de mi tiempo? —preguntó a cambio, porque no podía decirle que la razón de sus lágrimas, más allá de la rabia y la decepción, estaba vinculada a sus hormonas y ese retraso en el período.

—Mi hermano, Jenk —dijo mirándola—. Él es todo, en muchos sentidos.

Aurora cerró los ojos, unos instantes, consciente de que Dominic jamás habría expuesto un tema así si no estuviera la verdad de su lado. Ella asintió, breve.

—De acuerdo, Dominic —murmuró—, ¿qué ocurrió con él?

CAPÍTULO 19

Dominic habría preferido no tocar nunca este tema. Si ver a Aurora abriendo la caja de recuerdos, con las fotografías familiares de tantos años atrás, fue un remesón brutal, ahora, la posibilidad de verbalizar los hechos vinculados sería peor. Sin embargo, no podía ver la expresión decepcionada y dolida de ella por más tiempo, porque todas esas emociones parecían estar haciéndose eco en sí mismo. Lo anterior era tan desconcertante como inaudito, pero también la realidad y él prefería afrontarla.

Quizá, lo que iba a revelar se sentiría un poco menos ácido, porque tenía a Aurora abrazada a su cuerpo. Nunca la cercanía de una mujer había representado un solaz como ocurría ahora, aunque también reconocía que la sensación era un poco intimidante para alguien habituado a marcar tajantemente los límites personales. Él siempre consideró a las mujeres como un contacto de control y desahogo sexual.

En el caso de su esposa, sí, la mujer era un exquisito sendero de curvas, aromas cautivadores y una humedad estrecha para perderse de gozo; pero también representaba el contrapeso a sus demonios existenciales al ser cálida, empática, risueña y optimista. En este momento, sus rostros estaban a pocos centímetros de distancia, y el calor que emanaba de sus cuerpos era innegable. Sin embargo, se trataba de una calidez muy diferente que no tenía tintes sexuales. Esta era la clase de tibieza y confort que corroía las barreras de hielo, colándose por las hendijas, hasta lograr derretirlas.

En la vida existían diferentes clases de intimidades, unas crudas y carnales, y otras que lograban remover pesadumbres; pero también aquellas que conseguían cubrir, con un bálsamo calmante, heridas que se negaban a cerrar por completo. En esta ocasión, Dominic consideraba que, con Aurora, lo que existía era una mezcla de todas las anteriores. Él estaba habituado a vivir desafíos en un contexto profesional, porque controlaba cada hilo de sus negocios. Sin embargo, jamás había tenido que lidiar con retos en el plano personal, hasta Aurora. Esto no resultaba fácil, menos bajo el contexto en el que se encontraba Dominic: hablar de la culpa y el dolor del pasado.

La miró con determinación, aunque también con un toque resignado. No sabía cómo tomaría Aurora lo que él iba a contarle, si acaso lo despreciaría y lo

consideraría un ser deplorable. La opinión que tenía la gente en la sociedad, le servía para limpiarse el culo. Pero la percepción que tuviera alguien tan sincera y cariñosa como Aurora, sí marcaba una diferencia en sus herméticos estándares. Tomó una fuerte inhalación.

—Cuando tenía trece años era un pelele insufrible y majadero. Mis padres no solían estar todo el tiempo en casa, porque preferían darle prioridad a la empresa y a las actividades que socialmente eran importantes para el negocio —dijo Dominic con un nudo en la garganta—. Fue el personal de servicio el que siempre estuvo presente. En la casa solo estábamos mi hermano, que era dos años menor a mí, y yo. Jenk poseía una personalidad más dócil y siempre estaba tratando de encajar con mi grupo de amigos. Me seguía a todas partes —expresó con una exhalación, mirando a un punto detrás del hombro de Aurora, al recordar esos incontables instantes—, y tenía la mala costumbre de meterse con mis juguetes electrónicos, los de esa época, así como mis figurillas de colección. Jenk era el que tenía una actitud más flexible y juguetona.

—Nada raro en un hermano menor —replicó ella con suavidad. Aurora podía notar las notas amargas que tintaban la voz de Dominic—. Supongo que te admiraba.

Él hizo una mueca ante el certero comentario. Años atrás, en medio de sus incontables reflexiones y auto recriminaciones, había reconocido que Jenk siempre lo vio con admiración o un ejemplo a seguir. Pero él le había fallado estrepitosamente.

—Sí —dijo él, mirándola de nuevo—. Había una chica, Lorelei, que me gustaba mucho en ese tiempo. Fue mi primer beso y mis hormonas eran un torbellino incongruente. Una tarde hubo un partido de fútbol. Ella iba a estar presente. Jenk, por supuesto, insistió en que quería acompañarme. Yo me creía muy importante y quería impresionar a esa chica anotando un punto en el marcador para dedicárselo.

—¿Eras muy diferente antes? ¿Más espontáneo? —preguntó en tono quedo al imaginar cómo habría sido él a esa edad; qué tanto de su esencia se habría apagado.

—Sí, impulsivo y arrebatado, todo lo que quería lo conseguía o lograba que otros hicieran lo que yo necesitaba. Mi grupo de amigos era grande y yo solía ser el alma de las reuniones. Vamos, un chaval de trece años que tenía liderazgo y empezaba a entender lo que implicaba gustarle a una chica. El combo era perfecto para el desastre, aunque no en la forma en que ocurrió para mí —replicó

en tono monótono y también tenso—. Esa tarde, después de ese jodido partido de fútbol, todo cambió, Aurora. No solo arruiné mi vida, sino que arrastré conmigo a mi padre y a mi madre. Por mi culpa, el sufrimiento y la desazón se volvieron nuestros acompañantes.

Ella sintió un gran pesar al escucharlo, porque él realmente creía esas palabras.

—Dominic, ¿cómo puedes decir algo como eso…? —preguntó.

Él se rio con amargura y soltó una exhalación. La siguiente sería la parte en la que se quitaba el vendaje, remendado incontables ocasiones, que mantenía su cuerpo libre de desangrarse. En lugar de hablar sobre esto con Aurora, Dominic hubiera preferido largarse; quizá, beber o exigir que abrieran el club de hípica solo para él. Le daría igual si el cielo estaba a oscuras y corriera el riesgo de tener un accidente. Pero no era millonario ni exitoso por buscar las salidas fáciles a las encrucijadas complejas.

—Actuar como se me venía en gana y sin importarme las consecuencias, perder el control, fue la razón de que mi mundo se desmoronara —expresó con dureza hacia sí mismo—. Aquella tarde, Jenk había estado jugando bien en el partido de fútbol. Quedaba poco tiempo para que el marcador pudiera establecerse a favor de mi equipo, pero empezó a llover. Muy fuerte. Él cometió un error y luego trató de enmendarlo, sin embargo, perdimos el partido. Más que perder el juego, lo que de verdad me enfadó fue la expresión de decepción de esa chica —dijo con fastidio.

—Antes te importaba lo que otras personas pudieran opinar, pero no era nada inusual, Dominic, porque tenías trece años. Estabas buscando la manera de saber quién eras, reivindicar tus formas de mirar el mundo y concebir tu propia imagen, ¿qué otra cosa podría hacer un adolescente de tu edad? Lo raro hubiera sido que no hubieses querido impresionar a la chica que te gustaba —expresó Aurora.

Él cerró los ojos brevemente y luego volvió a mirarla. No sentía que merecía la empatía o comprensión de Aurora. Además, le quedaba la peor parte de contar y existía la posibilidad de que recibiera de ella odio y desprecio por lo que había causado.

—Fui demasiado lejos —continuó Dominic, ignorando el comentario de ella —, y humillé a Jenk frente a mis amigos. Lo empujé y cayó sobre el lodo; le grité diciéndole, en pocas palabras, que no valía nada. Él intentó justificarse, claro, pero yo estaba más preocupado por la aceptación de Lorelei. Me sentía un

gallito muy macho al lograr que otros se rieran, a causa de la humillación que estaba dándole a Jenk; haciéndome muy importante cuando, en realidad, estaba siendo un completo idiota.

Aurora notaba el tono de profundo arrepentimiento y dolor en él. Quería abrazarlo, pero era consciente de que este relato todavía no terminaba y que no sería agradable. El enfado por la prostituta empezaba a disminuir, porque ahora podía unir las piezas, paulatinamente, sobre lo que motivaba a Dominic a ser todo lo que la prensa retrataba y más. Pero ella conocía la verdadera versión, la humana y apasionada; la protectora y generosa. Así que tenía que dejarlo terminar esta historia, en especial si quería saber a qué respondía la necesidad de Dominic de controlar todo.

La presencia de la tal Clementine, al instar a Aurora a imaginarse a su esposo mirando, tocando y hablando con esa prostituta u otras mujeres, le provocó un nivel indescriptible de furia asesina. Aurora no tenía esta clase de emociones tan viscerales, menos cuando se trataba de un hombre, pero Dominic conseguía sacudir en ella sensaciones que no sabía que existían. Porque eso no era celos, sino una brutal posesión que, aunque su mente le dijese que era mejor aplacarla, no podía evitar sentir.

—Entiendo el contexto y el motivo por el que actuaste como lo hiciste con Jenk. No lo justifico, aunque todos a esa edad somos caprichosos y tontos. Después de ese incidente en el parque, ¿qué pasó con tu hermano y contigo? —indagó ella.

Él esbozó una mueca cruel con el destino, consigo mismo. Su mano libre, aquella que no sujetaba a Aurora con firmeza contra su cuerpo, acariciaba distraídamente la espalda femenina. Ella no lo apartaba y Dominic se alegró por eso.

—Le pedí que se largara a la casa —dijo soltando una exhalación—. Él me rogó que lo dejara venir conmigo a la reunión que yo tenía con unos amigos del barrio. Le grité que no y que él ya sabía cómo encontrar el camino a casa. Me insistió en que no quería irse solo y que, por favor, no lo dejara. Yo le di la espalda, mientras Jenk intentaba seguirme el paso, pero llovía fuerte y mi andar era muy rápido a propósito.

—Dejó de seguirte…—murmuró ella.

—Sí —dijo mirando a Aurora a los ojos—. Cuando regresé a casa, varias horas después de ese partido de fútbol y la fiesta, supe que él no estaba. En ningún sitio.

—Oh, Dominic —comentó consternada—. Lo siento tanto.

Él apretó los labios y luego meneó la cabeza.

—Llegó la policía, emitimos alertas por su desaparición. Pero también el escenario que rodeaba a mi familia resultaba complicado, porque Langford Creations estaba atravesando una debacle financiera y social. Lo anterior fue causado por un mal elemento corporativo que desfalcó a clientes importantes. Se unieron dos crisis.

—No puedo imaginar la magnitud de la desesperación —susurró Aurora.

—Fue un torbellino cargado de mierda que manchó la existencia de mis padres, primero durante días, luego meses y, posteriormente, años. Ambos estuvieron a punto de perder todo lo material, pero terminaron quedándose sin lo más importante: uno de sus hijos —expresó Dominic—. Nada se comparó con la incertidumbre, el dolor y la desesperación de buscar a una persona que jamás lograron encontrar. Hubo búsquedas periódicas en refugios, hospitales, áreas dejadas por la mano de Dios, cada casa del barrio en el que vivíamos, llamadas a amigos, conocidos, y un montón de gestiones —continuó con agobio al recordar esos años—. La policía hizo todo lo posible para encontrar a Jenk, pero nosotros éramos una paria social, por culpa del empleado de la compañía que te mencioné. Así que teníamos dos frentes que luchar: la empresa y la familia. Ambos encadenados al otro. Fue una época brutal.

Aurora elevó la mano y la posó sobre la mejilla de él, porque mantenerse indiferente o distante era imposible con este hombre. Un hombre revestido de acero para enfrentarse a un mundo de disparidad y competencia empresarial, pero, al mismo tiempo, atrapado en los eventos de hacía varias décadas. Le parecía tan injusto.

—Dominic, ¿no hubo nadie en la fuerza policial que hubiera hecho algo por tu familia? —preguntó enfadada por la negligencia y la forma en que la sociedad condenaba a otros sin tener pruebas. Solo con apuntar el dedo, echar unas palabras y crear hechos sin comprobar, una persona o personas se juzgaban culpables,

—Hubo una mujer, una policía, la recuerdo muy bien: Justine Murray —comentó—. No se mostró hostil conmigo esa noche de las interrogaciones, pero me enteré de que, a los pocos meses de haber trabajado en el caso de mi hermano, le dispararon en una persecución callejera. Con el paso de los años, cuando yo ya tenía recursos, retomé la búsqueda de Jenk. Pero ni Justine ni los policías de ese tiempo estaban vivos —dijo en tono fastidiado y también con

sendos toques de frustración.

Aurora lo miró con una mezcla de preocupación, incredulidad y pesar.

—Dios mío, Dominic, parecería que todo estuvo en contra. Pero tiene que haber algo, pues una persona no desaparece de repente. Siempre hay testigos o pistas que pueden recuperarse, a pesar de los años —comentó delineándole la ceja con el dedo, en un gesto casi automático que disfrutaba hacer con él cuando estaban cerca.

Dominic cerró los ojos unos instantes. Dejó que los dedos de Aurora vagaran por su rostro, trazándolo, durante varios segundos silenciosos. Parecía como si alguien estuviera cosiendo un hilo invisible y empezara a suturar con lentitud su gran herida.

Él abrió los ojos y su mirada fusionó con las cálidas gemas del tono de la miel.

—Han sido años de esfuerzos sin resultados por saber el paradero de mi hermano. Jamás he sido capaz de decirles a mis padres que fue por mi falta de control y mis impulsos, así como los insultos y la forma en que traté a Jenk aquella tarde, que desapareció —dijo con una opresión en el pecho—. Ellos no saben que la persona culpable del dolor, las lágrimas y la desesperación familiar, he sido siempre yo.

—Has llevado a cuestas una culpa infundada, tanto tiempo, que esta ha logrado desvirtuar la personalidad espontánea y divertida que una vez tuviste —comentó apesadumbrada de que él continuara, injustamente, cargando un peso que no le correspondía en la conciencia—. Solo eras un niño que quería ser el líder de otro grupo de niños con las mismas vulnerabilidades. Eso no te hace malo, ni culpable.

Él dejó escapar una carcajada amarga meneando la cabeza.

—Aurora…

—No eres culpable —zanjó, enfática—. No porque yo lo diga, sino porque, si utilizas la lógica que tanto disfrutas aplicar a cada instante de tu vida, te darías cuenta de que el castigo que te infringes es un mecanismo de defensa —dijo a rajatabla—. Ni siquiera estás protegiendo al hombre que eres, sino a ese chico de trece años que mantiene la esperanza de regresar el tiempo y cambiar el pasado. Eso no es posible.

Dominic la soltó un instante, porque no necesitaba un indulto. Quizá porque estaba habituado a vivir en un mundo de sombras, y la luz que aportaban los

razonamientos de Aurora era cegadora. No quería apartarse, pero, de repente, le hacía falta respirar. Ser vulnerable era ajeno a él. Optó por acomodar la espalda contra el respaldo de la cama. No lo sorprendió que, esta vez, Aurora le impidiese alejarse.

No solo eso, sino que, como si quisiera ejercer una fuerza inamovible sobre su cuerpo, algo que físicamente era posible solo porque él lo permitía, se acomodó a horcajadas sobre él. Aurora se cruzó de brazos, pero su mirada estaba revestida de empatía. Una empatía que conseguía diezmar la usual acritud y hostilidad de Dominic.

—La vida de mi jodido hermano es un misterio para mí, Aurora. ¡No sé qué carajos fue de él, no sé si estará vivo y habrá perdido la memoria, si estará muerto, o qué mierda! —exclamó—. Además, privé a mis padres de su hijo por haber sido un majadero impulsivo y descontrolado; un niñato sin capacidad de tener dos dedos de frente y creerme popular —replicó enérgico—. Mi familia quedó destrozada por mí.

Ella hizo una leve negación con la cabeza. Podía sentir la mezcla de emociones que emanaba Dominic: pesar, frustración, enojo, culpa, incertidumbre y dolor.

—Lo que haya ocurrido con tu hermano no estaba en tu control. Ni tampoco fue fruto de tus impulsos, sino de la vida misma. Asociar tu actitud adolescente, la pelea en el fútbol, y sumarlo a la sincronicidad catastrófica fue lo que cualquier persona hubiera hecho, pero eso no lo vuelve válido ni real. Solo es tratar de buscar una explicación a una tragedia, Dominic. Sin embargo, también llega un punto en la vida en la que castigarse ya no tiene sentido. En tu caso, primero, porque no eres culpable. Segundo, porque no hay forma de revertir el pasado. Si en algo puede servirte hablar con tus padres, hazlo —expresó ella—. La ocasión en que salimos a cenar juntos pude notar el amor que te tiene Lavina, y el orgullo de Owen. Si les contaras lo mismo que a mí, sus respuestas coincidirían con la mía —dijo sincera.

Dominic permaneció en silencio un instante. La respiración de ambos era sosegada. La soledad de la suite y la cercanía de sus cuerpos creaba una atmósfera que podría percibirse como protectora. Estaban en un espacio en donde no se juzgaba.

—¿Por qué intentas utilizar una justificación optimista a mi culpa, Aurora? —preguntó casi enfadado, porque las palabras de ella se asemejaban al sonido de un gong que estaba haciendo estallar los duros cristales. Los cristales del

remordimiento.

Ella soltó una exhalación suave y lo miró con dulzura.

—Porque estás sumergido en una culpa que no quieres dejar marchar. Pero yo entiendo al chico que subyace en ti y que necesita tomar la mano de alguien que lo saque de ese foso en el que cayó. Un foso del que puede salir ahora —susurró Aurora.

—¿Acaso eres una salvadora? —preguntó con sarcasmo.

—No estoy atacándote —replicó ella con serenidad—. Así que no hace falta que empieces a usar ese tono defensivo, pues no me afecta, Dominic, porque ahora sé lo que está pasando contigo. Sal de aquí —le tocó la sien con el índice —, y considera la sensatez de mis palabras. Si aún crees que puedes hacer algo por Jenk, hazlo. Pero no intentes controlar el viento, porque siempre va a escapar de ti…

Dominic le tomó el dedo con la mano y la instó a que le tocara la mejilla. Cerró los ojos. Aurora soltó un suspiro aliviado al ver que él bajaba las defensas de nuevo.

—Mi entorno gira según un orden, porque así no queda nada al azar —comentó, consciente de que las palabras de Aurora habían calado profundo en él. Pero necesitaba asimilarlas todavía—. Si soy capaz de dominar mis instintos, entonces las emociones no serán las que lleven las riendas, y así tendré siempre una ventaja sobre mi entorno profesional. —Ella enarcó una ceja, porque era un concepto retorcido, aunque a él, claro, le había funcionado todo este tiempo—. Por ende, me pongo a prueba cuando siento que estoy a punto de perder el control. Me desafío.

Aurora tragó saliva y tomó una respiración.

—¿Por qué la prostituta…? —preguntó apartando la mirada.

—La consigna con ellas no es siempre el placer, sino la restricción. Llevarme al límite y luego apartarme cuando sé que estoy a punto de perder el control; lo retengo y lo domino, antes de que se escape. Una vez que consigo el propósito, ellas se largan de mi vista —expresó serio. No iba a endulzar la verdad—. El contrato es específico y saben las reglas: siguen mis órdenes, no me tocan, a menos que yo lo permita. Una vez que todo termina, mi abogado les hace una transferencia y no vuelvo a verlas.

—Actúas con ellas tal como hacías conmigo… —susurró con la voz ahogada e hizo amago de apartarse, pero él la sostuvo de la cintura y luego le sujetó el

mentón.

—Aurora —dijo en tono firme, mirándola—, no es así. Mi comportamiento y necesidad de control no están supeditados a lo que pueda o no pensar de una mujer. Ellas eran cuerpos sin rostro. Tú, eres mi esposa, y lo que hemos compartido no tiene absolutamente nada que ver con lo que he hecho en el pasado —reconoció—. Controlarte me da placer, pero, sí, también es parte de la necesidad de saber que todo existe en la medida en que pueda dominarlo. Pero, más de una vez en todas estas semanas, has ido impulsándome a sumergirme en tu juego y ceder ligeramente.

Aurora bajó la mirada.

—No me gusta saber que ellas…

—No tengo ninguna clase de contacto más allá del ocasional desahogo. Se trata de algo mecánico, no pasional, Aurora. Jamás les he hecho sexo oral. Tú fuiste la primera mujer en años, porque esa clase de intimidad no me la permito con nadie —confesó. Aurora volteó a mirarlo con el corazón inquieto—. Eres también la primera mujer que duerme en mi cama en mucho tiempo, y cuyos pensamientos o emociones me interesan conocer —expresó con la firme certeza que lo caracterizaba. Verbalizar esta verdad, ante ella, era una admisión demasiado grande para un hombre habituado a tratar a todos con estandarizada indiferencia—. En ninguna circunstancia te atrevas a pensar que la más fina hebra de tus cabellos —le agarró un mechón con fuerza—, puede compararse con la triste existencia de una escort. Entiéndelo bien.

Ella se quedó en silencio varios segundos. Estaba sorprendida por todas las connotaciones de una explicación y respuesta como la que acababa de recibir. Sabía que él no iba a diseccionar lo que existía entrelíneas y ella no quería pintarse un panorama irreal en la mente. Sin embargo, no podía evitar sentirse conmovida.

Desde un principio, Dominic dejó claro que no iba a enamorarse de ella, ni a amarla. Jamás le había mentido al respecto ni creado falsas ilusiones. Aurora tampoco había aceptado el contrato con la intención de crear una relación romántica con él. Sin embargo, la manera en que se agitaban sus sentidos cuando Dominic estaba alrededor, la emoción de sus caricias, las risas en sus conversaciones, la seriedad de sus discusiones, los detalles considerados que él tenía, pero que pretendía que no significaban nada; la forma en que la protegía en silencio; la sensualidad cruda con la que tenían sexo y cómo él había empezado a bajar sus defensas, avivaban una sorpresiva esperanza en ella. Sus

emociones por Dominic iban más allá de un acuerdo.

Aurora no era cobarde y podía aceptar, ante sí misma, que estaba muy enamorada. Él la fascinaba, aún con sus rasgos complejos y con aquellos más desenfadados. Sabía que solo era un poco más flexible con ella y que otras personas no disfrutaban de los aspectos más personales de Dominic. Por eso, se sentía especial.

Esta conversación le daba una ilusión de que, quizá, con el paso del tiempo él podría corresponderla. Aurora no estaba habituada a esconder sus sentimientos. Por eso, a pesar del riesgo, sabía que le diría que lo quería. No para atraparlo, sino para ser libre. La cárcel en la Tierra se construía con los bloqueos de las emociones genuinas. La vida era solo una y no se valía ocultar lo que el corazón quería confesar.

—Esa es una aclaración muy reveladora, Dominic —murmuró Aurora con una mezcla de emoción y un pálpito agitado por la realización de sus sentimientos.

Él la contempló con interés. Aurora era bellísima: cada detalle de su rostro, la seda de su piel, el sonido de su risa cantarina y la irreverencia de sus acciones. La sentía tan suya que lo abrumaba, porque las compuertas de sus emociones estaban debilitadas y no encontraba las herramientas para volver a cerrarlas. Tampoco podía explicarse esta potente necesidad de reafirmarle a Aurora que jamás la humillaría engañándola. Que le daba igual si eran meses o años los que ya llevaban juntos.

Pero no podía distraerse con el remesón que experimentaba en estos instantes, ante realizaciones impensadas, pues quedaba aún algo más por hablar con ella.

—Aurora, yo no tenía ni tengo la intención de contratar a ninguna prostituta —dijo Dominic—. Si quieres verlo desde un punto de vista pragmático, la presencia de esa mujer ha servido solo para detonar la conversación sobre mi hermano.

Ella hizo un asentimiento, porque creía en la explicación de Dominic.

—Ese capítulo de tu vida te marcó, pero ¿aún puedes hallar respuestas? ¿Es posible que exista una vía para que logres dar con algún mínimo indicio? —preguntó inquieta, porque no podría llegar a imaginar el grado de desesperación de vivir durante tanto tiempo sin respuestas sobre la vida de un ser amado—. Si yo hubiera tenido una hermana o un hermano, Dominic, me habría sentido igual de devastada. Seguiría en su búsqueda, aun cuando las personas a mi alrededor me dijesen que no merecía la pena.

Él soltó una exhalación y asintió brevemente. No iba a mencionar por ahora la existencia de la amante de Bruce y la hija ilegítima. Ese era un campo inexplorado y prefería dejarlo para más adelante. No sabía el impacto que podría tener en Aurora.

—Jenk fue la razón de que me quisiera casar contigo, en lugar de otra mujer —comentó Dominic. Al notar la expresión atónita de Aurora apretó los labios.

—¿Cómo así? —preguntó en un susurro desconcertado.

—Porque el interés de mi padre fue que tuviera un heredero. La persona que yo eligiera estaba en mi libre albedrío —replicó. Luego procedió a hacerle un resumen de la razón detrás de la visita a la fiesta de recaudación de Bruce, en la que se encontraron por primera vez, y también sobre las leyes que estaban perjudicando al sector textil. No ahondó en los temas de corrupción, porque no tenía importancia en este contexto. Sin embargo, sí le mencionó el artículo de The Guardian—. La mujer que iba a elegir para casarme era otra, no porque fuese guapa o inteligente o lo que puedas pensar en este momento, sino porque ya la conocía. Pero, al ver otra versión de la fotografía del artículo, en la oficina de tu padre, decidí que fueras tú —dijo.

Aurora se rio con un toque amargo al recordar su charla con Bruce y que, eventualmente, la llevó a la oficina de Langford Creations. Soltó una exhalación.

—Yo solo era la pieza de ajedrez conveniente en ese juego, ¿verdad?

—Sí, Aurora —dijo tomándole el rostro entre las manos—. Solo estabas llamada a ser un daño colateral; que te sintieras bien o mal jamás me importó. No, no apartes la mirada. No he terminado lo que estoy diciéndote. Mírame —exigió y ella lo miró con ojos llovidos—. Eso fue antes de conocerte; antes de tocarte; antes de entender que eres más que un fragmento en un complicado tablero. Un tablero de la vida en el que trato de encontrar rastros que necesito y que me lleven a Jenk —dijo cansado, porque sentía que, más allá de la búsqueda física, se trataba de una desazón ante la falta de respuestas concretas—. Esa fotografía es lo más cercano que tuve.

Las palabras de Dominic le dolieron en un inicio, pero la calmaron después con la reafirmación de cómo su percepción de ella ahora era diferente. La verdad a veces era dolorosa, por supuesto, pero siempre era mejor que escuchar mentiras.

—Querías indagar sobre el por qué ese Game Boy estaba en la casa que mis padres rentaban en aquel tiempo —murmuró, retomando lo que Dominic le acababa de relatar—. Rentamos ese lugar un par de años, aunque estaba previsto

que fuese solo por unos meses. Nos mudamos cuando la mansión, en la que ahora viven mis padres, quedó al completo gusto de mamá. No sé qué habría podido hacer el Game Boy en esas escaleras, porque yo era muy pequeña para recordar algo como aquello —continuó en un tono reflexivo—. Quizá Jenk fue a pedir ayuda, Dominic.

Ella sentía pesar por la desesperación que habrían pasado los Langford.

—Esa es una posibilidad que he barajado, pero, si hubiera sido efectiva, la policía habría reportado esos datos —comentó—. Inclusive mis padres también salieron en búsqueda de Jenk. Nadie tenía información. Fue como si mi hermano se hubiese desvanecido. Las autoridades rastrearon, casa por casa, toda el área. No hubo datos. Nada —expresó y apretó los labios. Lo único que parecía aquietar sus demonios era tener a Aurora sobre él, sintiendo su cuerpo cálido y escuchando su voz—. Por eso, al encontrar la fotografía me quedé desconcertado…

—Dominic, yo solo recuerdo vagamente que durante mi estancia en esa casa siempre había fiestas. Como te conté nos quedamos varios años; quizá, hasta que yo tuve cinco o seis años más o menos. Había mucha gente que entraba y salía de casa. Lo recuerdo, porque me agobiaba ver extraños recurrentemente —expresó—. Tengo imágenes vagas de hombres de traje, elegantes, y que iban a ver a papá o al tío Nigel, al menos cuando este estaba en la casa. Se solían reunir con frecuencia —concluyó.

—¿Tío Nigel? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿McCarran?

Ella hizo un asentimiento.

—Sí, no era mi tío por parentesco. Al ser el mentor de papá y frecuentar mi familia, desde que tengo memoria, siempre lo llamé así —replicó ella sonriendo, porque tenía buenos recuerdos del hombre—. Él fue muy bueno conmigo. Fue quien me hizo sentir el gusto por escribir mis ideas en cuadernillos. Aún los tengo en una caja grande, guardados; mañana te mostraré lo bonitas que eran las tapas—murmuró—. Pero, más allá de eso, no sé cómo puedo ayudarte, Dom. ¿Qué necesitas?

—Alguien con acceso a las bases de la policía —comentó él con ironía.

Aunque un hacker pudiera obtener todos los datos digitales de cualquier asunto, en el caso de los archivos físicos no era igual. Al menos, los que le interesaban a Dominic y que databan de hacía más de veinte años. Aquellos que no fueron digitalizados, pero que, por supuesto, tenían que estar guardados en alguna parte. A estos solo tendría acceso directo alguien de dentro, un oficial o

un administrativo.

—Eso es fácil —dijo ella con una sonrisa tomando el comentario de Dominic en serio—. Brennan, el hermano de mi mejor amiga, Kitty, es policía desde hace años.

Dominic la miró con sorpresa.

—¿A qué te refieres? —preguntó él con intriga.

—Brennan tiene un perfil impecable y también mucha influencia en ámbitos de seguridad a nivel nacional. Mi padre siempre lo ha detestado, porque a pesar de ser millonario, Brennan prefiere cazar criminales en lugar de invertir en campañas políticas —expresó Aurora—. Puedo ponerte en contacto con él. Le diré que es un favor personal. Estoy segura de que hallará la forma de ayudarte en algún modo.

Desde el exterior, contra el vidrio de la ventana de la suite, las gotas de lluvia seguían golpeando insistentemente. No era usual que lloviera en esos meses, pero Londres era un conjunto de incongruencias varias, entre esas las referentes al clima.

Él le rodeó la cintura con las manos y la atrajo más contra sí, abrazándola.

—Eso sería una gran ayuda, gracias —murmuró contra el cuello femenino—. Podría acceder a los archivos en físico de los años en que desapareció Jenk. Dios, Aurora, sería magnífico que tu amigo pudiera indagar en esos registros —expresó con un alivio inusitado, porque empezaban a aparecer, al fin, opciones para su búsqueda.

—Entonces está hecho, Dom —susurró acariciándole los cabellos.

—Aurora —murmuró mordisqueándole el cuello—, qué has hecho conmigo.

El aire de repente se crispó con una energía diferente: menos densa y más física. Las chispas de anhelo, serenas en estos largos minutos, empezaron a despertar.

—Solo ser yo —le susurró, sonriendo, al oído—. Gracias por no haber dejado que la situación del salón se quedara sin aclarar. Pero, en especial, por confiar en mí. Sé que no es fácil dejar ver ante otros una parte de ti que no esté ligada al trabajo.

Él apartó el rostro, asintió, y sus miradas se enlazaron con un hilo de fuego.

—Has complicado mi existencia —dijo Dominic con una media sonrisa.

—Qué curioso, yo iba a decir lo mismo —se rio Aurora, mientras sentía las manos masculinas acariciándole la espalda de arriba abajo, en un gesto ausente,

pero posesivo—. Si crees que mi familia puede tener la pista que te ayude a encontrar ese solaz que buscas, aunque mi padre no te caiga muy bien, lo cual respeto porque siento lo mismo, entonces haré todo lo posible para ayudarte —dijo con sincera emoción.

—Eso me gustaría —replicó con seriedad consciente de cada pequeño movimiento de Aurora. Su cuerpo estaba en completa sintonía con el de ella.

—Tal vez, inclusive pueda preguntar a mi madre sobre las personas que trabajaron en esa época como empleados de la casa. Si ese Game Boy estuvo en la escalera, entonces alguien tuvo que haber visto o escuchado a un niño de once años alrededor —comentó con alegría de poder ser útil en esta cruzada de su esposo.

Dominic no había imaginado que hablar de su pasado, abiertamente, pudiera disminuir la carga que durante tantos años había guardado. El plan de que Aurora le diera acceso a la vida privada de Bruce había tomado un rumbo interesante; productivo de hecho. Él esbozó una amplia sonrisa con facilidad y le acarició el rostro.

No quería hacer definiciones sobre lo que sentía por ella, porque era más aterrador que perder una inversión de varios millones de libras. Jamás se había hallado en la posición de diseccionar sus emociones, porque llevaba demasiado tiempo evitándolas. Le parecían una debilidad innecesaria, así que ahora, que intentaba discernir qué carajos le pasaba, resultaba complejo. Su certeza era que, con Aurora, las partes rotas de su alma empezaban a sanarse. Por ahora, eso le parecía suficiente.

—Tu perspectiva me gusta, Aurora —comentó Dominic—. En mi cabeza he tenido demasiada congestión y este enfoque en particular no se me había ocurrido. Le acabas de dar un ángulo importante y un nuevo rumbo a esta incansable búsqueda personal —agregó acomodándole un mechón detrás de la oreja—. Tienes que ser discreta al preguntar sobre los empleados que trabajaron para tu familia en ese tiempo.

Dominic solo quería dos cosas: extraer cualquier mínima información que le permitiera explorar sobre su hermano, y también reunir suficientes pruebas para acabar con la carrera política de Sterling por haber fastidiado sus negocios. Prefería ser cauto. Lo anterior implicaba no mezclar demasiado a Aurora en el tema de Bruce.

—Sé que eres una persona que preferiría mantener este asunto en privado, porque forma parte de un episodio importante de tu vida —murmuró con la

mirada enlazada a la de Dominic. Los ojos verdes se asemejaban a la tierra, después del paso de una tormenta; aún devastada, pero con una tonalidad que permitía vislumbrar más claridad alrededor—. No cometería la imprudencia de romper tu confidencia.

Él hizo un asentimiento. Aliviado.

—De acuerdo, Aurora —expresó subiendo las manos, bajo la tela de la blusa, y acariciando la piel desnuda de los costados—. Hemos tenido una semana agotadora.

Ella sentía un cosquilleo con la cercanía, pero, cuando él la tocaba, la ligera chispa siempre se transformaba en una hoguera. No importaba si estaban vestidos.

—Dom… —susurró humedeciéndose los labios.

—¿Sí? —preguntó tocando el borde inferior del sujetador—. Me gusta cuando usas estas prendas de seda —le acarició los pezones erectos—, porque me permite sentir estos botones entre los dedos. Quiero lamer cada parte de ti y que grites mi nombre —apretó los picos erectos. Ella gimió—. Voy a desatar este broche, porque…

—Dom, espera —interrumpió. Al instante él se detuvo—. Espera un instante.

Ella tragó saliva. Había algo que necesitaba preguntarle. Entender.

Su sexo estaba húmedo y podía sentir la erección de Dominic, sí, pero no existiría otro momento para retomar pronto, en profundidad especialmente, detalles de esta conversación sobre Jenk. En cuanto al deseo entre ella y su esposo, así como la necesidad de liberarlo sin restricciones, sí podía retrasarse unos minutos. Luego, por supuesto, ella se permitiría comprobar si era posible que Dominic, aunque él no se lo dijese con palabras, rompiese la última barrera que le impedía aceptar el lazo, tan fuerte, que existía entre los dos. Aurora temía este momento. Estaba cansada, dolida inclusive, a pesar de los fantásticos orgasmos, que él aún no la mirase en el clímax.

¿La falta de los besos de Dominic? Eso provocaba en Aurora ganas de ahorcarlo. Su empatía era generosa, porque sabía, en especial ahora, desde dónde surgía la cautela de él. Pero todo tenía un límite y a ella ya no le parecía sostenible continuar extendiendo el período de espera durante más tiempo. Si Dominic le negaba nuevamente la posibilidad de esos gestos, a pesar de lo que acababan de hablar, Aurora no sabía cómo podría soportar los siguientes meses. Su corazón no era tan fuerte.

—Dom, la coordinadora de la Gala Thames me habló de Doctor Móvil. —Él frunció el ceño, pareció recordar a la mujer a la que se refería y luego bajó la mano con suavidad, esperando a que Aurora terminara el comentario—. ¿Por qué no lo sabe la prensa? Has dejado que te retraten como un ogro y un empresario desalmado.

—Ah, la bocazas de Amanda Rochester —replicó con simpleza y fastidio.

—No lo hizo por cotilla, sino porque creía que yo estaba al corriente…

Dominic soltó una exhalación suave e hizo un asentimiento breve.

—Ese proyecto surgió hace tiempo, cuando empecé la búsqueda de mi hermano. Pensé en las familias que habían perdido a sus seres queridos y no sabían, como mis padres y yo, si estaban vivos o si acaso necesitaban ayuda médica. Lo hice pensando en los que están en las calles, porque me imaginé a tantos Jenk probablemente heridos o desorientados y sin dinero o recursos en general… —expresó—. Utilizar Doctor Móvil como un medio de beneficio personal haría que el propósito de su existencia dejara de tener sentido. No me importa la prensa, Aurora.

Ella sintió los ojos llovidos. En ese instante sintió enamorarse un poco más de él. Se acercó para abrazarlo, lo hizo con fuerza, sin derramar las lágrimas. «¿Cómo era posible que existiera tanta nobleza en un hombre, pero, a la vez, tanta tortura?».

—Dom, tu superficie es una fortaleza que desde fuera luce impenetrable, fría y peligrosa —susurró mirándolo—, pero dentro guardas una profundidad distinta. En tu complejidad también eres sencillo. Toda una contradicción que me gusta mucho. ¿Sabes por qué te he preguntado sobre Doctor Móvil? —expresó con emoción.

—No, pero sé que no te guardas tus opiniones, así que vas a decírmelo.

Ella soltó una risa suave, queda y llena de dulzura por él.

—Quisiera que, una de estas noches, me lleves a ayudar en las brigadas.

Él la miró un instante, conmovido e impactado.

—¿Por qué…? —preguntó frunciendo el ceño.

Aurora le borró el gesto al delinearle la frente con la yema de los dedos.

—Quiero ser parte de algo que es importante para ti —dijo con simpleza—. Además, la posibilidad de ayudar a otras personas me hace sentir que estoy marcando una diferencia en el mundo. Así como tú, en silencio, lo has estado haciendo, Dom.

—Me encantaría llevarte conmigo —replicó con sinceridad.

Ella le acarició la mejilla e hizo un asentimiento, emocionada y complacida.

Dominic sonrió de medio lado y cambió la posición en la que se encontraban. En un movimiento ágil, la tuvo bajo su cuerpo. Ella lo observó con suspicacia; sentía la erección presionando justo contra su centro. Se removió ligeramente, provocándolo. Dominic soltó un gruñido y le susurró todo lo que haría con ella esta vez. Ella sintió la piel erizársele por la anticipación. La respiración de ambos se agitó.

El silencio gritaba la necesidad de llenar las partituras de una nueva sinfonía con notas especiales, diferentes, porque los acontecimientos lo merecían. Pero Aurora también tenía su mente girando en diferentes direcciones. No quería que el impacto de la conversación permaneciera ahogado en la suite y que se sublimara con una sesión de placer. Ella sentía la necesidad de insuflar un toque de ligereza y aire fresco esta vez. Lejos de los confines de estas cuatro elegantes paredes de la habitación. Quería dejar que las chispas de un flirteo diferente, bajo circunstancias nuevas, ocurriese.

La idea que surgió en su mente la hizo sonreír, porque tal vez podría ser un poco absurda, pero le parecía que era lo que necesitaba Dominic para relajarse. Para que los últimos resquicios de una confesión tan difícil se disolvieran, al menos, por hoy. Ella necesitaba escucharlo reír de esa manera profunda, genuina y libre que tan pocas veces ocurría. Este hombre, consumido por remordimientos de un pasado cruel, que había asumido como su responsabilidad, merecía sonrisas. Aurora quería provocarlas. Cuando Dominic empezó a acariciarle los pechos, ella aprovechó para salir de debajo de él rápidamente, mientras se reía por lo bajo. Él soltó un gruñido.

—¿Aurora, a dónde vas? —preguntó confuso.

—Dominic, en el exterior está lloviendo —dijo sonriendo y yendo hacia la puerta—. Quiero mostrarte algo muy interesante, porque creo que será estupendo.

Él se incorporó de la cama y avanzó hacia ella. No la quería lejos de su lado.

—Ven aquí —exigió retomando su tono mandón—. Tenemos un asunto pendiente e iba empezar conmigo, desnudándote. ¿Cuánto tiempo estás dispuesta a soportar la tortura de no tener un orgasmo, mientras te chupo el sexo con mi boca?

Aurora tragó saliva al imaginar la deliciosa lengua de Dominic. Pero no cedió.

—Podría decir lo mismo —le hizo un guiño—. Si mal no recuerdo, yo también puedo retener tus orgasmos, Dominic. —Él empezó a caminar hacia ella, pero Aurora se apartó—. Tengo una idea y pienso llevarla a cabo. Solo acompáñame un instante. Luego, si quieres, puedes comprobar cuán mojada estoy —dijo pícaramente.

—Aurora… —dijo en tono frustrado—. Regresa a la cama conmigo.

Ella se rio y meneó la cabeza, pero solo empezó a correr por el pasillo. Sabía que él no iba a perseguirla al instante, sino que se tomaría su tiempo, hasta llegar donde se encontrara. Este era un detalle muy de Dominic que ella emplearía a su favor. El clima exterior no era frío y la lluvia arreciaba en la ciudad. Aurora bajó las escaleras, descalza. Cuando llegó a las puertas de vidrio que daban al patio, las abrió y salió con entusiasmo. Las gotas de lluvia la recibieron con fuerza, golpeando su cuerpo. La falda azul y la blusa celeste se empaparon al instante adhiriéndosele a la piel, trazando su anatomía. Ella elevó el rostro, abrió los brazos y giró sobre sí.

Al cabo de un instante, tal como lo previó, escuchó a su esposo.

—¡¿Estás demente, Aurora?! —exclamó Dominic desde el umbral de las puertas de vidrio. La mujer estaba sonriendo, mientras la ropa mojada marcaba todas sus curvas. Él podía notar los pezones erectos y la línea de las bragas bajo la falda.

Ella tenía el cabello suelto, pegado al rostro por el agua, así que se lo echó hacia atrás, al tiempo que fijaba su atención en Dominic. Este no se había calzado. La observaba como si Aurora fuese una persona que había perdido la razón de repente.

—Los adultos deberíamos bañarnos bajo la lluvia, ¡es divertido! —exclamó a viva voz, exultante, súbitamente relajada y riéndose—. Hacía muchos años que no hacía esto. Cuando era pequeña, Kitty y yo siempre solíamos salir apenas llovía. Después, regresábamos al interior de la casa y tomábamos un chocolate caliente.

—No me sorprende que tu mejor amiga esté tan mal de la cabeza como tú. Pobres pacientes con una psicóloga como Kitty —replicó con seriedad y Aurora soltó una risotada—. Si lo que buscas es que te haga un jodido chocolate caliente, te lo haré, pero deja esta tontería. Entra a la casa, Aurora. ¿Qué haces…? —empezó a preguntar, aunque no logró concluir la frase, porque ella llegó hasta él y tiró de su mano.

—Ven conmigo, un instante, por favor —dijo mirándolo con una sonrisa

deslumbrante. El jardín recibía sendas gotas de lluvia estaba iluminado tenuemente por las luces instaladas alrededor—. ¡Compláceme, Dom! Nadie va a saber que el gran CEO de Langford Creations se ha bañado bajo la lluvia —continuó tirando de él.

—¿Qué obtengo a cambio? —preguntó, en tono negociador con una sonrisa.

Esa sonrisa llenó de júbilo a Aurora. Ella no le soltó la mano.

—No desafiaré tu control, como lo he hecho últimamente, durante el sexo. Pero querré que azotes mi trasero y mi sexo, hasta que solo al penetrarme se mezclen el dolor con el placer cuando me corra contigo dentro de mí —dijo mirándolo.

—Carajo, Aurora —farfulló, excitado porque era la primera vez que ella le hablaba de este modo. «La mujer sabía cómo conseguir su maldita atención», pensó, y permitió que lo guiara al patio—. Esto es infantil —dijo cuando la lluvia lo cubrió.

Ella soltó una risa diáfana y cantarina.

—¡Eso es genial, porque significa que es espontáneo y genuino! —replicó.

La lluvia mojó a Dominic por completo. Se quedó de pie, apenas Aurora detuvo su andar, en el centro del patio. La miró con una mezcla de emociones que lograban rasgar el velo que protegía ese músculo oxidado en su pecho y que lo mantenía con vida. Aurora parecía vibrar en medio de esta inesperada situación. Lo que esta mujer provocaba en él no tenía comparación. Alejarse sería apagar el faro que, en medio de las tempestades de alta mar, guiaba a los marinos a puerto seguro.

—Vas a pescar un resfriado —dijo acercándose. Su rostro estaba lleno de gotas de agua que no dejaban de caer, al igual que le ocurría a Aurora—. Vamos dentro.

Ella esbozó una sonrisa e hizo una negación.

—En realidad, no hace frío, pero gracias por preocuparte por mí —murmuró posando una mano en la mejilla cubierta por una ligera barba perfectamente acicalada—. Sé que vamos a encontrar las respuestas que hacen falta para que tú y tus padres tengan un cierre sobre Jenk. —Él asintió levemente—. Voy a ayudarte en lo que pueda. Pero ahora, Dom, disfruta de algo tan sencillo como el agua de la naturaleza. Qué importa si es de noche o de día —dijo—. Hoy, quiero tus sonrisas.

Dominic la miró con intensidad. Él quería entregar más que solo eso, mas no

tenía idea de qué exactamente o cómo asimilarlo. No iba a ahondar en esos detalles. Por una jodida vez, en muchos años, él no asoció la lluvia y la naturaleza, mezclada con el atardecer o la oscuridad, con el horrendo día de la desaparición de su hermano.

La razón por la que detestaba la lluvia, por la que prefería cerrar las cortinas, ya que no podía hacer nada con los putos vidrios, era porque le recordaba el pasado. Le recordaba aquel día en el campo de fútbol y los eventos posteriores. Hoy, sin embargo, sin saber lo que estaba provocando, Aurora acababa de cambiar lo anterior.

—Parece que en las últimas semanas es lo único que resulta inevitable contigo —dijo Dominic dando un paso más, hasta que ya no quedó espacio entre los dos.

—¿Eso es bueno o es malo? —preguntó ella, ladeando la cabeza, sonriendo.

Él contagiado por el optimismo de Aurora, le hizo un guiño.

La lluvia, en este instante, se había convertido en una aliada cálida y constante.

—Eso es extraño y abrumador para alguien que, como yo, prefiere un férreo control o la indiferencia —dijo Dominic. Soltó una larga exhalación, relajó su cuerpo, abandonó gran parte de las cadenas que lo rodeaban, y esbozó una sonrisa sincera.

—Y ahora, Dom, ¿qué es lo que prefieres? —preguntó en un susurro.

Dominic le sujetó el rostro entre las manos. Como si se tratara de una pieza de arte única, cuyo precio sería imposible definir ni por el más versado coleccionista.

—Hacer algo que he evitado durante años —dijo con la adrenalina recorriéndole la sangre; los sentidos alertas y excitación, por algo más que el sexo.

—¿Sí…? —susurró cuando él le acarició los labios.

—Eres irresistible, Aurora —murmuró inclinado la cabeza, hasta que los labios de ambos quedaron a solo milímetros—. Una debilidad que quiero permitirme.

—Dom… —dijo con emoción en la voz.

Ella contuvo la respiración. Las lágrimas que finalmente derramó se mezclaron con las gotas de lluvia. Pero él no podía notarlas. Lo que siguió a continuación selló su suerte, porque no existía fuerza posible que hiciera que Aurora dejara de amar a Dominic. Porque, detrás de la perfidia, estaba el hombre

del que se había enamorado.

—Quiero tus besos, solo para mí —dijo Dominic, mirándola.

—Son tuyos —susurró Aurora en el momento en que sus labios se unieron.

CAPÍTULO 20

Años. Dominic llevaba años sin besar a una mujer, porque esa había sido su decisión y su castigo; su forma de evitar crear un vínculo para no perder el control de las emociones. Ni siquiera tuvo esa indulgencia con Vespery, a pesar de los incontables reclamos de ella. Él nunca cedió ante la insistencia de su ex. Sin embargo, en este instante, mientras sostenía el bello rostro de Aurora entre las manos, con la lluvia cayendo sobre ambos, evadir lo que cada célula de su cuerpo clamaba era imposible.

En el momento en el que sus labios tocaron los de su esposa, una llama potente avivó todo en él. La sensación fue el equivalente a recibir un intenso baño de sol, después de un largo período sumido en la oscuridad; como romper las últimas cadenas invisibles que habían oprimido la posibilidad de sentir profundamente. Dominic le recorrió los labios con la lengua y luego se los mordisqueó instándola a abrirlos para él. Con un suspiro y un gemido entrecortado, Aurora le dio la bienvenida que ambos habían necesitado en ardiente silencio. Se reconocieron, entrelazando sus lenguas y probando la pasión en el otro. En Dominic no hubo duda al tomar todo lo que ella ofrecía, arrasó la boca como un hombre famélico, cuya salvación era esta mujer que había erosionado su hermético universo de culpas, ambiciones e indiferencia.

Esta mujer cálida y dulce, que igualaba la pasión de sus besos, que lo hacía pensar en un futuro juntos, sin tiempo ni restricciones, también lo hacía sentir entero y vibrante. La manera en que ella se aferraba a su boca, pidiéndole y dándole más, lograba que él comprendiese, finalmente, que las emociones no eran un castigo que iban a destruir su vida. Sino que, con Aurora entre brazos, sus labios probándose, devorándose y tentándose incansablemente, Dominic entendía que ella era la recompensa que la vida tardó en entregarle. No tenía intenciones de dejarla marchar, aun cuando no supiera cómo asimilar ni definir todo lo que Aurora lo hacía sentir.

Le recorrió el cuerpo con las manos, marcó cada parte de la curvilínea figura; le apretó la carne sobre la ropa, con fiereza y ansias, al tiempo que continuaba paladeando la boca pecaminosa. Ella le empezó a quitar la camisa y Dominic, sin dejar de besarla, la agarró de las nalgas y la instó a que le rodeara la cintura con las piernas. Caminó con ella hasta los alrededores de la piscina, en el área que el suelo era de cemento antideslizante, y existía una cobertura parcial de la

lluvia. La dejó en pie y empezaron a quitarse la ropa. No fue un proceso tan rápido, como cuando estaban secos, pero les daba igual porque la necesidad de estar piel con piel era muy potente.

—He sido un idiota al privarme de tus besos —reconoció Dominic, mientras rompía el contacto a regañadientes y apoyaba, jadeante, la frente contra la de ella —. Este es el sabor más exquisito, después de tu sexo, que he tenido la fortuna de probar.

Aurora se rio por lo bajo y le mordió la boca. Los labios femeninos estaban inflamados, porque se habían besado por largos minutos; una mezcla dulce, salvaje y posesiva. Ella le acarició la mejilla y se perdió en la mirada que ahora era más cercana.

—No necesitas volver a privarte de ellos —susurró excitada al quedar desnuda—. Y yo tampoco quiero que volvamos a estar sin besarnos, Dominic.

Sus pezones endurecidos clamaban la atención masculina; su sexo húmedo y palpitante necesitaba alivio, solaz y ser ensanchado deliciosamente; su piel requería caricias; su boca anhelaba más de la de Dominic; y su corazón buscaba una reafirmación, a través de sus miradas enlazadas en el clímax, que esto era diferente entre los dos. Una reafirmación de que este beso era el preámbulo de una base más firme entre ambos, sin negación, sin murallas de indiferencia o protección emocional. Mas no podía presionar, sino tan solo disfrutar y tener la esperanza de que así fuera.

—Aurora —dijo él en tono reverente recostándola sobre la ropa, que había formado una suerte de sábana mojada, en el cemento—, te diría que eres guapa o bella, pero no soy un hombre de palabras vacías, en especial si no hago nada para demostrártelas —murmuró halándole el labio inferior con los dientes, besándola.

Ella se sintió complacida y sucumbió a las caricias de esa boca. A Aurora le gustaba sentir el peso del cuerpo masculino sobre el suyo, cálido, fuerte y protector. Dominic jugueteó con la lengua de ella, succionándola, y luego recorriéndole cada recodo de la boca. Sus labios se fundían en gestos anhelantes, determinados y fogosos.

Besarse era un gesto básico entre los seres humanos, pero no para alguien como Dominic que había preferido evitarlos tajantemente. En parte, él se sentía satisfecho de que romper esta atadura, mental y física, hubiese ocurrido con Aurora. Sin la belleza de ojos miel y curvas deliciosas, él no creía que habría sido posible enfrentarse a sus propias restricciones para apartar la insistente

sombra de la culpa.

—Sé que eres un hombre que prefieres más acciones que palabras, Dom —replicó al cabo de un largo rato, mirándolo a los ojos, al separar ligeramente sus labios—. Supongo que yo soy un equilibrio de ambos, aunque las palabras me suelen parecer siempre necesarias para no mal interpretar o dejar lugar a confusiones.

Dominic sonrió de medio lado e hizo un asentimiento.

—Eso, me consta —dijo él, instándola a separar más los muslos—. Por eso, quiero que me digas, esta noche, todo lo que sientes a partir de ahora con mis caricias.

La lluvia salpicaba algunas gotas sobre ellos; el resto, caían sobre el techo bajo.

—¿Todas? —preguntó en un tono que intentaba ser valiente. Él no tenía idea de lo que ella estaba a punto de decirle. Aurora sabía que expresar sus sentimientos conllevaría un inmenso riesgo—. No quiero que mi elocuencia te asuste —murmuró.

Dominic, ajeno a todo lo que se cocía en la mente de Aurora, se rio y asintió.

—Sí, todas, Aurora Langford —dijo en tono posesivo, besándola insistente y voraz; robándole el aliento, llenándose de sus gemidos, jadeos y la ambrosía del contacto—. Estas tetas, me vuelven loco —murmuró, antes de bajar la boca para lamer los contornos de cada areola. Ella elevó las caderas en una petición silenciosa, pero Dominic se tomó su tiempo entre los pechos. Le mordisqueó la carne y succionó los pezones con fuerza y suavidad combinados, mientras Aurora enterraba los dedos entre los cabellos masculinos, gimiendo—. Son grandes —mordió un pezón—, sensibles —frotó la barba contra la piel, enrojeciéndola—, y tersas —chupó los picos.

—Dom, me vuelves loca… Sí, succiona más fuerte… Duro, sí —pidió con abandono, presionando el rostro de él contra sus pechos para que no dejara de devorarla. Él no se detuvo; se dio un festín sensual—. Podría correrme solo con un toque de tus dedos si sigues chupándome así… Pero te quiero dentro de mí —jadeó en un tono casi incoherente, cuando él elevó el rostro de los senos para dedicarle una sonrisa complacida—. Entra en mí… Dios, quiero correrme contigo dentro de mí.

Dominic la tomó de las caderas, deslizando las manos bajo las nalgas, apretándoselas con fuerza, consciente de que iba a dejar una marca. Tal como deseaba. Luego de amasarlas y juguetear, llevando la humedad del sexo al

espacio oculto entre las carnes firmes de Aurora, las soltó ante la queja de la mujer. A él le gustaba tentarla.

—Me prometiste que no ibas a desafiarme durante el sexo a cambio de que aceptara esta tontería de salir bajo la lluvia. Pero aquí estás, Aurora, pidiéndome que te penetre cuando yo soy quien marca el ritmo —dijo con una media sonrisa —. ¿Tan pronto estás rompiendo tus promesas? Mmm, eso no te hace buena negociando.

—Puede que no, pero sí tentándote —susurró agarrándose los pechos y acariciándoselos, mientras lo miraba con sensualidad—. Entra en mí, tómame, Dom.

El miembro estaba tentando la entrada mojada. Aurora se sentía desvergonzadamente ansiosa, expuesta ante él; su sexo estaba húmedo y palpitaba, porque necesitaba sentir la manera erótica, contumaz y cruda en que este hombre sabía darle placer. Su corazón estaba acelerado, su piel sensible y sus emociones a mil.

—Aurora —murmuró entre dientes—, cada día eres más descarada. Magnífica.

—Tú me haces sentir plena y a gusto con mi cuerpo —expresó con emoción.

—Me alegra escuchar eso, porque tu cuerpo no solo es un camino de lujuria, sino un refugio para un alma perdida como la mía —dijo mirándola y entrando ligeramente en ella. Solo bastaría un empellón para anclarse en el estrecho interior. Él tenía los brazos apoyados a cada lado de Aurora para evitar aplastarla con su peso.

—Ya no está perdida —afirmó ella con las emociones a flor de piel.

—No, Aurora, al parecer ya no… —reconoció penetrándola completamente.

Ella soltó un gemido, elevando las caderas, y rodeándole el cuello con los brazos. Atrayéndolo para besarlo. Soltó un suspiro de placer, porque si bien el sexo con Dominic era fantástico, al mezclarlo con sus besos se volvía una experiencia especial. Sabía de dónde surgían las reticencias de este hombre, así que el hecho de que él hubiera marcado la pauta para darse el primer beso la había emocionado. Él la besaba de manera territorial y dominante. Aurora dejó que todas sus emociones quedaran expuestas, cada vez más, a medida que él la tocaba. No existía razón para resistirse a la avalancha de sentimientos que la sacudían. Aunque su intención jamás fue enamorarse, menos entregar su corazón, eso era exactamente lo que había pasado.

Aurora se aferró a Dominic. Al mecerse juntos, en un vaivén de movimientos, los pechos se frotaban contra la piel masculina creando un contacto excitante. Los escalofríos que recorrieron a ambos se mezclaron con el aire húmedo de la noche lluviosa. A pesar del clima exterior, lo que calentaba sus cuerpos era la cercanía íntima y el fuego líquido que les recorría las venas. Dominic deslizó la mano hacia el sitio en el que estaban profundamente enlazados sus sexos y frotó el clítoris con destreza.

—Oh…Dom… Estoy tan sensible —gimió contra la boca de él.

—Lo sé —dijo complacido y arrogante—, me gusta lo que mis toques provocan en ti y la tibieza mojada, entre tus muslos, cuando recubre mi pene erecto.

Dominic empezó a entrar y salir de ella. Las acometidas se volvieron más intensas, rápidas y lujuriosas; pero luego él modificó el ritmo. Su siguiente embestida fue profunda y contundente. En lugar de salir del canal sensible, él permaneció anclado en Aurora. Como si estuviera asimilando todo lo que estaba sucediendo ahora, pues era consciente de que existía una marcada diferencia con otras ocasiones.

Aurora sentía que esto era brutal y potente. Mirar a Dominic y notar que para él esto no era otra noche de follar, placer, sexo caliente o control, sino algo mucho más profundo, le sacudió los sentidos y alegró sus emociones. A medida que se movían juntos, que se besaban, mordisqueaban y tocaban con reverente posesión mutua, Aurora pensaba que iban entrelazando más partes, aquellas intangibles, de cada uno con el otro. La sensación era muy sutil, delicada, pero en absoluto frágil.

—Dom, más rápido… Estoy a punto de llegar… —dijo en tono exigente.

Él sonrió de medio lado. Deteniéndose a propósito.

Ella soltó un gemido frustrado y le dio una palmada en el hombro.

—Qué lástima no tener una corbata cerca para atar tus manos y ponerte boca abajo; para así separarte las nalgas, como sé que te gusta que haga, antes de lamerte toda, desde atrás, y mojarte más de lo que usualmente estás; una lástima no poder morderte el trasero y luego dejar la marca de mis manos —dijo inclinándose para lamerle el agua del cuello, absorbiendo los toques de manzanas con rosas que eran parte del aroma de ella. Entró y salió de Aurora. Ambos gimieron—. Pero más triste es no entrar en ti en esa posición —expresó con lujuria—, tirando de tu cabello, enredado entre mis dedos, mientras, a destiempo, te agarro los pezones sensibles… —entró y salió rápidamente de ella

con un gruñido—, y me fundo con tu cuerpo.

Aurora pensaba que no podía estar más húmeda de lo que ya se encontraba en esos momentos. Sin embargo, eso era con exactitud lo que acababa de suceder. Las palabras crudas de Dominic, a la par de que la besaba, la acariciaba toda, y la miraba como si ella fuese la única mujer capaz de detener el tiempo, como si todo su mundo se redujera a lo que estaba ocurriendo entre los dos, había estimulado más su cuerpo.

—Dominic…—le clavó las uñas en los hombros, consciente de que dejaría huellas—, si me hablas así, me haces desear ir a buscar esa maldita corbata. Sin embargo, esta noche no quiero sentir que restringes nada en mí… Quiero la libertad de tocarte —gimió, cuando él embistió—, acariciarte como hasta ahora… Mmm…

—Tu estrechez es un reto constante para incitarme a no correrme tan rápido.

—No quiero que te controles —susurró arqueando las caderas—. Dom… No creo que pueda soportar más… —gimió cuando él le retorció un pezón con el dedo.

—Lo vas a hacer, hasta cuando te ordene lo contrario —gruñó Dominic.

Antes de que Aurora replicara, él selló esa boca con un beso demencial.

Dominic sentía que su cuerpo estaba tenso y el cosquilleo de anticipación, aquel que llegaba antes del orgasmo, le recorría la columna vertebral. Él fundió la boca con la de ella una vez más, a pesar de comprender que estos labios sensuales, llenos y provocativos eran el camino a su destrucción. No existía ninguna otra mujer a la que quisiera besar una y otra vez. Solo a Aurora. Las murallas que él había erigido, para evitar transitar este camino desconocido e incontrolable llamado “sensaciones”, estaban derrumbándose como piezas de dominó; caían todas, aunque, en su caso particular, lo hacían a una velocidad moderada, pero contundente. La causa: Aurora.

Él pensó que los límites que había trazado en un inicio fueron para que ella supiera lo que jamás serían, advirtiéndole que solo tenían un contrato, pero se había equivocado. En realidad, todas esas reglas fueron diseñadas para sí mismo; para no sucumbir a la pérdida de control que Aurora había incitado en él desde que la conoció.

—Dom… —gimió ella con abandono, ante la tortura sensual de las acometidas masculinas, los besos, mordiscos, lametazos y las fricciones de los dedos en su clítoris—. Mi cuerpo no resiste más… Por favor, llévame al clímax… Dom…

—Sí, solo yo y no va a haber otro —expresó, posesivamente, al hacer esa afirmación. Salió de Aurora y entró con más fuerza en ella; como si tratara de reforzar sus palabras con la potencia de su placer—. Espero que no tengas dudas, Aurora, porque si es así, entonces tu posibilidad de alcanzar el clímax será inexistente —dijo.

Ella le rasguñó la espalda con las uñas, sintiendo cómo los músculos de Dominic se iban contrayendo, al tiempo que lo escuchaba murmurar una maldición. Aurora había descubierto que le gustaba dejarle marcas, así como él lo hacía con ella.

—Tanto… —jadeó cuando él le retorció un pezón entre los dedos—, tanto como yo no quiero que haya otra para ti… —dijo arqueando la espalda.

—Me alegro de que eso quede claro —replicó mordiéndole el labio inferior.

El cuerpo de Dominic se tensó apenas sintió cómo el de Aurora empezaba a temblar bajo el suyo. Ella gimió con abandono su nombre. Él contrajo los músculos para tratar de retener el orgasmo y expandir el alivio muto más tiempo. Aurora, jadeante, le tocó el rostro y lo atrajo para besarlo con hambre, dulzura y una emoción profunda. Dominic, en una reacción casi automática, al sentir que el cuerpo de su esposa estaba en la antesala que precedía los espasmos del clímax, cerró los ojos. Se inclinó hacia adelante, para hundir su rostro en el cuello de ella, antes de correrse.

—No —dijo Aurora de repente e intentando apartarlo.

Él estaba a punto de eyacular, pero la palabra de ella, dicha en un tono rasgado por algo parecido al dolor, lo detuvo. Dominic apretó los dientes, sus ojos verdes eran llamaradas de lujuria, y su cuerpo estaba tenso. Con un esfuerzo brutal, respirando agitadamente, él se quedó estático. Apretó la mandíbula y la miró fijamente, inquieto.

—¿Aurora…? —preguntó con desconcierto, jadeando, confuso.

—Ya no puedo soportar que sigas haciendo esto… —susurró con lágrimas en los ojos que, esta vez, no logró detener. Ni siquiera lo intentó—. No te ocultes de mí.

Dominic comprendió lo que estaba tratando de decirle.

—No lo pensé… Simplemente fue algo que he hecho siempre y… —meneó la cabeza. Sus neuronas estaban en un gran conflicto con su rabiosa y frustrada lujuria.

Ella le sostuvo el rostro entre las manos. Él cerró la boca.

Estaban al borde de precipicio, en el sentido literal y figurativo.

—Dominic, estoy enamorada de ti —dijo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No espero que me correspondas o me digas algo a cambio, porque me dejaste claro desde un inicio que eso no pasaría… Pero sé que te importo… Entonces, por favor, no me insultes evadiendo más mi mirada durante el sexo… —susurró.

—Por Dios, no llores, me matas cuando lo haces —expresó apoyando la frente contra la de ella. La confesión de Aurora no le causó deseos de apartarse, sino de quedarse a su lado; se sintió privilegiado. No era capaz de decir esas palabras de regreso, pero tampoco de negárselas a sí mismo—. No eres una más para mí. Eres la única, Aurora —agregó besándole las lágrimas—. No fue mi intención lastimarte.

Ella se rio entre sollozos, porque era lo más cercano a una confesión que sabía que podría escuchar de Dominic. Le sujetó el rostro y lo atrajo hacia ella para besarlo.

—Te quiero, Dom… —susurró mirándolo.

—No te merezco, pero tampoco voy a dejarte marchar —replicó sin apartar la mirada, frotando la nariz contra la de ella—. Donde sea que estés voy a encontrarte.

—Espero que sea una promesa… —dijo Aurora tocándole la mejilla.

Él acortó los milímetros que los separaban y la besó, al tiempo que se movía en el interior suave, con lentitud. Dominic no podía confesarle a Aurora palabras que su cerebro aún no era capaz de establecer, en especial porque no existía una sincronía entre sus emociones, tan convulsas e intensas a la par, y su cerebro, tan pragmático. Sin embargo, al decirle que ella era la única, le estaba declarando mucho más de lo que alguna vez le expresó a otra mujer. Dominic no dejaba escapar palabras al azar.

Con solo dos impulsos más, ensanchándola y sin dejar de mirarla, hasta que fue imposible mantener los ojos abiertos más tiempo, él soltó un gruñido gutural en el instante en el que el orgasmo barrió su conciencia. Su miembro se agitó entre los confines del sexo femenino, mientras este se contraía alrededor de su firme grosor.

Aurora sintió la sutil vibración del pene en lo más profundo de su cuerpo, arqueó la espalda, mientras la semilla de Dominic se vertía en su interior. Mirar cómo esos ojos verdes refulgían de gozo, al tiempo que él perdía el control entre sus brazos, fue el detonante de su orgasmo y la llevó a un estado distinto y más

intenso de placidez. Se mantuvo abrazada a Dominic, hasta que todos sus espasmos remitieron.

Al cabo de un rato, él se apartó para mirarla. La sintió temblar, porque la temperatura había descendido varios grados y la lluvia permanecía en fuertes chubascos. No tenía idea de qué hora de la noche era, pero tampoco le importaba.

—¿Todo bien? —le preguntó saliendo de ella y Aurora le regaló una sonrisa.

Ambos sintieron la pérdida de la calidez al separar la unión de sus cuerpos.

—Sí, Dom… —respondió saciada, mientras él la ayudaba a incorporarse.

—Ven aquí, Aurora —dijo sujetándole la nuca con la mano y besándola.

Ella sintió la huella de este beso de un modo diferente, porque la relación de ambos había cambiado ya desde hacía semanas. Estos besos, sin embargo, redimensionaban todo el camino que habían andado de un modo importante y sin vuelta atrás. Nadie la había hecho sentir tan deseada y especial, con una mirada o un gesto, como lo hacía Dominic. Pero cuando él la abrazaba de manera posesiva, tal como ahora, vestido o desnudo, se sentía resguardada y segura. La boca de él, la instó a abrir la suya y danzaron juntos en este beso lento, profundo, y en el que el toque de Dominic dejaba traslucir algo más que la pasión. Fue un beso de promesas silenciosas.

Cuando se separaron, él le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Dom —murmuró ella con embeleso y también muy consciente de la erección, muy dura otra vez, contra su cuerpo—, no creo que deje de llover en lo que queda de la noche. Preferiría que estuviésemos en un ambiente más seco —sonrió.

Él le devolvió la sonrisa, mirándola con ardor, interés y sintiéndose ligero. Aurora, obviamente, no era su primera amante, pero reconocía que había vivido varias “primeras veces” con ella, a lo largo de todo este tiempo que llevaban casados.

—¿Es una invitación sexual para continuar disfrutando de tu cuerpo? —preguntó subiendo las manos por los costados de Aurora, hasta acariciarle los pechos con suavidad. Jugueteó con los pezones en un modo provocativo—. Cuéntame.

Ella tembló bajo su toque y le dedicó una sonrisa deslumbrante y sexy.

—Puede ser... —dijo juguetonamente y haciéndole un guiño—. No serías un hombre tan interesante para mí, si no supieras entender mis indirectas, Dominic.

Él le dio un azote en el trasero, al tiempo que recogían la ropa con rapidez. Ella se puso la camisa masculina, que le quedaba inmensa; y él tan solo usó el bóxer. Después, la agarró en volandas para empezar a caminar hacia la calidez de la casa.

—Vamos dentro —dijo él besándola—. No se me ha olvidado que incumpliste tu promesa de dejar de hacer exigencias. En la suite puedes elegir el color de la corbata.

Aurora soltó una carcajada por la referencia, rodeándole el cuello con los brazos para sostenerse. Él la hacía sentir plena, sensual y contenta. No pudo evitar preguntarse qué sensaciones experimentaría ella si alguna vez este hombre la amara.

Cuando la puerta de la habitación se cerró tras ellos, las risas de Aurora se convirtieron en gemidos y las órdenes de Dominic resultaron, como siempre, en gruñidos de éxtasis placenteros. No solo disfrutaron de un baño caliente, que tardó más del tiempo usual, entre besos y caricias eróticas, sino que un par de corbatas y una cuerda de cuero suave, los mantuvieron ocupados, hasta las tres de la madrugada.

En medio del silencioso intercambio de sensaciones, lo que menos imaginaron era que el destino estaba a punto de marcar un punto de brutal inflexión para ambos.

Durante los siguientes días, Dominic no volvió a romper el contacto visual con Aurora, cuando estaban a punto de alcanzar el clímax, ni tampoco dejaba de aprovechar cualquier oportunidad, en la que estuvieran a solas, para besarla. Si bien no era un hombre que apostara por las emociones, al menos ahora se permitía a sí mismo aceptar que estas existían en él y que podía dejarlas expandirse, en dosis que no le resultaran desestabilizadoras. Por otra parte, a pesar de la gran carga laboral que implicaba la construcción de la nueva fábrica, y que lo obligaba a pasar más tiempo en la obra, Dominic había empezado a modificar su rutina al llegar a casa. En lugar de ir a su estudio para adelantar trabajo, prefería compartir con Aurora de diferentes maneras. Un par de noches, él la fue a buscar a Cute Paws, porque la mujer poseía la tendencia a ofrecerse como voluntaria, si existía alguna emergencia, sin importar el horario. Dominic se quedó en dos ocasiones, al menos tres horas, esperándola, pero no sin antes

tomarse un antialérgico. De ese modo conoció al famoso Orejitas.

—Creo que le caes muy bien —había dicho Aurora, en una de esas ocasiones, mientras el perrito se frotaba contra la pierna de Dominic y se sentaba cerca de él.

—Debe ser porque me ve como una competencia de tu cariño. Este ser es un estratega que se presenta como alguien dócil, mientras tú estás alrededor —había replicado—. Lo más probable es que, si te vas a otro sitio, se orine o cague a propósito.

Ella se había reído meneando la cabeza con incredulidad.

—Son dos cariños distintos, no seas tonto, Dom. Orejitas es la dulzura personalizada, así que no hace estrategias maquiavélicas —había dicho agarrando al perrito y abrazándolo contra su pecho—. Una familia está interesada en adoptarlo…

—¿Por qué lo dices en ese tono triste? Deberías estar feliz de que tendrá un hogar pronto —había replicado al verla con los ojos llovidos. Dominic le había acariciado la mitad de la orejita al perro—. Si tú supervisas el proceso personalmente, entonces resultará mucho más probable que termine con humanos que lo aprecien.

Aurora había esbozado una sonrisa leve.

—Lo sé… Solo me afligiría no volverlo a ver, Dom. Es un ser tan adorable…

—Exígele a la familia que la condición es que te dejen visitarlo —había replicado él, en un tono de alguien habituado a ordenar el mundo a su antojo—. Si no les gusta la idea, no importa, porque lo que cuenta es que te parezca bien a ti.

Ella se había acercado para besarlo con suavidad en los labios.

—Dominic, este es un refugio de animales —había dicho con dulzura ante el tono protector, pero también se rio por la arrogancia—. Cute Paws no me pertenece. No soy la CEO, sino una veterinaria. Lo que a mí me parezca es lo de menos.

—Puedo comprar este lugar si te hace feliz —había replicado con simpleza.

—Oh, Dom —había susurrado dejando a Orejitas en su sitio—. No sé si algún día puedas darte cuenta de lo que, en verdad, dejas traslucir con tus palabras.

Él había fruncido el ceño, al tiempo que la guiaba fuera del lugar.

—Me gusta ser concreto y pragmático —había dicho, subiendo al coche. Ella tan solo lo había mirado como si supiera algo que él no era capaz de descifrar.

—Supongo que sí —había replicado Aurora—. El otro día te hablé de la caja con los diarios de tapas con diseños especiales, que me regaló el tío Nigel, ¿recuerdas?

—Sí, ¿qué hay con eso?

—Le pedí a uno de los guardaespaldas que la llevara a tu estudio. En algunos de esos cuadernos hay pensamientos míos, pero creo que también escribí algunas ideas de lo que iba pasando a mi alrededor y también reflexiones —había dicho.

Dominic la había mirado con un ligero toque de desconcierto.

—Pero si son tus pensamientos de adolescente, Aurora, ¿por qué querrías que yo accediera a leerlos? —había preguntado intrigado—. Eso es demasiado personal.

Ella había esbozado una sonrisa y le acarició la mejilla.

—Dom, no hay nada más personal que compartir mi cuerpo contigo y haberte dicho lo que siento por ti —había replicado—. Lo importante es que quizá puedas encontrar algún indicio o información útil en lo que yo escribí y que puede servirte para algo relacionado con Jenk. Quizá no es nada, pero ¿qué pierdes con intentarlo?

—No sé por qué eres tan generosa conmigo —había murmurado él.

—Sí lo sabes —había replicado haciéndole un guiño y poniéndole la mano en el corazón—. Así que lo único que quiero es que tengas un cierre a ese episodio.

Él había hecho un asentimiento, pues llevaba años deseando lo mismo.

—Gracias, no sabes lo mucho que significa para mí este gesto —había expresado dándole un beso profundo y breve—. Por cierto, mi madre tiene ilusión de verte en la presentación de su nueva colección de modas el próximo sábado. Pero si has estado pensándolo mejor y quieres retractarte, aún estás a tiempo, Aurora.

—No voy a retractarme ni a hacerle un desaire a Lavina, en especial cuando ha diseñado un vestido tan hermoso para mí. Te aseguré que iba a desfilar y lo mantengo. Además, al final de ese día hay algo importante que quiero comentarte —había expresado en un tono suave y sonriente—. Sé que te gustará tanto como a mí.

—Las sorpresas no me agradan —había dicho y enarcado una ceja.

Ella se había acercado más a él, apoyándole la mano sobre la pierna.

—Ah, y yo que pensaba aprovechar que nos quedaban todavía varios minutos para llegar a la casa, supongo que será otra ocasión —se había encogido de

hombros—. Mi sorpresa era tomarte con mi boca —le había susurrado al oído—, porque has sido un esposo muy atento hoy. Pero acabas de decir que no te gus…

Dominic se había reído, besándola para interrumpir lo que ella pensaba decir. Luego había activado el compartimento de privacidad del coche. El viaje de regreso había sido interesante, convirtiéndose en el preámbulo de una noche apasionada.

Eso había ocurrido dos días atrás y quedaban tres para el desfile de modas.

Pero ahora, mientras Dominic miraba los diarios escritos por Aurora, que Nigel McCarran le obsequió a ella años atrás, sentía su mundo vuelto del revés.

Él había elegido varios cuadernos al azar. Los primeros dos, le provocaron una sonrisa al conocer la mente de Aurora, igual de soñadora que ahora, y su forma de mirar el mundo. En cada una de sus líneas siempre dejó claro que el anhelo que tenía era ayudar a los animales. Cuando Dominic llegó al cuarto cuaderno, que él eligió porque picó su curiosidad de que fuese el único que tenía un diseño de tapa muy distinto a los demás, y lo leyó, sintió cómo todo su cuerpo era invadido de rabia, mezclada con repulsión, impotencia, venganza y desesperación, como nunca había experimentado. Todas las emociones más convulsas que un ser humano podría sentir, aquellas retorcidas de formas impensadas, las sentía él, elevadas a la enésima potencia.

El texto de ese jodido cuaderno tenía una escritura diferente a la de Aurora y un contenido que no tenía relación con reflexiones personales, sino que eran temas de negocios. Dominic no requería que alguien le hiciera aclaraciones al respecto, porque los datos que constaban, en columnas trazadas a mano y bolígrafo azul, eran de precios, fechas, edades, países de origen y puertos de destinos diferentes. Se trataba de una bitácora sobre transacciones marítimas, pero no cualquier clase, según notaba Dominic con desprecio. Debajo de una columna denominada “mercadería”, no existía el nombre de bienes materiales, sino tres ítems: peso promedio, raza y altura. Estos no eran elementos clásicos ni para drogas, menos para objetos, sino para personas.

Estaba leyendo la bitácora de un maldito sistema de tráfico de personas.

Este diario tenía un interior con un aspecto más antiguo. Las páginas eran más frágiles y parecían haber sido repasadas varias veces. La caligrafía era firme y se evidenciaba la huella al girar de un folio a otro. Todo estaba escrito con cuidada pulcritud. Dominic estaba sentado en el sofá de su estudio, con la caja de los diarios abierta ante él, pero también tenía el iPad a un costado. En la tableta digital constaba el archivo que señalaba los años en los que Bruce y Jocelyn

firmaron los pagos de aquellos buques de carga, que se dieron como perdidos en Shipment Orion.

No necesitaba ser un genio, aunque Dominic lo era, para unir las pautas de la información que poseía. Con avidez y un nudo en la garganta, leyó todas y cada una de las páginas. Al hacer la comparación de los archivos digitales, con las fechas y datos del cuaderno escrito en azul, encajaban perfectamente. Se trataba de los mismos cinco viajes. Con un nudo en la garganta, su mirada recorrió el grueso diario convertido en bitácora. Las edades que se marcaban de las personas eran entre dos y veinte años.

Dominic poseía una alta capacidad para distanciarse de episodios o personas que pudieran causarle una pérdida de control. Pero esto superaba a todo cuanto había conocido. A medida que seguía leyendo la bitácora, los latidos del corazón se aceleraban, porque sus sospechas iniciales, aquellas que hicieron que la rabia contaminara sus sentidos, ahora parecían más bien una certeza. Continuó pasando las páginas, hasta el final y releyó, pero la información era innegable. En uno de esos viajes, fechado veintiún años atrás, constaba el día exacto en el que desapareció su hermano, así como también datos imposibles de no asociarlos a Jenk. «Esta no era su puta imaginación», pensó sintiendo un vacío que le oprimía el pecho, mientras el eco de una verdad insoportable retumbaba en su tórax. Esto era algo brutal de procesar.

Fecha: Londres, 21 de julio 2003.

Mercadería: 89 libras. Raza blanca. 4 pies y 9 pulgadas.

Origen: Londres.

Condición: Saludable. Premium.

Puerto de salida principal: Tilbury, Londres.

Puerto de llegada final: Seychelles.

Precio: 250,000 libras esterlinas.

Estado final: entregado.

El rompecabezas acababa de terminar de unirse y era absolutamente horrendo.

Él no creía en las coincidencias, así que el hecho de que el hacker lo estuviera llamando en este instante, mientras él rogaba que su realización fuese un error, a pesar de los datos inexpugnables, lo consideraba una broma cruel del destino. Sentía que las manos le temblaban. Se puso de pie, porque no era capaz de continuar sentado. Apoyó las manos contra la pared y dejó caer la cabeza.

Súbitamente estaba agotado.

Así como estos datos de su hermano, también constaban los de cientos de personas, bajo las mismas descripciones ordenadas. El trabajo de registro era meticuloso y prolijo; como si jamás hubiera existido apuro al escribir. Esta forma de llevar notas transaccionales no solo era la más antigua del mundo, sino que seguía siendo la más segura, porque no existía evidencia de los crímenes si no se podía demostrar su constancia. Sin embargo, Dominic acababa de encontrar pruebas que podrían servir de mucho, no solo a título personal, sino social, si lograba encausarlas en el modo adecuado. Pero esto no era algo que pudiera hacerse sin la mente clara.

Dio varios puñetazos contra la pared, hasta que los nudillos estuvieron sangrando. Permaneció en silencio un largo rato. No le importaba el dolor. Regresó al sillón un instante. El teléfono volvió a sonar y él lo ignoró nuevamente. Dominic pensó que este no podía ser el único diario con similar información, así que se limpió la sangre sobre el pantalón para no manchar los diarios y rebuscó en la caja. Sí, halló otras bitácoras muy gruesas mezcladas entre los diarios de Aurora. Cinco volúmenes en las mismas condiciones del primero que acababa de leer. Se apretó los talones de las manos contra los ojos. Intentó respirar, pero esto parecía algo complicado ahora.

Fue hasta el sitio en el que se hallaba el minibar del estudio. Agarró una botella de The Macallan. No se molestó en tomar un vaso, sino que bebió largos tragos continuos, hasta dejar el contenido a la mitad. Después soltó la botella con dureza sobre la superficie. Cerró los ojos un largo instante, mientras intentaba asimilar toda esta mierda. Su cerebro estaba nublado y sus neuronas colapsadas. Sus emociones, desatadas por todos los eventos intensos de los últimos días, sumado a este nefasto descubrimiento, luego de tantos años de búsqueda incesante, estaban muy sacudidas.

Se pasó los dedos entre los cabellos. Sentía ganas de agarrar el arma más cercana, buscar a Bruce, y exigirle respuestas, antes de asesinarlo. Pero, aunque le tomó un esfuerzo casi sobrehumano, Dominic hizo acopio de las herramientas que poseía para dominar sus impulsos por un instante. Porque eso era lo que necesitaba para devolver la llamada al hacker y escuchar lo que este habría encontrado en las pesquisas realizadas. El informe, que probablemente ampliaría todo lo que Dominic acababa de descubrir, iba a ser muy importante. El CEO cerró los ojos y se dio cuenta de que la tibieza que rodaba por sus mejillas eran lágrimas de dolor y desesperación. Se sentía súbitamente perdido y con una

sensación de vacío, así como de desconsuelo.

Cuando él decidió mezclarse en la vida de los Sterling para saber si tendrían información sobre Jenk, tan solo a partir de la maldita pista de ver su Game Boy en una puta fotografía, Dominic jamás imaginó que el hilo de la madeja lo llevaría a esta situación cruda y desmoralizante. Su intención, cuando investigó el asunto de las rutas marítimas de Shipment Orion, solo fue seguir acumulando datos contra el candidato a alcalde de Londres. A pesar de que Dominic sabía la clase de acciones inmorales y depravadas que existían en su círculo social, él nunca pensó encontrarse cara a cara con una realidad que vivían muchos países del mundo; que no contemplaba razas o situaciones económicas. El tráfico de personas era una de las más grandes debacles humanas. Lo peor de todo era que siempre estaban involucrados aquellos que eran elegidos para procurar el bienestar de la ciudadanía: altos rangos políticos y sociales.

Dominic no tenía conocimiento, obviamente, sobre cuál era el alcance de la implicación de Bruce o qué clase de desviaciones o crueldades ocurrían con estas personas que eran transportadas de un lado a otro. Ahora le hacía sentido que hubieran declarado “perdida” la mercadería y que ZeroGhost hubiera encontrado que las Islas Seychelles era una parada, inusual. Una isla de millonarios y caprichos sin importar los límites. «¿Qué pasaba con las personas una vez que llegaban ahí?». Dominic deducía, por simple correlación de datos leídos, que todo este asunto criminal sucedía desde el Reino Unido hacia esas islas, no viceversa. Pero también comprendía que lo más probable era que hubiese dado solo con la punta del iceberg.

Pensar en las crueles variables y despiadadas posibilidades, lo dejaban en un estado de agobio. Sobre lo que sí estaba seguro era de que Bruce y Nigel estaban involucrados. Uno estaba vivo, el otro, muerto seis años atrás. Dominic no era capaz ni siquiera de pensar en cómo su hermano, tan frágil y risueño, pudo sentirse. Jamás sabría el curso que tomó el destino de Jenk, después de que él lo hubiera dejado de lado en esa cancha de fútbol, veintiún años atrás. Dominic experimentaba un dolor indescriptible y la fuerza de su rabia amenazaba con descontrolarse de un momento a otro. No estaba en capacidad, en estos instantes, para interactuar con otro ser humano. Menos con la mujer que estaba en la suite que compartían. «Dios, cómo puede estar pasando toda esta mierda junta», pensó, mientras los nudillos lacerados palpitaban de escozor, pero no era nada comparado con la magnitud de esta situación.

Ni siquiera creía que investigar a las personas que trabajaron en la casa, que

Nigel rentó a los Sterling, tuviera sentido. Probablemente, la policía tendría otra opinión. Pero Dominic no estaba con la capacidad de armar una estrategia, porque para eso tenía que serenar las aguas turbulentas que lo rodeaban. Además, no sabía tampoco cómo podría hablar con Aurora de toda esta situación; cómo mirarla a la cara y decirle que Bruce estaba vinculado en algo peor que solo corrupción política.

En ese instante, en la mitad de una realización sobre lo ocurrido con Jenk, dándose cuenta de que el bienestar de Aurora era una de sus principales preocupaciones, lo entendió todo. Entendió que su falta de egoísmo, la sonrisa idiota que esbozaba cuando se besaban, la sensación de plenitud que lo embargaba cuando tenían sexo, la forma en que su mundo, aún en oscuridad, con solo pensar en Aurora se llenaba de partículas de luz, y la admiración que sentía por la belleza de ojos miel, tenía un nombre muy claro y definido. Amor. Estaba enamorado de su esposa.

Reconocer algo tan importante con tanta certeza, en medio de una situación que no controlaba era paradójico. Pero también implicaba notar que la única constante para él siempre sería Aurora. Sí, aceptaba plenamente que existía un vínculo entre los dos, un amor profundo, apasionado y posesivo; uno que Dominic jamás se atrevió a concebir como algo posible en su vida. Sin embargo, a pesar de esta trascendente implicación, él no iba a detener los pasos a seguir en la búsqueda final de que se hiciera justicia para su hermano. Esto no era negociable, a pesar de que Aurora pudiera salir lastimada por una circunstancia de la que no tenía culpa. Jenk merecía que él, como hermano mayor, ahora se hiciera cargo de verdad y brindara un cierre a ese episodio que marcó la vida de su familia. Luego necesitaría hallar las palabras, que no se le daban precisamente bien, para explicarles todo a sus padres.

Dominic agarró el móvil y envió un código al número que el hacker le había dado, semanas atrás, en el caso de que quisiera contactarlo. Esperó. A los cinco segundos sonó su teléfono. Procurando serenarse, para asimilar lo que sea que fuese a escuchar a continuación, el CEO deslizó el dedo sobre la pantalla y contestó.

—Ahora ya puedo hablar —dijo sin explicarse y a modo de saludo.

—Señor Langford, he tardado más de lo planeado inicialmente en contactarlo, porque estuve esperando un acceso remoto que me dio un contacto y era importante para verificar la información que obtuve —expresó ZeroGhost en tono pensativo.

—Me interesan los resultados, no los procesos para llegar a ellos —replicó Dominic con voz tensa—. Acabo de hacer un hallazgo importante. Aunque prefiero escuchar lo que tienes que decirme, pero no sin antes saber si tus datos están relacionados de alguna manera a eventos criminales más complicados de lo usual —comentó. Cómo llegaron esas bitácoras a mezclarse entre los diarios de Aurora no tenía ya importancia. Daba igual si alguien los puso ahí por error o a propósito para ocultarlos, pensando en que ella no lo notaría. Lo trascendental era la información.

—Sí, lo están —replicó el hombre con seguridad—. Entré a los servidores antiguos que no fueron desconectados en Port Victoria. Hice rastreos en la *dark web*. Sé que esta es una contratación de corte privado, pero podría enviar anónimamente todos estos datos a las autoridades o a los medios de comunicación —comentó solícito—. La conexión de Bruce Sterling, Nigel McCarran, así como una lista consistente de nombres, cuyas carreras y vidas podrían ser destruidas, está vinculada a una red de tráfico de personas. No existen imágenes de las operaciones en sí, aunque he logrado entrar en los registros de las cámaras de seguridad pública de la isla.

—¿De qué tiempo datan esas imágenes? —preguntó Dominic. Aunque supiera que, en la época de su hermano, la tecnología era pobrísima, un tonto vestigio de esperanza lo impulsó a hacer esa pregunta. Estaba consternado con toda la situación.

—Unos años antes de la muerte de Nigel McCarran, aunque no tantos —replicó el hacker—. No hay imágenes de las víctimas, pues las operaciones fueron sigilosas y Port Victoria se presta para escabullirse al existir áreas restringidas, privadas y demás, ya sabe, señor Langford, privilegios por los que pagan grandes criminales y también los clientes —expresó con fluida convicción —. Lo que sí hallé, en altos índices de frecuencia, fueron los códigos de las operaciones y minucias vinculadas a estas. No fue fácil encontrarlos, así que creé un algoritmo de decodificación, rastreo y reconfiguración para identificar a qué se referían los registros que se realizaban.

—¿La red sigue operando? —preguntó apretándose el puente de la nariz.

—No, todo se detuvo seis años atrás. Al parecer, McCarran era el principal gestor. La ejecución de las negociaciones se hacía en las Islas Seychelles. Tengo un archivo amplio de pruebas contundentes: comunicaciones, transferencias bancarias en paraísos fiscales, viajes privados hacia y desde los sitios vinculados a las rutas que usted me comentó de Shipment Orion, en las mismas fechas;

además tengo guardado un espectro amplio de datos que vincula a familias de gran prestigio —explicó él.

Dominic apretó el teléfono con fuerza.

—¿Qué tipo de trata de personas era el que se llevaba a cabo? —preguntó.

—Tráfico de órganos… —dijo el hacker con franqueza.

Dominic recostó el cuerpo contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Durante largos segundos permaneció en silencio. Agradeció que el otro hombre no hablara.

Jamás tuvo la esperanza de encontrar vivo a Jenk, pero el final que tuvo no lo merecía; ninguna de las personas en esas bitácoras merecía la suerte que había corrido su hermano menor. «Hijos de puta», pensó con dolor. Todavía sentía remordimientos por el pasado, pero ya no se castigaba con reflexiones que lo instaban a creer que estaba roto por dentro. Si no hubiera sido por Aurora, que le explicó por qué sentirse culpable no tenía sentido, él ahora estaría en un infierno de auto recriminaciones.

—Mierda —expresó con una sensación de derrota—. ¿Pudiste rastrear cuál fue el papel que ejecutó Sterling? Quiero saber sobre los vínculos de Jocelyn.

—Bruce Sterling fungía solo como facilitador del transporte, basándome en el análisis de los datos que he encontrado, él sí tenía conocimiento de la mercadería que transportaba —comentó—. Además, recibía una alta suma de dinero por cada viaje que se realizaba. Los fondos eran enviados a un paraíso fiscal. Rastreé la cuenta y todo lo que queda son mil libras esterlinas. Supongo que Sterling es un gran gastador o su mujer, porque la cuenta del paraíso fiscal está a nombre de Jocelyn. En base a lo investigado, ella sí tenía conocimiento de lo que hacía su marido —concluyó.

—¿Qué ocurría en la casa que McCarran rentó, años atrás, a Sterling? —preguntó Dominic y maldijo. «Vaya matrimonio de sabandijas», pensó consternado.

—Antes de responder a eso, señor Langford, solo quisiera expresarle que la información que tengo, si usted la entrega a las autoridades, podría ayudar a que otras familias tengan un cierra o una explicación a capítulos dolorosos de desapariciones súbitas; podría ayudar a que se emitan más alertas e inclusive a salvar a otros —comentó, arriesgándose a dar su opinión. Esta era la clase de caso que habría preferido no conocer—. Ahora, sobre su pregunta en específico, los investigadores de la fuerza pública son los que podrían encontrar esas respuestas. Mis pesquisas no alcanzan a cubrir situaciones que requerirían una

búsqueda personal. Yo solo hackeo sistemas.

—Lo sé, hombre —zanjó. Las elecciones para alcalde serían dentro de un mes, pero él no iba a concederle más tiempo a Sterling—. Prepara un resumen de todo lo que has encontrado, organízalo, y enlázalo para que, cuando yo te dé la orden, lo actives y se envíe a toda la prensa británica. Será de forma anónima. ¿Me expliqué?

—Por supuesto, señor Langford. Lamento que haya sido este el resultado…

—Hiciste un buen trabajo —replicó Dominic—. Eso es todo —cerró.

El CEO de Langford Creations pasó al menos una hora en silencio, reflexiones y conjeturas; dolor, decepción y resignación, hasta que sintió que su mente funcionaba mejor. Se levantó del sillón y decidió su plan para hacer justicia por Jenk. Quedaban tres días para el desfile de modas de la nueva colección de Lavina, así que Dominic determinó que ese era el máximo tiempo que iba a esperar para ejecutar algo que sacaría a su "suegro" de la palestra política para siempre. Bruce y Jocelyn Sterling, así como todos los hijos de perra involucrados en esa maldita red de tráfico de órganos, iban a ver sus vidas tan arruinadas y destrozadas como las vidas que ellos destruyeron con avaricia y maldad. El sábado, después del desfile, a la medianoche, le daría la orden al hacker de enviar los datos a la prensa. A la par, llamaría al amigo policía de Aurora, el tal Brennan, para hablarle de la existencia de las bitácoras. No le mencionaría nada sobre lo que ZeroGhost publicaría anónimamente, pero sabía que eso iba a ser suficiente para que las autoridades se involucraran y la sociedad creara presión para que no solo Jenk, sino todas las familias que se sintieran impactadas, por la revelación de esa red de tráfico de órganos, exigieran también justicia y respuestas.

Nada de lo anterior podría ocurrir si antes Dominic no hablaba con sus padres. Esta era una conversación impostergable, porque ellos merecían tener un cierre, aunque fuese doloroso. Lo cabreaba que ocurriese antes del desfile de modas, porque diseñar fue siempre una terapia importante para Lavina. Mas no existía otro momento.

El tiempo se había agotado. Jenk y las otras víctimas merecían justicia.

Dominic salió del estudio alrededor de la una de la madrugada, abatido por las noticias, agotado por todo lo que había tenido que planificar sobre esta situación, y también agobiado a causa de las emociones revueltas que lo sobrepasaron. Cuando subió a la suite, Aurora estaba acostada en la cama leyendo. Al verlo, le sonrió con dulzura, pero pronto su expresión cambió a una preocupada al notar

los nudillos con sangre seca y también el desorden en sus cabellos. La mujer se incorporó de la cama y avanzó hacia él con rapidez. Le sostuvo el rostro entre las manos frunciendo el ceño.

—Dom, ¿qué te pasó? —preguntó con inquietud en la voz, mirándolo.

Él se apartó e hizo una negación. El conflicto emocional que sentía era muy grande. Estaba enojado con la vida, pero también deseaba el solaz de Aurora. Quería decirle lo que acababa de ocurrir, pero repetir los hechos solo haría que se cabreara de nuevo. Quería mencionarle el plan que tenía en mente para la medianoche del sábado, pero eso implicaría contarle también lo que sabía sobre los padres de ella. Eso al lastimaría. Dominic quería confesarle que la amaba, pero tampoco quería empañar una confesión tan importante en su vida con la cruda situación recién descubierta.

El panorama no pintaba alentador por el momento.

—Vuelve a la cama, por favor —dijo Dominic dejando escapar una exhalación y sosteniéndole las manos para apartarlas de su rostro. Le besó los nudillos y la soltó.

Aurora frunció el ceño ligeramente. Lo observó con atención.

—Dom, estás lastimado, no me digas que vuelva a la cama —replicó ella.

Él se pasó los dedos entre los cabellos. No tenía tiempo para esto. Estaba agotado y tratando de buscar un respiro, en medio de este caos. Lo que menos deseaba era contaminar a Aurora con esta porquería de realidad que él estaba enfrentando.

—Ocurrió algo complicado y desaté mi frustración contra la pared del estudio —dijo rodeándola para ir a darse una ducha—. Por ahora, necesito un baño, me siento drenado, y mi cabeza requiere un poco de espacio para calmarse, ¿sí? —expresó.

Ella lo miró un instante. Quería abrazarlo, pero solo hizo un asentimiento.

—Puedo respetar eso —susurró cuando él cerró la puerta del baño.

Al cabo de varios minutos, Dominic apagó la luz y se acostó junto a Aurora. Aspirar el aroma sutil de manzanas y rosas de ella, además de tenerla cerca, lo calmó.

—Dom —murmuró cuando su esposo no la rodeó con los brazos. La luz estaba apagada, pero Aurora sabía que algo iba muy mal. Eso no le gustaba para nada.

—¿Sí? —preguntó en tono distante. No podía hablarle a Aurora sobre la red

de trata de órganos, ni lo que él pretendía hacer para destruir a los Sterling.

—Si algo no va bien, aparte de los asuntos laborales, puedes hablar conmigo —comentó, empática—. No voy a juzgarte, lo sabes, y desahogarse siempre hace bien.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, ante la ironía de la vida. Estaba enamorado de la persona cuyos padres habían contribuido a dañar cientos de familias, durante décadas, entre esas familias estaba la suya. No sabía si abrazarla o no; si dejarse ir entre los muslos placenteros que siempre lo acogían con candor y pasión; si besarla, hasta que el mundo dejara de girar. Simplemente, este era un escenario inusual.

No dejaba de amarla, ni respetarla, pero sus sentidos estaban aún aturdidos. Su certeza, además de que estaba enamorado de ella, era que necesitaba hallar el momento adecuado para confesárselo. Un espacio en el que pudiera mirarla, abrazarla, besarla, pero sin sombras entre los dos. Eso no ocurriría en esta noche. Además, los próximos días serían cruciales, pues su prioridad estaba en el caso de su hermano. Dominic sabía que tenía una deuda por saldar en honor a la memoria y vida de Jenk.

—Lo sé, gracias, Aurora. Esta vez solo quiero descansar —dijo Dominic.

Ella nunca había visto a su esposo tan agobiado. No quería presionarlo para que hablara, pero intuía que lo que sea que estuviera atormentándolo no era algo de negocios. Se preguntó si habría encontrado información sobre Jenk. Aurora decidió no presionarlo, porque no obtendría nada productivo de ello. La gente solo hablaba cuando estaba lista para hacerlo, no antes. Lo sabía por experiencia personal. Así que iba a darle el tiempo que él requiriese. Aurora se acercó para abrazarlo de la cintura, porque no podía dormir sin su cercanía. Él no la rechazó y ella se sintió confortada.

—Buenas noches, Dom —susurró apoyando su rostro sobre el pectoral.

Aurora aspiró el aroma masculino y cerró los ojos. Él no respondió.

Si hubiera sido más perspicaz, ella se hubiese dado cuenta de que este súbito estoicismo de Dominic era solo el preludio de una tormenta que nunca vio llegar.

CAPÍTULO 21

Las luces de la pasarela se apagaron cuando la última modelo abandonó el escenario, cerrando con broche de oro, después de los aplausos para Lavina Langford y la bellísima nueva colección de ropa. La experiencia fue surreal para Aurora, pero también emocionante y un poco aterradora. Esto último, porque jamás se había expuesto a que otras personas, en un modo directo y a propósito, analizaran cómo le quedaba una prenda de ropa a su cuerpo curvilíneo. Ver a Dominic, tan sexy y apuesto en la primera fila, haciéndole un guiño al salir, le había dado la confianza adicional para caminar con seguridad en un evento lleno de prensa, famosos y gurús de la moda.

Sin embargo, ni la adrenalina ni la sensación de confort, en su propia piel, quitaron la preocupación por Dominic. Desde la noche en que subió a la suite con los nudillos lastimados, setenta y dos horas atrás, él no solo parecía sumido en una profunda reflexión casi atormentada, sino que actuaba de manera amable, aunque distante, con ella. No como antes, no, pero sus besos no fueron profundos ni apasionados, sino breves y superficiales. En esas noches, la abrazaba con fuerza y se levantaba más temprano de lo usual. Él tampoco había hecho intentos por seducirla.

Ella sabía que Dominic estaba luchando con su propia conciencia, el presente y el pasado. Sin embargo, Aurora quería ayudarlo o hallar la forma de darle un poco de sosiego. Quizá, él tardaría en darse cuenta de que la amaba y también en confesárselo, pero Aurora podía reconocer cómo las barreras, que desde un inicio él había erigido entre ambos, se habían ido desvaneciendo. Seguía siendo el mismo Dominic en esencia: dominante, intenso y controlador. Pero esto último estaba matizado por los gestos considerados, los besos cautivadores y las caricias reverentes, que tenía con ella, así como por la forma en que la protegía y se preocupaba por su bienestar. Aurora quería hacer algo especial para ambos, pero, en especial, por él. Esa era la razón de que hubiera preparado una cena para cuando volvieran a casa.

Quería contarle a Dominic que estaban esperando un bebé; quería verlo sonreír. Adoraba las sonrisas de su esposo, porque sabía que eran escasas para otros, pero frecuentes para ella. Este era un momento importante en la relación, pues un hijo o hija marcaría un hito que cambiaría el curso de sus vidas. Pero, al mismo tiempo, significaba que Dominic obtendría el documento legal, firmado

por Owen, que lo ratificaría como CEO de las dos divisiones de Langford Creations: LangTex y LangCosmetics. Así que no se trataba solo de ser padres, sino de la consolidación de los anhelos de ambos. En el caso de Aurora, al fin había encontrado el terreno para construir su clínica. Se trataba de un espacio hermoso, casi en las afueras de Londres, con un inmenso patio para adecuarlo como un centro de entrenamiento; la propiedad, en sí, era perfecta, aunque iba a necesitar bastantes modificaciones para convertirla en una clínica completa. Poco a poco, ella empezaba a ver cómo su camino de vida estaba abriéndose a posibilidades impensadas, pero que representaban retos interesantes.

Aurora se quitó el precioso vestido de seda y organza de tono dorado, azul y blanco. Lo dejó sobre el sofá de terciopelo del elegante vestidor que había sido creado solo para esta ocasión. La puesta en escena del desfile era un derroche espectacular de dinero y buen gusto, algo a lo que ella estaba habituada, pero no por eso dejaba de sorprenderla. Se miró al espejo y esbozó una sonrisa, mientras apoyaba las manos en su vientre suave. Le hacía ilusión conocer los cambios que pronto empezarían a ocurrir en su cuerpo. No dudaba de que Dominic, cuando eso ocurriera, la seguiría deseando. Sabía que, con las hormonas del embarazo, su libido iba a aumentar. Su esposo era un hombre sexualmente intenso y complaciente; así como deliciosamente mandón en la cama. Aurora, solo al pensar en todo lo que hacían juntos, se mojó.

Meneó la cabeza, con una sonrisa, al recordar sus momentos de pasión juntos.

Se puso un traje de gala, el que tenía previsto utilizar para el cóctel de celebración, y que también era de la marca Lavina. Se trataba de un vestido rojo strapless que llevaba un sujetador especial para contener sus pechos y exhibirlos con elegante sensualidad. La tela se ajustaba a sus caderas y la hacían lucir distinguida. Sus únicos accesorios eran los aretes de diamantes y el anillo de matrimonio. Este diseño estaba hecho para realzar la silueta, en lugar de enfocar la atención en joyas o peinados.

Cuando salió para buscar a Dominic y hacerse las fotografías, previstas para la prensa, su móvil empezó a vibrar en la bolsa. Ella no se había dado cuenta, porque estuvo ocupada las últimas dos horas en el desfile. En total, había treinta y cinco llamadas perdidas: veinte de su padre y quince de su madre. Aurora sabía que quedaban pocas semanas para las elecciones y que el debate televisado por ITV News, el más importante entre los candidatos a la alcaldía, sería el siguiente miércoles. No la sorprendían las llamadas, ni la cantidad; sus padres de seguro estaban desesperados por tenerla en el plató de televisión, entre la

audiencia, como una aliada estratégica.

Ella no estaba interesada en darles su apoyo, ni en público ni en privado, porque Jocelyn y Bruce la habían traicionado, al haberse robado su fideicomiso. Su padre, el ejecutor; su madre, cómplice. Aunque el resultado final de esa canallada fue haber conocido al amor de su vida, Aurora no quería tener acercamientos con ellos. No sabía si, cuando naciera el bebé, les daría cabida, porque, al final, seguían siendo sus padres, aunque no compartieran sus valores o su forma de vida. No era fácil.

Se desentendió de su familia tóxica y se acercó a Dominic, que estaba esperándola en la entrada de los camerinos, con una sonrisa. No la sorprendió, aunque no por eso dejó de fastidiarla, que algunas de las modelos se hubieran aproximado a saludarlo y que él pareciera interesado en lo que sea que estuvieran diciéndole. Al ser el CEO de Langford Creations e hijo de la diseñadora estrella de la noche, él tenía que cumplir ciertos protocolos que aborrecía: charlar brevemente con diferentes personas.

—Aurora —dijo él al ver a su esposa e ignorando a Anna Karlova, el rostro de la colección de Lavina. Ninguna mujer se comparaba a la suya—, ¿todo bien?

Ella esbozó una sonrisa y asintió. Enganchó su brazo al de Dominic. El hombre olía divinamente. Además, lucía imponente con el esmoquin azul oscuro.

—Sí, todo perfecto —expresó de buen humor y feliz de verlo—. La adrenalina que se percibe en los camerinos es impresionante, así como también la habilidad y rapidez que tienen las modelos para cambiarse de un traje a otro con fluidez —dijo.

Él hizo un asentimiento breve. Aurora estaba hermosa y Dominic se moría por sacarla de este ridículo evento, llevarla a casa, besarla, confesarle que la amaba y olvidarse de todo el maldito pantano que tenía por cruzar. «Qué situación tan jodida».

—Les pagan bien para ser eficientes y no hacer perder dinero ni tiempo —replicó con indiferencia sobre ese tema—. Si notaste que alguna actuaba de manera poco profesional, dímelo, y exigiré que no vuelvan a contratarla —expresó, serio.

Ella dejó escapar una carcajada. Porque él seguía siendo irreverente.

—Nadie va a ser despedida, Dom. ¿Sabes? Quisiera ir pronto a casa, porque me apetece mucho tener una conversación más privada contigo. ¿Recuerdas cuando te comenté que hoy te contaría algo que de seguro iba a gustarte? —

preguntó.

—Lo recuerdo. Aunque ya sabes que prefiero ganar tiempo. Cuéntame.

Ella sonrió de medio lado e hizo una negación. Esta interacción, tan parecida a las usuales y sin el toque distante de los últimos tres días, se sentía muy bien.

—Sé que no te gustan las sorpresas, así que solo te diré que incluye una cena especial que he preparado para los dos —expresó con emoción, mirándolo.

Él enarcó una ceja. No podía imaginarse lo que ella querría comentarle, porque su mente estaba contando las horas para que se abriera la Caja de Pandora en la prensa. Aunque McCarran estuviera muerto, la idea de destrozar su memoria, reputación y legado, le causaba a Dominic una especial alegría. Sería caótico, pero muy necesario.

—Eso no es anticiparme nada en concreto, Aurora —replicó, ceñudo.

Ella entrelazó los dedos de la mano con los de él. Dominic no la apartó, porque el hombre necesitaba el toque cálido de Aurora, por más conflicto que sintiera en él.

—Se trata de una cena en casa —se miró a sí misma—, ya que tengo puesto este vestido tan hermoso, entonces prefiero aprovechar para lucirlo más tiempo. Además, creo que la ocasión lo amerita —sonrió—. Será algo diferente. Te gustará.

Dominic hizo un breve asentimiento. Al mirarla, y ahora que la conocía bien, él no daba crédito a que esta criatura hermosa, noble y tan humana, fuese hija de unos monstruos. En el mundo existía la injusticia de darle hijos a quienes no los merecían.

—Entonces, te ha gustado mucho esto de modelar, según me doy cuenta —comentó, mientras revisaba el mensaje que acababa de recibir de ZeroGhost. Este le confirmó que toda la información estaba lista para activarse en las bandejas de entrada de los principales periodistas del país. Dominic sabía que su aliado estratégico, Roger Dudley, el principal competidor de Bruce en la carrera hacia la alcaldía de Londres, ya había puesto en marcha su parte del plan, minutos atrás—. ¿Mmm? —preguntó.

Ella esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento breve.

—Ha sido una experiencia curiosa, pero, sí, me ha gustado mucho —replicó mirándolo, mientras se abrían paso entre la gente. Alrededor había música, risas, conversaciones y el sonido de las copas y vasos. Este era uno de los grandes eventos del año y era muy importante para la empresa de su esposo—. Creo que

repetiría.

—Será la primera y única experiencia, Aurora —dijo él en tono severo.

—¿Por qué…? Creo que lo hice bien —susurró desconcertada.

—Demasiado bien. Por eso estuve a punto de romperle la nariz al consejero delegado de la joyería que complementa la colección de mi madre —dijo sujetándola posesivamente de la cintura. Que su mundo fuese una mierda, no implicaba que le gustara que otros hombres hubiesen mirado a Aurora con lascivia. Estaba en un conflicto, entre lo mucho que deseaba y amaba a esta mujer, y la asociación de la familia de ella con el destrozo emocional de la suya y la de tantas otras personas.

Aurora abrió de par en par los ojos y luego soltó una risa suave.

—Dom, qué tonterías dices —dijo mirándolo—. Por cierto, no he visto a tus padres. Me gustaría saludarlos y aprovechar la ocasión para felicitar a Lavina. Esta tarde le envié un ramo de flores. Son Coronas Imperiales de color naranja, sus favoritas, según me contó un día. Tu padre debe estar muy orgulloso de ella —sonrió.

Él se tensó y apretó la mano alrededor de la cintura de Aurora con más fuerza de la necesaria. Ella frunció el ceño. Dominic no iba a comentarle que la noche anterior había hablado con Lavina y Owen sobre lo que sucedió con Jenk. Fueron treinta minutos horrendos en los que tuvo que decirles la razón de que su hermano hubiera desaparecido. Pero, contrario a lo que él temió durante todos estos años, sus padres quitaron la última loza de culpa que quedaba sobre sus hombros. Ellos, en lugar de recriminarlo, lo habían abrazado diciéndole que estaban orgullosos del hombre que era y que no lo consideraban culpable de la desaparición de Jenk. De hecho, agradecieron su esfuerzo por buscar la verdad, tanto tiempo, hasta encontrarla.

Lavina había llorado, desconsoladamente, y Owen, tan fuerte como lo era Dominic, no logró evitar que los ojos se le llenaran también de lágrimas por la suerte tan atroz que tuvo que vivir su hijo menor. Cuando los ánimos parecieron serenarse, aunque las emociones siguieron atribuladas, hablaron durante horas sobre el plan de Dominic para exponer a todos los involucrados y lograr que existiera justicia. No solo para Jenk, sino para todas las víctimas. Para sorpresa del CEO, sus padres le pidieron que, aunque no la culpaban, preferían no hablar con Aurora durante el desfile. Le aseguraron que sería algo temporal y que esperaba que él intentara comprenderlos.

Él, por supuesto que los entendía, así que había aceptado la petición.

—De seguro le habrán gustado mucho. Ese fue un detalle muy considerado de tu parte, Aurora —replicó él, en tono serio—. Mis padres han preferido mezclarse con otros invitados, porque a nosotros pueden vernos en cualquier otra ocasión.

Ella asintió levemente. Notaba que los ojos verdes de Dominic lucían atormentados. Él no rechazaba su toque, porque si lo hubiera hecho se habría sentido muy dolida, pero esta actitud seria a ratos, algo cercana en otros, la desconcertaba.

Soltó un suspiro quedo y decidió confrontarlo.

—Dom, ¿qué te ocurre? —preguntó en un susurro, porque no podía guardarse esa pregunta más tiempo—. ¿Lograste encontrar algo sobre Jenk en mis diarios?

Él se quedó en silencio un par de segundos. Luego hizo un asentimiento breve.

—Sí, Aurora, lo hice —dijo con simpleza y la miró con rabia, que no estaba dirigida a ella, al recordar la información tan reciente sobre el destino de su hermano.

—Me alegro de que fueran útiles… —murmuró al percibirlo enfadado.

Dominic la sorprendió con una carcajada. No era alegre, sino cínica.

—Qué bueno que el optimismo nunca te abandone. Sin duda es una gran cualidad en ti —replicó. Ella abrió y cerró la boca por el sarcasmo que detectó en el tono de voz—. Aunque podríamos seguir conversando, Aurora, hay muchas personas a las que tenemos que saludar. Las jodidas fotos para la prensa son impostergables.

Ella hizo un asentimiento, pero no le gustaban las respuestas de él.

—Entiendo que el tema de Jenk es delicado —dijo con suavidad—. Si necesitas tiempo para procesar, lo que sea que hayas encontrado, me parece estupendo y te daré el que requieras. Pero tienes que verbalizar lo que esperas o necesitas de mí —comentó—. No tengo la habilidad de la telepatía, así que ayúdame un poco. ¿Sí?

Él se apretó el puente de la nariz, irritado, porque no podía comentarle nada sobre lo que iba a ocurrir con Sterling y los demás. No quería ver la expresión de dolor en ella, ni ahora ni en un futuro, porque sabía que acabaría con él. Pero también sabía que eso sería una consecuencia inevitable de su plan. Dominic no podía retractarse, pero no tenía idea de cómo hacer un control de daños con Aurora, al día siguiente, pues se trataba de un ámbito en el que era pésimo: las

emociones. Si bien ya no rechazaba las suyas, no tenía experiencia para lidiar con lo que se avecinaba. Ahora tenía que sumar a sus responsabilidades cotidianas, el avispero que iba agitarse, dentro de unas horas, cuando hicieran efecto los titulares que publicaría la prensa.

—No puedo definir lo que necesito de ti con certeza, por ahora. Eso no significa que me interesas menos, Aurora, solo que mi enfoque está en el asunto de Jenk y es bastante complejo tratar de explicártelo hoy —replicó con sinceridad—. Estoy atravesando un conflicto, conmigo mismo, y que debo definir. Hay decisiones que dependen de mí, sí, pero que afectan a muchas personas en estos momentos.

Ella extendió la mano y le acarició la mejilla. Él cerró los ojos como si lo hubiese quemado, como si no mereciera que le diera su cariño. Aurora no comprendía esto y empezaba a desesperarse, pero no podía obligarlo a contarle qué era lo que había descubierto. Además, al tratarse de Jenk, no había nada que ella pudiera hacer, porque el tema no solo era sensible, sino la piedra angular de las sombras que no se terminaban de ir en Dominic. Solo podía amarlo y apoyarlo en silencio. Asintió.

—¿Es nuestro matrimonio parte de ese conflicto? —preguntó con inquietud, mientras, inconscientemente, acariciaba el diamante solitario que brillaba en su dedo—. Sé que hemos pasado momentos intensos, pero también que, en las últimas semanas, nuestra relación se ha afianzado de una manera especial —dijo, susurrando.

—Sí, Aurora —soltó una exhalación breve—, lamento decirte que el matrimonio es parte de este proceso que estoy tratando de reorganizar en mí —replicó con franqueza, mirándola—. En todo este ciclón de situaciones que han llegado a mí, de repente, hay aspectos sobre los que estoy seguro. Pero, en general, tengo que recalibrar y también hacer una reconciliación con mi pasado —concluyó Dominic.

Él no podía explicarle el porqué. Al menos, no en esta velada. No era posible borrar la expresión de incredulidad y pesar en ella, porque para hacerlo tendría que romper la confidencialidad que prometió a sus padres que mantendría. Ellos, aunque infundadamente, temían que Aurora pudiera anticiparle algo a Bruce y este podría huir del país. El argumento fue que un hijo jamás iría en contra de su propia sangre.

Dominic les explicó que su esposa era diferente. Pero, al notar en Lavina la expresión de desconsuelo y también temor de que no se hiciera justicia, no

insistió al respecto. Quería contarle a Aurora lo que iba a suceder. No la amaba menos por anteponer los intereses de Jenk. Esta era la única oportunidad que tenía Dominic para reivindicar a su yo de trece años, aquel que no supo manejar bien las emociones y ser más empático con su hermano. No iba a existir otro momento como este. En la vida se pagaban muchos precios. Él solo esperaba que el suyo no fuese demasiado alto.

—Oh, vaya —susurró ella y tragó saliva. En este instante se alegró de no haberse apresurado en hablarle del bebé. Él no estaba listo para esa información, aun cuando era la razón de que se hubieran casado—. Gracias por la sinceridad —dijo en un inequívoco tono afligido. Una súbita angustia la invadió—. Ahora entiendo.

—No, Aurora, no tienes ni la más mínima idea —dijo con la intención de sujetarle el mentón para que no apartara la mirada. Pero fueron interrumpidos.

Osmos Thiel se acercó a ellos para llevarlos a la sesión de fotos.

A partir de ese momento, la sonrisa de Aurora se volvió distante, pero las personas no podían notar la diferencia entre una que era falsa y otra, fingida. Esto era parte del arte de ser la hija de un político. Se sentía como estar en piloto automático. A ella se le daba bien memorizar nombres. Las conversaciones variaban, según el interlocutor. Si eran personas inteligentes, Aurora cambiaba a temas profundos; si eran personas con un maní en el cerebro, ella acoplaba sus diálogos a ese nivel. El arte de conversar no consistía en hacer sentir al otro como un idiota, sino en la empatía.

Dominic, a su lado, se mostraba, con los que se atrevían a hacerle preguntas que él consideraba estúpidas, tan indiferente y mordaz como siempre. Ella intervenía, para suavizar la situación, con algún comentario ligero o alguna broma cliché. A ratos, entre un grupo de personas y otros, Aurora notaba que Dominic la observaba con una mezcla de arrepentimiento, ardor y también determinación. Ella no podía interpretar la razón, pero suponía que tenía que ver con la conversación anterior.

—Dom, ya no hacen falta más fotografías, ¿verdad? —preguntó Aurora. Él hizo una negación—. Estoy cansada y mañana empiezo temprano en Cute Paws.

El instinto protector que él tenía con Aurora se activó. Le tocó la mejilla y la miró fijamente, buscando alguna señal de malestar. No le importaba si la gente alrededor notaba o no este gesto incompatible con su habitual hostilidad en público.

—Estás algo pálida, ¿te sientes bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, todo bien, solo voy al baño un momento y luego buscaré algo del buffet para comer —respondió, porque no iba a decirle que tenía náuseas y que no era la primera vez que las sentía—. Sé que la celebración va a continuar y que todavía hay invitados que quieren hablar contigo, pero ¿podrías acortar un poco la velada?

Dominic hizo un asentimiento. Estaba harto de esta puta fiesta y solo quería regresar a casa. Pero tenía pendiente hablar con Hugh Brocker, el encargado de distribuir marcas de diseñadores europeos, en boutiques de hoteles de lujo en Estados Unidos. Entrar a ese mercado sería magnífico y Dominic estaba a cargo de la gestión.

—Solo me interesa hablar con una persona más, Aurora —replicó con un asentimiento—. Mi madre aún debe dar su discurso de agradecimiento. Y yo, como CEO e hijo de la diseñadora, daré unas palabras de cierre. Luego, sí, nos iremos a casa. No creo que sea más de media hora —comentó en un tono resignado, porque prefería dispararse en el pie que hacer esta clase de imbecilidades de discursos públicos. Además, había situaciones más importantes en el horizonte—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Dom —replicó—. Te veo alrededor del buffet de comida.

—¿Seguro estás bien? —preguntó de nuevo, porque no le parecía que así fuese.

Ella asintió y dio media vuelta para ir hacia los lavabos.

Aurora sentía el corazón apesadumbrado, porque no tenía idea de cómo serían los próximos días o semanas con Dominic. Ignoraba qué clase de decisiones o conflictos podría sentir él con respecto a su matrimonio. Ella le había dejado claro que no esperaba recibir una confesión de amor, tan solo porque le hubiera hecho la suya, así que no podía deducir qué era lo que pasaba por la mente de su esposo. La incertidumbre era algo con lo que Aurora lidiaba a diario, porque al ser veterinaria nunca sabía el desenlace de cada caso que atendía, y libraba sus jornadas con entereza, pues estaba habituada. Pero era diferente ahora, porque se trataba de su vida personal.

Mientras se lavaba las manos, mirándose al espejo, pensó en el bebé que crecía dentro de ella. No podía ocultarle a Dominic esta información y tampoco tenía idea de un “nuevo momento ideal” para contárselo. La cena de esta noche, que con tanto esmero había preparado, era lo que consideró el punto perfecto para compartir la feliz noticia, pero, evidentemente, tendría que cancelarla. Así que llamó al ama de llaves, quien había accedido a la solicitud de Aurora de

mantener la comida caliente, hasta su regreso del desfile, y le pidió que dejara los platos sobre el mesón y que se marchara; también le envió la paga, por las horas extras, como le había prometido. Al cerrar el teléfono, Aurora se sintió apenada por todo el esfuerzo invertido. Soltó un suspiro.

No le gustaba esta brecha invisible con Dominic, en especial, porque no sabía qué clase de conflicto podría tener él con respecto a su matrimonio. Se secó las manos, al tiempo que se preguntaba si acaso, ahora que habían pasado unos días para que Dominic asimilara por completo la confesión de que lo amaba, él se sentía acorralado y fuera de su zona de confort. «Quizá, por eso, necesitaba repensar todo y organizar sus propias emociones», pensó Aurora. Lo que le daba esperanza, de que todo estaría bien en su matrimonio, fue notar que él continuaba preocupándose por ella. ¿El gesto que tuvo de tocarle la mejilla, hacía unos instantes, en público? Eso fue interesante.

Aurora decidió mantener su optimismo. Dominic no era un hombre estándar, así como tampoco lo había sido la razón de que estuvieran casados. Basándose en esas premisas, ella esbozó una sonrisa y abrió la puerta del baño. Empezó a caminar hacia el área del buffet, en el que habían quedado de encontrarse, con determinación. Buscó a Dominic con la mirada, escaneando la congestionada área, pero no estaba.

El estómago le rugió de hambre, así que optó por tomarse un tiempo para comer algo ligero, mientras esperaba a su esposo. La comida estaba deliciosa y ella la disfrutó. Al cabo de diez minutos, no había rastro de Dominic. No iba a llamarlo por teléfono. Se limpió los labios. Luego caminó unos pasos hasta que, al fin, lo vio.

No estaba solo, no.

Apoyado contra la sofisticada barra del bar, creada exclusivamente para este evento, estaba Dominic. Tan guapo de lejos y tan devastador de cerca. A su lado, con una actitud que daba a entender una confianza personal, estaba una mujer guapísima. Parecía una de las modelos que habían desfilado esta noche por la pasarela. El cabello era negro y ligeramente ondulado; el vestido violeta se pegaba a una figura esbelta, estilizada y que exudaba seguridad en la pose. Una pose que incluía, al parecer, extender la mano al conversar y tocar, cada cierto tiempo, el brazo de Dominic. Él, según notaba Aurora, no parecía particularmente incómodo por esta familiaridad.

Él no podía verla, porque Aurora estaba en una posición diagonal. Desde ese ángulo, ella tenía un vistazo del perfil masculino y una clara imagen frontal de la

pelinegra. Aurora se acercó con la intención de presentarse. Ella no se acobardaba y sentía los mismos celos que él, si otra persona se aproximaba a quien le pertenecía. Dominic, era suyo. Empezó a moverse, pero fue interrumpida por dos amigas que la reconocieron; se quedó conversando unos instantes. Cambió de ruta para llegar más rápido hacia él, mientras en el escenario se anunciaba que Lavina diría unas palabras. Esto implicaba que Dominic, pronto, se apartaría de la mujer para dar su discurso.

Las personas empezaron a caminar hacia el sitio indicado, pero era demasiada gente, así que Aurora se sintió frustrada, porque no podía moverse con más agilidad. Se desvió y caminó desde otro ángulo en el que solo veía la espalda de Dominic. No le importó, porque igual podía presentarse y decirle a esa mujer quién era ella. «¿La tonta esa no era capaz de ver el anillo de casado? Y él, ¿por qué le permitía que lo tocara con esa familiaridad?», pensó irritada. Cuando estaba próxima a rodear a Dominic para hacerse notar, las palabras que salieron de él la detuvieron en seco.

—Vespery, si quisiera escuchar una reflexión sobre mis actitudes del pasado y el presente, entonces habría contratado a una psiquiatra —dijo él con su habitual toque sarcástico—. No me gusta perder el tiempo. Quiero la respuesta a mi pregunta.

«¿Vespery…?», pensó Aurora, súbitamente incómoda e inquieta.

Lo último que hubiera imaginado era conocer a la mujer que, aparentemente, había logrado cautivar a Dominic en el pasado. La única con la que, según él mismo le comentó cuando recién se casaron, tuvo una relación de verdad y que no fue solo lujuria. Él eligió a Vespery libremente, porque se sintió atraído por ella. En esa elección no existió una estrategia o manipulación de por medio para hallar las respuestas al pasado, no como sí había ocurrido con el caso de Aurora. «¿Era esta la persona que Dominic mencionó, instantes atrás, con la que le hacía falta hablar, antes del discurso de cierre? ¿Él había invitado a la mujer, porque necesitaba aclararse?».

Aurora no tenía respuestas para esas preguntas. Se sintió angustiada, pero si quería tener información ya no podía hacer notar su presencia como pensó en un inicio. Por eso optó por ser una espectadora silenciosa. Su curiosidad fue más fuerte, así como también lo fue la manera en que su corazón parecía un tambor que retumbaba contra las paredes de su caja torácica. Sintió un nudo opresivo en la garganta y también saboreó ese veneno, tan incómodo e inevitable, llamado celos.

—Dom, reconozco que cometí un error al haberte dejado como lo hice —dijo en tono sincero y afligido—. Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo al respecto, pero, cuando llamo a tu oficina, Selma siempre dice que tienes la agenda ocupada. —Dominic pensó en que le daría un aumento a su asistente por acatar las órdenes de jamás pasar llamadas de Vespery, y que seguridad no la dejara entrar al edificio—. No me atreví a contactarte directamente, porque sé que me habrías ignorado —expresó.

—He tenido éxito hasta ahora —intervino Dominic con hostilidad.

—Lo sé —murmuró—. Como te acabé de decir, ya llevo algún tiempo tratando de hablar contigo. Esta fue la oportunidad perfecta, porque justo coincidía que no tenía ningún viaje fuera y tú estarías aquí, porque se trataba de un evento de Lavina. Sabía que no ibas a faltar y yo necesitaba verte —confesó ella—. La directora de relaciones públicas del equipo de tu madre es mi amiga. Ella fue quien me incluyó en la lista de la fiesta de hoy. Esa es tu respuesta sobre cómo logré entrar al evento.

Dominic enarcó una ceja, indiferente.

—Mañana, tu amiga se quedará sin empleo —dijo con frialdad y apartó la mano que Vespery había posado sobre la suya. El toque de ella, en otro tiempo le había parecido suave y cálido, pero ahora, porque él sí conocía el verdadero tacto de la seda en la piel de Aurora, sintió los dedos de su ex como una lija—. ¿Algo más?

La mujer suspiró. Llevaba el cabello suelto, un maquillaje impecable que destacaba sus pómulos altos y un vestido que realzaba su cuerpo delgado. Ella siempre había disfrutado de llevar alhajas, así que en esta ocasión no faltaban los diamantes.

—Ella no tiene la culpa. Solo estaba ayudándome, porque, la verdad, es que no he podido cerrar mi capítulo contigo. He intentado estar con otros —soltó una exhalación—, pero no logro una conexión —murmuró, meneando la cabeza. No iba a discutir, porque sabía que su tiempo era escaso—. Dom, sé que fui egoísta contigo. Lo que teníamos era fantástico y yo fui impaciente. Lo eché a perder. Jamás debí…

—Vespery —interrumpió con frialdad—, rompiste conmigo, porque me diste un ultimátum en el que la elección fue fácil para mí: mi trabajo o tú. Fue una movida estúpida de tu parte, en especial porque yo estaba tratando de mantener

una relación monógama, por primera vez, pero me diste la excusa perfecta para continuar detestándolas. Fuiste tú quien mandó todo al demonio —zanjó, clavando la mirada en los ojos que antes le parecían hermosos, pero ahora prefería los tonos cálidos de la miel oscura—. Te hiciste la víctima, me acusaste de ser negligente, cuando desde el principio fui claro: la relación era un experimento e iba a navegarla como tal. A pesar de todo, te di más tiempo del que merecías. No te importó y te largaste. ¿Me he olvidado de algo? —concluyó en tono sarcástico y también con aburrimiento.

Ella soltó una exhalación y lo miró con pesar. Luego hizo un asentimiento.

—Sí, te olvidas de lo mucho que te quise, los momentos hermosos que vivimos y lo bien que la pasábamos en la cama —replicó ella con frontalidad—. Fui egoísta y no supe darte, en esos meses juntos, el tiempo que necesitabas. Te presioné y te dejé en una posición imposible, al obligarte a elegir entre aspectos que no eran negociables, como el legado de tu familia, con la relación que teníamos. Lo hice, a pesar de que me habías dicho que yo era la primera pareja seria que tenías en muchos años —dijo—. Mi error fue ese, Dom, no haber sabido entenderte. Si no hubiese sido tan drástica y poco empática, yo sé que hubiéramos tenido una relación mucho más larga. Mejor.

Dominic la miró enarcando una ceja.

Ellos nunca se mudaron juntos, porque él viajaba mucho, más que ahora, así que Vespery, cuando el trabajo de ella lo permitía, lo acompañaba en sus viajes. Él intentó que esa relación funcionara, porque fue su intención conquistar a Vespery y tratar de demostrarse a sí mismo que no estaba roto. Pero ella, en lugar de contribuir a un estado de bienestar, con el paso del tiempo se volvió más absorbente; esa actitud solo lograba que Dominic quisiera alejarse. Fue así como empezaron los problemas.

Él jamás le dio falsas esperanzas de que podría cambiar o ser más cercano, pero lo intentó. Sin embargo, romper sus estructuras pasadas resultó muy difícil. Lo anterior implicó que siempre mantuvo el control, jamás cedió las riendas, tampoco la besó en los labios, menos la miró durante el clímax. Lo anterior, ella lo consideraba intolerable, así que solía ser el punto de discusión continua, pero Dominic no cambió.

Lo único que consiguió el abandono de Vespery, los reclamos constantes que le hizo y los intentos de chantaje emocional para obligarlo a comprometerse, cuando él no estaba listo, fue que Dominic desistiera de tratar de explorar una relación con otras mujeres. Vespery solo ratificó que él estaba roto por dentro,

así que el CEO no hizo el intento nuevamente de tratar de cambiar esa creencia personal tan fuerte.

Hasta que llegó Aurora y su vida se transformó por completo. Sin buscarlo.

De hecho, se suponía que tenía que haberse encontrado con su esposa alrededor del buffet, momentos atrás, pero no la vio por ninguna parte. Antes de llamarla, para saber si se habría perdido entre tanta gente, llegó Hugh Brocker. Así que Dominic guardó el teléfono, a regañadientes, para ir a la barra con el hombre que haría posible que la marca Lavina Langford llegara a Estados Unidos. Después de concluir la productiva charla, lo que él menos esperó fue encontrarse a su exnovia.

—¿Acaso buscas absolución? Porque no soy un sacerdote y si lo fuera, lo más probable es que habría elegido la sotana para follarme a las monjas —dijo en modo ofensivo, porque Vespery, a diferencia de él que era anglicano, era muy católica.

La mujer lo miró con estupor y meneó la cabeza. Estaba habituada a esta clase de comentarios de Dominic y sabía que estaba haciéndolos para cabrearla. Suspiró.

—No, no busco absolución, tan solo una oportunidad de hablar y explorar…

—Estoy casado, Vespery —interrumpió en un tono tajante. Él no tenía idea de que ese comentario acababa de ser escuchado con alivio por la mujer que llevaba su anillo y que estaba a pocos pasos, detrás de él—. ¿O se te olvidó? —preguntó.

La pelinegra soltó una exhalación suave, casi parecía contrariada.

—Sí, pero me pareció inverosímil, porque la prensa mencionó que habías salido en secreto con esa mujer y por poco tiempo. Eso es impropio de alguien que jamás quiso comprometerse; pero, al mismo tiempo, sí es creíble en alguien calculador. Todo lo anterior se ajusta a ti —comentó—. Así que deduzco que la situación es alguna estrategia empresarial. Un hombre como tú no iría contra sus propias convicciones, a menos que sea por expansión y poder, Dom. Si a eso le sumo que odias a los políticos, y esa mujer es hija de uno, mi deducción está en lo cierto.

Él soltó una carcajada que no era alegre, sino incrédula por la osadía de ella.

—¿Cuál es el punto de que te acercaras? ¿Expiar tu conciencia? —preguntó con sarcasmo, mientras agarraba un vaso de whiskey y bebía dos tragos—. Porque me parece desubicado de tu parte, no solo que estés aquí, sino que te atrevas a lanzar teorías sobre una vida que no es tuya y sobre un asunto que no te

compete, Vespery.

—Solo quiero saber si tu matrimonio es una farsa y de ser así, me gustaría pedirte la oportunidad de redimir mis errores del pasado contigo, cuando te divorcies —expresó dejando su orgullo a un lado. Ella creía que Dominic era el amor de su vida y quería recuperarlo—. Ver las fotografías de tu matrimonio, las notas de prensa sobre tus viajes o actividades con ella, me impulsó a insistir en verte para hablar. Ratifiqué lo tonta que fui, así que quisiera saber si hay posibilidades de regresar contigo, Dom…

Él la miró como si Vespery tuviera cinco tetas y dos cabezas.

—La última ocasión que hablamos, los argumentos que salieron de tu boca estaban llenos de confusión. Creo que, en ese aspecto, sigues igual —replicó, frío—. Así que no creo que tengas la suficiente autoridad para hablar de mi matrimonio o hacer conjeturas basadas en percepciones del pasado —dijo—. ¿Eso es todo?

Ella se sintió desesperada, porque él hizo amago de levantarse e irse.

Apoyó la mano de uñas pintadas de laca roja sobre los dedos de Dominic.

—Dom, no soy la misma mujer impaciente y caprichosa de hace dos años.

—No me interesa quién eres ahora, Vespery —replicó—. Tengo que dar un discurso. Detesto perder el tiempo y eso es exactamente lo que has hecho ahora.

—Entonces, esta vez es diferente, ¿verdad? Todo empezó como una estrategia, aunque no lo aceptes. Estoy segura de eso, porque te conozco demasiado bien, Dom. Pero en el camino tu matrimonio se convirtió en todo lo que me negaste y lo que siempre argumentaste que jamás harías: enamorarte de una mujer. ¿Me equivoco?

Dominic estaba furioso y también estresado por toda la mierda que se avecinaba. La primera parte del plan estaba en marcha, la segunda se ejecutaría en breves. No tenía tiempo para lidiar con esta mujer idiota que aparecía con una confesión innecesaria, un análisis desatinado y una esperanza por demás estúpida.

Él no le debía nada a Vespery. Ella era la última persona a la que consideraría darle una explicación de su vida personal. En ninguna circunstancia iba a aceptar lo que sentía por su esposa ante su ex u otros, porque antes necesitaba que lo supiera la persona más importante: Aurora. Solo cuando ella lo escuchara confesarle lo que sentía, entonces Dominic no tendría inconvenientes en reconocerlo frente a otros.

—Te equivocas —dijo en tono serio y determinado.

Ella lo miró con una expresión de ilusión y esperanza. Sonriente.

—Entonces, ¿no la amas? —preguntó en un susurro.

—No —dijo con simpleza—. El amor sigue siendo una pérdida de tiempo. Pero tampoco implica que me intereses tú, Vespery —replicó con indiferencia y un toque cruel en el tono—. Procura no volverte a cruzar en mi camino o tu agencia de marketing va a sufrir un declive en su cartera de clientes, ¿he sido claro? —preguntó.

—Pero si te divorcias, cuando hayas cumplido lo que sea que te propusiste, ¿considerarías hablar conmigo? ¿Considerarías perdonarme por el pasado, Dom?

—Ten un poco de dignidad, Vespery. Adiós —replicó, apartándose, en el preciso instante en el que Osmos Thiel le informaba que debía subir al escenario.

Además, el relacionista público le comentó que la subasta de obras de arte que beneficiarían a Refuge, la organización benéfica más grande del Reino Unido orientada a brindar apoyo a mujeres y niños que habían sufrido violencia doméstica, había sido un éxito. Dominic había enviado una donación a nombre de Aurora, porque sabía que eso la haría feliz y se emocionaría. Refuge iba a enviar una carta de agradecimiento a todos los mecenas, así que su esposa iba a recibirla, porque estaría a nombre de ella. Pero, en este instante, Dominic no encontraba a Aurora por ninguna parte. Antes de poner un pie en el escenario la llamó, pero no hubo respuesta.

Él no tuvo tiempo de hacer nada más, porque los aplausos de la gente le dieron la pauta que era momento de acercarse al micrófono. Después de darle un abrazo a su madre, el CEO de Langford Creations empezó a hablar con fluidez y la habitual seguridad que lo caracterizaba. Dominic había planeado un discurso breve, así que no iba a tomarle más de cuatro minutos expresar lo necesario para luego largarse, al fin.

Sin embargo, mientras estaba hablando, su mirada se posó a un costado del escenario. Por un breve instante, Dominic sintió un gran alivio de ver que Aurora estaba bien. Hasta que reparó en esos ojos color miel que no solo estaban llovidos, sino que lo miraban con una inequívoca expresión de traición y dolor. Él no era imbécil, tampoco se creía la encarnación de Nostradamus, pero supo que, en algún modo, ella lo había visto con Vespery. Las noticias sobre Bruce no iban a publicarse, hasta después de la medianoche, cuando el evento concluyera. Así que esto último no era una explicación para la reacción de ella. Quiso bajar del escenario para buscarla, pero apenas terminó el discurso, una marea de

personas se acercó a él y a Lavina.

Dominic, cabreado por la situación, intentó apartarse para ir a por Aurora. Al no conseguirlo, le pidió a los guardaespaldas que la buscaran. Estos le informaron, al instante, que ella había subido al coche y que estaba yendo rumbo a la mansión. Él debería estar tranquilo al imaginar que ella solo prefirió irse, porque quizá se sintió cansada de estar entre tanta gente, pero esa no era una reacción normal en su esposa. Aurora no era el tipo de persona que dejaba atrás a su acompañante. Se sintió inquieto.

Lavina estaba en su momento más importante del año, profesionalmente, así que Dominic no podía dejarla botada, aunque Owen estuviera junto a ella. Se trataba de un evento familiar, el legado de los Langford al completo. Que faltara Aurora era algo que cabreaba al joven CEO. Pero él no podía mandar a todos a la mierda para largarse de una buena vez, porque no sería justo para sus padres. No podía hacerles un desaire, menos después de la noticia sobre Jenk. Ellos, aunque no fueron los mejores cuidadores que un niño hubiera necesitado, habían tratado de reivindicarse en el transcurso de los años, a pesar de que Dominic había ignorado esos esfuerzos.

Al cabo de treinta minutos y más inquieto que nunca, porque Aurora no le respondía ni los mensajes y al llamarla lo enviaba directo al buzón de voz, Dominic logró zafarse de este asunto. Le dijo a Osmos que no quería volver a hacer fotografías imbéciles para la prensa y que cancelara cualquier otro evento social próximo. Cuando el hombre intentó convencerlo de cambiar de parecer, él simplemente hizo lo que se le daba mejor cuando alguien lo cabreaba lo suficiente: lo despidió. Después llamó a su chofer, que ya había regresado de la mansión, y estaba esperándolo en el exterior.

—Dominic —dijo Lavina apoyando la mano sobre el brazo de él.

—¿Sí, madre? —preguntó, a punto de marcharse.

—Cuando estabas subiendo al escenario, los titulares fueron publicados —dijo Lavina en un tono suave, como si supiera el impacto que traería a la vida de su hijo.

—Carajo —expresó consternado y saliendo, apresurado, del evento.



«Aurora no solo lo había visto muy cerca con otra mujer, aunque ella no supiera que se trataba de Vespery, sino que la noticia de la red de tráfico de órganos se

expuso antes de la medianoche», pensó agobiado, porque la situación escapó de su control. Él había previsto un caos inminente, pero no en estos niveles súbitamente altos.

Si todo este evento se anticipó solo existía una razón: el principal competidor de Bruce: Roger Dudley. Él había ejecutado su parte del plan un poco antes de la hora acordada. El trabajo de Dudley consistía solo en presionar, a la medianoche, "enviar" al enlace que ZeroGhost le indicó, y así les llegaría a los medios de comunicación la información desde el despacho en el Parlamento. Pero, el trabajo de Dudley también había sido emitir una alerta interna, con todas las pruebas, al jefe de la policía para que detuvieran a todos los involucrados. Lo anterior incluía a Bruce y Jocelyn Sterling.

Así que, en conclusión, los padres de Aurora probablemente ya habrían sido detenidos, así como los personajes incluidos en la lista. Dominic y Owen movieron todas sus influencias para que se agilizara el proceso, que solía tomar días, en pocas horas. Si el dinero había sido el culpable de cubrir una red de tráfico de personas y órganos, durante años, ellos estaban utilizando sus recursos para acabarla. Era lo justo. Así que Dominic había enviado todas las pruebas, incluyendo las bitácoras, al amigo de Aurora, Brennan, quien, por cierto, fue diligente y muy profesional en su trato.

El plan, fraguado en las varias horas de conversación con sus padres, había sido el más eficiente, porque era una decisión que les brindó tranquilidad. Owen sugirió que fuese un tercero quien diera la cara a la sociedad. Que ese tercero, que se llevara la gloria del descubrimiento de la red de tráfico de personas, tenía que ser alguien reconocido y respetado, pero también con la suficiente influencia, así como motivación, para arrastrar a Bruce por el fango. Rodger Dudley era amigo de Owen, pero también la elección perfecta, porque era el competidor político, acérrimo, en el camino hacia la alcaldía de Londres, de Bruce Sterling. Además del partido contrario.

La información que recibió de los Langford no solo iba a garantizarle el puesto de alcalde, a través del voto popular, sino el respaldo de la comunidad local e internacional que luchaba contra esta clase de crímenes atroces. Dudley había firmado un acuerdo confidencial con los Langford, a cambio de esta información y de una donación a su campaña política por un millón de libras esterlinas, en el que se comprometía a que, a través de su influencia en el Parlamento, se hiciera justicia para todos los afectados. Se estipuló que nunca saldría el nombre de Jenk ni el apellido Langford como parte de las víctimas. La

razón era clara: la familia de Dominic no quería el morbo ni las preguntas incómodas que invadirían la privacidad en sus vidas.

Cuando Dominic llegó a la casa, una hora más tarde, Aurora no estaba.

Él solo encontró los platos de comida, fríos, en una puesta en escena que ella ya le había comentado: la cena que preparó para ambos. Se acercó y vio que se trataba de su plato preferido. La angustia de Dominic no hizo, sino aumentar. Subió las escaleras con rapidez. Él conocía muy bien todo lo que había en su casa. Así fue como se dio cuenta que faltaba una maleta de viaje, tres pares de zapatos de Aurora, todos los maquillajes y los documentos de ella. Llamó a sus guardaespaldas y estos le informaron que su esposa había salido rumbo a Heathrow. Dominic contactó a ZeroGhost. Este le indicó rápidamente que no existía ninguna pasajera, en ningún vuelo comercial, con el nombre de Aurora Langford, ni tampoco Aurora Sterling.

Dominic estaba enfadado, preocupado, consternado y frustrado.

El teléfono de Aurora seguía apagado. Dio un puñetazo en la pared y después barrió con todo lo que estaba a su alrededor. Ya no existía control. No existía autodominio, porque la parte más importante de su vida no estaba alrededor. No solo eso, sino que, con el mismo fervor con el que la necesitaba a su lado, también se sentía sobrepasado. En las noticias, la imagen de Bruce y Jocelyn, esposados y siendo llevados en una patrulla de policía, llenaron la pantalla del televisor. Todos los noticieros se estaban haciendo eco de la noticia, mientras Roger Dudley daba su testimonio, pues ahora era conocido como responsable de la denuncia contra la red de tráfico de órganos humanos. En las plataformas sociales estaban destrozando a los involucrados, inclusive a McCarran, que ya no estaba vivo. Este gran circo mediático no iba a acabarse y conduciría a un juicio monumental para hacer justicia. Por Jenk.

«Ese es el final de la cruzada», pensó Dominic, desplomándose en el sofá.

Se sentía solo y perdido, porque su norte era Aurora. Pero no estaba a su lado. Perderla era el precio de resarcir su pasado. No se arrepentía, porque la amaba, aunque también a su hermano Jenk. Solo esperaba que ella no lo condenara para siempre y que, si existía un espacio en su corazón, lograra perdonarlo. Él no podía imaginar la clase de pesar que anidaría en Aurora, pues era una persona que cuidaba de otros; saber que sus padres eran todo lo que ella podría despreciar la habría devastado. Lo peor de esta situación consistía en no poder abrazarla y decirle cuánto la amaba.

Se mesó los cabellos, desconcertado y angustiado.

Si él creía que su día no podría empeorar, entonces estaba equivocado. Cuando regresó a la suite, con el peso de todos los acontecimientos sobre los hombros, notó que había un sobre en su mesilla de noche. Dominic no había reparado en ello, porque estuvo enfocado solo en fijarse en todos los espacios que solía ocupar Aurora.

Abrió el sobre con cuidado. Como si fuese una bomba. Al final, lo fue.

Dominic:

Te he dicho que te amo y estoy enamorada de ti. Me gusta ser honesta con mis emociones y estaba decidida a ser paciente con las tuyas. Nunca pretendí, ni pretendo, usar mi amor para obligarte a corresponderme; ni tampoco buscaré nunca un modo de atraparte o retenerte a mi lado, porque en eso no consiste el amor. El amor es libre.

Ahora sé que no me amas y que no tienes la intención de intentarlo. Fue doloroso escuchártelo en una confesión a una extraña, para mí lo era al menos, pero sé que tienes una historia con Vespery y, quizá, por eso fuiste muy sincero con ella.

Aprecio que le recordaras que estás casado, que rechazaras sus avances, dejándole claro que no te interesaba. No pretendía escuchar esa conversación, pero tampoco pude apartarme cuando yo era parte del tema de discusión. No me hice notar, porque habría sido humillante. He tenido suficiente, incluyendo a mis padres.

Con respecto a ellos, no puedo más que sentirme devastada. Se merecen cualquier cosa que el destino les depare. Entiendo por qué me ocultaste lo que descubriste al respecto y no te culpo. Sé que estar con la hija de quienes te causaron daño es complicado. Ahora comprendo lo que querías decir al mencionar el conflicto que tenías contigo mismo y las implicaciones sobre nuestro matrimonio, Dominic.

Nunca hay un buen momento para esto, pero no puedo quedarme callada. Estoy embarazada. Te adjunto el análisis de sangre, puedes mostrárselo a Owen si eso asegura tu puesto como CEO de Langford Creations. No voy a privarte de nuestro hijo, pero necesito tiempo.

No te preocupes por mí ni por el bebé, me sé cuidar.

Solo necesito una temporada lejos para procesar todo esto, porque es demasiado.

Siempre tuya,
Aurora.

«La mujer que amaba, que llevaba a su hijo, no estaba alrededor». Su bella Aurora lo había abandonado esa noche. La razón detrás de esa decisión era fácil de entender, pues las implicaciones eran brutales y él no podría culparla porque ella hubiera decidió marcar distancia. Sin embargo, esto no implicaba que él no sintiera como si le hubiesen atravesado el pecho con una lanza. El dolor que sentía no tenía parangón con ningún otro que hubiera vivido. Al pensar en los ojos llovidos de Aurora, cuando él estuvo en el escenario, se sintió desolado. Existía un espacio vacío en el sitio en el que debería estar latiendo su corazón a toda máquina; Aurora lo había descongelado, revivido y hecho bombear de verdad, poco a poco y paulatinamente, sin que él lo notara. Ahora se lo había llevado con ella. En este instante dormir le parecía un lujo.

Una botella de whiskey no fue suficiente para anular sus sentidos, a pesar de que, al siguiente día, tendría que continuar en su campo de batalla: la oficina. Dejó la carta a un costado, después de haberla releído más veces de las que podía contar. No le importaba ser el CEO del maldito mundo, si su propio universo acababa de estallar.

CAPÍTULO 22

Semanas después…

El hotel Villa Rosa Kempinski había sido su refugio durante las últimas cuatro semanas. El clima en Nairobi era lluvioso en esta época del año, pero las temperaturas resultaban cálidas y agradables. Aurora le avisó a Trisha, la directora de Cute Paws, que tenía una emergencia personal y que necesitaba ausentarse durante una temporada. La mujer, siempre prudente, le había comentado que se tomara el tiempo que considerara necesario y que la esperaba de regreso cuando estuviera lista. No solo eso, sino que le agradeció de nuevo por las donaciones obtenidas por la Gala Thames.

Los primeros días de Aurora en África estuvieron marcados por una gran sensación de desconsuelo, estupor e incredulidad, por todo lo que estaba ocurriendo con el caso Operación Marea Oscura. Así habían denominado las autoridades a la red de tráfico de órganos humanos, que operaba desde hacía poco más de dos décadas, entre Inglaterra y las Islas Seychelles. Los altos políticos y las cantidades de dinero que se habían manejado llegaban a los billones de libras esterlinas. Los testimonios eran horrorosos, la cantidad de afectados se contaban por cientos, y los responsables no solo eran sus despreciables padres, sino muchísimas personas que Aurora, alguna vez, conoció en fiestas o eventos sociales. Incluyendo su tío Nigel, al que ella tanto había admirado, la decepcionó. En las noticias se mencionaban unas bitácoras, e inclusive hubo extractos de un par de páginas, con la manera en que se llevaban los registros de las víctimas, personas vendidas por sus propias familias o secuestradas, y su aparente valor en cada transacción. Fue así como Aurora vio la tapa de una bitácora y comprendió lo que había encontrado Dominic cuando abrió la caja de sus diarios.

Ella no tenía idea de cómo esos registros se mezclaron con sus cuadernos personales, pero no dudaba de que su padre los habría escondido pensando que nadie los encontraría. «Dios, papá, qué bastardo y malnacido eres», había pensado descorazonada. Pero al menos pudo unir todas las piezas completas del rompecabezas. Se sentía avergonzada de su familia y también estaba destrozada porque comprendía, al fin, el conflicto del que le habló Dominic. Ella podría entender si él no quería verla de nuevo. Pero, eso sí, Aurora encontraría los

medios para que su bebé tuviera una relación con Dominic. La pequeña vida no tenía culpa de los errores de los adultos ni el sufrimiento que se causaban mutuamente. Aunque, por otra parte, la idea de divorciarse de su esposo era el equivalente a recibir la sentencia al paredón.

El juicio contra su padre y su madre, así como los demás acólitos, estaba previsto para dentro de ocho meses, mientras se reunían todas las pruebas adicionales. Los abogados preparaban la defensa y también la fiscalía organizaba su parte. Ahora, Aurora comprendía también el porqué de las llamadas incesantes de sus padres el día del desfile. Los sinvergüenzas pretendían que ella intercediera, hablando con Dominic, para que no se los llevaran detenidos. Solo el cinismo maquiavélico de su padre, así como la poca capacidad de raciocinio de su madre, era capaz de algo así. Se alegraba de no haberles respondido. Cortaría todo lazo, para siempre, con ambos.

Aparte, sus propiedades familiares habían sido embargadas por los bancos, pues las cuotas de las hipotecas no fueron cubiertas a tiempo. El apellido Sterling fue arrastrado por el fango y Aurora se alegró de no estar en Inglaterra. El abogado de la familia, Vance Darling, la había llamado para pedirle un testimonio que diera cuenta de la inocencia de sus padres. Aurora se había reído y luego le había cerrado el teléfono. Por supuesto, en los comicios de las elecciones para la alcaldía de Londres, una semana atrás, el ganador indiscutible había sido Roger Dudley. Aurora se alegraba sinceramente, porque, aunque no creía en la probidad de los políticos, asumía que Dudley tenía los cojones que se necesitaban para poner al descubierto los crímenes de quienes, en general y sin importar los partidos políticos, eran sus iguales y colegas.

Las personas más importantes en su vida le habían fallado estrepitosamente a Aurora. Las lágrimas, el insomnio y los vómitos mañaneros, la acompañaron como sombras burlonas. En las madrugadas se despertaba con angustia, buscando el calor de Dominic, pero solo encontraba un espacio frío, vacío y oscuro. Lo extrañaba a rabiar en todos los sentidos posibles. Su cuerpo clamaba sus caricias, su corazón anhelaba estar cerca de la razón que lo hacía latir, y su mente vagabundeaba en los rincones, ante la falta del estímulo de los comentarios agudos de Dominic. Ir sola al ginecólogo en Nairobi, en la clínica internacional, le supo mal, porque su esposo no estuvo para la primera ecografía. Aunque le envió las imágenes, no fue lo mismo.

Aurora se había marchado de Londres la misma noche del evento, porque no creía posible soportar mirar a Dominic a los ojos, no solo por los crímenes de sus

padres, sino porque sabía que él no la amaba. Escuchar esas palabras de la boca de él, una boca que le había dado tanto placer y reverencia carnal, la había destrozado. Pero escucharlo decírselo a la tal Vespery fue un duro golpe adicional para su ego y su corazón. Ella había necesitado abandonar Londres, la hediondez de la putrefacta verdad y el dolor de saber que no era correspondida, urgentemente. Pero también sabía que Dominic contaba con los recursos para rastrearla y eso no era lo que quería.

A ella le había causado profundo pesar dejar el refugio en pausa, por sus pacientes amados y la felicidad que le causaba ayudarlos, pero no podía ayudar a otros si estaba tan herida. Por eso, apenas había regresado del desfile, ella tan solo agarró unas prendas básicas, sus documentos, tres pares de zapatos, su ordenador y el móvil.

—¿Por qué no te quedas y luchas por él? —le había preguntado Kitty a Aurora, cuando esta última la había llamado aquella noche para pedirle ayuda—. No te vayas.

Aurora había soltado un sollozo quebrado.

—No… No puedo, el dolor que siento es demasiado grande… Mi bebé…

—Oh, Rory —había susurrado Kitty desde París—, me encantaría estar en este instante para abrazarte. Pero te prometo que a mi regreso hallaremos el modo de vernos. La noticia de que seré tía es maravillosa, tal como acabé de decírtelo, pero con todo lo que me has contado, sí puedo entender que prefieras alejarte. Además, tus hormonas no son tan amigables precisamente en estas épocas y necesitas calma.

—Dominic puede regresar en cualquier momento —había susurrado—. Lo último que deseo es que vea cuán destrozada me siento. Pero tampoco quiero que mis sentimientos pasen desapercibidos, menos continuar sin decirle que seremos padres.

—Entonces, te voy a sugerir lo que le diría a uno de mis pacientes, Rory —había replicado con cariño—. Escríbele una carta desde el corazón. Sin reclamos ni tampoco acusaciones, porque ustedes son víctimas de un destino trazado por terceros.

—Lo sé, no tengo nada que reclamarle. Al contrario, siento que debería disculparme… Si supieras todo el dolor que ha llevado Dom estos años —había dicho con un sollozo—. Si pudiera quitar sus sombras, lo haría… Me tiemblan las manos…

—Eres valiente, Rory, y ese bebé necesita de tu valentía. Solo escribe, ¿sí?

Aurora había soltado una exhalación. Tenía que darse prisa y marcharse.

—¿Luego…? ¿Luego qué? —había preguntado en un susurro—. Quiero irme del país, pero, al mismo tiempo, la idea de estar sin Dominic es demasiado triste, Kitty. Como que le quitaran a la Tierra la posibilidad de que el sol ilumine alrededor.

—Rory, no puedes tenerlo todo. Si necesitas espacio, entonces debes hacer lo que tu paz mental te exija —había dicho—. Si deseas marcharte, pensar y analizar, hazlo. Para venir a Paris, yo utilicé un vuelo comercial. Mi hermano tiene disponible el avión privado familiar en el hangar y no creo que vaya a usarlo. ¿Qué te parece si llamas a Brennan y le pides que te facilite un viaje de inmediato? —había preguntado—. Si no quieres que te rastreen en vuelos comerciales, como me acabaste de decir al inicio, entonces usa uno privado, pero tampoco tortures a Dominic, ¿sí?

—No, jamás lo lastimaría, le diré que todo está bien con el bebé. No creo que mi bienestar, después de todo lo que ha causado mi familia, le interese mucho…

—Podrías equivocarte —había replicado Kitty—. Escribe la carta, deja tu corazón en pocas líneas, y haz lo único que puedes ahora mismo: toma responsabilidad de tu vida, porque es lo que está en tu control, Rory, el resto, no.

Aurora había soltado una exhalación.

—Me iré a Nairobi una temporada. Los elefantes me sanaron una vez…

—Lo volverán a hacer, lo sé —había completado Rory—. Buen viaje, querida amiga, y espero que mi futuro sobrino o futura sobrina esté creciendo con vigor.

—Con el padre que tiene no será de otro modo. Mis náuseas apenas empiezan.

Kitty se había reído con suavidad.

—Todo va a estar bien, aunque todavía no puedas verlo. El mundo se destroza y se recompone. Somos una especie de vida resiliente y tú, una amazona guerrera.

Aurora había sollozado, mientras guardaba sus pertenencias en una bolsa.

—Gracias por todo. Llamaré a Brennan…

—Avísame apenas llegues a África, te quiero un montón.

Después de haberle dejado la carta a Dominic, hablado con Brennan, ido al aeropuerto y subido al jet, Aurora abandonó suelo inglés con destino a África. Su vuelo había estado empañado de lágrimas, un corazón roto y un bebé en crecimiento.

Al aterrizar, ella había llamado a la central del *Sheldrick Wildlife Trust* en

África, para comentar sus credenciales profesionales y comunicarles que estaba en Nairobi por un tiempo. Les preguntó si podrían darle una plaza para trabajar con los elefantes durante unas cuantas semanas. Hassibi Thasuta, el director, le informó que las plazas remuneradas estaban cerradas, pero si quería visitar el refugio para ayudar un par de horas al día, sin paga, sería bienvenida. Aurora, claro, había aceptado al instante.

Ella dejó de lado esos recuerdos y abandonó el hotel para ir a la reserva.

Cada mañana, ella compraba manzanas y zanahorias para llevarlas a los elefantes que estaban a su cargo. El trabajo que le habían asignado, considerando que estaba de ocho semanas de embarazo, consistía en hacer una verificación de la salud de los elefantes: constatar el estado de su piel, condición física general, y detectar posibles heridas o signos de enfermedad. Ella no hacía ningún tipo de esfuerzo físico.

Ese día en particular, el viento corría entre susurros firmes y el sol era tenue. Una buena noticia fue que no tuvo vómitos en la mañana y los elefantes seguían saludables. Aurora estaba a cargo de una familia de cuatro elefantitos. Estos habían sido rescatados antes de que fueran llevados a campos de cacería de millonarios que pagaban para matar a estos animales, así como a leones, jirafas, rinocerontes y tigres.

Gracias a este entorno, en medio del silencio de la majestuosa y amplia reserva, rodeada de árboles y un toque de salvaje seguridad de la naturaleza, Aurora sentía que sus pesares se amortiguaban. Cada día sin Dominic dolía sin remedio, pero este ambiente era su terapia. Ella llamaba a Cute Paws con frecuencia. No pudo evitar llorar cuando le dijeron que Orejitas ya había sido adoptado por una familia. Ese fue un día agridulce. A pesar de que se alegraba de que su consentido tuviera un hogar que le daría cuidados, también le dolía no verlo otra vez. Quizá, ella solo estaba demasiado emocional. Por otra parte, sus reuniones por Zoom con la arquitecta y el maestro de obra, que reformarían la propiedad en la que empezaría a construir su clínica, iban muy bien. Aurora se había dado cuenta, dos semanas atrás, que en su cuenta bancaria tenía una cantidad más alta de dinero de la que pautó en su contrato con Dominic. No tuvo ganas de llamarlo para hacerle preguntas y tampoco rechazaría ningún tipo de ingreso, porque no solo serviría para su clínica, sino para su bebé.

Una vez que acabó su jornada, Aurora decidió entregar los reportes, pero quedarse un instante más, a solas, viendo el atardecer en la reserva. Sus compañeros solían dejarla tranquila cuando la veían sentada, cerca de los

elefantes, contemplándolos como si ellos tuvieran las respuestas a su corazón roto. La banqueta de madera era bastante cómoda. Soltó una exhalación y se abrazó a sí misma, rodeándose el abdomen, mientras las lágrimas caían inevitablemente. Sus curvas estaban un poquito más pronunciadas; sus pechos más llenos y ella, aunque quisiera evitarlo, más excitada que de costumbre. Sus dedos y el vibrador hacían el trabajo. Quizá era ridículo, pero al llegar al clímax, la acompañaba el llanto, porque extrañaba a Dominic. Soltó una exhalación larga, entrecortada, y se limpió las mejillas con coraje.

El viento le acarició las hebras del cabello que se pegaban a su rostro. No podía continuar de este modo. Necesitaba ser valiente y tomar una decisión: llamar a un abogado para divorciarse o esperar agónicos meses, hasta que expirara su contrato matrimonial actual, para acabar con todo vínculo legal con su esposo. Se preguntaba cómo estaría él. Cómo estaría lidiando con todo ese horrible incidente que se desató.

La sorprendía que en ninguna parte se hubiera mencionado a Jenk, aunque podía imaginar, conociendo a Dominic, que él habría hallado la forma de mantener el nombre de su familia lejos de los tabloides. Ella rogaba que se hiciera justicia. Esperaba que sus padres recibieran el castigo más severo posible, cuando se llevara a cabo el juicio, pero también deseaba que las familias afectadas recibieran un cierre.

—Fui primero a buscarte al hotel, al parecer has cautivado a todo el *staff*, lo cual no me sorprende. No te encontré, así que vine al sitio en el que, según entiendo, trabajas gratuitamente. Eso tampoco me sorprende, Aurora. He venido a por ti.

Aurora se puso de pie con suavidad. No creía que la selva estuviera jugando bromas con su maltrecho corazón y volátiles emociones. «Esa voz. Esa voz… ».

Se giró lentamente. Como si temiese que fuese una alucinación.

Vestido con jeans, una camisa blanca y gafas de sol, Dominic lucía devastador. Ella bebió esa imagen como alguien que había pasado en el abrasador sol del Sahara y llegara, al fin, cerca de una fuente de agua. Se bañó en su cercanía y en su presencia. Su cuerpo, aun cuando él no lo había tocado, pareció revitalizarse de inmediato; vibró.

—Dom… —susurró y más lágrimas rodaron por sus mejillas. Bajó la mirada, meneó la cabeza y le dio la espalda. No podía lidiar la vergüenza que tenía por todo lo que sus padres hicieron. Aunque no fuese culpable, la asociación era intolerable.

Al instante sintió las manos de él sujetándole los hombros e instándola a girarse. Después, sin mediar más palabras, la abrazó con fuerza contra su pecho. Eso fue suficiente para que Aurora rompiera a llorar con desconsuelo. No sabía cuánto tiempo estuvo en esa postura y dejando que todo lo que llevaba semanas acumulando, cuando creía que ya no le quedaban lágrimas, saliera en forma de esas gotas saladas.

—Mi vida —murmuró Dominic con fervor y apartándose, solo un poco, para mirarla—, por favor, no llores. He intentado respetar tu necesidad de tener espacio, mientras yo arreglaba el pandemónium que contaminó mi existencia, pero ya no puedo seguir lejos de ti. La casa está vacía —le tomó una mano y la posó sobre el sitio en el que latía su corazón—, me siento incompleto. Por favor, ¿podrías volver a mí?

Se miraron conscientes de que la tormenta que los separó había pasado y que el momento de disfrutar la serenidad acababa de llegar. Sabían que el eco del naufragio resonaría un largo tiempo, pero ya no crearía más dolor, desazón ni desesperanza.

Se miraron con anhelo y con un profundo amor que pareció revitalizar sus sentidos, renovar el torrente sanguíneo y devolver el pálpito regular a sus corazones.

Se miraron también con fervor, ansias y alivio. Ella, asombrada por ese apelativo cariñoso que él jamás había usado. Él, seguro de que llamarla “mi vida” era la palabra exacta con que podría describirla, porque era lo que ella representaba.

Aurora tragó saliva, mientras él le limpiaba las lágrimas con los pulgares.

—¿Cómo puedes querer que regrese cuando mis padres han causado tanto dolor? —preguntó en tono incrédulo y tocándole el rostro, como si quisiera cerciorarse de que él era real—. Lo siento tanto, Dom, siento todo el dolor que…

—Shhh —susurró apoyando los dedos contra los labios—. No tienes que disculparte, jamás, por las atrocidades cometidas por otros. Nunca te consideré culpable. La única razón por la que sentía un conflicto era por tratar de encajar mis sentimientos por ti, en medio del impacto brutal de saber lo ocurrido con Jenk. Le hice una promesa a mis padres de que mantendría el plan para detener a tus padres, así como a los demás en la lista, en secreto. Esa era una deuda familiar pendiente.

—Sé que tus lealtades estaban contrapuestas —murmuró.

—Pero nunca una fue más importante que otra, Aurora. Nunca.

Dominic había decidido delegar más responsabilidades en la compañía, así que utilizó esas semanas para reorganizar sus asuntos profesionales. Su padre, al enterarse de que sería abuelo, se mostró muy feliz y le aseguró que no tenía ningún resentimiento, ni tampoco Lavina, hacia Aurora. Owen le entregó el documento para ratificarlo como CEO de Langford Creations, pero Dominic lo rechazó. Le comentó a su padre que solo iba a quedarse al mando de LangTex y le sugirió que buscara un nuevo CEO exclusivamente para LangCosmetics, porque él deseaba que su agenda tuviera el espacio suficiente para dedicarse a ver crecer su familia junto a Aurora.

Dominic prefería invertir sus esfuerzos en el proyecto más importante, aquel que había surgido de forma natural, intangible, súbita y tan rebelde como gratificante e invaluable: su vida con un bebé y con Aurora. Su matrimonio. Cada día sin su esposa había sido un pequeño infierno al que lograba sobrevivir a duras penas y se sumergía en el trabajo, hasta que su cuerpo, vencido de cansancio, solo podía dormir. Los mensajes ocasionales que ella le enviaba para decirle que el embarazo iba bien no le parecían suficientes; quería verla, escucharla y abrazarla. No poder acompañarla al ginecólogo o escuchar los latidos de su bebé lo entristecían. Tampoco quiso hacer exigencias a Aurora y dejó que ella controlara, a su ritmo, lo que quería o no compartir.

Él tuvo que quedarse a capear el vendaval, con un nuevo relacionista público que fuese más pragmático, para desvincular la mancha de Bruce Sterling en su matrimonio con la hija de este. Pero, más allá del tema industrial, que se vio sacudido también al descubrirse los pactos de Sterling para beneficiar las empresas extranjeras, en lugar de las británicas, Dominic se quedó para cerrar el capítulo de Jenk con sus padres. Estos últimos enviaron a construir una lápida especial. En el nicho del mausoleo familiar guardaron algunas pertenencias que, por años, Lavinia había conservado de su hijo menor. Fue un sepelio simbólico, importante y necesario.

Todo lo mencionado se unió a su compleja y difícil decisión de respetar, durante el mayor tiempo posible, el camino que tomó Aurora de poner tierra de por medio entre ambos para reflexionar a solas. Pero el día anterior, después de firmar su renuncia como CEO de LangCosmetics para dedicarse solo a LangTex, la resolución de Dominic acabó. Para él, los días sin la sonrisa, la voz y la dulzura de Aurora eran insostenibles. Si a esto le sumaba el hecho de que ella estaba embarazada, sola, en un continente lejano, la desesperación de Dominic no hacía más que aumentar. La única razón por la que no se desesperó, al punto de enloquecer por ir a verla a África, mientras lidiaba con la tormenta de eventos

en Londres y en la empresa, fue que había enviado un guardaespaldas para cuidar a Aurora. Encontrarla no fue tan difícil.

Él se quitó las gafas de sol. Sus ojos verdes refulgieron con calidez. Por ella.

—¿Cómo me encontraste? ¿Por qué estás aquí…? —dijo poniendo un poco de distancia y apartando la mirada—. Te escuché… Sé que no me amas. Si viniste, porque crees que voy a crearte problemas con el bebé, te prometo que no será así…

Dominic le sujetó el mentón y la miró fijamente.

—Voy a responder a tus preguntas, mi vida, una a una. —Ella sintió los ojos llovidos, pero no emitió sonido alguno—. La primera. Cuando tu amigo Brennan notó lo miserable que era mi existir, sin saber de ti, me comentó que habías viajado al único sitio al que siempre habías querido volver. No necesité más pistas para entenderlo. Estuve a punto de agarrar un avión para venir, pero quise respetar tus deseos de soledad, aunque me matara la distancia —explicó—. Además, tienes un guardaespaldas que te brinda seguridad y eso me dio cierta calma. —Ella enarcó una ceja—. Lo siento, cuando se trata de ti, no juego, Aurora. La segunda respuesta. ¿Crees que habría sido inteligente y sensato darle información valiosa a una mujer que no la merecía? Porque nadie, menos mi ex, necesita escuchar lo que siento, Aurora —dijo.

—¿Qué es lo que sientes entonces…? —susurró mirándolo, nerviosa. Ella siempre era la que solía hablar más, así que la elocuencia de Dominic la emocionaba.

Dominic le tomó el rostro, ese rostro que adoraba, entre las manos.

—Que te amo, Aurora —dijo con firmeza y sinceridad. Ella lo miró con emoción—. Que cada parte de mí te pertenece. Te has robado mi corazón y no lo deseo de regreso, porque solo en tus manos mi mundo tiene sentido. Me has devuelto la humanidad, la capacidad de experimentar emociones, sin creer que van a ser la razón de una gran destrucción personal, pero, en especial, me has hecho el regalo de amarme sin condiciones, aceptarme con sombras y aciertos. Estoy enamorado de ti y quiero demostrarte, cada día, por el resto de nuestras vidas, que el privilegio de que me correspondas jamás lo daré por hecho —explicó y confesó apoyando la frente contra la de ella—. Quería que fueses tú, no otra persona, la que escuchara lo que siento; porque ese es tu derecho; porque eres tú la destinataria natural de esos sentimientos, no otra persona. Solo tú, Aurora, eres la mujer que me excita, a la que deseo locamente, la que me impulsa a ser un mejor hombre y la que amo —concluyó.

Aurora le sonrió entre lágrimas. Su corazón había despertado de nuevo.

—Oh, Dominic… —dijo entre sollozos—. Jamás podré amar a nadie como te amo a ti. Cada día, cada noche, moría un poco sin ti. No sabía cómo decirte que me hacías falta, porque la culpa no me dejaba tranquila. Pero me alegro de que estés en este rincón del mundo, a mi lado —susurró—. Gracias por venir a por mí —le tomó la mano y la puso sobre su panza—, a por nosotros. Te amo, Dominic Langford, con todo mi corazón. Solo quiero dejar esta etapa atrás y empezar de nuevo juntos.

Él esbozó una sonrisa, amplia, amorosa y también aliviada por esa respuesta.

Su mundo volvía a girar en la dirección correcta, porque estaba ella.

—Aurora, ¿te casarías conmigo? —preguntó mordiéndole el labio inferior.

Ella se rio con suavidad. La emoción que la embargaba era indescriptible.

—Ya estamos casados…

—Sí, pero en el hotel dejé los papeles de divorcio, porque pienso casarme contigo de nuevo. Otra vez. Pero en esta ocasión por las razones correctas —dijo, mientras sacaba un anillo del bolsillo de diamantes amarillos con diamantes blancos.

—Oh, Dom…

Él clavó la rodilla sobre la tierra y le tomó la mano a Aurora.

—El honor de amarte no tiene precio. El tiempo que me queda de vida lo quiero vivir a tu lado, belleza mía, ¿me concedes el privilegio de casarme contigo?

Aurora, lentamente se arrodilló para estar en la misma posición que Dominic.

Para ella, ahora estaban en igualdad de condiciones, corazón a corazón.

—Sí, Dominic, aceptó casarme de nuevo contigo —dijo sonriendo.

—Gracias, mi vida —susurró deslizando el anillo en el dedo, junto al que ya estaba, porque Aurora no se lo había quitado ni un solo día—. Gracias —repitió.

En medio de la sabana, el rugido lejano de un león y el trompeteo de los elefantes del refugio, desolado en estos momentos, Dominic tomó el rostro de Aurora entre las manos, mirándola con reverencia, mientras acercaba su boca para capturar la de ella con ansias, fervor y un placer inconmensurable tintado de un amor profundo. Sus lenguas danzaron con avidez, reconociéndose y recuperando las semanas perdidas. Los gemidos de ambos se perdieron en la amplia selva, mientras, entre risas, él la instaba a recostarse sobre el pasto. Los elefantes, como si supieran que los humanos necesitaban privacidad, se alejaron

para ir a pasar a varios metros.

El beso fue dulce, violento, apasionado, reverencial, carnal, tierno y posesivo. Siempre posesivo, pero en esta ocasión era en doble vía. Dominic desnudó a Aurora, poco a poco, besando cada parte de la piel que iba quedando al descubierto; mimó cada montículo de carne a su alcance; la giró para besarle la columna, morderle las nalgas y lamerle el sexo. La volvió a dejar boca arriba, sonriéndole, chupándole los pechos sensibles, succionándole los pezones y haciéndola gemir, mojarse y palpitar de necesidad. Ella no se quedó quieta, porque ambos tenían el mismo poder sobre el otro. Aurora lo desnudó, le mordisqueó los pectorales, le recorrió las abdominales con las uñas y se llevó el miembro a la boca; lo enloqueció con su lengua y manos.

—Dom… Dios, la gente que trabaja aquí… —dijo de repente, preocupada.

Él le separó los muslos, con una expresión de suficiencia, y sonrió.

—Les pagué cien mil libras esterlinas para que nos dejaran a solas una hora.

Ella soltó una carcajada, mientras él se posicionaba en su entrada, cubriéndola con su cuerpo fornido y de músculos definidos. A Aurora le gustaba notar esa mirada verde que ahora estaba tintada de tanto amor, lujuria y posesión a la vez. Por ella.

—Eres incorregible —gimió cuando él se inclinó para morderle un pezón.

—Tienes las tetas más sensibles, mi vida —susurró lamiéndole el pico que acababa de morder—. Mmm, también más grandes, eres magnífica, Aurora. No puedo esperar a ver todos los cambios que tengas en tu cuerpo, porque voy a amar cada uno de ellos —dijo, mientras dejaba un reguero de besos en el abdomen plano —. ¿Estás más excitada de costumbre? —preguntó tocando el vértice mojado.

Ella hizo un asentimiento y gimió cuando él la acarició con los dedos.

—Mmm, Dominic… Sí, muy excitada…

—Sí, ya veo, cariño —replicó sonriéndole y frotando la nariz contra la de ella.

—Te deseo tanto —dijo Aurora—. Hazme el amor, Dom, porque te necesito.

—Como yo te necesito a ti —expresó él y entró, con suavidad, en ella.

Aurora arqueó la espalda y empezaron a moverse juntos. Jadeando, besándose, amándose y complaciéndose. Su unión era primitiva, amorosa, dulce y carnal. Una mezcla potente que había sido cocida a fuego lento por el destino que los unió. Una mezcla con ingredientes imposibles de repetir, poque el amor de ambos era único. Bajo el cielo de África, tan salvaje y libre como podía ser el

amor más puro, Aurora y Dominic llegaron juntos al orgasmo. Ambos bebieron los gritos del otro en un beso suave y posesivo, mientras sus miradas se conectaban en un silencioso para siempre.

EPÍLOGO

5 años después.

—¡Deja de jugar con la comida, Ravenna Langford! —exclamó Aurora mirando a su hija de cuatro años, mientras la niña, testaruda y de ojos verdes como su padre, mezclaba los alimentos haciendo un desastre—. Si no obedeces, entonces no irás a jugar en el columpio más tarde. No solo hoy, sino durante el resto de la semana.

La niña dejó los cubiertos de plástico sobre la mesa y miró a su madre.

—Quiero jugar, mami…

—Primero tienes que terminar tu comida, tesoro —replicó Aurora en un tono más suave. Le costaba ser estricta, porque la pequeña era su adoración y la de Dominic. Todo en casa, y en sus agendas de trabajo, giraba alrededor del bienestar de Ravenna. La niña era un manojo de dulzura, travesuras, irreverencia, inocencia y alegría, pero Aurora no quería que fuese caprichosa y por eso tenía que disciplinarla.

—Pero, ¿me lo prometes, mami? —preguntó frunciendo la naricilla pecosa.

—Sí, Ravenna —replicó mirándola—. Come el resto de tu comida.

—De acuerdo —dijo haciendo una mueca, y su madre contuvo una sonrisa.

Aurora le dio la última ración de pollo con brócoli.

—Muy bien, ¿ves? Eso es todo —replicó Aurora limpiándole la boquita con cariño, luego le acomodó las dos coletas que sostenían los cabellos rubios—. Eres una niña hermosa y amada, Ravenna. Sé buena, que papá traerá helados más tarde.

—¡Yeiii! ¡Papá, es el mejor del mundo mundial! —exclamó sonriendo.

—Sí que lo es, tesoro, sí que lo es —replicó, besándole la mejilla.

Aurora se incorporó, no sin dificultad porque tenía seis meses de embarazo, y estuvo a punto de tropezar. Se guardó un improperio, pues procuraba no decir malas palabras frente a su hija. La niña era como un pequeño loro: todo absorbía y repetía.

—Hey, jovencito —dijo agarrando a Orejitas y sosteniéndolo en brazos—, tu trabajo consiste en portarte bien, en lugar de estar correteando por la casa, ¿eh? —El perrito tan solo jadeó mirando a su dueña, como si entendiera—. Ve a jugar

con Ravenna —se rio, soltándolo, al tiempo que su hija empezaba a perseguir al perrito.

Orejitas no fue adoptado por una familia de extraños, sino por Dominic. Su esposo le había pedido a Trisha que no le mencionara el tema, porque era una sorpresa que quería darle. Así que, al regresar de África a la mansión en Londres, después de pasar juntos una semana en Nairobi, amándose y hablando sobre tantas cosas vividas, así como de los planes que querían poner en marcha juntos, Aurora había sido recibida por los ladridos de Orejitas. Ella había llorado de alegría al tener al perrito en casa. Dominic empezó un tratamiento, más avanzado que las pastillas antialérgicas, para blindar su sistema inmunológico y así poder convivir con cualquier perro. No porque fuese aficionado a las mascotas, sino porque sabía que Orejitas hacía feliz a Aurora y la felicidad de ella era todo lo que él buscaba. El hombre no puso reparos cuando ella llegó una noche a la casa con dos perros: un Lhasa Apso, Ulises, y un Shih-Tzu, Wave.

La mansión de los Langford estaba llena de ruido, amor, ilusiones y proyectos constantes en temas laborales, pero también viajes fuera de Inglaterra en los que afianzaban su relación y, desde que nació Ravenna, su dinámica como familia. Siempre viajaban con dos niñeras y todas las medidas de seguridad, porque Dominic se había vuelto mucho más protector con Aurora y con su hija. Él ya no llevaba trabajo a casa, de hecho, había disminuido, a propósito, sus compromisos sociales y horas laborales.

Le costaba salir de la cama en las mañanas, porque eso implicaba alejarse de Aurora; le costaba salir de la casa, porque eso implicaba no sostener en brazos a Ravenna. Por eso cuando volvía a su hogar, al caer la tarde en Londres, lo primero que hacía era besar a su esposa, hasta que ambos quedaban sin aliento; luego pasaba un largo rato con Ravenna. Él quería que la bebé se sintiera amada y segura, siempre.

La pasión entre Dominic y Aurora mantenía el fuego que los caracterizaba. Difícilmente lograban apartar las manos del otro. Sus besos, a veces lentos, a veces voraces, siempre eran el preludio de una promesa de pasión que se extendía a lo largo de la noche, después de que su pequeño terremoto, llamado Ravenna, se dormía.

Después de firmar el divorcio por las condiciones del primer contrato, en el que constaba la cláusula de que su relación acabaría en dos años, se casaron de nuevo. Esta vez no tenían separación de bienes ni cláusulas condicionales, más allá de los estándares de la ley. Su matrimonio era todo o nada. Ambos

celebraron su unión en una ceremonia íntima a la que asistieron los padres de Dominic, Cédric, Brenda y Candace, Brennan y su prometida, Kitty y su novio de turno, así como el juez de paz.

La recepción tuvo lugar en el jardín de la casa de Owen y Lavina. Estos últimos, le habían dicho a Aurora que la querían como a una más de la familia y que, aunque en un principio les chocó que ella fuese hija de los involucrados en el caso de la desaparición de Jenk, no la culpaban y sabía que, gracias a ella, Dominic era feliz. Además, como abuelos eran muy consentidores. Solían cuidar a Ravenna cuando los padres de la niña necesitaban un fin de semana a solas. Los padres de Jenk y Dominic habían encontrado en su nieta una razón para desconectar de la vida social y enfocarse en ofrecerle a la niña, lo que hubiesen querido darles a sus dos hijos: tiempo, más cariño, atenciones y juegos en familia, en lugar de priorizar eventos con desconocidos.

Esos serían siempre los únicos abuelos que Ravenna iba a conocer.

Bruce había sido condenado a cuarenta años de cárcel por tráfico de personas, participación en una red criminal y conspiración para la venta ilegal de órganos. En el caso de Jocelyn, le habían dado quince años por ser cómplice de Bruce. Los demás involucrados, alrededor de veinte personas, también recibieron penas severas. Aurora había cortado todo lazo con sus progenitores. Incluso, gracias a Dominic, se enteró de que tenía una hermana llamada Heidi. Ella era la hija ilegítima de su padre, pero este jamás la había reconocido ni le había dado el apellido Sterling. Aunque la idea de tener una hermana la llenaba de ilusión, comprendía que Heidi acabaría pagando un alto precio al saber la verdad: quién era el hombre que las había convertido en hermanas. Si Aurora podía ahorrarle a otro ser humano el trauma de tener un padre maquiavélico, ladrón, mentiroso y criminal, lo haría sin dudar, incluso si eso significaba renunciar para siempre al contacto con su hermana. Tal como ocurrió.

En estos cinco años, Aurora abrió su clínica en la que tenía, además de los servicios de salud, un espacio de entrenamiento especial, una guardería de mascotas y un servicio de peluquería. Ella disfrutaba su trabajo, porque cada vez que iba a la clínica recordaba que estaba viviendo el sueño que siempre tuvo, y que su anhelo profesional se había hecho realidad. El nombre de su clínica era *El corazón de Jenk*. Cuando Dominic lo supo, la había besado larga y apasionadamente. En esa ocasión fue él quien tuvo los ojos llovidos, al recibir una sorpresa tan especial y considerada.

La relación de Aurora y Dominic, aunque era apasionada y estaba llena de

matices propios de lo cotidiano y un amor muy fuerte, no había sido fácil. Dominic seguía siendo dominante y Aurora había recuperado su personalidad determinada, con más fuerza, así que solían tener grandes discusiones. Ambos habían aprendido a mediar para tratar de encontrar el beneficio mutuo, en lugar de encontrar un "ganador" o un "perdedor" en sus desencuentros. Las reconciliaciones, después de sus argumentos agitados, siempre estaban llenas de susurros, risas, promesas, caricias, toques ardientes y un erotismo bañado de amor. Los instantes más amargos de sus vidas habían quedado atrás, pero ellos no se habrían conocido si la tragedia no hubiera tocado a sus puertas. En ocasiones, los reveses eran el camino a bellas recompensas.

—¡Papaaaaaá!

El grito de Ravenna instó a Aurora a salir del comedor.

Cuando se detuvo en la mitad de la sala esbozó una sonrisa y su corazón se derritió. Vestido con el traje de oficina, siempre sexy y elegante, a sus treinta y nueve años, Dominic Langford no podía ser más guapo. Pero en este instante, mientras sostenía a Ravenna en brazos, besándole el cuello y haciéndole cosquillas, al tiempo que la niña se reía con absoluto deleite, Aurora sabía que era afortunada de que fuera su esposo. Se habían encontrado en un camino pedregoso, hostil y espinoso, pero consiguieron pasarlo y luego construir otro camino con madurez, resiliencia y amor.

La niña gritaba de alegría pidiéndole a su padre que jugaran al avioncito. Dominic, por supuesto, complació a su hija. Los tres perritos ladraban e iban de un lado a otro, porque también querían atención. Pero, mientras él sostenía en brazos a Ravenna y jugaba con ella, era muy consciente de que la mujer que hacía girar su mundo en la dirección correcta lo miraba desde el centro del salón. Dominic conectó sus ojos verdes con esos del color de la miel. Le hizo un guiño y le dedicó una sonrisa.

—Papá, dijo mamá que traías helados —expresó Ravenna cuando sus pies pisaron la alfombra. Miró a su padre como si él sostuviera la luna. Para ella, así era.

—Sí, muñeca, pero solo podrás comer helados el fin de semana. Hoy es jueves —dijo acariciándole la cabecita—. Además, no sé si te has portado bien.

—¡Muuuuy bien, papá! Quiero helado —insistió.

Dominic soltó una carcajada. Se acuclilló frente a su hija.

—Has sacado la vena insistente de los Langford —sonrió—. Pero eso no te garantiza que siempre vas a tener lo que quieras. —La niña hizo un puchero y

Dominic flaqueó en su decisión de no darle helado—. Ah, también has sacado la capacidad de ponerme de rodillas como lo hace tu madre —meneó la cabeza, fingiendo tener un gran problema—, ven, dame un abrazo y luego comeremos helado.

La niña no tardó ni un segundo en echarle los brazos al cuello. Él aspiró el aroma a bebé de la pequeña y la sostuvo con firmeza, amando esta pequeña vida.

—¿Helado? —preguntó ella apartándose. Le sonrió con emoción.

Él soltó una risa queda. La niña era incorregible y adorable.

—Ve y dile a Kery que te dé una cucharadita —comentó Dominic.

—¡Una puracadita! —dijo, porque esa palabra se le dificultaba pronunciar. Pero tampoco esperó a que su padre la corrigiera, sino que fue corriendo a la cocina, mientras la seguían los tres perritos, ladrando, y se perdían todos por el pasillo.

Dominic se incorporó y avanzó hasta donde estaba Aurora.

Su bella esposa había cambiado la vida de ambos con optimismo, pasión y empatía. Él no daba por sentado el amor que vibraba entre los dos, así que procuraba ser consciente de la suerte de poder llamarla esposa, amiga y amante, así como una madre maravillosa para sus hijos. Todas las semanas tenían una cita e iban a algún sitio diferente; unas horas en pareja y sin preocupaciones. Ese tiempo era su momento especial juntos, en el que no hablaban de nada más que de los dos, como matrimonio.

Dejaban de lado las preocupaciones, el trabajo, y solo se enfocaban en lo que necesitaban del otro. Esta parte, el hablar de lo que buscaba o necesitaba, seguía siendo complicada para Dominic, pero hacía su mayor esfuerzo. Aurora, por supuesto, era siempre más fluida y expresaba con facilidad sus emociones. Se complementaban y, al final, la voluntad de estar juntos era la que contaba de verdad.

Él tomó el rostro de Aurora entre las manos.

—Señora Langford —dijo Dominic en tono sensual—, hoy estás hermosa.

Ella se rio y le rodeó la cintura con los brazos.

—Dom, tú tampoco estás nada mal —replicó haciéndole un guiño.

—Te eché de menos, Rory —dijo en tono profundo. Había empezado a llamarla con ese apelativo cariñoso desde la primera noche que pasaron en África—. ¿Cómo están nuestros bebés? —preguntó haciendo referencia al embarazo de ella.

—Los dos se han portado estupendamente, aunque han hecho saber que tienen muchas ganas de conocer pronto a su padre con sus pataditas —replicó con una sonrisa. Iban a tener gemelos, un niño y una niña. Aún no decidían los nombres.

Así como en el proceso anterior de embarazo, en este nuevo período de gestación Dominic se había mostrado igual o más protector y posesivo con Aurora. Le asignó un guardaespaldas adicional y le envió una asistente a la clínica para que se asegurara, exclusivamente, de que comiera todo lo necesario. Estaba siempre al pendiente de la necesidad más pequeña que ella pudiera tener e inclusive, si creía que Aurora no estaba diciéndole en verdad cómo se sentía, él dejaba la oficina para ir a la clínica y asegurarse de que su esposa no estaba tratando de lidiar sola con alguna incomodidad. Ese era Dominic: controlador, posesivo, intenso y organizado. Pero la diferencia consistía en que ya no lo hacía para evitar sus emociones, sino para permitir que estas fluyeran y estuvieran enfocadas en el bienestar de las personas que amaba.

—Me alegro mucho —dijo frotándole el labio inferior con el pulgar—. Por cierto, no sé si te lo he dicho, pero el embarazo te sienta muy bien —sonrió.

Ella se rio con suavidad. El embarazo le sentaba perfecto, no solo porque su esposo la complacía cuando sus hormonas le pedían sexo, lo cual era muy frecuente, sino porque se sentía plena, amada con sus defectos y aciertos, también porque era consciente de que sus hijos tendrían el mejor padre. Su figura paterna fue un desastre, así que era un inmenso alivio que Dominic rompiese esa línea de patrones de incongruencias e inseguridades. Sabía que sus hijos tendrían un gran ejemplo y amor.

—Puedes seguirlo demostrando —dijo atrayéndolo hacia ella para mordisquearle la boca, sonriendo—, tal como haces siempre, esté o no embarazada.

—Ah, mi Rory descarada no deja su lado pícaro, ¿verdad? —preguntó.

—Imposible cuando tengo un esposo que me tienta siempre —replicó, al tiempo que Dominic cerraba la brevísima distancia para besarla largamente.

Sus bocas se fundieron en un beso cálido, posesivo, lento y erótico. Las manos de Dominic acariciaron la espalda de su esposa de arriba abajo; le agarró las nalgas, haciéndola gemir contra su boca, y después le apretó los pezones sensibles, con dureza, sobre la tela de la blusa. Ella empezó a moverse, agitada, contra su erección. Aurora no tenía ningún problema en ser descarada, así que le acarició el miembro sobre la tela del pantalón. Dominic soltó un gruñido y le apretó más los pechos.

—Eres magnífica y me encantas, Rory…

—Tú a mí, Dom —jadeó bajito acariciándolo—. Te necesito dentro de mí.

—Mi vida —susurró él apartándose—, te deseo locamente, pero nuestro pequeño terremoto acaba de asomar la cabeza por el umbral de la puerta de la cocina.

Aurora soltó una risa dando un paso atrás, mirándolo, al escuchar el tono de frustración de Dominic. Estas interrupciones eran bastante frecuentes cuando había una niña pequeña que buscaba la atención de sus padres. Aunque sus deseos quedaban insatisfechos en esta clase de momentos, los dos lo compensaban cuando estaban, finalmente a solas, en la suite. Ella trazó las cejas de Dominic con los dedos, sonrió.

—Supongo que quiere ir a jugar al columpio —murmuró Aurora—. Espero que podamos remediar esta interrupción en la noche, Dom, ¿será posible?

Él soltó un gruñido por lo bajo ante el tono pícaro y provocativo de ella.

—Tus desafíos tienen un precio, Rory, lo sabes —replicó sonriéndole.

—Estoy más que dispuesta a pagarlo, señor Langford —dijo haciéndole un guiño, mientras lo tomaba de la mano y empezaban a caminar hacia Ravenna.

—Rory… —dijo él de repente.

Ella se detuvo para mirarlo.

—¿Sí? —preguntó con dulzura.

—Gracias —expresó él, serio y sincero—. Me has dado la familia que nunca supe que necesitaba y has logrado que mi corazón pueda latir de verdad. Por ti.

Aurora sintió los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

Posó la mano en la mejilla de Dominic.

—Te amo cada día, un poco más, Dom —susurró emocionada.

—Nunca será tanto como yo a ti —murmuró besándola con suavidad.

FIN.

¡Espero que te haya encantado la historia de Dominic & Aurora!
Si tienes un instante disponible, quizá 30 segundos, te agradecería mucho que dejes tu reseña de DETRÁS DE LA PERFIDIA en la tienda Amazon.

Las reseñas, para una autora indie como yo, son una ayuda muy importante.
Besazos y mil gracias por elegir mis historias, ¡hasta la próxima!
Kristel.

SIGUE LEYENDO: EL LEGADO DE LAS DUNAS

Romance contemporáneo.
Oriente Medio y Londres.
Diferencia de edades.
Amor prohibido: príncipe y plebeya.
Enemies-to-lovers.
Explícito + 18 años.
Realidades complejas.
No hay infidelidades entre los protagonistas.

SINOPSIS

Entre Londres y Oriente Medio se fragua un romance contemporáneo con matices prohibidos, una atracción ineludible, diferencia de edad, escenarios turbulentos, enemies-to-lovers, y una vorágine de placer.

El príncipe Zarik Al-Sarkham nació entre los albores de una revolución social que marcó su carácter férreo y reservado. El propósito de modernizar su país no conoce barreras, aún si esto implica contratar, en su equipo de asesores, a la única mujer que tiene en su lista de personas indeseadas. Zarik utilizará esta oportunidad para castigar a Arienne por sus osadías y por la distracción que representa, en especial cuando el roce de su piel lo tiente a desear un futuro diferente al que ya ha sido trazado para él. Un conflicto de lealtades impulsa al príncipe a cometer un error que lo dejará en una encrucijada, cuya solución podría ser tanto su gloria como su perdición.

Arienne Johansen creció en un entorno de carencias, inestabilidad y al amparo del sistema social, pero su espíritu guerrero la impulsó a romper paradigmas restrictivos, hasta que logró convertirse en estratega política. Su desafío más importante será trabajar bajo las órdenes del arrogante príncipe Zarik de Nariem, así como ignorar el efecto de su cercanía. La distancia emocional, que ambos intentan mantener con el otro, empieza a desdibujarse, pero ninguno está dispuesto a reconocerlo. Cuando una situación inusitada la empuja al filo del abismo, Arienne entrará en un dilema que marcará para siempre su destino.

Cuando la traición y la ambición se ocultan entre las sombras, el amor puede ser el jugador más débil del tablero. ¿Qué hará falta para que Zarik y Arienne desgarren el velo de sus propios límites?

El LEGADO de las DUNAS

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2024.
El legado de las dunas.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Código de registro N. ***2309305446567. 401206712519.***

Diseño de portada: Kramer H. ©AdobePhotoStock.
Diseño interior: Lotus Ediciones. ©AdobePhotoStock. ©Freepik.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

CAPÍTULO 1

Sangre. Sus manos se habían manchado de ese líquido viscoso cuando intentó contener el sangrado de una de sus heridas. La impotencia y el desconcierto se mezclaron con la adrenalina y la furia por haber sido atacado en un sitio que había considerado neutral y seguro para su visita. Su cuerpo estaba magullado y le costaba mantener los ojos abiertos. Durante el traslado en helicóptero desde el desierto, él perdió la conciencia por varios segundos. De hecho, no recordaba cuánto tiempo transcurrió en ese trayecto aéreo. La única certeza que ahora importaba, en medio de su somnolencia e incomodidad física, era que ya se encontraba en las inmediaciones de un hospital. Desde la camilla escuchaba cómo los doctores y enfermeras se apresuraban a seguir los protocolos para ingresarlo al quirófano. Iban a operarlo.

Quería encontrar a quienes intentaron cercenar su vida, y acabar con ellos. Pero no era un asesino a sueldo ni un mercenario, sino el príncipe Zarik Al-Sarkham, heredero al trono de la Casa Real de Nariem. Debido a su rango y perfil público, aunque quisiera y tuviera las herramientas a disposición, no podía ejercer justicia por mano propia dando caza a los responsables del atentado sufrido instantes atrás. Las investigaciones estarían a cargo del equipo de inteligencia táctica y las agencias de seguridad, pero Zarik exigiría que los culpables recibieran un castigo personalizado.

El dolor físico del príncipe era potente, pero le habían inyectado una medicación que lo ayudaba a sobrellevarlo. Sus heridas consistían en tres impactos de bala en el cuerpo. Uno de los proyectiles entró muy cerca de una arteria principal, provocando gran pérdida de sangre; otro, en el brazo; el tercero, en el hombro. Fue casi un milagro que no se hubiera desangrado durante el traslado desde el desierto, al que había ido para hacer una visita protocolaria a una tribu aliada de la casa real, hasta el centro médico privado. La situación sociopolítica en Nariem era tensa. Los grupos de ideologías radicales, a favor y en contra del progreso para implementar nuevas tecnologías en diferentes ámbitos, estaban creando caos en un clima global adverso.

Debido a las constantes disputas religiosas y territoriales, en otras naciones menos desarrolladas de Oriente Medio, especialistas de Nariem habían llevado a cabo gestiones para propiciar la promulgación de leyes, así como aprobar la ejecución de ciertas estrategias militares, con el fin de evitar caer en el error de

sus vecinos de entrar en guerra. La casa real estaba muy involucrada en los procesos de poder, porque Nariem era un país con una monarquía constitucional. El rey Soldon bin Ramek Al-Sarkham era el Jefe de Estado y comandante de las Fuerzas Armadas con una amplia facultad de veto en el sistema legal. El poder legislativo le correspondía a la Cámara de Representantes, elegidos por voto popular; así como al Senado, cuyos treinta y tres integrantes eran escogidos por el rey. Sin embargo, aún se conservaba el Consejo de Ley, un grupo de consejeros que existía desde el tiempo del bisabuelo del actual rey; sus integrantes podían intervenir en la elaboración o modificación de leyes específicas, y también se encargaban de vigilar que se mantuvieran las tradiciones de Nariem.

Las más recientes pugnas sociales, a través de protestas en las calles y desmanes en zonas rurales, tenían que ver con opositores que estaban reacios a aceptar las medidas de modernización que el régimen quería implementar en Nariem. Zarik sabía que el ataque que sufrió provino de los disidentes y detractores que estaban en contra de usar nuevas tecnologías en manufactura, agronomía y educación, a gran escala. Los disparos ocurrieron cuando él terminaba de estrechar la mano del líder de los Baoras, una tribu amiga y que llevaba setenta años en el desierto, y se preparaba para abordar el helicóptero que lo llevaría a un destino adicional dentro de la ruta del día.

La emboscada sufrida por él y su comitiva real fue una sorpresa, porque los estándares de seguridad eran siempre exhaustivos y detallados. Por eso, Zarik barajaba dos teorías: o bien los rebeldes hallaron por sí solos la forma de vulnerar el sistema para obtener la información del protocolo de seguridad de esa mañana, o bien tuvieron ayuda interna. En el primer caso, la ley contemplaba la cadena perpetua, trabajos forzados y torturas ocasionales, hasta que murieran. Los derechos humanos no se aplicaban a los asesinos, violadores ni pedófilos. Nariem era un país que, a diferencia de otros más desarrollados en el mundo, usaba el sentido común. ¿Cómo iban a preservar los derechos humanos de quienes atentaban contra los de otros?

En el segundo caso teórico del príncipe, sobre la emboscada, si se trató de una traición de Estado y contra la casa real, el castigo era la silla eléctrica. No existía posibilidad de un indulto del rey, o cambio en el veredicto final, una vez que existía una sentencia en firme. La deshonra pública del traidor era una mancha en la reputación que afectaba a quien cometía el crimen y a toda su descendencia.

Zarik quería respuestas de inmediato y una jodida explicación del incidente. Pero, no podía largarse del hospital como le hubiera gustado, porque estaba demasiado débil y tenía tres balas alojadas en el cuerpo que le impedían levantarse de la camilla. Lo frustraba estar inactivo y sentirse impotente ante las circunstancias.

—Doctor… —farfulló Zarik en tono bajo—. Necesito que se dé prisa…

—Su alteza —replicó el médico al instante—, me va a disculpar, pero tengo que pedirle que intente no hablar. Está débil. Entrará al quirófano en diez minutos. La herida no es tan fácil de sanear, porque la radiografía muestra la bala demasiado cerca de la arteria, así que utilizaremos más tiempo del necesario para evitar causar daño. Los proyectiles restantes serán menos complicadas de extraer.

Zarik tragó saliva. Tenía sed y sentía la garganta rasposa.

—Quiero agua —murmuró. El doctor Murat le permitió unos breves sorbos —. Gracias… Mis guardaespaldas… ¿Cuántos de ellos están también heridos? —preguntó en tono inquieto, una vez que terminó de beber—. Dígame —exigió.

Su equipo de seguridad personal estaba integrado por los compañeros que tuvo en el ejército, el entrenamiento militar era obligación para el heredero al trono y los demás hijos del rey, y Zarik sabía que eran hombres honorables. Los había elegido él y el salario lo pagaba de su propia fortuna. Pero el grupo de seguridad que le asignaba el Estado, como integrante de la familia real, era diferente. Aunque estos últimos también eran excelentes en su trabajo, Zarik confiaba solo en pocos elementos.

—Llegaron tres heridos graves en el mismo helicóptero que lo trajo a usted, su alteza —dijo el doctor pasándose una mano por la barba abundante—. Lamento informarle que no sobrevivieron… —expresó meneando ligeramente la cabeza.

El príncipe apretó los ojos con enfado. Sus asesores le habían sugerido que demorara varios meses la visita a las comunidades amigas, así como también la aproximación a aquellas hostiles. Lo anterior debido a las amenazas existentes contra la casa real, así como contra los políticos que estaban a favor de los grandes cambios que se avecinaban en el territorio. Sin embargo, Zarik los desoyó, porque estaba empecinado en recorrer, cuanto antes, las regiones de Nariem que se oponían a la inminente y necesaria renovación tecnológica del país. Su intención era asegurarles a los líderes políticos y religiosos que este proceso no implicaba una amenaza.

Se sentía responsable y eso lo cabreaba muchísimo.

—Carajo… —murmuró—. Llame a las familias. Dígales que yo, personalmente, una vez que salga de este hospital voy a recompensarlos —dijo, aunque sabía que esa no era la clase de responsabilidad que tenía un doctor. Pero, al decirlo, sentía que estaba tomando alguna acción, en lugar de quedarse callado.

—Por supuesto —replicó el doctor. Alrededor, los murmullos continuaban, el aroma a desinfectante se percibía fuerte y el acondicionador de aire trabajaba a tope en uno de los meses más calurosos del año—. Ahora, por favor, no se agite.

—Llame a mi visir —dijo Zarik con su voz profunda, aunque ahora débil.

—Sí, su alteza —contestó el hombre de cabellos entrecanos y bigote.

El príncipe tan solo cerró los ojos. Agotado y frustrado.

Esta no era la primera ocasión en que ocurría un atentado que afectaba a la familia de Zarik, desde que su padre era rey, pero sí la primera que lograba acercarse lo suficiente para herir a un objetivo de forma casi mortal. Los recuerdos del príncipe sobre esas épocas eran todavía vívidas, porque aún en las noches tenía pesadillas. Aunque las cicatrices de su cuerpo se habían desvanecido con los años, no así aquellas que quedaban en la mente y que lo atormentaban cuando menos lo esperaba.

Veinte años atrás, cuando Zarik tenía diez, Nariem estuvo sumergida en una revuelta social sin precedentes. Los precios de los productos estaban por las nubes, el nivel de pobreza era altísimo, las plazas de trabajo eran escasas y las guerras en países vecinos implicaban un elevado número de inmigrantes que no era sostenible. En aquellos tiempos, el rey Soldon había tratado de mantener a toda costa un régimen de paz, llegando a acuerdos complicados para no caer en el caos. No obstante, la tensión alcanzó un punto de inflexión. Las protestas en las calles, que empezaron tímidamente, pronto se convirtieron en turbas salvajes, hasta volverse violentas.

Ante la amenaza a la seguridad e integridad física de los Al-Sarkham, el Consejo de Ley, como organismo más cercano a los asuntos de la realeza, se trasladó a continuar su trabajo de forma secreta en un sitio remoto con protección militar. Los funcionarios de la Cámara de Representantes y el Senado continuaron operando en una ubicación que solo era conocida por los agentes de inteligencia táctica. El palacio en el que usualmente residía la familia real fue acordonado y cerrado, al igual que el resto de propiedades del portafolio que les pertenecía a lo largo de Nariem.

Los procedimientos se manejaron con absoluto secretismo. Los Al-Sarkham al completo se refugiaron en una fortaleza ubicada en las afueras de la capital, Carpal, a la que solo entraban personas autorizadas. Desde ese lugar, el rey y su esposa recibían con estupor y gran pesar las noticias de lo que estaba ocurriendo en las calles.

El país entró en un estado de convulsión y aumentó la pobreza. La guerra interna duró dos largos meses, hasta que organismos internacionales se dieron cita para intentar ayudar en la crisis, así como lo hicieron líderes de países amigos. En este período brutal los más afectados fueron los que se ganaban la vida de manera sencilla, pero eligieron apoyar al bando equivocado: los rebeldes. La gente adinerada salió del país hacia otras naciones que les ofrecían tranquilidad y estabilidad, pero la familia real no podía marcharse, por ley y por lealtad hacia su legado, aún en peligro de muerte.

Doscientos soldados de la guardia real estuvieron destinados para resguardar las inmediaciones de la fortaleza donde estaban los Al-Sarkham. En el interior había francotiradores y también en el exterior. Ningún pasillo, puerta o ventana quedaba sin revisarse en turnos continuos. Cuando la comida que se servía, primero la probaban los soldados. Se revisaba cada ítem que los reyes y sus hijos utilizaban. La situación fue una absoluta locura para Zarik, porque apenas veía a su madre o su padre, ya que ambos estaban aislados por seguridad y estrategia. Su hermano menor, Bursit, tenía siete años en esa época, y pasaba llorando la mayor parte del tiempo, porque extrañaba sus juguetes y a sus amigos. En el caso de Dhalia, la menor de los tres y con solo tres años, permanecía con la reina Esme, porque no podían confiarla a una niñera.

Para continuar dirigiendo Nariem, el rey recibía en la fortaleza solo a un representante del Consejo de Ley, otro del Senado y otro de la Cámara de Representantes, para analizar los pasos a seguir. A la reunión acudían dos estrategas militares; dos expertos en armamento y tácticas de guerra; un diplomático; un traductor y un experto en comunicación de crisis. En medio de todo ese escenario, Zarik había tomado la situación como una aventura. Aunque era un niño de diez años educado para reinar un día en Nariem, que seguía desde su nacimiento un régimen estricto de preparación en diferentes ámbitos y con alta exigencia, también mantenía su espíritu curioso propio de su edad. Rodeado de un ambiente diferente al habitual, Zarik se sentía invencible, porque así percibía a los soldados que lo custodiaban.

Una tarde, el príncipe se había escabullido entre los pasillos de la fortaleza,

pero nadie le prestó mayor atención, porque las medidas de seguridad mantenían todo controlado. O eso creyeron, al subestimar a un niño que podía encontrar, en una vieja estructura, pasadizos secretos dejados por sus antepasados en otras épocas de guerra.

—¿A dónde vas? —le había preguntado Bursit. Ambos hermanos compartían el cabello oscuro. Zarik tenía ojos negros, como el rey. Bursit, ojos verdes, porque la reina tenía antepasados ingleses y españoles—. Yo quiero ir contigo, por favor.

—Shhh, cállate, no puedes ir porque eres pequeño —había dicho Zarik, mientras agarraba una linterna muy pequeña y se la guardaba en el bolsillo de la túnica—. Voy a explorar el pasadizo que encontré el otro día. Cuando regrese te contaré todo lo que vea o descubra —había sonreído con entusiasmo a su hermano —. La segunda ocasión que vaya, entonces, ahí sí, vendrás conmigo. ¿De acuerdo?

—¡No, Zarik, siempre te diviertes! —había exclamado con un puchero.

—Pero es nuestro secreto, Bursit, no puedes decirle a nadie.

—Solo porque eres el favorito de todos —había rezongado—, te permiten hacer lo que tú quieres, pero cuando yo quiero jugar o salir, me lo prohiben.

—Claro que no, Bursit, no seas tonto. Yo seré el rey algún día, pero papá siempre te ha dicho que también vas a ayudarme. Si no sales a jugar es porque no logras buenas calificaciones con los tutores —había dicho meneando la cabeza—. Pero, en verdad, te prometo que voy a regresar y la segunda vez iremos juntos.

Bursit se había cruzado de brazos, enfadado, y luego se encogió de hombros.

—Supongo… —había murmurado.

—Ahora solo guarda este secreto, ¿vale?

—Vale —había torcido el gesto—, no le diré a nadie lo del pasadizo.

—Genial —había dicho frotándose las manos con emoción.

Cuando Zarik salió de la habitación le dijo al soldado que la custodiaba, usualmente apostado en el exterior, que quería ir a la biblioteca. El hombre, bastante joven en las filas militares, tan solo se había encogido de hombros ante la inocente petición del heredero. Después de notificar a su compañero de turno hacia dónde se dirigía, este tampoco consideró una novedad el asunto e hizo un asentimiento. El soldado acompañó al joven príncipe, hasta la entrada de la biblioteca, y para no interrumpir el tiempo de lectura optó por quedarse del otro

lado de la puerta. En ningún instante consideró peligroso que Zarik se quedara solo, porque nadie podría entrar o salir de esa fortaleza sin antes pasar por un filtro inexpugnable de seguridad.

Una vez que Zarik estuvo a solas fue directo al pasadizo que había descubierto semanas atrás, accidentalmente, después de una de sus clases. Recorrió el caminillo viejo y maloliente, sin importarle demasiado, porque él consideraba todo esto como parte de una hazaña especial. La fortaleza en la que estaban resguardados los Al-Sarkham tenía más de quinientos años de antigüedad. Este caminillo que encontró el heredero había sido utilizado por sus antepasados para escapar en el caso de que hubiera un ataque. La salida del túnel era un punto ciego que daba al desierto.

Lo anterior tan solo lo supo Zarik, después de largos minutos de recorrido en el que usó la lintera para iluminar sus pasos. En el instante en el que vio la luz brillante del sol avanzó con celeridad y con una sonrisa de triunfo, porque no podía esperar a contarle a Bursit de su aventura. Sin embargo, apenas su bota fue tocada por la luz exterior, unas manos lo agarraron de los brazos y le taparon con firmeza la boca. No tuvo oportunidad de pelear o defenderse, porque su tamaño y peso no eran una amenaza para los hombres que lo capturaron con pasmosa facilidad. Zarik se había convertido en ese instante, sin saberlo, en un punto débil del Estado y su familia.

Los rebeldes habían esperado, sigilosos y bajo las inclementes condiciones climáticas, alguna oportunidad para atacar. Les había tomado un gigantesco esfuerzo, y varias semanas, encontrar el sitio en el que estaban resguardados los Al-Sarkham. Aunque intentaron burlar la seguridad, porque la intención era matar a toda la familia real y luego posicionar a sus propios reyes y políticos, notaron que la fortaleza era impenetrable. Con el paso de los días, ellos empezaban a perder las esperanzas, pero no se rendían en la cruzada que habían emprendido para erradicar el régimen.

Por eso, al reconocer al príncipe heredero, saliendo de un sitio inusitado, libre de guardias y caminando hacia ellos, lo consideraron un milagro para la causa por la cuál luchaban. No perdieron el tiempo y lo capturaron. De inmediato se lo llevaron a un sitio hostil, aquel en el que los rebeldes estaban acampando. A ellos no les importó que Zarik fuese solo un niño o que estuviera indefenso o asustado. Lo golpearon con brutalidad, y lo aterrorizaron, obligándolo a comer carne de rata; se burlaron de su aspecto físico, insultaron a su familia y lo forzaron a observar torturas y violaciones.

Fue en ese lapso que Zarik tuvo su primer encuentro visual con el cuerpo desnudo de una mujer, a través del salvajismo de esos hombres que las forzaban a tener sexo frente a él. El príncipe cerraba los ojos, pero los sonidos eran igual de abrumadores para alguien protegido emocional, física y mentalmente, y criado bajo estándares de privilegios; un niño con ilusiones imposibles e ideas inocentes.

Zarik había sido rescatado, once días después, por el equipo de inteligencia de la casa real. Los captores fueron detenidos y juzgados en un tribunal, pero el príncipe jamás volvió a ser el mismo. Sus padres buscaron ayuda psicológica, pues durante un largo tiempo él se negó a hablar. En las noches se despertaba gritando y los reyes decidieron cancelar los viajes que involucraran a sus hijos, en especial para no exponer a Zarik a las posibles preguntas sobre lo que ocurrió durante su cautiverio. Esa información era confidencial y jamás saldría de las páginas de los archivos reales.

La paz finalmente regresó a Nariem, cuatro meses después de aquellos infames sesenta días de desasosiego y rebeldía constante en los alrededores, cuando el rey, el general del ejército y el representante de las demás organizaciones llegaron a un acuerdo con los líderes del grupo rebelde más grande, Istam, y con otro dos medianos, Jafa y Pasih. También había otra célula antagonista, más letal y compacta, los Pamisaj.

Estos últimos, para plegarse al acuerdo de paz general en Nariem, pidieron terrenos para construir sus casas con titularidad de propiedad sin tener disputas de legalidad y exigieron acceso gratuito a la educación de todos los hijos de sus integrantes. Lo único que no fue negociable fue perdonarles la vida a los captores y torturadores de Zarik, integrantes de Istam. La sentencia que recibieron del juez fue la silla eléctrica.

Cuando la estabilidad se afianzó, el palacio real fue remodelado, la capital contrató nuevos expertos en inteligencia militar y rediseñaron todo el espectro de seguridad del país. Desde entonces, la calma había reinado, al menos dentro de los estándares tolerables en cualquier sociedad mediamente moderna. Pero todo volvió a agitarse cuando Zarik, con la intención de volver más competitivo al país, planteó ante los líderes locales renovar los sistemas de trabajo agrícola, así como los procesos de producción industrial y la educación, a través de instaurar nuevas tecnologías.

Los rebeldes amenazaron con tomar medidas, porque argumentaban que estaban robándoles los trabajos a obreros, cultivadores, recolectores de agua y

especies, con siglos de tradición, y reemplazándolos con máquinas. También manifestaban que los niños no necesitaban contaminarse con estupideces de la tecnología de Occidente. Los subversivos enviaron comunicados de descontento expresando que querían preservar la calma, pero eso estaba condicionado a que detuvieran el plan de modernización del príncipe heredero. Lo anterior no ocurrió, porque todas las instancias estatales y la casa real apoyaban la idea de hacer un cambio. Claro que había opositores, pero constituían una minoría y tenían que acoplarse.

Zarik ni siquiera se inmutó por las amenazas o comunicados. Si algo le había enseñado su horrible experiencia del secuestro fue a ser fuerte, así que continuó con su intención de materializar su ambicioso proyecto. Tenía que hacer lo mejor para su país, en especial considerando que los fondos económicos, a causa de la sequía y los acuerdos bilaterales con otras naciones que estaban pendiente de renegociarse, no eran tan boyantes. Los ultimátums de los rebeldes eran lo que menos necesitaban en Nariem, porque si el país entraba en conflicto interno, los negocios sufrirían una recesión. Por eso, el mantenerse en la precariedad, por el miedo de unos cuantos a aceptar la necesidad de un cambio y de romper viejos lazos comerciales, sería peor.

Él no iba a tolerar un levantamiento ni tampoco someterse a los dictámenes de unos imbéciles radicales. Además, contaba con el apoyo de los reyes para utilizar su posición como heredero al trono para empezar a marcar un nuevo precedente. De esa manera, el día en el que le tocara convertirse en rey lo haría bajo una estructura diferente y con cimientos más fuertes, restructurados y competitivos. El príncipe estaba preparado para reinar en cualquier momento, inclusive si en pocos días el rey decidía abdicar en su favor, tal como había ocurrido en España.

Zarik no solo tenía entrenamiento en defensa personal, armamento, logística, humanidades, arte, diplomacia y política, sino que hablaba cinco idiomas, sabía lenguaje de señas, y poseía una cosmovisión propia de quienes tenían los privilegios de rodearse de entornos multiculturales. Él era el llamado a trabajar los lineamientos de las alianzas estratégicas de su país con otras naciones vecinas. Pero compartía responsabilidades con sus hermanos menores. Bursit, representaba a la familia real en eventos internacionales. Dhalia, que acababa de cumplir veintitrés años, estaba en Londres estudiando medicina y planeaba regresar a Nariem para ayudar en los hospitales, así como emprender misiones de salud en el país junto a la reina. Los tres hermanos tenían una línea clara de trabajo y su compromiso era inquebrantable.

El sonido del timbre de un móvil hizo parpadear a Zarik.

Al recordar el sitio en el que se hallaba, así como los motivos, intentó que la rabia no lo alterase. Estaba imposibilidado de ejecutar en persona sus gestiones, hasta que las balas hubieran sido removidas y él estuviera recuperado. Pero su condición física no le impedía dar órdenes, al menos que la somnolencia cortara temporalmente la claridad mental una vez que estuviera bajo los efectos de los medicamentos.

Por ahora, le quedaba todavía algunos minutos antes de la cirugía.

—Acaba de llegar el anestesista de la familia real y el médico de cabecera, porque sin ellos no podíamos empezar la intervención. El príncipe tiene que ingresar de inmediato al quirófano, ¡los quiero a todos listos en menos de cuatro minutos! —dijo el doctor Murat en un tono dictatorial y preocupado, a una de sus asistentes, mientras dos enfermeros movían al príncipe, con cuidado, a otra camilla más fuerte.

—Doctor… —murmuró Zarik.

—Está todo controlado ahora, su alteza, el equipo médico está listo.

El príncipe hizo un breve asentimiento.

—Hamur —balbuceó Zarik con poca fuerza, pero su visir sí lo escuchó y se acercó de inmediato. El doctor Murat, a regañadientes porque sabía la urgencia de la operación, aceptó darles unos segundos de privacidad; en esos instantes su mente era la de un médico y no la de un plebeyo—. Quiero a los responsables… Necesito cambiar las estrategias de aproximación política en este país… —dijo apretando los dientes, mientras el puto dolor parecía extenderse en todo su cuerpo.

Un hombre con las heridas que Zarik acababa de sufrir probablemente no habría resistido, pero la ayuda para el príncipe llegó a tiempo, así como el traslado al centro de salud. Fue una suerte que una de las balas solo hubiera pasado cerca de una de las arterias principales de su cuerpo, en lugar de impactarla. Caso contrario, él ya no estaría respirando. Por otra parte, su juventud y excelente estado físico eran dos ventajas extras que lo mantenían con vida. No solo eso, sino que la tozudez del heredero y su sentido del deber, ante la necesidad de hacer justicia, redoblaban su voluntad de batallar. Él sabía que estaba forzando su capacidad de resistencia al máximo, pero no podía entrar en ese quirófano sin hablar primero con su visir.

—Su alteza, por favor, no se agite —dijo Hamur. El anciano llevaba seis décadas al servicio de la familia real Al-Sarkham y, como consejero especial del

príncipe heredero, su trabajo era velar por cumplir protocolos socio-políticos bajo los mandatos establecidos por el rey Soldon—. Ya están investigando lo ocurrido.

Zarik odiaba perder el control y eso era lo que ocurriría durante las largas horas en las que estaría bajo el bisturí médico. Su vida estaría en manos de terceros.

—El pueblo necesita comprender que el progreso no es amenaza… Consigue los mejores especialistas… Hamur, consigue… Consigue estrategias… Para…

—Haré todo lo que esté en mis manos, su alteza —dijo el hombre, luego le hizo un asentimiento al médico y este a su vez les indicó a los enfermeros que guiaran la camilla al interior de quirófano de inmediato—. No podemos continuar dilatando su ingreso a la sala de operaciones, su alteza. A partir de ahora el doctor está a cargo.

—Mierda, Hamur… Encárgate de… —balbuceó.

Esas fueron las últimas palabras del príncipe heredero antes de que cerraran las puertas del quirófano dejando a todos sus guardaespaldas y asesores fuera del área. Los medios de comunicación estaban agolpados en el exterior del hospital. La familia real había sido informada del atentado y estaba camino al centro médico, pero el perímetro de seguridad ya había cercado todo el lugar. Por otra parte, los agentes de inteligencia trabajaban en el sitio del atentado para dar con los responsables.

El pueblo estaba conmocionado y los noticieros locales se enfocaban en cubrir la noticia de lo sucedido. Zarik era un hombre muy querido por su gente, pero hermético con sus opiniones y en su vida privada. De sus hermanos era el más popular, en especial con las mujeres, porque estas lo veían como una aspiración romántica. Él no fue siempre el hombre cabal y autocontrolado que todos conocían ahora, pero lo aprendió a ser con las experiencias y el paso del tiempo. De hecho, en sus años de rebeldía, su familia tuvo grandes dolores de cabeza tratando de apaciguar las noticias sobre sus juergas y las mujeres con las que salió durante el tiempo que estudió en Oxford. La prensa amarillista se dio un festín con los titulares y fotografías.

Zarik seguía siendo uno de los billonarios solteros más codiciados del mundo y continuaba disfrutando de mujeres guapas en su cama, pero era más discreto que en sus tiempos universitarios. Inclusive su fama pública de mujeriego se había ido aplacando, poco a poco, desde que el equipo de relaciones públicas de la casa real transformó su imagen cuando él regresó del Reino Unido. Ahora, los

medios de comunicación le daban más relevancia a sus compromisos como heredero. Lo anterior no implicaba que la prensa amarillista dejara de buscar información sobre su vida privada o si acaso existía alguna mujer en particular que le hubiera interesado.

Por otra parte, él solo buscaba pasar un buen rato. Una vez que acababa la novedad de la conquista, o la noche de placer, ordenaba que le enviasen a su amante de turno un obsequio costoso como despedida. Zarik tenía claro que las mujeres que lo rodeaban no se interesaban por conocerlo, sino en conseguir el prestigio y privilegios que venían vinculados a su apellido. Pero lo anterior le daba igual, pues él solo buscaba compañía temporal para entretenimiento sexual. Las reglas eran claras.

Además, Zarik sabía que ningún vínculo con el sexo opuesto sería duradero o podría considerarlo como algo a largo plazo, porque iba a que casarse con alguien de sangre real que aportara en linaje y beneficios estratégicos, mutuos, para la continuidad de Nariem. De hecho, no existía nada más importante dentro de su camino que el deber de reinar con equidad para los nariemus, su gente.

El amor era un termino desconocido para él, así como lo fue para su padre y su madre cuando se casaron en una alianza política y social pactada. Con el tiempo ambos se habían acoplado y se respetaban, sin embargo, Zarik nunca vio demostraciones de afecto entre los reyes. Sabía que para él y sus hermanos sería igual. No aspiraba a otra cosa. Él consideraba el matrimonio desde un punto de vista muy clínico: sexo, trabajo, linaje y expansión. Su vida podría parecer fácil ante los ojos de la gente común, envidiable inclusive, pero, en realidad, no lo era. Si bien Zarik tenía privilegios, él carecía del derecho más importante de cualquier ser humano: el libre albedrío. Su camino estuvo trazado desde el instante en el que nació en la realeza.



—¿Cómo se siente, alteza? —preguntó el doctor Murat, cuando notó que el príncipe abría los ojos. La anestesia había pasado y ahora estaba en la suite. La operación duró casi tres horas, porque tuvieron que trabajar un fuerte desgarro ocasionado por uno de los proyectiles—. Acaba de salir del quirófano hace una hora.

El cuerpo fuerte y musculado de Zarik tenía varios puntos de sutura, así como también vendajes en el tobillo izquierdo, pues en el jaleo para sacarlo del

inmediato del desierto se lo había luxado. Le estaban pasando suero mezclado antibióticos y analgésicos, a través de la vía. Las heridas ya no dolían y solo quería largarse.

—Estoy perfectamente —dijo con arrogancia. Quería conocer los avances de la investigación sobre la emboscada—. Deme el alta en este instante —exigió.

—Me gustaría seguir sus dictámenes —dijo con una sonrisa amable, muy consciente de que se debía al país y también a su juramento hipocrático—, pero está aún bajo efectos de sedación y necesitamos monitorear su estado. Luego se procederá a su traslado al palacio real para que así continúe con su recuperación.

—¡Estoy perfectamente, maldición! —explotó, pero luego se calmó porque sabía que el hombre estaba en una posición complicada—. Joder… Llame a mi visir.

—Por supuesto —murmuró el doctor Murat.

Los Al-Sarkham estuvieron visitando a Zarik instantes atrás. El rey se mostró contrariado por la situación y amonestó a su heredero por imprudente. La reina, en cambio, lo había mirado con expresión desolada y le acarició el rostro con afecto. Fue de esos gestos pocos comunes entre ellos, pero que, cuando ocurrían, significaban mucho. Bursit y Dhalia le pidieron que se recuperara pronto, porque no querían asumir sus responsabilidades. Zarik se rio y agradeció a sus hermanos. Aparte de su familia no hubo más visitantes autorizados. El ala del hospital en la que se encontraba el príncipe estaba ocupada solo por él. Cada hospital y clínica privada del país tenía destinada un ala de atención, daba igual el tamaño, solo para la familia real.

—Su alteza, me alegro que la operación haya sido exitosa —dijo Hamur—. El pronóstico de su recuperación física es excelente. Los jefes de las diferentes divisiones de su oficina han venido al hospital y están siguiendo el protocolo de crisis que se activó cuando entró al quirófano —comentó mirando al príncipe.

Desde que había salido Zarik del quirófano, el anciano permaneció en el exterior de la habitación junto a una pequeña comitiva que incluyó el secretario, el jefe de relaciones públicas y el de comunicación de crisis del príncipe. El asistente personal de Zarik, Kirian, estaba en la oficina para acatar cualquier orden inmediata, así como para instruir a los demás subalternos, según las novedades y decisiones que surgieran desde el hospital. La seguridad se había triplicado dentro y fuera del centro de salud.

—Gracias, Hamur. ¿Hay novedades sobre los atacantes? —preguntó.

—Se trató de cinco hombres, el que le disparó ya fue capturado. Los otros,

que se batieron en un intercambio de balas con sus guardaespaldas, murieron en el desierto. Están tratando de determinar más datos de su atacante. Al parecer es arqueólogo y alega que es inocente y que lo incriminaron. Está en custodia policial.

—Quiero celeridad en el proceso y que el culpable reciba un castigo ejemplar —expresó—. Me da igual si es un arqueólogo o creador de tormentas desérticas.

Hamur hizo un asentimiento leve.

—Hay otro detalle que es importante recordar, su alteza —dijo en un tono incómodo, porque sabía que este tópico no era del agrado del príncipe—. El país necesita aliarse con un mayor productor de petróleo y que posea más recursos hídricos que Nariem. Requerimos incrementar las rutas de comercio agrícola y afianzar los lazos dinásticos en la región con un país que tenga el liderazgo económico, después de Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Qatar, Kuwait y Bahrein. Estamos en una postura algo débil frente a nuestros competidores de la liga árabe y no es saludable. Usted le propuso al rey la creación del Ministerio de Inversiones, para incrementar los ámbitos de expansión de recursos financieros en apartados no tradicionales, y fue aprobado con éxito. Sin embargo, pronto dejará de ser suficiente. Después de su recuperación física es necesario retomar un tema que ha postergado, porque optó por dar prioridad a otros. Se trata de que busque esposa —expresó.

Zarik apretó los dientes y soltó una maldición. Tomó una profunda respiración y el gesto hizo que le dolieran levemente las costillas. Aunque prefería los días de juerga, y sus escapadas discretas para disfrutar de follar libremente, él sabía que la línea del deber estaba trazada y tenía seguirla. Sus padres eran reyes que pertenecían a la vieja escuela, aunque muy queridos y respetados, pero era preciso inyectar sangre nueva como referente de la población joven. Esto solo podría ser a través de un matrimonio, en este caso del heredero al trono. Aunque todavía quedaban muchos años para que Zarik fuese coronado rey de Nariem, ya era necesario tomar acciones para reafirmar la percepción de que habría una continuidad del legado Al-Sarkham.

—¿Cuál es la mujer que se supone que debe ser la próxima reina de nuestro país, Hamur? —preguntó él con aburrimiento y tratando de acomodarse mejor.

—La princesa Rihanon Al-Dirahel —replicó el visir con un tono cauteloso.

El anciano sabía que el príncipe no tenía especial afinidad con esa casa real, pues el rey Pasco bin Rabi Al-Diharel había rechazado, en dos ocasiones, las propuestas de altos oficiales nariemus para hacer intercambios de recursos

agrícolas. La excusa detrás de la negativa había sido que solo avalaría e impulsaría transacciones comerciales a gran escala, entre Mubián y Nariem, si había una alianza matrimonial.

—¿No estaba saliendo con Tarek Suad, el dueño de una de las cadenas de televisión más grandes de Oriente Medio? —preguntó frunciendo el ceño.

Aunque de cara al público no había mucha información de la vida personal de los integrantes de la realeza árabe, razón por la cual la prensa era mucho más insistente en tratar de conseguir datos al respecto, en un nivel privado era distinto. Los visires, y ciertos allegados a las familias de abolengo, conocían ciertos entresijos de lo que ocurría detrás de las puertas de los palacios. No obstante todos estaban blindados por severos contratos de confidencialidad. Lo anterior no implicaba que dejaran de comentar lo que sabían a sus jefes: reyes, ministros, príncipes y princesas. La información era un arma y como tal era preciso que se utilizara estratégicamente.

—La relación no es pública y son muy discretos. El visir de la princesa, usted sabe que todos los visires mantenemos una relación cordial y una red de contactos como parte de nuestro trabajo, me comentó que ella está al corriente de lo que dicta la tradición —explicó sin mencionar el detalle importante: Rihanon y Tarek podían estar juntos, sí, pero la virginidad de una princesa heredera era para su esposo. Las reglas arcáicas en ese aspecto no habían cambiado y Zarik, que no era partidario de ellas, no podía hacer nada para modificarlas, hasta que fuese rey—. Aunque usted puede pensar en otras candidatas, pero, considerando la bonanza de Mubián, ella sería la mejor elección para nuestras tierras —expresó desde el sillón en el que se hallaba.

—Tendré que analizarlo con calma, Hamur —dijo Zarik, mientras el monitor registraba sus signos vitales—. Entiendo que estamos en un período de transición social, pero quiero salir de este hospital antes de tomar esa decisión —expresó.

Atarse a una persona en matrimonio no le parecía nada agradable, a pesar de que estaba consciente que le correspondía cumplir con esa responsabilidad. Él amaba fiéramente su libertad, así que tener que dar ese paso lo cabreaba. La mujer que llevara su anillo siempre sería un recordatorio de la pérdida de su libre albedrío. Jamás podría amarla y no esperaba que ella lo hiciera. De hecho, su intención era continuar disfrutando con una mujer diferente entre las sábanas, cuando le apeteciera, porque la fidelidad no sería parte del acuerdo matrimonial, pero sí la discreción.

Bajo ninguna circunstancia humillaría públicamente a su esposa. ¿Si acaso permitiría que se acostara con otros? La probabilidad no le parecía un inconveniente, porque no existiría amor. Lo anterior solo lo consentiría cuando ella le hubiese dado herederos. No se arriesgaría a comprometer su legado, porque lo más importante de un matrimonio pactado en la realeza, además de los lazos comerciales y beneficios en términos sociales y financieros, era la descendencia. Serían el matrimonio ideal ante las cámaras y Zarik trabajaría en ser un buen padre y el mejor rey para Nariem.

—Lo comprendo, su alteza —replicó el hombre asintiendo—. Quizá en los próximos eventos, en los que coincida con la princesa Rihanon, podría conversar sobre este tema —sugirió—. Voy a hacer una actualización de datos para analizar otras opciones que beneficien a Nariem, a través de un contrato matrimonial.

Zarik no le dio importancia al comentario, porque su interés primordial era saber quién carajo estaba detrás de la emboscada. No tenía tiempo para idioteces. Además, la razón principal detrás del atentado era su interés de modernizar el país.

—Eso es secundario. Por ahora, encárgate de formar un equipo con los mejores estrategas políticos, relacionistas públicos y expertos en marketing. Me da igual de dónde salgan, pero tienen que empezar a trabajar de inmediato. Ofréceles un excelente salario y bonificaciones por objetivos cumplidos —dijo en tono determinado—. Mi plan, Insignia, va a empezar a implementarse sin más retrasos. La primera fase incluirá cambiar la percepción negativa de la ciudadanía, a una positiva, sobre lo que implica modernizar nuestro país. Resulta imprescindible emitir el mensaje de que Nariem es una nación pequeña, pero capaz de competir con altura —expresó mirando a su visir—. Ese será el objetivo del grupo élite que vas a reclutar, Hamur… —dijo acomodándose, la jodida herida del hombro le cimbró y apretó los dientes ante el escozor—. Sé que existe miedo al cambio, a lo nuevo, y voy a trabajar en ese frente… Entre los profesionales que elijas debe existir diversidad.

—¿A qué se refiere al mencionar la diversidad, su alteza? —preguntó, mientras en su libreta digital, que todavía estaba aprendiendo a utilizar, tomaba notas.

Ante un protocolo de intento de asesinato en el que un integrante de la familia real estaba herido, salvo que fuese el rey, el único llamado a acompañarlos era el visir principal de cada uno. Además de los médicos y agentes de seguridad

militares. Los protocolos variaban según el nivel gravedad y del rango de los Al-Sarkham.

—Que sean hombres y mujeres. Los mejores en sus profesiones. Procura también que sus edades sean diversas. Distribúyelos para que trabajen entre mi palacete, que será la sede principal; el edificio de la fundación de mi familia; y en la segunda ciudad más poblada. Utiliza tu criterio de selección de perfiles profesionales… —dijo cerrando los ojos, porque era imposible matenerlos abiertos más tiempo, en especial porque los potentes medicamentos estaban goteando en la vía y llegando a su torrente sanguíneo—. ¿Queda todo claro, Hamur? —preguntó sin esperar la respuesta de su visir, porque sus sentidos se rindieron a los analgésicos.

El príncipe Zarik podía preveer muchos escenarios y trazar planes. Pero su alcance jamás llegaría al punto de saber que su petición a Hamur iba a traerle muchos problemas, en especial uno que tenía ojos verdes y cabellos del tono del sol de verano.

CAPÍTULO 2

El aroma de las especias y del arroz caliente con azafrán se mezclaron haciéndole agua la boca a Arienne. Aunque no era una cocinera experta, le gustaba hacer experimentos gastronómicos. Esta noche había preparado una cena especial por su cumpleaños. Veinticinco años era una edad en la cual la mayoría de mujeres en Nariém ya estaban casadas y tenían al menos un hijo. Pero Arienne era distinta a ese estereotipo y sus aspiraciones de vida eran bastante diferentes. De hecho, desde pequeña su espíritu rebelde la impulsó a retar a sus compañeras de clases a actuar fuera de las normas. Esto desembocó en castigos y reprimendas por su temeridad.

En la adolescencia estuvo más interesada en los libros de historia y política, además de formar parte de grupos de debate en la secundaria y asistir a escondidas a conciertos de rock, que entretener la idea de casarse. Sus amigas, en cambio, ya tenían matrimonios arreglados a la espera de concretarse cuando terminaran la secundaria.

Arienne creía que las mujeres podían explotar sus capacidades como seres individuales sin estar a la sombra de un hombre, pues esto último era lo que se esperaba de una esposa nariemu y en todo Oriente Medio. Cuando ella se graduó de la secundaria, la avidez de conocimiento no disminuyó. Pero a ese interés se agregaron las ganas y la curiosidad de experimentar placer. Esto la llevó a sumergirse en experiencias interesantes durante sus viajes a Occidente. Seguía siendo virgen, pero los toques sensuales recibidos fueron un verdadero y revelador descubrimiento.

Su mejor amiga, Malin, solía decirle que la convicción de que siempre podía desafiarlo todo se debía a que sus orígenes no eran de Nariem, sino por haber nacido en Inglaterra. Ella pensaba que en cierto modo su amiga tenía razón. Arienne era huérfana, y había sido adoptada cuando tenía cinco años por Jamil y Tarina Al-Kahaleel en Gran Bretaña. Ambos fueron diplomáticos de Nariem en Londres. No pudieron concebir naturalmente, así que hicieron el papeleo para llevarla con ellos.

Arienne, después de haber pasado por varias casas de acogida, nunca imaginó que otras personas pudieran quererla. Pero el destino le tuvo preparada una sorpresa hermosa con los Al-Kahaleel. Junto a ellos su vida estuvo llena de

amor, protección, enseñanzas, viajes al desierto, aprendizajes de la cultura nariemu y de otros países que visitaba al ser hija de diplomáticos. Sus padres la instaron a confiar en que era capaz de conseguir todo cuanto se propusiera, aún cuando Oriente Medio era una sociedad extremadamente machista. Cuando ella cometía alguna falta, la castigaban, pero, a diferencia de sus compañeras de clases u otras amigas en Nariem, los Al-Kahaleel poseían formas civilizadas, sin golpes ni humillaciones, para reprenderla.

Ella consideraba que el carácter liberal de sus padres, así como la forma de criarla, estuvo influenciado por la vida cosmopolita propia de los viajes constantes alrededor del mundo como diplomáticos. Jamil y Tarina poseían prestigio político y social en Nariem, además de otros países en los que tenían contactos importantes en áreas estratégicas y gubernamentales. Si no hubiera existido lo anterior, entonces no habría sido posible que adoptaran a una niña extranjera con agilidad y rapidez.

Arienne reconocía que, a pesar de todo y en comparación a otras naciones árabes, Nariem era bastante moderna. Las mujeres no tenían obligación de usar abaya ni niqab, como parte de su vestimenta, a diferencia de países muy conservadores del Golfo Pérsico que sí lo exigían. En su país solo se sugería el uso del hiyab, el velo que cubría la cabeza y el cuello, porque las altas temperaturas del desierto y las ciudades desérticas eran brutales y peligrosas. No era un asunto de restricción, sino de salud. Sin embargo, gran parte de la población prefería que todavía se mantuvieran ciertas tradiciones antiguas que incluían el uso obligatorio de esa prenda, hiciera o no calor.

Ante las posturas mentales obsoletas, Arienne se enfadaba, así que intentaba seguir sus propias normas. En las ocasiones estrictamente necesarias se acogía a las reglas sociales usuales, porque era la única manera en que podía ejercer su trabajo como asesora política y mantener el respeto de los profesionales de ese ámbito. Sin embargo, en más oportunidades de las que quería, su ideología se unía a su espíritu indómito y poco podía hacer para contener la retórica con la que se enfrentaba a quienes tenían posturas antiguas. Lo anterior implicó que, en dos ocasiones, la despidiesen de un par de proyectos, pero a Arienne no le importó. Llevaba claro que siempre le costaría el doble hacerse escuchar en un nicho laboral que necesitaba una visión moderna urgente, pues la estructura ideológica mantenía cimientos arcáicos.

Una de sus ventajas era que tenía doble nacionalidad, así que, a veces, podía jugar un poco a pretender ser extranjera para optar por seguir las normas que

eran menos estrictas para los turistas. Su aspecto físico era también diferente al de las mujeres locales: morenas, cabellos negrísimos y ojos de tonos oscuros. Arienne tenía el cabello rubio y unos ojos verdes del tono de los árboles en pleno verano europeo. Su cuerpo poseía curvas marcadas y sensuales; ella sabía combinar su vestimenta para no tener momentos incómodos en la calle o que la acusaran de ser provocativa.

En una sociedad machista, como la suya, ir contra corriente era toda una proeza, en especial si solo intentaba vestirse para sentirse guapa. Arriesgarse no era inteligente. En el pasado, cuando los hombres violentaban o abusaban de una mujer en Nariem, la justicia le echaba la culpa a la víctima y la enviaban a la cárcel. Sin embargo, esto ya había dejado de ocurrir, gracias a los cambios profundos que el rey Soldon había implementado al respecto, a pesar del rechazo que sus decisiones provocaron en el ala ultraconservadora. Lastimosamente, en otras sociedades de Oriente Medio seguían responsabilizando a las mujeres de los actos de terceros, en especial de los hombres incapaces de contener sus instintos animales y lascivos.

Pero, en estos instantes, la visión de Nariem no le interesaba. Ella solo quería tener una noche tranquila de cumpleaños con su mejor amiga. Malin estaba esperando a que sacara el postre del frigorífico. La amistad entre ambas no se medía por celebrar solo la bonanza, sino por ayudarse mutuamente a sobrellevar las épocas tristes.

—¡Feliz cumpleañooos, Ari! —exclamó su amiga entregándole un dije de oro con un diseño de la estrella del norte. La familia de Malin, los Darek-Sahl, tenían un negocio de joyería, y el esposo de ella, Ramma Kabaas, compraba y vendía piedras preciosas. Malin tenía gran habilidad creativa, así que era la encargada de diseñar el catálogo de joyas—. Que este nuevo año, Alá te dé muchas bendiciones.

Arienne esbozó una gran sonrisa e hizo un asentimiento.

—¡Este obsequio está hermoso y es del color de mis ojos, gracias! —exclamó, mientras se ajustaba la cadena en el cuello, emocionada por el detalle. Luego abrazó a su amiga con fuerza—. Eres la mejor. Pero no debiste cancelar tu viaje, ni decirle a Ramma que se fuera a Italia sin ti —dijo, sentándose. El esposo de Malin no era un hombre conservador, quizá porque su familia materna era francesa, así que se mostraba comprensivo y entendía cuando su esposa quería hacer cosas diferentes.

—Bah, lo más probable es que esté disfrutando de nuestro restaurante

preferido en Roma, así que no sientas pena por él —se rio—. Además, mi esposo es tu principal aliado desde que lo ayudaste a organizar la cena en la que me pidió que me casara con él —dijo sirviendo una copa de champán para cada una.

Menos mal habían quitado la prohibición de que las mujeres bebieran alcohol dentro de sus casas. El consumo de bebidas alcohólicas seguía siendo ilegal en público para hombres y mujeres en todos los países musulmanes. Si alguien era pillado en la calle con una lata de cerveza, o inclusive ligeramente achispado, lo llevaban preso.

—Lo recuerdo muy bien —replicó sonriendo al pensar en aquella ocasión, y tomó un trago de champán—. Te daré la mitad de la tarta de almendras que compré esta tarde, o me la devoraré toda, y también del dulce que preparé en la mañana.

—Por supuesto, gracias, porque este baklava está delicioso —expresó con gusto y saboreando el clásico dulce árabe—. Quizá deberías considerar cocinar más seguido, porque los pocos platos que te has atrevido a hacer son buenísimos.

—Oh, pero ya sabes que solo cocino para mí cumpleaños o en Navidad, porque, aunque no es una fiesta musulmana, lo hago en honor a mis orígenes —murmuró. Le quedaban pocos recuerdos de la vida en los orfanatos o las familias temporales con las que vivió. Entre esas memorias estaban los villancicos, las decoraciones preciosas y la alegría durante las fiestas navideñas en Londres.

—Ari —dijo Malin en un tono suave y consciente de las súbitas sombras que aparecieron en los ojos verdes—, yo sé que esta es una fecha complicada, pero tú eres de las personas más valientes que conozco. En donde sea que ellos se encuentren estarán celebrando que su hija ha logrado abrir un camino profesional prometedor.

Arienne sintió un nudo en la garganta, porque sabía a qué estaba refiriéndose.

Soltó una exhalación temblorosa y luego hizo un asentimiento, mientras agarraba la copa y tomaba varios sorbitos de champán. Le dedicó una expresión de gratitud a su gran amiga por estar a su lado. Malin tenía el cabello negro abundante y largo; su cuerpo era esbelto. La piel era del tono de la canela y los ojos cafés siempre estaban bien delineados con kohl. Sin duda era una belleza digna de Oriente Medio.

Ambas mujeres se conocían desde pequeñas, porque sus padres estuvieron vinculados a los círculos diplomáticos de Nariem. Desde la primera vez que interactuaron, la química fue instantánea y se volvieron inseparables. Sus familias se hicieron muy amigas, hasta que Arienne perdió a la suya de la noche

a la mañana.

—Sí… —replicó con una sonrisa triste e intentando contener las lágrimas—. Hoy, más que nunca, me hacen falta. Si no hubieses venido, entonces yo estaría como una posesa buscando empleo en internet —murmuró, llevándose un trozo de tarta de pistachos con almendras—, en lugar de tomarme un respiro. Cada año duele un poco menos recordar, pero sí los extraño cada vez más. ¿Tiene sentido lo que te digo?

Malin extendió la mano y la posó sobre la de su amiga.

—Fueron unas personas excepcionales, Ari, así que tiene mucho sentido lo que me estás diciendo —replicó con sinceridad—. La entereza que posees para afrontar escenarios adversos requiere agallas, en especial en un entorno con profundos tintes misóginos para tu profesión. Así que persistir en tus metas, sin rendirte, no sería posible si Jamil y Tarina no te hubiesen criado bien —sonrió—. Tus padres fueron los principales partidarios de los primeros proyectos de modernización que el rey Soldon empezó a impulsar en Nariem. Que tú adquirieses la audacia y determinación de ellos, así como su fortaleza, da cuenta de que dejaron una huella.

Arienne asintió lentamente, aunque el dolor de la ausencia lastimaba.

—Gracias por tener siempre palabras que me hacen recobrar la certeza de que la única forma de enfrentar el mundo es con valentía… —susurró con emoción y se limpió las lágrimas—. Además, es lo que mis padres hubieran esperado de mí…

—Estarían orgullosos —expresó Malin sonriéndole con cariño.

El día en el que Arienne cumplió veintiún años su mundo se derrumbó.

Esa noche, los bocadillos, el humus, el caviar, los dulces y el cordero, además de la música, habían estado a disposición de los invitados para festejar. Se trató de un grupo pequeño de amigos, pero muy animado. Sus padres la felicitaron por teléfono desde el avión, deseándole un gran día de cumpleaños, pues acababan de aterrizar en Nariem, después de un viaje diplomático en el golfo de Omán. Ella les comentó que esperaría a que estuvieran en casa, antes de cortar la tarta, como era la costumbre.

Los Al-Kahaleel vivían en una propiedad con muchas comodidades. El clóset de Arienne siempre estaba lleno de vestidos y zapatos de diseñadores reconocidos. Además, tenía un círculo de social selecto. Fue por sus padres, así como por las increíbles aventuras que implicaron viajar en familia conociendo otras culturas, que se sintió inspirada a estudiar la carrera de ciencias políticas en

la universidad.

Se interesó por el análisis del clima político, la coyuntura, los procesos y los antecedentes sociales para crear acercamientos, solucionar conflictos o gestar proyectos sólidos de progreso. Ella intentó siempre lograr sus propias metas sin pedirle favores a sus padres o utilizar su apellido como carta de presentación, menos lo hizo para dar sus primeros pininos en el campo laboral. Pero sí había aceptado atender las invitaciones a eventos sociales que recibían como familia, inclusive estuvo en un par de recepciones en el palacio real de Nariem. Gracias a sus padres, Arienne empezó a crear su red de contactos, además tuvo una base sólida de conocimientos de primera mano sobre los asuntos diplomáticos, sociales y políticos de Nariem.

Su sueño siempre había sido abrir una oficina de consultoría, pero no existían leyes que permitieran a una mujer tener un negocio propio sin autorización de un familiar masculino o un esposo. Por esa razón, Arienne se frustraba ya que solo podría trabajar como *freelance* o para terceros. Cuando se quejó al respecto con Jamil y Tarina, ellos le habían dicho que era más eficiente enfocarse en buscar la solución a sus problemas, en lugar de afligirse por lo que no podía cambiar. Los Al-Kahaleel tenían confianza en que el rey Soldon cambiaría las circunstancias laborales a futuro.

Para Arienne, el esperar a sus padres para cortar la tarta de cumpleaños era especial, porque esa misma fecha coincidía con el día en el que la adoptaron.

—¡Hey, Ari, esta música está genial! —había exclamado una de sus amigas, Varka, sonriente. El ambiente era relajado y la decoración consistía en dos carpas de tela palo rosa, cojines blancos alrededor de mesillas bajas con sendos bocadillos.

—Pues es que veintiún años hay que festejarlos —había sonreído, mientras bebía una copa de vino y se movía al compás de las canciones. Junto a ellas, porque no podía ser de otra manera, también estaba Marlin instando a todos a pasarla bien.

Al cabo de un rato, el teléfono de la casa había empezado a sonar.

La mayor parte de las llamadas a lo largo del día fueron de felicitaciones para Arienne. Ella quería continuar bailando, pero sabía que podría tratarse de sus padres. A veces, cuando regresaban de algún viaje, la llamaban para notificarle si había algún retraso previo al arribo a casa. Lo anterior no sería nada inusual esta noche, así que Arienne se alejó de su grupo de amigos, que celebraban a gusto en el jardín trasero de la casa, no sin antes sonreír y dar una media vuelta al son

de la música.

—Buenas noches, ¿hablo con la señorita Arienne Johansen Al-Kahaleel? —había preguntado una mujer al otro lado del auricular. Jamil y Tarina le dieron a Ari el apellido Al-Kahaleel, sin quitarle el que recibió al nacer cuando fue registrada en el Reino Unido. Ellos le dijeron que ambos formaban parte de su identidad.

—Sí, la misma, ¿quién habla? —había respondido algo distraída.

—Soy la doctora Marasana Duhamel del Hospital General Nusara —había dicho en tono neutral, mientras Arienne apretaba con fuerza el aparato. Un frío gélido le recorrió la columna vertebral, porque de inmediato la invadió un mal presagio—. Usted consta como la persona principal de contacto en la lista de Jamil y Tarina Al-Kahaleel. Ambos se encuentran en la unidad de cuidados intensivos. Sufrieron un accidente de tránsito y acaban de ser ingresados con pronóstico reservado.

—No… —había dicho con un nudo en la garganta y deslizándose, tenía la espalda apoyada contra la pared, hasta quedar sentada en el piso de mármol de la sala interior. No le importaba que su vestido verde oliva estuviera subido, hasta medio muslo. Las palabras de la mujer parecían llegar desde lejos—. No… Doctora…

—¿Está en condiciones de conducir? Porque si no es así, le recomendaría que le pidiese a un familiar o a un amigo cercano que la acompañe. Necesitamos que venga al hospital, por favor, porque existen documentos y decisiones por tomar.

—Yo… Ellos… Ellos son mi familia —había dicho llorando sin ser consciente de que, en lugar de susurrar, estaba gritando. Pronto sintió los brazos de Malin rodeándola—. Por favor, dígame algo más… Dígame que se van a poner bien…

—Lo lamento tanto, señorita Johansen, pero no puedo darle más información salvo que se acerque de inmediato al hospital. Cuando llegue, pregunte por mí.

—De acuerdo… —había susurrado con terror, cerrando la llamada.

Después había mirado a Malin con desesperación y esta la ayudó a incorporarse. Todos sus amigos contemplaban su estado de histeria, la música había cesado por completo, pero ninguno se atrevió a criticarla o hacer preguntas imprudentes, sino que le habían ofrecido ayuda si ella la necesitaba. Pero Arienne entró en un estado de nervios, no quería escuchar a nadie, y solo agarró por inercia sus documentos de identidad. Se había dejado guiar por su mejor amiga y por Korbos, un compañero de la universidad, hasta el hospital. Sentía

que estaba en piloto automático. Cuando llegó al centro médico, la doctora Marasana la había recibido en el exterior de la sala de cuidados intensivos. Arienne solo necesitó ver un instante la expresión del rostro de la mujer para entender que había llegado demasiado tarde.

—Doctora… —dijo en un tono casi agónico, porque sabía que había perdido lo más significativo e importante que tuvo jamás en la vida: su familia.

—Lo siento muchísimo, señorita Johansen, acabaron de fallecer hace dos minutos —había expresado en tono solemne—. Las quemaduras de tercer grado eran demasiado graves. Sufrieron un paro cardíaco, pero uno de los enfermeros escuchó sus últimas palabras… —había murmurado, mientras Arienne gritaba de desesperación. Sus lágrimas rodaban incesantes por las mejillas y su cuerpo temblaba.

Ante la escena, Malin había pedido que le dieran un calmante, algo que la doctora avaló de inmediato. Korbos sostuvo a Arienne contra su cuerpo para que no cometiera una tontería como irrumpir en la sala de cuidados intensivos. Ella se debatió entre los brazos de su amigo y exigió a gritos que la soltara, pero él no cedió.

—Dígame…—había exigido Arienne, después de tomarse el tranquilizante, entre sollozos y completamente rota. Acababa de perder a los pilares de su vida, sus padres adoptivos. Pero ella los consideraba padres biológicos, porque fueron los únicos que le dieron una oportunidad de tener amor y un hogar de verdad—. Por favor, dígame lo que ese enfermero escuchó de ellos… Quiero saber…

La doctora, que había estado siempre habituada desentenderse de esta clase de escenas, porque también era humana y le causaba un gran pesar ser portadora de malas noticias, se sintió conmovida por la situación. Había guiado a Arianna, junto a los dos amigos, a una pequeña salita en la que intentó confortarla sin mucho éxito.

—El señor murmuró: “Mi Ari…”. Y la señora: “Pequeña Ari…” —había dicho la doctora agarrando la mano de Arienne—. Señorita Johansen, le doy mis condolencias por su gran pérdida. Los trámites a realizar de ahora en adelante serán tediosos, pero quiero que tenga la certeza de que hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para darles a ambos los mejores cuidados y sacarlos adelante.

—¿Sabe si atraparon a los culpables del accidente…? —había preguntado Ari.

—Tengo entendido que fallecieron instantáneamente…

—Justicia universal —había farfullado con sarcasmo y profundo dolor.

A partir de ese día, Arienne tuvo que sortear las dificultades emocionales de arreglar todos los documentos de sus padres. El reconocimiento de los cadáveres fue la parte más impactante y brutal que podría recordar jamás. El sepelio casi acaba con ella, en especial cuando quedo fijada la lápida de mármol con la inscripción de los nombres de ambos. En los entierros musulmanes no se habituaba a poner flores, pero Arienne no podía ignorar que era mitad inglesa y sus padres siempre la habían reconocido como tal, así que dejó dos preciosos ramos de flores blancas. No prestó atención a las personas que asistieron, ni reparó en ellas cuando le dieron el pésame.

El testamento de sus padres la señalaba como única heredera. En ese mismo documento se había especificado que el abogado de la familia, y quien leyó la voluntad de los Al-Kahaleel, tendría que vender la casa del lujoso barrio de la capital de Nariem. Arienne se opuso e intentó apelar al testamento, porque le dolía que otros ocuparan el lugar que guardaba todos los recuerdos de sus padres. Pero fue en vano, porque en la cláusula también se estipuló que ella no podría ser la compradora. Arienne, con el corazón hecho añicos, se había resignado a que el abogado ejecutara esa diligencia.

Ella usó ese dinero para comprar una casa, más pequeña, en un barrio diferente al que había crecido. Arienne había guardado en una bodega, que hizo construir en su nueva residencia, todos los objetos y recuerdos de sus padres, así como otros de su infancia. Después de todos esos procesos, trámites y demás eventos que fueron un cambio de vida completo, su estado fue más parecido al de un zombie que al de un ser humano. Pero, todos los días, Malin y Korbos iban a visitarla para que no dejara de comer, porque debido a la depresión perdió muchísimo peso. Entró a terapia y necesitó medicarse para complementar el proceso para superar el duelo.

Inclusive, animada por la psicóloga y con el apoyo moral de Malin, decidió homologar sus materias de la universidad e ir a terminar la profesión en Inglaterra. Esos años fortalecieron a Arienne y le brindaron un nuevo inicio: amigos, fiestas, experiencias, conexiones sociales, placeres por explorar y un título académico.

A pesar del gran dolor que sabía que jamás la abandonaría del todo, ella decidió que no iba a dejarse morir, porque sus padres se habrían decepcionado. Así que al regresar a Nariem empezó a buscar un empleo. Los contratos que había encontrado eran pésimos, en cuanto a horarios y remuneración. Pero de todas maneras, ella los había aceptado. Aunque no necesitaba dinero para

subsistir, porque con la herencia que tenía era suficiente, sí buscaba un propósito para despertar cada mañana. No era soberbia y sabía que cualquier experiencia laboral, por mínima que fuese, ayudaba.

Arienne no estaba interesada en los bienes materiales, sino en dejar un precedente profesional para abrir el camino a otras mujeres que, como ella, quisieran sobresalir en un mundo laboral machista. Los retos de poner en práctica sus capacidades de mediación, resolución de conflictos y asesoría política, la motivaban. Sus vivencias, en especial desde los veintiún años, la hicieron madurar con rapidez.

—Arienne —llamó Malin, instando a su amiga a regresar al presente—. ¿Escuchaste sobre la emboscada que sufrió el príncipe heredero días atrás?

Ella parpadeó un par de veces. Frunció el ceño y luego asintió. Por supuesto que recordaba las noticias al respecto. Estuvo en todos los noticieros durante días.

—Mmm, sí, ¿qué hay con eso? —preguntó con desinterés.

El presumido de Zarik no le caía particularmente bien. Ella no era amiga del príncipe, pero se lo presentaron en un evento al que había ido con sus padres. Después, se vieron un par de veces más, pero las conversaciones coloquiales de Zarik le parecían arrogantes y Arienne no encontró problema de decírselo a la cara.

En una ocasión, él tuvo la osadía de comentar que sería mejor si las mujeres continuaban un camino menos complicado, fuera de la política, porque el panorama solía ser muy hostil con ellas. Luego, insistió en que existían otros ámbitos laborales en los que podrían sentirse más a gusto. Arienne, aprovechando la distracción, cuando otro tema surgió entre los integrantes del pequeño grupo en el que se hallaban interactuando en esos instantes, le había dicho a Zarik lo que pensaba sin reparos.

—¿Acaso usted cree, alteza real, que las mujeres tenemos menos fortaleza de espíritu y capacidad de entereza que los hombres? —había preguntado, elevando el mentón. Sus palabras fueron dichas en un tono sutil, tanto así que parecían ser más bien un cumplido para quien no estaba mirándola a los ojos. Algo que, aunque era por completo fuera del protocolo y decoro, sí estaba haciendo el príncipe Zarik.

—No es la primera ocasión en la que carece de tacto al hablarme como si usted y yo fuésemos amigos —había contestado con actitud altiva—. No pierda de vista que está en una fiesta de Estado, no con sus pares, señorita Johansen.

Usted y yo no somos iguales, así que le sugiero tomar unos cursos de protocolo y ceremonial.

Arienne había sentido ganas de abofetearlo.

—Alteza real —había replicado con suavidad y tintes de burla en su voz, aprovechando que la música continuaba sonando y las risas de los invitados opacaban la interacción de ambos—, esta tampoco es la primera ocasión en que realiza comentarios de pésimo gusto sobre el género femenino. Por supuesto que no somos iguales, porque si eso fuese así, entonces los derechos de hombres y mujeres en Nariem serían equitativos —había dicho mirándolo con desafío—. Además, las mujeres no tenemos porqué evitar contextos que nos interesan experimentar, aunque sean complejos; tampoco necesitamos protección. ¿Acaso la ha necesitado usted cuando tiene escenarios difíciles por resolver? En sus entrevistas suele mencionar su interés en lograr que los derechos de las mujeres se validen, pero, ¿qué clase de validación puede pedir alguien que mide la entereza del ser humano, ante circunstancias complicadas, basándose en una percepción de diferencia de género?

Los ojos de Zarik, que en aquella época habría tenido veinticinco años, y ella, dieciocho, brillaron de un modo peligroso. Sin embargo, alguien había intervenido, interrumpiendo sin saberlo, para emitir un comentario sobre el tema principal: el petróleo. A partir de esa ocasión, los dos solían tener esta clase de intercambios cuando coincidían en un evento. Lo anterior no era usual, pero la dinámica entre Zarik y Arienne siempre persistía: ella no se callaba lo que pensaba, y él tampoco.

Así que no, a Arienne no le interesaba si Zarik había sufrido una emboscada.

—¿Cómo que qué hay con eso, Ari? —preguntó Malin riéndose—. Muchas veces me has dicho que te cae mejor el príncipe Bursit, porque es más gentil, e inclusive que la princesa Dhalia, porque se comporta con más cercanía, pero fue el heredero al trono el que recibió varios impactos de bala y tuvo que ser intervenido quirúrgicamente. No es un evento menor —explicó—. De hecho, resulta un milagro que el país no se haya abocado al caos por ese intento de asesinato.

—En el contexto político y social, sin duda —murmuró, porque ella había hecho un profundo análisis de la situación, pues ningún asesor político, desempleado o no, podía estar ignorante de los eventos coyunturales del país—. Estamos atravesando un período bastante turbulento, porque las comunidades rurales y las tribales no aceptan, o no quieren entender, que Nariem no puede

quedarse atrasado en el tiempo, mientras las demás naciones árabes intentan progresar…

Malin bebió más champán e hizo un asentimiento.

—Mis padres comentaban el otro día que el equipo del palacio real y del Estado manejaron todo esto con cautela por la delicada situación que vivimos, a causa de las protestas contra el plan del príncipe de modernizar Nariem —expresó—. ¿Sabes? Algunas personas, a puerta cerrada, dicen que Zarik estuvo en riesgo de morir.

Arienne no podía explicarse el porqué de la súbita incomodidad que la invadió, ante la posibilidad de que el insufrible príncipe pudiera fallecer. Quizá era porque no le deseaba el dolor de la muerte a nadie. Lo anterior sería lo que hubiesen experimentado los reyes y sus otros hijos, así como la parte del país que apoyaba la monarquía, si los rebeldes hubiera tenido éxito en su cometido. Por otra parte, Arienne había aprendido a ocultar sus emociones o negarlas, cuando la confundían o no podía explicarlas, este último era el caso en relación a Zarik. Por esa misma razón estaba procurando restarle importancia a la noticia que estaba comentando Malin.

—Seguramente se lo merecía por bocazas —replicó tomando más champán —. Si me hubieses confirmado que estaba en el reino de los cielos, entonces me habría apenado, porque ningún ser humano merece sufrir a causa de otros. Pero, lo que has implicado es que sigue vivo, entonces se repondrá y continuará con su arrogante cara paseándose por los medios de comunicación, mientras el país se cae a pedazos.

Malin soltó una carcajada y se llevó un trozo de baklava a la boca.

—Ari, ¿por qué lo detestas tanto? —preguntó meneando la cabeza—. El hombre es encantador en todas sus entrevistas, además muy querido entre la gente.

—Porque no tiene sentido de las cosas que dice, Malin, y considerando que se crió con los mejores profesores del mundo, pues me resulta imperdonable. La gente que lo adula e idolatra es porque se tragó el cuento que el equipo de relaciones públicas ha trazado sobre Zarik. Pero, si conversaran en persona con él, fuese distinto.

—Eso ocurrió mucho tiempo atrás y ya no has vuelto a verlo desde hace, cuánto, ¿cinco años atrás? —Arienne asintió—. Quizá, en esa época, la visión de ambos sobre la sociedad tenía matices diferentes. Inclusive sus opiniones, de parte y parte, pudieron interpretarse equivocadamente. Las personas cambian,

Ari, y maduran con el tiempo. Así que el príncipe heredero no sería la excepción en ese sentido.

—No es importante, Malin —replicó—, porque la persona que manda es el rey. Nuestro monarca es muy coherente y con eso es suficiente para mí.

Malin se rio de buena gana y luego se encogió de hombros.

—Supongo que Zarik no tiene oportunidad de reivindicarse ante tus ojos.

—Supones bien —dijo sonriendo, mientras bebía más champán.

—Por cierto, Ari, ¿por qué no has aceptado salir con Salman Birjasa? —preguntó refiriéndose al joven político que aspiraba a ser uno de los integrantes más jóvenes del Consejo de Ley. Él tiene treinta años y su familia era tradicionalmente opuesta al régimen de los Al-Sarkham, pero mantenían, al igual que otros políticos, una relación cordial y distante—. Ustedes podrían convertirse en la nueva pareja con mayor influencia en Nariem —dijo con una sonrisa—. Además, creo que es tiempo de que le des la oportunidad a alguien de que conquiste tu corazón.

Arienne soltó una carcajada e hizo una negación. Ella había conocido a Salman durante una salida con Malin y Ramma, así como con otros amigos de la pareja.

—Salman es un problema en construcción —dijo con simpleza—. Aunque aparentemente su discurso es pro-derechos de las mujeres y pro-modernización del país, yo no siento que sea del todo cierto. Si llegase a ser parte de ese grupo de carcamales, Salman generará conflictos y no soluciones, porque él está en contra de la monarquía. Además, su aspiración política es contradictoria, pues el mayor propósito del Consejo de Ley es trabajar a favor de la casa real y sus tradiciones —explicó—. Creo que, él y yo, estamos bien tan solo como simples conocidos.

Malin ladeó la cabeza y frunció ligeramente el ceño.

—Está bien que tengas tus opiniones muy claras, Arienne, pero, podrías considerar ser un poco más flexible en ciertos aspectos —dijo con sensatez—. No puede ser posible que entre tantos hombres atractivos, que han tratado de invitarte a salir, ninguno haya logrado conseguir un “sí” para una segunda cita. No creo que todos sean pésimos candidatos. En el caso de Salman, el día en que los presenté, noté que desplegaba todo su encanto en ti. Aparte del tema político. ¿Qué ocurrió?

—Ninguno ha logrado sacudir las fibras de mi cuerpo, hasta el punto de

considerar invertir mi tiempo en ellos —dijo con franqueza—. Pueden ser guapos, pero si no logran despertar mis sentidos, pues de nada sirve. En el caso de Salman, él fue encantador, porque quería contratarme para que fuese su asesora política adjunta.

—¿Qué dices? ¿Es en serio? —preguntó asombrada.

—Por supuesto —se rio—. En cuanto empezamos a conversar de mi profesión, él vio una oportunidad para reforzar su falso discurso de que hombres y mujeres merecen el mismo espacio de desempeño profesional. Por eso me ofreció trabajar con él —explicó—. Pero, Malin, una asesora adjunta en Nariem no tiene voz ni voto, porque se limita a acatar las órdenes del asesor en jefe: un hombre. Le dije que no estaba interesada en trabajar para su aspiración política. Le comenté que tengo opiniones firmes y eso implica debatir si no estoy conforme con algún punto de vista.

—Pues, al parecer tu negativa de trabajar para su equipo político no ha borrado el interés que tiene contigo en un plano personal, ¿no? —preguntó sonriendo.

—Aunque reconozco que Salman es guapo, él solo complicaría mi vida —replicó—. Su punto de vista es muy opuesto al mío. Podemos ser amigos, sin duda, porque, al fin y al cabo, mi profesión se nutre de los contactos que pueda lograr agregar a mi red de trabajo. Pero, Malin, yo busco tranquilidad en mi vida personal, en lugar de constantes confrontaciones. Eso no lo tendría con alguien como él.

—Porque cuando existe la política como eje principal en la relación, el amor no queda libre de esa mancha —completó Malin—. Veamos el lado positivo de la situación. Eres una mujer libre. En la cama, el placer no tiene convicciones políticas, Ari. Salman es guapo y tiene fama de ser buen amante, ¿por qué no te acuestas con él? Lo tomas como una experiencia pasajera, luego sigues tu camino y listo.

—Eres la peor consejera del mundo —se carcajeó y tomó más champán—. No quiero acostarme con un hombre tan solo por perder la virginidad y experimentar esas sensaciones íntimas —expresó sin tapujos, pues Malin era su confidente, y viceversa. Los únicos secretos entre ambas eran los que cada cual tenía derecho a poseer. Si bien eran mejores amigas, las dos respetaban el espacio ajeno—. He tenido placer de otras formas, pero, ¿por qué apresurarme, si aún puedo esperar a encontrar a la persona idónea para vivir esa experiencia? Quiero que sea una decisión que de verdad importe en el instante y que, al

mismo tiempo, me dé igual a futuro.

Malin esbozó una amplia sonrisa e hizo un asentimiento leve.

—Lo entiendo. Quieres que sea algo memorable, pero que tampoco te agobie con expectativas a largo plazo. Eso es muy occidental —dijo, y ambas soltaron una carcajada, porque ese pensamiento era parte del desenfado inusual de Arienne.

—Supongo que sí… —dijo en tono meditabundo—. Amo este país, pero no me visualizo como una mujer florero a la que anulen su individualidad, porque las leyes siguen privilegiando a los hombres, como si estos fueran nuestros guardianes y mandamás. Eso me resulta inconcebible —expresó con franqueza.

—Me alegro que sepas lo que quieres, Ari, pero, hay un factor que debes considerar: elegir enamorarte estará siempre fuera de tu control. El amor es una decisión, eso, sin duda, pero enamorarte no es calculable, ni medible, simplemente ocurre; ni siquiera puedes impedirlo, porque es impredecible —comentó porque tenía experiencia al respecto—. El sexo puede desdibujar muchos límites.

—Lo entiendo… —murmuró y giró la copa de cristal, agitando el líquido ambarino y burbujeante—. Pero he perdido a la gente que amo, Malin, ¿cómo crees que podría soportar pasar por lo mismo si me enamoro de la persona errónea? —preguntó, porque sabía que su amiga tenía razón. Esta era uno de los motivos por los que había preferido no tener sexo y tan solo limitarse a unos cuantos besos.

—Sería diferente, Ari —dijo con cariño, porque sabía cuánto había afectado a Arienne la muerte de los Al-Kahaleel—. No puedes evadir siempre el amor, pues este va a encontrarte. No hay escape. Estamos destinados a vivir ambas caras de la moneda: el amor y el sufrimiento. Tú, ya has tenido bastantes reveses. Sé que pronto llegará el momento en el que el universo compense todo lo que te ha quitado. En mi caso, con Ramma, todo surgió cuando menos yo lo esperaba —dijo en tono soñador al recordar a su esposo—. La primera vez que me besó, todos los besos que pude haber tenido dejaron de existir. Me arriesgué con él, Ari. No me arrepiento de nada.

Arienne conocía muy bien la historia de su amiga y cuánto sufrió cuando supo que su exprometido, el hombre que estuvo antes de Ramma, le fue infiel con su prima. Ahora, Dhalila y Kurat estaban casados, pero no eran felices. Dhalila había sido la prima más cercana a Malin y por eso, no por Kurat, la traición la afligió mucho.

—Puedo decir que Ramma bebe los vientos por ti —sonrió Arienne.

—Lo hace, y yo por él —sonrió—. No quiero nada diferente para ti, eh —dijo. Ambas ya estaban bastante pasadas de copas—. Cuando encuentres a ese hombre que te haga vibrar con una mirada, y la irrefrenable necesidad de que te posea y te consuma sea innegable, cede a ese deseo. ¡Vive, Arienne! Da igual si te casas o no con él. Da igual si te enamoras y quiebras tus propias normas. Sigue siendo rebelde, pero no solo en tu profesión o lo cotidiano; atrévete a hacerlo en ámbitos que jamás imaginaste. Rompe tus propios esquemas. Que solo la mujer que aspire a ser esposa del príncipe heredero, probablemente una princesa, tiene que ser virgen. Tú, querida Ari, eres libre de disfrutar de un buen revolcón. Ya es tiempo —le hizo un guiño.

Ambas estaban a punto de terminarse la segunda botella de champán.

—Malin, estás loca, pero te quiero —dijo Arienne arrastrando las palabras. No recordaba la última vez que había bebido tanto y perdido la noción del tiempo. El reloj de pared del comedor marcaba la una de la madrugada—. Me muero de sueño. Dile a tu chofer que te venga a recoger mañana. La habitación de invitados está lista para ti. Aunque tengas guardaespaldas no quiero que te arriesgues, ¿vale?

—Gracias, Ari —murmuró poniéndose de pie al mismo tiempo que su amiga. Luego le dio un fuerte abrazo—. Feliz cumpleaños de nuevo. Deseo que en los próximos doce meses de este ciclo de vida, las estrellas te traigan muchas sorpresas.

—Que así sea —replicó la rubia elevando su copa—. ¡El último brindis por una amistad que transforma días agridulces, por unos memorables y con risas!

—¡Que todas las constelaciones escuchen desde los sitios más remotos de la galaxia! —completó Malin con una amplia sonrisa chocando su copa con la de Ari.

Ambas, tambaleándose al caminar, subieron las escaleras para ir a dormir.

Entre las dunas del desierto, las leyendas eran tan variadas como misteriosas. Pero elevar una copa, invocando a las estrellas para que interviniesen en el destino, era una de las más conocidas, porque aparentemente los deseos más profundos y escondidos del corazón se concedían. Aunque, en el caso de Arienne, solo el tiempo diría si esa clase de leyendas eran una fantasía más o si acaso se volvían una realidad.

CAPÍTULO 3

Cuatro semanas después del atentado, Zarik estaba de regreso en la oficina y enfocado en su agenda de trabajo, así como en cambiar el rumbo de Nariem. Él se tomaba muy en serio la rehabilitación física y, en gran parte, ese era el motivo de que su cuerpo estuviese funcionando con agilidad, a pesar de las heridas sufridas. La piscina y el gimnasio privado de su palacete, con ejercicios guiados por el fisioterapéuta, fueron sus aliados. Por otra parte, su equipo de asesores, así como el de sus hermanos y su padre, se habían reunido para delimitar un nuevo protocolo de seguridad para toda la familia real. Al ser el rey Soldon el comandante de las Fuerzas Armadas procedió a la aprobación de las nuevas medidas que creía necesarias para proteger a su familia. No solo eso, sino que realizó una depuración en las filas de las principales organizaciones por lo ocurrido a Zarik en medio del desierto.

Los servicios de inteligencia de Nariem jamás debieron fallar de una forma tan vergonzosa. Se había determinado que los rebeldes consiguieron el itinerario de Zarik, así como la dinámica de la seguridad que utilizó el día del atentado, porque lograron vulnerar la red de comunicación del departamento de Protección de la Corona. Lo anterior ocurrió porque uno de los jefes, encargado de distribuir el protocolo de Zarik a los agentes de seguridad, le delegó la tarea a un subalterno. Este último se saltó un paso dentro del proceso de envío de datos y esto fue aprovechado por los rebeldes. Ninguno de los dos hombres involucrados seguían trabajando para el rey.

—Creo que deberíamos ser un poco más prudentes con todo esto de la modernización, hermano —le había dicho Bursit, en tono preocupado, una tarde, mientras lo visitaba—. Lo que te ocurrió ha puesto la mirada de ejecutivos importantes de otros países árabes, con los que suelo conversar en mis viajes, en Nariem. No desde un punto de vista positivo, sino como un salto demasiado grande y abrupto. Tomémonos este paso con calma. Estuvieron a punto de matarte, joder.

—Estoy vivo, Bursit, es lo que cuenta —había dicho, mientras bebía una taza de humeante café arabigo—. Si retrocedo en mis intenciones, entonces estaré enviando el mensaje equivocado como futuro rey. Nuestro padre está de acuerdo en continuar con la cruzada de implementar cambios profundos. No estamos en épocas de cautela, porque esa ha sido siempre la política de Nariem, la que nos

ha mantenido en desventaja competitiva con el resto de países. ¿Acaso crees que su preocupación es porque creen que lo que está ocurriendo aquí va a replicarse en sus territorios, en el caso de que quieran cambiar sus tradiciones o permitir la fusión de otras culturas o tecnología en sitios rurales? —había preguntado riéndose con sarcasmo—. Estás perdiendo de vista lo importante: si progresamos, ellos decaen. A eso le temen.

Bursit se había pasado los dedos entre los cabellos negros.

—Todas las visitas que he cumplido en mi agenda regular, mientras tú estabas recuperándote, me indicaron lo contrario. La negociación más importante que se está llevando a cabo, lo sabes muy bien, es el asunto de las armas para surtir a nuestro ejército con nuevo equipo de defensa. Si uno de esos países, que está involucrado en las transacciones, se siente amenazado por los cambios dentro de Nariem, entonces los millones de dinares en juego entrarán en riesgo —había expresado con inquietud. La moneda local era el dinar, sin embargo, cuando eran negociaciones fuera de los países árabes se estandarizaban las transacciones usando como referencia el euro—. Uno de esos países, el más prudente en su política social, es Qataram.

Zarik había mirado a su hermano con paciencia.

Sabía que Bursit era impulsivo, pero también que quería que le diesen más protagonismo, lo cual se traducía en más responsabilidades. Lo anterior no era posible, porque en la casa real todos tenían bien delimitadas sus funciones. Aunque el trabajo asignado a Bursit era realizar visitas comerciales, desde un punto de vista meramente social, él era competitivo y procuraba ir más allá de los límites de sus compromisos. Las personalidades de ambos hermanos eran opuestas, pero la relación que tenían era estrecha y compartían también la afición por la hípica y la Fórmula 1.

—No es algo que debe preocuparte, Bursit —había expresado mirándolo—, sino a los expertos que trabajan directamente en transacciones con materia bélica. Además, eso entra en el terreno comercial de nuestro padre, al completo, al ser el comandante de las Fuerzas Armadas. Tú, solo procura calmar las aguas si surge la ocasión de discutir este tema con los empresarios locales o de Qataram. ¿Okay?

Bursit lo había mirado con frustración, pero luego soltó una exhalación.

—Sí, tendré que reconfigurar mi agenda de visitas con los asesores de nuestro padre para comentarlo —había dicho lleno de preocupación—. He visto que Hamur parece muy cercano al equipo de comunicación de la casa real Al-

Diharel, ¿vas a casarte con la princesa Rihanon? —había preguntado cambiando el tema.

Zarik hizo una mueca ante el recordatorio. Ese asunto del matrimonio ya no empezaría a discutirse solo entre su familia, los visires de la casa real, y los tres líderes principales del Consejo de Ley, sino que se extendería en otras esferas de los entramados de poder de Nariem. Este aspecto era lo que siempre lo había cabreado, porque él no daba explicaciones a nadie. Ni iba a darlas. Si bien cumplía con sus obligaciones, Zarik manejaba su vida según sus propias convicciones, pero intentaba acoplarlas a conveniencia con lo que se esperaba de él como príncipe heredero.

Aunque él comprendía que la situación del país ameritaba una urgente fusión, que creara la percepción de estabilidad, no dejaba de enfadarle la súbita y silenciosa presión. Mubián, el país de Rihanon, era conservador, pero poseía toques modernos que empezaban a notarse. Por ejemplo, el año anterior se había aprobado que las mujeres pudieran tener carné de conducir y abrir una cuenta bancaria. Inclusive en ese aspecto, un matrimonio entre ambas casas reales sería un gran acierto político.

—No he tomado una decisión en firme —había contestado apretándose el puente de la nariz con los dedos—, pero ella no es una opción que pueda descartar.

—Al menos, yo no tengo que casarme por obligación, no te envidio, Zarik. Espero que cualquiera que sea la decisión que tomes no solo sea beneficiosa para Nariem, sino que también pienses un poco en ti y en lo que podría hacerte feliz. Después de todo, el divorcio no es una opción para el heredero a trono, así que podrías elegir a una persona que sea interesante y que al mismo tiempo ayude al país.

—Cumplir con mi deber es todo lo que necesito.

—Puedes enamorarte de la mujer que elijas para casarte, Zarik…

—¿Acaso no te ibas a un almuerzo? —había preguntado cortando la conversación. Su hermano se había encogido de hombros y luego salió de la suite.

Bursit tuvo menos restricciones al crecer y tenía más libertad. Lo que se esperaba de él era mantener los contactos de la cartera comercial y social en buen funcionamiento; no estaba obligado a casarse por temas políticos. En el caso de Dhalia, ella era la más libre de sus hermanos, porque podía ejercer la profesión que quisiera, pero siempre que involucrara proyectos de beneficio para

Nariem. El rey Soldon y la reina Esme habían acordado que su hija sí se casaría por amor.

Después de esa conversación con su hermano menor, Zarik se volcó de lleno en el asunto que le había impedido continuar su rutina habitual de trabajo: el intento de homicidio en su contra. El hombre al que habían apresado en un inicio, como sospechoso del atentado, fue liberado después de comprobarse que él había dicho la verdad. Sí era un arqueólogo oriundo de Bahrein y tenía permiso estatal para realizar exploraciones en Nariem. Su gran error fue estar en el momento y sitio equivocado cuando el caos explotó. Por otra parte, sí se logró identificar a los hombres que murieron en el desierto, durante el enfrentamiento con los guardaespaldas y el equipo de seguridad de Zarik, como integrantes de los Pamisaj. Los tres terroristas que sobrevivieron fueron capturados y ahora estaban en proceso de ser enjuiciados.

El ambiente en Nariem era agitado, pero las autoridades mantenían el control y los nariemus estaban seguros. Los rebeldes, que eran partidarios de mantener el esquema tradicional de trabajo y educación, querían que se cambiara la sentencia a la que se abocaban los tres acusados. El juicio era tan solo para seguir un protocolo, pero no existía forma de apelar a la inevitable sentencia: cadena perpetua. Los trabajos forzados dentro de la prisión estarían acompañados de torturas, eran un secreto a voces, y en esta ocasión serían atroces. Nadie se enfrentaba a los Al-Sarkham y salía indemne. La familia era civilizada, cercana inclusive, y hacía filantropía, pero también era inclemente en sus dictámenes cuando atacaban a uno de los suyos.

Zarik tenía la certeza de que el autor intelectual de la emboscada era uno de los dos hermanos líderes de Pamisaj, Bostan y Gassmal Tajari, pero no existían pruebas para realizar acusaciones en firme. Los dos eran jóvenes, la edad exacta no era conocida, y heredaron el liderazgo de la agrupación al morir asesinado su padre, Mohelo, a manos de un grupo contrario. La venganza de los hermanos no se hizo esperar. Fue una carnicería, pero no involucró civiles ajenos a las bandas rebeldes.

Por otra parte, los hombres detenidos y acusados de haber intentado matar a Zarik jamás revelarían pistas que guiaran al paradero real de los Tajari o sobre la clase de planes que podrían tener contra la corona. Los Pamisaj poseían suficiente información para extorsionar y matar a las familias de los miembros de sus filas, en el caso de una traición. Si alguno era capturado este preferiría morir antes que delatar o dar pistas de sus líderes. Esto había ocurrido con los

capturados por la emboscada.

La llamada a la puerta del salón del comedor, un solo golpe suave, sacó a Zarik de sus cavilaciones. Dejó el higo, que había estado comiendo, a medio terminar y después agarró la taza de té caliente de menta. Dio varios sorbos. Después, relajó la espalda contra el respaldo de la silla con filos de oro, y con un breve asentimiento le indicó a uno de los empleados que dejara entrar a la persona que estaba esperando.

—Su alteza, me mandó a llamar, ¿en qué puedo servirle? —preguntó Hamur.

Llevaba la barba abundante y blanca recortada con precisión. Su andar era calmado y contrastaba con la manera en que su cerebro funcionaba. La expresión amable del anciano de ojos del tono del carbón despistaba a la gente, pues lo confundían con alguien bonachón y manipulable. Pero Hamur Al-Jaffar había servido como estratega en la guerra del Golfo Pérsico. No solo era alguien letal, sino sabio.

Zarik le hizo un gesto a su visir para que se acomodara frente a él. Hamur se acomodó en la silla opuesta a la del príncipe y de inmediato le sirvieron café.

—Quiero pruebas para incriminar a los Tajari —expresó Zarik en tono firme —. Esos hijos de puta no van a desestabilizar el régimen. Llevan años intentando aniquilar a mi familia. Esta vez tuve suerte de salir vivo, pero las autoridades no pueden descuidarse y darles cabida para que intenten atacar otra vez —le dijo a Hamur, mientras terminaba la taza de té. El anciano hizo un asentimiento—. ¿Qué ocurrió con la reunión pendiente con Tom Remington, el Primer Ministro Británico? —preguntó, revisando con rapidez la compilación cronológica de las noticias de prensa que solía prepararle diariamente su asistente, Kirian Ballad—. Es importante delimitar nuevas posturas económicas en materia petrolera y renegociar los precios de productos derivados que ya comercializamos. Mi padre envió a Bursit a Texas hace cinco días, mientras mi hermana participa en eventos benéficos con mi madre dentro y fuera de Nariem, y a mí me urge resolver mi parte en Gran Bretaña, Hamur.

—Hay un equipo élite especial detrás de las pistas de los hermanos Tajari. Los Pamisaj son sumamente esquivos, en especial porque tienen conocimiento de inteligencia militar, sin embargo, se han reforzado los sistemas de vigilancia de todos los grupos terroristas y rebeldes, su alteza. Lo mantendré informado —dijo en un tono eficiente—. En cuanto a Gran Bretaña, los delegados de ambos países estamos coordinando los itinerarios, su alteza. Una vez que los protocolos de seguridad estén completos, usted podrá elegir la fecha de la reunión para

concretarla —explicó.

Zarik le hizo una seña al mayordomo y este le llevó el plato de frutas.

Él trataba a todo su *staff* con distante amabilidad y le pagaba muy bien. Su palacete tenía dos pisos, con amplias áreas verdes, piscina, establos, cancha de tenis, jacuzzi, salón de masajes y gimnasio, trabajaban treinta personas. Todos los empleados sabían cuán valiosa era la privacidad y estaban entrenados para ignorar todo lo que escucharan o viesen. Ellos le debían su lealtad a la corona y al príncipe. Además, habían firmado un contrato de confidencialidad herméticamente blindado.

Aunque cada príncipe, y la princesa, tenía un ala privada del palacio real en la que podían vivir, todos decidieron vivir de forma independiente cuando tuvieron la edad para hacerlo. Zarik había elegido como residencia oficial, hacía cuatro años, una de las propiedades del portafolio de los Al-Sarkham. Todas las medidas de seguridad estaban redobladas y todo el circuito poseía la tecnología más avanzada.

—De acuerdo, Hamur —dijo incorporándose. Esta mañana, Zarik llevaba una túnica azul oscuro y el *keffiyeh* blanco, la pañoleta que rodeaba la cabeza, sujeto con un cordón de tres vueltas con hilos de oro. Los hombres que no eran de la realeza usaban un cordón con solo dos vueltas. Durante los viajes al extranjero, el príncipe utilizaba trajes occidentales—. ¿Qué tengo en mi primer punto de la agenda? —preguntó, mientras caminaba por el pasillo de suelos de mármol y paredes blancas.

La decoración del palacete era una mezcla de Europa y de Oriente Medio. Zarik solía realizar fiestas o recepciones en las que consideraba importante, a través de la decoración, dar a entender que era un hombre moderno, pero fiel a sus raíces.

—Los especialistas, que van a conformar el grupo de asesores que usted me ordenó reclutar, ya están esperándolo en el salón principal de reuniones. Si usted decide que alguno de ellos no se ajusta a sus estándares, le pido disculpas anticipadas. Sin embargo, estoy convencido de que he realizado una depuración concienzuda de todos los candidatos que tuve que entrevistar en las semanas anteriores. Los contratos fueron firmados y están pautados para un número específico de meses. Pero, usted decidirá si prefiere despedirlos antes o no renovar el acuerdo laboral —explicó.

Zarik tenía demasiadas preocupaciones como para agregar una depuración de candidatos, cuyos contratos eran temporales. Confiaba en el criterio de su visir.

—¿Cuántos especialistas son, Hamur? —preguntó, mientras caminaba.

—Diez personas. Dos de ellas van a trabajar aquí en su residencia, en el área que envió a construir para que funjan de oficinas externas, y las demás serán asignadas a los otros puntos que me ordenó: el palacio real, para contribuir al equipo de su majestad, el rey; el edificio de la fundación; y al palacio de la segunda ciudad más poblada, Kurfan —explicó con rapidez. Se detuvieron ante los guardias que custodiaban el exterior de la puerta del salón de reuniones. Al ver a Zarik, le hicieron una venia y abrieron las puertas de par en par, antes de anunciar su presencia.

—¿Quiénes permanecerán en las oficinas de este palacete? —preguntó.

—El experto en marketing, un norteamericano con doble nacionalidad y que vive en el país desde que tiene quince años. Y la doctora especialista en asuntos políticos, ella es británica con doble nacionalidad y no nació en Nariem —explicó.

—De acuerdo —farfulló el príncipe, pues su mente estaba lidiando con varios frentes al mismo tiempo. Los tratados sobre energías renovables, asuntos del petróleo, y la modernización del país. A eso tenía que agregarle la elección de su futura esposa y reina de Nariem—. ¿Están firmados los acuerdos de confidencialidad o elegiste que lo harían el primer día en que empiecen a trabajar oficialmente? —indagó.

—Lo están, su alteza —replicó Hamur—. Kirian envió los contratos firmados días atrás, y el anexo con las cláusulas de confidencialidad, al departamento legal.

Zarik entró con su porte majestuoso en el salón. Los altos vitrales permitían que entrara la luz de la mañana con fuerza. El techo estaba decorado con patrones geométricos hechos de oro y lapislázuli, en polvo esparcido, para rellenarlos. La mezcla era un guiño al pasado. Una gran alfombra persa recubría todo el suelo.

Los candidatos estaban en una línea esperando para saludar al heredero de la corona. El príncipe los observó uno a uno, pero su atención se quedó fija en una persona. La última que hubiera esperado encontrar, en especial porque creía que ella se habría mudado de Nariem, después de la muerte de Jamil y Tarina Al-Kahaleel.

—Buenos días y bienvenidos a mi palacete, así como a este gran proyecto —dijo en un tono de voz similar al de un barítono. Su expresión no dejaba entrever sus verdaderas emociones o intenciones, sino que permanecía calmada—. Mi

visir me ha informado que ustedes ya tienen definidos los roles que van a cumplir, los salarios a percibir, así como la plena conciencia de que, a pesar de ser este un trabajo temporal de varios meses, existe la posibilidad de que se extienda el contrato. Todo dependerá de la capacidad de crear resultados ajustados a las expectativas. Estas son altas.

Todos hicieron un leve asentimiento. Todos, menos la mujer que Zarik hubiera preferido que no se encontrase entre los candidatos contratados por Hamur.

Ataviada con una falda negra, que le llegaba unos centímetros bajo las rodillas, una blusa celeste de mangas largas y zapatos de tacón con punta fina, ella era el epítome de la elegancia y el decoro, bajo las normas de vestimenta modernas en Nariem. Arienne era de las mujeres más bellas que el príncipe conocía, pero también poseía un espíritu rebelde que él no estaba dispuesto a tolerar en su círculo laboral.

Los saludos protocolarios se llevaron a cabo invidualmente. La dinámica fue similar a la que solía adoptar la Casa Real Windsor: los visitantes hacían una línea, mientras el príncipe los saludaba uno a uno. Cuando Zarik llegó al final, sus ojos se cruzaron con unos de color verde que lo observaban con indiferente serenidad.

—La doctora en ciencias políticas, Arienne Johansen Al-Kahaleel. No solo tiene experiencia, sino implecable reputación profesional —dijo con discreción y rapidez el asistente personal del príncipe, antes de que el aristócrata quedara frente a frente con la mujer. El trabajo de Kirian consistía también en recordarle los nombres de todas las personas a las que saludaba en los diferentes eventos—. Ella trabajará en las oficinas del palacete. La doctora es defensora de los derechos de las mujeres.

«No me sorprende esto último», pensó Zarik.

—Doctora Johansen —dijo en tono cordial y extendió la mano—, bienvenida a mi equipo de especialistas para impulsar la transformación de Nariem. Espero ratificar el criterio de Hamur de que usted es la opción idónea, entre todos los profesionales que fueron convocados, para contribuir en el área política del proyecto.

—Su alteza, buenos días —replicó Arienne con una sonrisa y estrechó la mano de Zarik. De inmediato un ligero sacudón le recorrió la piel. Notó que el príncipe fruncía levemente el ceño. El casi imperceptible gesto le confirmó que no estaba imaginando las reacciones y que estas, al parecer, eran en doble vía—.

El proyecto de mejorar el enfoque sobre la modernización de Nariem es interesante y estoy entusiasmada de formar parte de este equipo de estrategas. Los cambios son necesarios, en especial si existe un compromiso. Realizar estrategias progresistas, sin incluir un verdadero sistema de soporte interior, arruinaría todo el esfuerzo.

—Espero que recuerde que usted es una asesora política y que las decisiones u opiniones finales están en mi absoluta potestad —expresó Zarik, mientras sus dedos sentían ganas de tocar un instante más la suave piel de las manos de Arienne. «Esto es una estupidez», pensó al soltarla—. Si hay alguna parte del proceso de ejecución con el que no esté conforme, basándose en argumentos sólidos y verificables, lo podrá comentar con mi visir o mi asistente personal. Ambos atenderán sus opiniones.

—Su alteza, ¿qué propósito tendría para nosotros, los especialistas contratados para este proyecto, discutir con un intermediario los resultados o las dudas sobre algo tan prioritario en su agenda socio política? —preguntó con suavidad, pero enfadada por la idiotez de sugerir hablar con terceras personas temas que podrían requerir una respuesta o solución urgente—. La burocracia es uno de los impedimientos por los que muchas intenciones buenas se pierden y si este proyecto entra en ese bucle, entonces podría correr con la misma suerte. Los esfuerzos invertidos serían en vano.

Ella fingía que era la primera vez que veía a Zarik y hablaba con él.

Lo anterior tenía que ver con el hecho de que no quería que sus colegas del grupo, aunque trabajarían en diferentes puntos geográficos, dejaran de considerarla una igual si creían que ella había sido seleccionada por alguna preferencia o conexión. Arienne prefería que se dieran cuenta de que merecía estar en este equipo por mérito propio, pues así había sido. En un mundo machista, lo anterior era indispensable.

—La paciencia es una virtud, doctora Johansen, en especial cuando las reglas están dictadas por una casa real, mas no por el libre albedrío de un ciudadano de a pie —replicó mirándola con una sonrisa soberbia. La súbita urgencia de agarrarle las muñecas, apoyarla contra la pared más cercana, y devorarle la boca, para borrarle esa expresión de suficiencia, le pareció un problema—. Hará lo que se le ordene.

—Ah, comprendo, su alteza —dijo Arienne con un brillo de desafío en la mirada y manteniendo el mismo tono cordial. La tensión en su cuerpo desdecía a la serenidad de su voz. Nadie estaba escuchándolos, porque sus demás colegas,

una vez que el príncipe los saludaba, podían conversar entre ellos o bien dispersarse para disfrutar del bufé de bienvenida que había en el salón. Los asesores de Zarik, en cambio, se mantenían a una distancia prudencial—. La modernización y flexibilidad en el país no están en realidad orientadas a un cambio profundo de la estructura, sino a algo superficial, porque todas las innovaciones estipuladas en el plan de Insignia se realizarían solo a la medida de su conveniencia personal y como heredero al trono. ¿Lo he interpretado de forma correcta? —preguntó con una sonrisa dócil.

Arienne estaba segura de que si el príncipe hubiera sabido que ella estaba entre las candidatas, entrevistadas por Hamur Al-Jaffar, la habría descartado. La última vez que vio a Zarik fue cinco años atrás, así que nada la preparó para notar que él lucía más fornido e imponente; infundía autoridad y rebosaba virilidad. Aunque no quería, reconocía que estaba más guapo que antes. Ninguno de los diplomáticos ni hombres de negocios, en círculos laborales y de corte social, sabía lucir un traje como si hubieran nacido para llevarlos. Pero este príncipe, atractivo e insufrible, parecía sacado de un catálogo de modas y caminaba como si el mundo le perteneciera.

La relación de Arienne con él era cordial, pero recordaba que Zarik detestaba que le hablasen con osadía y sin filtros. Él nunca había contestado a sus réplicas, u opiniones descaradas, con toda la ferocidad de un carácter que se veía obligado a modularse, en especial porque los encuentros de ambos se daban siempre en eventos de Estado. Lo anterior exigía contención y mesura de los asistentes. «¿Cómo sería el verdadero Zarik, el que no se guardaba nada y no actuaba conforme a un protocolo social? ¿O sería siempre controlado y reservado?», se preguntó de repente Arienne.

Zarik dio un paso hacia delante de forma inconsciente. Estaba enfadado.

Arienne no retrocedió y elevó más el rostro. Él era más alto que ella.

—Insignia Regional no busca cambiar la Casa Real Al-Sarkham, ni complacer los intereses personales de sus integrantes. Este es un importante asunto de Estado en el que se juega el futuro de Nariem —dijo en tono peligrosamente suave, mientras su cuerpo irradiaba una fuerza potente que lo exhortaba a mantener el control con esta insolente mujer—. Si no ha entendido el principio de su trabajo, aunque sea acertada en temas de asesoría política, le ordenaré a Hamur que termine su contrato.

Ella ladeó un poco la cabeza al notar, por el ligero y súbito brillo de advertencia en los ojos negros, que Zarik estaba enfadado. Sus colegas, al verlos

interactuando, dirían que estaban manteniendo una diáfana conversación. Arienne podía reconocer que el príncipe poseía una gran capacidad para controlar su temperamento. Lo que no comprendía de sí misma era la necia intención de seguir provocándolo.

—Los cambios políticos son importantes, pero más vitales son los que se realizan en la estructura base desde los cuales se pretenden implementar dichas transformaciones, su alteza —expresó sin amedrentarse por la amenaza, que sabía que Zarik cumpliría, sobre su empleo—. Además, estoy haciendo bien mi trabajo desde hoy, el día previo al arranque del proyecto, al instarlo a reflexionar conmigo. ¿No lo cree? —preguntó con una sonrisa amplia y haciéndole una venia burlona, pero ante los ojos de los demás demostraba que mantenían un intercambio coloquial.

Después de su cumpleaños, Arienne había considerado marcharse una temporada a Londres y quedarse en casa de uno de sus mejores amigos, Lucianno Moretti. El sentido del humor irreverente y espíritu libre de él era justo lo que necesitaba para aplacar la decepción de no encontrar un empleo que la satisfaciera en Nariem. Lucianno y ella se habían conocido en una fiesta, mientras los cócteles corrían por las venas, y contarse sus vidas fue lo más espontáneo a lo que pudo exponerlos el alcohol. Desde esa noche, la relación de ambos se volvió sólida.

En algún período de confusión, durante una de las visitas de Arienne a Londres, se habían besado. Sin embargo, no dejaron que eso prosperara, porque sabían que lo que existía entre los dos era una amistad demasiado valiosa para echarla a perder por un vínculo que, en realidad, nunca sería más que admiración, cariño y camaradería. Olvidado el incidente, ambos continuaron siendo el apoyo del otro.

Arienne lo echaba en falta y esperaba que pudieran reencontrarse pronto.

En medio de esas ideas de abandonar Nariem, le llegó la invitación a participar en un proceso exclusivo y confidencial de selección convocado por Hamur Al-Jaffar, visir del príncipe Zarik. En un inicio, consideró ignorar la convocatoria, pero, luego lo pensó mejor, en especial cuando revisó las responsabilidades que le asignarían, y porque el empleo ofrecía todos los desafíos que ella necesitaba profesionalmente.

La posibilidad de asesorar en esta cruzada de cambio en su país, le parecía importante y algo de lo que, estaba segura, sus padres se habrían sentido orgullosos si estuvieran vivos. Así que ese fue el impulso que la llevó a

completar los tediosos tests psicológicos, revisión de antecedentes de toda clase y la firma, una vez realizada la oferta económica, del contrato de trabajo. Tan solo esa mañana, en que llegó al palacete del príncipe, Hamur le informó que ella y Oriol Maruk, el experto en marketing, trabajarían en las oficinas ejecutivas ubicadas en esa residencia real.

Arienne quería ver prosperar a su país.

Este proyecto, que era un satélite de apoyo a las estrategias macro que estaba trabajando el rey, sí resultaba muy importante. No se podía gobernar un pueblo si antes no se instauraba una ideología que generara esperanza y fortaleciera el sentido de pertenencia, borrando miedos, ante los cambios de la modernidad. Lo anterior era lo que quería hacer Zarik, al traer tecnologías, pero creando una campaña informativa; al remover los sistemas agrarios cadudos, pero ofreciendo programas de inclusión y financiamiento, a través de alianzas internacionales; al implementar aulas de clases digitalizadas, a través de internet; al capacitar a los profesionales de zonas marginales y desérticas con poco acceso a las ciudades principales. No se podía abarcar todo el país, pero los grupos escogidos, como objetivos de Insignia Regional, eran un excelente inicio. Arienne se sentía emocionada de participar como asesora política.

—Lo que creo, doctora Johansen —dijo el príncipe mirándole la boca, pero fue tan rápido el gesto que ella creyó haberlo imaginado, y hablando en un tono distante—, es que su contrato, en adelante, estará a prueba, salvo que sus resultados sean sobresalientes en la primera sesión de análisis. —Ella abrió y cerró la boca—. Las horas serán extenuantes y tendrá que hacer sacrificios a su vida personal. Aún está a tiempo de desistir y así Hamur podrá encontrarle un reemplazo de inmediato.

Arienne se recordó que era preciso calmarse. Ella intentaba ignorar el exquisito aroma de la colonia, con toques picantes y amaderados, que emanaba del príncipe. Si no fuese tan apuesto y no pareciera salido de la portada de la famosa revista GQ, entonces sería mucho más fácil ignorar su presencia, tuviera un título real o no.

—He encontrado en mi vida situaciones realmente apabullantes, ante las que no me amedrenté, mucho menos tomé la decisión de darme por vencida, así que, en este caso, ¿dónde estaría el reto si renuncio, su alteza? —replicó ella con humor.

Zarik no necesitaba la tentación de querer descubrir qué otras fragancias se escondían bajo la piel que llevaba ese perfume de almendras con vainilla. Ella no

había respondido sobre la pulla de que tendría que sacrificar en gran medida su vida personal a causa de este trabajo. «¿Habría algún hombre que estuviera disfrutando de la boca de esta mujer, más allá de escuchar sus réplicas rápidas y afiladas?», se preguntó él, pero al instante se cabreó por permitirse pensar de ese modo tan ridículo.

El príncipe tomó la decisión de convertir las siguientes semanas en una prueba compleja para Arienne. Así mediría la capacidad de resistencia de ella en esta cruzada que significaba mucho para Nariem y que él no estaba dispuesto a poner en riesgo. El tiempo con el que contaba para que su pueblo comprendiera los beneficios de la inversión extranjera y la modernización, era valioso, así como el que tenía para establecer alianzas exitosas con otros países regionales. Pero Zarik iba contra reloj.

—Una persona con gran preparación y recursos disponibles, encuentra retos y victorias en momentos inesperados —dijo el príncipe con expresión impasible.

—Supongo que este proyecto puede ser eso y mucho más, tal como está planteado, su alteza. No dudo de que el camino será complejo, pero cualquier reto que exista o pueda surgir lo asumiré sin problema —replicó consciente de que Zarik no estaba contento con su presencia y menos de que trabajara en este proyecto. «Qué pena, porque no iba a darle motivos para terminar su contrato antes de tiempo».

—Hasta pronto, doctora Johansen, espero que sus horas de trabajo reflejen su profesionalismo —zanjó en un tono de voz neutral. Su capacidad de autocontrol, en lo que a Arienne se refería esta mañana, estaba a punto de desaparecer.

Lo anterior era inusual en él y no le gustó. Por lo general, las personas sabían mantener a raya los comentarios que pudieran resultar inapropiados o fuera de lugar. Pero, al parecer, Arienne necesitaba un recordatorio especial. Sin embargo, sabía que este no era el sitio ni el momento, así que optó por terminar la interacción con ella y se apartó sin mediar más palabras. Hamur, en ese instante, se acercó para comunicarle que tres de los especialistas querían hablar sobre un aspecto en específico del plan de trabajo. Esto le dio la distracción perfecta a Zarik por unos instantes.

Al cabo de un rato, el príncipe se marchó del salón seguido por su *staff* de asistentes y asesores, llevándose así esa aura de poder, autoridad, y arrogancia con él. Tan solo cuando Arienne vio las puertas del salón cerrarse, tras la salida de Zarik, soltó una larga y silenciosa exhalación. «Estos serán meses complicados», pensó ella.

¿Quieres leer más de Arienne & Zarik?
El legado de las dunas, está disponible escribiendo este enlace o dando un clic aquí: http://mybook.to/LASDUNAS

SIGUE LEYENDO: AL FILO DE LA MEDIANOCHE

Romance contemporáneo.
Padre soltero con pasado complejo.
Ambientada en Irlanda.
Diferencia de edad marcada, entre los protagonistas.
Grumpy-Sunshine.
Héroe de moral gris.
Enemies-to-lovers.
Explícito + 18 años.
Entornos de realidades dolorosas.
No hay infidelidades entre los protagonistas.

SINOPSIS

Cuando el destino juega sus cartas, el amor puede transformarse en un desafío.

Asher Cosgrove se desenvuelve con autoridad entre los círculos más influyentes de Europa. Su aspecto elegante y el impacto de su atractivo físico están acompañados de una estela de poder que infunde respeto. Detrás de su actitud implacable, aquella que muchos admiran, existen eventos tintados de emociones atropelladas por el desprecio. No tiene interés en ajustar su compleja agenda para incluir a otra persona que no sea su hija. Sin embargo, cuando conoce a una mujer que desafía todo de una manera irresistible, sus planes empiezan a cambiar. El pasado regresa para acecharlo y las elecciones que haga pueden volverse su redención o una perpetua condena.

Colleen Rowbotham es profesora de arte en Dublín. Los hombres que intentan conquistarla y romper su coraza emocional fracasan. Ella anhela recuperar aquello que le fue arrebatado tiempo atrás, y para eso necesita generar más ingresos, no sucumbir a las distracciones. El día en que su mirada se cruza con la de un complejo y hostil millonario, lo que a ella tanto le ha tomado construir estará al borde del colapso. El frágil equilibrio de su vida se tambalea cuando recibe una noticia que la impulsa a tomar una decisión desesperada. La encrucijada que acorrala a Colleen solo tiene un final, pero es uno que jamás vio

llegar.

Al FILO de la Medianoche

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2024.
Al filo de la medianoche.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Código de registro N. 2405228063024.

Diseño de portada: Kramer H. ©AdobePhotoStock.
Diseño interior: Lotus Ediciones. ©AdobePhotoStock. ©Freepik.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

PRÓLOGO

Costa del Atlántico Salvaje, Irlanda.
Inmediaciones de Donegal County.
Meses atrás.

Cuando abrió los ojos y el aturdimiento inicial pasó, el instinto desesperado de Asher fue extender la mano para buscar a su hija. Podía escuchar los sollozos de angustia de la niña, provenientes del asiento trasero del vehículo, y estaban destrozándolo. El dolor que sentía era tan lacerante que le impedía moverse con la agilidad que necesitaba, primero, porque estaba atrapado por el cinturón de seguridad.

Segundo, porque el coche se había volcado, así que estaba en una posición complicada. El olor a gasolina le quemaba las fosas nasales, el costado izquierdo le escocía como si hubiese sido atravesado por un cuchillo, y el simple ejercicio de respirar le costaba demasiado. Las voces de sus guardaespaldas diciéndole que estaban trabajando para remover los fierros del automóvil y que la ambulancia llegaría en unos minutos, le parecían lejanas. Asher estaba enfocado en liberar a Sadie de este desastre.

Tragó saliva e hizo su mayor esfuerzo para no perder la calma, a pesar de que los latidos del corazón parecían martillearle el pecho. Sobrevivir era la consigna más importante. La carretera en la que estaban era transitada, porque era la vía más rápida hacia el aeropuerto más cercano. Con dificultad apoyó la mano en una superficie del interior del vehículo, para evitar caer de golpe, antes de desabrochar el cinturón de seguridad. Hizo una mueca de dolor y con cautela se dirigió hacia el asiento de los pasajeros. Su hija estaba de cabeza, tal como él lo estuvo debido a la posición del coche, tenía cortes pequeños en los brazos y en el rostro. La niña se agitaba y lloraba.

—Sa… Sadie, mírame —dijo él con firmeza, aunque jadeante por el esfuerzo. Ella estaba sostenida por el cinturón de seguridad. Los ojos azules llenos de lágrimas conectaron con los suyos que eran de color marrón—. Todo va a estar bien, princesa, papá está aquí contigo —expresó, mientras batallaba con cautela para sacarla del asiento infantil—. Deja de moverte tanto, por favor. Eso es, muy bien. Muy bien.

—¡Papá! ¡Papá, sácame de aquí! —exclamó, entre gritos y llanto.

—Voy a soltarte y quizá te duela un poco lo que haré, pero tú eres valiente, Sadie —dijo agarrando el broche del cinturón—. No tengas miedo. ¿De acuerdo?

—Sí… —dijo hipando y tosiendo al mismo tiempo—. Tienes sangre, papá… No quiero que te mueras —susurró con lágrimas rodando por las mejillas.

—Hemos tenido un acccidente y la sangre es superficial, pero nadie va a morirse, princesa —expresó con una convicción que no sentía—. ¿Lo comprendes?

—Sí, pero yo también tengo sangre… —susurró en un hilillo de voz.

Él experimentó una sensación de angustia ante la posibilidad de no volver a ver a su hija. Su único consuelo era que su testamento estaba al día. Sus padres eran los designados para ser los guardianes de Sadie en el caso de que él falleciera, y si ellos no estaban alrededor, la responsabilidad estaba dirigida a su hermana, Therese. Sin embargo, esperaba que la providencia universal no lo castigara privándolo de Sadie.

—Eso significa que ambos iremos al doctor para que nos limpie y nos haga sentir mejor —murmuró aliviado cuando, por fin, ella estuvo libre y la pudo sujetar. Le tomó el rostro con vehemente preocupación, mientras constataba que no hubiera heridas graves. La posición física en la que se hallaban era estrecha e incómoda. Al notar que Sadie torcía el gesto de dolor, Asher quiso ser él quien sufriera cada pequeña incomodidad, en lugar de ella—. Por ahora, necesito que sigas las instrucciones que voy a darte. Así podremos salir lo antes posible del automóvil, ¿vale, princesa?

—Sí, está bien… —replicó la niña—. No quiero seguir aquí…—hipó.

Asher asintió con lentitud. Él ignoraba la gravedad de sus propias heridas.

—Lo sé, princesa. Por eso necesito que te mantengas pegada a mi pecho y obedezcas mis órdenes. Te sujetaré fuerte. El único que va a moverse seré yo. Tú trabajo es dejarte guiar por mí, hasta lograr salir del coche —explicó con rapidez.

La situación en la que se hallaban era como una bomba de tiempo.

—¿Te vas a lastimar…? —preguntó en un murmullo desesperado.

—Claro que no —mintió esbozando una sonrisa trémula.

Asher la abrazó con firmeza, instándola a hundir el rostro contra su pecho para protegerla de los fierros, al tiempo que él se estiraba sobre la espalda y se

movía consciente de que tenía vidrios rotos debajo. No le importaba que las piezas afiladas rasgaran la tela de la camisa, menos que le traspasaran la piel con sus movimientos.

—¿Señor Cosgrove? —preguntó uno de los tres guardaespaldas, a través de una de las ventanas destrozadas—. No podemos apartar más los fierros, porque las herramientas que tenemos no tienen más alcance, salvo que utilicemos la fuerza y, dadas las circunstancias, no es un paso que podamos dar. Hunter y Aaron intentaron abrir el maletero para usarlo como alternativa de salida, pero está trabada la puerta.

El brutal impacto contra el BMW aturdió por completo a Asher. Cuando el otro conductor se acercó, gritando el nombre de Sadie, fue recibido con disparos de los guardaespaldas. El desconocido, tomado por sorpresa, recibió un disparo. Pero fue rápido y logró regresar sobre sus pasos para darse a la fuga a toda velocidad.

—¿Qué pasó con el culpable del choque? —preguntó en un tono tenso.

Asher había escuchado cómo el desconocido gritaba el nombre de su hija, así como los disparos seguidos de las voces de sus guardaespaldas. Pero no pudo hacer nada, porque la fuerza del golpe lo había sumido en un estado de súbito aturdimiento.

—Herido en un brazo, pero escapó —dijo James con frustración—. Sin embargo, podré darle las características exactas a la policía para hacer un identikit.

—De acuerdo —dijo Asher, cortando la conversando al respecto, porque tenía que enfocarse en que él y Sadie sobrevivieran—, ¿qué tan alto estamos?

El borde de piedra de la carretera los protegió de caer al mar y al mismo tiempo frenó el avance del BMW, pero no evitó que se volcara. La maniobra instintiva de Asher con el volante fue también un punto clave para mantenerse en tierra firme.

—Dos cuartos del coche están sobre la calle, el resto de cara al acantilado —dijo en un tono eficiente y rápido—. La única vía de salida es esta —tocó el borde quebradizo de la ventana—, pero tiene que dejar que la niña salga primero, señor Cosgrove. Si se mueven juntos, el carro empezará a balancearse y eso sería peligroso.

—¡Nooo! —exclamó ella—. Quiero que mi papá venga conmigo, ¡papá! —gritó en el momento que Asher comprendió que el peso de ambos era un inconveniente y la apartó de su pecho, mirándola—. No, no, no —pidió llorando.

—Hija, vamos a hacer un cambio de plan que será muchísimo mejor. Así regresaremos cuanto antes a casa —dijo con el corazón en un puño—. Vas a salir primero por esta ventana, ¿vale? James, Hunter y Aaron estarán esperando por ti.

—No, papá, por favor, no —suplicó.

—¿Qué es lo que me has pedido todo este tiempo? —preguntó de repente, porque necesitaba encontrar la manera de distraer a su hija. Estaban contrarreloj.

—Una piscina —dijo entre sollozos y limpiándose la nariz con el puño.

—Vamos a hacer un trato, princesa. Cuando regresemos a Dublín enviaré a construir una piscina magnífica en el patio trasero. A cambio, tú saldrás por esta ventana, pero tienes que prometerme que siempre obedecerás a tus abuelos y a tu tía Therese —dijo, porque no sabía si saldría vivo de este coche. Si esto ocurría, su familia sería notificada de inmediato y se ejecutaría su testamento. Sabía que Sadie no quedaría económicamente desprotegida, pero, joder, la idea de no estar para ayudarla en cada etapa de su vida o cuidarla, le escocía—. ¿Qué tal eso? —preguntó.

Ella hipó y lo quedó mirando e hizo una negación.

—Quiero salir juntos, papá —dijo moviéndose con impulso y abrazándolo.

El gesto súbito provocó que el coche se tambalease ligeramente.

—Sadie —dijo Asher apretando los dientes y limpiándole un rastro de sangre de la ceja con suavidad—, no podemos ir los dos, porque la ventana es angosta. Primero saldrás tú, después yo te seguiré —explicó en un tono suave y procurando insuflar calma en su hija, pero era complicado—. La ambulancia llegará pronto e iremos a que nos curen las heridas. Solo así volveremos a casa y tendrás tu piscina.

—¿Me prometes que no vas a quedarte aquí? —preguntó mirando por un instante la cara de James, que estaba recostado en la calle observándolos, a través del marco de la ventana—. En la escuela se burlan, porque dicen que mamá me abandonó… —susurró en tono vulnerable—. Yo les digo que tengo el mejor papá del mundo y que mi mamá está en el cielo, pero que me sigue cuidando en silencio.

Asher cerró los ojos brevemente. El comentario de Sadie lo embargó de una mezcla entre alegría y pesar. «Algún día tendré que contarle la verdad», pensó.

—Te prometo que iré después de ti —dijo mirándola—. ¿Confías en mí?

—Sí, papá —murmuró con leve asentimiento.

—Te amo, Sadie, gracias por salir primero del coche —dijo con alivio,

mientras se movía con sigilo para que ella, con su físico menudo, pudiera ir hacia James. Una vez que la vio a salvo, él empezó a moverse también, pero con lentitud.

—Señor, Cosgrove —dijo Aaron acercándose—, la ambulancia está aquí.

—Joder, tendré que intentar romper el parabrisas. Este espacio es muy reducido para lograr traspasarlo —dijo sacando los brazos por la ventana, pero no pudo deslizarse más hacia el exterior, porque su cuerpo quedó ligeramente atrapado debido a la musculatura. Asher medía un metro con ochenta centímetros y poseía un físico atlético y fuerte—. ¿Puedes romper el parabrisas, Aaron? —preguntó.

—Sí, pero ese lado del coche está de cara al mar. Que usted hubiera podido salir de esa parte y llegar hasta su hija fue un golpe de suerte —murmuró.

—Supongo que sí —dijo con esfuerzo e intentando de nuevo salir.

En ese instante, un coche pasó cerca de ellos a toda velocidad. Todo lo que Asher temía se hizo realidad. Una chispa súbita fue la catalizadora del fuego que empezó a recorrer el camino dejado por la gasolina. Él vio el instante en el que inició la llama, así como también el momento en el que su hija rompió en llanto pidiéndole que se apresurara. La expresión desolada de Sadie fue como un puñal para Asher.

—¡Papá, el coche se va a incendiar! —gritó tratando de apartarse de los paramédicos que la atendían en el área de tratamiento en la ambulancia. James le impidió que se zafara y corriese hacia el lugar donde estaba Asher—. Me prometiste que saldrías después de mí. ¡Lo prometiste! —gritó entre lágrimas—. ¡No me dejes!

Asher respiraba con dificultad, mientras veía las llamas avivarse. Este viaje fue imprevisto, pero necesario para finiquitar una negociación que llevaba semanas en proceso. No tuvo con quién dejar a Sadie en Dublín y por eso la trajo con él. Maldecía la hora en la que no aceptó que su familia llevara de vacaciones a Sadie a Croacia.

—Señor Cosgrove, los bomberos están a un minuto de distancia —expresó Aaron con vehemencia, mientras halaba a Asher de las manos para ayudarlo a salir con movimientos cautelosos y ágiles—. Ellos tienen las herramientas necesarias para lograr romper el metal —dijo, viendo el coche rojo asomando por la curva.

—Mierda, jodida ventana —farfulló Asher con enfado y frustración.

Hunter trató nuevamente de expandir, con una llave de cruz, los fierros de alrededor para darle más campo de acción a Asher. Este último intentó estirarse, en la medida de lo posible, con la ayuda de sus guardaespaldas. El dolor que experimentaba el magnate era insoportable; por eso procuraba controlar la fuerza de sus movimientos. El fuego cobraba más potencia, pero esto no le causaba ni de cerca la misma preocupación que escuchar el llanto desesperado de Sadie llamándolo.

—Queda poco, señor Cosgrove, lo vamos a sacar de este coche —dijo Aaron.

—Contacta a mi familia y diles lo ocurrido —replicó con dificultad—. Mi hija… Mi hija no puede quedar desprotegida. No la pierdan de vista… Joder…

—Sí, entendido —replicó Aaron mirando hacia las llamas.

—Bien… —zanjó Asher tragando saliva.

—¡Aaron y Hunter, dense prisa! —gritó James desde la ambulancia.

Demasiado tarde. El fuego envolvió el coche de repente.

Aaron no se apartó de su jefe y tiró con más fuerza para que saliera. Asher no estaba dispuesto a dejarse morir. Con un clamor profundo, que encerraba dolor y determinación, se impulsó de manera tan impetuosa que fue arrastrando parte del metal consigo. Uno de los fierros se le incrustó en la pierna. Bramó por la brutal punzada que le atravesó la carne. Aaron y Hunter lo agarraron firmemente de los brazos y corrieron con él hacia la ambulancia. Los bomberos aparcaron en el preciso momento que el BMW explotó, creando una nube oscura entre naranja y amarillo.

Apenas llegó al hospital, Asher entró de urgencia a cirugía. Sus heridas consistieron en dos costillas rotas, un fierro incrustado en el muslo izquierdo, y sangrado interno, porque el bazo había sido comprometido. La intervención quirúrgica tuvo una duración de dos horas. Al despertar de la anestesia Asher fue informado de que Sadie solo tuvo heridas superficiales por el choque. Esto representó un gran alivio para él.

Los padres de Asher cancelaron sus vacaciones, para regresar de urgencia a Irlanda, apenas supieron del accidente. Ellos se hicieron cargo del cuidado de su nieta, hasta que el magnate pudiera salir del hospital. Su hijo ordenó que les reservaran un hotel de lujo en Donegal Town, al completo, además de asignarles guardaespaldas. Ninguna medida de seguridad sería suficiente para él después de

lo sucedido.

La última noche que estuvo en el centro médico, antes de recibir el alta, Asher recibió la visita de la persona que menos esperaba ver de nuevo.

Él ni siquiera cuestionó el motivo por el que sus guardaespaldas le permitieron entrar, pues la hija de un consejero de la mafia italiana era en apariencia alguien inofensiva. Al menos, si se consideraba que solo las armas tenían la capacidad de causar daños temporales o permanentes. Asher sabía que James, Hunter y Aaron se habrían cerciorado de que la mujer no llevaba armas blancas o de fuego. Cuando la víbora entró en su suite, él agradeció en silencio que Sadie estuviera en el hotel.

—Ha pasado tanto tiempo, Asher —dijo la voz suave y aterciopelada de Elainne, mientras se acercaba a la cama—. Siempre es un placer ver a un hombre atractivo, en especial si está semidesnudo. Aunque, considerando el escenario, sería más conveniente decir que es una pena lo que te ocurrió. Según las noticias, mi hija estuvo contigo en el accidente. No tuve más opción que dejar todo de lado para volar hasta aquí. Encontrarte no fue complicado, en especial cuando mis contactos son tan buenos como los tuyos. ¿Cómo te sientes? —preguntó con una sonrisa falsa.

Él no mostró sorpresa al verla. La bilis reemplazó al sabor neutral del agua que acababa de beber, porque su mente terminó de conectar rápidamente los puntos. Asher apretó los puños al recordar los momentos aciagos que vivió con esta mujer.

—Salir de la cloaca a la que perteneces, después de siete años, tan solo para cometer un intento de secuestro y homicidio, en un territorio hostil, es temerario o muy estúpido. Me inclino por esto último tratándose de ti —dijo en tono frío y reparando en que inclusive el cable de la intravenosa podría servirle para ahorcar a Elainne—. ¿Qué coño estás haciendo aquí? Salvo que quieras conocer en persona a mi buen amigo Liam McVault, entonces más te vale que cortes la mierda.

—No he venido con la intención de molestar al capo —replicó sobre el jefe de la mafia irlandesa, pero en su mirada pasó una levísima sombra de miedo al mencionar al sanguinario capo—. Mis asuntos son de corte personal.

—Lo tomaré en consideración cuando los sicarios de Liam me pregunten las razones para contratarlos y enviarlos a Calabria —dijo en tono mordaz.

Durante años, Asher mantuvo una cartera de clientes, cuyos fondos económicos provenían de actividades legalmente cuestionables. Pero él jamás

trabajó fuera de la ley. Después de acabar el *affaire* o relación con Elainne también decidió dar de baja, en términos amigables, sus vínculos con esa clase de capitales de inversión.

—Una madre tiene que hacer lo necesario para recuperar a su hija. Lastimosamente, la persona que estaba contratada para traerme a Sadie, falló —se encogió de hombros. Elainne recorrió el borde de plástico de la cama con las uñas pintadas de laca roja—. De hecho, creo que se le pasó la mano. Esa es la razón de que yo haya venido a visitarte —sonrió con malicia—, y de que él esté en una zanja. La intención no era asesinarte, aunque eso me habría facilitado tener a mi hija.

Asher no tenía un historial criminal, pero el homicidio, en este momento, le parecía un simpático inicio para inaugurar la lista. Lo único que estaba conteniéndolo de no de matar a sangre fría a esa infame mujer era su anhelo de cuidar a Sadie.

—Los seres humanos tenemos derecho a cambiar de opinión —dijo en un tono zalamero y se inclinó para besarlo en la mejilla—. ¿Te sientes muy mal? —preguntó, mientras deslizaba la mano hacia el sitio en el que estaba el área operada.

—Habla, Elainne —exhortó con acidez y sintiéndose asqueado.

Ella era la razón de que Asher desconfiara de las mujeres.

—A Sadie —dijo con simpleza—. Me la quitaste cuando yo era vulnerable.

Él enarcó una ceja ante el cinismo y luego se rio sin humor.

—Cuestionable manera de verlo, en especial cuando ofreciste renunciar a la patria potestad de Sadie por medio millón de euros —replicó en tono gélido—. Si no te largas en los próximos segundos, lo último que lograrás será salir ilesa de Irlanda —sentenció refiriéndose a Liam. Asher lo hizo ganar muchísimo dinero años atrás, cuando fue su cliente, y el capo le aseguró que podría recurrir a él si lo necesitaba.

—Tsk, tsk, siempre tan visceral —expresó con una sonrisa cargada de engreimiento y ponzoña—. Pero, ¿sabes qué, Asher? —preguntó abriendo la bolsa y sacando un par de hojas con sellos legales y apostillas—. La sutileza y un par de noches en la cama con la persona indicada pueden obrar maravillas —le dio los papeles.

—Nunca has sido distinta a una prostituta de carrera —replicó con desdén.

Elainne no mostró ningún indicio de estar ofendida. Se encogió de hombros.

—Una madre hace lo que sea por su hija —dijo sonriendo—. El juez Dirk fue una follada aburrida, pero el objetivo final se justifica. Un medio para un fin.

Asher la observó con asco y agarró los documentos. Por un instante, la visión se le nubló de rojo. Leyó con incredulidad cómo se anulaba la validez legal de la renuncia de derechos sobre Sadie que había hecho Elainne a cambio de cientos de miles de euros. Se argumentaba que había sido coercionada y chantajeada.

—Acabas de cruzar una línea impensable —dijo Asher apretando los papeles entre los dedos, mientras su cerebro gestionaba a mil por segundo las maneras de invalidar esta mierda. Lo consideró posible, hasta que Elainne volvió a abrir la bocaza.

—Nah, solo recibiré lo que por justicia me corresponde —replicó burlona.

—Las neuronas funcionales y el sentido común no se compran —dijo incoporándose, a pesar del dolor. Iba a ahorcar a esta perra con sus propias manos.

—La madre prevalece siempre ante los ojos de una sociedad. Ningún tribunal va a cuestionar un amor materno sobre la custodia de un padre soltero, mujeriego comprobado por los tabloides, que pasa gran parte del tiempo viajando y deja a su hija con niñeras o los abuelos —replicó con satisfacción al ver a Asher apretando los labios—. ¿Sabes? Te habría venido a visitar antes, pero no fue posible. Estuve ocupada con Amanda, una jueza que es amiga del juez Dirk —le hizo un guiño—. La eminente señora estaba muy atenta a mi relato de cómo un padre irresponsable, que le arrebató la hija a una mujer vulnerable —se señaló a sí misma—, puede tener la custodia de la niña. Por si fuera poco, la falta de seguridad y cuidados de ese padre dio pie a un terrible accidente —dijo con ironía—. Amanda se mostró consternada.

Asher respiraba con dificultad, pero no era a causa del dolor.

Aunque estuviera recién operado, su contextura continuaba siendo imponente e intimidante. Cuando estuvo frente a Elainne, esta retrocedió por inercia. Él la siguió, sin importarle arrastrar los cables de la vía o que lo que estuvo sobre la mesilla de noche se hubiera caído al suelo con estruendo. Menos le importaron los pitidos de la máquina que controlaba sus signos vitales, pues al moverse la había descalibrado.

—Acabas de pinchar la piel gruesa de una bestia capaz de todo por su hija —dijo agarrándola de la garganta. Ella dejó caer la cartera y empezó a boquear ante la falta de aire. Él podía hacer un ligero movimiento y quebrarle el cuello, pero prefería guardar energías—. Si no te moriste aquella noche, años atrás, puedes

tener la certeza de que rectificaré el error del destino y tendrás una lápida con tu nombre. Estás advertida. Al atacarme provocaste una guerra que no serás capaz de sostener.

La soltó cuando dos enfermeras, así como sus guardaespaldas, entraron para saber qué estaba pasando. Elainne utilizó ese instante para tratar de zafarse. Asher la sacudió nuevamente y luego la soltó de mala gana, porque sintió cómo los puntos de la cirugía se abrían. Ella cayó de rodillas al piso, pero luego se incorporó, agitada.

—Sabrás de mis abogados —dijo ajustándose el cuello de la chaqueta—. Me arruinaste la vida, así que ahora haré lo mismo con la tuya —sonrió con malicia.

Asher acortó la distancia para acabar lo que había empezado, pero Elainne fue más ágil, pues no tenía agujas ni heridas en el cuerpo, y salió con rapidez de la habitación. Él dio un puñetazo tan fuerte contra la puerta que rompió una parte de la madera, al tiempo que se laceraba los nudillos. Asher dejó que las enfermeras volvieran a suturarle la herida, pero sin perder de vista lo que se avecinaba.

No existía un modo de que él pudiera crear un caso para acusar a Elainne de intento de homicidio o secuestro, porque en las putas carreteras no había cámaras de vigilancia. Un investigador privado llegaría a un callejón sin salida, pues las conexiones de su ex pertenecían al mundo bajo de la mafia calabresa, la 'Ndrangheta. Esa clase de vínculos provocaba que las circunstancias aparecieran o desaparecieran.

Asher no formaba parte de esas esferas de muerte y corrupción, pero contaba con nexos que podían actuar con la misma eficacia. Lo anterior lo instaba a pensar con claridad en su objetivo: emplear los recursos que tenía a disposición para blindar a Sadie. Además, contrataría abogados para que desmantelaran cualquier intento de petición de custodia, visitas o acercamientos, que Elainne pudiera buscar con la niña.

Asher no iba a permitir que su hija sufriera de nuevo.

Los efectos psicológicos de un choque, si bien podían afectar a un adulto, en los niños podrían ser mucho más complejos. En una niña sensible como Sadie, la situación sería peor, pero solo el tiempo determinaría el alcance y esto era lo que Asher temía. Pero él podía hacer frente a cualquier adversidad. A la muerte inclusive, tal como acababa de demostrarlo. Sin embargo, ninguna experiencia de vida lo había preparado para lo que se fraguaba en su horizonte. Un horizonte, cuyas líneas energéticas iban a cruzarse con las de una mujer capaz de insertar

notas de color en un mundo que él había estructurado en escala de grises. Sin duda, un peligro.

CAPÍTULO 1

Dublín, Irlanda.

Presente.

El ruido de carcajadas y frases de admiración, en apariencia respetuosas, estaban diluidas por la música, así como por las conversaciones del club para caballeros, Lethal Dragon. El sofisticado local estaba ubicado en Ballsbridge, un barrio acaudalado, y ofrecía una carta gastronómica con estrellas Michelin, así como un ambiente de confortable lujo. Los ochenta mil euros que costaba la membresía anual no solo incluía formar parte de un grupo elitista, y ampliar el espectro de contactos sociales, sino que permitía ser un expectador de shows eróticos, *striptease*.

El calendario anual de actividades incluía fiestas, conciertos privados, subastas de objetos de colección y mascaradas. En el caso de los bailes eróticos, las presentaciones se hacían tres veces a la semana y no era posible que los clientes se acercaran a las bailarinas para tocarlas durante la puesta en escena. Al respecto existían estrictas políticas de seguridad para las mujeres que actuaban. Lethal Dragon no era un vulgar club de sexo o un burdel. No había habitaciones destinadas para follar.

Las bailarinas tenían la potestad de elegir la rutina de baile, así como la temática que querían presentar, y si aceptaban o no acuerdos privados de índole sexual fuera del club. Los administradores se desentendían respecto de esto último, pues no les incumbía, ni recibían un porcentaje de ganancias por ello. Si las bailarinas decidían quedar desnudas por completo ante el público, el acto no aumentaba la paga en sus contratos. Lo que sí cuatriplicaban con ese gesto provocativo eran las propinas.

La consigna del club era ofrecer un entorno de entretenimiento para adultos, estilo Las Vegas, pero con toques más sobrios propios de la sociedad irlandesa. Los socios tenían acceso a un ambiente exclusivo, y diferente a los locales regulares, para poder reunirse entre amigos o trazar asuntos de negocios. Esta última parte era la razón de que Asher estuviera ahora en una de las mejores mesas de Lethal Dragon.

Su presencia respondía a la invitación que tuvo del propietario de la destilería

de whiskey Mo Chairde, Niall McRae. Asher conocía muy bien este rubro comercial, porque lo había analizado durante años, además de que era un entusiasta de esa bebida. Sin embargo, la oportunidad de encontrar una destilería que estuviera buscando socios capitalistas, y que él considerase que merecía la pena recibir su inversión, le había sido esquiva. Hasta ahora. Cuando McRae le comentó por teléfono que estaba vendiendo el quince por ciento de acciones, Asher aceptó esta reunión.

Él quería usar el whiskey como puerta de acceso a otros mercados de alta gama. Lo anterior se traducía en dos planes ambiciosos: comprar a largo plazo toda Mo Chairde, y a corto plazo abrir una ruta de distribución con Japón. Esto último le permitiría a Asher acceder a negocios multimillonarios que transformarían su empresa de inversiones, Silver Clover, en una más versátil para capitales extranjeros. Los nipones serían el punto de partida ideal para atraer más fortunas no-europeas.

—Aún no comprendo el por qué rehusas ser socio de este club —dijo Niall de buen humor—. Se cierran más tratos en Lethal Dragon que en la oficina —rio.

—Eso último no está en duda y es la razón de que hubiera aceptado tu invitación. Por otra parte, tengo una hija pequeña, así que prefiero utilizar esos ochenta mil euros de la membresía para organizarle una fiesta de cumpleaños —replicó al tiempo que terminaba de beber el último trago de whiskey.

Esta era de las pocas noches, en muchos meses desde el incidente de Donegal County, que no estaría en casa para arropar a Sadie antes de que ella se durmiera. Asher había contratado a regañadientes, varias semanas atrás, a una niñera. La mujer tenía mucha experiencia con niños, poseía sólidas referencias laborales y los hijos eran militares en servicio activo. Cuando Sadie la conoció, aunque no le dirigió la palabra, esbozó un asentimiento como aprobación, y Asher decidió contratar a Margaret.

—Lo comprendo —dijo el hombre, relajando el cuerpo contra el respaldo del asiento de cuero negro—, y esa es una respuesta que se ajusta a mi siguiente punto de la conversación. Asher, estoy interesado en la estrategia que propones, porque no solo buscas aportar capital, sino un crecimiento anual diversificando fondos con una metodología diferente. Es una oferta más dinámica y sólida de las que he recibido. Además, tu comentario respalda mi creencia de que eres un buen padre —dijo frotándose la barba entrecana—. La destilería ha pasado por varias generaciones de los McRae, así que más allá de mirarla como una mina de oro, lo hacemos como si se tratara de una gran familia que puede obtener réditos

de algo que nos apasiona.

Asher lo miró con suspicacia.

—Procuro ser el mejor padre para Sadie —replicó con simpleza—, pero estoy seguro de que no nos hemos reunido para intercambiar consejos de vida.

Niall soltó una risa breve.

—Ciertamente —dijo el hombre de setenta años—, aunque puedo asegurarte que llegará un punto en el que necesites un urgente respiro. Por eso es que tantos colegas y buenos amigos formamos parte de Lethal Dragon. De hecho —expresó en un tono conspirador—, hoy empieza el estreno de la nueva temporada de shows.

—Jamás he tenido interés en formar parte de este club, aunque sea exclusivo y presente las mejores *strippers* de toda Irlanda, Niall. Estoy aquí para hablar de la destilería —dijo con seriedad, mirándolo—. Quiero saber tus conclusiones, sobre la estrategia que te he mencionado, más allá de tu comentario de que es distinta a otras que has recibido. Así estableceremos una ruta de diálogo concreta y eficiente.

Asher no necesitaba un lugar como Lethal Dragon para estimular su libido. Su concepto de las mujeres que se dedicaban a exhibir su cuerpo por dinero, artístico o no, era muy bajo. Si él tenía ganas de desahogar sus deseos sexuales, lo podía hacer sin problema con una amante ocasional; ofertas para follar nunca le faltaban.

—Estamos navegando hacia ese rumbo —replicó Niall.

—No lo suficientemente rápido, en especial cuando tú y yo sabemos que el tiempo es dinero —dijo mirando el reloj, porque no quería pasar en este lugar más de lo estrictamente necesario. Aunque él era el interesado en la destilería, no iba a dejar que Niall marcara toda la dinámica de esta conversación—. Si mi propuesta para Mo Chairde fue acertada, ¿cuál es la condición para que la aceptes? —preguntó Asher.

El anciano ladeó la cabeza.

—La razón por la que estoy poniendo en venta las acciones tiene que ver con Imogen. Tú y ella, ya se conocen desde hace varios años. Así que deduzco que mantienen una relación de amistad. ¿Correcto? —preguntó con amabilidad.

—No diría que somos amigos, pero podemos entablar una conversación si coincidimos en algún lugar —dijo, aburrido—. ¿Qué tiene que ver tu hija en esto?

—Tal como te expresé, el aspecto familiar es importante para mí, así que quiero que esta conversación se mantenga bajo términos de confidencialidad. Apelo a tu sentido de esa importante relación de padre a hija para que entiendas las condiciones que tengo para vender las acciones de Mo Chairde —explicó.

—No me gustan los misterios ni los acertijos —replicó Asher con acidez.

Niall hizo un breve asentimiento, mientras pedía otro vaso de whiskey.

—Imogen se separó hace unos meses. Ella estaba a cargo de la sucursal en Cork, pero renunció a la destilería. Kiernan, el ahora exesposo, fue el culpable del desfalco financiero que me ha obligado a poner en venta un porcentaje de acciones —explicó con reticencia—. Quiero que le des empleo a mi hija en la división de tus negocios, la que es ajena al rubro de inversión. Lo más importante es que no se entere de que yo estoy de por medio, porque, caso contrario, rechazaría la oportunidad.

Asher recordaba vagamente a la mujer. No eran realmente amigos, sino conocidos por temas sociales. La última ocasión que se vieron fue tres años atrás.

—¿Cuál es el truco detrás de algo que aparenta ser tan sencillo? —preguntó con suspicacia. Él manejaba desde Silver Clover inversiones de capitales particulares. Pero también tenía Elysian Retreat, una línea de servicios estéticos de lujo en la que su hermana, Therese, era la gerente general—. No tengo inclinación por el cotilleo.

Niall se ajustó el nudo de la corbata. De repente le pareció muy ajustada.

—Después de divorciarse, Imogen se fue a vivir a Berlín —dijo en un tono de voz trémulo. Agarró el vaso de whiskey y bebió generosamente—. Quiero que ella regrese a Irlanda. Eso solo ocurriría si tuviera una buena razón que la motive. En este caso, la oferta de trabajo en un área que siempre le ha fascinado: belleza corporal y bienestar físico. Exactamente lo que hace tu cadena de SPA. Si consigues que regrese y trabaje para ti, te garantizo el nueve por ciento de las acciones —comentó.

Niall perdió su rumbo de atención, brevemente, cuando una mujer de cabellos negros y figura voluptuosa salió al escenario con un traje provocativo imitando a la diosa Nefertum. Esta noche se celebraba un homenaje a la mitología egipcia.

—Lo que acabas de solicitar puedo garantizártelo —replicó Asher, porque estaba habituado a persuadir y convencer a los más complejos clientes de que Silver Clover era la mejor opción para aumentar sus fortunas—. Pero hemos hablado de un quince por ciento, así que corta la mierda, Niall, ¿qué otra

estipulación tienes?

—Imogen ha perdido credibilidad en sus círculos de amistades, porque su exesposo estafó a algunos de ellos. La culparon y empezaron a evitarla. Fue ella quien se los presentó e instó a que confiaran en Kiernan —hizo una mueca—. No logró que creyeran en su palabra cuando les aseguró que no tenía vínculo con las estafas.

Asher lo observó con indiferencia. Si el asunto de la destilería no fuese tan interesante y prometedor, él se habría levantado de la mesa sin pensárselo.

—Niall, no creo en Santa Claus ni tengo un negocio de asesoría emocional —dijo perdiendo la paciencia—. ¿De qué forma es esto relevante? —preguntó.

—Estaba dándote un contexto para que comprendas lo siguiente: quiero que ella vuelva a vivir en Irlanda y que recupere su buena imagen en sociedad —dijo con convicción. Asher apretó los labios—. Sé que no quiere vivir en Cork, pero en Dublín puede empezar de nuevo. Si ella empezara a asistir a eventos en la ciudad, acompañada de un hombre incuestionable y que infunda respeto, podría recuperar sus amistades.

Asher se sorprendió de que el vaso de whiskey no se le hiciera trizas, entre los dedos, por la fuerza con la que estaba sujetándolo. Lo dejó sobre la mesa lentamente. Después se inclinó un poco hacia adelante y cruzó los dedos de las manos entre sí.

—¿Debo asumir que estás refiriéndote a mí? —preguntó con sarcasmo. Los músculos de su cuerpo estaban tensos y las olas de irritación eran más potentes.

Niall sabía que estaba atravesando un sendero espinoso con Asher, pero la imagen social era muy importante para su familia. Su esposa, si aún viviera, hubiera aplaudido su iniciativa de utilizar la situación empresarial para ayudar a Imogen.

—Sí, me refiero a ti —dijo con un asentimiento—. Te venderé el seis por ciento restante, además de un treinta por ciento adicional, si asistes con ella a eventos entre la élite de la ciudad. De ese modo darás a entender que estás cortejándola y dándole tu respaldo social. Así se irá borrando el resentimiento hacia Imogen.

Asher lo miró un instante y luego soltó una carcajada de incredulidad.

En su itinerario de tiempo libre solo entraba su familia. No los negocios, menos las mujeres. Después del fiasco con Elainne, Asher era más cínico.

—Niall, estás cruzando una línea muy delicada al meterte con el manejo de

mi tiempo y agenda —expresó en tono gélido. Aunque podría comprar otra destilería, ninguna de las que había analizado, en su estudio particular de mercado, poseía tanto potencial como Mo Chairde—. No voy a tener ningún romance con tu hija.

—Entiendo que eres un hombre que protege férreamete su vida privada, lo cual respeto, pero no estoy pidiéndote que tengas una relación real con Imogen —dijo con una sonrisa de disculpa. A nadie le gustaba tener a Asher Cosgrove en su lista de enemigos—. Serán poco eventos, privados, que acordaremos con antelación. La intención es generar la impresión de que estás con ella. Que quede en la deducción de cada cual bajo qué términos. Solo busco que Imogen recupere su credibilidad.

Asher tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Estás dispuesto a vender casi la mitad de tus acciones para endulzar el trato, porque la impresión de un grupo de cotillas sobre tu hija es tan importante para ti, ¿correcto? —preguntó en tono desdeñoso. Niall se encogió de hombros y asintió.

—Esta parte del trato en particular no ha sido concebido a ciegas, Asher —dijo—. Se trata de mi hija, así que he elegido bien a quiénes voy a mencionarles este aspecto específico. He pensado en personas influyentes y ambiciosas, pero cuyas familias tengan fuertes lazos con asuntos filantrópicos. Tú eres la primera —expresó.

—¿Debería sentirme halagado? —preguntó en tono ácido.

—Considerando que esta lista específica solo consta de dos personas, sí —dijo Niall en un tono complacido. Asher comprendió el porqué cuando el anciano agregó—: Considerando que mañana hablaré con la segunda persona, sí. En especial, porque se trata del heredero de los Sokolov. Tú y él, poseen el perfil que ayudaría a Imogen, y Mo Chairde tendría inversionistas que aportarían vitalidad a mi empresa.

Asher apretó la mandíbula y miró con fastidio al anciano. No era una novedad que Nikolay Sokolov fuese su acérrimo competidor, pues entre NK Enterprises y Silver Clover se disputaban a los clientes que entraban en sus prestigiosos portafolios de inversiones de alta escala. El ruso era un hijo de puta y en más de un ocasión, cuando eran muy jóvenes, se habían liado a puñetazos por asuntos de mujeres.

Desde entonces, la relación de ambos era ácida, cordialmente antagónica y tintada de un perenne nivel competitivo. Sokolov sabía que las destilerías eran

un negocio rentable. Si se enteraba que Asher estaba detrás de Mo Chairde, entonces no dudaría en aceptar la propuesta de Niall. El ruso estaba divorciado y no tenía hijos. A diferencia de Asher, Nikolay no tendría reparos en convertir un falso acuerdo de salidas sociales en un matrimonio, en especial porque implicaría expandir su fortuna.

Asher posó su mirada aleatoriamente entre los asistentes. Todos estaban muy concentrados en el escenario. La razón era obvia, claro. La mujer vestida de Isis juguetaba con los pezones erectos de una manera picarezca. Antes de dar la espalda para menear el culo echaba la cabeza hacia atrás moviendo la melena. Los hombres silbaban como animales en celo. Este era el entretenimiento por el que pagaban.

La vibración del teléfono le dio la excusa perfecta a Asher para desconectarse brevemente de esta conversación y el entorno de lascivia. Pero no alcanzó a responder a tiempo. Vio que se trataba del ingeniero en sistemas de Silver Clover. «Lo llamaría apenas saliera del club. No podía concentrarse en dos aspectos al mismo tiempo».

Asher mantuvo una expresión impasible.

Si Niall acababa de establecer las condiciones para vender las acciones, aparte de mejorar el trato con un porcentaje más alto del esperado, entonces Asher también fijaría sus términos para aceptarlas. No estaban en igualdad de condiciones de poder o influencia, porque el dueño de Silver Clover poseía muchísimo más dinero. Sin embargo, el anciano contaba con una compañía única y bajo las condiciones idóneas para los propósitos de Asher. Esto le daba, esta vez, un breve margen de ventaja.

—Además del porcentaje actual de las acciones, te exijo una promesa notariada de derecho de hacer la primera oferta para adquirir más acciones de la destilería si llegasen a estar disponibles. Exijo el derecho a votar en la junta directiva con autoridad de decisión autónoma en proyectos específicos. Exijo el derecho a la información de las auditorías de Mo Chairde —expresó Asher puntuando cada petición con una presión del dedo sobre la mesa—. Sobre los eventos con Imogen: yo decidiré a cuáles asistir y también en qué momento esas salidas llegan a su fin. Seré yo quien maneje la narrativa frente a otras personas en este asunto. Tú, te encargas de hablar con tu hija de esta parte del trato. El resto del acuerdo queda entre tú y yo. ¿He sido claro?

Niall hizo un asentimiento y esbozó una sonrisa. Sabía que lograr sentarse en una mesa con Cosgrove era un privilegio. No incurriría en el error de regatear.

—Tus pedidos son excesivos, pero van a la par de mis condiciones, Asher. No hubiera esperado nada diferente de ti —expresó—. Creo que, después de esta conversación, ya podemos dedicarnos a disfrutar de este magnífico show —sonrió.

—No hago vida social, Niall, y ver un culo meneándose es tiempo perdido —dijo levantándose de la silla—. Le diré a mis abogados que contacten a los tuyos.

Lo que había logrado con Niall era ventajoso, pero aún necesitaba reconciliarse con la idea de atender eventos sosos con Imogen. Sus noches estaban destinadas para Sadie salvo que ella quisiera pasar con sus primas, ambas eran hijas de Therese, en casa de los abuelos. Lo anterior no era tan frecuente. Pero cuando ocurría, Asher podía permitirse la indulgencia de satisfacer sus necesidades sexuales con libertad.

Con la música de fondo, Isis desnuda y risas de alrededor, Asher agarró de mala gana la chaqueta del traje y salió de Lethal Dragon. En el exterior lo recibió una tenue llovizna, nada inusual. Esperó a que el valet parking le llevara el Range Rover. Sus guardaespaldas estaban en otro coche para escoltarlo como ya era habitual.

El trayecto desde el club hasta su mansión era de solo veinte minutos. Manejar no era un inconveniente, pero no le gustaba el enclave en el que estaba Lethal Dragon, porque la calle era muy angosta de transitar. Aunque habían pasado cinco meses desde el incidente en Donegal County, él solía tener pesadillas en las que su hija moría. Se despertaba bañado en sudor y agitado. Su instinto era correr a buscar a Sadie. Tan solo cuando la veía pacíficamente durmiendo, él se calmaba y regresaba a la cama.

Pero no siempre lograba conciliar de nuevo el sueño. El médico le había recomendado medicación para lograr descansar mejor, pero Asher no quería consumir químicos. Sabía el juego oscuro de las farmacéuticas y cómo mantenían a la sociedad sobremedicada. Cuando tenía estas pesadillas, él se levantaba a revisar los mercados financieros, hasta que llegara la hora de despertar a Sadie para que fuera a la escuela. Ella estaba bajo tratamiento con un psicólogo infantil, pero parecía no servir de nada. Se negaba a expresar qué emociones tenía o sus pensamientos sobre el accidente. Asher había pagado a los mejores terapéutas, pero ninguno lograba conseguir avances contundentes; tan

solo le decían que necesitaba ser paciente, porque eventualmente ella respondería a la terapia, pero hablaría a su propio ritmo.

Esa clase de respuestas, para un hombre habituado a resolver complejos problemas financieros y matemáticos, resultaba frustrante. El campo de la sutileza de la mente humana, en especial de alguien de seis años, le era muy ajeno. Así que intentaba enfocarse en lo que sí podía controlar. Lo anterior implicaba protegerla.

Él no había retirado las medidas de seguridad adicionales que instaló en casa, ni tampoco los protocolos de traslado de su hija a la escuela, que aplicó apenas regresaron a Dublín. Bajo su punto de vista no existía un padre *excesivamente precavido*.

No iba a correr riesgos, porque Elainne no había desaparecido del horizonte.

La muy caradura entabló una demanda en la Corte de Familia de Dublín para exigir la custodia de Sadie. Además de acusarlo de haberla coaccionado y aprovechado un momento de vulnerabilidad en ella para quitarle la patria potestad. Cuando Asher recibió la notificación de la Corte envió a sus abogados para que lo representaran y atendieran las instancias preliminares. El proceso no iba a ser ni amigable ni fácil.

Como se trataba de un caso de disputa, en el que ninguna de las partes estaban de acuerdo, otros factores se sumarían a los procedimientos estándar. Asher iba a emplear todo su arsenal legal. No iba a ceder. El tema del juicio lo tenía muy cabreado.

Elainne se había anticipado en la jugada y utilizó la ventaja del factor sorpresa, porque Asher jamás pensó que volvería a verla, para crear este escenario de mierda. «¿Cómo pudo haber prevenido algo que creyó que ya estaba acabado para siempre? Imposible». Ella había orquestado con minuciosidad todas las pruebas legales para garantizar que este proceso tuviera cabida en un tribunal irlandés y se ejecutara.

Asher no se iba a quedar quieto ni delegarle todo a su equipo legal. No.

Él estaba hurgando en el pasado de Elainne para atar cabos, porque quería encontrar la razón del súbito motivo de que ella hubiese regresado a interesarse por una hija que nunca quiso a su lado. Dada la naturaleza de los vínculos de su ex con la mafia calabresa, él usaba sus conexiones para esta búsqueda de forma estratégica. Su intención era obtener información, mas no agitar innecesariamente un avispero.

Asher salió finalmente del enclave en el que estaba ubicado el club.

Se concentró en el objetivo más importante de esta larga jornada: llegar pronto a casa para ver a su hija. Así que continuó la ruta a baja velocidad, consciente de que sus guardaespaldas estaban siguiéndolo de cerca. Todos los coches, incluyendo los de colección, ahora tenían los vidrios antibalas reforzados. Asher no permitió que el accidente le creara dudas sobre su capacidad de conducir un automóvil. El miedo era una elección. Él siempre optaba por no darle cabida en el asiento del copiloto.

Cuando iba a acelerar para dirigirse hacia la ruta que lo llevaría a la calle principal, John Reynolds, el encargado de sistemas Silver Clover y Elysian Retreat, volvió a llamarlo. Asher tenía tantas situaciones en la mente que había olvidado regresarle la llamada. Soltó una exhalación y maniobró para aparcar el coche.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó respondiendo la llamada.

—Lamento haberlo llamado tan tarde, señor Cosgrove, pero quería informarle de un problema. Hubo un ataque cibernético a nivel nacional y varias empresas grandes, como la nuestra, fueron el objetivo. Lograron vulnerar uno de los servidores de archivos en donde están los datos de un grupo de clientes —dijo preocupado.

Asher se pasó los dedos entre los cabellos rubio oscuro.

—¿Cuál es la buena noticia? —preguntó en tono fastidiado.

—Reiniciamos todo el sistema de seguridad, incluyendo el de la cadena de SPAs, y en estos instantes estamos corriendo una nueva encriptación. Tengo el nombre de la carpeta de los clientes afectados. Quería notificarle lo ocurrido y por eso he insistido en llamarlo, en lugar de enviarle un correo electrónico —dijo.

—¿De quién fue el fallo en la cadena de protección del sistema, John?

—Dos ingenieros del turno de la noche —dijo con reticencia, porque conocía lo que ocurriría a continuación—. Tienen cinco años en la empresa, pero…

—Despídelos. No quiero escuchar las justificaciones que puedas tener. Les pago un excelente salario con prestaciones. Espero excelencia y me importa una mierda si atacaron el M16 o el Palacio de Buckingham o el archivo de fotos de Kate Middleton. En mis corporaciones, la seguridad de datos es una prioridad —zanjó. Él no toleraba la incompetencia—. Recursos Humanos y los abogados se encargarán de la indemnización correspondiente. Busca los reemplazos de inmediato —ordenó.

—A primera hora de la mañana estará todo listo, señor Cosgrove —murmuró —. Pero quiero aclararle que se filtraron los nombres, pero la información sensible y numérica estaba bajo una encriptación diferente. Entonces…

—No me interesa —cortó—. Tú eres el responsable. La única razón por la que no acompañas a tus ingenieros en la lista de despidos es porque el ratio de eficiencia que tienes supera a la media —expresó—. Notifícale los nombres filtrados a mi vicepresidente ejecutivo y que él se encargue de decidir qué hará al respecto.

—Sí, señor Cosgrove, lamento nuevamente lo sucedido.

—Los lamentos no dan soluciones, John, buenas noches.

Asher cortó la comunicación y dejó el móvil de lado.

Encendió la radio y trató de relajarse.

No le gustaba dejar sin empleo a otras personas, porque sabía que existía una familia detrás que se beneficiaba, pero Silver Clover no poseía la reputación de éxito por desempeñarse según las emociones, sino por la lógica. Para Asher su mundo era negro o blanco, pues los números jamás mentían; la data era exacta. No comprendía otra manera de mirar el mundo, sino bajo el pragmatismo. La única persona con la que cambiaba esa perspectiva era Sadie. Ella era explosión de luces en su existencia.

Asher se puso en camino y pasó la primera curva a baja velocidad.

Giró el cuello para relajarlo. Iba a necesitar un masaje o un quiropráctico, urgente. Cuando se disponía a girar a la izquierda, un sonido seco lo hizo frenar a raya. Ignoró la súbita sensación de tensión que pretendió enviar su mente a la carretera de Donegal County. Respiró profundamente un par de veces, lo hizo rápido y enfocado en el presente; se recordó que estaba en Dublín. A continuación bajó del coche. Los guardaespaldas también se bajaron al instante, en estado de alerta y vigilante.

—El perímetro está libre, no hay peligro —dijo James con certeza.

—Bien, yo me encargo —expresó Asher quitándose la chaqueta.

Los guardaespaldas asintieron y retrocedieron a prudencial distancia.

El corazón le palpitaba con una sensación de agobio por lo que acababa de suceder. Él era un conductor muy precavido y la señalización indicaba que, en este tramo de la vía, el vehículo no debía rebasar más de veinte kilómetros por hora. Había cumplido con la norma; no quería ni imaginar si hubiera ignorado esta indicación.

Esta era una zona en la que cruzaban venados o animales de un lado a otro en la carretera, en especial durante la noche. No era inusual que hubiesen accidentes por esta causa. Asher repasó mentalmente sus acciones detrás del volante y no encontraba razones para saberse responsable, porque había conducido con cautela. Pero no iba a largarse, tuviera la culpa o no de lo ocurrido. No sería esa clase de hijo de puta.

Las luces de su Range Rover enfocaban lateralmente a la motocicleta, pero las luces de esta, apuntaban hacia el pavimento. La leve llovizna se mezclaba con el fresco de la noche y un entorno en el que la carretera estaba deficientemente iluminada. La conductora, porque la figura daba cuenta de que era una mujer, estaba tratando de ponerse en pie, pero tenía la mitad del peso de la motocicleta sobre las piernas.

Asher se movió de manera fluida, así que en pocos segundos levantó el aparato para liberarla. Se acuclilló con inquietud. No podía ver el rostro de la motociclista, porque ella estaba maniobrando para quitarse el casco. La escuchó soltar una maldición, frustrada, al no poder remover el aparato de la cabeza. Las manos le temblaban, quizá por el impacto del coche o quizá porque estaba herida. Asher no tenía idea de la respuesta, pero necesitaba averiguarlo para llevarla a un hospital.

Su reacción inmediata fue sujetarle las muñecas a la mujer para que dejara de moverse y se diera cuenta de que estaba todo bien. Que se calmara. O al menos eso era lo que él esperaba. El súbito ramalazo de energía, que le recorrió los dedos al tocar la piel de la desconocida, provocó que ambos se quedaran estáticos; sorprendidos por esa ese corrientazo súbito. Fue un momento corto, pero desconcertante. Asher no podía ver bien el rostro de la mujer a causa del plástico que recubría el visor del casco.

—Déjeme ayudarla —expresó con voz firme para no dar pie a réplicas—. Lo siento, pero no la vi por ninguna parte. Dígame si se encuentra bien. ¿Está herida? —preguntó moviéndose para quedar más cerca—. ¿Le duele algo? —preguntó.

—No estoy herida… No lo creo al menos, pero me golpeé la cadera derecha. Nada grave —murmuró ella—. Tampoco podría decir quién ha sido el culpable…

—Asumiré la responsabilidad al tener el vehículo más grande —concedió él, porque consideraba que era la verdad. Él era desalmado en los negocios, pero esta clase de circunstancias implicaban una aproximación diferente. Además, si

resolvía esto de inmediato, también ganaba tiempo y podía regresar más rápido a casa—. Le daré mi número del seguro para que los contacte. Puede elegir el taller mecánico que desee, el precio es lo de menos. Por ahora, la llevaré a un médico —expresó—. Aunque si prefiere ahorrar el viaje al mecánico, le pagaré una motocicleta nueva.

Ella soltó una risa suave que resonó en la piel de Asher. Fue como el toque ligero de una pluma sobre una superficie habituada a recibir golpes o rasguños: inusual, extraño y curioso. Él la quedó mirando un breve instante y frunció el ceño.

—Acepto la revisión de la motocicleta, pero no que me compre una nueva. Es ridículo. Probablemente las llantas se resbalaron por la llovizna cuando intenté esquivar su Range Rover —farfulló—. Estaba saliendo de mi trabajo y esta carretera suele siempre estar despejada a esta hora. Menos mal es una zona de baja velocidad…

Asher se puso de pie. Ella lo miró desde el pavimiento.

—¿Puede levantarse o está adolorida? —preguntó mirándola de arriba abajo en busca de rastros de sangre. Pero solo encontró lodo salpicado y leve suciedad.

—Puedo levantarme —replicó tomando la mano masculina. Sintió las ligeras callosidades de los dedos sobre los suyos. Se preguntó qué clase de trabajo haría a diario o si eran consecuencia de alguna práctica deportiva o hobby. Experimentó súbita curiosidad—. Gracias —murmuró, mientras se impulsaba y quedaba frente a él. En esa posición notó cuán alto era este hombre. Ella a duras penas le llegaba al hombro. Por otra parte, sí tenía una ligera molestia en la cadera, pero nada drástico. El golpe había sido fuerte. «Un ibuprofeno sería suficiente para aplacar el dolor».

—Vamos a quitarle este aparato —dijo él refiriéndose al casco color gris.

—Creo que mis dedos decidieron no tener coordinación y fueron incapaces de ayudarme con el broche de la correa —murmuró en un tono quedo e inclusive nervioso. Jamás había tenido un accidente de tránsito—. Gracias por detenerse…

—Nuestros sistemas nerviosos no reaccionan bien a esta clase de situaciones. Algunas personas entran en pánico, otras se paralizan y otras son incapaces de hacer las tareas más sencillas, como desatar un broche o inclusive recordar la clave del móvil —murmuró Asher y a continuación removió con cautela el casco de la cabeza.

—Parece experto en accidentes —susurró algo inquieta por la cercanía de este desconocido. El aroma de la exquisita colonia masculina envolvió sus sentidos.

—He sobrevivido a cosas peores —dijo en tono críptico. Se alejó un poco.

Cuando el rostro de la mujer quedó al descubierto, él contuvo la respiración.

No esperó el chispazo invisible que se activo con fuerza cuando sus miradas conectaron sin la barrera del plástico del casco de protección. La mujer era despampanante y poseía un rostro que parecía la combinación de los rasgos de una joven Grace Kelly con Rita Hayworth. Esta mujer era una belleza clásica de ojos azules y un vibrante cabello rojo. Los labios de la mujer eran sensuales y Asher contuvo sus impulsos ante la irracional necesidad de inclinarse para probarlos. No supo de dónde carajos surgió esa estupidez. Él jamás tenía esta clase de reacción visceral inmediata. «No era ya un adolescente, joder», pensó con incredulidad.

Asher se enfadó consigo mismo y rompió el contacto visual.

—El casco parecía más apretado de lo usual —expresó él, entregándoselo.

Ella lo tomó y lo sostuvo bajo el brazo izquierdo.

—Sí, la verdad es que me queda un poco ajustado. No he tenido tiempo de cambiarlo —replicó. Luego extendió la mano—: Gracias por haberse detenido a ayudarme. Creo que otra persona se habría largado. Me llamo Colleen. ¿Usted es…?

—Asher —replicó sosteniendo esos dedos suaves más tiempo del necesario, luego los soltó como si lo quemaran—. La voy a llevar a un hospital —insistió.

Ella lo miró un instante, porque no recordaba haber estado frente a un hombre que irradiara una energía tan potente. El nombre era sexy inclusive: *Asher*. Acostumbrada a trabajar con expresiones corporales y también con artistas, ella podía definir ciertas características de las personas cuando hacían ciertos movimientos, la forma de hablar inclusive, y también el tono de voz. En el caso de Asher resultaba imposible que pasaran desapercibidos el poder, la masculinidad y la fuerza. Pero ella lo acababa de conocer y no volvería a verlo más en su vida. Así que le daba igual.

—Diría que es una situación extraña para conocernos —se rio, pero al hacerlo frunció el ceño y se llevó la mano a un costado de la cien. El golpe, al impactar contra el pavimiento, había sido fuerte—. No necesito un hospital —expresó.

Asher no iba a aceptar discusiones. Le hizo una señal a James. Después, con la misma facilidad con la que podía despedir a uno de sus empleados, le ordenó que se encargara de revisar la motocicleta. Cuando el guardaespaldas comprobó que el aparato funcionaba, salvo las abolladuras leves por la caída, la dejó cerca

de Colleen.

—Disiento —dijo Asher.

—Está en todo su derecho, así como lo estoy yo de rehusarme.

—Señorita, la llevaré para que se cercioren de que no ha tenido traumatismos o alguna otra condición que amerite hospitalización. Muy simple y lógico —le entregó su tarjeta de negocios—, esta es mi información de contacto. Envíeme un correo o llaméme cuando tenga la factura del taller mecánico. Mi seguro es eficiente y resolverán al instante todo el trámite —dijo mirando el aparato—. Esta es una Honda CBR300R, un modelo de hace varios años y es conocida porque tiene problemas con el embrague. No cabe duda que fue la razón de que usted perdiese el equilibrio. Si este es su medio de transporte habitual, entonces será mejor que invierta en algo que le garantice mayor estabilidad en condiciones climáticas adversas —comentó.

Ella se cruzó de brazos y elevó el mentón.

Toda la simpatía inicial que había sentido por este Adonis se evaporó. No iba a dejarse distraer por los cabellos rubio oscuro ligeramente alborotados por el viento, menos por los labios sensuales o la barba de tres días sin afeitar o esos potentes ojos marrones. «Él estaba juzgando sus elecciones y no tenía ningún derecho».

Colleen no justificaba ante otras personas sus elecciones. La motocicleta había sido un obsequio de su abuelo cuando cumplió los veintiún años. Desde entonces era su fiel acompañante y la prefería por sobre un coche. Resultaba rápida y eficiente.

Sí, la motocicleta estaba un poco vieja, pero siempre lograba repararla.

—Siendo un inversor de fondos, Asher Cosgrove —dijo mirando la tarjeta de presentación—, asumo que maneja grandes sumas de dinero y que también las posee. Pero no todos ganamos una fortuna para gastar en artículos de última generación. Cuando el mecánico haya revisado mi moto, y reparado las leves abolladuras que sufrió, lo contactaré. De seguro será un valor módico —murmuró sin interés—. Diría que es un gusto conocerlo, pero a nadie le agrada esta clase de accidentes como método de introducción social —se rio por lo bajo y se apartó—. Que le vaya bien…

Él la sujetó del codo instintivamente, antes de que ella se lograra alejar.

Colleen lo miró con expresión desconfiada. Estaba sola en medio de una carretera al filo de la medianoche. Este hombre tenía tres guardaespaldas y

portaban armas. Así que deducía que Asher no era un ciudadano promedio. ¿Era de la mafia? ¿Un asesino serial? ¿Iba a secuestrarla? Un montón de preguntas descabelladas empezaron a forjarse en su mente. Su cerebro las detuvo cuando él volvió a hablar.

—No va a marcharse sola, Colleen —pronunció ese nombre como si estuviera acariciando cada letra. Ella contuvo la respiración y las pupilas de sus ojos se dilataron. Asher quiso atraerla contra su cuerpo de inmediato. «¿Qué demonios te pasa?», se preguntó enfadado consigo mismo. Atribuyó su reacción al cansancio y a que la última vez que folló había sido más de cuatro meses atrás —. Soy un empresario con mucha influencia, así que puedo revertir esta situación: acusarla de ser la culpable del incidente y obligarla a que pague el raspón del Range Rover. A menos que —la soltó con lentitud— usted decida que es en su mejor interés acompañarme al hospital.

Ella abrió y cerró la boca, furiosa por la amenaza.

Detestaba a la gente como Asher, porque se creían que, con el dinero e influencia, podían dictar los acontecimientos en la vida de los demás. Colleen ya tenía una amarga experiencia al respecto y una profunda cicatriz que jamás se borraría.

Pero intentó no pesar en aquellos tiempos, aún cuando eran la razón de su promesa más importante. En este instante, en medio de la carretera, solo pensaba en que necesitaba dormir. Al siguiente día tendría lugar la junta de profesores en la escuela y requería la mente despejada. No podría lograrlo, mientras este tal Asher, bajado de los cielos de la tentación y tinturado con estelas del mismísimo Diablo mandón, quisiera llevarla a un hospital. Colleen estaba segura de que el dolor que se irradiaba de su cadera, hasta medio muslo, pasaría pronto. Solo necesitaría un baño caliente y descansar. En cuanto al dolor de cabeza se debía al estrés de la semana.

—Los costes de ir a un hospital no están en mi presupuesto —dijo cruzándose de brazos—. Puedes tutearme. —Él asintió—. También ahórrate la preocupación. Estoy bien y mi motocicleta igual. Si eso es todo, ya puedes seguir tu camino…

—Sube al coche, Colleen —exhortó en un tono que no admitía réplicas—. No voy a correr riesgos, te lo acabo de decir, así que elige: una demanda o el doctor.

Ella tan solo esbozó una media sonrisa, altiva. ¿Quién se creía este hombre?

—No sé con qué clase de personas estás habituado a tratar, pero no recibo órdenes de quienes no pagan mi salario y, aún así, siempre dejo claro lo que

estoy dispuesta a tolerar y lo que no —expresó—. No te conozco. Solo tengo una tarjeta de presentación con tu nombre y a lo que te dedicas. Eso no es garantía de nada. Bien puedes ser un asesino a sueldo o un traficante de órganos o cómplice de un psicópata.

Asher dio un paso hacia adelante. Colleen no retrocedió.

Él estaba educando a Sadie para que no fuese una persona que confiara sin más en el resto; le enseñaba a cuestionar y también a creer en sus instintos, así como a pedir ayuda si la necesitaba. Desde ese punto de vista, comprendía la desconfianza de Colleen. Lo anormal hubiera sido que ella hubiese aceptado su exigencia sin más.

Asher no estaba haciéndole ninguna propuesta indecente, sino que intentaba que ella recibiera una valoración médica. No era un acto altruista de su parte, pero tampoco lo hacía movido por la culpa, pues ya acababa de constatar que, en términos generales, la mujer estaba bien. Él quería el reporte de un doctor como respaldo, en el caso de que Colleen cambiara de idea y quisiera demandarlo. Asher prefería que sus abogados empleasen las horas para enfocarse en asuntos que sí eran prioritarios.

—No pago tu salario, pero sé que prefieres venir conmigo, en lugar de que haga una llamada que pueda traer un policía y que te lleve detenida. ¿Verdad?

Ella hizo un asentimiento breve de mala gana. «Hombre idiota».

—Me has ayudado a ponerme en pie y tu guardaespaldas constató que mi motocicleta arranca. Solo vete, Asher. Te acabo de decir que mi presupuesto no alcanza para un hospital, menos para un abogado —dijo con una mueca.

Ella no necesitaba más problemas con el sistema legal del que ya existía en su récord de vida. Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. No se sentía en riesgo con Asher, esa era la verdad, a pesar de las circunstancias que los rodeaban. Pero no le apetecía seguir despierta, porque necesitaba equilibrar sus horas de sueño.

—Dale tus llaves de la motocicleta a James —exhortó, haciéndole un gesto a su jefe de seguridad, que se acercó de inmediato—. Él la conducirá, hasta el centro médico. Una vez que recibas la valoración puedes irte a dónde te plazca, Colleen.

Ella frunció el ceño y se acomodó un mechón de cabello rojizo.

Subirse a un coche con desconocidos no era inteligente. Pero tampoco lo era quedarse en esta carretera a estas horas de la noche y sin saber cuánto tiempo

más aguantaría su motocicleta. Sí, el tal James la había probado y funcionaba; pero la fuerza de la caída de seguro le habría aflojado algo dentro a su Honda. ¿Qué tal si se subía y a los diez minutos se quedaba parada en media calle? Ese era también un riesgo.

Pero sería desastroso que él cumpliera su amenaza de demandarla si no accedía. «¿El menor de los males?», se preguntó a sí misma. La respuesta: sí.

—Sé defenderme si intentas algo fuera de lugar —replicó ella mirándolo.

Colleen solía llevar gas pimienta en la bolsa, porque la hacía sentir más segura cuando tenía trabajos en la noche y se movilizaba sola en su motocicleta. Por otra parte, era consciente de que si Asher hubiera querido lastimarla ya lo habría hecho sin pensárselo. Pero, ¿por qué habría ella de actuar con credulidad en un mundo que le había demostrado que la mejor manera de sobrevivir era siendo desconfiada?

Intentaba ser optimista y buscar el lado positivo de las situaciones, sí, pero esa capacidad solo existía cuando estaba trabajando. El arte, la creación, era la puerta a un mundo seguro e intocable. Su refugio. Pero evitar la vida para no recibir más golpes era de cobardes, y ella jamás se había considerado parte de aquella triste categoría.

—La desconfianza es mutua —dijo como si le hubiera leído el pensamiento —. Este es un accidente leve de tránsito. No hay heridos ni daños lamentables. Quiero asegurarme de que estás bien. Así me cubriré las espaldas si cambias de opinión e intentas demandarme. A pesar de que tú y yo sabemos que no vas a hacerlo. El reporte médico es solo un asunto que llamaré como “administrativo” —dijo, indiferente.

—Supongo que lo dices porque tienes muchas demandas a cuestas, ¿es así?

Asher esbozó una sonrisa de medio lado. Decían que las pelirrojas poseían un carácter explosivo y también ardiente. Se preguntaba si esta preciosidad respondería en la cama con el mismo ardor con el que se agitaban ahora sus cabellos con el viento. Salvaje, inconexo, sin rumbo, intenso y lleno de inesperadas consecuencias.

—No viene al caso. No soy un asesino en serie —zanjó—. Sube al coche.

Ella enarcó una ceja. Se tomó un instante para enviarle a Avery, su mejor amiga, la ubicación del sitio en el que se encontraba. Después guardó el móvil de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Soltó una exhalación y miró a Asher.

—¿Eres algún mafioso o algo así para tener guardaespaldas? —preguntó—.

Porque tengo una leve noción de los políticos y tu rostro no me suena de nada. Así que no podría asociarte con ninguno de esos personajes. ¿Estoy equivocada?

Él soltó una carcajada sin alegría. Hizo una negación.

Colleen ignoró la manera en la que el gestó logró que ese rostro se volviese más impactante y atractivo. «¿Era el dolor de cabeza el causante de que se fijase en estas idioteces?». Movió el cuello para relajarlo. No quería discutir. Iría al hospital.

Empezaron a caminar hacia el Range Rover. No eran más de siete pasos.

—No, pero tengo el mismo alcance de poder a mi favor —dijo, mientras abría la puerta del coche para que ella subiera—. ¿Por qué me miras sorprendida?

—Primero, eres amable y preocupado. Después, haces amenazas para que vaya a un centro médico. Finalmente, actúas como un caballero y abres la puerta del coche. Me pregunto qué otras cosas conoceré en los próximos minutos —comentó ella.

Asher no dijo nada, hasta que rodeó el coche y se sentó detrás del volante.

Colleen se acomodó el cinturón de seguridad y giró el rostro para mirarlo.

—Después de que te entreguen la evaluación médica no volveré a verte, Colleen, así que da igual qué conjeturas pudieras tener o imaginar —dijo en tono indiferente.

Ella se encogió de hombros ante el comentario. No implicaba que iba a hacer el trayecto en silencio. Podía hacer conversación y él elegiría si responder o no.

—¿Salías de alguna fiesta o tienes alguna oficina aquí cerca? Sé que hay muchos *workaholics* y no les importa si les da la medianoche o el amanecer con tal de terminar lo que sea que crean que es más importante que dormir —dijo. Parte de su profesión consistía en procurar conectar con otros para lograr entenderlos. No era algo que planeara, aunque a veces intentaba reprimirse. Al parecer esta vez no fue posible.

—No —replicó sin intención de elaborar un comentario más extenso.

Salieron de la carretera y entraron en una avenida principal. Asher no necesitaba GPS, porque conocía bastante bien las áreas cercanas. No le interesaba entablar una conversación profunda o conocerla. Daba igual que fuese bellísima o que las ganas de enterrar los dedos entre esos cabellos sedosos resultasen tan fuertes.

—Bueno, ahora también noto que eres elocuente —comentó con sarcasmo.

Él giró brevemente la cabeza para mirar y luego volvió la atención al frente.

—Digo lo que se necesita expresar. No gasto palabras —dijo.

Colleen no pudo evitar soltar una risotada suave. Meneó la cabeza. Al hacerlo se acomodó mejor en el asiento. Por simple curiosidad miró hacia atrás. La sonrisa se le borró del rostro al notar la sillita para niños. Notó también el título de un libro infantil de letras grandes. *La voz de Maya* de Wen-Wen Cheng. ¿Este hombre era casado?, se preguntó, mientras con discreción miraba los dedos de Asher en búsqueda de un anillo. Sabía que varios hombres no llevaban el anillo de matrimonio. Daba igual.

—Ehhh, ¿Asher? —preguntó, mientras él aparcaba en el hospital.

Él apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad. Se giró para mirarla.

—Ya estamos aquí —dijo—. No entraré a la consulta contigo, porque no tenemos ningún parentesco. Necesitaré la copia de la evaluación médica. Puedes marcar en negro aquellos datos que consideras privados, pues no me interesan. Por favor, deja legibles las notas en la que consta tu estado de salud: si presentas o no contusiones o si tienes alguna incidencia como consecuencia de este accidente.

Ella enarcó una ceja con incredulidad. Lo que tenía de guapo lo tenía de idiota.

—No soy tu asistente personal ni tu empleada. No puedes darme órdenes —dijo—. Tan solo porque has usado la palabra “por favor”, desisto de mandarte a la mierda. No me importa tu dinero, tu posición jerárquica en la empresa para la que trabajas o si tienes el respaldo del ejército de los países de la OTAN —concluyó.

Asher la miró con curiosidad. No estaba acostumbrado a que refutaran sus órdenes de esta manera. Sí, estaba empleando la palabra “por favor”, porque tenía modales. No podía definir todavía si esta mujer era refrescante o irritante.

—No me digas —dijo en tono gélido y sarcástico.

—Si he venido hasta aquí es porque sé lo que tengo que hacer, Asher. Te entregaré el documento y cada uno partirá hacia el destino que le corresponda.

—Mi tiempo es limitado, así que procura que sea rápido —dijo él.

Colleen iba a replicar con un comentario mordaz, pero el hombre utilizó esos instantes para arremangarse la camisa azul, hasta los codos. El movimiento de los músculos definidos del brazo fue como porno visual para ella. Se contuvo de extender la mano para tratar de tocarlo. Apretó los puños a los costados para reprimirse.

Él dejó al descubierto un sinnúmero de detalles artísticos en forma de tatuajes. Colleen quiso conocerlos, delinearlos con sus dedos y saber qué historia escondía cada uno. Como adepta a todo lo artístico, los detalles que se ponían en la piel le parecían fascinantes, aunque no en la suya, porque era cobarde y le tenía pánico a las agujas.

—Aunque no lo creas —dijo con sarcasmo—, mi tiempo también es limitado, para ti y para todos los que no forman parte de mi círculo personal. Apreciaría que dejaras de comportarte como un energúmeno a ratos y como un hombre decente en otros, porque me agobia. No quiero que mi dolor de cabeza se incremente.

—Solo ahórrame tiempo y baja del coche. El dueño del centro médico es mi amigo. Lo voy a llamar. —Ella puso los ojos en blanco, mientras él hacía precisamente eso. Asher terminó la llamada en menos de diez segundos, luego la miró—: Bien. Te atenderán como prioridad apenas te registres en la recepción y solicites un chequeo.

—Vaya, pues muchas gracias —dijo con ironía—. Por cierto, entiendo si estás apurado por tus hijos, pero yo no insistí en venir al hospital. —Él enarcó una ceja ante el comentario—. Hay una silla infantil atrás —aclaró con simpleza.

Asher apretó los dientes. De repente se sintió a la defensiva y la miró con suspicacia. Él no llevaba pasajeros en este automóvil salvo Sadie. No esperó que esta mujer fuese observadora o que hiciera comentarios de algo que no le incumbía.

—Una sola hija —replicó mirándola. La luz de la calle le daba a Colleen directo en el rostro. Eso logró que los ojos azules lucieran más brillantes e invitadores.

—¿Puedes decirme cuántos años tiene…? —preguntó con una sonrisa. Le gustaban los niños y uno de sus anhelos era ser mamá. Así como también abrir su propio estudio de arte. Pero tenía asuntos pendientes que exigían ser prioritarios.

—Es una niña de seis años —dijo con orgullo. No haría más comentarios al respecto. Así que cortó la conversación bajándose del coche, rodeándolo y abriendo la puerta para Colleen—. Estaré en el lobby, hasta que salgas. Yo pagaré la cuenta.

Ella hizo un breve asentimiento. Se ajustó la chaqueta roja. Al pensar en que Asher tenía una hija pequeña, lo más lógico es que la familia de él estuviera preocupada por su tardanza. «Y tú pensando en cómo descifrar sus tatuajes», se

amonestó. No le gustaba ser inoportuna, así que procuró mostrarse considerada.

—¿Vas a llamar a tu esposa para decirle lo que ha ocurrido? Debe estar inquieta en casa. Si yo estuviera casada, lo más probable es que hubiera querido que mi esposo me llamase para saber si iba todo bien —dijo con empatía y miró el reloj de muñeca —. Es algo tarde. No voy a escuchar —sonrió—, porque estaré ocupada —señaló con la mano hacia la puerta del hospital. Ella recordaba los aciagos años en los que su madre tenía recaídas a causa del alcoholismo. Se incomunicaba durante horas y su padre se sentía desolado, porque no siempre estaba en el mismo bar o parque.

Asher la miró un instante. La puerta del coche estaba abierta. Él era más alto y ella todavía estaba sentada. Se acercó varios pasos, hasta quedar muy cerca.

—No sé si sea tu manera de pescar información —dijo, hasta que sus rostros quedaron a una palma de distancia. Ella contuvo la respiración—. Tal vez, sí sabes quién soy y has fingido todo este tiempo. Tal vez, me has estado siguiendo y el aparente encuentro de hoy, en realidad fue planeado —extendió la mano y le tomó ambas mejillas con una sola mano—. ¿Quién eres? —preguntó en tono mordaz.

Colleen no se esperaba este cambio de rumbo. Se sintió nerviosa, porque este mismo gesto le recordó cómo, años atrás, había sido intimidada. Pero las consecuencias en aquellos tiempos fueron nefastas. Ahora tenía cómo defenderse.

Él no estaba lastimándola, sino que tan solo la sujetaba con firmeza. Acercó aún más el rostro, hasta que los labios de ambos estuvieron muy cerca. Del cuerpo de Asher emanaba calor y fuerza. Colleen respiraba agitadamente. Esto era una locura.

—¡Suéltame, Asher! —exclamó agitando la muñeca masculina.

—Dime quién carajos eres en realidad —replicó sin apartarse.

La agencia de seguridad le entregaba informes para constatar que Elainne estaba fuera del perímetro de sus oficinas y su mansión. Pero ella podría valerse de recursos estúpidos para recabar pruebas, tergiversarlas, y dárselas a la Corte.

Quizá esta tal Colleen fue contratada por su ex, para que tratara de llegar a él y obtuviera información. No sería ninguna novedad. ¿Fue este un accidente? ¿O es que Elainne no tenía suficiente creatividad para hallar otro modo de intentar llegar a Sadie?, se preguntó con rabia, al pensar que esta pelirroja sería tan solo un señuelo.

—Te lo he dicho, joder, me llamo Colleen. Mi apellido es Rowbotham —dijo maniobrando y sacando su identificación de la bolsa—. Lee —le entregó el DNI.

Asher tomó la tarjeta plástica y la leyó detalladamente. Colleen J. Rowbotham. Veintisiete años de edad. Nacida en Dublín. La fotografía coincidía. En su juventud, tan solo porque era un idiota al igual que sus mejores amigos, Asher aprendió a hacer documentos de identidad falsos para entrar en los pubs y sitios para mayores de edad. Así que sabía cómo reconocer un documento falso de uno real. Este era real.

—¿A qué responde la J en tu nombre?

—Creía que era solo una verificación sencilla, aunque innecesaria, ridícula y bastante entrometida de tu parte, para constatar, no sé para qué, que no miento.

—Es una pregunta fácil —replicó Asher.

Ella puso los ojos en blanco.

—Juno, ¿satisfecho? —dijo en tono irónico.

Asher tan solo la miró fijamente.

—¿En qué trabajas? —preguntó a cambio. Esos ojos femeninos en forma de almendra, exóticos y expresivos, dejaban entrever un brillo de claro enfado.

—Soy profesora de expresión corporal en teatro y danza. Doy clases de yoga —dijo—. A ratos también coordino o asesoro en diferentes eventos culturales —agregó pensando en Lethal Dragon. Colleen preparaba a las bailarinas para que lograran transmitir las emociones y enlazarlas con el tema de la temporada. Ellas se adaptaban a sus indicaciones durante los ensayos, tres tardes por semana; la misma frecuencia que los shows—. Solo me falta darte mi currículo completo y referencias —expresó con ironía y sintiendo cómo la tensión en él disminuyó un poco—. ¿Conforme?

Asher la miró varios segundos e hizo un asentimiento.

La soltó y se apartó, luego se pasó la mano sobre el rostro.

—Aquí tienes —murmuró entregándole el DNI, ella lo agarró de mala gana.

—Vaya qué amable —dijo con sarcasmo y se bajó del coche.

No iba a comentarle que trabajaba en un club para caballeros, porque no era de su incumbencia. No se avergonzaba, pero tampoco quería que este hombre la juzgara sin conocer sus circunstancias; aún si las conociera tampoco tendría la potestad de recriminarla. Se preguntaba si Asher sería socio. Le parecía estúpido que la idea de él mirando a esas bailarinas, desnudándose con sensualidad, la incomodara. «Tal vez, la caída en la moto sí me ha afectado el cerebro», se dijo a

sí misma.

—Mi vida es bastante complicada —expresó él—. Sobre tu pregunta anterior, pues no tengo esposa, sino una niña pequeña que depende de mí. Eso es todo.

—¿Esa es una disculpa? —preguntó cruzándose de brazos. No iba a preguntarle los motivos del porqué no tenía esposa—. Porque de ser tu respuesta afirmativa, Asher, déjame decirte que me ha resultado bastante pobre —expresó.

Él apretó la mandíbula e hizo un asentimiento.

—Lo lamento —replicó como si se hubiese tragado un limón con sal. No solía pedir disculpas ni aceptar sus errores, porque procuraba no cometerlos, pero había dejado que la paranoia hiciera presa de su sentido común—. Estaré en el lobby.

Colleen lo miró a los ojos. No era su belleza masculina lo que parecía atraparla, sino algo que lograba empatar con alguna parte de ella. Se preguntaba de qué se trataría, y si las almas con asuntos por resolver se cruzaban con frecuencia. Ella no era rencorosa, porque no le servía de nada envenenarse con esa clase de emociones.

Tomó una larga inhalación y luego expulsó el aire con suavidad.

—Bien —dijo con suavidad y en tono agotado. Le costaba mantener los párpados abiertos. Se preguntaba cómo sería vivir sin la preocupación de tener que contar cada céntimo para tratar de llegar a fin de mes—. Te veo al rato, Asher.

Él no hizo amago de detenerla, mientras veía el cabello rojizo desaparecer tras la puerta giratoria. Asher caminó hacia el interior del hospital. Una vez que se sentó, lo primero que hizo fue llamar a la niñera para preguntarle por Sadie. La mujer le informó que la niña estaba dormida y que la única tarea inconclusa era matemáticas. Asher sabía que ese no era el fuerte de su hija, así que tendría que levantarla más temprano de lo normal para revisar qué problemas habría encontrado con esa tarea.

Cuarenta minutos más tarde, Colleen avanzó por el pasillo hasta él.

En ese instante, Asher pudo contemplarla a gusto. La mujer no solo era hermosa, sino que, en conjunto, robaba el aliento. Tenía una figura esbelta y un andar suave que lograba que las caderas se moviesen con fluida y natural sensualidad. Él enmascaró su expresión de indiferencia cuando Colleen le entregó el documento que le había solicitado. Estaba marcado con negro en las partes de información más personal. Le habían recetado ipubrofeno por unos

días tanto para el dolor en la cadera como para la cabeza. No tenía contusiones ni alteraciones. Signos vitales correctos.

—Sube al coche, por favor, te llevaré a tu casa. James continuará en tu motocicleta —dijo mirándola—. Me alegro de que no tuvieras ninguna contusión.

Ella ladeó la cabeza levemente. No quería mencionarlo, pero sí había notado una ligerísima cogera en Asher al caminar. Era casi imperceptible, aunque, para una persona habituada a leer y trabajar el lenguaje corporal resultaba bastante obvio.

—Creo que será mejor que cada quién tome su camino, Asher —replicó con suavidad. Este era la clase de hombre que tenía un tatuaje invisible que gritaba *peligro* —. Si James ha conducido estos veinte minutos y mi motocicleta no ha fallado, entonces eso implica que puedo usarla sin problemas para volver a casa —expresó.

Asher sacó las llaves del automóvil del bolsillo.

—Como prefieras. Le diré a mis guardaespaldas que te acompañen en el otro coche, y yo me voy por otro camino con James —dijo, porque quería ver a su hija—. Elige el mejor taller mecánico de la ciudad y lleva tu motocicleta. No escatimes en gastos.

—No lo haré —replicó. Iba a usar esta oportunidad para que su Honda quedara impecable—. Que tengas una buena vida, Asher —dijo extendiendo la mano.

Él miró esos dedos delicados y con uñas pintadas de color violeta.

—Igualmente, Colleen —replicó sosteniéndole la mano entre la suya que era mucho más grande. Ella parecía frágil, pero su carácter desdecía esa concepción.

Cuando se soltaron, los dos sintieron como si hubiesen perdido algo importante. Tan solo se miraron brevemente y cada uno partió hacia una ruta distinta.

Sin saberlo ambos habían despertado una vibrante chispa en el otro.

Esa clase de chispa que no se apaga con el tiempo, sino que espera el instante preciso para avivarse y empezar a consumir a quienes osaban encenderla.

CAPÍTULO 2

Daba igual el horario, los cementerios nunca serían un lugar cómodo de visitar a solas. Sí, el entorno aparentemente ofrecía una silenciosa y extraña calma, pero las razones de que esas tumbas estuviesen alrededor, al igual que las cientos de historias enterradas bajo un cúmulo de tierra y rematadas por lápidas de mármol o cemento, no causaban a ningún visitante una sonrisa. Salvo excepciones, pero ese no era el caso de Colleen.

El sol aún no asomaba por completo y el viento frío agitaba el césped todavía lleno del rocío de la mañana. Ella había comprado peonias la noche anterior, porque ninguna florería abría a las seis de la mañana en Dublín. Colleen no consideraba apropiado visitar a su hermana mayor sin llevarle sus flores favoritas, en tono rosa.

Dejó el ramo sobre la lápida y le dio tres toques suaves con el dedo. Esta era su manera de saludar. Las supersticiones y leyendas míticas eran parte de la cultura irlandesa, así que Colleen no sentía que estaba perdiendo la cabeza con los rituales durante su presencia en este lugar. Ella visitaba a Mel una vez al mes, pero si se sentía abrumada, entonces recurría a la soledad y el silencio de este entorno. Le contaba a Mel lo que estaba ocurriéndole e imaginaba las respuestas que le hubiera dicho.

A veces reía, pero también terminaba en lágrimas, porque jamás volvería a ver la sonrisa o a escuchar la voz de su hermana mayor. Tal vez, en una próxima encarnación se reencontrarían y volverían a reconocerse. Pero era en esta maldita vida en la que Mel le hacía falta. Nada lograría reemplazar el vacío que dejó su partida. Colleen le había hecho una promesa el día del sepelio, mientras su padre y su abuelo echaban la última pala de tierra sobre el ataúd. Para poder cumplir esa promesa, necesitaba más dinero del que tenía en la cuenta bancaria. La situación la frustraba.

Gran parte del tiempo, la vida parecía echarse una carcajada a su costa y la obligaba a desembolsar lo que tenía ahorrado para solventar otros inconvenientes. Ella no desistía, aunque a ratos todo pareciera ir en su contra. Los abogados que había visitado, al conocer su versión y enterarse quiénes habían sido los acusados en el primer juicio, le explicaban que era complicado reabrir el caso de Melanie. La excusa que recibía era que el juez que dictó la

sentencia era de muy alto rango, y rebatir implicaría causar un malestar que ningún abogado querría sobrellevar. No solo por el magistrado, sino por el perfil de las familias que Colleen consideraba culpables.

Aquella clase de argumentos se habían repetido, con distintas palabras, durante las numerosas ocasiones en las que ella buscó ayuda. Esa cobardía la enfurecía.

—Usted, que es abogado y posee todos esos diplomas —había dicho ella señalando los certificados colgados en la pared—, ¿cómo es posible que me diga que el juez que siguió el caso es demasiado poderoso y que nadie osaría contradecir su sentencia? ¿Es que el sistema judicial de este maldito país está tan podrido? ¿Es que ningún profesional comprende la naturaleza real de la frase *hacer justicia*?

El aludido, un hombre con bastante experiencia en el campo penal, la había observado con una mezcla de compasión, pero también fastidio. En la universidad en la que se reunieron se ofrecían servicios de asesoría legal gratuita a exalumnos y también a ciudadanos irlandeses de a pie. Este último había sido el caso de Colleen.

—Entiendo la frustración, señorita Rowbotham —había expresado, mientras agarraba un cigarro y lo encendía—. Pero si no encontraron evidencias suficientes para condenar a los acusados, entonces tampoco hay forma de reabrir el caso. Aunque siga buscando más abogados, o profesores de derecho penal en libre ejercicio, le aseguro que le darán la misma respuesta que yo, en cuanto les explique los detalles.

Colleen se había levantado con rabia y decepción.

—¡Dígame qué más hace falta, por favor, abogado Harrelson, para que alguien tenga los cojones de desafiar una estúpida sentencia! —había exclamado presionándose el puente de la nariz con los dedos—. Es solo un juez. Un hombre. Esas familias, ¿acaso les pagan los salarios a toda Irlanda? ¡Claro que no!

Él había carraspeado, incómodo por el exabrupto.

—La red de conexiones entre abogados funciona igual que la política —había respondido con paciencia—. Si los acusados forman parte de un grupo que domina el escenario económico y social en la ciudad, o el país, entonces el abogado que intente reabrir el caso generará incomodidad. La situación podría revertirse en contra de él: lo mirarían con desconfianza o bloquearían oportunidades que podrían hacer el camino profesional más fluido. Nadie quiere

eso, señorita. Los que formamos parte de este gremio buscamos hacer justicia, sí, pero sin cabrear a quienes son los equivalentes al aceite y a las tuercas de nuestro sistema social. ¿Me explico?

Ella había contenido las lágrimas.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —había preguntado en un susurro quedo.

—Reunir dinero y contratar una firma legal que tenga suficiente alcance y conexiones. Se trata de equilibrio de poder. Aunque la fábula de David y Goliat es muy agradable, en el ámbito legal esto es una rareza. Su caso no forma parte de ese grupo de excepciones —había dicho con brutal franqueza—. Los abogados que le fueron asignados por el sistema no eran los más brillantes de la carrera y por eso las pruebas fueron desestimadas con tanta facilidad. Si a ello le suma lo que acabo de explicarle, entonces su familia nunca tuvo una verdadera oportunidad —había concluído—. Le deseo mucha suerte en su búsqueda, pero no puedo ayudarla.

—¿Influye en su decisión el hecho de que mi presupuesto es ajustado y tendría que pagar por partes? Porque le aseguro que soy una persona responsable.

El hombre había hecho una negación; impaciente.

—Incomodar a las personas equivocadas no merece la pena cuando mi familia y mi carrera profesional prefieren la estabilidad económica. ¿Lo he dejado claro?

Colleen había dejado caer los hombros ligeramente.

—Sí, gracias por su tiempo.

Esa conversación había impulsado a Colleen a buscar trabajos extras.

Aceptaba todo tipo de empleos. Daba igual si tenía que vestirse de dinosaurio en una obra de teatro infantil; si la contrataban como cuenta cuentos en una biblioteca; o si un amigo le pedía que lo reemplazara como cajera o lavaplatos. Inclusive había obtenido la certificación para ser profesora de yoga y daba clases en un estudio. La dueña era su amiga, aunque solo la llamaba cuando necesitaba que la reemplazara.

Cada euro contaba para el objetivo final: reabrir el caso de Melanie.

El coste de asesoría por hora de un abogado penalista, con el perfil que Harrelson le sugirió, partía desde los cuatrocientos euros. Eso sería tan solo por una consulta. Si aceptaban representarla, lo cual involucraría el proceso hasta la última instancia posible, implicaría decenas de miles de euros en honorarios. Por eso Colleen intentaba aumentar su cuenta de ahorros a toda costa. Su idea era

realizar un primer anticipo económico alto. De ese modo, consciente de que tendría que hacer un préstamo bancario para cubrir la parte restante, los intereses y años atada a una deuda con una institución financiera serían mucho menores. Solo podía tener paciencia.

Por ahora estaba esperando la próxima fecha disponible, en el calendario del bufete Rogers & Dowell, para que le dieran una cita. Esta firma tenía el mayor índice de casos ganados en materia penal en Dublín. Colleen quería contratarlos, pero todo dependería de que los abogados aceptaran incluirla en la cartera de clientes.

Colleen se sentía como una malabarista, porque tenía que financiar su subsistencia y al mismo tiempo guardar una cantidad para el caso legal. Los salarios no se incrementaban, pero los víveres y los alquileres sí subían de precio. Ella no tenía a quién recurrir financieramente, así que iba abriéndose paso de a poco en el espigado camino de cumplir sus metas, pero sin olvidar la promesa de hacer justicia por Mel.

A ratos se sentía culpable o que no hacía lo suficiente.

Cuando eso ocurría, se sumergía en el arte: estudiaba nuevas técnicas de expresión corporal, asistía a obras de teatro, creaba coreografías o iba a la playa para observar el mar. No contaba con la suerte de que su madre estuviera viva, así que no existía ese consuelo que el abrazo de una mamá ofrecía. Doreen había fallecido de un paro cardíaco, un año antes de que muriera su hija mayor, luego de una larga batalla contra el alcoholismo. Ambas tragedias llevaron al padre de Colleen a sumirse en una gran depresión. Después del juicio, él se había marchado a otra ciudad. En un lapso de seis años, la vida de los Rowbotham se había ido desmoronando poco a poco.

A lo largo de esos años, el único apoyo emocional sólido y presencia familiar constante para ella fue su abuelo paterno. Ciarán ya se había jubilado del ejército, pero no perdía la vitalidad ni la determinación. Fue él quien sostuvo a Colleen durante las semanas que tuvo lugar el proceso judicial para aclarar la muerte de Melanie. De hecho, la entereza del anciano había evitado que su nieta sucumbiera al desánimo.

No pasaba un día sin que Colleen echara en falta a su hermana.

Mel había sido la mayor por tres años. Esta mínima diferencia de edad les había permitido compartir más vivencias juntas al tener amigos contemporáneos. Colleen se recriminaba no haber visto las señales de que algo iba mal; por no prestar atención; por haber preferido ir de fiesta; por haber priorizado a su novio

de aquella época; por no haber insistido en hacer más preguntas al notar que su hermana parecía diferente. No solo eso, sino que Mel había dejado de disfrutar lo que antes la hacía feliz: patinar, hacer velas, y coleccionar tazas raras que encontraba en los mercadillos.

Una corriente fría agitó el abrigo de Colleen.

Sus pensamientos retornaron al presente, al cementerio Mount Jerome, ubicado en el distrito Harold's Cross. Los árboles ya empezaban a florecer. Era la época del año en que la naturaleza despertaba del letargo invernal para recibir calor.

—Hey, Mel —dijo con voz contrita y una sonrisa—. La bonificación de desempeño se la dieron a Thomas. Me alegré por él, ya sabes que la esposa está embarazada del segundo hijo de ambos. El señor Ottis me aumentó el valor de la renta en ciento ochenta euros —hizo una mueca—. Sé que me he tardado en lograr que reabran tu caso —susurró limpiándose las lágrimas—, pero seguro te habrás dado cuenta de que estoy trabajando para reunir más dinero. ¿Verdad?

Silencio.

—Aunque ya te conté que aparte tuve que pagar las deudas que dejó papá, antes de que se fuera a Limerick. Inclusive el abuelo dio una parte de su pensión, porque los prestamistas de papá lo estaban amenazando. Ahí se descalabró todo. Luego llegaron otros gastos y estuve en el paro cuatro meses —dijo con voz decepcionada—. Lo siento, Mel… —susurró—. Pero no me doy por vencida.

Silencio.

—De hecho —sacó el móvil—, hice una lista con los mejores bufetes de abogados y he llamado para solicitar una cita —le leyó los nombres—. Muchos dicen que no están aceptando nuevos clientes y otros me han dejado en espera para darme espacio en la agenda. ¿Las buenas noticias? —preguntó, como si su hermana estuviera respondiendo y escuchando—. Que tengo el dinero para pagar las consultas iniciales —sonrió—. Además, ya casi tengo la cantidad que considero óptima para el anticipo de los abogados que acepten nuestro caso. Me queda poco para lograrlo. Sí, lo que más ingresos me produce es mi trabajo de profesora, y la verdad es que me encanta.

Silencio.

—Te echo de menos, Mel…

Colleen extendió la mano y acarició la inscripcion de la lápida.

Melanie Catriona Rowbotham

Amada hija, nieta y la mejor hermana del mundo.

—Tu lápida es la más mona de todas con estas peonias —sonrió—. ¿Recuerdas cuando éramos pequeñas e íbamos a la casa de los abuelos, en la playa, y nos acostábamos en la arena para ver lo que nos contaban las nubes? —preguntó.

Silencio.

—En ocasiones, miro el cielo y pienso que me mandas algún mensaje —ladeó la cabeza—, ¿lo haces? Quisiera creer que sí… —miró el reloj—. Se pasa rápido el tiempo cuando charlamos a gusto, ¿no opinas igual? Por cierto, hoy es el cumpleaños de Avery, así que no te preocupes, le daré tus saludos. Su novio le ha organizado una fiesta. Sí, claro que iré. Además esta es mi primera noche de viernes libre, en un largo tiempo. No olvides que te quiero mucho. Me tengo que ir a trabajar —dijo.

Silencio.

—Hasta pronto, Mel, saluda a mamá —dijo con una leve sonrisa.

Colleen abandonó el cementerio con una mezcla de melancolía y también determinación de mantener la promesa que hizo cuatro años atrás. Intentaba no pensar en las circunstancias de la muerte de su hermana, porque tan solo la llenaba de rabia y desesperación. No podía sucumbir a esa clase de emociones derroteras.

Necesitaba utilizar un lente benévolo hacia la vida, para mantenerse a flote y encontrar oportunidades. No lograría esto último si se miraba a sí misma bajo la óptica de la carencia o la injusticia, así que no incurría en ese error. Su abuelo le había enseñado a enfrentar cada día como una aventura, en la que se le ofrecía la oportunidad de cambiar su destino, y por eso, Colleen, trataba de asimilar las circunstancias con menos amargura. De hecho, bajo la consigna de que fuese prudente, jamás bebiera al conducir y respetase las normas, Ciarán le obsequió la motocicleta cuando cumplió veintiún años. La Honda era de segunda mano.

Pero las enseñanzas de mirar el mundo con ilusión se las había dado su abuelo desde que era una niña. También aquellos consejos de permitir a su espíritu decidir el camino que quería transitar sin restricciones. Por eso, ella había elegido ser profesora de arte. Ciarán también había aleccionado a Melanie, y ella eligió estudiar ingeniería civil. Una profesión más numérica y lógica, poco usual en las mujeres irlandesas.

—Quiero que vivas bajo el precepto de la niña irlandesa que eres: nacida bajo

las leyendas y la magia de un país especial. Tú, puedes conseguir lo que desees —le había dicho cuando Colleen le preguntó si todo lo que soñaba podría cumplirse—. Deja que tus sueños sean gitanos, que no se aquieten, que no se olviden y que bajo las adversidades puedan permanecer en el tiempo, hasta que se cumplan.

—¿Y cómo sé si estoy pidiendo demasiado, abuelo? No creo que podamos pagar un caballo —había dicho frunciendo la nariz—. Inclusive el carro de papá ya tiene algunos años y no ha podido cambiarlo. Dice que son lujos innecesarios.

Él la había mirado con una sonrisa que marcaba sus arrugas.

—Si el corazón lo desea de verdad, el universo conspirará para entregarle aquello que anhela. La magia no consiste en pedirlo, sino en trabajar con la confianza de que aquello que buscas es posible de alcanzar. Se llama la magia de creer en ti.

—Si mis sueños son gitanos y van de un lado a otro en mi cabeza, significa que también lo es mi corazón, es decir, ¿para cumplirlos debo irme de aquí?

Ciarán había soltado una risa que resonó en la amplia casa de la playa.

—No se trata del lugar, porque tu vida puede cambiar en un instante, así como tus sueños. Se trata de persistir. Los sueños son infinitos al igual que el firmamento, al igual que la magia que hay en ti, Colleen. Pero lo más bonito es que esa magia que está aquí —había dicho señalándole el sitio donde latía el corazón—, la puedes compartir y así transformar la vida de otras personas a tu alrededor. ¿Qué te parece?

—Suena algo complicado, abuelo —había dicho rascándose la cabeza.

—A veces, Colleen, tan solo basta una sonrisa y un gesto amable.

—¿Eso es todo? —había preguntado confusa. Amaba a su abuelo, pero la frustraba un poco cuando no lograba comprender de inmediato sus palabras, sino que se tardaba un largo tiempo, hasta que todo le hacía sentido—. ¿Nada más?

Él había reído quedamente, mientras su esposa, la abuela de Colleen, los llamaba para que fueran todos a comer. Anunciaba que había pan de pasas.

—Lo más simple es lo más bello. Lo entenderás mejor con el tiempo.

Aquella conversación ocurrió cuando ella tenía siete años.

Pero no la había olvidado, porque en alguna forma se reflejaba en su día a día.

En su empleo regular, como profesora, notaba cómo sus alumnos parecían olvidarse del mundo y sumergirse en las dinámicas que ella aplicaba en clases. Por otra parte, durante los eventos culturales, en los que solían contratarla,

disfrutaba al ver cómo la gente se involucraba y creaba una comunidad, aunque fuese temporal. Inclusive en Lethal Dragon, con las bailarinas, la satisfacía notar cómo un contoneo de caderas, en la cadencia exacta, y un giro delicado podía intensificar las emociones lujuriosas en los espectadores. Ella hacía magia a su manera, porque eso era el arte. Sí, claro que había comprendido que en la simpleza también se escondía gran belleza.

Pero sus sueños seguían el camino de los gitanos: deambulando sin puerto al cual anclarse. Colleen priorizaba el tema de su hermana, porque Mel ya no tenía voz para exigir que los culpables recibieran un castigo. Por eso, no podía permitirse distracciones inútiles. Si quería preservar la energía, para rendir en sus actividades diarias y los tres empleos, manteniendo un nivel de excelencia y también su flujo de ingresos económicos, tenía que enfocarse. Cuando lograba tener un margen de tiempo libre, lo aprovechaba para ir de fiesta con Avery o exploraba la ciudad. No quería volverse una persona amargada y que dejaba que los años pasaran sin más.

En raras ocasiones, cuando el nivel de estrés la superaba, aceptaba una cita, pero no se comprometía a repetir otra salida con la misma persona. Daba igual qué tan encantador hubiera sido su acompañante. La intención era hablar y divertirse, en un contexto más personal, sin presiones, y pasar un buen rato cenando o en algún evento o bailando en un pub. Le encantaba bailar. El sexo no era la norma, pero, si le apetecía de verdad, se permitía dejarse llevar por la indulgencia del placer de una noche. Ella era selectiva, así que esto último hacía que su vida sexual fuese escasa.

Aunque Colleen era desconfiada, porque el optimismo no borraba lo lúgubre que eran varios episodios de su vida, el amor era el único aspecto que miraba con menos cinismo. Lo anterior persistía, a pesar de que hubo experiencias poco satisfactorias y también decepcionantes. Ella no se hacía grandes expectativas románticas, ni tampoco las perdía; esa puerta permanecía cautelosamente abierta.

Su última relación, más de un año atrás, le había dejado una incómoda marca a su autoestima. Pero Craig, su ex, mantenía la osadía de buscarla para pedirle una nueva oportunidad. Como si la excusa que le dio, después de que ella lo hubiera encontrado en la cama con dos mujeres, tuviera alguna justificación. Por ese motivo, Colleen había optado por emplear su tiempo en aspectos más productivos.

El claxon de un coche la hizo dar un respingo.

Se dio prisa caminando. Llegó hasta el estacionamiento y encendió su Honda.

Después del accidente, cuatro semanas atrás, había quedado impecable. Casi como nueva. Ella jamás habló con Asher de nuevo, sino con Selenne, la asistente personal.

La mujer resolvió el asunto de las facturas del taller mecánico, porque, según le había comentado, su jefe estaba fuera de la ciudad. Colleen no tuvo ganas de hacer preguntas al respecto, porque no era su problema. Aunque no por eso dejó de intrigarle, una vez más, quién era ese magnate. ¿Lo buscó *online*? Claro que sí.

Además de ver lo ridículamente guapo que lucía con esmoquin, pues ella había observado las fotografías en detalle, notó que las notas informativas no solo eran escasas, sino que ninguna contenía datos personales. Colleen suponía que un millonario como él podría borrar, si quería, rastros de la web o dejar solo aquellos que lo beneficiaban. Solo se mencionaban aspectos filantrópicos de Silver Clover, premios empresariales o eventos sociales de alto perfil. En estos últimos, Asher llevaba del brazo siempre a una mujer más despampanante que la otra. Nunca la misma.

Colleen se concentró en conducir su motocicleta.

El tráfico de la mañana era bastante caótico, aunque procurara evitarlo saliendo más temprano de lo usual. Ella vivía en el barrio Phibsborough, al norte de la ciudad, y estaba relativamente bien conectado. Aunque el transporte público de Dublín funcionaba bien, Colleen consideraba que tener una motocicleta era más práctico. Esto le daba independencia, además, también le recordaba las ideas que le había dejado su abuelo de que era preferible vivir a toda máquina que vivir a medias.



Una vez que llegó a la escuela Alexandra College, en el área de Milltown, Colleen comprobó los horarios del día y la siguiente semana. Su clase de arte era general, es decir, varias veces al día iban estudiantes de diferentes aulas. Ella tenía un plan genérico de improvisación, uso del espacio, creación de coreografías, técnicas de expresión, que iba modificando según el grupo de alumnos que le tocaba recibir. Le gustaba que los estudiantes se sintieran especial y no parte de un libreto repetido.

—Hey, Colleen —dijo una de sus colegas, al verla entrar a la sala de profesores—. Quisiera saber si tendrías un momento, porque quiero hablar

contigo.

—Hey, Greta, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con una sonrisa.

La rubia se llevó inconscientemente la mano al abultado abdomen.

La escuela era para gente de altos recursos económicos. Algunas de las profesoras no necesitaban el dinero, sino que daban clases porque tenían una buena preparación académica y amaban la profesión, aunque llevaban una vida cómoda. El ambiente de trabajo era muy agradable y se prestaba para ser un espacio en el que se hacían contactos sociales. Gracias a este empleo, Colleen había logrado engancharse a un par de contratos en fiestas infantiles en las que creaba juegos y concursos.

—Sé que vas muy liada y me sabe mal pedírtelo, pero eres la única que podría darme un poco de soporte. Ayer tuve mi cita con el ginecólogo y ha determinado que este bebé tiene que salir la próxima semana, en lugar de que sea a fin de mes como estaba programado —dijo señalándose la panza—. La persona que vendrá como reemplazo me ha dicho que solo podrá estar en la mañana, pero no en la tarde.

Colleen ladeó la cabeza.

—Tu clase es el primer año de educación primaria, ¿verdad?

—Sí, les enseño las herramientas básicas para escribir, leer, matemáticas, así como explorar temas de diferentes áreas del conocimiento, a través de actividades desde un punto de vista divertido y creativo —sonrió nerviosamente —. Quería saber si es posible que me ayudes tomando el horario de la tarde, como sabes son noventa minutos, todos los días, hasta que me reincorpore…. Esto ha sido algo inesperado.

—Lo puedo suponer —dijo pensativa—. ¿Cuánto tiempo estarías ausente?

—Seis meses y medio es lo que dicta la ley, pero quedan pocos meses para que acabe este período escolar. Sería hasta el siguiente curso —dijo Greta con una expresión inquieta—. Mis estudiantes son especiales, así que por eso decidí escoger mi sustituta temporal, en lugar de dejarle la tarea a la coordinación de la escuela. No contaba con que ella, Odessa, tuviera un cambió súbito en su disponibilidad.

Colleen se había llevado bien con Greta desde que empezó a trabajar en esta escuela, un año y medio atrás. Le parecía una mujer carismática y entre los profesores la estimaban bastante. Siempre ayudaba a otros y mantenía una actitud amable.

—Sí, ya veo que lo tienes complicado —murmuró sopesando la situación—. Yo también me sentiría agobiada si esto me hubiese ocurrido. Pero, Greta, los horarios de clases tendrían que reprogramarse por completo para que las horas de arte que doy en la tarde, en el tiempo que te reemplazaría, se reasignen…

—Considerando las circunstancias, si aceptas ayudarme, no tienes que preocuparte más que de presentarte en mi clase todos los días, de una a dos y media de la tarde. La escuela te pagará un valor extra por ser mi reemplazo, pues estarías ejerciendo otra función, pero yo también te pagaré esas horas de mi bolsillo. Es decir que ganarías el triple por esos noventa minutos, cada día —dijo Greta, mirándola.

El esposo de ella tenía varias granjas de ganado, así que esta clase de oferta era posible. El comentario de la mujer hizo que Colleen la mirara con sorpresa. Ganaría el valor de su hora regular, el valor como reemplazo y el extra de Greta. ¡Era genial!

—Antes de que dijeras el asunto del dinero ya había considerado ayudarte —dijo Colleen con sinceridad. La otra mujer se llevó una mano al corazón y soltó una exhalación que parecía haber estado conteniendo—, pero aprecio y acepto la oferta.

—Oh, Dios, qué alegría —dijo sonriendo—. Muchísimas gracias.

Colleen hizo un asentimiento.

—El único inconveniente, ahora que has dicho que vas a encargarte de que mis horarios se ajusten para que los demás alumnos tengan su clase regular de arte, es que las matemáticas no son mi fuerte. La gramática se me da a trompicones para enseñarla. Sin embargo, lo que tiene que ver con historia o geografía me encanta.

Greta dejó escapar una risa suave e hizo un asentimiento, aliviada.

—Solo dale las materias que se te complican a Odessa. Así puedes optar por lo que más te guste enseñar y usar tus técnicas propias en mi clase —dijo agarrándole las manos con suavidad y las agitó un poco. La miró con franqueza —: No tienes idea lo importante que es este favor que estás haciéndome, gracias de verdad, Colleen.

—Me gusta la idea de un desafío y este parece serlo —sonrió—. Gracias por considerar que tengo las aptitudes para asumir un aula de clases como la tuya.

Greta le soltó la manos y se rio con suavidad.

—Mis quince diablillos son maravillosos, pero cada uno tiene algo especial

que, como profesora, me llena el corazón. Quizá son también las hormonas que me hacen hablar tan emotivamente —dijo tocándose la panza de nuevo—. Colleen, sé que es bastante tiempo. Pero quizá los horarios de Odessa mejoren más adelante y, antes de lo esperado, ella pueda asumir la jornada completa como estaba previsto.

Colleen pensó que iba a ser un embrollo coordinar a los demás cursos y que encajaran en su nuevo, así como limitado, horario de clases. Pero si su colega iba a encargarse de esas minucias, tal como acababa de decirle, iba a tomarlo con calma.

—Gracias de nuevo —dijo Greta—. ¿Qué te parece si vienes a saludar a mis estudiantes y así aprovecho para presentarte como mi reemplazo de la tarde?

—Suena muy bien —replicó, mientras caminaba con su compañera.

El corredor estaba lleno de ruidos de niños riéndose, hablando, peleando, chillando a otros; mochilas que se caían, termos que se estrellaban contra el piso, casilleros de metal que sonaban; el timbre de inicio de clase. Las puertas cerrándose.

El aula de Greta estaba al final de todo el pasillo.

Cuando entraron, los niños continuaban hablando y jugueteando alrededor. Con paciencia, la mujer dio dos palmadas para hacerles saber que ya no estaban solos y, poco a poco, se callaron. No fue rápido, claro que no, pero estos niños eran relativamente más obedientes que los de otros cursos. Después, la profesora les pidió que fueran a sentarse a sus pupitres. Eso tomó cinco minutos, mientras Greta intentaba separar a dos que empezaron a pelearse, porque querían el mismo puesto.

En todo ese lapso, Colleen miró al grupo con una sonrisa.

—A ver, cariños míos, vamos a hacer silencio —dijo Greta—. Porque hoy tenemos una invitada especial. Quiero presentarles a Miss Colleen. Saludémosla.

—¡Holaaa, Miss Colleeeeeen! —gritaron todos.

—Hola, niños —dijo la aludida sin perder la sonrisa y se acercó a Greta—. Estoy encantada de poder conocerlos a todos. Aunque de seguro habrán visto las obras de teatro que he organizado con niños más grandes, ¿verdad que sí?

—¡Siiií! —gritó un niño de cabellos rojizos.

—Fantástico —intervino Greta—, pues les tengo una gran noticia y otra no tan positiva. ¿Recuerdan que les dije que iba a traer a un precioso niño al mundo muy pronto, porque voy a ser mamá? —preguntó. Todos respondieron

afirmativamente —. Durante unas semanas tendré que cuidar del bebé, así que no podré venir. Pero mi buena amiga —señaló a Colleen—, estará aquí con ustedes en las tardes. El día lunes vendrá a conocerlos otra fantástica profesora que estará en las mañanas. ¡Será magnífico que les demuestren todo lo que saben y aprendan cosas nuevas! ¡Yeiii!

Los niños empezaron a hacer pucheros, así que la rubia intentó calmarlos.

Mientras su compañera procuraba convencer a los alumnos que no era el fin del mundo, Colleen se fijó en una niña que estaba en el útimo puesto de la fila cercana a la ventana. No miraba a nadie y parecía concentrada en un cuaderno. Colleen le hizo una seña a Greta, dándole a entender hacia dónde iba, y esta asintió, pero sin prestar mucha atención, porque estaba tratando de explicarles a los niños que sí volvería.

No quería asustar a la niña, así que Colleen se acercó con cautela. No se puso de frente, sino a un costado. En lugar de mantenerse de pie se acuclilló un poco. Le pareció que era una pequeña muy linda. Tenía el cabello negro recogido en una coleta. Estaba segura de que había notado su presencia, pero continuaba mirando el cuaderno. Colleen vio que había dibujos de lo que parecían ser unas hadas. Sonrió.

—Hola, pequeña —dijo con suavidad—, disculpa que te interrumpa. Noté que estabas un poquito ocupada y no sé si escuchaste mi saludo a toda la clase. Así que decidí acercarme para hacerlo personalmente. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

La niña dejó el lápiz sobre la mesilla. No respondió, sino que la miró un rato.

Los demás alumnos continuaban pidiéndole a Greta que no se marchara.

—Qué despiste de mi parte, no me presenté formalmente, me llamo Colleen —dijo extendiendo la mano hacia la pequeña—. A partir de la próxima semana seré tu profesora en las tardes. Nos veremos durante una hora y media. A mí también me gusta dibujar, así que, tal vez, tengamos algunas cosas en común. ¿No te parece?

La niña extendió con lentitud la mano y la estrechó, pero la apartó rápido.

—Si no me quieres decir tu nombre, ¿lo escribirías? —preguntó con sutileza. Extendió la mano y le dio un ligerísimo toque en los deditos—. ¿Por favor?

La niña volvió tan solo a mirarla unos segundos. Pero fueron suficientes para que Colleen notara un ineludible toque de desafío, ligero, como si estuviera analizando si merecía la pena gastar su energía en otro ser humano. Aunque también existía un toque de vulnerabilidad muy marcado. La mirada era cauta y

reservada.

Siguió sin decir nada. Tampoco movió la manita. Solamente la contempló.

—Te voy a contar un pequeño secreto —dijo Colleen. Eso pareció despertar una chispa de interés en los curiosos ojitos—. Mis amigos me dicen Colly. El día martes, que empezaré las clases en esta aula, iba a decirles que podrían llamarme de esa manera. Pero, ¿sabes qué? Quise contártelo a ti primero, porque creo que eres una personita que sabrá guardar este secreto, hasta el martes —sonrió—. ¿Verdad?

La niña ladeó ligeramente la cabeza. Asintió de forma breve.

—Ah, eso es magnífico, gracias. Pero, ahora, ¿cómo debería llamarte yo a ti?

—Oh, perdona —dijo Greta interrumpiendo. Colleen se incorporó y la niña regresó su mirada al papel—. Quiero que les cuentes un poco de ti a los niños, así se sentirán más a gusto. Puedes hacerles alguna dinámica si te apetece —sonrió.

—Por supuesto —replicó e hizo un gesto leve con la mano—. Pero, ¿ella…?

—Sadie… —susurró una voz infantil. En medio del bullicio de la clase, si las dos profesoras no hubiesen estado tan cerca no la hubieran escuchado.

Colleen se giró de inmediato y esbozó una sonrisa. La niña tenía unos ojos azules preciosos. Más claros que los suyos, que eran bastante oscuros, y expresivos.

—Estoy encantada de conocerte, Sadie —dijo—. Prometo que nuestras clases serán igual de divertidas que las que tienes con Miss Greta. ¿Qué te parece?

La niña hizo un asentimiento. Luego volvió la atención a su dibujo.

Un rato después, cuando Colleen ya tenía que marcharse a su primera clase del día, Greta volvió a agradecerle profusamente por la ayuda que iba a darle. Charlaron un instante del pénsum académico y en qué nivel estaban los niños en geografía e historia, así como otras áreas que Colleen podría manejar sin problema. Intercambiaron comentarios sobre las herramientas tecnológicas a las que podían acceder los niños, así como los que tenían alergías y también ciertas manías.

Cuando estaban a punto de despedirse, Greta la agarró del brazo con suavidad.

—Colleen, te enviarán todos los datos de los niños, menos de Sadie.

—No comprendo —dijo frunciendo el ceño.

—Ella es un caso especial y su padre es muy protector —explicó, aunque no

tenía todos los detalles—. De hecho, no te vayas a asustar cuando salgan al recreo, pero habrá guardaespaldas discretamente custodiando el área de juegos. Los verás, vestidos de civiles, en cada ocasión que decidas hacer una actividad al aire libre.

—Esta escuela tiene buenas medidas de seguridad, ¿por qué necesita algo así? —preguntó desconcertada. Esta era la primera vez que ella escuchaba al respecto.

—No tengo la más remota idea…

—¿Cómo no lo sabes, acaso no es tu alumna? —preguntó elevando las cejas.

—Sadie estaba estudiando en otra escuela, pero dicen los rumores que le hacían *bullying*, así que la inscribieron aquí hace tres meses —replicó Greta.

Colleen, ante el comentario se sintió furiosa, porque ese era un tema sensible y personal para ella. Jamás permitía en sus clases que un niño ridiculizara a otro. Saber que esa pequeña había sido trasladada de escuela no era justo, porque quienes tenían que largarse eran los niños infames que la habían atormentado, cuyos padres no les enseñaban a ser empáticos y más humanos. «Por eso está tan jodida la sociedad».

—Dios… —murmuró—. Qué terrible para ella.

Greta hizo un asentimiento con expresión de pesar.

—Lo sé. Se nota que es una niña dulce y bastante dócil —dijo—. El padre de Sadie se comunica con el director Marsden y yo solo le envío los informes del desempeño de ella. Todo es muy hermético. Así que no tengo más información que pueda darte. Lo siento, pero estoy tan perdida como tú. Intento hablar con ella; pocas veces tengo suerte. Hoy fue uno de esos días —sonrió—, así que me alegro que te haya dicho su nombre. Es muy buena alumna, creo que la mejor, pero es silenciosa.

Colleen entendía la timidez en los niños, pero también suponía que Sadie tendría pocas ganas de confiar en estos compañeritos si, previamente, otros la habían hecho pasar malos ratos. No podría imaginar qué clase de maldades habría padecido, hasta el punto que los padres de la niña hubiera decidido cambiarla de escuela.

—¿Qué hay de la mamá? ¿Tampoco tienes contacto con ella?

—No, el padre es el representante legal —dijo Greta—. Tal como acabo de comentarte, la estancia y evolución académica de Sadie se maneja con el director. Si acaso la mamá interviene, entonces asumo que será por esa misma

vía.

Colleen hizo un asentimiento.

—Haré todo lo posible para que se sienta cómoda —prometió, porque de repente se sentía protectora con esa pequeña desconocida—. ¿Y ese padre de familia? Pues me parece un inconsciente. Debería reunirse contigo, en lugar de recibir un informe frío de su desempeño. Como si su hija fuese una tarea más —dijo enfadada.

Greta esbozó una sonrisa.

—Sabía que ibas a velar por estos niños de manera especial.

—No lo dudes —dijo Colleen con un asentimiento.

¿Quieres leer más de Asher & Colleen?

Al filo de la medianoche, está disponible dando un clic o escribiendo el enlace en tu buscador preferido: http://mybook.to/ALFIME

Puedes contactar a la autora en redes sociales.

Instagram, Facebook, TikTok y Twitter: @KristelRalston

También puedes **seguirla en Amazon** para estar al corriente de sus próximas novedades literarias: http://www.amazon.com/author/kristelralston

Si te apetece contáctala, a través de **un email**: kristelralstonwriter@gmail.com

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Disponible en las principales plataformas digitales. AppleBooks, Kobo, Scribd, Tolino, El Corte Inglés, La Casa del Libro, Fnac, etc.
Formato papel + audiolibro en Amazon.
La mayor parte de las novelas están gratis en Kindle Unlimited vía Amazon.

Al filo de la medianoche.
El legado de las dunas.
Placeres furtivos.
Sinuosa tempestad.
Cautivos en la penumbra.
Veneno en tu piel.
Hermosas Cicatrices.
Sueños Robados.
Pasión Irreverente (Bilogía Sombras 1)
Silencio Roto (Bilogía Sombras 1.5)
Pasión Sublime (Bilogía Sombras 2)
Los Mejores Planes
El placer del engaño
Seduciendo al destino
Bajo tus condiciones (Grupo Editorial Planeta)
Hermosas Cicatrices
Regresar a ti (HarperCollins Ibérica – HQÑ)
Lazos de cristal
Entre las arenas del tiempo (Maktub 1) (Papel con Nova Casa Editorial)
Estaba escrito en las estrellas (Maktub 2)
El llamado del desierto (Maktub 3)
Más allá del ocaso
Un capricho del destino

Desafiando al corazón
Un orgullo tonto
Brillo de luna
Oscura redención
Mientras no estabas
El precio del pasado
La venganza equivocada
Si hubiese un mañana
Un hombre de familia
Tentación al amanecer
La última princesa del desierto
El último riesgo (Match Point 1)
Un acuerdo inconveniente (Match Point 2)
Punto de quiere (Match Point 3)
Un desastre perfecto (HarperCollins Ibérica – HQÑ)
Votos de traición.
Antes de medianoche.
Cálido Invierno (Relato corto).

Puedes encontrar a la autora también en **Wattpad** con su usuario:
@KREATEB
También tiene cuenta en **Inkspired:** @KristelRalston

Su página web: www.kristel-ralston.com

SOBRE LA AUTORA



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasiona narrar historias en las que un héroe arrogante y obstinado hace todo lo posible para conquistar a la mujer que ama. ¿Enemigos y amantes? ¡Sí, ese es uno de sus temas favoritos a escribir, además de las venganzas entre los protagonistas! La autora disfruta recreando y creando escenarios en diferentes partes del mundo.

Kristel se graduó de periodista, pero optó por dar otro enfoque a su carrera y fue a Europa para estudiar un máster en relaciones públicas. En su estancia académica descubrió su pasión por la narrativa romántica y decidió escribir su primer libro.

En el 2014, Kristel renunció a su trabajo de oficina, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados 40 títulos y ese número promete continuar en ascenso. La autora no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que ha publicado también con editoriales

como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico HQÑ), y Nova Casa Editorial. Muchas de sus historias pueden encontrarse también en diferentes plataformas digitales de pago, así como en Audible.

Su novela “Lazos de Cristal”, fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y escritora de novela romántica entre los finalistas. Ella también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, con el libro “Bajo tus condiciones”, organizado por la Editorial Vestales de Argentina y el blog literario Escribe Romántica. La novela finalmente fue publicada por Grupo Planeta España y Ecuador, en formato papel y digital.

Kristel ha publicado varias novelas como Sinuosa tempestad, Veneno en tu piel, Hermosas Cicatrices, Sueños Robados, Seduciendo al Destino, Pasión Irreverente, Pasión Sublime, Silencio Roto, Seduciendo al Destino, El Placer del Engaño, Los Mejores Planes, Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Un desastre perfecto, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Los libros de Kristel también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México y Monterrey.

Kristel ha sido jurado del Premio Literario Amazon Storyteller en español, ediciones 2020, 2021, 2022, 2023 y 2024. Ella es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. La

autora se considera una ciudadana del mundo que disfruta viajando y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.